



En la gran tradición de la novela europea, «El caso Tuláyev» es la comedia humana de un estado policial, con la sensación de urgencia y amenaza que se cierne sobre la capital moscovita sitiada por el invierno, donde el inocente confiesa su culpa y el castigo cae sobre él, y en la que la explicación de los hechos se da no como una fórmula histórica, sino con toda la crudeza de su verdad.

Una fría noche de invierno, el camarada Tuláyev, alto cargo del gobierno, muere tiroteado en la calle. Comienza entonces la búsqueda del asesino. Desde la perspectiva panorámica del Gran Terror Soviético, la investigación abarca el mundo entero y tiende sus redes sobre una serie de sospechosos cuya única conexión es su inocencia, al menos en el crimen que se les imputa.

«El caso Tuláyev», sin duda la mejor obra de ficción jamás escrita sobre las purgas estalinistas, no solo es la historia de un Estado totalitario. Marcada por la profunda humanidad y el espíritu generoso de su autor, el exiliado y legendario anarquista Victor Serge, es también un clásico relato del siglo xx lleno de peligros, aventuras y nobleza inesperada.



Victor Serge

El caso Tuláyev

ePub r1.0

Titivillus 30.04.2018

Título original: *L'affaire Toulaév*

Victor Serge, 1947

Traducción: David Huerta

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRÓLOGO

Non éteint **(el caso Víctor Serge).**

Susan Sontag

«A fin de cuentas,
la verdad sí existe».

El caso Tuláyev

¿Cómo explicar la oscuridad de uno de los héroes éticos y literarios más imponentes del siglo xx: Victor Serge? ¿Cómo dar cuenta de la desatención de *El caso Tuláyev*, una novela maravillosa que sigue siendo redescubierta y olvidada de nuevo desde su publicación, un año después de la muerte de Serge en 1947?

¿Será porque ningún país puede reclamarlo? «Un exiliado político de nacimiento»: de ese modo Serge (nombre real: Victor Lvovich Kibalchich) se describía a sí mismo. Sus padres eran opositores a la tiranía zarista que habían huido de Rusia a comienzos del decenio de 1880, y Serge nació en 1890 «por azar en Bruselas, por los caminos del mundo», según cuenta en *Memorias de un revolucionario* [*Memorias de mundos desaparecidos*],^[1] escritas en 1942 y 1943 en la ciudad de México, donde, como paupérrimo refugiado de la Europa de Hitler y huyendo de los asesinos de Stalin, transcurrieron sus últimos años. Antes de México, Serge había residido, escrito, conspirado y hecho propaganda en seis países: Bélgica, en su primera juventud y de nuevo en 1936; Francia, reiteradamente; España en 1917, donde adoptó el seudónimo de Serge; Rusia, la patria que vio por primera vez a comienzos de 1919, a los 28 años de edad, para unirse a la revolución bolchevique; y Alemania y Austria al mediar los años veinte, por asuntos del *Komintern*. En cada país su estancia fue provisional, llena de privaciones y conflictos, amenazada. En algunos, terminó con la expulsión de Serge, proscrito, obligado a reanudar su viaje.

¿Porque no fue un escritor —según el modelo popular— comprometido de modo intermitente en la lucha y la política partidista, como Silone, Camus, Koestler y Orwell, sino un activista y agitador durante toda la vida?

En Bélgica militó en el movimiento de las Juventudes Socialistas, una rama de la Segunda Internacional. En Francia fue anarquista (de la vertiente ilegalista), y a causa de los artículos en el semanario que codirigía, en los cuales expresaba simpatía por la notoria banda de Bonnot tras la detención de sus miembros (a Serge nunca se le imputó complicidad alguna), y a su negativa a convertirse en informante tras su propia detención, fue condenado a cinco años de reclusión incomunicada. Tras su puesta en libertad, en Barcelona los anarcosindicalistas españoles lo desilusionaron por su renuencia a intentar hacerse con el poder. De vuelta a Francia, fue recluido quince meses a finales de 1917, esta vez (según la orden de detención) por «indeseable, derrotista y simpatizante bolchevique». En Rusia se afilió al Partido Comunista, luchó en el sitio de Petrogrado durante la guerra civil, se le comisionó el examen de los archivos de la policía secreta zarista (tras lo cual escribió un tratado sobre la opresión estatal), encabezó la unidad administrativa del comité ejecutivo de la Tercera Internacional, participó en sus tres primeros congresos y, afligido por la creciente barbarie del gobierno en la recién consolidada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, logró que el *Komintern* lo enviara al extranjero como organizador y propagandista en 1922. (En esta época no había más que unos cuantos miembros extranjeros autónomos del *Komintern*, el cual era, de hecho, el Departamento de Exteriores, o de la Revolución Mundial, del Partido Comunista ruso). Después del fiasco revolucionario en Berlín, y de una ulterior temporada en Viena, Serge volvió en 1926 a la URSS ya regida por Stalin y se afilió oficialmente a la Oposición de Izquierda, la coalición de Trotsky, del cual había sido aliado desde 1923: se le expulsó del partido a finales de 1927 y se le detuvo poco después. En suma, Serge iba a sufrir más de diez años de cautiverio por sus consecutivos compromisos revolucionarios. Se les presentan problemas a los escritores que ejercen otra profesión más ardua de tiempo completo.

¿Porque —a pesar de todas estas distracciones— escribió mucho? La hiperproductividad no está tan bien vista como antaño, y Serge fue excepcionalmente productivo. Sus escritos publicados —casi todos actualmente agotados— son siete novelas, dos volúmenes de poesía, una recopilación de cuentos, un diario postrero, sus memorias, unos treinta

libros y panfletos políticos e históricos, tres biografías políticas y centenares de artículos y ensayos. Pero hubo más: una memoria del movimiento anarquista francés anterior a la Primera Guerra Mundial, una novela sobre la revolución rusa, un breve poemario y una crónica histórica del segundo año de la revolución confiscados en su totalidad cuando al fin se le permitió a Serge abandonar la URSS en 1936 y a consecuencia de haber presentado ante la Glavlit, la censura literaria, una solicitud de salida de sus manuscritos —nunca se han recuperado—, así como muchísimos materiales archivados en lugar seguro pero aún inéditos. En todo caso, es probable que su carácter prolífico le haya sido desventajoso.

¿Porque la mayor parte de lo que escribió no pertenece a la literatura? Serge comenzó a escribir narrativa —su primera novela, *Los hombres en la cárcel*— cuando tenía 39 años. Lo precedían más de veinte años de dedicación a obras especializadas de valoración histórica y análisis político y a una profusión de brillante periodismo político y cultural. Se le suele recordar, si acaso, como un valeroso disidente comunista, un clarividente y asiduo opositor de la contrarrevolución de Stalin. (Serge fue el primero en denominar a la URSS Estado «totalitario», en una carta que escribió a unos amigos en París la víspera a su detención en Leningrado, en febrero de 1933). Ningún novelista del siglo xx contaba con algo parecido a sus experiencias insurgentes directas, a su íntima relación con los dirigentes que hicieron época, a su diálogo con intelectuales políticos fundacionales. Había conocido a Lenin: la esposa de Serge, Liuba Rusakova, fue la estenógrafa de Lenin en 1921; Serge había traducido *El Estado y la revolución* al francés; y escribió la biografía de Lenin poco después de su muerte en enero de 1924. Estuvo cerca de Trotsky, aunque no se reunieron de nuevo hasta el destierro de este en 1929; Serge iba a traducir *La revolución traicionada* y otros escritos últimos y, en México, donde Trotsky lo había precedido como refugiado político, a colaborar con la viuda en su biografía. Antonio Gramsci y Georg Lukács estuvieron entre sus interlocutores, con los que debatió, cuando todos vivían en Viena en 1924 y 1925, acerca del giro despótico que la revolución había dado casi de inmediato, bajo Lenin. En *El caso Tuláyev*, cuya trama épica es el asesinato que perpetró el Estado estalinista de millones de fieles al partido así como de casi todos los disidentes en los años

treinta, Serge escribe sobre un destino que él mismo, de modo inverosímil, eludió por muy poco. Las novelas de Serge han sido admiradas sobre todo en su calidad de testimonio; de polémica; de inspirado periodismo; de narrativa histórica. Es cómodo subestimar los frutos literarios de un escritor cuya obra no es literaria en su mayor parte.

¿Porque no hay literatura nacional que pueda reclamarlo cabalmente? Cosmopolita vocacional, dominaba cinco lenguas: francés, ruso, alemán, español e inglés. (Parte de su infancia transcurrió en Inglaterra). Por su narrativa ha de ser considerado un escritor ruso, si se tiene en cuenta la extraordinaria continuidad de las voces rusas en la literatura, cuyos predecesores son Dostoievsky, el Dostoievsky de *Memorias de la casa muerta* y *Los demonios*, y Chejov, y cuyas influencias contemporáneas fueron los grandes escritores de los años veinte, sobre todo Boris Pilniak, el de *El año desnudo*, Yevgeny Zamiatin e Isaac Babel. Pero mantuvo el francés como su lengua literaria. La copiosa producción de Serge como traductor fue del ruso al francés: obras de Lenin, Trotsky, el fundador del *Komintern* Grigori Zinoviev, la revolucionaria prebolchevique Vera Figner (1852-1942), cuyas memorias relatan sus veinte años de reclusión incomunicada en una prisión zarista, y, entre los novelistas y poetas, Andrei Biely, Fiodor Gladkov y Vladimir Maiakovski. Y todos sus libros los escribió en francés. Un escritor ruso que escribe en francés: eso implica que Serge sigue ausente, incluso como nota al pie, de las historias de la literatura rusa y francesa.

¿Porque siempre se politizó su dimensión de escritor literario, fuera cual fuere, es decir, se percibió como una proeza moral? La suya fue la voz de una recta militancia política, un prisma paulatinamente reducido por el cual vemos el cuerpo de una obra que ejerce sobre nuestra atención otros reclamos no didácticos. A finales de los años veinte y durante los treinta, fue un escritor muy publicado, al menos en Francia, con una corte pequeña pero ferviente: una corte política, desde luego, sobre todo de credo trotskista. Pero en los últimos años, luego de que Trotsky lo excomulgara, esa corte lo abandonó ante las predecibles calumnias de la prensa del Frente Popular prosoviético. Y las posiciones socialistas que Serge adoptó tras llegar a México en 1941, un año después de que el verdugo enviado por Stalin asestara un pioletazo a Trotsky, parecían a sus restantes partidarios

indistinguibles de las socialdemócratas. Más aislado que nunca, boicoteado por la izquierda y la derecha en la Europa occidental de la posguerra, Serge, el exbolchevique, extrotskista y anticomunista, siguió escribiendo: casi siempre para los cajones de su escritorio. Sí publicó un libro breve, *Hitler contra Stalin*, participó con un camarada español exiliado en una revista política (*Mundo*) y colaboró con regularidad en unas cuantas revistas extranjeras; sin embargo —a pesar de los empeños de admiradores tan influyentes como Dwight Macdonald en Nueva York y Orwell en Londres por encontrarle un editor—, dos de las últimas tres novelas de Serge, los últimos cuentos y poemas y sus memorias permanecieron inéditos en todos los idiomas hasta después, casi siempre muchos decenios después, de su muerte.

¿Porque en su vida hubo demasiadas dualidades? Fue un militante, un reformador del mundo hasta el final, lo cual lo convirtió en anatema de la derecha. (Aunque, como anotó en su diario en febrero de 1944, «los problemas ya no tienen la hermosa simplicidad de antaño: era provechoso vivir de antinomias como socialismo o capitalismo»). Con todo, era un anticomunista con luces suficientes para inquietarse porque los gobiernos estadounidense y británico no habían comprendido que la meta de Stalin después de 1945 era apoderarse de toda Europa (a costa de una tercera guerra mundial), lo cual, en una época de amplias propensiones soviéticas y anti-anticomunistas entre los intelectuales de Europa Occidental, volvió a Serge un renegado, un reaccionario, un belicista. «Todos los enemigos adecuados», señala la vieja expresión: Serge tuvo demasiados enemigos. En cuanto ex, y luego anti, comunista, nunca hizo penitencia suficiente. Lo deplora pero no se arrepiente. No ha renunciado a la idea de un cambio radical en la sociedad a causa de las consecuencias totalitarias de la Revolución Rusa. Para Serge —hasta aquí coincide con Trotsky—, la revolución fue traicionada. No sostiene que desde el comienzo se tratara de una ilusión trágica, de una catástrofe del pueblo ruso. (Pero ¿lo habría afirmado si hubiera vivido una década o más incluso? Es probable). Por último, fue un intelectual activo toda la vida, lo que pareció estropear sus méritos como novelista, y fue un vehementemente activista político, lo que tampoco daba realce a sus virtudes narrativas.

¿Porque siguió hasta el final identificándose con un revolucionario, vocación hoy día tan desprestigiada en el mundo próspero? ¿Será porque, de un modo inverosímil, persistió en albergar esperanzas... aún? «Atrás queda —escribió en 1943 en *Memorias de un revolucionario*— una revolución victoriosa descaminada, diversos intentos de revoluciones abortadas y masacres tan abundantes que provocan un cierto vértigo». Y sin embargo Serge declara que «aquellos fueron los únicos caminos posibles para nosotros». Y reitera: «El porvenir se me presenta lleno de posibilidades más grandes que las que entrevimos en el pasado». Sin duda esto no podía ser cierto.

¿Porque, a pesar del cerco y la derrota, su obra literaria se rehusó a llevar la esperada carga melancólica? Su carácter indomable no resulta tan atractivo para nosotros como el de una impresión más angustiada. En su narrativa Serge escribe sobre los mundos en los que ha vivido y no sobre sí mismo. Es una voz que evita los consabidos tonos de la desesperación, el arrepentimiento o la perplejidad —tonos literarios, como suele entenderlos la gente—, aunque la propia situación de Serge fuera cada vez más apremiante. Ya en 1947 intentaba con desesperación salir de México, donde le estaba prohibida toda actividad política por las condiciones de su visado, y, puesto que uno estadounidense era inconcebible a causa de su afiliación al Partido Comunista en los años veinte, pensaba volver a Francia. Al mismo tiempo, incapaz de no sentirse interesado, estimulado, dondequiera que estuviese, creció su fascinación hacia lo que observaba de las culturas indígenas y el paisaje en diversos viajes por el país, y había comenzado un libro sobre México. El final fue lamentable. Desarrapado, desnutrido, cada vez más aquejado de angina de pecho —que empeoró a causa de la altitud de la ciudad de México—, sufrió un infarto en la calle a altas horas de la noche, llamó un taxi y murió en el asiento posterior. El conductor lo depositó en una comandancia de policía: transcurrieron dos días antes de que su familia supiera lo que había sucedido y pudiera reclamar el cuerpo.

En suma, nada hubo, nunca, de triunfal en su vida, en la del eterno estudiante menesteroso y en la del militante en fuga, salvo que se exceptúe el triunfo de su inmenso talento y aplicación de escritor; el triunfo de sus convicciones firmes y su astucia, y por ello su incapacidad para estar en

compañía de los fieles, los crédulos cobardes y los meramente ilusionados; el triunfo de la incorruptibilidad así como de la valentía, y por ende el de un sendero solitario y distinto al de los mentirosos, los aduladores y los arribistas; el triunfo, a mediados de los años veinte, de haber tenido razón.

Porque tuvo razón se le ha castigado como narrador. La verdad de la historia deja fuera la verdad de la narrativa, como si estuviésemos obligados a elegir.

*

¿Será porque su vida estuvo tan saturada del drama histórico que ensombreció su obra? En efecto, algunos de sus más fervientes defensores han afirmado que la mejor obra literaria de Serge fue su propia vida tumultuosa, repleta de peligros, insobornable. Algo semejante se ha afirmado de Oscar Wilde, que no pudo resistirse a la agudeza masoquista: «Todo el genio lo dedico a mi vida; sólo el talento a mis obras». Wilde estaba en un error, y así también este elogio a Serge. Como suele ser el caso de la mayoría de los escritores cardinales, los libros de Serge son mejores, más sabios y más importantes que la persona que los escribió. La creencia contraria desdeña a Serge y las preguntas fundamentales. —¿Cómo debemos vivir? ¿Qué sentido puedo darle a mi vida? ¿Cómo se puede mejorar la de los oprimidos?— que honró con su lucidez, su rectitud, su valor, sus derrotas. Si bien es cierto que la literatura, sobre todo la literatura rusa del siglo XIX, es la casa de esas preguntas, tener por literaria una existencia vivida a su amparo resulta cínico, o meramente filisteo. Sería denigrar la moral y la literatura. Y la historia también.

Los lectores actuales de Serge tienen que situarse en una época en la cual la mayor parte de la gente aceptaba que el curso de sus vidas estaba determinado por la historia más que por la psicología, por las crisis públicas más que por las privadas. Fue la historia, un momento histórico determinado, lo que orilló a los padres de Serge a salir de la Rusia zarista: la ola represiva y el terrorismo de Estado causados por el asesinato de Alejandro II que cometió *Narodnaya Volya* (La Voluntad del Pueblo), la rama terrorista de un movimiento populista, en 1881. El científico y padre de

Serge Leon Kibalchich, en ese entonces oficial de la Guardia Imperial, pertenecía a una agrupación militar que simpatizaba con las exigencias de los *narodniki* (populistas) y apenas eludió el fusilamiento cuando el grupo fue descubierto. En su primer refugio, Ginebra, conoció a y se casó con una estudiante radical de San Petersburgo originaria de la pequeña nobleza polaca, y la pareja hubo de pasar el resto del decenio, en palabras de su hijo, exiliado político de segunda generación, viajando «en busca del pan cotidiano y de las buenas bibliotecas... entre Londres (el Museo Británico), París, Suiza y Bélgica».

La revolución estaba en el centro mismo de la cultura del exilio socialista en cuyo seno había nacido Serge: la esperanza quintaesenciada, la intensidad quintaesenciada. «Las conversaciones de los adultos se referían a procesos, a ejecuciones, a evasiones, a los caminos de Siberia, a grandes ideas constantemente puestas en tela de juicio, a los últimos libros sobre esas ideas». La revolución fue la tragedia moderna. «Había siempre en las paredes, en nuestros pequeños alojamientos azarosos, retratos de ahorcados». (Uno de los retratos habrá sido, sin duda, el de Nikolai Kibalchich, pariente lejano de su padre y uno de los cinco conspiradores condenados por el asesinato de Alejandro II).

La revolución implicaba peligro, riesgo de muerte, prisión probable. La revolución implicaba sufrimientos, privaciones y hambre. «Me parece que si, cuando tenía doce años, me hubieran preguntado: ¿qué es la vida? (y yo me lo preguntaba a menudo), habría contestado: no sé, pero veo que quiere decir *pensarás, lucharás, tendrás hambre*».

Y así fue. La lectura de las memorias de Serge permite volver a una era que en la actualidad parece muy remota a causa de sus energías introspectivas, sus búsquedas intelectuales apasionadas, sus códigos de inmolación y sus esperanzas inmensas: una era en la que chiquillos de doce años de padres cultivados podían normalmente preguntarse «¿Qué es la vida?». El temperamento de Serge no era, para la época, precoz. Fue la cultura hogareña de sucesivas generaciones de voraces lectores idealistas, entre ellos muchos procedentes de países eslavos; digamos que los hijos de la literatura rusa. Firmes creyentes en la ciencia y el desarrollo humano, iban a suministrar las tropas a muchos movimientos radicales del primer tercio

del siglo xx; e iban a ser utilizados, desilusionados y traicionados y, si de casualidad vivían en la Unión Soviética, ejecutados. En sus memorias Serge relata algo que su amigo Pilniak le dice en 1933: «No hay un solo adulto pensante en este país que no haya pensado que podía ser fusilado».

A partir del final de los años veinte, el abismo entre la realidad y la propaganda aumentó drásticamente. Fue el clima de opinión que llevó al valeroso escritor rumano Panait Istrati (1884-1935) a considerar la retirada de su veraz crónica de una estancia de dieciséis meses en la Unión Soviética en 1927 y 1928, *Hacia otra llama* [*Rusia al desnudo*], por orden de su poderoso patrocinador literario francés Romain Rolland, la cual, cuando en efecto se publicó, impugnaron todos sus otros amigos y partidarios en el mundo literario; y que condujo a André Malraux, en calidad de editor de Gallimard, a rechazar la contenciosa biografía de Stalin del ruso Boris Suvarin (1895-1984, nombre verdadero: Boris Lifchitz) porque perjudicaba la causa republicana española. (Istrati y Suvarin, amigos íntimos de Serge, formaron con él una suerte de triunvirato de escritores francófonos extranjeros que, desde finales de los años veinte, se arrogaron el ingrato papel de denunciar desde la izquierda —y por ello prematuramente— lo que estaba acaeciendo en la Unión Soviética). Para muchos que vivían en el mundo capitalista desolado por la Depresión, parecía imposible no sentir afinidad con la lucha de este enorme país atrasado por mantenerse y crear, según sus objetivos manifiestos, una sociedad nueva fundada en la justicia económica y social. André Gide era poco florido cuando escribió en su diario en abril de 1932 que habría sido capaz de morir por la Unión Soviética: «En el abominable trance del mundo actual, el nuevo plan de Rusia me parece ahora la salvación. ¡Nada puede persuadirme de lo contrario! Los argumentos miserables de sus enemigos, lejos de convencerme, hacen que me hierva la sangre. Y si mi vida hiciera falta para asegurar el éxito de la URSS, la ofrendaría de inmediato... como lo han hecho ya, y lo seguirán haciendo, muchos otros, y sin distinguirme de ellos».

En cuanto a lo que en verdad estaba sucediendo en la Unión Soviética en 1932, así es como comienza Serge «El hospital de Leningrado», un cuento escrito en México en 1946 que se anticipa a la narrativa de Solzhenitsyn:

En 1932 estaba viviendo en Leningrado... Eran tiempos oscuros, de escasez en las ciudades y hambre en los pueblos, de terror, de asesinatos secretos y persecución de los administradores de la industria y los ingenieros, los campesinos, los clérigos y todos los que se oponían al régimen. Yo pertenecía a la última categoría, lo cual quería decir que en la noche, incluso en las profundidades del sueño, nunca dejaba de estar atento a los ruidos en la escalera, a los pasos ascendentes anunciando mi detención.

En octubre de 1932 Serge escribió al Comité Central del Partido solicitando permiso para emigrar; le fue denegado. En marzo de 1933 se le detuvo de nuevo y después de un tiempo en la Lubyanka se le condenó al exilio interno de Orenburg, un pueblo inhóspito en la frontera entre Rusia y Kazajastán. La difícil situación de Serge fue objeto de inmediatas protestas en París. En el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, una reunión estelar celebrada en París en junio de 1935, presidida por Gide y Malraux, y clímax de los esfuerzos ideados por el *Komintern* para movilizar a los escritores no afiliados y progresistas en defensa de la Unión Soviética —precisamente cuando el programa de Stalin para incriminar y ejecutar a todos los miembros supervivientes de la vieja guardia bolchevique se estaba llevando a cabo—, algunos delegados plantearon «el caso de Victor Serge». El año siguiente Gide, que estaba a punto de emprender, con séquito, un viaje triunfal por la Unión Soviética al que se le había dado suma importancia propagandística, se entrevistó con el embajador soviético en París para solicitar la liberación de Serge. Rolland, a su vuelta de una visita de Estado a Rusia, presentó el caso ante el propio Stalin.

En abril de 1936 se llevó a Serge (con su hijo adolescente) de Orenburg a Moscú, se le despojó de la ciudadanía soviética, se le reunió con su esposa, en delicada condición psíquica, y su hija pequeña y a todos se les puso en un tren a Varsovia: el único caso durante la era del Gran Terror en que un escritor fue liberado (es decir, expulsado de la Rusia soviética) a resultas de una campaña foránea de apoyo. Sin duda contribuyó considerablemente que el ruso nacido en Bélgica fuera tenido por extranjero.

Después de llegar a Bruselas a finales de abril, Serge publicó una «Carta abierta» a Gide en la revista francesa *Esprit*, en la que agradecía su reciente intervención ante las autoridades soviéticas para intentar la recuperación de sus manuscritos confiscados y en la que evocaba algunas de las realidades soviéticas sobre las cuales Gide acaso no se enteraría durante su visita,

como la detención y asesinato de muchos escritores y la supresión absoluta de libertad intelectual. (Serge ya había buscado alguna relación con Gide a principios de 1934, al enviarle una carta desde Orenburg acerca de sus conceptos comunes sobre la libertad en la literatura). Los escritores pudieron reunirse en secreto varias veces tras el regreso de Gide, en París en noviembre de 1936 y en Bruselas en enero de 1937. Las entradas de estas reuniones en los diarios de Serge ofrecen un profundo contraste: Gide es el entendido consumado, el maestro sobre el que había descendido el manto del Gran Escritor, y Serge el adalid de las causas perdidas, itinerante, empobrecido, en riesgo permanente. (Desde luego, Gide era cauteloso con Serge: de su influencia, de dejarse extraviar).

La escritora francesa de aquel periodo al que Serge sí se parece —en la severidad de su rectitud, en su dedicación incesante, en su convencida renuncia a la comodidad, las posesiones y la seguridad— es su más joven contemporánea y compañera de militancia política, Simone Weil. Es más que probable que se hubieran conocido en París en 1936, poco después de la liberación de Serge, o en 1937. Desde junio de 1934, justo después de su detención, Weil había estado entre los responsables de mantener vigente «el caso de Victor Serge» protestando directamente ante las autoridades soviéticas. Compartían un amigo íntimo, Suvarin; ambos escribían con regularidad en la revista sindicalista *La Révolution prolétarienne*. Trotsky conocía bien a Weil —una noche, a los 25 años de edad, había sostenido un debate cara a cara con Trotsky durante la breve visita de este a París en diciembre de 1934, cuando Weil dispuso que usara un apartamento de sus padres para una reunión política clandestina— y figura en una carta dirigida a Serge de julio de 1936 como respuesta a la recomendación de que ella colaborara en la nueva revista que Serge pretendía fundar. Y durante los dos meses a finales del verano de 1936 en que Weil fue voluntaria en las Brigadas Internacionales que luchaban en pro de la República española, su enlace político principal, al que vio a su llegada a Barcelona, fue el disidente comunista Julián Gorkin, otro amigo íntimo de Serge.

Los camaradas trotskistas habían sido los defensores más activos de la liberación de Serge, y mientras Serge daba en Bruselas su adhesión a la Cuarta Internacional —como se denominaba a la liga de partidarios de

Trotsky— sabía que la propuesta del movimiento no era una alternativa viable a las doctrinas y prácticas leninistas que habían llevado a la tiranía estalinista. (Para Trotsky, el crimen consistía en que se estaba ejecutando a la gente *equivocada*). A su partida de París en 1937 le siguió una disputa manifiesta con Trotsky que, desde su reciente exilio mexicano, denunciaba a Serge como anarquista encubierto; por respeto y afecto, Serge se negó a rebatir el ataque. Impávido ante la calumnia de ser tenido por un renegado, un traidor a la izquierda, publicó más tratados y opúsculos a contracorriente acerca del destino de la revolución desde Lenin hasta Stalin, y otra novela, *Medianoché en el siglo* (1939), situada casi siempre en un pueblo remoto parecido a Orenburg cinco años antes y al cual habían sido deportados los miembros perseguidos de la oposición de izquierda. Es sin duda la primera descripción en una novela del Gulag, o con más propiedad gulag, el acrónimo del vasto imperio penitenciario interno cuyo nombre oficial en ruso se traduce como Administración General de Campos. *Medianoché en el siglo* está dedicado a los camaradas del partido radical más honorable de la República española, el disidente comunista —es decir, antiestalinista— Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), cuyo dirigente, Andreu Nin, ejecutado por agentes soviéticos en 1937, era otro amigo íntimo de Serge.

En junio de 1940, tras la ocupación alemana de París, Serge huyó al sur de Francia, y finalmente llegó hasta el refugio que estableció el heroico Varian Fry que, en nombre de una agrupación privada estadounidense llamada Comité de Rescate Urgente, auxilió a unos dos mil estudiosos, escritores, artistas, músicos y científicos a encontrar una salida de la Europa de Hitler. Allí, en un castillo a las afueras de Marsella que sus residentes y visitantes —entre los que estaban André Breton, Max Ernst y André Masson — bautizaron *Espervisa*, Serge continuó atareado en su nueva y más ambiciosa novela sobre el imperio del crimen de Estado en la Rusia soviética, que había comenzado en París a principios de 1940. Cuando por fin llegó el visado mexicano para Serge (Breton y los demás fueron acogidos en Estados Unidos), zarpó en marzo de 1941 a un largo y precario viaje por mar. Lo retuvo un interrogatorio, luego los oficiales del gobierno de Vichy lo encarcelaron cuando el buque carguero recaló en Martinica, se retrasó de nuevo por falta de visas de tránsito en la República Dominicana, donde en su

obligada estancia escribió un tratado político pensado para el público mexicano (*Hitler contra Stalin*), y se le detuvo de nuevo en La Habana, donde, encarcelado una vez más, prosiguió con su novela, por lo que Serge no llegó a México hasta septiembre. Concluyó *El caso Tuláyev* al año siguiente.

Nada persiste del aura controvertida de la novela en los albores del siglo xxi. Nadie en su sano juicio puede en la actualidad poner en entredicho los graves sufrimientos que el sistema bolchevique infligió al pueblo ruso. En ese entonces el consenso era otro, lo cual causó el escándalo de la crónica desfavorable del viaje de Gide, *Regreso de la URSS* (1937): Gide siguió siendo incluso hasta después de su muerte en 1951 el gran escritor de izquierdas que había traicionado a España.

Esa actitud se reprodujo en el conocido rechazo de Sartre a mencionar la cuestión del Gulag sobre la base de que desanimaría la justa militancia de la clase obrera francesa. («*Il faut pas faire désesperer Billancourt*»). Para la mayoría de los escritores que se identificaban con la izquierda en esos decenios o que sencillamente se consideraban opositores a la guerra (y les consternaba la perspectiva de una tercera guerra mundial), la condena a la Unión Soviética era por lo menos problemática.

Como para reafirmar la ansiedad de la izquierda, los que no tenían empacho en denunciar a la Unión Soviética parecían ser precisamente los mismos que no tenían escrúpulos en ser racistas, antisemitas o desdeñar a los pobres; intolerantes que nunca habían oído el canto de la sirena del idealismo o habían sido movidos a ejercer un interés activo en favor de los excluidos y los perseguidos. El vicepresidente de una importante compañía de seguros estadounidense, que también fue el mayor poeta del siglo xx en Estados Unidos, acaso recibiera con beneplácito el testimonio de Serge. Así, la sección xiv del magistral poema de Stevens «*Esthetique du Mal*», escrito en 1945, comienza de este modo:

Victor Serge dijo: «Sigo su demostración
con el sordo desasosiego que se siente
ante los enajenados razonadores».

Dijo de Konstantinov. La revolución
es labor de enajenados razonadores.

La política de la emoción debería
asemejarse a una estructura intelectual.

Que resulte insólito encontrar a Serge evocado en un poema de Stevens nos revela el absoluto olvido en que ha caído, pues en efecto fue una presencia inmensa en algunas de las revistas serias más influyentes de los años cuarenta. Probablemente Stevens habrá sido lector de *Partisan Review*, sino es que de la inconformista revista radical de Dwight Macdonald *Politics*, que publicó a Serge (y también a Simone Weil); Macdonald y su mujer Nancy habían sido el sustento financiero y de otros órdenes para Serge durante los desesperados meses en Marsella y en su viaje colmado de obstáculos, ayuda que se prorrogó asiduamente cuando Serge y su familia vivieron en México. Patrocinado por Macdonald, Serge había comenzado a escribir en *Partisan Review* en 1938 y continuó enviando artículos desde esta última e inverosímil residencia. En 1942 fue nombrado corresponsal en México de la publicación quincenal anticomunista *The New Leader* (a lo que Macdonald se opuso resueltamente) y más tarde comenzó a colaborar —por recomendación de Orwell— en *Polemic* y en la *Horizon* de Cyril Connolly en Londres.

Revistas minoritarias; pareceres minoritarios. Primero extractados en *Partisan Review*, los retratos magistrales de Czeslaw Milosz sobre el honor mutilado del escritor, la conciencia del escritor bajo el comunismo, *El pensamiento cautivo* (1953), fueron rechazados por buena parte del público literario estadounidense como una obra propagandística de la Guerra Fría de un escritor polaco emigrado hasta entonces desconocido. Recelos semejantes perduraron hasta los años setenta: cuando la crónica irrefutable e implacable de Robert Conquest sobre las masacres de Estado de los años treinta, *El gran terror*, se publicó en 1969, el libro fue considerado controvertido en muchos sectores: sus conclusiones tal vez de escasa utilidad, sus implicaciones manifiestamente reaccionarias.

Aquellos decenios de hacer la vista gorda respecto de lo que sucedía en los regímenes comunistas, sobre todo la convicción de que criticar a la Unión Soviética era prestar auxilio y dar aliento a los fascistas y belicistas, nos parece hoy día incomprensible. A principios del siglo xxi hemos pasado a otras ilusiones; otras mentiras que la gente inteligente de buenas

intenciones y política humanitaria se repite a sí misma y a sus partidarios a fin de no prestar auxilio y dar aliento a sus enemigos.

Siempre ha habido gente que arguye que la verdad es a veces inoportuna, desfavorable: un lujo. (Esto se llama pensar con sentido práctico o político). Y por otro lado, los bien intencionados se muestran comprensiblemente renuentes a prescindir de los compromisos, los juicios y las instituciones a que se ha dedicado mucho idealismo. Es cierto que hay situaciones en que la verdad y la justicia parecen incompatibles. Y acaso existan aún más trabas para distinguir la verdad que para reconocer las reclamaciones de la justicia. Parece demasiado fácil que la gente *no* reconozca la verdad, sobre todo cuando puede implicar la ruptura, o el rechazo, de una comunidad que aporta una parte valorada de su identidad.

Se obtiene un resultado distinto al oír la verdad de alguien que estamos dispuestos a escuchar. ¿Cómo fue capaz el marqués de Custine de comprender —proféticamente— durante su viaje de cinco meses por Rusia, un siglo antes, el valor esencial que para esta sociedad tienen las extravagancias del despotismo, la sumisión y la perpetua mentira para complacer a los extranjeros, que describió en su diario epistolar *Cartas de Rusia*? Sin duda tuvo que ver que el amante de Custine fuera polaco, el joven conde Ignacy Gurovski, que debió de haber estado más que dispuesto a contarle los horrores de la opresión zarista. ¿Por qué Gide, entre todos los visitantes de izquierda a la Unión Soviética en los años treinta, fue el único que no quedó seducido con la retórica de la igualdad comunista y el idealismo revolucionario? Quizás porque había sido advertido para detectar la falta de honradez y el miedo de sus anfitriones gracias a los inoportunos informes del impecable Victor Serge.

Serge, con modestia, afirma que sólo hace falta algo de claridad e independencia para decir la verdad. En *Memorias de un revolucionario* escribe:

Reconozco el mérito de haber visto claro en algunas circunstancias importantes. La cosa en sí no tiene nada de difícil y sin embargo es poco común. No creo que sea una cuestión de inteligencia elevada o desprendida, sino más de buen sentido, de buena voluntad y de cierto valor para superar la influencia del medio y la inclinación que resulta de nuestro interés inmediato y del temor que inspiran los problemas. «Lo terrible cuando se busca la verdad —decía un ensayista francés— es que se la encuentra...». Se la encuentra y ya no se es libre ni de

seguir la pendiente del medio que nos rodea ni de aceptar los lugares comunes y corrientes.

«Lo terrible cuando se busca la verdad...». Una frase que debería estar fijada sobre la mesa de todo escritor.

La necedad y las mentiras ignominiosas de Dreiser, Rolland, Henri Barbusse, Louis Aragon, Beatrice y Sydney Webb, Halldór Laxness, Egon Erwin Kisch, Walter Duranty, Leon Feuchtwanger y otros como ellos casi se han olvidado del todo. Y también los que se les opusieron, los que lucharon por la verdad. La verdad, una vez obtenida, es ingrata. No podemos recordarlos a todos. Lo que se recuerda no es el testimonio sino... la literatura. El presunto caso para exceptuar a Serge del olvido que espera a la mayoría de los héroes de la verdad está respaldado, en última instancia, por la excelencia de su narrativa, sobre todo por *El caso Tuláyev*. Pero un escritor literario al que se considera sobre todo como un escritor didáctico; un escritor sin país, un país en cuyo canon literario su narrativa pudiera encontrar un lugar; tales son los elementos del complejo destino de Serge que siguen opacando este libro cautivador y admirable.

*

La narrativa, para Serge, es la verdad, la verdad de la trascendencia propia, la obligación de dar voz a los enmudecidos o a los silenciados. Desdeñaba las novelas acerca de la vida privada, particularmente las novelas autobiográficas. «La existencia de los individuos no tenía interés para mí, sobre todo la mía», sostiene en sus *Memorias*. En una entrada de sus diarios (marzo de 1944), Serge explica el amplio alcance de la idea de la verdad narrativa: Quizás la fuente más profunda es la sensación de que la vida maravillosa está pasando, volando, escapándose inexorablemente, y el deseo de atraparla en pleno vuelo. Fue este sentimiento desesperado lo que me llevó, como a los dieciséis años, a advertir un instante precioso que me hizo descubrir que la *existencia* (humana, «divina») es *memoria*. Después, con el enriquecimiento de la personalidad, descubrimos sus límites, la pobreza y los grilletes de la identidad, descubrimos que sólo tenemos una vida, una individualidad circunscrita para siempre, pero que incluye muchos

destinos posibles, y que (...) convive (...) con otras existencias humanas, con la tierra, con las criaturas, con todo. La escritura entonces se vuelve la búsqueda de una personalidad compuesta, una manera de vivir destinos diversos, de penetrar en los demás, de comunicarnos con ellos [...] de evadirnos de los límites habituales de la identidad [...] (Sin duda hay otro tipo de escritores, individualistas, que sólo buscan su propia afirmación y son incapaces de ver el mundo excepto a través de sí mismos).

La meta de la narrativa era contar cuentos, evocar mundos. Este credo atrajo a Serge en cuanto narrador hacia dos ideas de la novela al parecer incompatibles.

Una es el panorama histórico, en el que cada novela tiene su sitio como episodio de una historia incluyente. La historia, para Serge, relataba el heroísmo y la injusticia en la primera mitad del siglo xx europeo y pudo haber comenzado con una novela situada en los círculos anarquistas franceses justo antes de 1914 (sobre lo que en efecto escribió unas memorias, confiscadas por la GPU). En las novelas que Serge pudo concluir, el periodo cubierto es el que va de la Primera a la Segunda Guerra Mundial: es decir, de *Los hombres en la cárcel*, escrita en Leningrado a finales de los años veinte y publicada en París en 1930, a *Los años sin perdón*, su última novela, escrita en México en 1946 y no publicada hasta 1971 en París. *El caso Tuláyev*, cuyo material es el Gran Terror de los años treinta, corresponde al final del ciclo. Los personajes reaparecen —un recurso clásico de las novelas, como algunas de Balzac, ideadas como una serie—, aunque no tantos como cabría esperar, y ninguno es un *alter ego*, un doble del propio Serge. El Alto Comisario de Seguridad, Erchov, el fiscal Fleischman, la repugnante *apparatchik* Zvéryeva y el virtuoso opositor de izquierdas Ryzhik de *El caso Tuláyev* estaban ya presentes en *Ciudad ganada* (1932), la tercera novela de Serge, ubicada en el sitio de Petrogrado, y, probablemente, en una novela perdida, *La Tourmente*, secuela de la anterior. (Ryzhik es también un personaje importante, y Fleischman uno menor, en *Medianoche en el siglo*).

De este proyecto sólo quedan fragmentos. Pero si Serge no se entregó tenazmente a la crónica, como la sucesión de novelas de Solzhenitsyn sobre la época de Lenin, no se debe meramente a que le faltara tiempo para

concluir la serie, sino a que estaba en ciernes otra idea de la novela que de algún modo subvertía la primera. Las novelas históricas de Solzhenitsyn son todas de una pieza desde el punto de vista literario, y no son mejores por ese hecho. Las de Serge ilustran diversos conceptos de cómo se ha de narrar y con qué fin. El «yo» de *Los hombres en la cárcel* es un medio para darle voz a los otros, a muchos otros; es una novela de compasión, de solidaridad. «No quiero escribir memorias», afirmó en una carta a Istrati, que escribió el prólogo a la primera novela de Serge. La segunda, *El nacimiento de nuestra fuerza* (1931), emplea un agregado de voces; la primera persona del singular, la del plural y una tercera que es omnisciente. La crónica en varios volúmenes, la novela como secuela, no era el mejor medio para el desarrollo de Serge en cuanto escritor literario, pero siguió siendo una suerte de posición por defecto desde la cual, siempre trabajando bajo el acoso y el apremio financiero, podía generar nuevas tareas narrativas.

Las afinidades literarias de Serge, y muchas de sus amistades, estaban entre los grandes modernistas de los años veinte, como Pilniak, Zamiatin, Sergei Esenin, Maiakovski, Pasternak, Danil Charms (su cuñado) y Mandelstam, en lugar de con los realistas como Gorki, emparentado por el lado materno, y Alexei Tolstoi. Pero en 1928, cuando Serge comenzó a escribir narrativa, la nueva era milagrosa prácticamente había acabado, destruida por los censores, y pronto los propios escritores, en su mayoría, fueron detenidos y asesinados o se suicidaron. La novela panorámica, la narración con voces múltiples (otro ejemplo: *Noli Me Tangere*, del revolucionario filipino decimonónico José Rizal), bien podría haber sido la forma predilecta de un escritor con una acendrada conciencia política; la conciencia política que sin duda no se deseaba en la Unión Soviética, donde, como sabía Serge, no había posibilidad alguna de que fuese traducido y publicado. Aunque también es la forma de algunas obras perdurables de la modernidad literaria, y ha engendrado géneros narrativos nuevos y diversos. La tercera novela de Serge, *Ciudad ganada*, es una obra brillante en uno de esos géneros, la novela protagonizada por una ciudad (al igual que *Los hombres en la cárcel* tenía a «esa máquina terrible, la cárcel», de protagonista), manifiestamente influida por *Petersburgo* de Biely y por *Manhattan Transfer* (cita a Dos Passos como influencia), y quizás por *Ulises*,

un libro que admiraba mucho.

«Me parecía sin duda buscar una nueva vía para la novela», afirma Serge en sus *Memorias*. Un aspecto en el que Serge no estaba buscando nuevas vías es en su concepto de las mujeres, que recuerda al de las grandes películas soviéticas del idealismo revolucionario, desde Eisenstein a Alexei Gherman. En una sociedad de desafíos —de sufrimientos y sacrificios— centrada totalmente en los hombres, las mujeres casi no existen, al menos no de un modo positivo, salvo como objetos amorosos o pupilas de individuos muy ocupados. Pues la revolución, según la descripción de Serge, es en sí misma una empresa heroica, masculina, revestida de valores viriles: la valentía, el arrojo, la resistencia, la firmeza, la independencia, la capacidad para la brutalidad. Una mujer atractiva, alguien cálido, entrañable, tenaz, a menudo víctima, no puede exhibir esas características varoniles; por lo tanto no puede ser sino la socia minoritaria de un revolucionario. La única mujer enérgica de *El caso Tuláyev*, la fiscal bolchevique Zvéryeva (a la cual ya le tocará el turno de ser detenida y asesinada), se caracteriza reiteradamente por su patética e implorante sexualidad (en un pasaje se nos presenta masturbándose) y por su físico repugnante. Todos los hombres de la novela, sean o no viles, despliegan sus patentes ansias carnales y una confianza sexual sin afectaciones.

El caso Tuláyev relata un conjunto de historias, de destinos, en un mundo densamente poblado. Además de las mujeres de reparto, hay al menos ocho personajes estelares: dos emblemas de la desafección, Kostia y Romáshkin, humildes oficinistas solteros que comparten una habitación dividida con una mampara en un apartamento colectivo de Moscú —dan comienzo a la novela—, y los leales veteranos, arribistas y sinceros comunistas, Ivan Kondratiev, Artyem Makeyev, Stefan Stern, Maxim Erchov, Kiril Rublev, el viejo Ryzhik, los cuales, uno tras otro, son detenidos, interrogados y condenados a muerte. (Sólo a Kondratiev se le indulta y envía a un remoto puesto en Siberia, gracias a un benévolο capricho arbitrario del «Jefe», como se le llama a Stalin en la obra). Se retratan vidas enteras, cada una de las cuales podría constituir otra novela. El relato de la detención de Makeyev, astutamente orquestada mientras asiste a la ópera (al final del capítulo cuatro), es en sí mismo un cuento digno de Chejov. Y el drama de

Makeyev, su historial, su ascenso al poder (es el gobernador de Kurgansk), su detención repentina cuando visita Moscú, su reclusión, interrogatorio, confesión, es sólo una de las tramas desarrolladas en *El caso Tuláyev*.

Ningún interrogador es uno de los personajes principales. Entre los secundarios está el epítome narrativo del filocomunista influyente. En una escena postrera, situada en París, «El profesor Passereau, célebre en dos hemisferios, Presidente del Congreso para la Defensa de la Cultura», le dice a la joven emigrante Xenia Popov, que solicita en vano su intervención en auxilio del más benévolos de los viejos protagonistas bolcheviques de Serge: «Guardo un respeto absoluto por la justicia de su país... si Rublev es inocente el Tribunal Supremo le dispensará su justicia». En cuanto al epónimo Tuláyev, el alto cargo gubernamental cuyo asesinato desencadena las detenciones y la ejecución de los demás, sólo aparece fugazmente al principio de la novela. Figura allí para ser asesinado.

El Tuláyev de Serge, al menos su asesinato y las consecuencias de este, parece aludir evidentemente a Sergei Kirov, el dirigente de la organización del partido en Leningrado, cuyo asesinato en su oficina el 1 de diciembre de 1934, a manos de un joven afiliado al partido llamado Leon Nicolayev, fue la excusa de Stalin para los años de masacres que se sucedieron, lo cual diezmó la afiliación leal del partido y asesinó o mantuvo en el presidio a millones de ciudadanos comunes durante decenios. Acaso sea difícil no leer *El caso Tuláyev* como una novela en clave, si bien Serge advierte explícitamente contra esa interpretación en una nota preliminar. «Esta novela —escribe— pertenece al dominio de la narrativa. La verdad que crea el novelista no puede confundirse, de ningún modo, con la verdad del historiador o del cronista». Resulta difícil imaginar a Solzhenitsyn prologando una de sus novelas sobre Lenin con semejante aviso. Aunque quizás se deba creer en la palabra de Serge, si tenemos en cuenta que situó su novela en 1939. Las detenciones y procesos de *El caso Tuláyev* son sucesores narrativos, más que síntesis narrativas, de los verdaderos procesos de Moscú de 1936, 1937 y 1938.

Serge no sólo destaca que la verdad del novelista difiere de la del historiador. Defiende, aquí de modo implícito, la supremacía de la verdad novelística. Serge había expresado esa pretensión más temeraria en la carta

a Istrati sobre *Los hombres en la cárcel*: una novela que, a pesar «del uso ventajoso de la primera persona del singular», no trata «sobre mí» y en la que «no quiero apoyarme mucho a las cosas que en efecto he presenciado». El novelista, continúa Serge, está en busca de «una verdad más rica y general que la verdad de la observación». Esa verdad «a veces coincide casi de modo fotográfico con algo que he visto; a veces difiere en todos los aspectos».

Pretender la supremacía de la verdad narrativa es un venerable lugar común literario (su primera formulación se encuentra en la *Poética* de Aristóteles), y en boca de muchos autores parece fingida e incluso interesada: un consentimiento reivindicado por el novelista para ser impreciso, parcial o arbitrario. Aseverar que el aserto de Serge nada tiene que ver con ello equivale a señalar las pruebas de sus novelas, sus irrefutables sinceridad e inteligencia aplicadas a verdades vividas recreadas en forma narrativa.

El caso Tuláyev no ha gozado ni siquiera de un poco de la fama de *Oscuridad al mediodía [El cero y el infinito]* (1940) de Koestler, una novela que trata ostensiblemente el mismo tema, y que asevera lo contrario en cuanto a la correspondencia de la narrativa con la realidad histórica. «La vida de N. S. Rubashov es una síntesis de las vidas de un conjunto de hombres víctimas de los llamados procesos de Moscú», advierte al lector la nota preliminar de *Oscuridad al mediodía*. (Se cree que Rubashov está basado sobre todo en Nicolai Bujarin, con algo de Karl Radek). Sin embargo, la síntesis es precisamente la limitación de esta obra de cámara, la cual es un alegato político y un retrato psicológico. Se aprecia una época completa a través del prisma del atormentado confinamiento e interrogatorio de una persona, interpolados con pasajes memoriosos, retrospectivos. La novela comienza con Rubashov, el excomisario del pueblo, arrojado a su celda mientras la puerta se cierra con estrépito, y termina con el verdugo trayendo las esposas, el descenso a los sótanos del presidio y la bala en la nuca. (No es insólito que *Oscuridad al mediodía* fuera llevada a escena en Broadway). La revelación de cómo —es decir, mediante qué argumentos en lugar de la tortura física— se pudo inducir a Zinoviev, Kamenev, Radek, Bujarin y los otros dirigentes que pertenecían a la élite bolchevique a

confesar los absurdos cargos de traición presentados en su contra es la historia de *Oscuridad al mediodía*.

La novela polifónica de Serge, de múltiples trayectorias, mantiene un punto de vista mucho más complejo del carácter, del entramado de la política con la vida privada, y de los procedimientos terribles de la inquisición de Stalin. Su ambición intelectual es mucho más amplia. (Un ejemplo: el análisis de Rublev de la generación revolucionaria). De los detenidos, todos confesarán al final salvo uno —Ryzhik, que permanece desafiante, prefiere la huelga de hambre y la muerte—, aunque sólo otro se parece al Rubashov de Koestler: Erchov, al que persuaden de rendir un último servicio al partido reconociendo que formaba parte de una conspiración para asesinar a Tuláyev. «Cada hombre tiene un modo de ahogarse», es el título de uno de los capítulos.

El caso Tuláyev es una novela mucho menos convencional que *Oscuridad al mediodía* y 1984, cuyos retratos del totalitarismo han demostrado su carácter inolvidable: quizás porque esas novelas cuentan con un solo protagonista y relatan una sola historia. No hace falta pensar en la naturaleza heroica del Rubashov de Koestler o del Winston Smith de Orwell; el hecho mismo de que ambas novelas sigan a los protagonistas de principio a fin obliga al lector a identificarse con la víctima arquetípica de la tiranía totalitaria. Si es posible afirmar que la novela de Serge tiene un héroe, ese, presente sólo en el primer y el último capítulos, no es una víctima: es Kostia, el verdadero asesino de Tuláyev, del que nadie sospecha.

El asesinato: el aire huele a muerte. En eso consiste la historia. Se compra un revólver Colt de un proveedor tenebroso; no hay motivo, salvo porque es un objeto mágico, de acero negro azulado, y parece potente oculto en el bolsillo. Un día, el comprador, el insignificante Romáshkin, un alma miserable y también (ante sí mismo) «un hombre puro cuya única preocupación es la justicia», camina cerca del muro del Kremlin cuando una figura de uniforme «que no ostenta insignia alguna, de rostro endurecido, bigote cerdoso, y sensual de modo inconcebible» asoma, seguido por dos individuos vestidos de paisano, a unos diez metros de distancia; se detiene entonces a dos metros para encender su pipa y Romáshkin comprende que se le ha presentado la oportunidad de atentar contra el mismo Stalin («el

Jefe»). No se atreve. Asqueado de su propia cobardía, le regala el revolver a Kostia, el cual, en la calle una noche nevada, observa a un hombre robusto en abrigo forrado de pieles y gorra de astracán con un maletín bajo el brazo saliendo de un potente automóvil negro que acaba de detenerse frente a una residencia privada, escucha que su chofer se dirige a él como Camarada Tuláyev —Tuláyev del Comité Central, advierte Kostia, el de las «deportaciones en masa» y de las «purgas universitarias»—, lo mira despedir al coche (de hecho, Tuláyev no pretende entrar a su casa sino seguir andando para cumplir una cita sexual), momento en el cual, como en un trance, como ausente, el revólver sale del bolsillo de Kostia. El arma detona: un súbito estruendo en el silencio absoluto. Tuláyev cae en la acera. Kostia huye por las calles silenciosas y estrechas.

Serge hace del asesinato de Tuláyev algo casi involuntario, como la muerte de un desconocido en una playa por la que es juzgado el protagonista de *El extranjero* (1942) de Camus. (Es muy poco probable que Serge, aislado en México, hubiera podido leer la novela de Camus, publicada clandestinamente en la Francia ocupada, antes de terminar la propia). El imperturbable antihéroe de la novela de Camus es una suerte de víctima, en primer lugar por la ignorancia de sus acciones. En contraste, Kostia rezuma emoción, y su *acte gratuit* es a la vez sincero e irracional: su conciencia de la iniquidad del sistema soviético actúa *a través* de él. Sin embargo, la violencia ilimitada del sistema hace que sea imposible confesar su acción violenta. Cuando, hacia el final de la novela, Kostia, atormentado por las crecientes injusticias que ha desencadenado su obra, envía una confesión escrita, sin firma, a Fleischman, fiscal jefe del caso —y poco antes de que él mismo sea detenido—, este quema la carta, recoge las cenizas, las pulveriza bajo el pulgar y, «con tanto alivio como lóbrego sarcasmo», se dice a media voz: «*El caso Tuláyev está cerrado*». La verdad, incluso una confesión real, no tiene cabida en el género de tiranía en que se ha convertido la revolución.

Asesinar a un tirano es una hazaña que acaso evoca el pasado anarquista de Serge, y Trotsky no se equivocaba del todo cuando acusó a Serge de ser más anarquista que marxista. Pero Serge no respaldó nunca la violencia anarquista: sus convicciones libertarias fueron las que, muy pronto, volvieron a Serge anarquista. Su vida militante le procuró una experiencia

profunda de la muerte. La experiencia se manifiesta con más penetración en *Ciudad ganada* y sus pasajes de matanzas orgiásticas por obligación, por necesidad política, si bien la muerte preside todas sus novelas.

«No nos corresponde a nosotros ser admirables», declara la voz de un desconsolado encomio a la insensibilidad revolucionaria, «Meditación durante un ataque aéreo», en *El nacimiento de nuestra fuerza*. Nosotros los revolucionarios «debemos ser precisos, perspicaces, fuertes, inflexibles y estar armados: como máquinas». (Desde luego, Serge está totalmente entregado, por carácter y convicción, a lo admirable). El tema central de Serge es la revolución y la muerte: para forjar la revolución se debe ser despiadado, se debe aceptar que es inevitable matar al inocente como al culpable. No hay límites a los sacrificios que puede exigir la revolución. El sacrificio de los demás; el sacrificio propio. Pues esa *hybris*, el sacrificio de muchos otros a la causa revolucionaria, asegura en la práctica que a la larga la misma violencia despiadada se dirigirá contra los que forjaron la revolución. En la narrativa de Serge, el revolucionario es, en el sentido estricto y clásico, una figura trágica: un héroe que hará, y está obligado a hacer, *lo malo*; y por ello corteja, y sobrellevará, la pena, el castigo.

Pero en la mejor narrativa de Serge —estas son mucho más que «novelas políticas»— la tragedia de la revolución está situada en un marco más amplio. Serge se dedica a mostrar el carácter ilógico de la historia, de los motivos humanos y del curso de las vidas personales, de las que nunca se puede afirmar que han sido merecidas o inmerecidas. Por ello, *El caso Tuláyev* concluye con los destinos contrastantes de sus dos vidas nimias: Romáshkin, el hombre obsesionado con la justicia, a quien le faltó la valentía o la distracción para matar a Stalin, se ha convertido en un burócrata estimado (hasta el momento no purgado) en el Estado del Terror, y Kostia, el asesino de Tuláyev, el hombre que protestó a pesar de sí mismo, se ha evadido en un humilde empleo agrícola en el lejano oriente de Rusia, en la futilidad y en un nuevo amor.

La verdad del novelista —a diferencia de la verdad del historiador— permite la arbitrariedad, el misterio, la falta de voluntad. La verdad de la narrativa se reabastece: pues hay mucho más que política y mucho más que el capricho de los sentimientos humanos. La verdad de la narrativa queda

plasmada, como en la mordaz materialidad descriptiva de la gente y los paisajes de Serge. La verdad de la narrativa muestra aquello para lo que nunca se hallará consuelo y lo desplaza con una disposición curativa ante la totalidad de lo finito y cósmico.

«Quiero hacer estallar la luna», dice la pequeña al final de «El cuento de la luna perpetua» (1926) de Pilniak, que recrea en la narración una de las primeras liquidaciones de un posible rival futuro ordenadas por Stalin (aquí llamado «Número Uno»): el asesinato, en 1925, del sucesor de Trotsky para encabezar el Ejército Rojo, Mijail Frunze, obligado a someterse a una cirugía innecesaria, y que muere, como se había previsto, en la mesa de operaciones. (La rendición de Pilniak a las directivas literarias de Stalin en los treinta no impidieron que le dieran un tiro en 1938). En un mundo de残酷 e injusticia insoportables, parece como si toda la naturaleza debiera rimar con la pesadumbre y la pérdida. Y en efecto, cuenta Pilniak que la luna, como si respondiese al desafío, desaparece. «La luna, redonda al igual que la mujer de un mercader, nadó tras las nubes, fatigada por la persecución». Pero la luna es perpetua. También la indiferencia redentora, la amplia visión redentora, la del novelista o del poeta, que no soslaya la verdad de la reflexión política, más bien nos dice que hay algo más que política, más, incluso, que historia. La valentía... la indiferencia... la sensualidad... el mundo vivo de las criaturas... y la piedad, la piedad para todos, son perpetuas.

«Esta novela pertenece al dominio de la narrativa. La verdad que crea el novelista no puede confundirse, de ningún modo, con la verdad del historiador o del cronista. Toda pretensión de establecer una relación precisa entre los personajes o episodios de este libro y los personajes y hechos históricos conocidos no tendría, por tanto, justificación».

VÍCTOR SERGE

01

Los cometas nacen de la noche

Durante varias semanas, Kostia había estado pensando en comprarse un par de zapatos, cuando un impulso repentino, del que él mismo se asombró, alteró todos sus cálculos. Privándose de cigarrillos, de cine, y cada tercera jornada del almuerzo de mediodía, ahorraría en seis semanas los ciento cuarenta rublos necesarios para la adquisición de unos buenos botines que la amable vendedora de una tienda de artículos de ocasión prometía reservarle «discretamente». Andaba, mientras tanto, de buen humor, sobre suelas de cartón que renovaba todas las noches. Por suerte, el clima era seco. Ya rico, con setenta rublos, Kostia fue a ver, por puro gusto, sus futuros zapatos, medio escondidos en la oscuridad de un estante, detrás de viejos samovares de cobre, una pila de estuches de binoculares, una tetera china, una caja de conchas marinas sobre la que se destacaba en azul celeste el golfo de Nápoles... Un par de botas reales, de cuero suave, ocupaban el lugar de honor del estante: ¡cuatrocientos rublos, imagínese! Algunos hombres en raídos gabanes se relamían frente a ellas. «Quédese tranquilo», le dijo la vendedorcita a Kostia, «sus botines están allí, no se preocupe...». Le sonrió: era una chica de cabello castaño, de ojos hundidos, con dientes dispares pero bonitos, con labios... ¿cómo describir los labios? «Tienes los labios encantados», pensó Kostia, mirándola directamente a la cara, sin timidez, aunque jamás se hubiera atrevido a decir lo que pensaba. Durante

un instante retenida por esos ojos hundidos, que tenían un color entre el verde y el azul de ciertos bibelots chinos expuestos en la vitrina del mostrador, la mirada de Kostia vagó después sobre las joyas, las plegaderas, los relojes, las tabaqueras y demás antigüallas, hasta detenerse por azar en un pequeño retrato de mujer enmarcado en ébano, tan pequeño que cabía en la mano...

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Kostia con voz sorprendida.

—Setenta rublos. Es caro, en verdad —respondieron los labios encantados.

Las manos igualmente encantadas se deshicieron de un brocado rojo y oro que dejaron sobre el mostrador y sacaron la miniatura. Kostia la cogió, conmovido de tener entre sus dedos regordetes y no muy limpios esta imagen, esta imagen viviente, esta imagen extraordinaria más todavía que viviente, este minúsculo rectángulo negro que enmarcaba una cabeza rubia ceñida por una diadema, un bello rostro ovalado de ojos despiertos, de una dulzura, de una fuerza, de un misterio sin fondo.

—La compro —dijo Kostia sordamente, sin escucharse a sí mismo.

La vendedora no se atrevió a objetar nada: él había hablado muy bajo, como desde el fondo de sí mismo. Mirando furtivamente a derecha e izquierda, la vendedora susurró: —Chitón. Le voy a hacer el recibo: cincuenta rublos, pero no enseñe el artículo en la caja.

Kostia le dio las gracias casi sin verla. «Cincuenta o setenta, qué me importa. ¿No comprendes, muchacha, que no tiene precio?». Un gran fuego se encendió en su interior. Por el camino, iba sintiendo el pequeño rectángulo de ébano, apretado en el bolsillo interior de su chaqueta, incrustado en su pecho, de allí irradiaba una alegría creciente. Caminó cada vez más de prisa, subió corriendo una escalera oscura, se apresuró por los corredores olorosos a naftalina y a sopa de coles agrias del departamento colectivo, entró en su cuarto, encendió la luz, consideró con exaltación su catre, sus viejos periódicos ilustrados apilados sobre la mesa, la ventana maltratada en la que algunos cartones reemplazaban los vidrios rotos... y se sintió apenado consigo mismo al oírse murmurar: «¡Qué felicidad!». La cabeza rubia en el pequeño marco negro apoyado en el muro, sobre la mesa, no lo miraba más que a él y él no la miraba más que a ella. El cuarto

se llenó de una indefinible claridad. Kostia dio algunos pasos sin dirección, entre la ventana y la puerta; de pronto se sentía encerrado. Del otro lado del tabique divisorio, Romáshkin tosió débilmente.

—Ah, este Romáshkin —pensó Kostia, divertido con la idea del hombrecillo bilioso, siempre encerrado en su habitación, tan educado y tan limpio, un verdadero pequeñoburgués que vivía solo con sus geranios, sus libros encuadrados en papel gris, sus retratos de grandes hombres: Henrik Ibsen, que dijo que el hombre más solitario es el hombre más fuerte; Mechnikov, que amplió los límites de la vida por medio de la higiene; Charles Darwin, que ha demostrado que las bestias de la misma especie no se devoran entre ellas, Knut Hamsun porque les dio voz a los hambrientos y amó los bosques...

Romáshkin llevaba todavía viejos abrigos de antes de la guerra que precedió a la revolución que precedió a la guerra civil, de la época en que los Romáshkin, inofensivos y temerosos, pululaban sobre la tierra. Kostia se volvió con una ligera sonrisa hacia su media chimenea: el tabique que separaba su habitación de la del segundo subjefe de oficina Romáshkin cortaba por la mitad la bella chimenea de mármol de un salón de antaño.

—¡Pobre Romáshkin!, nunca tendrás más que la mitad de una habitación, la mitad de una chimenea, la mitad de una vida humana, y ni siquiera la mitad de una mirada como esta... —la mirada de la miniatura: esa embriagadora luz azul—. Tu mitad de existencia es la de la sombra, mi pobre Romáshkin.

De dos zancadas Kostia se encontró en el corredor, ante la puerta del vecino, sobre la que dio los tres golpecillos de costumbre. Del otro lado del departamento le llegó un débil olor de fritura mezclado con voces y ruidos de peleas. Una mujer encolerizada, ciertamente huesuda, áspera e infeliz, removía la vajilla mientras decía: «Entonces él dijo: “Bueno, ciudadana, se lo diré a la gerencia, ya verá”, entonces yo le dije: “Muy bien, ciudadano, yo...”». Una puerta se abrió e inmediatamente se cerró con un golpe, se escucharon llantos de niños. El timbre de un teléfono sonó rabiosamente. Romáshkin abrió. «Buen día, Kostia».

Romáshkin disponía, él también, de tres metros de fondo por dos metros setenta y cinco centímetros de largo. Había flores de papel, limpias de polvo,

sobre la media chimenea. El rojo púrpura de los geranios bordeaba la ventana. Había un vaso de té frío sobre la mesa cuidadosamente cubierta con papel blanco. «¿No molesto? ¿No estaba leyendo?». Unos treinta libros reposaban alineados en el estante que estaba sobre la cama.

—No, Kostia, no leía. Pensaba.

Solo, con el abrigo abotonado, sentado ante el vaso de té, ante el muro divisorio despintado sobre el cual se destacaban los cuatro retratos de grandes hombres, Romáshkin pensaba... Kostia se preguntó: «¿Qué hace con las manos en esos momentos?». Romáshkin no ponía nunca los codos sobre la mesa; hablaba generalmente con las palmas posadas sobre las rodillas, caminaba con las manos anudadas a la espalda; cruzaba en ocasiones los brazos sobre el pecho, con una tímida elevación de los hombros.

Su espalda hacían pensar en las formas humilladas de las bestias de carga.

—¿En qué pensaba, Romáshkin?

—En la injusticia.

Un tema vasto. No lo agotarás pronto, amigo mío. Era extraño: hacía más frío aquí que al lado. «Vine a pedirle prestados algunos libros», dijo Kostia. Romáshkin tenía los cabellos bien cepillados, un rostro amarillo y envejecido, boca delgada, mirada insistente pero temerosa, de un color indefinible. Por lo demás, no parecía tener ningún color: Romáshkin parecía gris. Contempló los estantes y reflexionó un momento antes de tomar un viejo libro encuadrado en rústica. «Lea esto, Kostia, son historias de hombres valientes». Era el fascículo número 9 de la revista *El Presidio*, «órgano de la Asociación de Antiguos Forzados y Deportados de por Vida». Gracias, hasta luego. Hasta luego, mi amigo. ¿El tipo este se pondría de nuevo a pensar?

Sus dos mesas se hallaban frente a frente, a ambos lados del tabique divisorio. Kostia se sentó a la suya, hojeó el libro, trató de leer. De tiempo en tiempo, levantaba los ojos hacia la miniatura para encontrar en ella, con una certeza bienhechora, la misteriosa mirada de los ojos verdiazules. Los cielos pálidos de primavera sobre los hielos tienen ese resplandor cuando se funden los ríos al iniciarse el deshielo y la tierra revive. Romáshkin, en su desierto íntimo, allí al lado, se había vuelto a sentar con la cabeza entre las

manos, completamente solo, absorto, creyendo que pensaba. Quizá realmente pensaba.

Romáshkin vivía desde hace mucho tiempo encerrado con una idea agobiante. Como funcionario, subjefe de la oficina de salarios del Trust del Vestido Moscú, no sería nunca contratado permanentemente en tal empleo, pues no era miembro del partido; ni reemplazado —salvo detención o deceso—, puesto que era el único que, de los ciento diecisiete empleados de la dirección central que llenaban de nueve de la mañana a seis de la tarde cuarenta oficinas sobre el Trust del Alcohol, encima del Sindicato de Peleteros de Karelia, al lado de la representación de los Algodones de Uzbekistán, conocía a fondo las diecisiete categorías de salarios y pagos, más los siete modos de remuneración del trabajo a destajo, las combinaciones del salario base con las primas a la producción, el arte de las reclasificaciones y de los aumentos nominales que no abultan en absoluto el presupuesto global para salarios... Le decían: «Romáshkin, el director le ruega preparar la solicitud para la nueva circular de la Comisión del Plan conforme a la circular del Comité Central del 6 de enero, tomando en cuenta la decisión de la conferencia de los trusts de los textiles, ¿ya sabe cuál?». Él sabía. El jefe de su oficina, un antiguo obrero que confeccionaba gorras, miembro del partido desde la primavera pasada, no sabía nada: ni siquiera sumar, pero se rumoreaba que estaba en contacto con el servicio secreto (supervisión del personal técnico y de la mano de obra). Este funcionario hablaba con la voz de la autoridad: «¿Entendió usted, Romáshkin? Para mañana a las cinco. Voy a la reunión de la junta directiva». Las oficinas se encontraban en el callejón de San Bernabé, en el tercer piso de un inmueble de ladrillos rojos de ventanas más anchas que largas; algunos árboles endebles, medio muertos por los desechos de una demolición, extendían bajo la ventana un follaje commovedor.

Romáshkin procedía a hacer sus cálculos. Y encontraba que el aumento del 5 por ciento del salario base publicado por el Comité Central, combinado con las reclasificaciones de los trabajadores de la categoría número 11, transferidos a la 10 y a otras, pasados de la 10 a la 9, a fin de mejorar las

condiciones de los peor pagados, lo cual es equitativo y conforme a la directiva del Consejo de los Sindicatos, resultaba en una reducción global de los fondos para salarios del 0,5 por ciento, de acuerdo con una estricta ponderación... Ahora bien, los obreros de los dos ramos ganaban entre ciento diez y ciento veinte rublos, el aumento de los alquileres empezaba a cobrarse a fin de mes. Romáshkin, tristemente, hizo volver a copiar sus conclusiones. Rehacía estas operaciones todos los meses, con diferentes pretextos, ponía al día sus cuadros explicativos para la contabilidad, esperaba hasta las cinco menos cuarto para lavarse las manos, lentamente, mientras cantaba por lo bajo: «Tra-la-la-la» o «mmmm hmm», zumbando como si fuera una abeja melancólica... Cenaba aprisa en el refectorio de la empresa, leyendo el artículo principal del periódico, que decía siempre, con la misma voz oficiosa, que se seguía en marcha, en pleno progreso, en pleno impulso, incomparablemente, victoriamente, a pesar de todo, por la grandeza de la república, la felicidad de las masas trabajadoras, y si no ahí estaban las doscientas diez fábricas abiertas en un año para probarlo, el éxito brillante de la reserva de cereales y...

—Pero yo —se dijo un día Romáshkin, tragando su última cucharada de sémola fría— exprimo la miseria.

Las cifras lo probaban. Perdió la tranquilidad. Todo lo malo viene de que uno piensa, o más bien de que hay un ser que piensa sin que uno se dé cuenta, y de pronto emite en el silencio del cerebro una frasescilla ácida, insopportable, después de la cual no se puede vivir como antes. Romáshkin quedó aterrado con este doble descubrimiento: él pensaba y los periódicos mentían. Se pasaba noches enteras rehaciendo cálculos complicados en su casa, comparando millones de rublos en mercancías con millones de rublos nominales, y toneladas de trigo con masas de seres humanos. Consultaba los diccionarios de las bibliotecas en las entradas *Obsesión, Manía, Locura, Enajenación mental, Paranoia, Esquizofrenia*, concluía que no era ni paranoico, ni ciclotímico, ni esquizofrénico, ni neurótico, sino que cuando mucho padecía, en un grado muy débil, de depresión histérico-maniaca. Esto se traducía en una obsesión por los números, en una propensión a detectar mentiras en todo, una idea casi fija que temía nombrar —tan sagrada era— y que resolvía todos los conflictos del espíritu y destruía todas

las mentiras; una idea que siempre había que tener presente a riesgo de dejar de ser algo más que un pequeño canalla, subhombre al que se pagaba para roer el pan de los demás, cucaracha que anidaba en el edificio de ladrillos de los trusts... La justicia estaba en el Evangelio, pero el Evangelio era una superstición feudal y prefeudal; la justicia estaba seguramente en Marx, si bien Romáshkin no la había encontrado; estaba en la revolución, velaba en el mausoleo de Lenin, iluminaba la frente embalsamada de un Lenin rosado y pálido, tendido bajo el cristal y guardado por dos centinelas inmóviles: en realidad guardaban la justicia eterna.

Un médico del dispensario neuropsiquiátrico que Romáshkin fue a consultar a Jamovniki le dijo: «Reflejos excelentes, nada que temer, ciudadano. ¿Vida sexual?». «Poca, solo ocasionalmente», repuso Romáshkin ruborizándose. «Le aconsejo el coito dos veces al mes, por lo menos», dijo secamente el médico. «Y en cuanto a la idea de justicia, no se atormente. Es una idea social positiva resultante de la sublimación del egoísmo primordial y del rechazo de los instintos individualistas, está llamada a jugar un gran papel en el periodo de transición al socialismo... Masha, haz entrar al siguiente. ¿Su número, ciudadano?». Ya entraba el siguiente, con su número entre los dedos, dedos como de papel, agitados por un viento interior. Un ser desfigurado por una risa animal. El hombre de bata blanca, el médico, desapareció detrás del biombo. ¿Qué cara tenía? Romáshkin ya no la recordaba. Contento con la consulta, bromeaba consigo mismo: «El enfermo eres tú, ciudadano doctor... Sublimación primordial, ¡cómo no! No has entendido nada de la justicia, ciudadano».

De esta crisis salió más fuerte: iluminado. La recomendación de higiene sexual lo hizo recalcar una vez, en medio de una turbia oscuridad, en un banco del bulevar Trubnoy por el que deambulaban jóvenes alcoholizadas y maquilladas, que pedían, con voz suave, un cigarrillo... Romáshkin no fumaba. «Lo siento mucho, señorita», decía, creyendo darle a estas palabras una entonación pícara. La muchacha sacó de su bolso un cigarrillo que encendió lentamente, para mostrar sus uñas pintadas y su lindo perfil, y vino a arrimarse junto a él. «¿Te aburres?». Él afirmó con la cabeza. «Ven al banco de enfrente, se está más lejos de la luz, y verás lo que sé hacer... Tres rublos, ¿sí?». La idea de miseria y de injusticia abrumó a Romáshkin; y sin

embargo, ¿qué relación había entre esas ideas y esta muchacha, y él, y la higiene sexual? Él se calló, entreviendo una cierta relación, tenue como los rayos de plata que, en las noches límpidas, unen a las estrellas unas con otras. «Cinco rublos y te llevo a mi casa», dijo la muchacha. «Pagas por adelantado, querido, es la regla». Él se sintió contento de que hubiera una regla en este tipo de negocios. La muchacha lo condujo, bajo el claro de luna, rumbo a una choza que apenas se tenía en pie, al lado de un edificio de oficinas de ocho pisos. Advertida por los golpes discretos en el marco de la ventana, salió a recibirlos una mujer miserable que apretaba un chal contra su pecho hundido. «Está agradable aquí», dijo, «hay un poco de fuego. No te apures, Katiushenka. Aquí te espero fumando una colillita. No despiertes a la nena, está dormida a la orilla de la cama». Para no despertar a la nena, se tendieron en el suelo, a la luz de una vela, sobre un cubrecama que quitaron del lecho donde una niña de cabello oscuro dormía con la boca abierta. «Trata de no gritar, querido», dijo la muchacha entreabriendo sus vestidos sobre una carne descolorida, apenas tibia. En torno de ellos, desde el techo sucio hasta los rincones desordenados, todo era sórdido. La iniquidad atravesaba a Romáshkin como un frío que le calara hasta los huesos. Inicuo él también, bruto inicuo: a través de él, la iniquidad se retorcía sobre una miserable muchacha pálida. La iniquidad colmaba el vasto silencio en el cual él se hundía con una furia vil. En ese instante nacía en él, débil, lejana, dudosa de vivir, otra idea. Así surge de un suelo volcánico una pequeña lengua de fuego que revela, no obstante, que la tierra va a temblar, a hendirse, a estallar bajo el empuje infernal de la lava.

Más tarde, él y la muchacha regresaron al bulevar. La muchacha, contenta, parloteaba: «Tengo que encontrar otro esta noche. No es fácil. Ayer me quedé hasta la madrugada y solo me encontré con un borrachín que ni siquiera tenía los tres rublos, imagínate. ¡Qué cólera! Hay demasiada hambre, los hombres no piensan en hacer el amor». Romáshkin asentía amablemente, ocupado en seguir dentro de sí mismo los movimientos de la pequeña llama que había aparecido. «Es verdad, las necesidades sexuales son influidas por la alimentación...». Ya en confianza, la muchacha habló de lo que ocurría en el campo. «Acabo de regresar de mi pueblo, ¡qué cólera!». Cólera: debía de ser su palabra favorita; la decía con gracia, ora lanzando

una limpia bocanada de humo, ora un delgado escupitajo a un lado. «Todos los caballos se murieron, ¡qué cólera! ¿Qué va a pasar ahora? Al principio, habían conseguido las más hermosas bestias para la empresa colectiva; luego, a las que les quedaban a los campesinos, a los resistentes, la cooperativa seccional les negó el forraje... Por otra parte, de verdad no hay más forraje: el ejército requisó lo último que había almacenado. Acordándose de las hambrunas de antes, los viejos les dieron de comer a los animales paja de los techos, deslavada por las nieves, secada por el sol, un alimento fatal, ¡pobres bestias! ¡Qué cólera! Los animales daban lástima, con sus ojillos suplicantes, las lenguas fuera, las costillas que les rasgaban la piel, seguro que les sacaban llagas; tenían las articulaciones hinchadas, y montones de pequeños abscesos en el vientre y en el espinazo con gusanos dentro, hervían de pus y de sangre, estaban en carne viva. Las pobres bestias se estaban pudriendo vivas; en la noche había que pasarles cinchos por las barrigas, o no tenían fuerza para levantarse por la mañana. Las dejaban andar por los campos, lamían la madera de las cercas y mordisqueaban la tierra buscando briznas de hierba... En mi terruño, comprenderás, cuidan más a los caballos que a los niños. Siempre hay demasiados niños que alimentar, llegan cuando nadie los quiere. ¿Tú crees que a mí me hacía falta venir al mundo, eh? Pero nunca hay suficientes caballos para el trabajo de la tierra; con un caballo los niños pueden vivir, sin caballo un hombre no es hombre, ¿no es cierto? No hay hogar: nada más que hambre, nada más muerte... Bueno, pues se acabaron los caballos y no había nada que hacerle. Los viejos se marchitaron. Yo estaba en un rincón cerca de la estufa; había una lámpara sobre la mesa y tenía que despabilárla a cada rato porque humeaba. ¿Qué iban a hacer para salvar las bestias? Los viejos no podían ni hablar: toda esa infelicidad los agobiaba. Al fin mi padre dijo —estaba sucio, con la boca negra—: «No hay nada que hacer. Hay que matar a los animales, así ya no sufrirán. Al menos el cuero servirá. En cuanto a nosotros, ¡Dios dirá si nos morimos o no!...». Nadie dijo nada. Había un silencio tal que se oía a las cucarachas andar debajo de los ladrillos calientes de la estufa. El viejo se levantó lentamente. Dijo que él lo haría. Cogió el hacha que estaba en un banco. Mi madre se echó sobre él: «Nikon Nikónich, por piedad...». El viejo daba lástima con su pobre figura de asesino. «Cállate,

“mujer”, dijo. Y a mí: “Niña, ven a alumbrarme”. Yo llevé la lámpara. El establo estaba del otro lado de la casa, cuando la yegua se movía en la noche, la escuchábamos. Era reconfortante. El animal nos vio entrar con la lámpara; nos miró como un enfermo, tristemente, con los ojos húmedos, volviendo apenas la cabeza porque ya no tenía fuerzas. Mi padre escondió el hacha, porque la bestia había entendido, seguro. Mi padre se acercó, le acarició la cabeza y le dijo: “Eres un buen animal, mi *Morena*. No es mi culpa que sufras. Que Dios me perdone...”. No lo había acabado de decir cuando la *Morena* ya tenía el cráneo partido. “Lava el hacha”, me dijo mi padre. “Ahora estamos en la miseria... Cómo lloré esa noche; afuera, porque me hubieran pegado si me hubieran visto llorar en la casa...”. Romáshkin le dio cincuenta kopeks más a la muchacha. Entonces ella quiso besarlo en la boca, «ya verás cómo, querido», pero él le dijo «no, gracias», humildemente, y se fue, bajo los árboles negros, con las espaldas caídas.

Todas las noches de su vida se parecían, igualmente vacías. Romáshkin vagaba un poco al salir de la oficina, de cooperativa en cooperativa, en medio de una muchedumbre de transeúntes parecidos a él. Los anaqueles de los almacenes estaban llenos de cajas, pero sobre ellas, para disipar cualquier malentendido, los empleados pegaban etiquetas manuscritas: *cajas vacías*. Las gráficas indicaban, empero, la curva ascendente de las ventas de una semana a otra. Romáshkin compró unos champiñones en salmuera y retomó su lugar, en una cola que iba formándose, para el salchichón. De una calle relativamente iluminada, dio la vuelta hacia otra, en sombras, y se metió en ella. Al fondo, luces de origen desconocido proyectaban un halo místico. De pronto, voces exaltadas llenaron la oscuridad. Romáshkin se detuvo. Una voz brutal de hombre se extinguió en medio del fragor; una voz de mujer, rápida y vehemente, se elevaba, insultando a los traidores, saboteadores, bestias con rostro humano, agentes del extranjero, gusanos. El furor se desgañitaba en la oscuridad, desde un altavoz olvidado en una oficina vacía. Era espantosa la cólera de esa voz sin cara, en las tinieblas de la oficina, en esta soledad, bajo el resplandor rojo e inmóvil al fondo de la callejuela. Un gran frío se apoderó de Romáshkin. La voz de la mujer clamaba: «En nombre de las cuatro mil obreras...». En el cerebro de Romáshkin, el eco repetía pasivamente: *En*

nombre de las cuatro mil obreras de la fábrica... Así, cuatro mil mujeres de todas las edades —y entre ellas había seductoras, envejecidas prematuramente (¿por qué?), bonitas, inaccesibles, apenas sospechadas— estuvieron presentes en él lo que duró un momento fugaz, y todas gritaban: «¡Exigimos la pena de muerte para estos viles perros! ¡Sin ninguna piedad!». (¿Es posible, mujeres?, les respondía severamente Romáshkin. ¿Ninguna piedad? Todos tenemos, ustedes y yo, necesidad de piedad...). «¡Que los fusilen!». Los mítimes de las fábricas continuaban durante el proceso de los ingenieros —o de los economistas, o de los directores de abasto, o de los viejos bolcheviques: ¿a quién se juzgaba esta vez?—. Veinte pasos más adelante, Romáshkin se detuvo de nuevo, esta vez frente a una ventana iluminada. Veía a través de los cortinajes una mesa servida, té, platos, manos, nada más que manos sobre el linóleo a cuadros: una mano regordeta que empuñaba un tenedor, una mano gris y adormecida, una mano de niño... En el cuarto, un altavoz lanzaba sobre esas manos el clamor de los mítimes: que los fusilen, que los fusilen, que los fusilen. ¿A quiénes? No importa. ¿Por qué?

Porque la angustia y el sufrimiento estaban por todas partes mezclados con un inexplicable triunfo proclamado sin descanso por los periódicos. «Buenas noches, camarada Romáshkin. ¿Ya se enteró? Les negaron los pasaportes a María y a su marido, y fueron privados del derecho de voto, porque eran artesanos que trabajaban por cuenta propia. ¿Ya se enteró? Arrestaron al viejo Bukin: se dice que escondía dólares que le mandaba su hermano, que es dentista en Riga... Y el ingeniero ha perdido su puesto; se le acusa de sabotaje. ¿Ya sabe? Va a haber una nueva depuración de empleados, prepárese, he oído decir al comité de la casa que el padre de usted era oficial...». «Eso no es verdad», dijo Romáshkin ahogándose, «no fue más que sargento durante la guerra imperialista. Era contador...». (Pero como ese contador bien pensante había pertenecido a la Unión del Pueblo Ruso, Romáshkin no tenía la conciencia completamente tranquila). «Trate de conseguir testigos; se dice que las comisiones van a ser muy severas... Se dice que hay problemas en la región de Smolensk; no hay trigo...». «Ya sé, ya sé... Venga a jugar a las damas, Piotr Pétrovich...». El vecino entraba en la casa de Romáshkin y se ponía a explicar a media voz su infortunio personal:

su mujer había estado casada en primeras nupcias con un comerciante y corría el riesgo de que no le renovaran el pasaporte para Moscú: «Le dan a uno tres días para salir, camarada Romáshkin, a cien kilómetros de aquí, por lo menos. Pero una vez allí, ¿obtiene uno el pasaporte?». Si eso ocurría, su hija no podría ingresar en el Instituto Forestal, evidentemente. El hacha, dorada por el reflejo de la lámpara, se abatía sobre el cráneo de un caballo de ojos humanos, voces tumultuarias en las tinieblas enrojecidas exigían fusilamientos, muchedumbres llenaban las estaciones aguardando casi sin esperanza trenes que corrían sobre el mapa hacia el último trigo, las últimas viandas, los supremos negocios, una muchacha del bulevar Trubnoy se tendía, perniabierta, sobre un camastro, cerca de un bebé dormido, rosado como un lechón, puro como un pequeño ser señalado por Herodes, y la muchacha era cara, cinco rublos, una jornada de trabajo; había que encontrar testigos, en efecto, para soportar la depuración, ¿ya iba a entrar en vigor la nueva tarifa de alquileres? Si en todo eso no había algún error inmenso, alguna culpabilidad sin límites, alguna perversidad escondida, debía de ser porque una especie de locura soplabía sobre todas las cabezas. Concluida la partida de damas, Piotr Pétrovich se fue, rumiando sus preocupaciones: «La más grave, la cuestión del pasaporte...». Romáshkin deshizo la cama, se desvistió, se lavó la boca, se acostó. La lámpara eléctrica ardía en la mesita de noche, la sábana era blanca, los retratos estaban mudos: las diez. Antes de dormirse, recorrió atentamente el periódico del día. El rostro del jefe ocupaba un tercio de la primera plana, como dos o tres veces cada semana, encuadrado por un discurso a siete columnas: *Nuestros éxitos económicos... ¡Prodigiosos!* Somos el pueblo elegido, feliz entre todos, envidiado por el Occidente condenado a las crisis, al desempleo, a la lucha de clases, a las guerras; nuestro bienestar crece día tras día, los salarios, como consecuencia de la emulación socialista de las brigadas de choque, acusan un alza del 12 por ciento durante el año transcurrido; es tiempo de estabilizarlos, pues el rendimiento de la producción no aumentó más que el 11 por ciento. ¡Maldición a los escépticos, a las gentes de poca fe, a los que alimentan en el secreto de su corazón la serpiente venenosa de la oposición! Todo eso se decía en párrafos angulosos numerados 1, 2, 3, 4, 5; también estaban numeradas las cinco condiciones (cumplidas) de la realización del

socialismo; numerados, los seis mandamientos del trabajo; numeradas, las cuatro razones de la certidumbre histórica... Sin dar crédito a sus sentidos, Romáshkin examinó con una mirada aguda los 12 por ciento de aumento a los salarios. A este aumento del salario nominal correspondía una disminución triple, por lo menos, de los salarios reales, por la depreciación del papel moneda y el alza de los precios... Pero a propósito de ello, el jefe hacía, en su perorata, una alusión burlona a los especialistas deshonestos del Comisariado de las Finanzas, a quienes prometía un castigo ejemplar. «Aplausos nutridos. Los asistentes se ponen de pie y aclaman largamente al orador. Salvas de gritos: «¡Viva nuestro jefe inquebrantable! ¡Viva nuestro piloto genial! ¡Viva el Buró-Político! ¡Viva el partido!». La ovación se inicia de nuevo. Muchas voces: «¡Viva la Seguridad Nacional!». Aplausos atronadores».

Romáshkin, insondablemente triste, pensó: «¡Cómo miente!», y se espantó de su propia audacia. Nadie, por fortuna, podía oírlo pensar: la habitación estaba vacía; alguien salía de los baños, iba por el corredor arrastrando las pantuflas, sin duda el viejo Schlem, que sufre de los intestinos, una máquina de coser ronroneaba suavemente; antes de acostarse, la pareja que vivía del otro lado del corredor peleaba a golpe de frases cortas como latigazos. Se adivinaba que el hombre pellizcaba a la mujer, le torcía lentamente los cabellos, la arrodillaba para abofetearla con el dorso de la mano: todo el corredor lo sabía, los habían denunciado, pero ellos lo negaban todo, empeñados en atormentarse ahogando sus ruidos, más tarde se poseían de igual manera, con junturas silenciosas de bestias prudentes. Y la gente que escuchaba a un lado de la puerta no escuchaba casi nada, pero todo lo adivinaba. Veintidós personas ocupaban los seis cuartos y el retrete sin ventanas del fondo: todos ellos reconocibles por sus ruidos furtivos en el silencio nocturno. Romáshkin apagó la luz. Atravesando las cortinas, el débil resplandor de una linterna de la calle dibujó sobre el techo las figuras acostumbradas. Variaban de un día a otro con monotonía. El perfil macizo del jefe se superponía en esta penumbra a los contornos del hombre que abofeteaba silenciosamente, en el cuarto vecino, a su mujer arrodillada. ¿No escaparía nunca esta víctima de esa posesión? ¿Escaparemos de la mentira? Era responsable aquel que le mentía a un

pueblo entero en la cara como si lo golpeara. La idea terrible que, hasta ese momento, había madurado en las regiones sombrías de una conciencia que se temía a sí misma, fingiendo ignorarse, tratando de desfigurarse ante el espejo interior, se desenmascaró. Así la luz hizo aparecer en la noche un paisaje de árboles retorcidos por encima de los precipicios. Romáshkin tuvo el sentimiento casi visual de una revelación. Veía al culpable. Una llama transparente invadía su alma. No le preocupaba que este conocimiento pudiera ser vano. Desde entonces esa idea lo poseería, guiaría su cerebro, sus ojos, sus pasos, sus manos. Se durmió con los ojos abiertos, suspendido entre la exaltación y el miedo.

Ya fuera en la mañana, antes de la hora de oficina; ya fuera en la tarde, cuando había concluido su trabajo, Romáshkin frecuentaba el Gran Mercado. Muchos millares de hombres formaban allí, del alba a la noche, una multitud estancada que se hubiera creído inmóvil debido a la paciencia y prudencia de sus movimientos. Colores dispersos, rostros, objetos: todo zozobraba en la uniforme grisalla del suelo trillado, lodoso, nunca seco; la miseria marcaba allí a todas las criaturas con su impronta agobiante. Transpiraba en las miradas desafiantes de las vendedoras enfundadas en lana o telas estampadas, en las caras terrosas de los soldados que no debían de ser verdaderos soldados, aun cuando llevaran todavía vagos uniformes que escaparon de la derrota; en la tela gastada de las gabardinas, en las manos que ofrecían mercancías imprevistas: un guante samoyedo de reno bordado con franjas rojas y verdes, forrado en el interior: «Es suave como una pluma, ciudadano, tiéntelo»; guante impar, mercancía única de ese día, ofrecida por una ladronzuela calmucha. Difícilmente se distinguía a los vendedores de los compradores: unos y otros pataleaban para entrar en calor o daban vueltas en torno a los demás. «Un reloj, un reloj, un buen Cyma, ¿lo quiere?». El Cyma no andaba más de siete minutos («¡Oiga nada más cómo marcha, ciudadano!»), el tiempo suficiente para que el vendedor se hiciera con los cincuenta rublos y se esfumara. Suéter un poco gastado del cuello, remendado a la medida: diez rublos y trato hecho. ¿Dice usted que huele a sudor de enfermo de tifus? Bueno, es el olor del baúl donde venía, ciudadano. «Té, verdadero té de las caravanas, *shai, shai*». El chino bizco canturrea sin cesar las sílabas encantatorias, mirando de hito en hito, y

pasa, si uno le guiña el ojo de modo cómplice, saca a medias de su manga el minúsculo paquete cúbico del antiguo té Kuzniétzov, con los dibujos coloreados. «Auténtico. Viene de la coope del GPU». ¿Se ríe de veras este chino, o es nada más su boca de dientes verdosos lo que hace parecer que se ríe? ¿Por qué habla del GPU? ¿Pertenece a él? Es extraño que no lo arresten, que esté ahí todos los días, pero estos tres mil especuladores y especuladoras, de entre diez y ochenta años de edad, están ahí todos los días, sin duda porque no se les puede arrestar a todos a la vez, y porque, no importa cuántas redadas haga la policía, estas criaturas son legión. Entre ellos andan, con las gorras aplastadas contra el cráneo, los tipos de la policía en busca de su presa: asesinos, prófugos, estafadores, renegados contrarrevolucionarios. Un orden indiscernible de viejo pantano reina en este enjambre humano. (Vigile usted sus bolsillos, ¿de acuerdo?, y sacúdase bien cuando haya salido de allí, porque seguro que pescó piojos; y cuídese de esos bichos, porque vienen de los campos, de las prisiones, de los trenes, de las chozas de Eurasia, y transmiten el tifus; puede usted pescarlos del suelo, porque los piojos y las piojosas que los llevan los van sembrando al caminar, y las sucias bestezuelas buscan su alimento trepándose por las piernas hasta donde haga calor; son una maldición estas bestezuelas. Vamos, ¿pero de veras cree usted que llegará el día en que el hombre ya no tenga piojos? ¿El verdadero socialismo, eh, con mantequilla y azúcar para todo el mundo? ¿Y quizá, para la felicidad de los hombres, pulgas suaves, perfumadas y acariciadoras?). Romáshkin escucha distraídamente a un gran barbudo, con la barba hasta los ojos, hablar de piojos y reírse un poco. Romáshkin siguió por el callejón de la Mantequilla, donde no había, claro, ninguna indicación de callejón ni de mantequilla, sino dos filas de vendedoras de pie, algunas de las cuales llevaban en las manos barras de mantequilla envueltas en trapos; otras, que no le habían pagado por su lugar al inspector, escondían la mantequilla entre sus vestidos, entre el regazo y el seno. (De vez en cuando arrestaban a una: «¿No te da vergüenza, especuladora?»). Más lejos se abría la calle del rastro clandestino; de ahí sacaban la carne en el fondo de bolsas, debajo de diversos objetos, legumbres, granos; los vendedores apenas la mostraban. «Buena carne fresca, ¿quiere usted?». La mujer sacaba de debajo de sus ropas una pierna

de res envuelta en un periódico manchado de sangre. ¿Cuánto? Tiéntelo. Un tipo siniestro con tics de epiléptico sostenía entre los dedos torcidos una extraña carne negra, sin decir nada. Hasta eso se puede comer, no es caro, hay que cocerlo bien, y evidentemente hay que cocerlo en una sartén de hojalata, sobre un buen fuego, en un lote baldío. ¿Le gustan las historias de mujeres descuartizadas, ciudadano? Conozco algunas interesantes. Un chico pasaba, con una botella y un vaso en la mano, vendiendo a diez kopeks el vaso de agua hervida. Aquí se abría el mercado debidamente legal, con sus mercancías desplegadas por el suelo, mercancías increíbles donde se confundían vasos con pintas azules, lámparas de petróleo, teteras deportilladas, fotos antiguas, libros, muñecas, chatarra, pesas, clavos (vendidos por pieza, los grandes; por docena, los pequeños, que había que examinar uno por uno, para verles la punta), vajillas, antigüallas, conchas marinas, escupideras, mordedores, zapatillas de baile cubiertas por un resto de dorado, un sombrero alto de domador de circo o de *dandy* del antiguo régimen, cosas incatalogables, vendibles pues se vendían, puesto que se vivía de venderlas, menudos restos de innumerables naufragios arrastrados por las resacas de varios diluvios. No lejos del Teatro Armenio, Romáshkin se interesó al fin por alguien, por algo. El Teatro Armenio estaba hecho de un conjunto de cajas cubiertas de telas negras y perforadas por una docena de agujeros ovalados por donde los espectadores asomaban la cara; así, mantenían el cuerpo fuera y la cabeza en el país de las maravillas. «¡Todavía hay tres lugares disponibles, camaradas, cincuenta kopeks solamente, la representación va a comenzar, los misterios de Samarcanda, en diez cuadros, treinta personajes en colores!». Una vez que reclutaba a sus tres clientes, el armenio desaparecía bajo las telas, para tirar de los hilos de sus marionetas secretas, haciéndolas hablar a todas, él solo, con treinta voces de huríes de grandes ojos, de malvadas ancianas, de sirvientas, de niños, de gordos mercaderes turcos, de adivina gitana, de Diablo flaco, negro, barbudo, cornudo, con una lengua de fuego rojo, como de asesino, de bello cantor enamorado, de valiente soldado rojo... No lejos de ahí, un tártaro acuclillado cuidaba su mercancía: fieltros, tapices, una silla de montar, puñales, una manta amarilla cubierta de extrañas manchas, un decrepito fusil de caza. «Buen fusil», le dijo sobriamente a Romáshkin, que se inclinó a

verlo. «Trescientos». Así trataron conocimiento. El fusil era útil solamente para atraer al cliente peligroso. «Tengo otro, nuevo, en mi casa», dijo al fin el tártaro, Ajim, luego de su cuarto encuentro, después de que hubieron tomado juntos el té. «Ven a verlo».

En su casa, al fondo de un patio rodeado de abedules blancos, en el barrio de los callejones limpios y silenciosos alrededor de la calle Kropotkin —había que tomar por la calle de la Muerte—, en un antro ensombrecido por los cueros y los fieltros que colgaban del techo, Ajim le reveló un magnífico Winchester de doble cañón azul: «Mil doscientos rublos, mi amigo». Eso equivalía a seis meses del salario de Romáshkin, y era un arma insuficiente: dos tiros únicamente. En cuanto a la forma, era un arma incómoda, para llevarla escondida entre las ropas, había que cortarle el cañón y dos tercios de la culata. Romáshkin, emocionado, discutía consigo mismo los pros y contras. Ni endeudándose, vendiendo todo lo que tenía de vendible, robando incluso algunas cosas de la oficina, llegaría a juntar los seiscientos... Sordas explosiones sacudieron suavemente la muralla e hicieron tintinear las ventanas... «¿Qué es eso?». «No es nada, mi amigo: están dinamitando la catedral del Santo Salvador». No hablaron más del asunto. «No, verdaderamente no puedo», dijo Romáshkin abatido. «No puedo, es muy caro, y además...». Había dicho que era cazador, miembro de la Asociación Oficial de Cazadores, que estaba en posesión de un permiso... La mirada de Ajim cambió; la voz de Ajim cambió; fue a tomar la tetera que estaba al fuego, sirvió té en los vasos, se sentó frente a Romáshkin sobre el taburete bajo, bebió con gusto el brebaje ambarino; sin duda se preparaba a decir algo importante: ¿acaso su precio final, novecientos? Romáshkin tampoco sería capaz de juntar esa cantidad. Era desolador. Al final de una pausa, con su voz acariciante confundida con una lejana detonación, Ajim dijo: —Si es para matar a alguien, yo mejor...

—¿Mejor qué...? —preguntó Romáshkin sin aliento.

Sobre la mesa, entre los vasos, había un revólver Colt, de cañón corto y cilindro negro, arma prohibida cuya sola presencia era un crimen; un fino Colt, nítido, que llamaba a la mano y estimulaba la voluntad.

—Cuatrocientos, mi amigo.

—Trescientos —dijo Romáshkin, inconscientemente, lleno ya de la magia

del arma.

—Trescientos. Lléveselo, mi amigo —dijo Ajim—, mi corazón confía en usted.

Solo al salir Romáshkin advirtió el extraño abandono del lugar; nadie parecía vivir ahí, pasaba uno por ahí y luego desaparecía, como en medio de la confusión de un andén de estación ferroviaria luego de una derrota militar. Ajim le sonrió con suavidad, bajo la blancura de los abedules. Romáshkin se fue por las callejuelas tranquilas. Llevaba el Colt, que le pesaba sobre el pecho, en el bolsillo interior de la chaqueta. ¿De qué atraco, de qué asesinato de la estepa lejana provenía esta arma? Ahora reposaba sobre el corazón de un hombre puro que no pensaba más que en la justicia.

Se detuvo un momento a la entrada de una vasta cantera. El paisaje era vasto, teñido de un azul líquido por la luna; en alguna parte, entre los andamios, en medio de los escombros de las demoliciones, como a través de las almenas de una fortaleza, se veía espejear el río Moscova; asimismo, se veían perfilarse, al fondo, a la derecha, los andamios de un rascacielos en construcción; a la izquierda se erigía la ciudadela del Kremlin, con la fachada plana y pesada del Gran Palacio, la alta torre del zar Iván, las torres puntiagudas de la muralla, los bulbos escalonados de las catedrales, bajo las estrellas. Allí reinaban los reflectores, había hombres que corrían a través de una zona de luz cruda, un miliciano rechazaba a unos mirones. La masa herida de la catedral del Santo Salvador ocupaba todo el primer plano, antaño coronada por la enorme cúpula dorada, como en un sueño antiguo, se alzaba sobre el comienzo de su ruina, hendida de arriba abajo, a lo largo de treinta metros, por una grieta negra, en zigzag, semejante a un resplandor negro en la mampostería. «Aquí viene, aquí viene», dijo alguien. Una voz de mujer susurró: «¡Dios mío!». El fragor se arrastró bajo la tierra, la sacudió, hizo oscilar fantásticamente todo el paisaje bañado por la luna, hizo cintilar el ángulo visible del río y estremecerse a la gente. Las humaredas se levantaron lentamente sobre la cantera, el trueno rodó formidablemente a ras del suelo y se desvaneció en un silencio de fin de mundo, un profundo suspiro se escapó de la masa de piedra sacudida por la explosión, que comenzó a asentarse sobre sí misma con un ruido de huesos, un crujido de armazones, una sombría apariencia de sufrimiento. «¡Ya está!», gritó un

pequeño ingeniero de cabeza descubierta a los obreros cubiertos de polvo que emergían, como él, de la nube. Romáshkin pensó —lo había leído en los artículos— que la vida se eleva a través de las destrucciones, que hay que destruir sin cesar para edificar, derribar las viejas construcciones para construir nuevos edificios mejor aireados, más dignos del hombre; que en este lugar se levantaría un día el más bello palacio de los pueblos de la Unión —donde acaso ya no reinará la iniquidad—. Un poco de dolor inconfesado se mezclaba con estas grandes ideas al tiempo que reemprendía su camino hacia la parada del tranvía A.

Puso el Colt sobre la mesa. El arma de tonalidades negras y azules llenaba el cuarto con su presencia. Las once. Romáshkin se acodó, pensativo, ante el arma, antes de acostarse. Al otro lado del muro divisorio, Kostia se movió; leía, levantando de cuando en cuando los ojos hacia la radiante miniatura. Los dos hombres sentían la cercanía uno del otro. Kostia tamborileó ligeramente, con la punta de los dedos, sobre el muro divisorio; Romáshkin respondió igual: Sí, ven. ¿Debía esconder el Colt antes de que Kostia entrara? La indecisión de Romáshkin no duró más que una centésima de segundo. La primera cosa que Kostia vio al entrar fue la magia azul y negra del acero sobre el mantel de papel blanco. Kostia tomó el Colt, lo hizo saltar animadamente en su mano abierta.

—¡Magnífico!

Nunca antes había tocado un arma; experimentaba una alegría infantil. Era muy alto, con una frente ancha bajo mechones despeinados, las pupilas de un color marino.

—¡Qué bien la llevas! —dijo admirativamente Romáshkin.

El Colt, en efecto, engrandecía a Kostia, le daba el aspecto orgulloso de un joven guerrero.

—La he comprado —explicó Romáshkin—, porque me gustan las armas. En otras épocas he sido cazador, pero un fusil de caza es demasiado caro... Un Winchester de dos cañones cuesta mil doscientos, ¡imagínate!

Kostia escuchaba distraídamente esta explicación incómoda: que este vecino tímido poseyera un revólver lo divertía y no lo disimulaba en absoluto, con el rostro iluminado por una risa ligera...

—No lo usará jamás, seguramente, Romáshkin —dijo.

Romáshkin, prudente, respondió:

—No sé... No he tenido necesidad de eso, naturalmente. ¿Por qué habría de necesitarlo?... No tengo enemigos... Pero un arma es algo tan bello. Da qué pensar.

—¿En los asesinos?

—No, en los justos.

Kostia contuvo la carcajada. ¡Ridículo héroe, tú, pobre diablo! ¡Valiente tipo, en verdad! El pequeño hombre lo contemplaba con una especie de gravedad. Kostia temía apenarlo con sus bromas. Charlaron algunos minutos, como acostumbraban.

—¿Ha leído usted el fascículo 12 de *El Presidio*? —preguntó Romáshkin antes de que se separaran.

—No, ¿es interesante?

—Interesante, sí. Trae la historia del atentado contra el almirante Dubassov en 1906...

Kostia se llevó el fascículo 12.

Romáshkin mismo no quería releer ninguna narración de esos fastos revolucionarios. Esos textos lo hubieran desanimado. Los atentados de otras épocas exigían una preparación minuciosa, organizaciones disciplinadas, dinero, meses de trabajo, de vigilancia, de espera, valor aliado al valor; para colmo, fallaban a menudo. Si hubiera pensado realmente, su plan le hubiera parecido completamente quimérico. Pero no pensaba, el pensamiento se anudaba, se desanudaba en él sin control, en un estado casi de ensueño. Y como eso le bastaba para ir viviendo, no sabía que podía pensarse mejor, con más firmeza y más claridad, pero que eso supone una extraña labor que se cumple a pesar de uno mismo y que con frecuencia conduce a una alegría amarga más allá de la cual no hay nada. Cada vez que podía, en la mañana, al mediodía, en la noche, Romáshkin exploraba ciertos parajes del centro de la ciudad, como la vieja plaza Staraia, donde se eleva el alto edificio, en piedra sillar gris, de una especie de banco: a la entrada había una placa de vidrio negro con letras de oro: *Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS, Comité Central*. Se veía la silueta de un guardia en el corredor. Ascensores. Del otro lado de la estrecha plaza, la vieja muralla blanca, almenada, de Kitai-Gorod, la Ciudad China. Llegaban coches. Siempre había alguno que

fumaba en la esquina, pensativamente... No, aquí no. Imposible aquí. Romáshkin no hubiera podido decir por qué. ¿Debido a la blanca muralla almenada, a las severas piedras grises, al vacío? Sus pasos se perdieron sobre un suelo demasiado duro; Romáshkin no sentía su peso ni su consistencia. En las cercanías del Kremlin, por el contrario, las bocanadas de aire, deslizándose sobre los jardines, lo llevaban, criatura insignificante, sobre el pavimento de la Plaza Roja, totalmente anónimo al detenerse, brevemente, junto a los visitantes provincianos, ante el mausoleo de Lenin, más empequeñecido aún bajo los bulbos torcidos y deslavados de San Basilio el Bienaventurado. No se sintió bien hasta que trepó los tres escalones de piedra del lugar de los suplicios, que está ahí desde hace siglos, rodeado de un pequeño balcón circular de piedra. ¿Cuántos hombres padecieron aquí? Nada quedaba ahora de aquellos supliciados en el alma de los paseantes, con excepción de él; tan simple hubiera sido tenderse sobre la rueda que le rompería los miembros —atroz dolor cuya sola idea le erizaba la piel—, pero ¿qué hacer cuando se había llegado hasta allí? Desde aquella ocasión, llevaba el Colt cada vez que salía.

Romáshkin amaba los jardines públicos que bordean la muralla exterior del Kremlin, del lado que da a la ciudad. Le gustaba recorrerlos casi a diario. El acontecimiento lo alcanzó allí sorpresivamente. Entre la una y cuarto y la una cincuenta, se paseaba por los jardines comiéndose un sándwich, en vez de estar charlando con sus colegas en el comedor del trust. El callejón central estaba, como de costumbre, casi desierto; los tranvías, que daban la vuelta del otro lado de la reja, hacían sonar sus carrocerías y sus campanas. Al final del callejón, como desprendido de los follajes rojos que bordean la alta muralla del Kremlin, apareció un militar. Venía con paso rápido al encuentro de Romáshkin. Dos civiles lo seguían, fumando. Alto, casi delgado, con la visera del quepis bajada hasta los ojos, el uniforme sin insignias, el rostro duro, el bigote espeso, este hombre inconcebiblemente carnal surgió de los retratos publicados en los periódicos, desplegados sobre las fachadas de los edificios de cuatro pisos, exhibidos en las oficinas, impresos día tras día en los cerebros. No había duda: era Él. Su paso autoritario, lleno de rigidez, con la mano derecha en el bolsillo, la otra balanceándose a un lado... Para terminar de identificarse, el jefe sacó de su bolsillo una pipa corta que

se metió entre los dientes, sin detenerse. No estaba a más de diez metros de Romáshkin. La mano de Romáshkin se puso a buscar apresuradamente, en el bolsillo interior de la chaqueta, la culata del Colt. En ese momento, el jefe sacaba, mientras seguía su marcha, una bolsa de tabaco; se detuvo a menos de dos metros de Romáshkin, desafiándolo; sus ojos de gato lanzaron en dirección a Romáshkin un breve destello cruel. Burlones, sus labios murmuraron algo así como: «Miserable, miserable Romáshkin», con un desprecio devastador. Y pasó. Romáshkin, hundido, tropezó con una piedra, titubeó, estuvo a punto de caer. Dos hombres, aparecidos quién sabe cómo, lo sostuvieron: —¿Se siente mal, ciudadano?

Debían de ser los agentes de la escolta secreta.

—¡Déjenme en paz! —les gritó Romáshkin fuera de sí.

Pero en realidad apenas pudo pronunciar estas palabras, u otras, con un resto de aliento. Los dos hombres, que lo habían cogido de los codos, lo soltaron.

—Imbécil: no bebas si no sabes —refunfuñó uno de ellos.

—¡Maldito vegetariano!

Romáshkin se dejó caer en un banco, al lado de una joven pareja. Una voz tonante —la suya— estalló en su cráneo: —Soy un cobarde, un cobarde, cobarde, cobarde...

La pareja, sin ocuparse de él, seguía discutiendo.

—Si la vuelves a ver —decía la muchacha—, yo... —las siguientes palabras se perdieron—. Ya tuve suficiente. Sufro demasiado... yo... —aquí se perdieron otras palabras—. Te suplico...

Era una muchacha anémica, apenas algo más que una niña, con el pelo de un rubio desteñido y la cara llena de granitos color rosa. El muchacho repuso: —Me fastidias, María. Ya basta... me fastidias —mientras miraba a lo lejos.

Todo ocurría de acuerdo con una lógica perfecta. Romáshkin se levantó de un salto, miró implacable y fijamente a la pareja y dijo: —Todos somos unos cobardes, ¿me entienden?

Era tan evidente, que su exaltada desesperación se vino abajo de pronto. Pudo irse, caminar como antes, llegar a la oficina sin un minuto de retraso, volver a sus estadísticas, beber su vaso de té a las cuatro, responder a las

preguntas, terminar su jornada, volver a su casa... Ahora, ¿qué hacer con el Colt? Romáshkin no podía ya soportar, en su casa, la presencia de esta arma inútil.

Estaba sobre la mesa. El acero azul negro brillaba con una frialdad insultante. Kostia llegó y pareció sonreírle.

—¿Te gusta, Kostia? —le preguntó.

En torno a ellos, la noche estaba en paz. Kostia, con el arma en la mano y sonriéndole abiertamente, se transformó en un joven guerrero imberbe.

—¡Es hermoso! —dijo.

—Ya no lo necesito —dijo Romáshkin, desgarrado por el remordimiento —. Te lo puedes quedar.

—Pero es caro —objetó el muchacho.

—No vale ya nada para mí. Tú sabes que no se puede vender. Llévatelo, Kostia.

Romáshkin temía insistir, pero tenía verdaderos deseos de que el otro se lo llevara. «¿De veras?», preguntó Kostia todavía. Y el otro respondió: «De verdad, llévatelo». Kostia se llevó el Colt, lo puso sobre su mesa, debajo de la miniatura, sonrió una vez más a los ojos fieles de la imagen, luego al arma tan limpia, mortalmente nítida y orgullosa: de puro gusto hizo algunos movimientos de gimnasia. Romáshkin, envidioso, escuchó cómo el otro hacía crujir las articulaciones.

Casi todas las noches, se entretenían conversando algunos minutos antes de acostarse, uno pesado e insidioso, volviendo sin cesar a las mismas ideas, como un buey que siguiera el mismo surco, luego volviera a trazar otro y recomenzara, el otro bromista, arrebatado a pesar de él mismo, saltando a veces fuera del círculo invisible trazado en torno a él, para luego recaer en el mismo lugar, sin saberlo.

—¿Quién crees tú, Romáshkin —preguntó por fin—, que es el culpable, el culpable de todo?

—Evidentemente el más poderoso. Si Dios existiera, sería Dios —dijo suavemente Romáshkin—. Sería de lo más cómodo —agregó, con una risita oblicua.

Kostia creyó comprender de un solo golpe demasiadas cosas. La cabeza le daba vueltas.

—No sabes lo que dices, Romáshkin, y así es mejor para ti. Buenas noches, viejo.

De las nueve de la mañana a las seis de la tarde, Kostia trabajaba en la oficina de una cantera del tren subterráneo en construcción. El rechinido rítmico de la excavadora se comunicaba a las planchas del barracón. Los camiones llevaban la tierra que sacaban de las profundidades del subsuelo. Las primeras capas parecían formadas de desechos humanos, así como el humus está formado de desechos vegetales: olían a cadáver, a ciudad en estado de descomposición, a basura por largo tiempo fermentada, una y otra vez, bajo las nieves y el asfalto caliente. Los motores de los camiones, alimentados por un combustible inverosímil, llenaban la cantera con detonaciones bruscas, tan violentas que silenciaban los juramentos de los chóferes. Una empalizada separaba apenas la cantera número 22 de la calle trepidante y llena de bocinazos, con sus dos torrentes en sentidos opuestos, los tranvías con sus estridentes campanazos, los flamantes vehículos policiales, las carretas desvencijadas, el hormigueo de los peatones. El barracón, en el que una estufa ocupaba el centro, comprendía el tomador de tiempo, la contabilidad, la oficina de los técnicos, la mesa del partido y de la juventud comunista, con su fichero, el rincón del secretario de la célula sindical, la oficina del jefe de la cantera. Este último nunca estaba, pues andaba recorriendo Moscú en busca de materiales, mientras las comisiones de Control corrían detrás de él; podía, pues, ocuparse su lugar. El secretario del partido lo tomaba como por derecho propio: de la mañana a la noche, recibía las quejas de los obreros y de las obreras, cubiertos de lodo, que descendían bajo tierra, subían del subsuelo, volvían a descender, una sin lámpara, el otro ya sin botas, el tercero sin guantes, el cuarto herido, el quinto despedido porque había llegado ebrio y retrasado, furioso porque no lo dejaban irse, después de haberlo despedido: —Quiero que se respete la ley, camarada part-org [organizador del partido]. Llegué tarde, estaba borracho, monté un escándalo: hay que mandarme al diablo, ¡así dice el decreto!

El part-org, con la cara encendida, estalló: —¡Por Dios y por los mil demonios!, te interesa mucho el decreto porque quieres fastidiar, ¿no? ¿Esperas conseguirte por ahí otras ropas de trabajo? Hijo de...

—El decreto es el decreto, camarada.

Kostia verificaba las horas de llegada y salida, bajaba a la galería a llevar mensajes, ayudaba al organizador de la juventud en sus diversas necesidades de educación, de disciplina, de vigilancia secreta. Una muchacha bajita, rechoncha, enérgica, como de dieciocho años, morena, de ojillos ácidos y labios pintados, pasó; la detuvo: —Así que hace dos días que no viene tu amiguita María. Tengo que plantear el asunto en el Buró de la Juventud.

La muchacha se detuvo en seco y se levantó la falda con un gesto masculino. Una lámpara de minero colgaba de su delantal de cuero. Con el cabello cubierto bajo un pañuelo grueso, parecía llevar casco. Habló violentamente, sin prisa, en voz baja: —Escúchame. Ya no vas a ver a María. Está muerta; se arrojó ayer al río Moscova; ahora está en la morgue. Allí puedes ir a verla, si se te antoja. Tú tienes la culpa; tú, y la oficina también. No me da miedo decirlo.

El filo de la pala lucía malignamente sobre su espalda. Se perdió en la boca del ascensor. Kostia se puso a llamar por teléfono: a la sección, a la milicia, al secretario de la juventud (número privado), al secretario del periódico, a otros. De todas partes le rebotaba la noticia, helada, banalmente irreparable. En la morgue, sobre las mesas de mármol, en medio de un frío gris, lúgubre, acribillado de luz eléctrica, yacía un niño sin nombre, arrollado por un tranvía. Dormía tendido de espaldas; su piel era blanca como la cera y tenía las manos abiertas, como si hubiera estado jugando a las canicas. Había un viejo asiático de largo abrigo, de nariz ganchuda, de párpados azules, con la garganta abierta y negra (lo habían pintado groseramente para la fotografía); con eso conseguían un muerto presentable, verdoso, con las mejillas maquilladas. Estaba María: su blusa azul de lunares blancos, su cuello delgado feamente azuloso, su naricilla respingada, sus bucles rojizos pegados al cráneo, pero ya sin mirada, ya sin ojos, nada más que lamentables pliegues de carne magullada, metidos extrañamente en las órbitas. «¿Por qué lo hiciste, Maruca? Pobrecilla», exclamaba estúpidamente Kostia, mientras estrujaba su gorra con manos desesperadas. He aquí la muerte, fin de un universo. Una muchacha pelirroja, sin embargo, ¿no es el universo? El funcionario de la morgue, un

judío taciturno, vestido con una sucia blusa azul, se le acercó: —¿Usted la conocía, ciudadano? Bueno, entonces no se retrase, ya es inútil. Venga a llenar el cuestionario.

La oficina estaba caliente, cómoda, llena de papeles. *Ahogados. Accidentes callejeros. Crímenes. Suicidios. Casos dudosos.*

—¿En qué categoría ponemos a la difunta según usted, ciudadano?

Kostia se encogió de hombros y preguntó con ira: —¿Hay alguna categoría para crímenes colectivos?

—No —dijo el judío—, pero le hago ver que la difunta, que ya fue examinada por el médico forense, no tiene equimosis ni huellas de estrangulación.

—Suicidio —dijo furiosamente Kostia.

Se metió en la llovizna de la calle, con el hombro derecho por delante. Si hubiera podido pelearse con alguien, romperle la boca a alguno, recibir en la mandíbula un directo bien dado —por ti, pobre Maruca, pobre muchacha poco menos que nadie—, eso le hubiera hecho un gran bien. Gran tonta, ¿cómo es que dejaste que te ganara así la desesperación? Ya se sabe que los hombres son unos canallas. ¡El periódico mural es pura basura, te digo! Con él se limpia uno... Ah, ¡si serás tonta, pobre chiquilla, Santo Dios, maldición! Nada más sencillo que este asunto. El secretario de la juventud, aterrado, guardaba en su portafolios esta breve declaración solemnemente firmada María (y su apellido) en una página de cuaderno escolar: Como proletaria, no quiero ya vivir en medio de esta sucia deshonra. No se culpe a nadie de mi muerte. Adiós.

¡Eso era todo! Por instrucciones del Comité Central de las juventudes, los comités de sección hicieron una campaña «por la salud, contra la desmoralización». ¿Cómo emprender esta campaña? Los cinco jóvenes que formaban el Buró se lo preguntaban hasta que uno de ellos dijo: «Acabar con las enfermedades venéreas». Esto sonaba bien. «¿Quién?». De los cinco, dos debían de estar enfermos, pero eran bastante astutos y se hacían curar en los dispensarios lejanos. «Está María, la pelirroja». «¡Formidable!». Esta muchacha extraña, que nunca decía nada en las reuniones, que siempre andaba muy limpia, que rechazaba las insinuaciones, que era tímida pero agresiva cuando la pellizcaban, ¿dónde había pescado su enfermedad? No

en la organización, eso era seguro. Entonces, ¿entre los elementos pequeñoburgueses desmoralizados? «No tiene instinto de clase», dijo el secretario severamente. «Propongo publicar su expulsión en el periódico mural de la cantera. Hace falta un ejemplo». El periódico mural, ilustrado con caricaturas a la acuarela, que mostraba a María, reconocible solamente por su blusa de los días libres y su cabello rojo, grotesca, ataviada con unos aretes de brillantes falsos, saliendo a tumbos de una puerta mientras que detrás de ella se alargaba la sombra de una enorme escoba, el periódico mural mecanografiado estaba todavía expuesto en el vestíbulo del barracón. Kostia lo desprendió pausadamente del muro, lo rasgó en cuatro pedazos y puso estos en el cajón de su escritorio porque podían ser utilizados como pruebas ante un tribunal...

El otoño se llevó con sus lluvias el episodio insignificante del suicidio de María. Enviado para instrucción al Comité de Sección, el asunto quedó olvidado bajo las directivas de una campaña urgente, inmediata, contra la oposición de derecha, seguida de prohibiciones incomprensibles, luego por otra campaña, que tardó más en desencadenarse, pero peor en realidad, contra la corrupción de los funcionarios del partido y de las juventudes. Esta borrasca hizo hundirse al secretario de la juventud de la cantera en un abismo de oprobio: expulsión, burla, periódico mural (la escoba reapareció, barriendo al joven, que aparecía con el cabello erizado y con su portafolios caído en medio del estiércol), finalmente el despido por haberse concedido a sí mismo dos meses de vacaciones en una casa de reposo de los jóvenes trabajadores de la élite, un lugar de blancura deslumbrante bajo los acantilados y las explosiones de flores de Alupka, en Crimea.

Kostia, acusado de «haber destrozado ostentosamente un número del periódico mural (grave indisciplina) y tratado de explotar con fines de intriga, para desacreditar al Buró de la Juventud, el suicidio de una expulsada», fue «severamente reprendido». ¿Qué le importaba, en el fondo? Todas las noches regresaba —después de la cantera, la ciudad, las cóleras reprimidas, los zapatos sin suelas, las sopas agrias, el viento helado — a la tranquilizadora mirada de la miniatura. Tocaba a la puerta de Romáshkin, que había envejecido mucho en los últimos tiempos y leía ahora libros raros de tendencia religiosa. Kostia lo ponía sobre aviso: —Cuídese,

Romáshkin, va usted a sucumbir a la mística...

—Eso no es posible —respondía el hombrecillo arrugado—, soy tan profundamente materialista que...

—Que...

—... Que nada. Yo creo que se trata siempre de la misma inquietud bajo formas contradictorias.

—Puede ser —dijo Kostia, impresionado por esta idea—, puede ser que los revolucionarios y los místicos sean hermanos... Pero hace falta que los unos entierren a los otros.

—Sí —dijo Romáshkin.

Abrió un libro: *Desolación*, de Vladimir Rozanov.

—Toma, lee. ¡Qué verdades!

Con una uña amarillenta, señaló estas líneas:

La carroza fúnebre avanza lentamente; el trayecto es largo.

—Bueno, adiós, Vassili Vasiliévich, se está mal bajo tierra, mi amigo, y tú viviste mal; si hubieras vivido mejor, te sería más fácil reposar bajo tierra. Mientras que con iniquidad...

Dios mío, morir en la iniquidad...

Y yo estoy en la iniquidad.

—De nada sirve morir en la iniquidad —replicó Kostia—, hay que vivir en el combate.

Se sorprendió de haberlo pensado tan claramente. Romáshkin lo observaba con una atención aguzada. La charla se desvió hacia la distribución de los pasaportes, el reforzamiento de la disciplina en el trabajo, las reglas promulgadas por el jefe, por el jefe en persona.

—Son las once —dijo Kostia—. Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Qué hiciste con el revólver?

—Nada.

Una noche de febrero, a las diez, la nieve dejó de caer sobre Moscú. Un hielo duro revistió todas las cosas con cristales diamantinos. Las ramas

muertas de los árboles y de los arbustos, en los jardines, quedaron cubiertas mágicamente. Una floración de cristales llenos de luces secretas nació sobre las piedras, cubrió las fachadas, vistió los monumentos. Se caminaba sobre un polvo de estrellas, a través de una ciudad estelar: miríadas de cristales flotaban en el halo de las internas. Ya tarde, la noche se volvía de una pureza inaudita. La menor luz se proyectaba hacia el cielo como una espada. Era la fiesta del hielo. El silencio parecía centellear. Kostia no se dio cuenta de todo esto hasta varios minutos después de caminar en medio de este encantamiento, al salir de una reunión de la juventud consagrada una vez más al relajamiento de la disciplina en el trabajo. El mes concluía. Kostia ayunaba, como tantos otros. En la reunión, se mantuvo en silencio, sabiendo que su fórmula era inaceptable: «Para que haya más disciplina, que haya más comida. ¡Para empezar, la sopa! ¡La buena sopa acabará con el alcohol!». ¿De qué servía decirlo? La magia nocturna se apoderó de él, aligeró su paso, limpió su espíritu, le hizo olvidar el hambre, le hizo olvidar hasta a los seis hombres fusilados la víspera, hecho que extrañamente lo había impresionado mucho. Eran saboteadores de comida, según el sobrio comunicado oficial. Sin duda robaban, como todo el mundo, pero ¿podían evitarlo? ¿Podría evitarlo yo mismo, a la larga? Las columnas de luz, por encima de las lámparas, se afilaban en lo alto, muy alto, en la noche llena de minúsculos cristales de hielo.

Kostia iba por una calle estrecha, bordeada por un lado de pequeños hoteles del siglo pasado, por el otro de edificios de seis pisos. De tanto en tanto una luz discreta se filtraba por las ventanas. Cada uno lleva su propia vida: ¿no era curioso? La nieve hacía, bajo los pasos del joven caminante, un ligero ruido de seda arrugada. Un poderoso automóvil negro, que se deslizaba silenciosamente sobre la nieve, se detuvo unos cuantos pasos delante de él. Un hombre robusto, de abrigo corto y gorro de astracán, bajó del coche, con una cartera bajo el brazo. Kostia llegó a donde estaba: vio los espesos bigotes que caían sobre una cara llena de nariz achatada. Creyó reconocer vagamente esa cara. El hombre le dijo algo al chófer, que contestó con un tono deferente: —Muy bien, camarada Tuláyev.

¿Tuláyev? ¿El del Comité Central? ¿El de las deportaciones en masa en la región de Voróyen? ¿El de las purgas en las universidades? Kostia se volvió,

por curiosidad, para verlo mejor. El coche desapareció al fondo de la calle. Tuláyev, con un paso ligero y rotundo, alcanzó a Kostia, lo rebasó, se detuvo, levantó la cabeza hacia una ventana iluminada. Finos cristales de hielo caían sobre su cara levantada, le espolvoreaban las cejas y los bigotes. Kostia se encontraba detrás de él; la mano de Kostia recordó el revólver Colt, lo sacó y...

La detonación fue ensordecedora y seca. Ensordecedora en el alma de Kostia, como el trueno que se desencadena súbitamente en medio del silencio. Insólita en esta noche boreal. Kostia vio cómo se encendía su relámpago interior: fue como una nube que se hinchara; se convirtió en una enorme flor negra bordeada de llamas; se desvaneció. Cerca de ahí, un estridente silbatazo latigueó la noche. Otro le respondió, un poco más lejos. La noche se llenó de un pánico invisible. Los silbatazos se cruzaron enloquecidos, precipitados, buscándose, atropellándose, cortando las columnas aéreas de luz. Kostia corrió sobre la nieve, por callejuelas tranquilas, con los codos pegados al cuerpo, como lo hiciera en el Estadio de las Juventudes. Giró en una esquina, luego en otra; se dijo que ahora había que caminar sin prisa. Su corazón latía con fuerza. «¿Qué he hecho? ¿Por qué? Es insensato... Actué sin pensar... Sin pensar, como un hombre de acción...». Semejantes a ráfagas de nieve, jirones de ideas fragmentarias se atropellaban en su cerebro. «Tuláyev bien merecía ser fusilado... ¿Me tocaba a mí saberlo? ¿Estoy seguro de eso? ¿Estoy seguro de la justicia? ¿No estoy loco?». Como una aparición fantástica, un trineo surgió, y el cochero, al pasar, inclinó hacia Kostia sus ojos de gato gordo y su barba nevada: —¿Qué pasa allí, joven?

—No sé. Borrachos que se pelean, como siempre, creo yo. ¡Que se los lleve el diablo!

El trineo giró sobre sí mismo en medio de la calle para alejarse de los problemas. Este intercambio de palabras banales había puesto sobrio a Kostia, le había dado una paz extraordinaria. Al atravesar una plaza muy iluminada, pasó cerca de un miliciano en su puesto de vigilancia. ¿No había soñado? En su bolsillo el cañón del Colt guardaba una tibiaza perturbadora. En su pecho, la alegría crecía inexplicablemente. Nada más que la alegría. Luminosa, fría, inhumana, como un cielo de invierno estrellado.

Una luz se filtraba debajo de la puerta de Romáshkin. Kostia entró. Romáshkin leía en su cama, debido al frío. Brezos de color gris cubrían los vidrios de las ventanas.

—¿Qué lee usted, Romáshkin, con este frío?... Fuera se está muy bien, ¡si supiera!

—Quería leer algo sobre la felicidad de vivir —dijo Romáshkin—. Solo que no hay libros sobre eso. ¿Por qué no se han escrito? ¿Acaso los escritores no saben más que yo del asunto? ¿O no quieren saber, como yo quiero saber?

Kostia se divertía. ¡Era fenomenal!

—Mira, nada más encontré esto, con un librero de viejo. Es un libro antiguo, muy bello... *Pablo y Virginia*: sucede en una isla llena de pájaros y de plantas hermosas; ellos son jóvenes, puros, se aman... Es increíble —y en ese momento percibió la mirada exaltada de Kostia—. ¿Pero qué te pasa, Kostia?

—Estoy enamorado, Romáshkin, amigo mío. Es terrible.

02

Las espadas son ciegas

Los periódicos anunciaron sobriamente «la muerte prematura del camarada Tuláyev». La primera investigación secreta produjo, en tres días, sesenta y siete arrestos. Las sospechas cayeron al principio en la secretaría de Tuláyev, que era también amante de un estudiante sin partido. Luego, se concentraron en el chófer que había acompañado a Tuláyev hasta su puerta: era un hombre de la Seguridad, con un buen pasado, no bebedor, sin relaciones sospechosas, antiguo soldado de las tropas especiales, miembro del buró de la célula del estacionamiento. ¿Por qué no había esperado, para arrancar, a que Tuláyev hubiera entrado en la casa? ¿Por qué Tuláyev, en lugar de entrar en seguida, había dado algunos pasos por la acera? ¿Por qué? Todo el misterio del crimen parecía centrarse en estos dos desconocidos. Nadie sabía que Tuláyev esperaba pasar un momento en la casa de la mujer de un amigo ausente; que ahí lo esperaban una botella de vodka y dos brazos rollizos, un cuerpo lechoso, cálido bajo la bata... La bala mortal, sin embargo, no había salido de la pistola del chófer; el arma

homicida no había sido encontrada. Interrogado durante sesenta horas seguidas por inquisidores que llegaron, ellos mismos, al límite de sus fuerzas, y que se relevaban cada cuatro horas, el chófer se hundió hasta el borde de la locura sin cambiar sus declaraciones, excepto que terminó por perder el uso de la palabra, de la razón, aun de los músculos faciales que los nervios han de mover para el habla y la expresión. A partir de la trigésimo quinta hora del interrogatorio, dejó de ser un hombre para volverse un maniquí de carne doliente y ropas informes. Se le drogaba con café muy cargado, con coñac, con todos los cigarrillos que quisiera. Le pusieron una inyección. Sus dedos soltaban los cigarrillos, sus labios olvidaban beber cuando les acercaban un vaso, cada hora dos hombres del destacamento especial lo llevaban al lavabo, le ponían la cabeza debajo del grifo, lo empapaban de agua helada. Él apenas se movía entre sus manos, ni siquiera bajo el agua helada, y los hombres sentían que aprovechaba ese instante de respiro para dormir un minuto entre sus manos; el manejo de ese despojo humano los desmoralizó en unas cuantas horas; hubo que reemplazarlos. Sostenían al chófer sentado, para que no cayera de la silla. El juez de instrucción rugía de repente y golpeaba violentamente la orilla de la mesa con la cacha de su revólver: —¡Abra los ojos, acusado! ¡Le prohíbo dormir! ¡Responda! Despues de disparar, ¿qué hizo?

A esta pregunta, repetida trescientas veces, el hombre, vacío de toda inteligencia, de toda resistencia, el hombre en el límite de sí mismo, con los ojos inyectados de sangre, con la cara reblanecida y horriblemente arrugada, comenzaba a responder: —Yo...

Se derrumbaba sobre la mesa con una especie de ronquido y una baba espumeante le caía de la boca. Lo volvían a levantar. Le metían entre los dientes un buche de coñac armenio.

—... yo..., yo no disparé...

—¡Mentira!

El juez, exasperado, lo abofeteó con toda su fuerza; el magistrado tuvo la sensación de haber golpeado a un maniquí tambaleante. Él mismo apuró de un solo trago medio vaso de té: pero el té era, en realidad, coñac caliente. Un escalofrío lo dejó helado. Escuchó voces bajas detrás de él. La puerta era nada más una cortina tendida a través de una habitación oscura, desde

donde se veía perfectamente todo lo que pasaba a dos metros dentro del espacio iluminado. Por ahí acababan de entrar sin ruido varios personajes, uno detrás de otro, respetuosamente. El jefe, cansado de preguntar por teléfono: «¿Qué pasa con el complot?», para escuchar que el Alto Comisario le respondía con una voz desanimada que la investigación proseguía sin arrojar resultados apreciables, fórmula idiota, había venido. Con botas, blusa corta y tosca, cabeza descubierta, frente estrecha, aspecto tenso, bigote espeso, desde el fondo del escondite había fijado ávidamente sus ojos en los del chófer, que no lo veía, que no veía nada. Había escuchado. Detrás de él, el Alto Comisario, exhausto, rígido como un centinela; detrás de ellos, más cerca de la entrada, en una completa oscuridad, otros personajes galoneados, mudos, petrificados. El jefe se volvió hacia el Alto Comisario y le dijo en voz muy baja: —Haga cesar cuanto antes esta tortura inútil. ¿No ve que este hombre no sabe nada?

Los uniformes le abrieron paso. Solo, se encaminó hacia el ascensor —las mandíbulas apretadas, el ceño fruncido— acompañado por un hombre de la escolta absolutamente confiable, a quien apreciaba. «No me acompañe», le había dicho severamente al Alto Comisario. «Ocupese del complot».

La fiebre y el terror reinaban en el edificio, concentrados en el piso donde, en veinte mesas, proseguían sin descanso los interrogatorios. El Alto Comisario abría torpemente, en el despacho que se reservaba para sí en el edificio, un expediente inútil, luego otro expediente más inútil aún. ¡Nada! Se sentía mal. Hubiera podido vomitar como el chófer, al que ya se llevaban por fin a dormir, en una camilla, con la boca circuida de espuma. El Alto Comisario vagó durante un momento de oficina en oficina. En la oficina 266, la mujer del chófer lloraba y contaba que frecuentaba adivinas de la buena suerte, que había asistido en secreto a oficios religiosos, que era celosa... En la oficina 268, el miliciano de guardia en el lugar y a la hora del atentado contaba una vez más que había entrado en el patio para calentarse con el brasero, porque el camarada Tuláyev no llegaba nunca antes de la medianoche, que, al salir precipitadamente a la calle luego de escuchar la detonación, no había visto a nadie en un primer momento, pues el camarada Tuláyev había caído contra el muro; que había notado sorprendido la luz extraordinaria...

El Alto Comisario entró en la habitación. El miliciano declaraba de pie, en posición de firmes, calmadamente, con voz emocionada. El Alto Comisario lo interrogó: —¿De qué luz habla usted?

—De una luz extraordinaria..., sobrenatural..., que no sé cómo describir... Había columnas de luz hasta el cielo, centelleantes, deslumbrantes...

—¿Es usted creyente?

—No, camarada jefe, miembro desde hace cuatro años de la Sociedad de los Sin Dios, al día con mis cuotas.

El Alto Comisario giró sobre sus talones, encogiéndose de hombros. En la oficina 270, la voz gruesa de una vendedora del mercado refería, con muchos suspiros y exclamaciones de «Ay Jesús, ay Dios mío», que en el mercado de Smolensk todo el mundo le había contado que el pobre camarada Tuláyev, bienamado del gran Camarada en Jefe, había sido encontrado con la garganta rajada a las puertas del Kremlin, y que tenía también el corazón atravesado por un estilete de hoja triangular como antaño el pobrecito zarevich Dimitri, y que los monstruos le habían sacado los ojos, que había llorado con María que vende granos, con Frosia que revende cigarrillos, con Niucha que... Ese parloteo inagotable era registrado pacientemente en una escritura rápida, sobre grandes hojas, por un joven oficial de gafas, enfundado en su uniforme y con una insignia que reproducía el perfil del jefe prendido en el pecho. Estaba tan ocupado que no levantó la vista hacia el Alto Comisario, que se hallaba de pie en el umbral de la puerta y que se retiró sin decir palabra.

En su propia oficina, el Alto Comisario encontró un sobre rojo del Comité Central, Secretariado General: *Urgente, Estrictamente confidencial...* En tres líneas, la orden de «seguir con la mayor atención el asunto Titov e informarnos personalmente de ello». Era muy significativo. Malo. Así que el nuevo Alto Comisario adjunto fisgoneaba sin tratar siquiera de guardar las apariencias. Solo él podía haber informado al Secretario General, sin el conocimiento de su superior, sobre este asunto cuya sola mención daba ganas de escupir de desprecio. El asunto Titov: una denuncia anónima, escrita en grandes letras escolares, que había llegado esa mañana: «Matvei Titov dijo que la Seguridad fue la que hizo matar al camarada Tuláyev porque tienen cuentas pendientes entre ellos. Dijo: Yo lo presiento, es el

GPU, les digo. Él dijo eso delante de su sirvienta Sidorovna, del cochero Palkin y de un vendedor de ropa que vive en la esquina del callejón del Ropavejero y la calle del Camposanto, al fondo del patio, en el primer piso a la derecha. Matvei Titov es un enemigo del régimen de los soviets y de nuestro bienamado Camarada en Jefe y un explotador del pueblo que hace dormir a su sirvienta en el pasillo sin fuego, que embarazó a una pobre hija de campesino colectivizado y que ha rehusado pagarle la pensión alimenticia para el niño que va a venir al mundo en medio del dolor y de la miseria...». Había veinte líneas más, similares. ¡Y el alto comisario adjunto Gordéyev hacía fotografiar y volver a copiar este documento para transmitirlo de inmediato al Buró-Político!

Gordéyev entraba precisamente en ese momento: grueso, rubio, con los cabellos engominados, la cara redonda, un vislumbre de bigote incipiente, gruesas gafas de carey. Tenía un aspecto porcino: una insolencia servil de animal doméstico demasiado bien alimentado.

—No le comprendo a usted, camarada Gordéyev —dijo el Alto Comisario con negligencia—. ¿Le ha comunicado usted esta ridiculez al Buró-Político? ¿Con qué propósito?

Gordéyev exclamó, ligeramente escandalizado: —Pero, Maxim Andréyevich, hay una circular del CC que prescribe que hay que comunicar al BP todas las quejas, denuncias, alusiones inclusive, de las que dispongamos. Circular del 16 de marzo... Y no es tan ridículo este asunto de Titov; denota, en el seno de las masas, un estado de ánimo del que debemos estar al tanto... He hecho arrestar a ese Titov así como a varias personas conocidas suyas...

—¿Ya lo ha interrogado usted mismo, acaso?

El tono burlón pareció escapársele a Gordéyev, para quien resultaba cómodo pasar por estúpido: —Yo mismo, no. Mi secretario asistió al interrogatorio. Es muy interesante buscar el origen de las leyendas que circulan acerca de nosotros, ¿no cree usted?

—¿Y lo ha encontrado usted?

—Todavía no.

Al decimosexto día de investigación, el alto comisario Erchov fue convocado por teléfono al Secretariado General, donde esperó treinta y

cinco minutos en la antesala. Todo el personal del Secretariado sabía que estaba contando los minutos. Al fin las altas puertas se abrieron ante él; vio al jefe ante su mesa de trabajo, entre sus teléfonos, solo, encanecido, con la cabeza baja —una testa pesada y sombría, vista a contraluz—. La habitación era vasta, de techos altos, cómoda, pero casi desnuda... El jefe no levantó la cabeza, no tendió la mano a Erchov, no lo invitó a sentarse. Por dignidad, el Alto Comisario se acercó justo a la orilla de la mesa y abrió su portafolios.

—¿Y el complot? —preguntó el jefe; tenía el rostro tenso, lleno de duros rasgos, de la cólera fría.

—Me inclino más bien a pensar que el asesinato del camarada Tuláyev fue el acto de un individuo aislado...

—¡Muy fuerte, vuestro individuo aislado! ¡Soberbiamente organizado!

El sarcasmo tocó a Erchov en la nuca, en el lugar donde los verdugos dan el tiro de gracia. ¿Podía Gordéyev haber llegado a la ignominia de seguir por su cuenta, en secreto, una investigación paralela y esconder los resultados? Era muy difícil, en verdad. No había nada que responder, en todo caso. El silencio que siguió incomodó al jefe.

—Admitamos provisionalmente vuestra tesis del individuo aislado. Por decisión del Buró-Político, la investigación no ha de cerrarse hasta que los culpables no hayan sido castigados...

—Era lo que yo iba a proponer —dijo el Alto Comisario, hábil jugador.

—¿Propone usted sanciones?

—Helas aquí.

Las sanciones llenaban varias hojas mecanografiadas. Veinticinco nombres. El jefe le echó una ojeada. En un arrebato, dijo: —Ha perdido usted la cabeza, Erchov. Ya no le reconozco, verdaderamente. ¡Diez años para el chófer! Cuando su deber era no dejar a la persona que se le había confiado hasta no haberla dejado en su casa con toda seguridad...

Sobre las demás proposiciones no dijo nada. Pero, por otro lado, la observación hizo que el Alto Comisario elevara todas las penas propuestas. El miliciano, que durante la espera se calentaba con el brasero, sería enviado diez años, y no ocho, al campo de trabajo de Pechora. La secretaria de Tuláyev y su amante serían deportados: la muchacha a Vologda, lo que resultaba benigno; el estudiante a Turgai, en el desierto de Kazajistán,

durante cinco años ambos (en lugar de tres).

El Alto Comisario tuvo el placer de decírselo a Gordéyev mientras le devolvía las hojas corregidas: —Vuestras proposiciones fueron halladas demasiado indulgentes, camarada Gordéyev. Las tuve que rectificar.

—Se lo agradezco —dijo el otro, con una amable inclinación de su cabeza engominada—. Por mi parte, me he permitido tomar una iniciativa que usted aprobará seguramente. He hecho elaborar una lista de todas las personas cuyos antecedentes podrían hacerlas sospechosas de terrorismo. Hasta ahora hemos encontrado mil setecientos nombres de personas que todavía gozan de libertad.

—Ah. Muy interesante...

(Él no pudo haberlo imaginado por sí mismo; este gordo soplón de cabeza engominada... Eso, esta idea, venía de más arriba, de muy lejos...).

—De estos mil setecientos, mil doscientos pertenecen al partido; un centenar ocupan todavía posiciones importantes; muchos han estado, en diversos momentos, en el círculo íntimo del jefe del partido; tres pertenecen a los cuadros mismos de la Seguridad...

Cada una de estas breves frases, recitadas con aplomo en un tono neutro, iba al punto. ¿Qué es lo que haces; qué te propones, arribista? Es el partido lo que tienes en la cabeza. El Alto Comisario recordó que en 1914, en Tashkent, durante los alzamientos, disparó contra la milicia montada, a consecuencia de lo cual pasó dieciocho meses preso en una fortaleza... ¿Por eso he de ser uno de los sospechosos? ¿Seré yo uno de los tres «exterroristas», «miembros del partido» y colaboradores de la Seguridad?

—¿Ha puesto usted a alguien al corriente de sus investigaciones en este sentido?

—No, por supuesto —respondió suavemente la cabeza engominada—, no, con excepción del Secretario General, por medio de quien he obtenido el acceso a ciertos expedientes de la Comisión Central de Control.

Esta vez, el Alto Comisario se sintió claramente atrapado en los hilos de una red que se iba cerrando en torno a él sin razón. Mañana o la semana entrante terminarían por quitarle, con diversos pretextos, a sus últimos colaboradores de confianza: Gordéyev los reemplazaría con sus propios hombres. Y después... En este mismo despacho hubo otro, de quien conocía

muy bien la silueta, la voz, los tics al hablar, la manera de anudar las manos, de levantar la pluma sobre el papel para firmar mientras fruncía el ceño, en este mismo despacho había estado otro durante años, trabajando de diez a doce horas diarias, con celo, a conciencia, hábil, implacable, obediente, fiel como un perro: cuando la red cayó sobre él, se debatió en la inexplicable maraña, negándose a comprender, a admitirlo, sintiéndose cada día más vencido, envejeciendo visiblemente, encorvado, adoptando en unas cuantas semanas el aspecto de un pequeño funcionario irritado todo el tiempo, dejando a los subalternos mandar en su lugar, bebiendo en las noches con una actricilla de la ópera, pensando todos los días hasta quebrarse el seso; pensando hasta la noche en que llegaron a arrestarlo... Pero quizás él era culpable en realidad, mientras que yo...

Gordéyev dijo:

—Mandé hacer una selección de la lista de los mil setecientos: unos cuarenta nombres por el momento. Muchos son muy importantes. ¿Quiere estudiarla?

—Haga que me la manden de inmediato —respondió el Alto Comisario con autoridad, mientras un frío desagradable le recorría los miembros.

Solo en su vasto despacho, enfrentado con los expedientes, la sospecha, el miedo, el poder, la impotencia, el Alto Comisario fue solamente él mismo: Maxim Andréyevich Erchov, un hombre de cuarenta años de edad, prematuramente arrugado, de párpados hinchados, boca delgada, mirada enfermiza... Era el sucesor de Henri Grigoriévich, que respiró durante diez años el aire de estas oficinas y fue fusilado luego del proceso de los Veintiuno; después estuvo Piotr Eduárdovich, desaparecido, es decir, encerrado en el segundo piso de la prisión subterránea, bajo el control especial de un funcionario designado por el Buró-Político. ¿Qué querían sacarle? Piotr Eduárdovich luchaba desde hacía cinco meses —si eso era luchar, esta manera de encanecer a los treinta y cinco años y de repetir «no, no, no, no, eso es falso», sin otra esperanza que morir en silencio—, a menos que el calabozo lo hubiera vuelto loco y no esperara nada más. A Erchov, llamado del Extremo Oriente, donde él creía, felizmente, que se le

había perdido de vista al Servicio de Cuadros, le ofrecieron este ascenso increíble: el Alto Comisariado de Seguridad, adjunto al Comisariado del Pueblo en el Interior, que correspondía casi al rango de mariscal: el sexto mariscal —¿o era el tercero, puesto que tres de los cinco habían desaparecido? «Camarada Erchov, el partido ha puesto su confianza en usted. ¡Lo felicito!». Eso le decían, le daban un apretón de manos, en torno a él, las sonrisas llenaban la oficina del Comité Central en el mismo piso del Secretario General. El jefe entraba de improviso, con paso rápido, lo consideraba una centésima de segundo, de arriba abajo —de arriba abajo—, tan simple, tan cordial, con una gran sonrisa, él también, tan relajado. El jefe estrechaba la mano de Maxim Andréyevich Erchov mirándolo amistosamente a los ojos. «Una carga pesada, camarada Erchov, ¡llévela bien!». El fotógrafo de los grandes periódicos proyectaba sobre todas esas sonrisas el destello del magnesio... Erchov llegaba a la cima de su vida y tenía miedo. Tres mil expedientes de una importancia capital porque convocaban penas capitales; tres mil nidos de víboras silbantes se desbordaban en avalancha sobre su vida todos los minutos. Por un momento, la grandeza del jefe lo tranquilizó. El jefe, llamándolo «Maxim Andréyevich» con un tono cordial, le recomendaba paternalmente «manejar a los cuadros, tener en cuenta el pasado, siempre vigilante, detener los abusos». «Se ha fusilado a hombres que yo amaba, y en quienes confiaba, ¡hombres preciosos para el partido, para el Estado!», exclamaba amargamente. «Pero el Buró-Político no puede revisar todas las sentencias». Y concluía: «De usted depende. Tiene usted toda mi confianza». Un poder espontáneo, perfectamente simple y humano, atestiguado por la amable sonrisa de esos ojos rojizos y por los grandes bigotes, emanaba de él, hacía amarlo, hacía creer en él, provocaba el deseo de alabarla como en los boletines y los discursos oficiales, pero sincera y efusivamente. Cuando el Secretario General llenaba su pipa, Maxim Andréyevich Erchov, alto comisario de la Defensa Interior, «espada de la dictadura», «ojo sagaz y siempre despierto del partido», «el más importante y el más humano de los fieles colaboradores del jefe más grande de todos los tiempos» (así se expresaba esa misma mañana la *Gaceta de las Escuelas de los Servicios Políticos*), él, Erchov, sentía que amaba a este hombre y que lo temía como se teme al misterio. «Ahora,

nada de retrasos burocráticos», agregaba el jefe. «¡Nada de papeleos excesivos! Expedientes claros, al día, sin paja, en los que nada falte, ¡y acciones! De otro modo, se ahogará usted en trabajo...». «¡Directiva genial!», comentó sobriamente uno de los miembros de la comisión especial —formada por jefes de servicio— cuando Erchov la transmitió palabra por palabra.

Pero sucedía que los expedientes —pululantes, proliferantes, desbordantes, invasores— se negaban a soltar la menor pista; solamente, por el contrario, se hinchaban. Miles de casos se habían abierto durante el primer gran proceso de los traidores, proceso «de una importancia mundial», millares de otros asuntos se habían abierto antes de que los primeros fuesen puestos en regla durante el segundo proceso, millares durante el tercer proceso, millares durante la investigación del cuarto, quinto y sexto procesos que no tuvieron lugar porque se les ahogó en las tinieblas. Llegaban expedientes del Ussuri (agentes japoneses), de Yakutia (sabotaje, traición, espionaje en las minas de oro), de Buriat-Mongolia (el asunto de los monasterios budistas), de Vladivostok (el caso del comandante de la flota submarina), de las canteras de Komsomolsk, Ciudad de las Juventudes Comunistas (propaganda terrorista, desmoralización, abuso del poder, trotskismo-bujarinismo), de Tsinkiang (contrabando, inteligencia con los agentes japoneses y británicos, intrigas musulmanas), de todas las repúblicas del Turkestán (casos de separatismo, de panturquismo, de bandolerismo, de Intelligence Service, de mahmudismo —¿pero quién diablos era Mahmud?— en Uzbekistán, Turkmenistán, Tayikistán, Kazajistán, la vieja Bujara, Sir-Darya); el asesinato de Samarcanda se vinculaba al escándalo de Alm-Ata y este escándalo al caso de espionaje (agravado por el rapto de un súbdito iraní) del Consulado de Isfaján; casos olvidados se volvían a encender en los campos de concentración del Ártico, casos nuevos estallaban en las prisiones, mensajes cifrados fechados en París, Oslo, Washington, Panamá, Hanshow, Cantón en llamas, Guernica en ruinas, Barcelona bombardeada, Madrid empeñada en vivir bajo diversos terrores, y así sucesivamente, consultese el mapa de los dos hemisferios. Todo eso exigía investigaciones, Kaluga anuncia vislumbres de epidemias entre el ganado, Tambov problemas agrarios, Leningrado ofrecía veinte expedientes

de un solo golpe, el caso del club de los marinos, el de la Fábrica del Triángulo Rojo, el de la Academia de Ciencias, el de los Antiguos Forzados Revolucionarios, el de las Juventudes Leninistas, el del Comité de Geología, el de los francmasones, el de los homosexuales de la flota... Los disparos atravesaban de parte a parte, sin cesar, ese amontonamiento de nombres, de papeles, de cifras, de vidas enigmáticas, nunca completamente descifradas, de suplementos de investigaciones, denuncias, informes, ideas enloquecidas. Varios centenares de hombres en uniforme, rigurosamente jerarquizados, manejaban noche y día esos materiales, eran manejados por ellos, desaparecían en ellos repentinamente, pasando la perpetua faena a otros... En la punta de la pirámide estaba Maxim Andréyevich Erchov. ¿Qué podía hacer?

De la reunión del BP a la que asistiera, trajo esta directiva oral, repetida varias veces por el jefe: «¡Tiene usted que reparar los errores de su predecesor!». A los predecesores no se les nombraba jamás. Erchov le agradeció al jefe —¿pero por qué, en verdad?— no haber dicho «el traidor». De todos los sectores del Comité Central llegaban quejas sobre la desorganización de los cuadros, afectados por tantas purgas y represiones en dos años, que en vez de rejuvenecer se hundían, de ello resultaban nuevos casos de sabotaje, visiblemente nacidos de ese lodazal, hecho de la incompetencia, inseguridad y cobardía del personal de la industria. Un miembro del Buró de Organización había subrayado, sin que el jefe lo desaprobara, la necesidad urgente de devolver a la producción a los condenados por abusos, por denuncias calumniosas, a consecuencia de campañas de masas, y aun a los culpables ante los cuales la indulgencia parecería imposible. «¿Acaso no somos», había exclamado, «el país donde se rehacen los hombres? Nosotros transformamos hasta a nuestros peores enemigos...». Esta frase cayó sobre la reunión como sobre un vacío. Una irritante broma contrarrevolucionaria se apoderó por algunos segundos del espíritu del Alto Comisario, precisamente en el instante en que la mirada benevolente, pero singularmente firme, del jefe se detenía en él: «Rehacer a los hombres consiste en reducirlos, por medio de la persuasión, al estado cadavérico». Erchov puso a todo su personal a la faena: en diez días, diez mil expedientes, seleccionados de preferencia entre los de los administradores

de la industria (comunistas), los técnicos (sin partido) y los funcionarios (comunistas y sin partido) fueron cuidadosamente revisados, y dieron lugar a 6727 liberaciones, de las cuales el 47,5 por ciento fueron rehabilitaciones. Para mejor abrumar a su predecesor, cuyos jefes de servicio acababan de ser fusilados, los periódicos publicaron que el porcentaje de las condenas infligidas a inocentes se había elevado, durante las recientes depuraciones, a más del 50 por ciento; esto produjo un buen efecto, parece, pero los estadígrafos del CC que habían encontrado las cifras y el subdirector de prensa que había autorizado la publicación fueron despedidos de modo fulminante cuando un periódico de emigrados, publicado en París, comentó pérfidamente los datos. Erchov y su personal atacaron entonces otras montañas de expedientes; no dormían. Dos noticias los trastornaron en ese trance. Un excomunista excluido del partido por una denuncia indudablemente calumniosa, como trotskista e hijo de cura (los datos establecían que se había hecho notar en las campañas contra el trotskismo, de 1925 a 1937, y que era hijo, además, de un mecánico de la fábrica de Briansk), salido del campo de concentración de confinados especiales en Kem, en el Mar Blanco, había regresado a Smolensk y había asesinado a un miembro del Comité del partido. Una doctora, liberada de un campo de trabajo en los Urales, había sido arrestada tratando de franquear la frontera estonia. Había 750 nuevas denuncias contra los liberados; en una treintena de casos, los presuntos inocentes se revelaban como culpables ciertos, o al menos eso afirmaban distintos comités. Se extendía el rumor: «Erchov no se esfuerza. Es demasiado liberal, es imprudente, no está iniciado en la técnica de la represión».

Entonces vino el caso Tuláyev. Gordéyev, que seguía llevándolo en virtud de instrucciones especiales del Buró-Político, interrogado por Erchov sobre la ejecución del chófer, respondió con un desapego desagradable: —... La noche de anteayer, con los cuatro saboteadores del trust de los peleteros y la actricilla del *music hall* condenada por espionaje...

Erchov pestañeó imperceptiblemente, porque se esmeraba en no dejar mostrar nada de sus sentimientos. ¿Era azar, coincidencia o pulla? Había admirado tanto a la actricilla en escena —su cuerpecillo, ágil como una flecha, saltarín, más atrayente que si estuviera desnudo, en su malla negra y

amarilla— que le había enviado flores. Gordéyev lanzó —¿podía ser?— una segunda pulla: —Le pasamos a usted el informe...

(¿Es que no revisaba los informes depositados sobre su mesa?...).

—Es lamentable —seguía Gordéyev, como si nada—, porque ayer precisamente la personalidad del chófer se nos apareció bajo una luz distinta...

Erchov levantó la mirada, evidentemente interesado.

—Sí. Figúrese usted que fue, en 1924-1925, durante siete meses, el chófer de Bujarin: se encontraron cuatro notas de recomendación de Bujarin en su expediente en el Comité de Moscú. ¡El más reciente estaba fechado el año pasado! Y eso no es todo: en 1921, en el frente de Volhinia, acusado de insubordinación, en calidad de comisario de un batallón, fue ayudado por Kiril Rublev...

¡Eso fue otra bofetada! ¿Por medio de qué inconcebible negligencia tales hechos pudieron escapárseles a las comisiones encargadas de estudiar el *curriculum vítae* de los agentes adscritos a la persona de los miembros del CC? La responsabilidad de los servicios recaía sobre el Alto Comisario. ¿Qué hacían las comisiones puestas bajo sus órdenes? ¿Quiénes las integraban? Bujarin, el antiguo ideólogo del partido, el «discípulo preferido de Lenin» a quien este llamaba «hijo», encarnaba ahora la traición, el espionaje, el terrorismo, el desmembramiento de la Unión. Y Kiril Kirilóvich Rublev, su amigo de siempre, ¿existía todavía después de tantas proscripciones? «Sí, por cierto», certificó Gordéyev, «existe, está en la Academia de Ciencias enterrado debajo de toneladas de archivos del siglo xvi... Lo tengo vigilado...».

Unos días después, el primer juez de instrucción de la Oficina 41, un militar concienzudo, de apariencia taciturna, de amplia frente surcada de arrugas, de quien Erchov acababa de aprobar el ascenso, a pesar de la prudente hostilidad del secretario de la célula, miembro del partido, se volvió loco de repente. Despidió violentamente de su oficina a un alto funcionario del partido. Se le escuchó gritar: —¡Largo de aquí, puerco, delator! ¡Te ordeno callarte!

Se encerró en su gabinete, donde se escucharon luego disparos de revólver, apareció en el umbral, andando de puntillas, con el cabello

despeinado y el revólver humeante en la mano. Gritaba: «¡Soy un traidor! ¡Lo he traicionado todo! ¡Montón de brutos!», y se vio entonces con pesar que había acribillado a balazos el retrato del jefe, apuntando a los dos ojos y haciendo un hoyo en la frente... «¡Castíguenme!», siguió gritando. «¡Castrados!». Fueron necesarios seis hombres para dominarlo; lo amarraron con sus cinturones. De pronto estalló en carcajadas, una risa inextinguible, muecas, sacudidas, convulsiones. «¡Castrados, castrados!». Erchov, preso de una sorda angustia, fue a verlo. Lo encontró atado a una silla que había caído de espaldas, de modo que el furioso tenía las botas en el aire y la cabeza en la alfombra. A la vista del Alto Comisario, echó espuma por la boca: «¡Traidor, traidor, traidor, traidor, traidor! ¡Veo el fondo de tu alma, hipócrita! También te castraron, ¿no?».

—¿Lo amordazamos, camarada jefe? —preguntó respetuosamente un oficial.

—No. ¿Por qué no ha llegado aún la ambulancia? ¿Ya avisaron a la clínica? ¿En qué están pensando? ¡Si la ambulancia no está aquí dentro de quince minutos, quedan ustedes arrestados!

Una pequeña secretaria, muy rubia, de bucles irritantes, que había entrado por curiosidad con irnos papeles en la mano, los miró a los dos, Erchov y el loco, con el mismo espanto, sin reconocer al Alto Comisario. Erchov se irguió, con la espalda derecha, con un ligero vértigo de náusea en el pecho, como en otras ocasiones, cuando le tocaba asistir a las ejecuciones; salió sin decir palabra y cogió el ascensor... Los jefes de los servicios lo evitaban visiblemente. Uno solo se acercó a él, un viejo amigo, beneficiado por su repentina fortuna, que dirigía el Buró del extranjero.

—Bueno, Ricciotti, ¿qué hay?

Ese nombre italiano, Ricciotti, era lo que le quedaba de una infancia pasada a la orilla de una bahía de tarjeta postal; era de una belleza inútil de pescador napolitano, tenía un toque de oro en los ojos, una voz cálida de guitarrista, una fantasía y una lealtad en verdad tan desusadas que parecían —a poco que se pensara en ello— fingidas. Se decía de él que «se hacía el original».

—La ración cotidiana de problemas, mi querido Maximka.

Ricciotti agarró familiarmente a Erchov por el brazo, lo acompañó hasta

su gabinete, habló con abundancia: del servicio secreto en Nankín, donde habían sido derrotados miserablemente por los japoneses; del trabajo de los trotskistas en el ejército de Mao Tsé-tung, en la provincia de Hunan; de una intriga en el seno de la organización militar blanca en París, «de la cual ya tenemos ahora todos los hilos»; de los asuntos de Barcelona, que iban de mal en peor: trotskistas, anarquistas, socialistas, católicos, catalanes, vascos, todos ingobernables, la derrota militar era inminente, no había que hacerse ilusiones, las complicaciones creadas en torno a la reserva de oro, y cinco o seis grupos de espías que operaban simultáneamente... Una conversación de diez minutos con él, paseando por su gabinete, valía lo que muchos informes. Erchov admiraba y envidiaba un poco ese espíritu ágil que abarcaba todo a la vez con una ligereza singular. Ricciotti bajó la voz atrayéndolo hacia una ventana donde apareció Moscú: vasta plaza blanca, atravesada en todas direcciones por hormigueros humanos que seguían sucios senderos sobre la nieve, amontonamiento de edificios, y por encima de todo ello, los viejos bulbos de una iglesia, de un azul intenso, sembrados de grandes estrellas de oro. Erchov hubiera pensado que todo eso era bello, si tan solo hubiera podido pensar.

—Escúchame, Maximka, desconfía...

—¿De qué?

—He oído decir que la elección de agentes enviados a España no fue muy afortunada... Tú comprendes, es a mí a quien le corresponde eso, en apariencia. En realidad, es a ti.

—Bueno, Sacha. No te inquietes, tengo su confianza, tú comprendes.

Las agujas del reloj daban vueltas inexorablemente. Se separaron. Cuatro minutos para revisar el *Pravda*... ¿Qué hay aquí? La foto de la primera página: Erchov debía figurar ahí, segundo personaje a la izquierda del jefe, entre los miembros del gobierno, placa tomada la antevíspera, en el Kremlin, en la recepción a las obreras textiles de élite... Desplegó la hoja: contenía dos placas en vez de una, cortadas de tal manera que el Alto Comisario de la Seguridad no figuraba ni en una ni en otra. Asombro. Telefonazos. ¿La redacción? Aquí, gabinete del Alto Comisario... ¿Quién dispuso las fotografías en la página? ¿Quién? ¿Por qué? ¿Dice usted que las fotos han sido proporcionadas por el Secretariado General en el último

momento? Bien, bien, muy bien, es lo que yo quería saber. En realidad, se había enterado de demasiadas cosas.

Gordéyev vino a advertirle amablemente que dos de los tres hombres de su escolta personal tuvieron que ser reemplazados: uno estaba enfermo y el otro había sido enviado a la Rusia Blanca para entregar una bandera a los trabajadores de un grupo militar agrícola de la frontera. Erchov se abstuvo de observar que bien podía habersele consultado. En el patio, tres hombres le presentaron armas y lo recibieron delante de su automóvil con un «¡Buen día, camarada Alto Comisario!» a coro, salido irreprochablemente de tres pechos marciales. Erchov les respondió suavemente y, con la mano, le indicó el volante al único de los tres que conocía, a ese que sería relevado sin duda de su puesto un día cualquiera para que el Alto Comisario viajara en adelante rodeado de rostros desconocidos, quizá portadores de órdenes secretas, obedientes a una voluntad que no sería la suya.

El coche surgió de una bóveda baja en la que se abrieron puertas de hierro guardadas por centinelas con cascos, que presentaron armas; saltó hacia una plaza en la hora gris del crepúsculo. Atrapado un segundo entre un autobús y la ola de los transeúntes, bajó la velocidad. Erchov vio rostros desconocidos de gente sin importancia: empleados, técnicos que llevaban todavía el quepis de las escuelas, un viejo judío triste, mujeres sin gracia, obreros de caras duras. Esta gente lo veía sin pensar en reconocerlo, cerrada, muda, inconsistente sobre la nieve. ¿Cómo viven, de qué viven? Ninguno, ni siquiera los que leen mi nombre en los periódicos, adivina o puede adivinar lo que yo soy en realidad. Y yo, ¿qué sé yo de ellos, sino que son millones de desconocidos, clasificabas por categorías en los ficheros, en los archivos, todos desconocidos de manera diferente, sin embargo, y todos indescifrables de cualquier modo...? La plaza del Gran Teatro se iluminó; en la calle Tverskaya, la multitud densa de la noche fluía por las calles inclinadas. Ciudad agobiante, bullente, con resplandores crudos que se desmenuzan sobre lienzos de nieve, fragmentos de multitudes, corrientes de asfalto y lodo. Los cuatro hombres de uniforme, en el poderoso vehículo gubernamental, iban callados. Cuando al fin el automóvil arrancó, después de haber rodeado un arco del triunfo enorme, semejante a la puerta de una inmensa prisión, hacia las largas perspectivas de la calzada de Leningrado,

Erchov recordó amargamente que le gustaban los coches, las carreteras, la velocidad, el manejo de la velocidad y del motor bajo su mirada precisa. Se le prohibía ahora que condujera él mismo. La tensión nerviosa, la obsesión de los asuntos se lo hubieran impedido, de cualquier modo. Bella calzada: sabemos cómo construir. Un camino como este corriendo paralelamente al transiberiano: eso es lo que nos hace falta para la seguridad del Extremo Oriente; podría hacerse en unos cuantos años, poniendo quinientos mil hombres de mano de obra, de los cuales cuatrocientos mil podrían sacarse ventajosamente de las penitenciarías. No era nada utópico; ya lo pensaría. La imagen del loco, amarrado a la silla volteada en su gabinete devastado, flotó de repente sobre la bella calzada negra bordeada de un blanco puro. «Es evidente que tenía por qué volverse loco...». El loco se reía, el loco decía que el loco eres tú, eres tú, no soy yo, ya verás, eres tú. Erchov encendió un cigarrillo para ver danzar entre sus manos enguantadas de cuero la llama del encendedor. Así se disipó ese comienzo de pesadilla. Tenía los nervios de punta. Debía tomarse un día de descanso, tomar aire... La iluminación de la calzada se espaciaba, una noche cintilante se derramaba en lejanas olas pálidas sobre los bosques. Erchov la contempló con una alegría humilde en lo más hondo de sí mismo, pero sin tomar conciencia de ello, rumiando pistas, intrigas, proyectos, detalles de casos. El coche penetró en las tinieblas bajo los altos ahuehuetes cubiertos de una nieve semejante a la pelambre abrigadora de los animales. El frío se aguzaba. El automóvil giró sobre la nieve suave. Los techos angulosos de una gran mansión noruega se destacaron en negro opaco sobre el cielo: la Villa Número 1 del Comisariado del Pueblo para el Interior.

En ese interior reinaba, sobre los objetos cuidadosamente escogidos, blancos y de colores brillantes, una calma mullida. Aparentemente no había teléfono, ni periódicos, ni mensajes, ni retratos oficiales (prohibirlos era una audacia), ni un arma, ni un bloc de notas administrativo. Erchov no veía nada que le recordara el trabajo. Cuando el animal humano hace el máximo esfuerzo, necesita un reposo completo. El funcionario altamente responsable tiene más derecho a ello que los demás. Aquí, nada más que la

vida privada, la intimidad, tú y yo, Valia. Un retrato de Valia, Valentina, vestida de escolar impecable, en un marco oval, de color blanco crema, rematado por un nudo de moños esculpidos. El gran espejo reflejaba los colores cálidos del Asia Central. Nada delataba el invierno; ni siquiera las fantásticas ramas blancas de nieve que se veían en la ventana. Eso era solamente una magnífica decoración de magia blanca. Erchov se acercó al gramófono. Había un disco de *blues* hawaianos. ¡Ah, no! ¡Hoy no! Ese loco lamentable gritaba: «¡Traidores, todos somos traidores!». Pero ¿había gritado «todos somos», o soy yo quien se lo agrega? ¿Por qué agrego eso? El espíritu de investigador profesional se encuentra ante un obstáculo singular. ¿Por humanidad no habría que suprimir a los locos?

Valentina salió del baño en bata. «Buenos días, querido». Desde que los cuidados del cuerpo y el gran bienestar transformaron a esta pequeña provinciana de Yeniseisk, todo su cuerpo expresaba con una radiante flexibilidad la alegría de vivir. Cuando sea construida la sociedad comunista, mucho después de los períodos de transición, duros pero enriquecedores, todas las mujeres alcanzarán esta plenitud... «Tú eres una anticipación viviente, Valia...». «Gracias a ti, Máximo, que trabajas y que luchas, gracias a los hombres como tú...». De vez en cuando se decían estas cosas, sin duda para justificar ante ellos mismos su condición privilegiada. De esa manera, el privilegio les confería una misión. Su unión era limpia, desprovista de complicaciones, similar a la de dos cuerpos sanos que se gustan. Ocho años antes, viajando en gira de inspección por la región de Krasnoyarsk, donde mandaba una división de tropas especiales de la Seguridad, Erchov se detuvo en una guarnición militar, perdida en el corazón de los bosques, en la casa de un jefe de batallón. Cuando entró en el comedor, la joven mujer de este subordinado lo deslumbró, por primera vez en su vida, con una animalidad inocente y segura de sí misma. En su presencia se evocaba el bosque, el agua fría de los pequeños arroyos silvestres, el pelaje de las fieras sombrías, el gusto de la leche fresca. Tenía una nariz que parecía estar olfateando sin cesar y grandes ojos de gata. La deseó en seguida, no para un encuentro, no para una noche, sino para poseerla enteramente, para siempre, con orgullo. «¿Por qué ha de ser de otro si yo la quiero?». El otro, pequeño oficial sin porvenir, ridículamente deferente ante el jefe, tenía una

manera risible de hablar, de tendero. Erchov lo detestó. Para quedarse a solas con la mujer deseada, envió al otro a inspeccionar los puestos en el bosque. Cuando llegó el momento de enfrentarse con esta mujer, fumó un cigarrillo en silencio para darse tiempo, hasta que se atrevió a hablar. Y entonces dijo: —Valentina Anisimovna, escuche bien lo que voy a decirle. Nunca repito mis palabras. Soy limpio y seguro como un buen sable de caballería. Quiero que sea usted mi mujer...

Con las piernas cruzadas, bien sentado, a tres metros de ella, miraba a la joven mujer como si le hubiera ordenado algo, como si ella tuviera que obedecer; eso bastó.

—Pero yo no lo conozco a usted —dijo ella, desesperada y asustada, como si hubiera caído en sus brazos.

—Eso no tiene importancia. Yo la he conocido a usted totalmente, a primera vista. Estoy seguro y cierto, yo le doy a usted mi palabra de que...

—No lo dudo —murmuró Valentina, sin saber que eso era ya una aceptación.

—Pero...

—No hay pero que valga, la mujer es libre de elegir...

Se abstuvo de agregar: Yo soy el jefe de la división, tu marido nunca llegará a nada. Ella debió de pensar lo mismo, porque se miraron, confusos, con tal sentimiento de complicidad que la vergüenza los hizo ruborizarse. Erchov volvió contra la pared el retrato del marido, abrazó a la joven mujer, le besó los párpados con una repentina ternura. «¡Tus ojos, tus ojos, sol mío!». Ella no se resistió, se preguntaba tontamente si este jefe tan importante —y tan guapo— iba a llevarla de repente al pequeño e incómodo diván, por fortuna, ella no llevaba ropa interior, por fortuna... Él no hizo nada finalmente, y se contentó con concluir, en el tono preciso de un funcionario: «Partirás conmigo dentro de dos días. Cuando regrese, yo me explicaré de hombre a hombre con el jefe de batallón Nikudychin. Te divorcias hoy mismo; a las cinco tendrás el acta». ¿Qué podía objetar el jefe de batallón al jefe de división? ¡La mujer es libre, la ética del partido prescribe respetar la libertad! El jefe de batallón Nikudychin, cuyo nombre significa poco más o menos Bueno Para Nada, anduvo ebrio una semana, antes de solicitar otro olvido y visitar a las prostitutas chinas del pueblo.

Erchov, informado de su mala conducta, se mostró indulgente porque comprendía el dolor del subordinado. Sin embargo, hizo que el secretario del partido lo sermoneara... El comunista no debe, por una mujer que se larga, perder su equilibrio moral, ¿no es cierto?

En sus habitaciones, aquí, Valentina gustaba de andar casi desnuda, bajo ligeros velos flotantes. La presencia de su cuerpo era tan completa, siempre, como la de sus ojos o su voz. Sus grandes ojos parecían dorados como los rizos que le caían sobre la frente. Tenía los labios carnosos, los pómulos salientes, la tez clara, formas flexibles y frescas de nadadora fuerte... «Se diría siempre que acabas de salir del agua fría, a tomar el sol...», le dijo un día su marido. Ella respondió con una risilla orgullosa, mirándose en el espejo: «Así soy. Fría y soleada. Tu pequeño pez de oro». Esa noche ella tendió hacia él sus hermosos brazos desnudos: —¿Por qué tan tarde, querido? ¿Qué sucede?

—No es nada —dijo Erchov con una sonrisa forzada.

En ese instante, él percibió claramente que era lo contrario, que ahí mismo y a donde fuera, había algo enorme, algo inconcebible, infinitamente temible para él y para esta mujer acaso demasiado bella, acaso demasiado privilegiada, acaso... Unos pasos regulares se escucharon en el corredor vecino: el hombre de guardia iba a asegurarse de la entrada de servicio.

—Nada... Me han cambiado dos hombres de la escolta personal, y eso me tiene contrariado.

—Pero tú eres el amo, querido —dijo Valentina, de pie ante él, erguida, la bata entreabierta a la altura del pecho.

Ella seguía limándose una uña barnizada. Erchov miró estúpidamente, con el ceño fruncido, un bello seno duro con la punta violácea. Sin desfruncir el ceño, se encontró con la mirada de esos ojos llenos de flores de estío. Ella continuó: —¿No haces lo que quieras, entonces?

Debía de estar en verdad muy fatigado para que palabras tan insignificantes encontrasen en él esa resonancia singular... Al escuchar esa frase banal, Erchov percibió que él no era amo de nada, que su voluntad no controlaba nada en realidad, que toda lucha sería vana. «Solamente los

locos hacen lo que quieren», pensó. En voz alta, respondió con una sonrisa torcida: —Solamente los locos creen que hacen lo que quieren.

La joven mujer adivinó: «Algo sucede...», con tal certeza, en su misma aprehensión, que no se atrevió a preguntar y el impulso zalamero que la había lanzado hacia él se extinguió. Se esforzó por parecer vivaz. «Bueno, Sima, besémonos». Él la levantó como lo hacía por costumbre, cogiéndole los codos con las palmas, y la besó, no sobre los labios, sino más bien entre los labios y la nariz, y en una comisura de la boca, aspirando un poco el aroma de la piel. («Nadie besa así», le había dicho él cuando le hacía la corte, «solo nosotros»).

—Date un baño —dijo ella.

Si él no creía en la pureza del alma —qué palabras pasadas de moda—, creía en cambio en la pureza bienhechora del cuerpo lavado, enjuagado, duchado en agua fría luego del baño tibio, frotado con agua de Colonia, admirado en el espejo. «¡Demonios, vaya que es hermoso el animal humano!», exclamaba a veces en el baño. «Valia, iyo también soy hermoso!». Ella corría a su encuentro, se besaban ante el espejo, él desnudo, sólidamente construido, ella semidesnuda, flexible, en los pliegues de alguna bata de dormir de colores vivos... Recuerdos hoy oscuros, no de hace poco, sino del pasado distante. En aquel tiempo, como jefe de operaciones secretas en una región fronteriza del Extremo Oriente, Erchov perseguía personalmente espías en el bosque, dirigía silenciosas cacerías humanas, trataba con agentes dobles, se estremecía al presentir la bala segura que podía abatirlo a través de los follajes sin que nunca se sepa de dónde salió... Le gustaba su vida; no veía un futuro promisorio... El agua tibia corre por su espalda. No ve de sí mismo, en el espejo, más que un rostro estirado, de mirada inquieta bajo los párpados inflamados. «Tengo la facha de un tipo al que acaban de arrestar, ¡mierda!». La puerta del baño seguía abierta, del otro lado, Valia había puesto un disco hawaiano: banjo, voz negra o polinesia: «*I am fond of you...*». Erchov estalló: —Valia, ¡hazme el favor de hacer pedazos, inmediatamente, ese maldito disco!

El disco se quebró en dos; el agua helada cayó sobre la nuca del hombre como un alivio.

—Ya está, Sima querido. Y voy a destruir el cojín amarillo.

—Gracias —dijo él, recuperándose—. Eres tan buena como el agua helada.

El agua helada viene de abajo de las nieves. Los lobos la beben en algunos lugares.

Se hicieron traer sándwiches y vino espumoso a la habitación. El malestar se disipó: era mejor no pensar, para que no volviera. No había mucha ternura entre ellos; más bien la íntima familiaridad de dos cuerpos muy inteligentes y limpios, que se complacen profundamente. «¿Quieres ir a esquiar mañana?», preguntó Valia, abrió los ojos y respiró hondo. Él estuvo a punto de tirar la mesita baja que estaba delante de ellos: así de rápido fue el movimiento que lo lanzó hacia la puerta. Abrió la puerta de golpe y se escuchó el grito agudo de una mujer en el corredor: —¡Vaya, que me asustó, camarada jefe!

La camarera juntaba algunas toallas que habían caído sobre la alfombra.

—¿Qué hacía usted aquí?

La cólera ahogaba la voz de Erchov.

—Pasaba por aquí, camarada jefe, me asustó usted...

Luego de cerrar la puerta, regresó con Valia con una expresión hosca y el bigote erizado. «Esa zorra estaba oyendo detrás de la puerta...». Esta vez Valia sintió miedo, claramente. «No es posible, querido, te fatigas demasiado, dices tonterías...». Él se arrodilló a sus pies sobre la alfombra. Ella tomó entre sus dos manos la cabeza del hombre para ponerla sobre su regazo. «Ya basta de tonterías, querido. Vamos a dormir». Él pensó: «Dormir, ¿tú crees que es tan simple?», mientras sus manos subían por los muslos de la mujer hasta el cálido vientre.

—Pon un disco, Valia. Ni hawaiano, ni negro ni francés... Alguna cosa nuestra...

—¿Qué tal *Los partisanos*?

Caminaba de un lado a otro del cuarto mientras sonaba el coro masculino de los partisanos rojos cabalgando a través de la taiga: «Vencerán a los atamanes, *vencerán a los generales* y sus victorias culminarán / a las orillas del océano...». Columnas de hombres con mantos grises desfilaban cantando por las calles blancas de una pequeña ciudad de Asia, hacia el final de la tarde. Erchov se detuvo para contemplarlos. La voz clara de un

muchacho cantaba triunfalmente los primeros versos de cada estrofa, retomados por un coro disciplinado. El paso cadencioso de las botas sobre la nieve acompañaba sordamente el canto. Esas voces conscientes, esas voces entrelazadas y potentes, esas voces de fuerza terrestre, eso somos nosotros... El canto concluía. Erchov se dijo: «Voy a tomar un poco de gardenal...». Llamaron a la puerta.

—Camarada jefe, el camarada Gordéyev le llama por teléfono.

Y la voz tranquila de Gordéyev le anunció, por el teléfono, datos nuevos relativos al asunto del atentado, descubiertos apenas ahora, «lo que me obliga a molestarlo, discúlpeme, Maxim Andréyevich. Hay una decisión importante que tomar... Muy fuertes sospechas de culpabilidad indirecta apuntan hacia K. K. Rublev».

De esa manera el asunto se relacionaría de una manera sumamente curiosa con los dos últimos procesos...

—Como K. K. Rublev forma parte de la lista especial de antiguos miembros del Comité Central, no he querido asumir la responsabilidad...

—Eso es, así que tú quieras que yo tome la responsabilidad de ordenar o de impedir el arresto, desgraciado...

Erchov preguntó secamente:

—¿Biografía?

—Tengo la ficha. En 1905, estudiante de Medicina en la facultad de Varsovia; maximalista en 1906, hirió de dos balazos de revólver al coronel Golubev, y se escapó de la fortaleza en 1907... Miembro del partido en 1908. Muy ligado con Innokenti (Dubrovinski), con Rykov, Preobrashensky, con Bujarin —y los nombres de los traidores fusilados, que habían sido jefes del partido, parecían ya condenar a Rublev—. Comisario político en la *N* Armada, encargado de misión en la región de Baikal, misión secreta en Afganistán, presidente del Trust de Fertilizantes Químicos, encargado de curso en la Universidad Sverdlov, miembro del Comité Central hasta... Miembro de la Comisión Central de Control hasta... Reprendido y advertido por la Comisión de Control de Moscú por actividades facciosas... Objeto de una petición de expulsión por oportunismo de derechas... Sospechoso de haber leído el documento criminal redactado por Riutin... Sospechoso de haber asistido a la reunión clandestina del bosque de Zyalony Bor...

Sospechoso de haber ayudado a la familia de Eysmont cuando este fue hecho prisionero... Sospechoso de haber traducido del alemán un artículo de Trotsky descubierto en el curso de una pesquisa hecha a su antiguo discípulo B. —las sospechas rodeaban a este hombre por todos lados; ahora dirigía la oficina de historia general de una biblioteca.

Erchov escuchaba con una irritación creciente. Todo eso, desgraciado, ya lo sabíamos desde hace tiempo. ¡Estamos saturados de sospechas, de denuncias, de presunciones! Ni un solo hilo que lo conecte al caso Tuláyev sale de todo eso y tú no haces más que tenderme una trampa: quieres que yo mande arrestar a un viejo miembro del CC. Si no se le ha tocado hasta ahora, debe de ser porque el Buró-Político tiene sus razones. Erchov dijo: —Bueno. Espéreme usted. Buenas noches.

Cuando el camarada Popov, de la Comisión Central de Control, personaje desconocido del gran público que gozaba sin embargo de una muy alta autoridad moral —sobre todo desde la ejecución, por alta traición, de dos o tres hombres aún más respetados que él—, se hizo anunciar al Alto Comisario, este lo recibió inmediatamente, no sin curiosidad. Era la primera vez que Erchov veía a Popov. Debido a los fríos rigurosos, Popov llevaba sobre su abundante cabellera gris sucio un viejo gorro de obrero de seis rublos, comprado en la tienda de ropa Moscú. Su gabardina de cuero, deslavada, databa de hace diez años. Popov tenía una cara vieja, llena de arrugas, hinchada por la mala salud, una barbita desteñida, espejuelos de armazón metálica. Entró como si nada, con el gorro sobre sus mechones grises, un abultado portafolios bajo el brazo, una extraña sonrisilla blanda en los ojos. «¿Todo bien, mi querido camarada?», preguntó con familiaridad, y Erchov fue presa —por una centésima de segundo— de la bonhomía de ese viejo malvado. «Muy feliz de conocerlo al fin, camarada Popov», respondió el Alto Comisario.

Popov desabotonó su gabardina, se dejó caer pesadamente en el sillón y murmuró: «Estoy cansado, ¡diablos! Aquí se está a gusto: estos nuevos edificios están bien arreglados». Se puso a llenar su pipa. «Yo, sabe usted, yo conocí la Cheka al principio, con Félix Edmúndovich Dzerzhinsky, oh no, no

era la comodidad, la organización de ahora... El país soviético se engrandece a grandes pasos, camarada Erchov. Tiene usted la suerte de ser joven...».

Erchov, amablemente, le dejó tomar su tiempo. Popov levantó entre los dos una mano color de tierra, blanda, con las uñas descuidadas.

—Bueno, eh, veamos, mi querido camarada. El partido piensa en usted; el partido piensa en cada uno de nosotros. Usted trabaja mucho, con celo, el Comité Central lo aprecia. Naturalmente, usted ha estado un poco desbordado, había que arreglar lo que había heredado usted —la alusión a los predecesores fue discreta—, el periodo de complots por el que atravesamos...

¿Adonde quería llegar?

—La historia procede por etapas... Ora las polémicas, ora los complots... Bueno, eh, así es. Evidentemente está usted fatigado. No ha estado usted a la altura en este asunto del atentado terrorista contra el camarada Tuláyev... Usted me perdonará que se lo diga con mi acostumbrada franqueza, a título puramente personal, de hombre a hombre, querido camarada, como una vez, en el 18, Vladimir Ilich me lo dijo a mí mismo... Y bueno, como se le aprecia a usted...

No se preocupaba de contar lo que le había dicho Lenin hace veinte años. Era su manera de hablar, un falso tartamudeo, los «bueno, eh» esparcidos aquí y allá, la voz temblorosa, «soy uno de los más viejos del partido, estoy en el filo».

—Bueno, tiene usted que reposar unos dos mesecillos en un buen clima, bajo el sol del Cáucaso... Ir a bañarse, camarada, cómo lo envidio, créame... Eh, eh... Matsesta, Kislovodsk, Sochi, Tijes-Dziri, país de sueño... ¿Conoce usted los versos de Goethe: Kennst-du das Land wo die Zitronen blühn?

»¿No sabe usted alemán, camarada Erchov?

El Alto Comisario discernió al fin, sobre cogido, el sentido de todo ese parloteo.

—Perdón, camarada Popov, no estoy seguro de haber entendido bien: ¿es una orden?

—No, querido camarada, nada más que una recomendación que le hacemos. Usted ha estado excedido de trabajo, como yo, eso puede verse. Todos pertenecemos al partido, le debemos rendir cuentas de nuestra salud.

Y el partido vela por nosotros. Los Viejos han pensado en usted, se ha hablado de usted en el Buró de Organización —mencionado aquí para no nombrar el Buró-Político—. Lo que se ha decidido es que Gordéyev lo reemplazará a usted en su ausencia... Conocemos sus buenas relaciones, así que será el colaborador que tiene toda la confianza de usted quien... sí... dos meses, no más... El partido no puede concederle más, querido camarada...

Popov descruzó las rodillas con una lentitud exagerada, se levantó: una sonrisa rancia, la piel color de lodo, la mano tendida, benevolente.

—Santo Dios, ay, no sabe usted todavía lo que es el reumatismo... Bueno, eh, ¿cuándo parte usted?

—Mañana por la noche, para Sujum. Iniciaré mi asueto esta misma noche.

Popov pareció encantado.

—Eso está muy bien. Prontitud militar en la decisión, eso me gusta... Yo mismo, a pesar de los años... Sí, sí... Repose usted bien, camarada Erchov... El Cáucaso, magnífico país, la joya de la Unión... *Kennst-du das Land...*

Erchov sacudió fuertemente una mano pegajosa, condujo a Popov hasta la puerta, cerró la puerta, se detuvo en medio de la oficina, completamente desamparado.

Ya nada le pertenecía aquí. Unos cuantos minutos de una entrevista hipócrita habían bastado para despojarlo de los instrumentos de mando.

¿Qué significaba eso? El teléfono repiqueteó. Gordéyev preguntaba a qué hora había que convocar a los jefes de servicio para la conferencia proyectada.

—Venga usted a recoger mis órdenes —dijo Erchov, controlándose apenas—; no, no venga. No habrá conferencia hoy...

Bebió un gran vaso de agua helada.

Le ocultó a su mujer que esas vacaciones sorpresivas le habían sido ordenadas. En Sujum, a las orillas de un mar increíblemente azul, en medio de los paisajes lujosos del otoño, bajo las palmeras, los sobres rigurosamente secretos de la información le llegaron sin fallar durante seis días; luego dejaron de llegar. No se atrevió a reclamarlos; se demoraba en el bar del club con generales taciturnos que regresaban de Mongolia. El whisky les daba un alma común, ardorosa y pesada. El anuncio de la llegada de un

miembro del Buró Político al pueblecillo vecino hundió a Erchov en el pánico. ¿Y si ese personaje fingiera ignorar la presencia, aquí, del Alto Comisario? «Nos vamos a la montaña, Valia». El coche subía por un camino accidentado, bajo un sol de fuego, entre las rocas deslumbrantes, los barrancos, la inmensa copa de esmalte fundido del mar. El horizonte marino ascendía más y más alto, de un azul enceguecedor. Valia comenzaba a vivir con miedo. Adivinaba una huida, pero irrisoria imposible. «¿Ya no me quieres?», le preguntó al fin a Maxim entre el cielo, el mar y las rocas, en el aire puro de los mil doscientos metros de altura. Él le besó las puntas de los dedos, no sabía si todavía era capaz de deseárla en medio de esa confusión nauseabunda de su alma. «Tengo demasiado miedo para pensar ahora en el amor... Tengo miedo: es idiota... No, tengo razón de tener miedo, ahora me ha llegado el turno de perecer». La vista de los roqueríos bañados por el sol era algo que fatigaba deliciosamente, iy el mar, el mar! «Si debo perecer, ique disfrute al menos de esta mujer y de este azul!». Fue una idea valiente. Besó golosamente a Valia en la boca. La pureza del paisaje los penetraba a los dos con un hechizo semejante al de la luz. Pasaron tres semanas en una cabaña de las alturas. Una pareja de abjasios vestidos de blanco, el hombre y la mujer igualmente bellos, les servía en silencio. Dormían en la terraza, a la intemperie, reunidos después del amor para la contemplación de las estrellas. Valia dijo una vez: «Mira, querido, vamos a caernos hacia las estrellas...». Un poco de reposo le llegó así a este hombre trabajado por dos pensamientos, uno racional, tranquilizador, el otro enmascarado, pérvido, que seguía sus propios caminos oscuros, tenaz como las caries. El primero se formulaba claramente: «¿Por qué no me apartaron de los asuntos el tiempo suficiente para arreglar esta maldita historia en la cual me he dejado enredar? El jefe se ha mostrado bien dispuesto hacia mí. Después de todo, no tenían más que enviarle al ejército. No despierto sospechas en nadie porque no tengo pasado. ¿Y si les pidiera irme al Extremo Oriente?». El otro, el insidioso, murmuraba: «Sabes demasiadas cosas, ¿cómo van a admitir que nunca las dirás? Debes desaparecer como los que te han precedido. Los que te han precedido han conocido estos mismos afanes, estos indicios, estas inquietudes, estas dudas, estas esperanzas, estas vacaciones, estas huidas insensatas, estos regresos resignados, y los han fusilado». «Valia»,

exclamaba Erchov de pronto, «¡ven conmigo a cazar!». Se llevaba a Valia a largas ascensiones, hasta sitios inaccesibles donde de pronto el mar se revelaba, costeando un mapa inmenso: promontorios y rocas, devorados por la claridad, se destacaban en toda su extensión, contra el mar abierto. «¡Mira, Valia!». En la punta del roquerío, sobre unos promontorios dorados, una cabra de monte apareció: se destacaba en pleno azul, inmóvil, con los cuernos levantados. Erchov le pasó la carabina a Valia, quien se la puso al hombro cuidadosamente; llevaba los brazos desnudos, gotitas de sudor brillaban sobre su nuca. El mar llenaba la copa del mundo, el silencio remaba sobre el universo, en pleno cielo se veía la fina silueta viviente de una bestia dorada... «Apunta bien», murmuró Erchov a la oreja de la mujer, «y sobre todo, querida, falla...». El cañón de la carabina subió con lentitud, subió, la nuca de Valia se echó hacia atrás: cuando el arma se encontró apuntada hacia el cenit, disparó. Valia se reía, con los ojos llenos de cielo. La detonación se desvaneció, reducida a un tenue desgarramiento. La cabra volvió sin miedo la cabeza hacia esas lejanas formas blancas, las consideró un breve momento, dobló las patas, saltó graciosamente hacia el mar, desapareció... Al volver, esa noche, Erchov recibió un telegrama que lo llamaba con urgencia de Moscú.

Partieron en un vagón especial. El segundo día del viaje, el tren se detuvo en una estación perdida, en medio de los campos de maíz nevados. Una pesada niebla gris oscurecía el horizonte. Valia fumaba, con un libro de Zoschenko entre las manos, ligeramente malhumorada... «¿Qué interés encuentras en ese humor triste que habla tan mal de nosotros?», le había dicho él. Ella había contestado en un tono hostil: «No eres capaz más que de razonamientos oficiales...». El regreso a la vida de todos los días los enervaba ya. Erchov revisaba los periódicos. El oficial de servicio llegó a decirle que lo llamaban por teléfono, en la estación; pero no podían llevarle la llamada al vagón debido a una avería. Erchov se ensombreció: —Cuando lleguemos, va a ordenar usted ocho días de arresto para el jefe de materiales. Los teléfonos de los vagones especiales deben funcionar i-rre-pro-cha-ble-men-te. ¿Entendido? —Sí, camarada Alto Comisario.

Erchov se puso su gabardina cubierta con las insignias del poder más alto, descendió a la plataforma de los andenes de la pequeña estación

desierta, observó que la locomotora no remolcaba más que tres vagones, caminó a grandes zancadas hacia la única caseta blanca que estaba a la vista. El oficial de servicio lo seguía respetuosamente, a tres pasos de distancia. *Seguridad, Control de Ferrocarriles.* Erchov entró y fue saludado por varios soldados. «Por aquí, camarada jefe», le dijo el oficial de servicio, extrañamente ruborizado. En la salita del fondo, sobre calentada por un horno de hierro, dos oficiales se levantaron al entrar ellos, movidos por los resortes de la disciplina: uno era alto y flaco, el otro bajo y gordo, ambos lampiños y de alto rango. Erchov, ligeramente sorprendido, les devolvió el saludo y dijo en tono cortante: —¿El teléfono?

—Tenemos un mensaje para usted —respondió evasivamente el alto y flaco, que tenía una cara alargada, reseca y de ojos fríos y grises.

—¿Qué mensaje? Démelo.

El alto y flaco sacó de su portafolios una delgada hoja de papel con unas cuantas líneas mecanografiadas. «Le ruego».

Por decisión de la conferencia especial del Comisariado del Pueblo en el Ministerio del Interior... con fecha... concerniente al asunto N.º 4628g... se gira orden de arresto preventivo contra... Erchov, Maxim Andréyevich, cuarenta y un años de edad...

Erchov, con la garganta cerrada, encontró sin embargo la fuerza para releer una a una todas las palabras, de examinar el sello, las firmas: Gordéyev, la anotación de ilegible, los números del expediente... «Nadie tiene derecho», dijo absurdamente al cabo de algunos segundos, «yo soy el...». El gordo no le dejó terminar.

—Ya no lo es, Maxim Andréyevich: ha sido usted relevado de esas altas funciones por decisión del Buró de Organización...

Hablaban con una deferencia untuosa.

—Tengo una copia... Por favor, entrégüeme sus armas...

Erchov puso sobre la mesa, cubierta de tela negra encerada, su revólver reglamentario. Mientras buscaba en el bolsillo trasero de su pantalón la pequeña Browning de reserva que llevaba siempre, sintió el deseo de dispararse una bala en el corazón, imperceptiblemente demoró sus

movimientos y creyó componer una expresión impasible. La gamuza dorada sobre la punta del roquerío, entre el mar y el cielo. La gamuza dorada amenazada por el fusil del cazador; los dientes de Valia, su nuca tensa, el azul... Todo había acabado. Los ojos transparentes del alto y flaco no se despegaban de los suyos, las manos del gordo tomaron la mano del Alto Comisario para recibir la Browning. Una locomotora silbó largamente. Erchov dijo: —Mi mujer...

Él lo interrumpió diligentemente:

—No se preocupe, Maxim Andréyevich, yo mismo me ocuparé de eso...

—Se lo agradezco —dijo Erchov estúpidamente.

—Por favor, cámbiese de ropa —dijo el flaco—. Las insignias, sabe usted...

En efecto, las insignias... Una blusa militar sin insignias, una gabardina de uniforme más o menos parecido al suyo, sin insignias, reposaban sobre el respaldo de la silla. Todo estaba bien preparado. Volvió a vestirse, como un sonámbulo. Todo se aclaraba: para comenzar, las cosas que él mismo había hecho... Su propio retrato, amarillento por el sol y sucio de cagarrutas de mosca, lo miraba. «Ahora ya pueden quitar ese retrato», dijo severamente. El sarcasmo lo fortaleció, pero cayó en medio del silencio.

Cuando Erchov salió de esta pequeña habitación, entre el alto flaco y el bajo gordo, la sala de guardia vecina estaba vacía. Los hombres que lo habían visto entrar llevando en el cuello y en las mangas las estrellas del poder no lo vieron salir degradado. «El organizador de este arresto merece felicitaciones», pensó el Alto Comisario destituido. No supo si se hacía esta reflexión por automatismo o por ironía. La estación estaba desierta. Rieles negros sobre la nieve, espacios blancos. El tren especial que llevaba a Valia había partido, llevándose el pasado. Un solo vagón esperaba a cien metros, un vagón diferente, más especial, rumbo al que Erchov se dirigió a grandes pasos entre los dos oficiales silenciosos.

03

Los hombres asediados

Desde las regiones polares, sobre los bosques dormidos de la región de Kama, las tempestades de nieve, lentas y arremolinadas, ahuyentando delante de sí manadas de lobos, llegaban a Moscú. Parecían desgarrarse sobre la ciudad, agotadas por su largo viaje aéreo. Borraban de pronto el azul del cielo. Una triste claridad lechosa se extendía sobre las plazas, las calles, las pequeñas residencias olvidadas de las callejuelas de antaño, los tranvías con las ventanillas escarchadas... Se vivía en un dulce torbellino de blancura semejante a una mortaja. Se caminaba sobre miríadas de estrellas puras, renovadas a cada instante. Y he aquí que allá arriba, sobre los bulbos de las iglesias, sobre las finas cruces doradas, todavía no opacas, plantadas en las medias lunas invertidas, el azul reaparecía. El sol se extendía sobre la nieve, acariciaba las viejas fachadas descascaradas, penetraba en los interiores a través de las dobles ventanas... Rublev contemplaba sin cansancio estas metamorfosis. Delicados ramajes llenos de diamantes subían hasta la ventana de su gabinete de trabajo. Visto desde ese lugar, el

universo se reducía a un pedazo de jardín descuidado, una muralla y detrás de la muralla una capilla abandonada, con un domo verde dorado que la pátina del tiempo pintaba de rosado.

Rublev levantó los ojos de los cuatro libros que consultaba simultáneamente: una sola serie de hechos revestía en ellos cuatro aspectos innegables pero inciertos, de los que nacían los errores de los historiadores, unos metódicos, los otros espontáneos. Se caminaba a través del error como a través de la borrasca de nieve. Siglos más tarde la evidencia sería clara para alguien —como hoy para mí— en esa red de contradicciones. La historia económica, anotaba Rublev, tiene a menudo la nitidez engañososa de un informe de autopsia. Algo esencial se le escapa, felizmente, como a la autopsia: la diferencia entre el cadáver y el viviente.

—Tengo escritura de neurasténico.

La bibliotecaria adjunta Andronnikova entró. («Ella piensa que tengo cara de neurótico...»). «Hágame usted el favor de revisar, Kiril Kirilovich, la lista de obras prohibidas que han sido solicitadas con permiso especial...». Rublev revisaba descuidadamente todas las peticiones, ya sea que se tratara de historiadores idealistas, economistas liberales, socialdemócratas con trazas de eclecticismo burgués, intuicionistas nebulosos... Esta vez pestañeó: un estudiante del Instituto de Sociología Aplicada solicitaba *El año 1905* de L. D. Trotsky. La bibliotecaria adjunta Andronnikova, con su menuda cara rodeada por un halo de cabello blanco, esperaba.

—Denegado —dijo él—. Dígale a este joven que debe dirigirse a la Biblioteca de la Comisión de Historia del partido...

—Es lo que hice —respondió suavemente Andronnikova—, pero ha insistido mucho.

Rublev creyó sentir que ella lo miraba con la simpatía infantil de un ser débil, limpio y bueno.

—¿Cómo le ha ido, camarada Andronnikova? ¿Ha encontrado usted tejidos en la coope del Kuznetski-most?

—Sí, se lo agradezco, Kiril Kirilovich —dijo ella y una efusividad contenida le matizó la voz.

Él descolgó su abrigo del perchero y, mientras se lo ponía, bromeó sobre el arte de vivir: —Uno busca la oportunidad, camarada Andronnikova, para

los otros y para si mismo... Vivimos en la selva del periodo de transición, ¿no es así?

«Vivir en ella es un arte peligroso», pensó la mujer de los cabellos blancos, pero se contentó con sonreír, más con los ojos que con los labios. ¿Creía verdaderamente este hombre singular, erudito, penetrante, apasionado de la música, en el «doble periodo de transición del capitalismo al socialismo y del socialismo al comunismo» sobre el cual había publicado un libro en los tiempos en que el partido todavía le permitía escribir? La ciudadana Andronnikova, de sesenta años de edad, antigua princesa, hija de un gran político liberal (y monárquico), hermana de un general masacrado en 1918 por sus subordinados, viuda de un coleccionista de cuadros que no había amado verdaderamente en su vida más que a Matisse y a Picasso, privada del derecho de voto en razón de sus orígenes sociales, vivía de un culto íntimo consagrado a Vladimir Soloviev. El filósofo de la sabiduría mística, si bien no la ayudaba a comprender a esta variedad de hombres extrañamente testarudos, duros, sombríos, peligrosos, entre los cuales, sin embargo, había almas de una riqueza desconocida —los bolcheviques—, fortalecía en Andronnikova, respecto a ellos, una indulgencia mezclada, últimamente, con una compasión secreta. Si no hiciera falta amar también a los peores, ¿habría lugar aquí abajo para el amor cristiano? Si los peores no estuvieran alguna vez cerca de los mejores, ¿serían verdaderamente los peores? Andronnikova pensó: «Ellos creen verdaderamente en lo que escriben... Y acaso Kiril Kirilovich tiene razón. Quizás este es, en efecto, un periodo de transición...». Ella conocía los nombres, las caras, la historia, la manera de sonreír, la manera de ponerse el abrigo de muchos grandes personajes del partido desaparecidos recientemente o fusilados en el curso de procesos incomprensibles. Eran los hermanos de este hombre; todos se tuteaban; todos hablaban del *periodo de transición*, y sin duda estaban muertos porque creían en ello... Andronnikova velaba sobre Rublev con una ansiedad casi dolorosa, sin que él lo sospechara. Ella repetía el nombre de Kiril Kirilovich en sus oraciones mentales de la noche, antes de dormirse, cubierta hasta la barbilla como cuando tenía dieciséis años. El cuartucho era minúsculo, lleno de cosas marchitas, de viejas cartas en cofrecillos, de retratos de hermosos jóvenes, primos y sobrinos enterrados en su mayor

parte no se sabía dónde, en los Cárpatos, en Gallípoli, en Trapisonda, en Yaroslavl, en Túnez. Dos de estos aristócratas sobrevivían, verosímilmente: uno, camarero en un restaurante de Constantinopla, el otro, bajo un nombre falso, conductor de tranvía en Rostov. Pero cuando Andronnikova conseguía procurarse un té pasable y un poco de azúcar, experimentaba todavía un cierto gusto de vivir... Para concederse un minuto de charla cada día con Rublev, había ideado esa búsqueda de tejidos, de papel de cartas, de víveres raros en las tiendas, y le contaba sus dificultades para encontrarlos. Rublev, que gustaba de recorrer en sus paseos las calles de Moscú, entraba en las tiendas para conseguirle información.

Dichoso de respirar el aire frío, Rublev regresó a su casa a pie por los blancos bulevares. Alto, delgado y de espaldas anchas, comenzó a encorvarse hacía dos años, no bajo el peso de los años, sino bajo la carga más pesada de la inquietud. Los chiquillos que se perseguían patinando por el bulevar conocían su viejo abrigo gastado en los hombros, su gorro de astracán calado hasta los ojos, su barba rala, su larga nariz huesuda, sus cejas espesas, el portafolios repleto que llevaba bajo el brazo. Rublev los escuchaba gritar cuando pasaba: «¡Hey, Vanka, allí va el Profesor Jaque Mate!», o bien: «¡Cuidado, Tiomka, allá va Iván el Terrible!». El hecho es que tenía efectivamente el aire de un pedagogo muy bueno para el ajedrez; el hecho es que se parecía a los retratos del zar sanguinario. Una vez, un escolar que iba a toda velocidad en un solo patín chocó contra él, enrojeció y farfulló curiosas excusas: «Perdóneme usted, ciudadano Iván el Terrible». El chiquillo no entendió la extraña risa que provocó en ese viejo grande y severo.

Pasó frente a la reja del número 25 del bulevar Tverskoy: la Casa de los Escritores. En la fachada del pequeño hotel, un medallón revelaba el noble perfil de Alexander Herzen. Abajo, desde las ventanas del sótano, se escapaban los olores del restaurante de los literatos, o dicho más justamente: el comedero de los plumíferos. «He sembrado dragones y he cosechado pulgas», decía Marx. Este país siembra dragones sin cesar, y los produce en épocas de huracán, poderosos, alados, con garras, provistos de un cerebro magnífico, ¡pero su descendencia se extingue en pulgas, pulgas vestidas, pulgas hediondas, pulgas, pulgas! *En esta casa nació Alexander*

Herzen, el hombre más generoso de la Rusia de su tiempo, reducido por ello a vivir en el exilio, y acaso por haber intercambiado algunos mensajes con él, la alta inteligencia de un Chernichevsky fue pisoteada durante veinte años por los gendarmes. Ahora, la gente de pluma se llena la barriga en esta casa, escribiendo, en verso y en prosa, y en nombre de la revolución, las tonterías y las infamias ordenadas por el despotismo. Pulgas, pulgas. Rublev pertenece todavía al Sindicato de Escritores, cuyos miembros, que hasta hace poco le solicitaban su consejo, ahora fingen no reconocerlo en la calle, por temor a comprometerse... Una especie de odio se alumbra en sus ojos cuando percibe al «poeta de las Juventudes Comunistas» (cuarenta años) que había escrito a propósito del fusilado Piatakov y algunos otros:

¡Fusilarlos es poco,
es poco, muy poco!
¡Carroña emponzoñada, crápulas,
canalla imperialista
que ensucia nuestras orgullosas balas socialistas!

Y las rimas... Había otros cien versos por el estilo; a cuatro rublos el verso, eso valía un mes de trabajo de un obrero cualificado, tres meses de trabajo de un peón. El autor de eso, vestido con un traje deportivo de gruesa tela parda de fabricación alemana, se paseaba por las salas de redacción con una cara rubicunda.

Plaza Strastnaya-Plaza del Monasterio de la Pasión: Pushkin meditaba en esta plaza. ¡Gracias por los siglos de los siglos, poeta ruso, por no haber sido un cerdo, por no haber sido más que un poco cobarde, justamente lo que se necesitaba para vivir bajo una tiranía relativamente ilustrada, en la que fueron colgados tus amigos los decembristas! Enfrente, sin prisa, la pequeña torre del monasterio estaba siendo demolida. El edificio de hormigón armado de *Izvestia*, notable por su reloj, dominaba los jardines del antiguo monasterio. En los ángulos de la plaza, una pequeña iglesia de un blanco sucio, cines, una librería. La gente en fila india esperaba pacientemente el autobús. Rublev dobló a la derecha, por la calle Gorki, le echó un vistazo distraído a los escaparates de una gran tienda de comestibles: pescados opulentos del Volga, hermosas frutas de Asia Central, viandas de lujo para los especialistas generosamente retribuidos. Vivía en una pequeña calle

lateral, en un inmueble de diez pisos de corredores espaciosos y débilmente iluminados. El ascensor alcanzó lentamente el séptimo piso, Rublev caminó por un triste pasillo oscuro, llamó discretamente a una puerta que se abrió, entró y besó a su mujer en la frente: —Bueno, Dora, ¿hay calefacción?

—No mucha. Los radiadores apenas están tibios. Ponte tu chaqueta vieja.

Ni las asambleas de los inquilinos de la Casa de los Soviets ni los procesos anuales de los técnicos de la Dirección Regional de los Combustibles remediaban la crisis. El frío instalaba en la gran habitación una suerte de desolación. La blancura de los techos, tocada por el crepúsculo, entraba por la ventana. El follaje de las plantas verdes parecía metálico, la máquina de escribir dejaba ver un teclado lleno de polvo, semejante a una dentadura fantástica. Los cuerpos humanos, radiantes de fuerza, pintados por Miguel Ángel para la Capilla Sixtina, disminuidos por la fotografía en blanco y negro, se habían convertido en manchas sin interés sobre los muros. Dora encendió la lámpara sobre la mesa, se sentó, cruzó los brazos bajo su chal de lana color marrón y dirigió a Kiril su tranquila mirada gris. «¿Trabajaste bien?». Refrenaba su alegría de verlo regresar como hace un instante refrenó su temor de no volver a verlo. Así sería siempre. «¿Leíste los periódicos?... Los hojeé... Un nuevo Comisario del Pueblo fue nombrado en Agricultura en la RSFSR; el otro desapareció... ¡Demonios! Y este otro desaparecerá antes de seis meses, Dora, no lo dudes. ¡Y el siguiente! ¿Cuál de ellos mejorará las cosas?». Hablaban en voz baja. Si pudiera hacerse la lista de los habitantes de este edificio, todos gente influyente, desaparecidos en los últimos veinte meses, se establecerían porcentajes sorprendentes, se vería la desgracia que reinaba en esos pisos, se podría evocar veinticinco años de historia desde varios ángulos mortíferos. Ellos llevaban dentro de sí esa lista sombría. A causa de eso, Rublev envejecía. Era la única manera en que se doblegaba.

En esta misma habitación, entre las plantas de hojas metálicas y las reproducciones gastadas de la Sixtina, habían pasado jornadas enteras, hasta muy tarde en la noche, escuchando las voces insensatas, demoniacas, inexorables, inimaginables, que se derramaban del altavoz. Estas voces llenaban las horas, las noches, los meses, los años, llenaban las almas de

delirio y era asombroso que se pudiera seguir viviendo luego de escucharlas. Dora se levantó en una ocasión, pálida y desamparada, con las manos caídas, y dijo: —Es como una borrasca de nieve que cubre un continente... No hay caminos, no hay luz, no hay manera de moverse, todo habrá de quedar sepultado... Es una avalancha que cae sobre nosotros, que nos arrastra... Es una horrible revolución...

Kiril estaba pálido también y el cuarto lleno de luz blanca. De la caja barnizada de la radio llegaba una voz un poco ronca, estremecida, vacilante, lastrada por un pesado acento turco: la voz de un miembro del Comité Central del Turkmenistán que confesaba, como todo el mundo, traiciones sin nombre. «He organizado el asesinato de... Tomé parte en el atentado contra... que falló... He hecho fracasar los planes de irrigación... He provocado la revuelta de Basmachi... He colaborado con la Inteligencia británica... He recibido de la Gestapo... me pagaron treinta mil...». Kiril dio vuelta a un botón y detuvo esa ola de palabras insensatas. «El interrogatorio de Abrahimov», murmuró. «¡Pobre diablo!». Lo conocía: un joven arribista de Tashkent, bebedor de buen vino, funcionario celoso, no tonto... Kiril se puso de pie para decir pesadamente: —Es la contrarrevolución, Dora.

La voz del Procurador Supremo rumiaba sin descanso, sombríamente, conspiraciones, atentados, crímenes, devastaciones, felonías, traiciones, se volvía una especie de ladrido fatigoso para cubrir de injurias a esos hombres, que escuchaban, acabados, con las cabezas bajas, desesperados, bajo los ojos de la multitud, entre dos guardianes: de esos hombres muchos eran puros, los más puros, los mejores, los más inteligentes de la revolución, y precisamente por esta razón sufrían el suplicio, aceptaban sufrirlo. Al escucharlos en la radio, él pensaba a veces: «Cómo debe de sufrir... No, a pesar de todo es su voz natural, ¿qué pasa? ¿Está loco? ¿Por qué miente así?». Dora caminó por la habitación tropezando con las paredes, Dora se derrumbó sobre la cama, sacudida por el hipo, sin llorar, ahogándose. «¿No harían mejor en dejarse destrozar, vivos, en pedazos? ¿Acaso no comprenden que están envenenando el alma del proletariado? ¿Que están envenenando los veneros del porvenir?».

—No lo comprenden —dijo Kiril Rublev—. Creen servir todavía al socialismo. Algunos aún esperan sobrevivir. Los han torturado...

Se retorció las manos. «No, no son cobardes; no, no han sido torturados, no lo creo. Son fieles, ¿entiendes?, son todavía fieles al partido y ya no hay partido, no hay más que inquisidores, verdugos, cerdos... No, no sé lo que digo, no es tan sencillo. Quizá yo haría lo que ellos, en su lugar...».

(En ese momento lo vio todo con claridad: «Ese es mi lugar, y algún día estaré allí, necesariamente...» y su mujer, claramente, supo lo que pensaba).

—Dicen que vale más morir deshonrándose, asesinados por el jefe, que denunciándolo a la burguesía internacional...

Rublev casi gritó, como un hombre aplastado en un accidente: —... y en eso, tienen razón.

Habían tenido esta conversación obsesiónante durante largo tiempo. Sus cerebros no trabajaban más que sobre este tema examinado en todos los sentidos, porque la Historia, en esta parte del mundo, la Gran Sexta Parte, solo trabajaba con estas tinieblas, estas mentiras, estas devociones perversas, esta sangre vertida todos los días. Los viejos del partido se evitaban los unos a los otros, para no mirarse a la cara, para no mentirse innoblemente a la cara por cobardía razonable, para no pisotear los nombres de los camaradas desaparecidos, para no comprometerse estrechando una mano, para no asquearse si no la estrechaban. Pero de todas maneras se enteraban de los arrestos, de las desapariciones, de las extrañas ausencias por motivos de salud, de las transferencias de mal augurio, de las migajas de los interrogatorios secretos, de los rumores siniestros. Mucho tiempo antes de que el Subjefe del Estado Mayor, exobrero, minero, bolchevique de 1908, ilustre en otra época por una campaña en Ucrania, una campaña en el Altai, una campaña en Yakutia, mucho tiempo antes de que este general tres veces condecorado con la Orden de la Bandera Roja desapareciera, un rumor pérvido lo envolvió, consiguiendo que se abrieran inexplicablemente los ojos de las mujeres que lo encontraban, haciendo el vacío en torno de él cuando atravesaba las antecámaras del Comisariado de la Defensa. Rublev lo vio una noche en la Casa del Ejército Rojo: «Imagínate, Dora, la gente desfilaba a diez pasos de él... Los que se lo encontraban cara a cara hacían gestos zalameros, muy amables, y de inmediato desaparecían... Lo observé durante veinte minutos; estaba sentado solo, entre dos sillas vacías —con todas sus

condecoraciones, con su uniforme nuevo, semejante a una figura de cera— y miraba bailar a las parejas. Por fortuna, algunos jóvenes tenientes, ignorantes de todo, sacaban a bailar a su mujer... Archinov se acercó, lo reconoció, vaciló, fingiendo buscar algo en sus bolsillos, y le dio lentamente la espalda...». Al cabo de un mes, cuando se le arrestó a la salida de una sesión de Comité en la que no había abierto la boca, se sintió aliviado; en general se sintió el alivio que llega al fin de una larga espera. La misma atmósfera glacial se hizo en torno de otro general rojo: llamado por telegrama al Extremo Oriente para recibir unas órdenes fantasmales, terminó volándose los sesos en el baño. Contrariamente a lo que se esperaba, la Dirección de Artillería le hizo un hermoso funeral; tres meses más tarde, al aplicarse el decreto que ordenaba la deportación, «a las regiones más apartadas de la Unión», de las familias de los traidores, su madre, su mujer y sus dos hijos recibieron órdenes de partir hacia lo desconocido. Estas noticias y muchas otras del mismo género se sabían por casualidad, confidencialmente. Susurradas de boca en boca, los detalles no eran nunca seguros. Tocaba uno a la puerta de un amigo y la sirvienta, al abrir, te consideraba con espanto. «Yo no sé nada, él no está, ya no va a regresar, me dijo que se iba al campo... No, yo no sé nada, nada...». Tenía miedo de decir una palabra de más, miedo de uno, como si el peligro lo siguiera. Se telefoneaba a un camarada, desde una cabina pública, por precaución, y una voz de hombre, desconocida, muy atenta, preguntaba: «¿De parte de quién?», y entonces comprendías que allí había una trampa, y contestabas con dificultades, burlándote, sin embargo: «De la Banca de Estado, por un asunto», y luego te largabas de ahí porque la cabina sería inspeccionada en diez minutos. Nuevas caras reemplazaban en las oficinas a las caras conocidas, se sentía vergüenza de pronunciar el nombre del desaparecido o de callarlo. Los periódicos publicaban los nombramientos de los nuevos miembros de los gobiernos federados sin indicar lo que había pasado con sus predecesores, lo que era bastante claro. En los apartamentos comunes, ocupados por varias familias, si el timbre sonaba en medio de la noche, la gente se decía: «Vinieron a buscar al comunista», igual que antes hubieran pensado de inmediato en el arresto del técnico o del antiguo oficial. Rublev hizo una lista de los antiguos camaradas

sobrevivientes, cercanos a él; solo quedaban dos: Filipov, de la Comisión del Plan, y Wladek, un emigrado polaco. Este último conoció en otra época a Rosa Luxemburgo, había pertenecido, con Warski y Waletski, a los primeros comités centrales del PC de Polonia, y había trabajado en los servicios secretos bajo las órdenes de Unschlicht... Warski y Waletski, si acaso aún vivían, estaban en prisión, en algún sitio aislado y secreto, reservado para los dirigentes otrora influyentes de la Tercera Internacional; al corpulento Unschlicht, con su gran cabeza y sus gafas, se le daba ciertamente —casi con toda seguridad— por fusilado. Wladek, oscuro colaborador de un instituto de Agronomía, trataba de hacerse olvidar. Habitaba a unos cuarenta kilómetros de Moscú, en una villa abandonada, en pleno bosque; no iba a la ciudad más que a trabajar, no frecuentaba a nadie, no le escribía a nadie, no recibía cartas de nadie, no telefoneaba a nadie.

—Quizá me olvidarán así. ¿Entiendes? —le dijo a Rublev—. Éramos unos treinta polacos pertenecientes a los viejos cuadros del partido: si quedan cuatro, es mucho.

De corta estatura, casi calvo, de nariz redonda, muy miope, miraba de hito en hito a Rublev a través de unos lentes de un espesor extraordinario: aún tenía una mirada alegre, juvenil, y unos labios gruesos y vivaces.

—Kiril Kirilovich, toda esta pesadilla es en el fondo muy interesante y muy vieja. A la historia no le importamos un comino, amigo mío. «Ah, mis pequeños marxistas», dice esta bruja de Macbeth, «hacen ustedes planes, plantean cuestiones de conciencia social». Y entonces suelta sobre nosotros al Padrecito Zar Iohan el Terrible con sus miedos histéricos y su gran cetro de hierro...

Cuchicheaban, fumando cigarrillos en la penumbra de una habitación cuyas vitrinas contenían colecciones de gramíneas. Rublev respondía con una risa aguda desde su barba: —¿Sabes?, los escolares han descubierto que me parezco al Zar Iohan el Terrible...

—Todos nos parecemos a él por una u otra razón —dijo Wladek, medio en serio, medio en broma—. Somos todos profesores que pertenecemos a la descendencia del Terrible... Yo mismo, a pesar de mi calvicie y de mis orígenes semíticos, me doy un poco de miedo, te lo aseguro, cuando miro dentro de mí mismo.

—No estoy de acuerdo, en absoluto, con tu mala literatura psicológica, Wladek. Tenemos que hablar seriamente. Traeré a Filipov.

Se citaron en el bosque, en la ribera del Istra, porque no hubiera sido prudente encontrarse en la ciudad ni en la casa de Filipov, cuyos vecinos eran ferroviarios. «Nunca recibo a nadie», decía Filipov, «es lo más seguro. Y además, ¿de qué hablar con la gente?».

Filipov había sobrevivido, sin saber por qué, a varios equipos sucesivos de economistas de la Comisión Central del Plan. «El único plan que será cumplido cabalmente», bromeaba, «es el de los arrestos». Miembro del partido desde 1910, presidente de un soviet en Siberia cuando las aguas primaverales de marzo de 1917 se llevaron las águilas bicéfalas (de madera apolillada), más tarde comisario de pequeños destacamentos de partisanos rojos que pelearon en la taiga contra el almirante Kólchak, colaboraba desde hacía dos años en el establecimiento de planes de producción de artículos de primera necesidad; una labor increíble, como para ser encarcelado de inmediato, en regiones donde faltaban, al mismo tiempo, clavos, calzado, cerillas, tejidos, etcétera. Pero como se desconfiaba de él, a causa de su antigüedad en el partido, los directores, preocupados por evitar complicaciones, le habían encargado el plan de repartición de instrumentos de música popular: acordeones, armonios, flautas, guitarras y cítaras, tamboriles para el Oriente, excepción hecha del equipo de las orquestas, del que se ocupaba un servicio especial; esa oficina constituía un oasis particular: la oferta sobrepasaba la demanda en casi todos los mercados, salvo los de Buriat-Mongolia, el Birobidján, el territorio autónomo de Najichévan y la república autónoma de Nagorno-Karabaj, considerados secundarios. «Por lo demás», comentaba Filipov, «hemos introducido el acordeón en Dzungaria... Los chamanes de la Mongolia interior reclaman nuestros tamboriles...». Alcanzó éxitos inusitados. En verdad, nadie ignoraba que la buena venta de los instrumentos musicales se explicaba precisamente por la escasez de objetos más útiles, y que la fabricación de estos objetos en cantidades suficientes se debía al trabajo de artesanos refractarios a la organización cooperativa, en parte por la inutilidad misma de esa pacotilla... Pero esto implicaba la responsabilidad de la Comisión Central del Plan en sus más altos puestos... Filipov, de cabeza redonda, de cara pecosa, con un

bigotillo negro cortado al ras de los labios, grandes ojos sagaces que lucían entre párpados gruesos, llegó a la cita en esquíes, igual que Rublev. Wladek salió de su casa con sus botas de fieltro, con su abrigo de borrego, como un leñador extraño y muy miope. Se encontraron bajo los pinos, cuyos troncos rectos y negros se levantaban a quince metros de la nieve azulosa. La ribera describía, bajo las colinas boscosas, curvas lentas, en tonos gris-rosa y azul ligero parecido al que se puede ver en las acuarelas japonesas. Los tres hombres se conocían de tiempo atrás. Filipov y Rublev, por haber dormido en el mismo cuarto de un hotel miserable, en la Plaza de la Contrescarpe, en París, un poco antes de la Gran Guerra; en aquella época se alimentaban de *brie* y morcilla; comentaban con desprecio, en la Biblioteca de Sainte-Geneviéve, la sosa sociología del Dr. Gusta-ve Le Bon, leían juntos en el periódico de Jaurés los informes del proceso de *Madame Caillaux*, hacían sus compras en los puestos de la calle Mouffetard, encantados de medir con la mirada las viejas casas de las revoluciones, gozando al reconocer, saliendo de corredores semejantes a subterráneos, a los personajes de Daumier... Filipov dormía a veces con la pequeña Marcela, chica de pelo castaño, sonriente y seria, peinada à *la chien*, que frecuentaba la taberna del Panteón. Ahí, ya tarde en la noche, ella y sus amigas bailaban valses picantes en las salas estrechas del subsuelo, al son de los violines. Rublev le reprochaba a su camarada una moral sexual inconsiguiente. Iban a ver, en la Closerie des Lilas, a Paul Fort, rodeado de admiradores. El poeta parecía un mosquetero frente al café, el mariscal Ney, en su pedestal, partía hacia la muerte blandiendo su sable, y Rublev insistía en que debía maldecir: «¡Cerdos, montón de cerdos!». Declamaban juntos los versos de Constantin Balmont: ¡Seamos como el sol!

Se enredaban en el problema de la materia y la energía, cuyos términos habían sido puestos al día por Avenarius, Mach y Maxwell. «La energía es la única realidad conocible», afirmó un día Filipov, «la materia no es más que un aspecto de aquella...». «No eres más que un idealista inconsciente», le replicó Rublev, «y le estás dando la espalda al marxismo... Por otro lado», agregó, «tu ligereza pequeñoburguesa ya me lo había hecho ver...». Se dieron un frío apretón de manos en el ángulo de la calle Soufflot. La silueta masiva y negra del Panteón se elevaba al fondo de esta calle larga, desierta,

bordeada de fúnebres faroles. Los adoquines brillaban, una mujer sola, una prostituta de rostro siempre velado, esperaba a un desconocido en la oscuridad. La guerra agravó su largo desacuerdo, por mucho que los dos siguieron siendo internacionalistas: uno de ellos alistado en la Legión Extranjera, el otro internado. Se volvieron a encontrar en Perm, en el año 18, sin tener el gusto de poder asombrarse o regocijarse más de cinco minutos. Rublev encabezaba en esta ciudad un destacamento obrero encargado de reprimir a una multitud de marineros ebrios. Filipov, con el cuello rodeado por un chal, con la voz entrecortada y un brazo herido y en cabestrillo, acababa de escapar por azar de los mazos de los campesinos, amotinados contra las confiscaciones. Los dos vestidos de cuero negro, armados con máuseres enfundados en madera, portadores de órdenes urgentes, alimentados con sémola cocida en agua y pepinos salados, extenuados, entusiastas, desbordantes de una tenebrosa energía. Tuvieron un consejo de guerra a la luz de una vela, protegidos por los proletarios de Petrogrado, quienes llevaban las cartucheras encima de los abrigos. Disparos inexplicables restallaron en la ciudad negra de los jardines llenos de sobresaltos y estrellas. Filipov habló primero: «Hay que fusilar a varios, o de aquí no salimos». Uno de los hombres de guardia en la puerta exclamó sobriamente: «Vaya que sí». «¿A quiénes?», preguntó Rublev sobreponiéndose a su lasitud, a su deseo de dormir, a sus ganas de vomitar. «Rehenes: hay oficiales, un pope, dueños de fábricas...».

—¿Es necesario?

—Necesario, pues claro, digo yo, o nos fastidiamos —gruñó de nuevo el hombre de guardia avanzando hacia ellos, con las manos negras por delante.

Rublev se levantó, mudo de cólera. «¡Silencio! ¡Está prohibido intervenir en las deliberaciones del consejo del ejército! ¡Disciplina!». Filipov le pasó la mano por la espalda y lo hizo sentarse de nuevo; para abbreviar el incidente, le susurró irónicamente: «¿Te acuerdas del Boul' Miche?». «¿Qué?», preguntó asombrado Rublev. «No hables, tártaro, te lo ruego. Yo estoy resueltamente contra las ejecuciones de rehenes, no caigamos en la barbarie». Filipov replicó: —Tienes que consentir en esto. Primero, tenemos cortada la retirada en tres de cuatro lados. Segundo, me hacen mucha falta algunas carretas de patatas que no puedo pagar. Tercero, los marinos se han

portado como unos bribones, a ellos habría que fusilarlos, pero no se puede: son unos chicos estupendos. Cuarto, en cuanto le demos la espalda, toda la región se va a sublevar... Firma, pues.

La orden de ejecución, escrita con lápiz al reverso de una factura, estaba lista. Rublev la firmó refunfuñando: «Espero que paguemos por esto, tú y yo; te digo que ensuciamos la revolución; el diablo sabe de qué se trata...». Todavía eran jóvenes. Ahora, veinte años después, gordos, canosos, se deslizaban lentamente sobre sus esquíes, a través de un admirable paisaje de Hokusai, y aquel pasado se despertaba en ellos sin palabras.

Filipov, con una larga zancada, se adelantó. Wladek vino a su encuentro. Plantaron los esquíes en la nieve y siguieron el lindero del bosque, más allá de una ribera de hielo, bordeada de hermosos matorrales blancos.

—Es bueno volverse a encontrar —dijo Rublev.

—Es fabuloso estar vivos —dijo Wladek.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Filipov—. *That is the question.*

El espacio, el bosque, la nieve, el hielo, el azul, el silencio, la limpidez del aire frío los envolvían. Wladek habló de los polacos, todos desaparecidos en las prisiones, la izquierda, dirigida por Lenski, luego de la derecha, dirigida por Koscheva. «Los yugoslavos también», agregó, «y los finlandeses... Ocurre con todo el *Komintern*...». Sembraba su relato de nombres y de rostros.

—¡Pero si es todavía peor que en la Comisión del Plan! —exclamó alegremente Filipov—. Yo —dijo Filipov— creo que le debo la vida a Bruno. Tú lo conociste, Kiril, cuando era secretario de legación en Berlín; ¿recuerdas su perfil asirio? Después del arresto de Kerensky, esperaba que lo liquidaran a él también y en cambio se le nombró, apenas puede creerse, subdirector de un servicio central en el interior: eso le daba acceso al fichero principal. Me ha dicho que esperaba haber salvado a una docena de camaradas suprimiendo sus expedientes. «De todas maneras estoy fichado», explicaba. Los expedientes están ahí, evidentemente, y está el fichero del Comité Central, pero allí uno está menos a la vista, a veces es difícil de encontrar...

—¿Y luego?

—*Fini*. No sé dónde, no sé cómo; el año pasado.

Filipov insistió:

—¿Qué vamos a hacer?

—Yo —dijo Wladek buscando unos cigarrillos en su chaqueta; tenía el aire levemente cómico de un niño envejecido y caprichoso—, si vienen a detenerme, no me dejaré agarrar vivo. No, gracias.

Los otros dos miraron a lo lejos.

—Ha habido, sin embargo —dijo Filipov—, gente a la que se ha soltado o deportado. Yo lo sé. Tu solución no es razonable. Y además, hay en ella algo que no me gusta: la cuestión del suicidio.

—... haz como quieras.

Filipov continuó:

—Si me arrestan, en todo caso, les diré amablemente que yo no entro en ningún arreglo, con proceso o sin proceso. Que hagan conmigo lo que quieran. Cuando eso quede claro, yo creo que hay oportunidades de salir con bien. Te mandan a Kamchatka y ahí haces planes para cortar leña. Eso me vendría bien. ¿Y tú, Kiril?

Kiril Rublev se quitó su gorro de piel. Su frente despejada, bajo los mechones de cabellos todavía oscuros, se ofreció al frío.

—Desde que fusilaron a Nicolás Ivánovich, siento que rondan alrededor de mí, invisiblemente. Y los espero. No se lo digo a Dora, pero ella lo sabe. Así que para mí es una cuestión muy práctica, que puede plantearse de un día para otro... Y... no sé...

Caminaban, hundiéndose en la nieve hasta las pantorrillas. Volaban cuervos por encima de sus cabezas, de rama en rama. La luz del día estaba completamente penetrada de blancura invernal. Kiril les llevaba a sus dos compañeros una cabeza de estatura. También era de alma diferente. Monologó con voz tranquila: —El suicidio no es más que una solución individual; no socialista, en consecuencia. En mi caso, sería un mal ejemplo. No digo esto, Wladek, para cambiar tu resolución: tú tienes tus razones, y yo creo que son válidas para ti. Decir que no va uno a confesar nada es valiente, acaso demasiado valiente: nadie está seguro de sus fuerzas. Además, todo es mucho más complejo de lo que parece.

—Sí, sí —dijeron los otros dos, tropezándose en la nieve.

—Hay que tomar conciencia de lo que pasa... tomar conciencia... Mientras repetía esto con una voz confusa, hacía un gesto de pedagogo preocupado. Wladek se enojó, se puso rojo y empezó a gesticular con sus

cortos brazos: —¡Maldito teórico! ¡Eres incurable, no tienes remedio! No, si todavía veo tus artículos del 27 en los cuales despachabas a los trotskistas demostrando que el partido proletario no puede degenerar... Porque si degenera, evidentemente, ya no es el partido proletario... ¡Vaya sofista! Lo que sucede es claro como la luz del día. Termidor, Brumario y todo lo demás, en una escala social inusitada, en el país donde Gengis Khan dispone del teléfono, como decía el viejo Tolstoi.

—Gengis Khan —dijo Filipov— es un gran desconocido. Él no era cruel. Si mandaba levantar pirámides de cabezas cortadas, no era por maldad ni por un gusto primitivo por la estadística, sino para despoblar las comarcas que no podía dominar de otra manera y en las que deseaba establecer la economía pastoral, la única que podía comprender. Ya entonces se trataba de cuestiones de economías diferentes, por las que se cortaban cabezas... El Khan desconfiaba de su mano de obra...

Caminaron todavía un momento en la nieve profunda. «Maravillosa Siberia», murmuró Rublev: el paisaje lo había calmado. Wladek se volvió bruscamente hacia sus dos camaradas y se plantó delante de ellos, cómicamente exasperado: —¡Ajá, disertan ustedes muy bien! ¡Uno da conferencias sobre Gengis Khan, el otro recomienda la toma de conciencia! Se burlan de sí mismos, camaradas. Permítanme que les haga una revelación, yo... yo.

(Vieron cómo sus gruesos labios temblaban. Había un ligero vaho en los cristales de sus gafas; líneas rectas cortaban horizontalmente sus mejillas, y todavía farfulló por algunos segundos *yo, yo*, con voz apenas inteligible).

—Bueno, sin duda que yo soy de naturaleza más grosera, queridos camaradas. Pues he aquí que yo, yo tengo miedo. Me muero de miedo, no sé si me entienden, sea o no sea digno de un revolucionario. Vivo solo como una bestia en medio de toda esta nieve y estos bosques que odio, porque tengo miedo. Vivo sin mujer porque no quiero que seamos dos los que nos despertemos en la noche preguntándonos si será la última noche. Yo solo los espero todas las noches, tomo mi bromuro y me duermo idiotizado, me despierto con un sobresalto, creyendo que ya están allí y gritando: «¿Quién va?». Y la vecina me responde: «Es la ventana que golpea, Vladimir Ernéstovich, duérmase ya», y yo no puedo volver a dormirme, es espantoso.

Tengo miedo y tengo vergüenza, no por mí sino por todos nosotros. Pienso en los que han fusilado, veo sus caras, escucho sus bromas y tengo unas migrañas que la medicina no ha estudiado aún: un pequeño dolor, color de fuego, se me planta en la nuca. Tengo miedo, miedo, no tanto miedo de morir como de todo eso, eso es, miedo de verlos a ustedes, miedo de hablar con la gente, miedo de pensar, miedo de comprender...

Eso se veía ciertamente en su cara congestionada, en los bordes rosáceos de sus ojos, en su habla precipitada. Filipov dijo: —Yo también tengo miedo, naturalmente, pero eso no sirve de nada. Me he acostumbrado. Se vive con el miedo como con una hernia.

Kiril Rublev se quitó lentamente los guantes, miró sus manos que eran fuertes y largas, un poco velludas por encima de las articulaciones, «manos todavía cargadas de un gran vitalidad», pensó. Y juntando un montón de nieve, se puso a amasarla con fuerza. Su gran boca hizo un rictus: —Todos somos miedosos —dijo—, eso se sabe desde siempre. La valentía consiste en saberlo y en comportarse, cuando hace falta, como si el miedo no existiera. Estás equivocado, Wladek, en creerte excepcional. Como quiera que sea, no valía la pena encontrarse en medio de esta nieve fantástica para hacernos confidencias tan inútiles...

Wladek no dijo nada. Contempló el paisaje desierto, triste y luminoso. Ideas lentas como el vuelo de los cuervos le atravesaron el espíritu: todas nuestras palabras no sirven para nada... me gustaría un vaso de té caliente... Kiril, de repente liberado del peso de los años, dio un pequeño salto hacia delante, levantó los brazos, y la dura bola de nieve que acababa de amasar alcanzó en mitad del pecho a un azorado Filipov. «¡Defiéndete, que te ataco!», gritaba el camarada Kiril alegremente, con los ojos sonrientes y la barba ladeada, y juntaba más nieve a manos llenas. «¡Ah, canalla!», exclamó Filipov, transfigurado. La batalla se desencadenó como si fueran unos escolares. Saltaban, reían, hundiéndose en los hoyos de nieve hasta la cintura, abrigándose detrás de los troncos de los pinos para amasar sus proyectiles y apuntar antes de lanzarlos. Algo renacía en ellos del impulso de sus quince años: lanzaban alegres interjecciones, se cubrían las caras con los codos, perdían el resuello. Wladek no se movía de su sitio, bien plantado sobre sus cortas piernas, amasando la nieve con gestos metódicos para

atacar a Rublev por un flanco, riendo a lágrima viva e injuriándolo: «¡Toma, teórico, moralista! ¡Que el diablo te lleve!», sin atinar una sola vez...

Se acaloraron: les latían los corazones, las caras se les distendían. La noche cayó de súbito desde un cielo que imperceptiblemente se había puesto gris, sobre una nieve mate, ligeramente brumosa y llena de árboles petrificados. Los tres regresaron, respirando fuertemente, hacia la vía del tren. «¿Qué tal, Kiril, ese tiro que te lancé a la oreja?», exclamó Filipov ahogándose de risa. «Y tú, viejo, ¿qué te pareció el que te di en la nuca?», replicó Rublev. Wladek volvió a los asuntos serios: —¿Saben?, tengo los nervios deshechos, sí, pero no tengo tanto miedo. Que venga lo que viniere, reventaré para fecundar la tierra socialista, si es que es tierra socialista...

—Capitalismo de Estado —dijo Filipov.

Y Rublev:

—... Hay que tomar conciencia. Una conquista segura queda debajo de esta barbarie, hay un progreso bajo esta regresión. Miren a las masas, a nuestra juventud, todas esas nuevas fábricas, la Dnieprostroi, Magnitogorsk, Kirovsk... Todos somos fusilados aplazados, pero el rostro de la tierra ha cambiado, las aves migratorias ya no deben reconocer los desiertos en donde surgen las fábricas. Y qué nuevo proletariado: diez millones de hombres puestos a trabajar, con máquinas, en lugar de los tres millones y medio de 1927. ¿Qué le dará al mundo este esfuerzo en medio siglo más?

—... cuando no quede nada, ni nuestros huesecillos —canturreó Wladek, quizá sin ironía.

Por precaución, se separaron antes de alcanzar las primeras casas. «Deberíamos volver a vernos», propuso Wladek, y los otros dos dijeron: «Sí, sí, por supuesto», pero ninguno de los tres creía que eso fuera realmente útil o posible. Se separaron con fuertes apretones de manos. Kiril Rublev se deslizó hasta la siguiente estación, con largas zancadas, sobre sus esquíes, a lo largo de bosques silenciosos donde la oscuridad parecía nacer a ras de tierra como una bruma impalpable. Una delgada luna creciente, terriblemente afilada, trazada como un pecho ideal, ascendió en la noche.

Rublev pensó: «Luna de mal agüero. El miedo viene exactamente como la noche».

Una tarde, cuando los Rublev terminaban de comer, Xenia Popova llegó a comunicarles una gran noticia. Había sobre la mesa un plato de arroz, salchichón, una botella de agua mineral Narzan, pan gris. La estufa Primus zumbaba debajo de la marmita. Kiril Rublev estaba sentado en el viejo sillón, Dora en un ángulo del diván. «Qué bonita eres», dijo afectuosamente Kiril a Xenia. «Muéstrame tus grandes ojos». Ella lo miró con franqueza: tenía ojos enormes y bien delineados, rematados por largas cejas. «Ni las piedras, ni las flores, ni los cielos tienen ese color», le dijo Rublev a su mujer. «Esos ojos son una maravilla. ¡Debes estar orgullosa, chiquilla!». «Me va usted a apenar», dijo ella.

Esos rasgos nítidos, esa frente despejada, esas pequeñas trenzas rubias enrolladas detrás de las orejas, este aire de siempre sonreírle a la vida: todo lo examinaba Rublev con malicia. Así la pureza renace del lodazal, la juventud de la usura. Conocía a Popov desde hacía más de veinte años: un viejo imbécil que, a falta de comprender el abecé de la economía política, se había especializado en las cuestiones de la moral socialista y se había enterrado en los expedientes de la Comisión Central del partido. Popov no vivía más que de adulterios, de prevaricaciones, de borracheras, de los abusos de autoridad cometidos por los viejos revolucionarios. Era él quien motivaba las censuras, distribuía las advertencias, preparaba las acusaciones, anticipaba las ejecuciones, proponía las recompensas para los verdugos. «Muchas bajas tareas han de cumplirse; ha de haber, pues, muchos seres viles»: un pensamiento de Nietzsche. Pero ¿cómo, por qué milagro se desprendía de la carne y del alma del viejo y rancio Popov esta criatura: Xenia? La vida triunfa, entonces, sobre nuestro barro deleznable. Kiril Rublev miraba a Xenia con una alegría ávida y maliciosa.

Con las piernas cruzadas, la muchacha encendió un cigarrillo. Era para darse presencia. Estaba tan feliz, que temía que la «descubrieran». Con dificultades tomó un aire distante para decir lo siguiente: —Papá me va a enviar al extranjero: en misión a París, seis meses, por encargo de la Dirección Central de Textiles; debo ir a estudiar la nueva técnica de telas estampadas... Papá ya sabía desde hace tiempo cuánto deseaba yo ir al extranjero... ¡Estoy que salto de alegría!

—Y tienes razón —dijo Dora—. Estoy muy contenta por ti. ¿Qué vas a

hacer en París?

—Me da vértigo pensarlo. Ver Nôtre-Dame, Belleville. Estoy leyendo la vida de Blanqui, la historia de la Comuna. Iré a ver el Faubourg Saint-Antoine, la rue Saint-Merry, la rue Haxo, el Muro de los Confederados... Bakunin vivía en la rue de Bourgogne, pero he buscado en vano el número. Quizá cambiaron ya los números. ¿Saben ustedes dónde vivía Lenin?

—Yo fui a verlo una vez, allá —dijo Rublev lentamente—, pero he olvidado completamente el lugar...

Xenia soltó un «oh» de reproche. ¿Cómo pueden olvidarse cosas semejantes? Los grandes ojos se abrieron con asombro. «¿De verdad conoció a Vladimir Ilich?... ¡Qué feliz debe de ser usted!».

«Qué niña eres», pensó Rublev. «Pero eres tú quien tiene razón».

—Y luego —dijo ella, sobreponiéndose a una ligera vacilación—, quiero comprarme un poco de ropa. Lindas cosas francesas. ¿Está mal? Díganme.

—No, al contrario: está muy bien —dijo Dora—. Harían falta esas lindas cosas para toda nuestra juventud.

—¡Ya lo creo! ¡Ya lo creo! Pero mi padre dice siempre que la vestimenta debe ser práctica, que los adornos son una supervivencia de las culturas bárbaras... Que las modas caracterizan la mentalidad capitalista... —los ojos de un azul sin igual se sonrieron.

—Tu padre es un condenado viejo puritano... ¿Qué es ahora de él?

Xenia se puso a parlotear. Ocurre que en el fondo de un agua transparente, que corre sobre los guijarros, aparece una sombra que inquieta la mirada, pasa, y entonces uno se pregunta qué era aquello, qué vida misteriosa siguió allí su camino. Los Rublev, de repente, aguzaron el oído. Xenia hablaba: —... Mi padre está muy ocupado con el caso Tuláyev, dice que se trata de otro complot...

—Yo conocí un poco a Tuláyev en otro tiempo —dijo Rublev con una voz apagada—; tomé la palabra contra él en el Comité de Moscú, hará cuatro años. Se estaba en vísperas del invierno y naturalmente hacían falta combustibles. Tuláyev propuso hacerles un juicio a los dirigentes del Trust de Combustibles. Yo conseguí que se rechazara esa propuesta idiota.

—... Mi padre dice que hay mucha gente comprometida... Yo creo (no lo repitan, es muy grave), yo creo que Erchov está arrestado... Ha sido llamado

del Cáucaso, pero no ha aparecido por ninguna parte... Por casualidad escuché una conversación telefónica a propósito de su mujer... Ella también debe de estar arrestada...

Rublev cogió de la mesa el vaso vacío, se lo llevó a los labios como si bebiera, lo dejó de nuevo. Xenia lo vio hacer, asombrada.

—Kiril —preguntó Dora—, ¿qué bebiste?

—Nada, nada —dijo él con una sonrisa extraviada.

Hubo un silencio embarazoso. Xenia bajó la cabeza. El cigarrillo inútil humeaba entre sus dedos.

—Y nuestra España, Kiril Kirilovich —preguntó ella al fin, con un esfuerzo —, ¿cree usted que podrá resistir?... Yo querría... —no dijo lo que ella querría.

Rublev tomó de nuevo el vaso vacío.

—Derrotada. En parte por nosotros.

El fin de la conversación fue pesado. Dora intentó traer a colación otros temas. «¿Vas al teatro, Xenia? ¿Qué lees?». Las preguntas cayeron en el vacío. Una bruma húmeda y fría invadía irresistiblemente la habitación. La lámpara quedó empañada. Xenia sintió una punzada de frío en la espalda. Rublev y Dora se levantaron al mismo tiempo que ella, para acompañarla hasta la puerta. De pie los tres, se sobrepusieron un momento a la bruma.

—Xenia —dijo dulcemente Dora—. Te deseo toda la felicidad.

Y Xenia se sintió mal: era como un adiós. ¿Cómo cumplir sus deseos? Rublev la cogió afectuosamente por la cintura.

—Tienes las espaldas de una figurilla egipcia, más anchas que tus caderas. Con esas espaldas y esos ojos luminosos, Xeniushka, ¡debes cuidarte mucho!

—¿Qué quiere usted decir?

—Muchas cosas. Un día me comprenderás. Buen viaje.

En el último momento, en el estrecho vestíbulo donde se apilaban los periódicos, Xenia se acordó de algo importante que no podía callarse. Lo dijo a media voz, con la mirada ensombrecida: —Le escuché decir a mi padre que van a traer a Rishik a una prisión de Moscú, que está en huelga de hambre, que está muy mal... ¿Es un trotskista?

—¿Un agente extranjero?

—No. Es un hombre fuerte y puro como el cristal.

Había terror en la mirada desamparada de Xenia.

—¿Y entonces...?

—Nada ocurre en la historia que no sea de alguna manera racional. Algunas veces los mejores deben ser triturados porque hacen daño, precisamente porque son los mejores. Tú no puedes comprenderlo todavía.

Un impulso la llevó hasta cerca del pecho de Rublev: —Kiril Kirilovich, ¿es usted un opositor?

—No.

Luego de esta palabra nítida, de algunos gestos acariciadores y de unos besos rápidos, labios sobre labios, cambiados con Dora —cuyos labios estaban desolados— se separaron. Los pasos juveniles de Xenia se perdieron en el corredor. A Kiril y a Dora la habitación les pareció más grande, más inhóspita. «Así es», dijo Kiril. «Así es», dijo Dora con un suspiro.

Rublev se sirvió un gran trago de vodka y se lo bebió de un tirón.

—Y tú, Dora, tú que vives conmigo desde hace dieciséis años, ¿tú crees, sí o no, que soy un opositor?

Dora prefirió no responder. Él se hablaba a sí mismo a veces, interrogándola a ella, con una suerte de aspereza.

—Dora, mañana me gustaría emborracharme, me parece que luego de eso veré más claro... Nuestro partido no puede tener oposición: es monolítico porque nosotros reconciliamos el pensamiento y la acción por una eficacia superior. Más bien que tener razón los unos contra los otros, preferimos equivocarnos unidos, porque así somos más poderosos para el proletariado. Y ha sido un viejo error del individualismo burgués el de buscar la verdad para una conciencia, mi conciencia, la mía. Yo. Al demonio el yo, me importa un bledo el yo, me importa un bledo la verdad, con tal de que el partido sea fuerte.

—¿Qué partido?

Las dos palabras pronunciadas por Dora con una voz baja y helada lo alcanzaron en el momento en que, dentro de él, un equilibrio interior recomenzaba su curso en sentido inverso.

—... Evidentemente, si el partido es traicionado, si ya no es el partido de la revolución, que estemos ahí es una ridiculez y una locura. Es todo lo contrario de lo que habría que hacer: en ese caso cada conciencia debe recobrarse para sí misma... Necesitamos una unidad sin fallas para contener la potencia de las fuerzas enemigas... Pero si esas fuerzas se ejercen precisamente a través de nuestra unidad... ¿Qué fue lo que dijiste?

No se estaba quieto en la vasta habitación. Su silueta angulosa se movía a través de ella oblicuamente. Parecía una gran ave de rapiña, desencarnada, encerrada en una jaula muy vasta, pero aun así demasiado pequeña. Esta imagen apareció ante los ojos de Dora, que respondió: —No sé.

—En efecto, habría que revisar los juicios formulados sobre la oposición entre 1923 y 1930, hace siete o diez años. Estábamos equivocados, quizá la oposición tenía razón: quizá, porque nadie sabe si el curso de la historia hubiera sido diferente de como ha sido... ¿Revisar los juicios sobre los años muertos, las luchas terminadas, las fórmulas superadas, los hombres sacrificados de una u otra manera?

Pasaron algunos días: los días de Moscú, atropellados, se atropellaban más, repletos de ocupaciones, interrumpidos por límpidas claridades, cuando se olvida uno de todo en medio de la calle y se para a contemplar los colores y la nieve, bajo un bello sol frío. Pasan jóvenes rostros sanos, y a uno le nacen deseos de conocer esas almas; y se imagina que somos un pueblo numeroso como las hojas de hierba, que mezcla cien pueblos: eslavos, fineses, mongoles, nórdicos, turcos, judíos, todos en marcha, conducidos por las muchachas y los jóvenes de sangre dorada. Se piensa en las máquinas que nacen para la energía en las nuevas fábricas, son ágiles y brillantes, encierran la fuerza de millones de esclavos insensibles. En ellas se extingue para siempre jamás el viejo sufrimiento del trabajo. Este nuevo mundo emerge poco a poco del mal: hace falta jabón, ropa interior, ropas, un saber claro, palabras verdaderas, simples y densas, generosidad; apenas sabemos cómo darles vida a estas máquinas, hay sórdidas barracas alrededor de las nuevas fábricas gigantes, mejor equipadas que las de Detroit, USA, o las del

Ruhr; en esas barracas, los hombres, curvados bajo la dura ley de la explotación del trabajo, duermen todavía un sueño de brutos, pero la fábrica vencerá a la barraca, las máquinas les darán a estos hombres, o a otros que los seguirán, poco importa, un despertar sorprendente. Este empuje de un mundo, máquinas y masas en progreso conjunto, necesariamente consigue muchas cosas. ¿Por qué no habría de conseguir el fin de nuestra generación? Gasto generoso, absurdo rescate pagado al pasado. Absurdo: esto era lo peor. Y que las masas y las máquinas tengan todavía necesidad de nosotros, que puedan —sin nosotros— perder su camino: eso inquietaba, decepcionaba. Pero ¿qué hacer? No tenemos, para cumplir cabalmente las cosas, más que al partido, la «cohorte de hierro». De hierro, de carne y de espíritu. Ninguno de nosotros pensaba a solas, o actuaba solo: actuábamos y pensábamos en conjunto, y siempre en el sentido de las masas innumerables, detrás de las cuales sentíamos la presencia, la aspiración abrasadora de otras masas más vastas todavía: i proletarios del mundo, uníos! El espíritu se ha confundido, la carne se ha corrompido, el hierro se ha oxidado, porque la cohorte elegida, en un momento acaso único de la historia, por las pruebas de la doctrina, el exilio, la cárcel, la insurrección, el poder, la guerra, el trabajo, la fraternidad, se ha agotado, poco a poco invadida por intrusos que hablaban nuestra lengua, imitaban nuestros gestos, marchaban bajo nuestras banderas, pero que eran totalmente diferentes: estaban movidos por viejos apetitos, ni proletarios ni revolucionarios: el provecho propio... Cohorte enferma, taimadamente invadida por tus enemigos, todavía te pertenecemos. Si todavía se te pudiera curar, aunque fuese con hierros al rojo vivo, o reemplazarte, eso valdría nuestras vidas. Incurable, y en cuanto al presente: irreemplazable. No nos queda, pues, más que seguir sirviendo, y si nos asesinan, sufrirlo. Nuestra resistencia, ¿no hará otra cosa que agravar el mal? Si un Bujarin, un Piatakov, en el banquillo de los acusados, se hubiera levantado de repente para desenmascarar en un instante a los pobres camaradas que mentían por obedecer órdenes de última hora, al procurador falsario, los jueces cómplices, la hipócrita inquisición, el partido amordazado, el Comité Central idiotizado y aterrorizado, el Buró-Político aniquilado, el jefe presa de su propia pesadilla, ¡qué desmoralización en el país, qué júbilo en el mundo

capitalista, qué titulares en la prensa fascista! Lea sobre el *Escándalo de Moscú*, *La podredumbre del bolchevismo*, *El jefe denunciado por sus víctimas*. No, verdaderamente no: mejor el fin, no importa qué fin. Es una cuenta que debemos saldar entre nosotros, en el seno de la sociedad nueva corroída por viejas enfermedades... El pensamiento de Rublev no cesaba de dar vueltas en ese círculo de hierro.

Una noche, después de la cena, se puso su abrigo corto y su gorro de astracán y le dijo a Dora: «Voy a tomar un poco de aire». Cogió el ascensor y subió a la terraza, encima del décimo piso. Un restaurante caro se había establecido ahí en el verano; y los parroquianos, escuchando distraídamente los violines, contemplaban los fuegos innumerables de Moscú, hechizados a pesar de ellos mismos por esas constelaciones terrestres en el seno de las cuales los más ínfimos brillos conducían vidas rumbo al trabajo. El lugar era aún más bello en invierno, cuando no había ni parroquianos ni flores, ni pantallas de colores sobre las mesitas, ni violines ni olores de cordero a la parrilla, de champaña y de cosméticos: nada más que la inmensa noche tranquila sobre la ciudad, el halo rojo de la Plaza de la Pasión con sus anuncios luminosos, sus rastros negros sobre la nieve, su hormigueo de seres y vehículos bajo las farolas, el resplandor rojizo, discreto, secreto, de sus ventanas... A esta altura, la luz eléctrica no estorbaba la vista: se distinguían perfectamente las estrellas. Resplandores que emanaban de la negrura densa de los edificios señalaban las plazas: los bulevares blancos se perdían en la sombra. Rublev, con las manos en los bolsillos, paseó por las terrazas sin pensar en nada. El esbozo de una sonrisa se le dibujó entre la barba y el bigote. «Debí haber traído a Dora a ver esto; es magnífico, magnífico...». Y se detuvo de súbito porque, surgida del cielo y de la noche, una pareja abrazada avanzaba rápidamente hacia él, inclinada hacia delante en un movimiento gracioso, como en pleno vuelo. Estos enamorados patinaron sobre la terraza, se precipitaron sobre Kiril Rublev, lo iluminaron con sus rostros encantados, con sus labios entreabiertos, le sonrieron y describieron, inclinados, una larga curva aérea, volvieron a partir hacia el horizonte, es decir, hacia el otro lado de la terraza, desde donde se veía el Kremlin. Rublev los vio detenerse allí y acodarse en el pretil; se reunió con ellos, se acodó como ellos. Se discernía muy bien la alta muralla almenada,

las pesadas torres de guardia, la flama roja de la bandera, iluminada por un proyector, sobre la cúpula del Poder Ejecutivo, los bulbos de las catedrales, el vasto halo de la Plaza Roja...

La joven patinadora echó una mirada de lado sobre Rublev, en quien había reconocido al viejo bolchevique influyente que un automóvil del Comité Central venía a buscar todas las mañanas... el año pasado. Se volvió a medias hacia él. Con la punta de los dedos, su amigo le acariciaba la nuca.

—¿Ahí es donde vive el jefe de nuestro partido? —preguntó ella lanzando la mirada a lo lejos, hacia las torres y las almenas iluminadas en la noche.

—Hay un apartamento en el Kremlin —respondió Rublev—, pero él casi no lo ocupa.

—¿Es ahí donde trabaja? ¿En algún sitio debajo de la bandera roja?

—Sí, a veces.

La cara juvenil pareció meditar un momento, luego, volviéndose hacia Rublev, dijo: —¡Es terrible pensar que un hombre como él ha vivido durante tantos años rodeado de traidores y de criminales! Tiembla una por su vida... ¿No es terrible?

Rublev le hizo eco sordamente:

—... terrible.

—Vámonos, Dina —dijo el muchacho a media voz.

Se abrazaron por la cintura, se volvieron aéreos de nuevo, se inclinaron y, llevados por una fuerza encantada, partieron sobre sus patines hacia otro horizonte... Rublev, un poco crispado, se dirigió hacia el ascensor.

En su casa se encontró con Dora, estaba pálida, sentada frente a un visitante desconocido, joven y bien vestido. «Camarada Rublev, le traigo un sobre del Comité de Moscú...». Era un gran sobre amarillo. Nada más que una convocatoria para un asunto urgente. «Si pudiera usted venir de inmediato, el vehículo está abajo...».

—Pero son las once de la noche —objetó Dora.

—El camarada Rublev estará de regreso, en el mismo vehículo, en veinte minutos. Me han encargado que se lo asegurara.

Rublev despidió al mensajero. «Bajo en tres minutos». Mirándola a los ojos, consideró a su mujer: el color se le había ido de los labios, tenía la cara

amarillenta y desfallecida. Murmuró: —¿De qué se trata?

—No sé. Ya sabes que ha ocurrido alguna vez antes. Es un poco extraño, de todos modos.

No había ninguna luz en ningún lado. Ninguna ayuda posible. Se besaron precipitadamente, ciegamente, con las bocas frías. «Hasta pronto, hasta pronto».

Las oficinas del Comité estaban desiertas. En el secretariado, un tártaro gordo con condecoraciones, con el cráneo afeitado, con los labios orlados de cerdas negras, leía los periódicos y bebía té. Cogió la convocatoria. «¿Rublev? En seguida...». Abrió un expediente en el que no había más que una hoja escrita a máquina. Leyó con el ceño fruncido. Levantó la cabeza: tenía la cara abotagada, opaca y pesada de un gran glotón.

—¿Tiene usted su credencial del partido? Haga el favor de mostrármela.

Rublev sacó de su portafolios la libreta roja donde estaba escrito: «Afiliado desde 1907». Más de veinte años. ¡Y qué años!

—Está bien.

La libreta roja desapareció en un cajón, que fue cerrado con llave.

—Es usted objeto de una investigación criminal. La credencial le será entregada, si ha lugar, después de la investigación.

Rublev esperaba este golpe desde hacía mucho tiempo. Una especie de furor le erizó las cejas, le puso rígidas las mandíbulas, tensó sus espaldas... El funcionario reculó un poco sobre su sillón giratorio: —Yo no sé nada, tengo órdenes precisas. Es todo, ciudadano.

Rublev empezó a caminar, extrañamente ligero, llevado por ideas semejantes a vuelos de pájaros enloquecidos. Así que esta es la trampa: la bestia en la trampa eres tú, la bestia atrapada, viejo revolucionario, eres tú... Y todos estamos aquí, en la trampa... ¿Es que todos nos hemos engañado completamente en algún momento? ¡Canallas, canallas!... Un corredor vacío, crudamente iluminado, la gran escalera de mármol, la doble puerta giratoria, la calle, el frío seco, el automóvil negro del mensajero. Cerca del mensajero, que esperaba fumando, había alguien más, que habló con una voz baja y pastosa: «Camarada Rublev, se le ruega acompañarnos para una

entrevista que llevará unos momentos...». «Ya sé, ya sé», dijo Rublev con rabia, y abrió la portezuela, se echó dentro del Lincoln helado, cruzó los brazos, ejerciendo toda su voluntad para dominar una explosión de furor desesperado...

Las callejuelas en dos tonos, blancas de nieve y azules de noche, desfilaron detrás de las ventanas. «Más despacio», ordenó Rublev, y el chófer obedeció. Rublev bajó la ventanilla para ver mejor un trozo de calle, no importaba cuál. La acera cintilaba, cubierta de nieve virgen. Un viejo hotel señorial del siglo pasado, con el frontón sostenido por columnas, parecía dormir desde hacía cien años, detrás de su reja. Los troncos plateados de los abedules brillaban débilmente en el jardín. Eso era todo, para siempre, en un silencio perfecto, en una pureza de sueño. Ciudad bajo el mar, adiós. El chófer aceleró. «Somos nosotros quienes estamos bajo el mar. No importa: alguna vez fuimos fuertes».

04

Construir es perecer

Makeyev poseía en grado excepcional el don de olvidar para prosperar. Del pequeño campesino de Akimovka cerca de Kliuchchevo del Manantial, provincia de Tula —campos ondulados, verdes y rosados, sembrados de techos de paja—, no le quedaba más que lo suficiente de unos recuerdos elementales como para enorgullecerse de haber cambiado. Muchachillo pelirrojo, igual a millones, destinado como ellos al destino de la gleba, las jovencitas del pueblo no querían nada con él; lo llamaban, con una punta de sorna, Artiomka el Pecoso. El raquitismo infantil les daba a sus piernas una curvatura desmañada. A los diecisiete años, sin embargo, en las batallas del domingo por la noche entre los de la calle Verde y los de la calle de la Pestilencia, tumbaba a sus enemigos con un puñetazo de su invención, que colocaba en alguna parte entre cuello y oreja para provocar un vértigo instantáneo... Cuando concluían esas rudas batallas, y aun así ninguna chica quería verlo, se mordía las uñas, sentado en el umbral ruinoso de su casa, mirando removérse en el polvo los gordos y fuertes dedos de sus pies. Si

hubiera sabido que había palabras para expresar el malvado estupor de esos momentos, habría murmurado, como a su edad Máximo Gorki: «¡Qué aburrimiento, qué soledad y qué deseos de romperle la boca a alguien!», pero no ya por el placer de vencer, sino para evadirse de uno mismo y de un mundo aún peor. El Imperio hizo de Artemio Makeyev, en 1917, bajo las águilas bicéfalas, un soldado pasivo y sucio, tan ocioso como cualquier otro, en las trincheras de Volhinia. Pasaba el tiempo merodeando por unos campos visitados antes que él por cien mil merodeadores semejantes; quitándose laboriosamente los piojos al atardecer; soñando con violar a las pocas muchachas campesinas que se retrasaban por esos caminos, ya varias veces violadas, por cierto, por muchos otros... No se atrevía. Las seguía por esos paisajes calizos de árboles desgajados y campos llenos de hondonadas; de repente se veía surgir del suelo una mano crispada, una rodilla, un casco, una lata de conservas rota y erizada. Seguía a esas mujeres con la garganta seca y con los músculos lamentablemente sedientos de violencia, pero nunca se atrevió.

Una fuerza extraña, que al principio lo inquietaba, se despertó en él cuando se enteró de que los campesinos estaban tomando tierras. Se le apareció ante los ojos el dominio señorial de Akimovka, la residencia del frontispicio bajo plantado sobre cuatro blancas columnas, la estatua de una ninfa al borde del estanque, las tierras en barbecho, los bosques, los pantanos, los prados... Sintió que odiaba indeciblemente a los poseedores desconocidos de ese universo, el suyo en verdad, por toda la eternidad y con toda justicia, pero del que se le había despojado por medio de un crimen sin nombre muy anterior a su nacimiento, un crimen inmenso cometido contra todos los campesinos del mundo. Así había sido siempre sin que él lo supiera; y siempre había habido en él este odio adormecido. Las ráfagas de viento, que soplaban en las noches sobre las tierras desheredadas de la guerra, le llevaban frases ininteligibles y palabras reveladoras. Los dueños, los señores y señoras de las mansiones, eran «bebedores de sangre». El soldado Artemio Makeyev no los había visto jamás: ninguna imagen humana tenía que ver con la que nacía así en él; por el contrario, había contemplado muchas veces la sangre de sus camaradas después del estallido de las granadas, cuando la tierra y la hierba amarillenta la bebían: muy roja al

principio, como para dar náusea, en seguida negra; luego las moscas venían a posarse sobre ella.

Por ese tiempo, Makeyev pensó por primera vez acerca de su vida. Fue como si se pusiera a hablar consigo mismo y era cosa de risa: algo cómico, «¡vaya, qué idiota!». Pero las palabras que se formaban en su cerebro eran tan serias que lograban acallar la risa y lo obligaban a hacer gestos como los de un hombre que levanta un peso demasiado grande para sus fuerzas. Se decía que había que *partir, llevarse unas granadas escondidas en el capote, regresar al pueblo, ponerle fuego a la residencia, tomar las tierras*. ¿De dónde le vino la idea del fuego? El bosque se enciende a veces en el estío sin que se sepa cómo. Los pueblos arden sin que nadie sepa dónde nació la primera llama. La idea del fuego lo obligó a pensar más todavía. Era una pena ponerle fuego a la hermosa residencia con la que podía hacerse... ¿qué? ¿Qué podía hacerse con ella para los campesinos? Meter allí a esos desharrapados, no, imposible... Cuando el nido se quema, el pájaro huye. Quemado el nido de los señores, una fosa llena de terror y de fuego separaba el pasado del presente: acabaríamos como incendiarios, y los incendiarios terminan en la prisión o en el poder, así que había que volverse los más fuertes, pero esto rebasaba la inteligencia formal de Makeyev: él sentía las cosas más que pensarlas. Se puso en camino solo, dejando la trinchera piojosa al amparo de los matorrales. En los trenes, encontró a hombres parecidos a él, que como él habían desertado; al verlos, su corazón se llenó de fuerza. Sin embargo no les dijo nada, pues el silencio lo volvía más fuerte. La residencia ardió. Un escuadrón de cosacos marchó rumbo a la insurrección campesina por las rutas verdes: las avispas zumbaban sobre la grupa sudorosa de los caballos; las mariposas jaspeadas huían del acre olor de esa tropa en marcha. Antes de que esta llegara al pueblo criminal, Akimovka cerca de Kliuchchevo del Manantial, los telegramas que llegaron al distrito dieron a conocer misteriosamente la buena nueva: el decreto sobre la toma de tierras firmado por los comisarios del pueblo. Los cosacos lo supieron por un viejo todo vestido de blanco que surgió de entre los arbustos al borde del camino, bajo los abedules escarchados de nieve. «Es la ley, hijos míos, la ley, no pueden hacer nada contra la ley». ¡La tierra, la tierra! ¡La ley! Este murmullo asombrado se extendió entre los cosacos y se

pusieron a deliberar. Las mariposas, pasmadas, se posaron sobre la hierba, mientras que la tropa, retenida por el decreto invisible, hacía un alto, no sabiendo ya para dónde ir. ¿Cuál tierra? ¿La tierra para quién? ¿La de los señores? ¿La nuestra? ¿Para quién, para quién? El oficial, consternado, tuvo de pronto miedo de sus hombres; pero nadie se preocupó por impedirle la huida. En la calle única de Akimovka, con sus casas de adobe y troncos levantadas a trechos, decaídas, en medio de un pequeño espacio cerrado y verde, mujeres de grandes senos se santiguaban. ¿No había llegado, ahora sí, el tiempo del Anticristo? Makeyev, que no soltaba su cinturón cargado de granadas, se separó y, con el rostro enrojecido, sobre la escalinata de su casa —una isba en ruinas con el techo desfondado—, les gritó a «esas brujas» que se callaran, «maldita sea», o verían cómo les iba, «maldita sea, maldita»... El primer consejo de los campesinos pobres del lugar lo eligió presidente de su Comité Ejecutivo. El primer edicto que dictó Makeyev (se lo dictó al que había sido escriba del juez de paz del distrito) ordenaba el castigo a latigazos de las comadres que hablaran en público del Anticristo; este texto, caligrafiado en letras claras y redondas, fue pegado en los muros de la calle principal.

Makeyev comenzaba una carrera sumamente vertiginosa. Se convirtió en Artemio Artémievich, presidente del Poder Ejecutivo, sin saber bien lo que era el Ejecutivo, pero con los ojos bien hundidos bajo el arco superciliar, la boca cerrada, el cráneo rasurado, la camisa limpia de alimañas y, en el alma, una voluntad tan bien plantada como raíces en la hendidura de una roca. Expulsó de sus casas a la gente que echaba de menos a la policía de antaño; hizo detener a otros policías que le enviaron al distrito, a esos no se les volvió a ver. De él se decía que era justo. Él lo repetía con un brillo opaco en la mirada, desde lo más profundo de sí mismo: justo. Si hubiera tenido tiempo de mirarse vivir, se hubiera asombrado con un nuevo descubrimiento. Lo mismo que la facultad de pensar se le había revelado de repente para que tomara la tierra, otra facultad más oscura, inexplicablemente nacida en algún sitio de su nuca, sus riñones, sus músculos, lo conducía, lo exaltaba, lo fortalecía. No sabía su nombre. Los intelectuales hubieran llamado a esta facultad *la voluntad*. Antes de aprender a decir *yo quiero*, lo que no le sucedió sino al cabo de los años,

cuando se hubo acostumbrado a arengar asambleas, supo instintivamente lo que hacía falta para obtener, imponer, ordenar, conseguir, para luego sentir un relajamiento tranquilo casi tan bueno como el que sigue a la posesión de una mujer. No hablaba en primera persona más que en raras ocasiones: prefería decir *nosotros*. «No soy yo quien lo quiere, somos nosotros los que lo queremos, hermanos». La primera vez les habló a unos soldados rojos, a bordo de un tren de carga; hizo falta que su voz dominara el ruido de los hierros del tren en marcha. Su facultad de comprender crecía de acontecimiento en acontecimiento, por medio de iluminaciones: veía muy bien las causas, los efectos probables, los móviles de las gentes; sentía cómo debía actuar y reaccionar; pasaba dificultades para reducir todo eso a palabras en su cabeza, y luego, esas palabras a ideas, a recuerdos, y nunca consiguió hacerlo perfectamente bien.

Los Blancos invadieron su distrito. Estos galoneados colgaban a los *makeyeyes*, con un letrero infamante puesto sobre el pecho: *Bandido o Bolchevique*, o los dos al mismo tiempo. Makeyev se reunió con los camaradas en el bosque, abordó un tren con ellos, descendió en una ciudad de la estepa que le pareció extraordinaria, pues era la primera gran ciudad que veía en su vida: la vio vivir plácidamente bajo el sol tórrido. En el mercado vendían grandes sandías jugosas por unos cuantos kopeks. Los camellos se desplazaban lentamente por las calles enarenadas. A tres kilómetros de ahí, acostado bajo las cañas, a la orilla de un río cálido de arenas centelleantes, Makeyev disparaba tan bien sobre los jinetes de los turbantes blancos que terminaron por nombrarlo alguacil. Un poco después, el 19, se adhirió al partido. La reunión se celebró alrededor de una fogata, en pleno campo, bajo las brillantes constelaciones: los quince hombres del partido, agrupados en torno a la «oficina» de los Tres, y los Tres acurrucados, con cuadernos sobre las rodillas, a la luz del fuego. Después del informe sobre la situación internacional, rendido por una voz ronca que daba a los extraños nombres europeos una resonancia asiática —Cle-Man-Só, Loy-Yoryi, Guermania, Liebknecht—, el comisario Kasparov preguntó si nadie ponía «objeciones a la admisión del candidato Makeyev, Artemio Artémievich, en el seno del partido de la revolución proletaria».

—Levántate, Makeyev —le dijo imperiosamente.

Makeyev estaba ya de pie, tieso como una vara a la luz rojiza del fuego, cegado por esta y por todas las miradas fijas en él durante esta consagración: ciego también por una lluvia de estrellas, inmóviles, sin embargo... «Campesino, hijo de campesinos trabajadores...». Makeyev rectificó altivamente: «¡Hijo de campesinos sin tierra!». Varias voces aprobaron enérgicamente su afiliación. «Adoptado», dijo el comisario.

En Perekóp, cuando, para ganar la última batalla de esta maldita guerra, hubo que entrar en la laguna pérvida de Sivach, y marchar, con el agua hasta la cintura, y aun hasta el cuello en los lugares difíciles —¿y qué les esperaba diez pasos más adelante, sino el golpe final?—, Makeyev, subcomisario del Cuarto Batallón, arriesgó varias veces la vida, disputándosela ásperamente al miedo y a la furia. ¿Qué agujeros mortales escondía esa agua lechosa, bajo el cielo blanco del alba? ¿No habían sido traicionados por algún técnico del alto mando? Las mandíbulas tiesas, todo tembloroso, pero enloquecido de resolución, loco de sangre fría, llevaba el fusil a dos manos, cargándolo por encima de la cabeza, dando ejemplo. Fue el primero en salir de la laguna; subió por una duna, se tiró allí, con el vientre dulcemente entibiado por la arena, apuntó, se puso a disparar, invisible, sobre los hombres sorprendidos por detrás, que él veía claramente moverse alrededor de un pequeño cañón... La tarde de la victoria extenuante, un jefe, con un flamante uniforme color caqui, se irguió delante del cañón para leer a las tropas un mensaje del *komandarm* —comandante del ejército— que Makeyev no escuchó, pues tenía los riñones deshechos y los párpados pesados de sueño. Al fin, algunas palabras severamente ritmadas llegaron, no obstante, a su entendimiento: «¿Quién es ese valeroso combatiente de la gloriosa división de las estepas, quién?...». Makeyev se preguntó también, mecánicamente, quién podía ser ese valeroso combatiente y qué pudo haber hecho, «pero que el diablo me lleve, igual que a todas estas ceremonias con las que me caigo de sueño, ya no puedo más». En ese momento el comisario Kasparov le echó a Makeyev una mirada tan penetrante que Makeyev creyó que había cometido una falta. «Debo de tener la facha de un borracho perdido», se dijo, haciendo un gran esfuerzo para que los ojos no se le cerraran. Kasparov exclamó: —¡Makeyev!

Y Makeyev, titubeante, salió de filas, rodeado por un murmullo. «Es él,

es él, Artémievich...». El pequeño Artiomka de antaño, despreciado por las muchachas, entraba en la gloria, cubierto de lodo seco hasta el cuello, borracho de cansancio, no deseando nada más en el mundo que un poco de pasto o de paja para tirarse allí a dormir. El jefe lo besó en la boca. El jefe estaba mal rasurado, olía a cebolla cruda, a sudor seco, a caballo. Luego se miraron por un instante, a través de la bruma, igual que dos caballos reventados, con los ojos húmedos. Y Makeyev se despertó al reconocer al partisano de los Urales, el vencedor de Krasniyar, el vencedor de Ufa, el vencedor de la retirada más desesperada: Blücher. «Camarada Blücher», dijo con voz pastosa, «me da gusto... me da gusto verte... Eres... Eres todo un hombre, tú...». Le pareció que el jefe titubeaba, como él, soñoliento. «Tú también», respondió Blücher sonriendo, «tú eres un hombre de verdad... Ven a tomar el té, mañana temprano, al Estado Mayor de la división». Blücher tenía un rostro curtido, surcado de líneas perpendiculares, de grandes ojeras. Desde ese día hubo entre ellos una amistad de hombres del mismo temple, que luego se verían durante una breve hora dos veces al año, en los campos, en las ceremonias solemnes, en las grandes conferencias del partido.

En 1922, Makeyev regresó a Akimovka en un Ford destortalado que lucía las iniciales del CC del PC (b) de la RSFSR. Los chiquillos del pueblo rodearon el automóvil. Makeyev los consideró durante algunos segundos con una terrible intensidad de la emoción: en realidad, se buscaba entre ellos, pero con demasiada torpeza como para ver cuántos se le parecían. Les arrojó toda su provisión de azúcar y de monedas, palmeó las mejillas de las chiquillas, más tímidas, bromeó con las mujeres, se acostó con la más alegre de ellas, de senos maduros, dientes grandes, ojos grandes, y se instaló en el distrito, en la mejor mansión de la aldea, en calidad de secretario de organización del partido. «¡Qué lugar tan atrasado!», se decía. «Todo por hacer. ¡Tinieblas!». Enviado de ahí a Siberia occidental para presidir allí un Ejecutivo regional. Elegido miembro suplente del CC el año que siguió a la muerte de Vladimir Ilich... Cada año, nuevas distinciones se agregaban a la hoja de servicios de su expediente personal de miembro del partido perteneciente a la categoría de los más responsables. Trepaba, con un paso seguro, honestamente, pacientemente, los escalones del poder. El olvido

borraba, entre tanto, la memoria precisa de la infancia y la adolescencia miserables, de la guerra sufrida en la humillación, de un pasado sin orgullo y sin poder, si bien Makeyev se sentía superior a todos los que encontraba, con excepción de los hombres investidos por el CC de un poder más alto. A estos los veneraba sin envidia como a seres de una esencia que no era todavía la suya, pero que algún día lo sería. Con ellos, se sentía poseedor de una autoridad legítima, integrado perfectamente a la dictadura del proletariado como un tornillo de buen acero puesto en su lugar en una máquina admirable, versátil y complicada.

Secretario de Comité Regional, Makeyev gobernaba Kurgansk, la ciudad y el condado, desde hacía varios años, con el orgulloso y no confesado propósito de darle su nombre: Makeyevgorod o Makeyevgrado, ¿por qué no? Lo más simple, Makeyevo, le recordaba demasiado el lenguaje campesino. La proposición, lanzada en los pasillos de una conferencia regional del partido, estaba a punto de ser aprobada —votada por unanimidad, según la costumbre— cuando, presa de dudas, Makeyev mismo cambió de parecer en el último momento. «¡Todo el honor de mi obra», exclamó en la tribuna, bajo la gran imagen de Lenin, «pertenece al partido! ¡El partido me ha hecho, el partido lo ha hecho todo!». Estallaron los aplausos. Makeyev, asustado, se preguntaba qué alusiones infortunadas contra los miembros del Buró-Político podían haberse filtrado sin querer en las palabras de su discurso. Una hora más tarde subió de nuevo a la tribuna, luego de consultar los dos últimos números de la revista teórica *El Bolchevique*, donde encontró algunas frases que dirigió al auditorio con gestos tajantes y el puño por delante. «¡La más alta personificación del partido es nuestro gran, nuestro genial jefe! ¡Yo propongo darle su nombre magnífico a la nueva escuela que vamos a construir!». Se aplaudió con confianza, igual que se hubiera votado por Makeyevgrado, Makeyevo, Makeyev City. Bajó de la tribuna enjugándose la frente, contento de haber sido hábil al rechazar la gloria, por el momento. Ya vendría. Su nombre figuraría en los mapas, entre las curvas de los ríos, las manchas verdes de los bosques, las colinas roturadas, las suaves líneas negras de las vías férreas. Porque él tenía fe en sí mismo, tanto

como en el socialismo triunfante, y sin duda era la misma fe.

En el presente, que era lo único real, ya no distinguía entre él mismo y este país, tan grande como la vieja Inglaterra, cuyas tres cuartas partes se extendían sobre Europa, mientras que el resto se desbordaba sobre las llanuras y los desiertos de Asia, aún surcados por las caravanas. País sin historia: por aquí pasaron los jázanos en el siglo v, sobre sus caballitos de largas crines, igual que los escitas que los habían precedido siglos atrás; iban a fundar un imperio sobre el Volga. ¿De dónde venían? ¿Quiénes eran? Por aquí pasaron los pechenegos, los jinetes de Gengis Khan, los arqueros de Hulagu Khan, los administradores de los ojos rasgados y los metódicos cortadores de cabezas de la Horda de Oro: los tártaros nogai. Llanuras, llanuras, las migraciones de los pueblos se pierden como el agua en la arena. De esta leyenda inmemorial, Makeyev no conocía más que algunos nombres, algunas imágenes; pero amaba y comprendía a los caballos como los pechenegos, como los nogai; como ellos descifraba el vuelo de los pájaros, como a ellos, las señales, indiscernibles para los hombres de otras razas, lo guiaban a través de las borrascas de nieve. Si uno de esos arcos de otros siglos hubiera sido puesto, por un milagro, en sus manos, se hubiera servido de él tan hábilmente como esos muchos desconocidos que habían vivido de esta tierra, estaban muertos en ella, habían sido absorbidos por ella... «¡Todo es nuestro!», decía sinceramente en las reuniones públicas del Club de los Ferroviarios y fácilmente hubiera podido decir: «Todo es mío», no sabiendo muy bien dónde terminaba el *yo*, dónde comenzaba el *nosotros*. (El *yo* pertenece al partido; el *yo* no vale sino por lo que encarna, por el partido, por la nueva colectividad; pero como lo encarna poderosa y conscientemente, el *yo*, en nombre del *nosotros*, posee el mundo). Makeyev no hubiera podido explicar la teoría. En la práctica, no tenía la menor duda. «Tengo cuarenta millones de borregos, este año, en el distrito de Tatarovka», exclamaba alegremente en la conferencia regional de la producción. «El año próximo tendré tres ladrilleras en actividad. Le dije a la Comisión del Plan: Camarada, me debes entregar los trescientos caballos antes del otoño, jo vas a arriesgar el plan por un año! ¿Quieres poner mi única planta eléctrica bajo las órdenes del Centro? No si te lo puedo impedir, es mía, agotaré todos los recursos, el CC lo decidirá». Decía *instancias* por

recursos, y creyendo decir *instancias* decía *insistencias*.

Dos Narishkin sucesivamente exiliados en Kurgansk, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, uno por dilapidaciones juzgadas excesivas cuando cayó en desgracia ante una emperatriz obesa y envejecida, el otro por algunos comentarios intencionados sobre el jacobinismo del señor Bonaparte, levantaron en este lugar un pequeño palacio lleno de líneas rectas, en estilo imperial neogriego, adornado con un peristilo y columnas. Al lado de este palacio se alineaban las mansiones de madera de los comerciantes, el caravasar de muros bajos, los jardines de los hostales particulares. Makeyev instaló su oficina en uno de los salones de los gobernadores generales del antiguo régimen, precisamente aquel en donde el Narishkin liberal, atendido por siervos indolentes, gustaba de releer a Voltaire. Un erudito local se lo refirió al camarada Artemio Artémievich. Francmasón, este Narishkin, de la misma logia que los decembristas, sinceramente liberal... «¿Usted cree verdaderamente», preguntó Makeyev, «que esta canalla feudal podía ser sinceramente liberal? ¿Qué quiere decir eso, liberal?». Un cuaderno del diario de la familia, tomos sueltos de Voltaire, un ejemplar del *Espíritu de las leyes* con notas marginales manuscritas por ese gran señor, quedaron abandonados en el granero, entre viejos manuscritos, junto con viejos muebles desfondados y retratos de familia entre los cuales uno, firmado por Madame Vigée-Lebrun, una emigrada de la Revolución Francesa, representaba a un dignatario gordo de unos cincuenta años de edad, de ojos verdes y vivaces, de boca irónica y sensual... Makeyev se lo hizo mostrar, miró a Narishkin bien a la cara, le hizo muecas a una cruz brillante que este llevaba bajo el mentón, tocó el marco con la punta de su bota y dijo rotundo: «No está mal. Verdadera boca de señor. Llévenselo al museo regional». Se le tradujo el título del libro de Montesquieu. Dijo burlón: «Espirítu de la explotación... Hay que mandarlo a la biblioteca...». «Mejor al museo», objetó el erudito. Makeyev se volvió hacia él y con un tono imponente (porque no comprendía) preguntó: «¿Por qué?». El erudito, intimidado, nada respondió. Sobre la puerta de caoba de dos batientes se puso un letrero: *Oficina del Secretario Regional*. En el interior, un gran despacho; cuatro teléfonos, uno con línea directa a Moscú, al CC y al Ejecutivo Central; palmeras enanas entre las altas ventanas y cuatro

profundos sillones de cuero, los únicos que había en todo el condado; sobre el muro de la derecha, un mapa de la región especialmente dibujado por un exoficial deportado, sobre el muro de la izquierda, un mapa de la comisión del plan económico, indicando el emplazamiento de las futuras fábricas, de las vías férreas que se construirían, de un canal proyectado, de tres ciudades obreras que habrían de edificarse, baños, escuelas, estadios que se levantarían en la ciudad... Detrás del cómodo sillón del secretario regional, un gran retrato al óleo del Secretario General, comprado por ochocientos rublos en las Tiendas Universal de la capital; lustroso, luciente, era un retrato donde la túnica verde del jefe parecía recortada de un gran cartón pintado y en el que su media sonrisa se extraviaba en una nulidad absoluta... Cuando terminaron de amueblar la oficina, Makeyev entró en el lugar lleno de una alegría sorda. «Es asombroso ese retrato del jefe. ¡Eso es el arte proletario!», dijo exaltado. ¿Pero qué faltaba en la habitación? ¿Por qué ese vacío extraño, irritante, incómodo, inconcebible? Giró sobre sus talones, vagamente descontento, y todas las personas a su alrededor, el arquitecto, el secretario del Comité de la ciudad, el comandante del edificio, el económico, la secretaria privada experimentaron la misma desazón. Makeyev buscaba. «¿Y Lenin?», dijo al fin. Y añadió, con un reproche casi tonante: «¡Se han olvidado ustedes de Lenin, camaradas! ¡Ja, ja, ja!». Se le escuchó reírse con insolencia en medio de la confusión general. El secretario del Comité de la ciudad fue el primero en reponerse.

—Pero no, camarada Makeyev, no es así. Nos apresuramos a terminar esta mañana, y no hemos acabado de poner aquí, mire usted, la biblioteca: *Obras completas* de Ilich, edición del Instituto, y encima un pequeño busto de él, igual al que yo tengo en mi oficina.

—Ah, bueno —dijo Makeyev, con los ojos todavía llenos de brillos burlones.

Y antes de despedir a todo el mundo, enunció con tono sentencioso:

—No hay que olvidar jamás a Lenin, camaradas: tal es la regla del comunista.

Cuando la gente salió de la oficina, Makeyev se arrellanó en su sillón giratorio, lo hizo dar vueltas alegremente varias veces, mojó la pluma nueva en la tinta roja y, sobre el bloc de notas con membrete (*PC de la URSS*.

Comité Regional de Kuigansk. El Secretario Regional) estampó una gran firma con rúbrica: a. a. makeyev, que luego admiró un poco. En seguida, descubrió los teléfonos y les sonrió ampliamente. «Hola, operadora. El 76». Y con una voz suave: «Alia, ¿eres tú?». (Se reía, casi zalamero). «Nada, nada. ¿Estás bien? Sí, bueno, ya voy pronto». Tomó el segundo aparato: «Hola, Seguridad, con la oficina del jefe. Buenos días, Tijón Alexéich, ven entonces cerca de las cuatro. ¿Tu mujer está mejor? Sí, sí, está bien». Todo era maravilloso. Echó una larga mirada de codicia a la línea directa de Moscú pero no encontró nada urgente que decirles a los hombres del Kremlin; sin embargo puso la mano sobre el aparato (¿y si llamara a la Comisión Central del Plan a propósito de los camiones de carga?); no se atrevió. Antes el teléfono, este instrumento mágico, lo maravillaba; torpe para utilizarlo, lo temió durante mucho tiempo: perdía demasiada seguridad en sí mismo ante el pequeño cilindro negro del receptor. Esta magia temible, puesta completamente a su servicio, le parecía ahora un signo de poder. Se llegó a temer, en los comités locales, sus llamadas. Su voz imperiosa estallaba en el aparato: «Aquí Makeyev». (Solamente se escuchaba un ... eyev estentóreo). «¿Eres tú, Ivanov? ¿Sigues con tus escándalos, eh?... No toleraré... sanciones inmediatas... ¡Tienes veinticuatro horas!...». De preferencia, hacía estas escenas en presencia de algunos colaboradores diferentes. La sangre le subía a la ancha cara, al cráneo rasurado, largo y cónico. Al terminar la reprimenda, colgaba bruscamente el tubo, elevaba hacia el infinito una cara de carníero descontento, fingía no ver a nadie, abría un expediente, para calmarse en apariencia. (Pero todo esto no era más que un rito interior). ¡Pobre del miembro del partido, a quien investigara una comisión de control, cuyo expediente personal cayera en ese instante en manos de Makeyev! Con un ojo infalible, encontraba en cuarenta segundos el punto débil del asunto: «Se ha hecho pasar por hijo de campesinos pobres, cuando en realidad es hijo de un diácono». El auténtico hijo de campesinos sin tierra reía ruidosamente y, en la columna de las decisiones propuestas, ponía: *exp.* (expulsión) seguido de una M implacable, todo con un grueso lápiz azul. De estos expedientes guardaba una memoria desconcertante, capaz de repetirlos entre varios cientos para refrendar su decisión dieciocho meses más tarde, cuando la carpeta, engordada por una docena de informes,

regresara de Moscú. Era capaz, también, si la Comisión Central de Control emitía una recomendación favorable a la permanencia del pobre diablo en el partido, «con una grave advertencia», de oponerse a ello de nuevo con una habilidad maquiavélica. Estos asuntos eran conocidos de la CCC y se pensaba con indulgencia que Makeyev arreglaba con ello cuentas personales; nadie en el mundo hubiera creído en la imparcialidad absoluta de esas cóleras en las que se jugaba el prestigio. Uno solo de los secretarios de la CCC se permitió alguna vez revisar esas decisiones: Tuláyev. «Jaque a Makeyev», murmuraba Tuláyev desde sus espesos bigotes, haciendo reintegrar al expulsado que ni él ni Makeyev habían visto, ni verían jamás. En sus raros encuentros en Moscú, Tuláyev, más grande personaje que Makeyev, tuteaba familiarmente a este, pero llamándolo «camarada» para marcar la distancia entre bolcheviques. Tuláyev apreciaba el carácter de Makeyev. Los dos hombres, en el fondo, se parecían: Tuláyev era más instruido, más flexible, más insensible en el ejercicio del poder (había seguido cursos en una escuela comercial, en calidad de oficial mayor de un gran negociante del Volga). Tuláyev estaba metido en una carrera más grande. Una vez hizo pasar un mal rato a Makeyev relatando ante una asamblea que en la manifestación del Primero de Mayo en Kurgansk, había podido contar, en el desfile, ciento treinta y siete retratos, de diversas dimensiones, del camarada Makeyev, secretario regional; y contó también la inauguración de una guardería llamada Makeyev en un pueblo kazako, que más tarde había emigrado, entero, hacia pastos nuevos... Makeyev, hundido por las risas, con lágrimas en los ojos y un nudo atorado en la garganta, se puso entonces de pie y, congestionado, por encima de las caras sonrientes, pidió la palabra... No la obtuvo, porque un miembro del Buró-Político entraba en ese momento, vestido con un elegante traje de ferroviario, y toda la sala se levantaba para la ovación ritual de siete u ocho minutos. Tuláyev abordó a Makeyev al final de la sesión. «Buena paliza te he dado, ¿eh, hermano? No te enfades por tan poco. Si la ocasión se te presenta, pégame duro, y no te preocupes. ¿Te tomas un trago?». Eran los buenos tiempos de la ruda fraternidad.

En esa época, el partido pasaba por un cambio de piel. Pasados los héroes,

lo que hacía falta eran buenos administradores, hombres prácticos y no románticos. Se terminaban los impulsos románticos de la revolución internacional, planetaria, etcétera: pensemos en nosotros mismos, construyamos el socialismo aquí, para nosotros. La renovación de los cuadros, que les abría paso a los hombres de segundo rango, rejuvenecía a la República. Makeyev contribuyó a las purgas, se hizo fama de hombre práctico, devoto de la «línea general»; aprendió a repetir durante una hora, reloj en mano, las frases oficiales que le daban reposo a su alma. Un día experimentó una rara emoción al recibir a Kasparov. El antiguo comisario de la división de las estepas, el jefe de los días ardientes de la guerra civil, entró suavemente en la oficina del secretario regional, sin tocar a la puerta ni hacerse anunciar, hacia las tres de la tarde, un día tórrido de verano. Un Kasparov envejecido, enjuto, empequeñecido, de blusa y gorra blancas. «¡Tú!», exclamó Makeyev, y se lanzó hacia el visitante, lo besó, lo estrechó contra su pecho. Kasparov parecía liviano. Se sentaron frente a frente en los sillones profundos y surgió la incomodidad, extinguiendo la alegría. «Y bueno», dijo Makeyev, que no sabía qué decir, «¿adonde vas vestido de esa manera?». Kasparov tenía el rostro tenso, la mirada severa, de los vivacs en las estepas de Orenburg, de la campaña de Crimea, de Perekóp... Consideraba enigmáticamente a Makeyev, acaso juzgándolo. Makeyev se sintió mal. «Nombrado por el CC», dijo Kasparov, «para la dirección de transportes fluviales del Extremo Oriente...». Makeyev captó inmediatamente el alcance significativo de esta desgracia: exilio remoto, función puramente económica, mientras que Kasparov hubiera podido gobernar Vladivostok o Irkutsk, por lo menos.

—¿Y tú? —dijo Kasparov con una suerte de tristeza en la entonación.

Para disipar la incomodidad, Makeyev se levantó, hercúleo, enorme, con la cabeza rapada. Manchas de sudor aparecieron sobre su blusa.

—Yo, yo construyo —dijo alegremente—. Ven a ver.

Condujo a Kasparov ante el mapa de la Comisión del Plan: obras de irrigación, ladrilleras, almacenes de ferrocarriles, escuelas, baños, granjas, «mira, viejo, cómo el país crece a ojo de pájaro, en veinte años alcanzaremos a los Estados Unidos de América, estoy convencido porque estoy en esa misma brega». Su voz sonaba un poco falsa; eso se percibía. Era

la voz de las conversaciones oficiales... Kasparov hizo a un lado, con un gesto apenas esbozado, las palabras vanas, los planes económicos, la falsa alegría del viejo camarada, y era eso precisamente lo que Makeyev temía confusamente. Kasparov dijo: —Todo eso está muy bien, pero el partido está en una encrucijada. Es el destino de la revolución lo que se está decidiendo, mi hermano.

Por una suerte inaudita, el teléfono emitió en ese instante un timbrazo agudo. Makeyev dio órdenes para el sector estatalizado del comercio. Luego, con aire de ingenuidad, haciendo a un lado, a su vez, lo que prefería ignorar, abrió sus manazas con el gesto de quien quiere demostrar algo: —En este país, mi amigo, todo está decidido para siempre. La línea general: no hay más que esto. ¡Yo voy para delante! Regresa por aquí en tres o cuatro años: no vas a reconocer la ciudad, ni los campos. ¡Un mundo nuevo, mi amigo, una América nueva! Un partido joven, inaccesible al pánico, lleno de confianza. ¿Quieres venir conmigo esta tarde a presidir el desfile deportivo de las juventudes? Verás.

Kasparov meneó evasivamente la cabeza. He aquí un termidoriano perfecto, buen bruto administrador que conoce de memoria las cuatrocientas frases de la ideología corriente, que permiten no pensar, no ver, no sentir, e incluso no recordar, y aun no experimentar el menor remordimiento cuando se hacen las cosas más sucias. Había ironía y también desesperación en la sonrisita que se iluminó sobre el rostro arrugado de Kasparov. Makeyev se erizó bajo los efluvios de esos sentimientos, completamente ajenos a su naturaleza, que, sin embargo, adivinó.

—Sí, sí, claro —decía Kasparov, con una voz peculiar.

Pareció ponerse a gusto, se desabotonó el cuello de la blusa, dejó la gorra en uno de los sillones, se sentó cómodamente, con las piernas cruzadas, se apoyó en el respaldo.

—En cuanto a tu oficina, es bonita. Pero desconfía, Artémievich, de la comodidad burocrática. Es un lodazal: te puedes ahogar en ella.

¿Se proponía ser deliberadamente desagradable? Makeyev perdió un poco la compostura. Kasparov lo miraba detenidamente con sus extraños ojos grises, tranquilos en el peligro, tranquilos en la pasión.

—Artémievich, he estado reflexionando. Nuestros planes son

irrealizables en la medida de un cincuenta o un sesenta por ciento. Para realizarlos en la medida de un cuarenta por ciento, habría que hacer descender los salarios reales de la clase obrera por debajo del nivel que alcanzaron durante el régimen imperial, y muy por debajo del nivel actual de los países capitalistas más atrasados... ¿Has pensado en esto? Permíteme dudarlo. Dentro de seis meses, cuando mucho, habrá que declarar la guerra a los campesinos y ponerse a fusilarlos; tan cierto como que dos y dos son cuatro. Escasez de productos industriales más devaluación del rublo, o dicho con franqueza: inflación disimulada, bajos precios de los cereales por imposición del Estado, resistencia natural de los poseedores de las granos, tú conoces la canción. ¿Has imaginado las consecuencias?

Makeyev poseía demasiado el sentido de la realidad como para permitirse una objeción, pero tenía miedo de que alguien estuviera escuchando, desde el corredor, semejantes palabras pronunciadas en su oficina (sacrilegios, atentados contra la doctrina del jefe, contra todo). Le escocían, le perturbaban: se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo muy grande para defenderse de usar él mismo ese lenguaje terrible. Kasparov continuaba: —Yo no soy ni un cobarde ni un burócrata, conozco mi deber frente al partido. Sé lo que te digo: se lo he escrito al Buró-Político, con cifras que lo apoyan. Lo firmamos treinta, todos los sobrevivientes de las viejas prisiones zaristas del Taman, de Perekóp, de Cronstadt... ¿Adivinas cómo se nos ha respondido? A mí, para empezar, me han enviado a inspeccionar las escuelas de Kazajistán, que no tienen ni maestros ni locales, ni libros ni cuadernos... Ahora se me envía a contar las barcazas de Krasnoyarsk, lo que me importa un bledo, como te imaginarás. Pero que estas estupideces criminales continúen por el placer de cien mil burócratas demasiado holgazanes para comprender que están preparando su propia perdición y que arrastran con ellos a la revolución, eso sí que me importa. Y tú, mi amigo, tú tienes un lugar honorable en la jerarquía de esos cien mil. Lo dudaba un poco. Me preguntaba algunas veces: ¿qué va a pasar con Makéich, si no es que ya se volvió un borracho perdido?

Makeyev iba y venía nerviosamente de un mapa mural al otro. Esas palabras, esas ideas, la presencia misma de Kasparov se le volvían intolerablemente penosas, como si se sintiera completamente sucio, de pies

a cabeza, a causa de esas palabras, de esas ideas, de Kasparov. Los cuatro teléfonos, los menores detalles, empezaron a llenarse de tonalidades odiosas. Y no había salida posible para la cólera: ¿por qué? Respondió con un tono cansado: —Dejemos esos temas. Tú sabes que yo no soy economista. Yo ejecuto las directivas del partido, eso es todo, ahora como antes en el ejército, contigo. Tú me enseñaste a obedecer por la revolución. ¿Qué más puedo hacer? Ven a cenar a casa después. ¿Sabes?, tengo una mujer nueva, Alia Sayidovna, una tártara. ¿Vas a venir?

Kasparov percibió, detrás del tono indiferente, una súplica. Muéstrame que me estimas todavía lo suficiente para sentarte a mi mesa, con mi nueva mujer, es todo lo que te pido. Kasparov se puso de nuevo su gorra, silbó ante la ventana abierta sobre el jardín público (disco de grava rutilante de sol; pequeño busto de bronce negro en el centro). «Bueno, hasta la noche, Artémievich; tienes una bonita ciudad...». «¿Verdad que sí?», repuso vivamente Makeyev, aliviado. Allá abajo, el cráneo en bronce de Lenin brillaba cual una piedra pulida. La cena fue buena, servida por Alia, que era pequeña y rolliza, de formas redondas, con una gracia de animal doméstico, limpio, bien alimentado, con trenzas de un negro azulado enrolladas sobre las sienes, ojos de cierva, perfil de dulces curvas, todas las líneas del rostro y del cuerpo fundidas. Antiguas monedas de oro de Irán le pendían de las orejas; tenía las uñas pintadas de rojo granate. Le sirvió *pilav* a Kasparov, sandía jugosa, té auténtico, «como ya no se encuentra en ningún lado», dijo gentilmente. Kasparov se abstuvo de confesar que en seis meses no había probado una comida tan buena. Mantuvo su máscara más amable, contó las únicas tres anécdotas que conocía y que para sus adentros llamaba «las tres pequeñas historias para las veladas idiotas»; no dejó traslucir la exasperación que le producían la risa alegre, los dientes blancos y los senos redondos de Alia, ni la gran risa satisfecha de Makeyev, llevó la complacencia al extremo de felicitarlos por su felicidad. «Aquí les hace falta un canario en una bonita jaula, más bien grande, iría de lo más bien en un lugar así de íntimo...». Makeyev no fue capaz de adivinar el sarcasmo, pero Alia explotó: «¡Ya se lo he dicho, camarada! Pregúntele a Artemio si no...». Los dos hombres sintieron, al despedirse, que no se verían más sino como enemigos.

Fue una visita malhadada: los problemas comenzaron un poco después. Las purgas del partido y de las administraciones acababan de terminar, enérgicamente dirigidas por Makeyev. No quedaba en Kurgansk, en las oficinas, más que un débil porcentaje de los veteranos, es decir, de los hombres formados en los tormentos de los diez últimos años; las tendencias de izquierda (trotskista), de derecha (Rykov-Tomski-Bujarin) y de falsa lealtad (Zinoviev-Kamenev) parecían aniquiladas, sin estarlo realmente, así que la prudencia recomendaba cuidarse del porvenir. Pero el trigo se daba mal. De acuerdo con las instrucciones del CC, Makeyev visitó los pueblos, prodigó promesas y amenazas, se hizo fotografiar rodeado de mujiks, de mujeres y de chiquillos; organizó varios desfiles de granjeros entusiastas que donaban su trigo al Estado. Entraban en la ciudad en un largo convoy de carretas cargadas de sacos, con banderas rojas, carteles que proclamaban una devoción unánime al partido, algunos retratos del jefe y otros del camarada Makeyev, llevados como estandartes por los jóvenes. Un gran aire de fiesta regional reinaba en estas manifestaciones. El Ejecutivo del Soviet regional enviaba, al encuentro con estos desfiles, la orquesta del club de los ferroviarios; los equipos de cine llamados de Moscú por teléfono llegaban en avión para rodar algunos de estos convoyes rojos que la URSS entera veía luego desfilar en la pantalla. Makeyev los recibía, de pie sobre un camión, gritando con una voz retumbante: «¡Honor a los granjeros de una tierra feliz!». La noche de ese mismo día, velaba hasta tarde, en su oficina, en compañía del jefe de la Seguridad, del presidente del Ejecutivo del Soviet y de un enviado extraordinario del CC, porque la situación se volvía grave: reservas insuficientes, ingresos insuficientes, disminución de las cosechas, alza ilícita de los precios en los mercados, un auge de la especulación. El enviado extraordinario del CC anunció medidas draconianas que habría que aplicar «con mano de hierro». «Por supuesto», dijo Makeyev, temiendo comprender.

Así se abrieron los años negros. Alrededor del 7 por ciento de los granjeros expropiados, luego deportados, abandonaron el condado en los vagones para los animales, entre los clamores, los llantos, las maldiciones de los chiquillos y las mujeres desgreñadas, los viejos enloquecidos de furor.

Las tierras se dejaron de cultivar, el ganado desapareció, la gente se comía el alimento destinado a los animales, no había ni azúcar ni petróleo, cuero ni calzado, tela ni papel; por todos lados, hambre en las caras hoscas y pálidas; por todos lados hurtos, componendas, enfermedad; la Seguridad diezmó en vano los servicios de cría de ganado, de agricultura, de transportes, de aprovisionamiento, de la industria azucarera, de distribución... El CC recomendó la cría del conejo. Makeyev hizo colocar carteles que decían *El conejo es la piedra angular de la alimentación proletaria*, y los conejos del gobierno local —los suyos— fueron los únicos en la región que no reventaron del todo al principio de la cría, porque fueron los únicos alimentados. «Ahora bien, el conejo tiene necesidad de comer antes de ser comido», constataba irónicamente Makeyev. La colectivización de la agricultura abarcó el 82 por ciento de los hogares... «Así de grande es el entusiasmo socialista de los campesinos de la región», escribió *Pravda*, que publicó para la ocasión el retrato del camarada Makeyev, «organizador combativo de esta ola creciente». No quedaban fuera de los *koljoses* más que los campesinos aislados cuyas casas dormitaban lejos de los caminos, algunas aldeas pobladas por menonitas, un pueblo donde resistía un antiguo partisano del Irtych, dos veces condecorado con la Orden de la Bandera Roja, que había conocido a Lenin y a quien no se arrestaba por esta razón... Una fábrica de conservas de carne se construía, sin embargo, provista con un equipo norteamericano último modelo, y completada con una teneduría, una fábrica de zapatos, un taller de productos de cuero especiales para el ejército: fue concluida el mismo año en que la carne y el cuero desaparecieron. Se construyeron asimismo casas cómodas para los dirigentes del partido y para los técnicos, una ciudad obrera no lejos de la fábrica muerta... Makeyev le hacía frente a todo: guerreaba en verdad «en tres frentes» para ejecutar las órdenes del CC, cumplir el plan de industrialización, no dejar morir la tierra. ¿Dónde conseguir la madera seca para las construcciones, los clavos, el cuero, las ropas de trabajo, los ladrillos, el cemento? A cada instante hacían falta materiales, los hombres hambrientos robaban o huían, no quedaban en las manos del gran constructor más que papeles, circulares, informes, órdenes, tesis, pronósticos oficiales, textos de discursos conminatorios, mociones votadas

por las brigadas de choque. Makeyev telefoneaba, saltaba en su Ford, ahora maltratado como si fuera un viejo vehículo del Estado Mayor de antaño, llegaba de improviso a una cantera, contaba él mismo, con el ceño terriblemente fruncido, los toneles de cemento, los sacos de cal, interrogaba a los ingenieros: unos mentían y juraban que podrían construir incluso sin madera ni ladrillos, otros mentían demostrando la imposibilidad de construir con ese cemento. Makeyev se preguntaba si todos conspiraban por la pérdida de la Unión y la suya. Pero Makeyev sentía, sabía que decían la verdad. Con su portafolios bajo el brazo, con la gorra echada sobre la nuca, Makeyev se hacía conducir a toda velocidad, a través de los bosques y los llanos hacia el *koljoz* Gloria a la Industrialización, que no tenía más que un caballo, donde las últimas vacas estaban a punto de morir por falta de forraje, donde la noche anterior habían robado treinta pacas de heno, acaso para alimentar caballos reportados como muertos, pero escondidos en realidad en el bosque durmiente de Chertov-Rog: El Cuerno del Diablo. El *koljoz* parecía desierto. Dos jóvenes comunistas venidos de la ciudad vivían ahí en medio de la hostilidad y de la hipocresía generales; el presidente, tan desamparado que tartamudeaba, le explicaba al camarada secretario del Comité Regional que los niños estaban todos enfermos por la desnutrición, que hacía falta cuanto antes, por lo menos, un camión de patatas para que se pudiera reiniciar el trabajo en los campos, pues las raciones asignadas por el Estado a fines del año pasado (un año de escasez) habían resultado insuficientes por dos meses, «como dijimos, ¿se acuerda usted?». Makeyev se enojaba, prometía, amenazaba inútilmente, agobiado por una desesperación estúpida... Viejas historias sin fin repetidas, archiconocidas: él perdía el sueño. La tierra se debilitaba, los animales reventaban, la gente reventaba, el partido sufría una especie de escorbuto, Makeyev veía morir hasta los caminos donde ya ni las carretas pasaban, invadidos por la hierba...

Era tan odiado él mismo, que ya no salía a la calle a pie más que por necesidad, haciéndose entonces acompañar por un agente vestido de civil que lo seguía a un metro de distancia, con la mano puesta en el revólver; él mismo caminaba con un bastón, listo para repeler la agresión. Hizo cercar su casa y puso milicianos de guardia. El drama alcanzó un punto crítico durante el tercer año de la escasez, el día en que recibió por el teléfono de Moscú la

orden confidencial de proceder, antes de las cosechas de otoño, a una nueva purga de los *koljoses* a fin de reducir las resistencias escondidas. «¿Quién ha firmado esta decisión?». «El camarada Tuláyev, tercer secretario del CC.». Makeyev dio secamente las gracias, cortó la comunicación, descargó un puñetazo en la mesa. «Es una locura...». Una bocanada de odio contra Tuláyev le subió a la cabeza; contra los largos bigotes de Tuláyev, la cara larga de Tuláyev, el burócrata sin corazón Tuláyev, el hambreador Tuláyev... Alia Sayidovna vio regresar a la casa, esa noche, a un Makeyev áspero, semejante a un bulldog. Le hablaba muy rara vez de asuntos oficiales; más bien se hablaba a sí mismo en voz alta porque, bajo una fuerte emoción, pensar en silencio se le volvía difícil. Alia, la del dulce perfil rollizo, la de las monedas de oro colgando de los lóbulos de sus lindas orejas, lo escuchó gruñir: —No quiero una nueva hambruna, no. Ya pagamos nuestra cuota, con eso basta. No lo acepto. La región no puede más. ¡Los caminos se están muriendo! No, no, no, no. Voy a escribir al CC.

Lo hizo, después de una noche en blanco; de una noche de angustia. Por primera vez en su vida, Makeyev rehusaba ejecutar una orden del CC y la denunciaba como un error, una locura, un crimen. Ora le parecía que decía demasiado, ora le parecía que muy poco: al releerse, aterrado con su propia audacia, se decía que él mismo hubiera exigido la expulsión y el arresto de cualquiera que se permitiera comentar en estos mismos términos una directiva del partido. Pero los campos de cultivo invadidos por la cizaña, las veredas devoradas por la hierba, los niños con los vientres hinchados por el hambre, las tiendas vacías del comercio al por menor estatalizado, las miradas sombrías de los campesinos estaban allí, realmente estaban allí. Rompía los borradores, una y otra vez. Alia, acalorada e inquieta, daba vueltas, afiebrada, en el gran lecho; ya no lo atraía más que de vez en cuando; era una mujercita que no entendía nada. El memorándum sobre la necesidad de diferir o anular la circular de Tuláyev concerniente a las nuevas purgas en los *koljoses* fue enviado a la mañana siguiente. A Makeyev le dio migraña, se paseaba por las habitaciones en pantuflas, medio vestido, detrás de los postigos cerrados por el calor. Alia le llevaba, sobre un plato, vasitos de vodka, pepinos salados, grandes vasos de agua tan fresca que el vaho, al condensarse, los dejaba perlados. El insomnio le ponía los ojos rojos; tenía

las mejillas velludas, pues no se había rasurado; olía a sudor... «Deberías hacer un viaje, Artemio», sugirió Alia, «eso te haría bien». La miró: el calor alucinante de las tres de la tarde abrasaba la ciudad, las llanuras, las estepas circundantes, atravesaba las paredes de la casa, llameaba en sus venas congestionadas. Apenas tres pasos lo separaban de Alia, que reculó, se tambaleó junto al diván, fue derribada, violentamente palpada del cuello a las rodillas por las manos secas de Artemio, la boca aplastada por su boca sofocante; el caftán de seda, que no cedía rápidamente, terminó desgarrado; las piernas, que no se abrían con suficiente premura, magulladas... «Alia, eres tan suave como un durazno», dijo Makeyev levantándose, refrescado. «El CC va a ver ahora si el imbécil de Tuláyev tiene razón, ¡o yo!». La posesión de la mujer le procuraba por un momento la sensación de una victoria sobre el universo.

Makeyev libró y perdió en quince días su batalla contra Tuláyev. Acusado por su poderoso adversario de caer en una «desviación oportunista de derechas», pronto se vio al borde del abismo. Varias cifras y renglones del memorándum de Makeyev citados para denunciar las «incoherencias de la política agraria del Buró-Político» y la «ceguera funesta de algunos dirigentes» aparecieron tal cual en un documento probablemente redactado por Bujarin y entregado a la Comisión de Control por un informante. Al verse perdido, se retractó inmediatamente y con apasionamiento. El Politburó y el Orgburó —Buró de Organización— decidieron mantenerlo en su puesto, ya que abjuraba de sus errores y procedía con una energía ejemplar a la nueva purga de los *koljózes*. Lejos de salvar a sus propios protegidos, se volvió tan sospechoso de ellos que muchos tomaron el camino de los campos de concentración. Descargando sobre ellos sus propias responsabilidades, se negó inflexiblemente a verlos o a interceder por ellos. Desde el fondo de las prisiones, algunos escribieron diciendo que únicamente habían obedecido órdenes. «La inconsciencia contrarrevolucionaria de estos elementos desmoralizados», dijo Makeyev entonces, «no merece la menor indulgencia. Lo único que se proponen es desacreditar al partido». Él mismo terminó por creerlo.

¿Nadie iba a acordarse de su desacuerdo con Tuláyev durante la elección del Consejo Supremo? Una cierta vacilación en los comités del partido inquietó a Makeyev. En muchos lugares se prefería, a la candidatura de dirigentes comunistas, la de los altos funcionarios de la Seguridad o a los generales. ¡Día feliz! El rumor oficial divulgó esta observación de un miembro del Buró-Político: «La candidatura de Makeyev es la única posible en la región de Kurgansk... Makeyev es un constructor». Los carteles aparecieron pronto en las calles, proclamando: *¡Vota por el constructor Makeyev!*, candidato único, por lo demás. En la primera sesión del Consejo Supremo, en Moscú, Makeyev, en el apogeo de su destino, se encontró en los pasillos con Blücher. «¡Te saludo, Artemio!», le dijo el comandante en jefe del valeroso Ejército Especial de la Bandera Roja del Extremo Oriente. Makeyev, extasiado, le respondió: «¡Te saludo, mariscal! ¿Cómo estás?». Se dirigieron juntos al bufé, abrazados como viejos compañeros que eran. Los dos habían engordado; tenían caras llenas y bien cuidadas; estaban ojerosos de cansancio y vestidos con telas finas y bien cortadas; iban condecorados: Blücher llevaba sobre la parte derecha del pecho cuatro medallas brillantes, tres de la Orden de la Bandera Roja, una de la Orden de Lenin; Makeyev, menos heroico, no tenía más que una Bandera Roja y la Insignia del Trabajo... Lo extraño fue que no tuvieron nada que decirse. Intercambiaron con un gusto sincero las frases del periódico: «¿Así que constructor, mi querido amigo? ¿Todo va bien? ¿Estás contento, con salud?». «¿Conque, mariscal, tienes a los japoneses a raya, eh?». «Así es, ipueden venir cuando quieran!». Los diputados del norte siberiano, del Asia Central, del Cáucaso, vestidos con sus trajes nacionales, se arremolinaron para verlos. Makeyev, sobre quien se reflejaba la gloria del guerrero, se admiraba a sí mismo. Pensó: «Saldríamos bien en una fotografía». El recuerdo de ese instante memorable se le volvió amargo algunos meses después, luego de los combates de Chan-Ku-Feng, cuando el ejército del Extremo Oriente reconquistó de manos de los japoneses dos colinas en disputa que dominaban la bahía de Possiet, cuya importancia estratégica, hasta entonces ignorada, se reveló como algo de enorme importancia. El despacho del CC consagrado a estos acontecimientos gloriosos no mencionaba el nombre de Blücher. Makeyev comprendió y se quedó helado. Se sentía comprometido.

¡Blücher, Blücher era quien descendía esta vez a las tinieblas subterráneas! ¡Increíble!... ¡Qué suerte que ninguna fotografía fijó la imagen de su última reunión!

Makeyev vivía muy tranquilamente en medio de las persecuciones porque asolaban, en torno suyo, los círculos dirigentes de antaño y aun de épocas anteriores, a los que él ya no pertenecía. «En resumidas cuentas, socialmente hablando, la vieja generación está acabada... Tanto peor para ellos, la época no está para sentimientos... Héroes de ayer, desechos de hoy: tal es la dialéctica de la historia...». Pero su pensamiento no confesado era que su generación, en cambio, ascendía para reemplazar a la que sucumbía. Los hombres comunes y corrientes se vuelven grandes, cuando les llega su día: ¿no es lo justo? Si bien había conocido y admirado en el poder a un buen número de los acusados en los grandes procesos, aceptaba su fin con una suerte de celo. Solo comprendía los argumentos más toscos; la enormidad de las acusaciones no le disgustaba: «No somos unos sútiles, vaya, ¿y qué ha de ser más natural que atacar con mentiras al enemigo que tenemos que suprimir?». Era una exigencia de la psicología de masas en un país atrasado. Llamado a mandar por los subalternos del jefe único, incorporado al poder de los perseguidores, Makeyev nunca se había sentido amenazado. Al derribar a Blücher, una guadaña invisible lo había rozado. ¿El mariscal había sido depuesto de su mando? ¿Arrestado? ¿Iba a reaparecer? Si no se le llevaba a juicio, era quizá porque no todo estaba acabado para él; sea como fuere, nadie mencionaba ya su nombre... Makeyev hubiera querido olvidarlo, pero ese nombre, esta sombra lo perseguía en su trabajo, en su silencio, en el sueño; durante una época, tuvo miedo, al tomar la palabra delante de los funcionarios de la región, de soltar de repente ese nombre obsesionante. Y mientras más lo proscribía de su alma, con más fuerza regresaba a sus labios, al punto de que creyó haberlo mezclado, en un mensaje leído en voz alta, con los de los miembros del Buró-Político... «¿La lengua no me ha jugado una mala pasada?», le preguntó con tono ligero a uno de los miembros del Comité Regional. Y una angustia enloquecedora lo atenazaba.

—No, claro —respondió el camarada interrogado—. Es curioso. ¿Eso sintió?

Makeyev lo miró, presa de un vago terror. «Se está burlando de mí...». Los dos hombres se ruborizaron, apenados.

—Ha estado usted muy elocuente, Artemio Artémievich —dijo el miembro del Comité, para salir del apuro—. Ha leído usted el mensaje al Buró-Político con magnífico brío...

Makeyev acabó de confundirse. Sus gruesos labios se removieron en silencio. Hacía un esfuerzo increíble por no decir: «Blücher, Blücher, Blücher, ¿no entiende? Mencioné a Blücher, Blücher...». Su interlocutor se inquietó: —¿Se siente usted mal, camarada Makeyev?

—Un leve mareo —dijo Makeyev, que tragaba saliva.

Superó esa crisis, venció la obsesión, Blücher no reapareció más, de hecho desaparecía día tras día. Otras desapariciones, de menor importancia, continuaban. Makeyev decidió firmemente ignorarlas. «Los hombres como yo necesitan un corazón de roca. Construimos sobre cadáveres, pero construimos».

Ese año, las purgas y los cambios de personal no terminaron en la región de Kurgansk hasta la mitad del invierno. En vísperas de la primavera, una noche de febrero, Tuláyev fue asesinado en Moscú. Makeyev, al enterarse de la noticia, lanzó un grito de alegría. Con el cuerpo dibujado en seda, Alia jugaba un solitario. Makeyev arrojó el sobre rojo con los mensajes confidenciales.

—¡Ahí está uno que se lo merecía! ¡Testarudo! Hace tiempo debió ocurrirle. ¿Un atentado? Sencillamente, algún tipo al que le arruinó la existencia le ha soltado un ladrillazo en el hocico... Se lo buscó, con su temperamento de perro rabioso...

—¿Quién? —preguntó Alia sin levantar la cabeza porque entre ella y el rey de corazones las cartas hacían surgir por segunda vez la reina de diamantes.

—Tuláyev. Me acaban de informar desde Moscú de que acaban de asesinarlo...

—Dios mío —dijo Alia, preocupada por la reina de diamantes, sin duda una mujer rubia.

Makeyev repuso irritado:

—Ya te he dicho cien veces que no invoques a Dios como si fueras una

campesina.

Las cartas sonaron con un chasquido bajo los bonitos dedos con las uñas pintadas de rojo sangre. Irritación. La reina de diamantes confirmaba las alusiones péridas de la mujer del presidente del Soviet, Doroteya Guermanovna, una alemana alta y rolliza, que conocía todas las historias de la ciudad desde hacía seis años... y los comentarios reticentes y hábiles de la manicurista y los datos fatalmente precisos de la carta anónima laboriosamente compuesta con gruesos caracteres recortados de los periódicos, había no menos de cuatrocientas pegadas una por una para denunciar a la cajera del cine La Aurora, que se acostaba antes con el director de los servicios comunitarios y que se había convertido, desde hace más de un año, en la amante de Artemio Artémievich, como lo probaba el hecho de que el invierno pasado había tenido un aborto en la clínica del GPU, y que fue recibida gracias a una recomendación personal, después de lo cual había tenido vacaciones pagadas por un mes, y las había pasado en la Casa de Descanso de los Trabajadores de la Enseñanza, por recomendación especial, y había pruebas de que el camarada Makeyev había ido dos veces a la Casa de Descanso e incluso había pasado ahí la noche... La carta continuaba así a lo largo de varias páginas, todo escrito en letras amontonadas y desiguales, que formaban dibujos absurdos. Alia alzó hacia Makeyev unos ojos cargados de una atención tan intensa que parecieron crueles.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre, vagamente inquieto.

—¿Que mataron a quién? —preguntó la mujer, desfigurada por la concentración y por la angustia.

—A Tuláyev, a Tuláyev, ¿estás sorda?

Alia se acercó hasta tocarlo, pálida, erguida, con los hombros tensos y los labios temblorosos: —Y a esa cajera rubia, ¿quién la va a matar? Dímelo tú, traidor, mentiroso.

Makeyev comenzaba apenas a entender la gravedad del golpe para el partido: reacomodo del CC, arreglo de cuentas en las oficinas, ataques a fondo contra la derecha, acusaciones mortales contra la izquierda expulsada, contraataques, ¿cuáles contraataques? Un viento nocturno, enorme y arremolinado, sacaba del cuarto la luz tranquila del día, lo

envolvía, le recorría la médula misma con fríos estremecimientos... A través de esos terribles soplos negros, el pobre exabrupto tembloroso de Alia, la pobre cara descompuesta de Alia difícilmente lo tocaban. «¡Déjame en paz!», gritó, fuera de sí.

No sabía pensar al mismo tiempo en las grandes cosas y en las pequeñas. Se encerró con su secretario privado para preparar el discurso que habría de pronunciar en la noche ante la asamblea extraordinaria de los funcionarios del partido: un discurso contundente, gritado desde lo hondo del pecho, puntuado por un puño firme. Habló como si se estuviera batiendo ahí mismo, en combate singular, con los Enemigos del partido: los de las Tinieblas, la Contrarrevolución Mundial, el Trotskismo y su jeta de metal marcada por una cruz gamada, el Fascismo, el Mikado... «¡Maldita la canalla asquerosa que ha osado levantar una mano armada contra nuestro gran partido! ¡La aniquilaremos para siempre jamás, hasta la última generación! ¡Eterna memoria a nuestro grande, a nuestro sabio camarada Tuláyev, bolchevique de acero, discípulo inquebrantable de nuestro jefe bienamado, el más grande hombre de todos los siglos!...». A las cinco de la mañana, empapado de sudor, rodeado de secretarios extenuados, Makeyev corregía aún el texto mecanografiado de su discurso que un correo especial, que partiría dos horas más tarde, llevaría a Moscú. Cuando se acostó, el pleno día reinaba luminosamente sobre la ciudad, las llanuras, las canteras, las rutas de las caravanas. Alia acababa de adormilarse luego de una noche de tormentos. Al percibir la presencia del marido, abrió los ojos sobre la blancura del techo, la realidad, su sufrimiento. Y salió suavemente del lecho, casi desnuda, se espió en el espejo con los cabellos desgreñados, los senos caídos, pálida, afeada, descuidada, humillada, semejante a una anciana a causa de la cajera rubia del cine La Aurora. ¿Se daba cuenta de lo que hacía? ¿Qué iba a buscar en el cajón de las alhajas? Ahí encontró un pequeño cuchillo de casa con mango de cuerno que tomó entre las manos. Regresó al lecho. En medio de las sábanas deshechas, y con la ropa de cama abierta, Artemio dormía profundamente: la boca cerrada, el borde de la nariz perlado de gotitas, el gran cuerpo desnudo cubierto de pelos rojizos, abandonado... Alia lo contempló un momento como asombrada de reconocerlo, más asombrada aún de descubrir ahí algo desconocido, alguna

cosa que se le escapaba sin remedio, acaso una presencia extranjera, un alma que dormía en él, semejante a una secreta luz que el despertar disipaba. «Dios mío, Dios mío, Dios mío», se repetía Alia mentalmente, presintiendo cómo dentro de ella una fuerza iba a levantar el cuchillo, tomar impulso, golpear ese cuerpo masculino tumbado, ese cuerpo masculino amado hasta el fondo del odio. ¿Dónde golpear? ¿Buscar el corazón, bien protegido por una coraza de huesos y de carne, difícil de alcanzar por su profundidad; rajar el vientre ofrecido, donde las heridas son fácilmente mortales, desgarrar el sexo anidado en el mechón de pelo, carne suave, execrable y enternecedora? Esta idea —pero no era una idea, era ya el esbozo de un acto— avanzaba tenebrosamente por los centros nerviosos... Ese flujo sombrío se cruzó con otro, hecho de inquietud. Alia volvió la cabeza y vio que Makeyev, con los ojos completamente abiertos, la miraba con una sagacidad aterradora.

—Alia —dijo él simplemente—, suelta el cuchillo.

Ella se paralizó. Incorporándose de un salto, Artemio le cogió el pequeño puño, le abrió la débil manita, tiró a lo lejos el cuchillo con mango de cuerno... Alia se hundió en la vergüenza y la desesperación; gruesas lágrimas destellantes colgaban de sus pestañas... Se sentía una niña traviesa sorprendida en falta, desamparada por completo; ahora él la arrojaría lejos de sí como un perro sarnoso, la ahogaría.

—¿Querías matarme? —dijo él—. ¿Matar a Makeyev, secretario del Comité Regional, tú, miembro del partido? ¿Matar al constructor Makeyev, miserable? ¿Matarme por una cajera rubia, tú, idiota?

La cólera se apoderaba de él, a través de esas palabras tan claras. «Sí», dijo Alia, débilmente.

—¡Imbécil, imbécil! Te habrían metido seis meses en una cueva, ¿lo has pensado? Luego, una noche, hacia las dos de la mañana, te habrían llevado detrás de la estación y te habrían colocado una bala aquí, mira, aquí —y le dio un fuerte golpe en la nuca—, ¿entiendes? ¿Quieres el divorcio esta misma mañana?

Ella dijo con rabia:

Y al mismo tiempo, en voz baja, con sus largas pestañas abatidas: «No. Eres un mentiroso y un traidor», repetía ella con una suerte de

automatismo, tratando de juntar sus ideas. Continuó: —Han matado a Tuláyev por menos y tú te alegraste. ¡Pero si tú lo ayudaste a organizar la hambruna, eso decías a cada rato! ¡Siquiera él no le ha mentido a una mujer, como tú lo has hecho!

Eran palabras tan terribles que Makeyev abrió ante su mujer unos ojos enloquecidos. Se sentía desesperadamente débil. El furor era lo único que le impedía desfallecer. Estalló: —¡Nunca! ¡Nunca he dicho nada de tu galimatías criminal!... Eres indigna del partido. ¡Eres una porquería!

Se puso a recorrer la habitación en todas direcciones, gesticulando como un demente. Alia, acostada sobre el diván, con el rostro entre los cojines, no se movía. Él se dirigió de pronto hacia ella, con un cinturón de cuero en la mano; le agarró la nuca con la mano izquierda, y con la derecha empezó a azotarla, a azotarla hasta que el cuerpo, apenas cubierto de seda, comenzó a desvanecerse, convulsionado suavemente bajo su puño... Cuando el cuerpo dejó de moverse, cuando el aliento dolorido de Alia pareció extinguirse, Makeyev, calmado, volvió a sus cabales y se inclinó para enjugar suavemente, con un algodón embebido en agua de Colonia, el rostro deshecho de su mujer que en unos instantes se volvió fea, con esa fealdad lastimosa de una chiquilla... Fue a buscar amoniaco, mojó con él unas toallas; fue diligente y hábil como una buena enfermera... Y al volver en sí, Alia vio inclinados sobre ella los ojos verdes de Makeyev, entrecerrados como los de un gato... Artemio le besó la cara torpemente, calurosamente, y luego se alejó. «Descansa, tonta, voy a trabajar».

La vida volvió a ser normal para Makeyev, entre una Alia silenciosa y la reina de diamantes, enviada por precaución a las canteras de la nueva planta eléctrica, situada entre la llanura y el bosque, donde se le encargó el manejo del correo. Esas canteras trabajaban veinticuatro horas al día. El secretario del Comité Regional hacía ahí frecuentes apariciones a fin de estimular el esfuerzo de las brigadas de élite, para seguir él mismo la ejecución de los planes semanales, para recibir los informes del personal técnico, para contrafirmar los telegramas dirigidos cada día al Centro... Regresaba agotado, bajo las estrellas límpidas. (Durante ese tiempo, en alguna parte de

la ciudad, manos desconocidas, trabajando al amparo del misterio, recortaban obstinadamente en los periódicos letras del alfabeto de todas dimensiones, las colecciónaban, las alineaban sobre hojas de cuaderno; harían falta unas quinientas para la epístola planeada. Este paciente trabajo se cumplía en la soledad, el mutismo, la vigilia de todos los sentidos; los periódicos mutilados, provistos con un lastre de piedra, bajaban al fondo de un pozo, pues quemarlos hubiera producido humo, y no hay humo sin fuego, ¿verdad? Las manos secretas preparaban el alfabeto demoniaco, el espíritu ignorado del mundo reunía las huellas, los indicios esparcidos, los elementos infinitesimales de multitud de certezas escondidas, inconfesables...).

Makeyev proyectaba viajar a Moscú para discutir con los dirigentes de la electrificación la cuestión de la insuficiencia de materiales; en la misma ocasión, informaría al CC y al Ejecutivo Central de los progresos realizados en el curso del semestre en el mejoramiento de los caminos y la irrigación (gracias a la mano de obra penitenciaria barata); acaso estos progresos compensarían la falta de mano de obra cualificada, la crisis en la cría de ganado, el mal estado de los cultivos industrializados, la lentitud en el trabajo de los talleres de los ferrocarriles... Recibió con gusto el breve mensaje —confidencial, urgente— del CC, invitándolo a asistir a una conferencia de los secretarios regionales del suroeste. Makeyev partió con dos días de anticipación, en el compartimiento azul de su coche cama, se puso a examinar los informes del Consejo Económico de la región. ¡Los especialistas de la Comisión Central del Plan tendrían de qué hablar con él! Campos de nieve ilimitados, sembrados de techos míseros, huían detrás de las ventanas; el horizonte de los bosques era triste bajo los cielos plomizos, la luz llenaba los espacios blancos con una espera inmensa. Makeyev contempló las hermosas tierras negras que un deshielo prematuro cubría a trechos de charcos en los cuales se perseguían las nubes. «¡Indigente Rusia, opulenta Rusia!», murmuraba, porque Lenin, en 1918, citó estos dos versos de Nekrásov. Los Makeyev, a fuerza de trabajar estas tierras, hacían surgir en ellas la opulencia de la indigencia.

En la estación de Moscú, Makeyev consiguió sin esfuerzo que se le enviara un automóvil del CC, que resultó un gran vehículo norteamericano

de forma singular, redondeada, alargada, «aerodinámica», según explicó el chófer, vestido casi como los chóferes de los millonarios en las películas extranjeras. Makeyev encontró que en siete meses varias cosas habían mejorado en la capital. La vida proseguía ahí en medio de una transparencia gris, sobre el asfalto nuevo, diaria y escrupulosamente limpiado de nieve. Los escaparates lucían muy bien. En la Comisión del Plan, un edificio de hormigón armado, cristal y acero, de entre doscientas y trescientas oficinas, Makeyev, recibido como un gran personaje, dado su rango, por funcionarios elegantes, de gruesas gafas y vestidos a la inglesa, obtuvo sin esfuerzo lo que deseaba: materiales, suplemento de créditos, la devolución de un expediente al departamento de proyectos, creación de un camino que no estaba en el plan. ¿Cómo iba a adivinar él que los materiales no existían y que todos esos personajes impresionantes no tenían más que una existencia espectral, pues el BP acababa de decidir, en principio, la depuración y la reorganización completa de las oficinas del gran plan? Makeyev, contento, se sintió más importante que nunca. Su abrigo sencillo, el simple gorro de piel, contrastaban con la apariencia impecable de los técnicos y hacían renacer en él al constructor provinciano. «Nosotros, los roturadores de las tierras vírgenes...». Colocaba frasecitas como esta en la entrevista, y no sonaban falsas.

De los pocos viejos camaradas que trató de buscar al segundo día, no fue posible encontrarse con ninguno. Uno estaba enfermo en una clínica de las afueras, muy lejos; de los otros dos, no obtuvo, por teléfono, más que respuestas evasivas. Makeyev, la segunda vez, se enfadó. «Aquí Makeyev, le digo. Makeyev del CC, ¿me entiende? Le pregunto dónde está Foma, bien me lo puede decir, yo creo...». La incierta voz de hombre, al otro lado de la línea, bajó el tono, como si quisiera ocultarse, y murmuró: «Está arrestado...». ¿Arrestado Foma, bolchevique de 1904, fiel a la línea general, exmiembro de la Comisión Central de Control, miembro del colegio especial de la Seguridad? Makeyev, sofocado, hizo una mueca, y por un momento perdió la compostura. ¿Qué estaba sucediendo?

Decidió pasar la noche solo, en la ópera. En el gran palco gubernamental, antes de la familia imperial, al que entró un poco después de que levantaran el telón, encontró a una pareja de ancianos instalada en la primera fila de la

izquierda. Makeyev saludó discretamente a Popov, uno de los directores de conciencia del partido, viejecillo descuidado, de tez grisácea, de perfil blando, de barbita amarillenta, vestido con una túnica gris deformada en los bolsillos; su compañera se le asemejaba asombrosamente. Le pareció a Makeyev que ella apenas le devolvía el saludo, evitando incluso volver la cabeza hacia él. Popov se cruzó de brazos sobre el terciopelo del antepecho, tosió, torció la boca, completamente absorto por el espectáculo. Makeyev se sentó al otro extremo de la fila. Los asientos vacíos agrandaban la distancia entre él y los Popov; aun juntos, el vasto palco los hubiera rodeado de soledad. Makeyev no consiguió interesarse ni en la escena ni en la música, que casi siempre lo embriagaba como una droga, llenando todo su ser de emoción, su cabeza de imágenes sin ilación, ora violentas, ora lastimeras, y lo dejaba con la garganta lista a emitir gritos, suspiros, o una especie de lamento. Se repitió que todo iba de lo más bien, que ese era uno de los más bellos espectáculos del mundo, todavía perteneciente a la cultura del antiguo régimen, «pero nosotros somos los herederos legítimos, los conquistadores, de esta cultura». Y además, esas bailarinas, esas hermosas bailarinas, ¿cómo no desearlas? (Desear era todavía una de sus formas de olvidar).

En el entreacto, los Popov se retiraron tan discretamente que él no se dio cuenta de su partida más que con el acrecentamiento de su soledad en el gran palco. Durante un momento contempló de pie el anfiteatro, constelado de luces, de vestidos de noche y de uniformes. «Nuestra Moscú, capital del mundo». Makeyev sonrió. Camino al vestíbulo, un oficial de gafas achaflanadas, con un bigote hábilmente recortado en cuadro, sobre el cual lucía una curva nariz, como pico de lechuza, lo saludó muy respetuosamente. Al devolverle el saludo, Makeyev lo detuvo un momento haciéndole un gesto con la barbilla. El otro se presentó: —Capitán Pajomov, comandante del servicio de orden; encantado de servirle, camarada Makeyev.

Halagado de ser reconocido, Makeyev lo hubiera besado con gusto. La insólita soledad se desvanecía. Makeyev lo cogió del brazo.

—Ah, acaba usted de llegar, camarada Makeyev —decía Pajomov, lentamente, como si reflexionara en cada cosa—; entonces, ¿no conoce

nuestras nuevas instalaciones de decorado, compradas en Nueva York y montadas en noviembre? Debería usted verlas, han maravillado a Meyerhold... ¿Quiere usted que lo espere en el entreacto del tercero para mostrárselas?

Antes de responder, Makeyev preguntó con un tono desapegado:

—Dígame, capitán Pajomov, esa pequeña actriz del turbante verde, tan graciosa, ¿quién es?

La nariz de pico de lechuza y los ojos nocturnos de Pajomov se animaron un poco: —Es muy talentosa, camarada Makeyev. Notable. Paulina Ananieva. Se la presentaré en su palco, ella estará encantada, camarada Makeyev, encantada, no lo dude usted...

Y ahora me importas un comino, Popov, viejo moralista, viejo cascarrabias, tú y tu vieja mujer, parecida a un viejo pavo desplumado. ¿Qué entiendes tú de la vida de los seres fuertes, de los constructores, de los hombres que viven a la intemperie, de los hombres de combate? Bajo el piso, en los sótanos, las ratas comen oscuros alimentos, vosotros, vosotros devoráis los expedientes, las quejas, las circulares, las tesis que el gran partido arroja en vuestras oficinas, y así será hasta el día en que os entierren, con más honores de los que habéis conocido en vuestra miserable existencia. Makeyev se inclinó hacia adelante y casi le dio la espalda a esa pareja desagradable. ¿Adonde invitar a Paulina? ¿Al bar del Metropole? Paulina: hermoso nombre de amante. Paulina... ¿Se dejaría seducir esta noche? Paulina... Makeyev, invadido por una especie de felicidad, esperaba el entreacto.

El capitán Pajomov lo aguardaba en la vuelta de la gran escalera. «Antes que nada, camarada Makeyev, le voy a enseñar las nuevas máquinas; en seguida pasamos con Ananieva, que está esperando...». «Bien, muy bien...».

Makeyev siguió al oficial por un dédalo de corredores cada vez más iluminados. A la izquierda, una cortina descubierta dejó ver a unos maquinistas ocupados alrededor de un cabrestante; unos muchachos en blusas azules barrían el escenario; un mecánico se les acercó, empujando delante de él una especie de pequeño reflector bajo sobre ruedas. «Es apasionante, ¿no es cierto?», dijo el oficial con cara de lechuza. Makeyev, con el cerebro lleno con la espera de una mujer, respondió: «La magia del

teatro, querido camarada...». Pasaron de largo; una puerta metálica se abrió delante de ellos, se cerró detrás de ellos, se encontraron en medio de la oscuridad. «¿Qué pasa?», exclamó el oficial... «No se mueva usted, permítame, camarada Makeyev, yo...». Hacía frío. La oscuridad no duró más que unos segundos, pero cuando volvió —una pobre luz brumosa de bambalinas, de sala de espera abandonada, o de antecámara de un infierno miserable—, Pajomov ya no estaba allí; de la muralla del fondo, por el contrario, se desprendieron varias gabardinas negras, uno se acercó rápidamente a Makeyev, un tipo de espaldas anchas, con el cuello de la gabardina levantada, la gorra sobre los ojos, las manos en los bolsillos. La voz de este desconocido murmuró clara y tajantemente: —Artemio Artémievich, no monte escándalo, se lo ruego. Está usted detenido.

Varias gabardinas lo rodearon, se pegaron a él; manos hábiles lo recorrieron y lo sometieron, buscando su revólver... Makeyev tuvo una reacción violenta que por poco lo libera de todas esas manos, de todos esos hombros, pero más bien se afirmaron sobre él y lo clavaron en su lugar: —No monte escándalo, camarada Makeyev —repetía la voz persuasiva—. Todo se arreglará sin duda, no debe de ser más que un malentendido, obedezca nuestras órdenes... ¡Sin ruido! ¡A ver, ustedes!

Makeyev se dejó llevar, casi cargado. Le pusieron su abrigo, dos hombres lo agarraron del brazo, otros lo precedían y lo seguían; caminaban así a través de las penumbras abigarradas, como un solo ser, removiendo torpemente sus piernas multiplicadas. El estrecho corredor los oprimía, aplastando a los unos contra los otros. Detrás de una puerta vecina, la orquesta empezó a tocar, con una prodigiosa suavidad. En algún sitio, en las praderas, al borde de un lago plateado, millares de pájaros saludaban la aurora, la luz ascendía de segundo en segundo, un canto se mezclaba con ella, una pura voz de mujer avanzaba a través de esa mañana de otro mundo... «Con cuidado, fíjese en los escalones», susurró uno de ellos a la oreja de Makeyev, y no hubo ya más amanecer, ni cantos, ni nada, sino la noche fría, un automóvil negro, lo inimaginable...

05

El viaje a la derrota

Antes de llegar a Barcelona, Iván Kondratiev sufrió varias transformaciones de rigor. Al principio fue *Mr. Murray-Barren* de Cincinnati, Ohio, USA,^[2] fotógrafo de la Mundial-Foto Press, en viaje de Estocolmo a París vía Londres... Llevado por un taxi a los Champs-Élysées, paseó un momento a pie, con una maletita rosa en la mano, entre la rue Marbeuf y el Grand Palais; se le vio detenerse delante del Clémenceau disfrazado de viejo soldado, que va caminando sobre un bloque de piedra en el ángulo del Petit Palais. El bronce congelaba el impulso del viejo, y ello resultaba perfecto. Se camina así cuando se está al borde del camino, cuando ya no se puede más. «¿Por cuento tiempo más, viejo testarudo, has salvado a un mundo en agonía? ¿Acaso no has hecho sino hundir mejor en la roca la mina que lo hará saltar?». «Los he fastidiado por cincuenta años», murmuraba amargamente el viejo hombre de bronce. Kondratiev lo consideró con una secreta simpatía. Leyó, divertido, sobre una placa de mármol blanco incrustada en la roca: *Cogné, sculpteur*. Dos horas más tarde, *Mr. Murray-Barren* salía de una mansión de aspecto clerical del barrio de Saint-Sulpice, siempre llevando su ligera maleta rosa, pero ahora convertido en *Mr. Waldemar Laytis*, ciudadano letón, delegado en España por la Cruz Roja de su país. De Toulouse, sobrevolando paisajes impregnados por una luz dichosa, las cimas herrumbrosas de los Pirineos, Figueras adormecida, las colinas de Cataluña doradas como una hermosa piel, un avión de Air-France transportó a *Mr. Waldemar Laytis* a Barcelona. El oficial del control internacional de la no-intervención, un sueco meticuloso, debió de pensar que la Cruz Roja de ese país báltico desplegaba en la península una loable actividad: *Mr. Laytis* era por lo menos el quinto o sexto delegado que enviaba a observar los efectos de los bombardeos aéreos en las ciudades abiertas. Al notar un gesto de concentración en la cara del oficial, Iván Kondratiev tomó nota de que el servicio de enlace debía de estar abusando de ese truco. En el aeródromo de Prat, un coronel rechoncho, de gafas, le dirigió algunos cumplidos a *Mr. Laytis* con una voz untuosa, lo hizo subir a un

bonito coche cuya carrocería llevaba con elegancia algunos rasguños de bala y le dijo al chófer: «Vaya, amigo». Iván Kondratiev, mensajero de una revolución fuerte y victoriosa, sintió que penetraba en una revolución sumamente enferma.

—¿La situación?

—Muy buena. Quiero decir, no del todo desesperada... Se cuenta mucho con ustedes. Un barco griego bajo pabellón británico se hundió anoche cerca de las Baleares: municiones, bombardeos, disparos de artillería, la confusión cotidiana... *No importa*. Rumores de concentraciones en la región del Ebro. *Es todo*.

—¿Y en el interior? ¿Los anarquistas? ¿Los trotskistas?

—Los anarquistas están mucho más razonables, probablemente acabados...

—Puesto que son razonables —dijo suavemente Kondratiev.

—Los trotskistas, casi todos en prisión...

—Muy bien. Pero se retrasaron ustedes —dijo Kondratiev severamente, y algo dentro de él se endureció.

Una ciudad, iluminada con suntuosa suavidad por el sol final del atardecer, se abrió delante de él, semejante en mucho a otras ciudades marcadas por el mismo sello banalmente infernal. El enyesado de las casas bajas rosadas o rojas se caía a pedazos; las ventanas bostezaban, con los vidrios rotos; manchas negras de incendios se extendían sobre algunos ladrillos; los escaparates estaban protegidos con tablas. Una cincuentena de mujeres, pacientes y locuaces, esperaban a las puertas de un almacén devastado. Kondratiev las reconoció por su cutis terroso, sus rasgos cansados, por haberlas visto ya antes, igual de miserables, igualmente pacientes y locuaces, bajo el sol y el cierzo, a las puertas de los almacenes en Petrogrado, en Kiev, en Odesa, en Irkutsk, en Vladivostok, en Leipzig, en Hamburgo, en Cantón, en Chan-shá, en Wu-han. Esta espera de las mujeres por las patatas, el pan amargo, el arroz, el último azúcar, debía de ser tan necesaria a la transformación social como los discursos de los jefes, las ejecuciones secretas, las consignas absurdas. Gastos consabidos. El automóvil traqueteaba como los de Asia Central. Aparecían casas señoriales en medio de jardines. Entre los follajes, apareció una fachada blanca

cubierta a trechos por hoyos abiertos hacia el cielo en la mampostería...

—¿Qué porcentaje hay de casas dañadas?

—*No sé*. No es tanto —respondió despreocupadamente el coronel rechoncho, de gafas, que parecía mascar chicle; pero que no mascaba nada: ese gesto era un tic.

En el patio de una antigua y rica residencia de Sarriá, Iván Kondratiev distribuyó, sonriente, apretones de manos. La fuente parecía reír dulcemente para sí misma, columnas redondas sostenían las bóvedas debajo de las cuales la sombra fresca era azul. El agua de un arroyuelo se deslizaba por un canal de mármol, un intermitente golpeteo de máquinas de escribir se mezclaba con ese ligero ruido de seda arrugada que no se alteraba ni con el ruido de las explosiones lejanas. Bien rasurado, vestido con un uniforme flamante del ejército republicano, Kondratiev se había convertido ahora en el general Rudin. «¿Rudin?», exclamaba un alto funcionario de asuntos extranjeros, «¿no nos hemos encontrado ya alguna vez? ¿En Ginebra, quizás, en la Sociedad de Naciones?». El ruso se relajó un poco, solo un poco. «Nunca he estado ahí, señor, pero pudo usted haber encontrado un personaje con ese nombre en una novela de Turguéniev...». «¡Claro!», exclamó el alto funcionario, «por supuesto. Usted sabe, Turguéniev es casi un clásico entre nosotros...». «Lo compruebo con gusto», respondió cortésmente Rudin, que comenzaba a sentirse mal, incómodo.

Estos españoles le desagradaron de inmediato. Eran simpáticos, infantiles; estaban llenos de ideas, de proyectos, de recriminaciones, de informaciones confidenciales, de sospechas ostentadas a pleno día, de secretos difundidos a los cuatro vientos por medio de hermosas voces cálidas, y ninguno había leído a Marx, en verdad (algunos mentían descaradamente diciendo que lo habían leído: eran tan ignorantes del marxismo que no se daban cuenta de que un intercambio de tres frases bastaba para revelar su mentira), ninguno hubiera resultado siquiera un agitador pasable en un centro industrial de segundo orden como Zaporojé o Chui. Además, les parecía que el material soviético llegaba en cantidades demasiado pequeñas, que los camiones eran defectuosos; de creerles, la situación se volvía por todos lados insostenible, pero al instante siguiente ellos mismos proponían un plan para la victoria; algunos preconizaban la

guerra europea; los anarquistas intentaban renovar la disciplina, establecer un orden despiadado, provocarla intervención extranjera; los republicanos burgueses consideraban a los anarquistas demasiado juiciosos y reprochaban en términos velados a los comunistas su espíritu conservador; los sindicalistas de la CNT decían que la UGT catalana —controlada por los comunistas— se había llenado con cien mil contrarrevolucionarios y semifascistas; los dirigentes de la UGT barcelonesa se declaraban listos a romper con la UGT de Valencia-Madrid; denunciaban por todos lados la intriga de los anarquistas; los comunistas despreciaban a todos los demás partidos pero prodigaban amabilidades a los de la burguesía; parecían temer la organización fantasma de los Amigos de Durruti, que ellos mismos afirmaban que no existía; de creerles, los trotskistas tampoco existían, pero no acababa de perseguirseles, renacían inexplicablemente de las cenizas mejor apisonadas en las prisiones clandestinas, había alegría en los Estados Mayores por la muerte de algún militante de Lérida abatido por la espalda, en la línea de fuego, mientras iba a buscar sopa para los compañeros; se felicitaba por su firmeza a un capitán de la división Karl Marx que había hecho fusilar con un pretexto hábilmente imaginado a un viejo obrero del Partido Obrero de Unificación Marxista, ese partido apestado. Nunca se arreglaban las cuentas; hacían falta años para montar un proceso incierto contra generales que en la URSS hubieran sido fusilados de inmediato sin proceso. Nunca se estaba seguro de encontrar en número suficiente jueces lo bastante sensatos como para enviar a los culpables, luego de examinar documentos falsos elaborados con una increíble negligencia, a las fosas de Montjuich a terminar sus días a esa hora radiante en que los cantos de las aves llenan la nueva mañana. «Habría que fusilar primero a nuestra propia oficina de falsificadores», dijo Rudin enojado, revisando el expediente. «¿No entienden estos idiotas que un documento falso debe al menos *parecerse* a un documento verdadero? Estas porquerías no convencerían más que a nuestros intelectuales, que ya están comprados».

—Los falsificadores que tuvimos al principio ya fueron fusilados casi todos, pero no ha servido de nada —replicó, con el tono de extrema discreción que lo caracterizaba, el búlgaro Yuvanov.

Con mucha ironía, explicó que en este país de sol brillante donde nada es

jamás muy preciso y donde los hechos quemantes se deforman según el grado de combustión, los documentos falsos no alcanzan a tomar consistencia; siempre había obstáculos imprevistos, canallas rematados tenían de repente crisis de conciencia parecidas a un dolor de muelas, borrachos sentimentales soltaban la lengua, el desorden hacia subir del fondo del lodazal los documentos auténticos, el magistrado instructor metía la pata, el fiscal se ruborizaba y le esquivaba la mirada a un viejo amigo que lo llamaba «vil trámposo», para colmo se veía llegar de Londres a un diputado del Independent Labour Party, vestido con un viejo traje gris, delgado, huesudo, con una fealdad específicamente británica, que cerraba sobre la boquilla de su pipa sus maxilares de hombre prehistórico, y no cesaba de preguntar con una obstinación de autómata: «¿Qué ha sucedido con la investigación sobre la desaparición de Andreu Nin?». Los ministros —¡vaya caterva!— le rogaban imperiosamente ante quince personas desmentir «los rumores calumniosos, indignantes para la República» y, en la intimidad, le daban palmadas en la espalda: «Esos cerdos lo han hecho, pero, mire usted, ¿qué podemos hacer nosotros? No podemos combatir sin las armas rusas, ¿me entiende? ¿Cree usted que nosotros mismos estamos seguros?». Ninguno de esos hombres de Estado, incluidos los del PC, hubiera sido digno de un empleo modesto en los servicios secretos: eran demasiado parlanchines. Un ministro comunista denunciaba en la prensa, bajo un seudónimo transparente, a un colega socialista como vendido a los banqueros de la City... El viejo socialista comentaba, en el café, esta prosa infame y la risa le sacudía la triple papada, los pesados carrillos, hasta los párpados cenicientos: «¡Vendido yo! ¡Y son esos malandrines cretinos los que lo dicen, los mismos que están pagados por Moscú, con el oro español, por añadidura!». Se corrió la voz. El búlgaro Yuvanov rindió su informe: «Todos incapaces. Las masas, magníficas, a pesar de todo». Y suspiraba: «Pero son desesperantes...».

Yuvanov llevaba sobre los hombros cuadrados una cabeza de presumido peligrosamente seria: cabellos negros, ondulados, sobre un cráneo espeso, mirada sagaz de domador, bigote cuidadosamente afeitado hasta el borde mismo del labio superior, del que acentuaba, con una raya negra, el contorno. Kondratiev sentía por él una inexplicable antipatía que se precisó

cuando examinaron juntos la lista de los visitantes por recibir. El búlgaro hacía notar con un encogimiento de hombros su desaprobación: los tres que quiso, claramente, descartar resultaron los más interesantes, al menos fueron los que le enseñaron más a Kondratiev. Durante varios días no salió de los dos cuartitos blancos, apenas amueblados con lo necesario, más que para fumar unos cigarrillos mientras caminaba por el patio, sobre todo por la noche, bajo las estrellas. Las mecanógrafas enviadas al anexo contiguo continuaban a lo lejos el traqueteo de sus máquinas de escribir. Ni un ruido llegaba de la ciudad; el vuelo amortiguado de los murciélagos daba vueltas en el espacio. Kondratiev, cansado de los informes sobre las provisiones, los frentes, las divisiones, las escuadrillas aéreas, los complotos, el personal del SIM, de la censura, de la marina, del Secretariado de la Presidencia, el clero, los gastos del partido, los casos personales, la CNT, las maniobras de los agentes ingleses, etcétera, percibía entonces las estrellas que siempre hubiera querido conocer, pero de las que no sabía ni siquiera los nombres. (Pues, en los únicos periodos de estudio y meditación de su vida, en diversas prisiones, no había podido conseguir ni un tratado de astronomía ni un paseo nocturno). Pero, en verdad, las estrellas innumerables no tienen nombre, no tienen número, no poseen más que ese poco de luz misteriosa, misteriosa a causa de la ignorancia humana... Moriré sin saber nada más sobre ellas: tal es el hombre de este tiempo, «separado de sí mismo», desgarrado, como ha dicho Marx, aun el revolucionario profesional en quien la conciencia del desarrollo histórico alcanza su más práctica lucidez. ¿Separado de las estrellas, separado de sí mismo? Kondratiev no quería reflexionar sobre esta extraña fórmula que le vino a la mente, en medio de preocupaciones más útiles. Tan pronto como se relaja uno un poco, divaga y revive la vieja educación literaria, se pone uno sentimental, aun pasados los cincuenta años. Volvía a entrar, retomaba la carpeta de artillería, la lista anotada de los nombramientos al Servicio de Investigación Militar de Madrid, las fotografías del correo personal de don Manuel Azaña, presidente de la República, el análisis de las conversaciones telefónicas de don Indalecio Prieto, ministro de Guerra y Marina, personaje sumamente incómodo... Recibió a la luz de las velas, debido a una avería de la electricidad provocada durante un bombardeo nocturno del puerto, al primero de los visitantes que

Yuvanov hubiera preferido descartar: un teniente coronel socialista, abogado antes de la guerra civil, de origen burgués; era un joven alto y delgado, de cara amarilla, cuya sonrisa revelaba unas feas arrugas. Era de palabra ágil, de precisos reproches.

—Le entrego una relación detallada, querido camarada —sucedía, incluso en el calor de la conversación, que dijera pérfidamente «querido amigo»—. No hemos tenido nunca en la sierra más de doce cartuchos por combatiente... El frente de Aragón no ha sido defendido; se hubiera podido volverlo inexpugnable en quince días; he enviado, a propósito de esto, veintisiete cartas, seis a vuestros compatriotas... La aviación es completamente insuficiente. En suma, estamos en camino de perder la guerra, no se haga ilusiones sobre esto, querido amigo.

—¿Qué quiere usted decir? —cortó Kondratiev, a quien estas palabras claras daban escalofríos.

—Lo que digo, querido camarada. Si no se nos van a dar los medios para batirnos, se nos debería permitir negociar. Negociando ahora, entre españoles, podríamos todavía evitar un desastre completo que no tenemos interés, yo creo, querido amigo, en buscar.

Era de una insolencia tan brutal que Kondratiev, sintiendo que se encendía de cólera, respondió con una voz irreconocible; —... A vuestro gobierno le toca negociar o continuar la guerra. Encuentro su lenguaje fuera de lugar, camarada.

El socialista se estiró con altanería, se acomodó la corbata caqui, sonrió mostrando las encías amarillas: —Entonces excúseme, querido camarada. Quizá todo esto no es, en efecto, más que una farsa que yo no comprendo, pero que cuesta cara a mi pobre pueblo. En todo caso, le he dicho a usted la estricta verdad, mi general. Hasta la vista...

Le tendió una larga mano simiesca, blanda y seca, entrechocó los talones a la alemana, se inclinó, se fue... «Derrotista», pensó Kondratiev furiosamente. «Mal elemento... Yuvanov tenía razón...». El primer visitante de la mañana siguiente fue un sindicalista de pelo crespo, de nariz gruesa en forma de triángulo, de ojos alternativamente ardientes y chispeantes. Respondía con un aire concentrado a las preguntas que le planteaba Kondratiev.

Parecía esperar algo, con las dos manos, gruesas, puestas una encima de la otra. Al fin, durante una pausa incómoda, Kondratiev se dispuso a levantarse para justificar el final de la audiencia. En ese instante el rostro del sindicalista se animó súbitamente, sus manos se extendieron con ardor, se puso a hablar muy rápido, con calor, en un duro francés como si quisiera convencer a Kondratiev de algo capital: —Yo, camarada, yo amo la vida. Nosotros, los anarquistas, somos el partido de los hombres que aman la vida, la libertad de la vida, la armonía... ¡La vida libre! No soy marxista, soy antiestatista, antipolítico. ¡Estoy en desacuerdo con ustedes en todo, con toda mi alma!

—¿Cree usted que puede existir un alma anarquista? —preguntó Kondratiev, divertido.

—No. Me importa un carajo... Pero yo quiero morir como tantos otros, si es por la revolución. Aun si hay que ganar la guerra primero, como dicen ustedes, y hacer luego la revolución, lo que me parece un error funesto; porque, para combatir, la gente debe tener razones por las cuales combatir... Creen ustedes engañarnos con esta patraña de la guerra, antes que nada ¡van a quedarse con un palmo de narices si nosotros ganamos! No se trata de esto... No me importa romperme la cara: pero perder la revolución, la guerra y el pellejo, todo junto, eso me parece demasiado, ¡demonio! Y es lo que nos buscamos con todas esas tonterías. ¿Sabe usted cuáles tonterías? Por ejemplo, veinte mil tipos en la retaguardia, magníficamente armados, con unos lindos uniformes nuevos, para cuidar en las prisiones a diez mil revolucionarios antifascistas, los mejores... Y sus veinte mil cerdos saldrán pitando a la primera alarma, o se pasarán al enemigo. Por ejemplo, esta política de aprovisionamiento de Comorera: los tenderos haciendo bonitos negocios con las últimas patatas y los proletarios apretándose el cinturón. Por ejemplo, todas esas historias de los poumistas y los caballeristas.^[3] Los conozco: son sectarios como todos los marxistas, pero son más honestos que los de ustedes. No hay traidores entre ellos; por lo demás, tienen tantos canallas como los otros.

Por encima de la mesa que los separaba, sus manos buscaron las de Kondratiev, las tomaron entre las suyas, las estrecharon afectuosamente. Su aliento se acercó, su cabeza hirsuta de ojos brillantes se acercó también, y

dijo: —¿Fue usted enviado por su jefe? Me lo puede usted decir. Gutiérrez es una tumba para los secretos. ¡Dígame! ¿Su jefe no ve lo que sucede aquí, lo que esos imbéciles, sus criados, esos incapaces, han hecho? El, que quiere nuestra victoria, ¿es sincero? Si es así, podemos todavía salvarnos, estamos salvados, ¿no es así?

Kondratiev respondió lentamente:

—He sido enviado por el Comité Central de mi partido. Nuestro gran jefe desea el bien del pueblo español. Nosotros les hemos ayudado, les ayudaremos más todavía con todo nuestro poder.

Era glacial. Gutiérrez retiró sus manos, su cabeza hirsuta, la llama de sus ojos; reflexionó unos segundos y luego soltó una carcajada.

—Bueno, camarada Rudin. Cuando visite usted el metro, recuerde usted que Gutiérrez, que ama la vida, terminará allí sus días dentro de dos o tres meses. Está decidido. Bajaremos con nuestras metralletas a los túneles, y ahí libraremos la última batalla, que les costará cara a los franquistas, se lo aseguro —alegriamente, le guiñó el ojo a Kondratiev—. Y cuando hayamos caído, ¿qué se llevarán ustedes, todos ustedes? —su gesto abarcaba el mundo...

Kondratiev hubiera querido darle seguridades, hablarle de tú... Pero sentía su propia dureza. Cuando se despidieron, no dijo más que palabras vanas, o que él sentía vanas. Gutiérrez se retiró bamboleándose, con un paso pesado, luego de darle un apretón de manos que terminó en una especie de sacudida.

Y el tercero de los malos visitantes fue introducido: Claus, oficial de la brigada internacional, viejo militante del PC alemán, comprometido otrora con la tendencia de Heinz Neumann, condenado en Baviera, condenado en Turinga... Kondratiev lo conocía desde Hamburgo, en 1923: tres días y tres noches de combates callejeros. Buen tirador, Claus; lleno de sangre fría. Se sintieron contentos de volverse a encontrar; permanecieron de pie, cara a cara, con las manos en los bolsillos, como amigos. «¿Va bien todo allá, la edificación socialista?», preguntó Claus. «¿Se vive mejor? ¿Y la juventud?». Kondratiev elevó el tono de voz con una alegría que sintió falsificada, para decir que todo estaba en pleno crecimiento. Hablaron de la defensa de Madrid en plan de técnicos, del espíritu —excelente— de las Brigadas

Internacionales.

—¿Te acuerdas de Beimler, Hans Beimler? —dijo Claus.

—Por supuesto —respondió Kondratiev—, ¿está contigo?

—No está.

—¿Muerto?

—Muerto. En la primera línea, en la Ciudad Universitaria, pero por la espalda, liquidado por los nuestros —los labios de Claus temblaron, su voz tembló también—. Es por esto que te he venido a ver. Tú debes hacer una investigación. Un crimen abominable.

Muerto por yo no sé qué chismes, qué sospechas. El búlgaro con cara de chulo que me encontré aquí a la entrada debe de saber algo. Interrógalos.

—Lo interrogaré —dijo Kondratiev—. ¿Es todo?

—Todo.

Cuando Claus se fue, Kondratiev le ordenó a su ayudante que no dejara entrar a nadie, cerró la puerta del patio, caminó unos minutos por la habitación, que se había vuelto sofocante como la celda de una prisión. ¿Qué responder a estos hombres? ¿Qué escribir a Moscú? Las declaraciones de los personajes oficiales aparecerían bajo una luz siniestra en cada confrontación con los hechos. ¿Por qué la DCA no entraba en acción más que al final de los bombardeos, demasiado tarde? ¿Por qué las alertas no funcionaban más que cuando las bombas ya estaban cayendo? ¿Por qué la inacción de la flota? ¿Por qué la muerte de Hans Beimler? ¿Y la falta de municiones en las posiciones más avanzadas? ¿El paso al enemigo de los oficiales del Estado Mayor? ¿La hambruna de los pobres en el interior? Sentía muy claramente que esas cuestiones precisas disimulaban un mal mucho más vasto sobre el cual más valía no interrogarse... Su meditación duró poco porque Yuvanov llamó a la puerta. «Va a ser hora de irse a la conferencia de los comisarios políticos, camarada Rudin». Kondratiev asintió. Y la investigación sobre la muerte de Hans Beimler, muerto como enemigo en los paisajes lunares de la Ciudad Universitaria, se cerró de inmediato.

—¿Beimler? —dijo Yuvanov con desapego—, ya sé. Bravo, un poco imprudente. No hay nada de misterioso en su muerte: esas inspecciones de los puestos de avanzada cuestan uno o dos hombres cada día; se le aconsejó

no ir. Su conducta política había causado algún descontento en la brigada. Nada grave: discusiones indulgentes con los trotskistas, declaraciones sobre los procesos de Moscú, mostrando que no comprendía nada... He recabado todos los detalles sobre su fin con una fuente segura. Uno de mis camaradas lo acompañaba en el momento en que fue alcanzado...

Kondratiev insistió:

—¿Lo elucidó usted todo?

—¿Elucidar qué? ¿La procedencia de una bala perdida en un *no man's land* barrido por treinta ametralladoras?

En efecto: preocuparse era ridículo.

Yuvanov retomó el hilo al arrancar el automóvil:

—Una buena noticia, camarada Rudin. Hemos conseguido arrestar a Stefan Stern. Ordené llevarlo a bordo del *Kubán*. ¡Un buen golpe a la traición trotskista!... Eso vale una victoria, ¡se lo aseguro!

—¿Una victoria? ¿De veras lo cree?

El nombre de Stern aparecía en un buen número de informes sobre los grupos heréticos. Kondratiev se había detenido al leerlo en numerosas ocasiones. Secretario de un grupo disidente, según eso; más bien teórico que organizador; autor de tratados y de un folleto sobre «el reagrupamiento internacional». Ese trotskista polemizaba ásperamente con Trotsky.

—¿Quién lo ha arrestado? —continuó Kondratiev—, ¿nosotros? ¿Y lo ha hecho usted llevar a bordo de uno de nuestros barcos? ¿Actuó usted obedeciendo órdenes o por iniciativa propia?

—Tengo el derecho de no responder a esa pregunta —repuso firmemente Yuvanov.

Stefan Stern había franqueado, no hacía mucho, los Pirineos, sin pasaporte, sin dinero, pero llevando en su mochila un precioso original mecanografiado de *Tesis sobre las fuerzas motrices de la revolución española*. La primera muchacha morena de brazos dorados que vio en un albergue del condado de Puigcerdá lo dejó embriagado con una mirada sonriente, más dorada que sus brazos, y le dijo: «Aquí, camarada, empieza la verdadera revolución libertaria».^[4] Por eso ella había consentido en dejarse tocar los senos y

besar bajo los rizos rojos de la nuca. Ella era todo calor fiero de los ojos, blancura de dientes, acre aroma de carne joven, en contacto con la tierra y los animales; llevaba entre los brazos ropas lavadas y frescas, arrugadas, y la frescura del pozo la envolvía toda. Una blancura teñía a lo lejos las alturas, a través de las ramas de un manzano. «Mi nombre es Nieve»,^[5] dijo la muchacha, divertida con la exaltación, mezclada con timidez, de ese joven camarada extranjero de grandes ojos verdes, ligeramente oblicuos, de frente cubierta por mechazos rojizos y despeinadas, y él comprendió que ella se llamaba Nieve. «Nieve, Nieve cubierta de sol, pura Nieve», murmuraba él con una suerte de exaltación, en una lengua que Nieve no comprendía. Y mientras la acariciaba distraídamente, parecía ya no pensar en ella. El recuerdo de ese momento, semejante al de una simple felicidad increíble, no se extinguiría en él ya nunca. En ese instante su vida se fracturaba: la miseria de Praga y de Viena, la actividad de los pequeños grupos, sus escisiones, el pan desabrido gracias al cual se vivía en hotelitos que olían a orina rancia, en París, detrás del Panteón, la soledad, en fin, del hombre cargado de ideas, todo eso desaparecía.

En Barcelona, al final del mitin, mientras que una multitud cantaba para aquellos que habrían de partir al combate, bajo el gran retrato de Joaquín Maurín, muerto en la sierra (pero en realidad vivo, sin nombre, en una prisión del enemigo), Stefan Stern se encontró con Annie, cuyos veinticinco años parecían apenas diecisiete. Pantorrillas desnudas, brazos desnudos, cuello descubierto, una pesada maleta colgando de la mano, llegada de muy lejos —del Norte—, animada por una pasión arraigada. Una vez entendida la teoría de la revolución permanente, ¿cómo vivir, por qué vivir sino para cumplir altas empresas? Si alguien le hubiera recordado a Annie el gran salón familiar donde su padre, el señor armador, recibía al señor pastor, al señor burgomaestre, al señor doctor, al señor presidente de la Asociación de Beneficencia; y las sonatas que una Annie anterior, niña obediente de trenzas enrolladas sobre las orejas, tocaba en ese mismo salón de domingo, delante de las señoras, Annie, según su humor, hubiese adoptado una cara de disgusto para responder que ese pantano burgués era nauseabundo, o se hubiera puesto provocadora, con una risa un poco estridente que no le pertenecía del todo, y hubiese dicho algo como esto: «¿Quieres que te

cuente cómo aprendí del amor en una gruta de Altamira con los milicianos de la CNT?». Ella había trabajado alguna vez con Stefan Stern, tomándole el dictado; cuando salieron del Gran Circo, en las oleadas de la multitud, él la cogió súbitamente por la cintura —sin haberlo planeado el instante anterior—, la estrechó contra él, la invitó simplemente: «¿Te quedas conmigo esta noche, Annie? Me aburro tanto en la noche...». Ella lo miró de reojo, dividida entre la irritación y una suerte de alegría, tentada de responderle con malignidad: «Ve a buscarte una puta, Stefan, ¿quieres que te preste diez pesetas?», pero habiéndose contenido por un instante, fue la alegría la que habló en un tono de desafío un poco amargo: —¿Tú me deseas, Stefan?

—¡Ya lo creo! —dijo él con decisión, parándose delante de ella, y quitándose de la frente los mechones rojizos que le caían. Sus ojos tenían un brillo cobrizo.

—Bueno. Tómame del brazo y vámonos —dijo ella.

En seguida se pusieron a hablar del mitin, del discurso de Andreu Nin, demasiado flojo en ciertos puntos, insuficiente sobre la cuestión esencial: «Hay que ser mucho más tajantes, no ceder nada sobre el poder de los comités», decía Stefan. «Tienes razón», respondió Annie con viveza. «Bésame y, sobre todo, no me recites malos versos...». Se besaron torpemente a la sombra de una palmera de la Plaza de Cataluña mientras un reflector de la defensa recorría el cielo, se detenía en el cenit, plantado derechamente en pleno cielo como una espada de luz. Sobre la cuestión de los comités revolucionarios, que no había que disolver para el nuevo gobierno de coalición, estaban de acuerdo. De este acuerdo nacía en ellos un calor amistoso. Después de las jornadas de mayo del 37, el secuestro de Andreu Nin, la proscripción del POUM, la desaparición de Kurt Landau, Stefan Stern vivió en Gracia con Annie, en una casa rosa de una planta, rodeada del jardín de un horticultor, ahora abandonado, donde flores suntuosas, que volvían al estado silvestre, crecían en desorden, mezcladas a las ortigas, a los cardos, a plantas extrañas de largas hojas aterciopeladas... Los hombros de Annie eran derechos, el cuello esbelto como un fuerte tallo. Llevaba levantada una cabeza alargada, estrecha en las sienes, y no tenía casi cejas —de ellas, solo un rastro imperceptible—. Sus cabellos rubio pajizo dejaban ver una pequeña frente lisa y dura, sus ojos color pizarra

posaban sobre las cosas una mirada desapegada. Annie iba a por las provisiones, cocinaba en el hogar o en una estufilla, lavaba la ropa, corregía pruebas de imprenta, mecanografiaba la correspondencia, los artículos, las tesis de Stefan. Vivían casi en silencio. Stefan se sentaba algunas veces frente a Annie, cuyos dedos danzaban sobre las teclas de la máquina de escribir, la miraba con una sonrisa, de través, y decía solamente: —Annie.

Ella respondía:

—Es el mensaje a la ILP, déjame terminar... ¿Preparaste la respuesta al KPO?

—No, no he tenido tiempo. He encontrado un montón de cosas de que hablar en el Boletín interno de la IV^a.

En todo esto cundía el error, ahogando la doctrina victoriosa de 1917; había que intentar salvarla por medio de estos afanes, para las luchas del porvenir, puesto que visiblemente ya no quedaba nada que salvar sino la teoría, antes de los últimos días.

Los camaradas les llevaban noticias todos los días... Jaime contaba la historia más extraña: la de los tres tipos que se estaban rasurando durante un bombardeo, degollados los tres de un solo navajazo por los tres barberos cuando la explosión de una bomba los hizo saltar a todos, ¡y luego venir a hablar de efectos cinematográficos! Un tranvía repleto de mujeres que llevaban las provisiones matinales estalló de repente en llamas, inexplicablemente; el aliento del fuego ahogaba los gritos con una crepitación enorme; esa sucursal del infierno dejaba en medio del crucero, bajo la mirada vacía de las ventanas reventadas, un negro esqueleto metálico... «Hubo que desviar toda la línea». La gente que no había conseguido sus preciosas patatas se encaminaba, con pasos menudos, cada uno hacia su propia vida... Las sirenas bramaban de nuevo, las mujeres reunidas a la puerta de la carnicería no se dispersaban por miedo de perder con su turno la porción de lentejas. Pues la muerte no es más que posibilidad, mientras que el hambre es certeza. Se abalanzaban entre los escombros de las casas demolidas para juntar restos de madera, con los cuales hacer hervir la sopa. Bombas de un modelo desconocido fabricadas en Sajonia por hombres de ciencia concienzudos desataban tales ciclones, que los esqueletos de los edificios eran lo único que quedaba en pie,

reinando sobre islotes de silencio semejantes a cráteres súbitamente extinguidos. Nadie sobrevivía bajo los escombros, salvo, por un milagro, una niñita desmayada, de cortos rizos negros, que los compañeros encontraron bajo cinco metros de cascote, en una especie de alcoba milagrosamente intacta, se la llevaron con movimientos de una suavidad inconcebible, emocionados de escuchar su aliento apacible. ¿Acaso dormía solamente? Salió del desmayo como si saliera de la nada, en el momento en que la intensa luz del sol le iluminó los párpados. Se despertó en los brazos de hombres semidesnudos, manchados por el humo, cuya risa enloquecida les llenaba los ojos blancos; bajaban al corazón de la ciudad, en la banalidad de cada día, desde la cima de una montaña desconocida... Las vecinas viejas afirmaban haber visto caer del cielo, precediendo a la niña salvada, una paloma decapitada; del cuello del pájaro gris perla, con las alas desplegadas, manaba una abundante espuma roja parecida a un rocío rojo... «¿Creen ustedes esas historias de beatas delirantes, ustedes, maldita sea?».

—Anda uno largo tiempo, fuera de las duraciones humanas, en las tinieblas frías de un túnel, hiriéndose los dedos con las paredes de rocas cortantes y resbaladizas, tropezando con cuerpos inertes que quizá son ya cadáveres, quizá vivos exhaustos, a punto de volverse cadáveres; cree uno evadirse hacia una altura sin amenazas, pero no queda un solo techo intacto, ni un rincón habitable en una cueva. «¡Espera que alguno muera», nos decían, «no tendrás que esperar mucho, Jesús!». ¡Y siempre su Jesús! El mar se hundía en una vasta hendidura abierta en la roca, el fuego del cielo caía en una prisión, la morgue se llenaba una mañana de niños endomingados, al día siguiente de milicianos de abrigos azules, todos imberbes, con extraños rostros de hombres razonables; al otro día de jóvenes madres desfiguradas dándole el pecho a chiquillos muertos; al día siguiente de viejas mujeres de manos endurecidas por medio siglo de trabajo servil, como si la Segadora se complaciera en escoger a sus víctimas en series sucesivas... Los carteles repetían ¡NO PASARÁN!, pero nosotros, ¿pasaremos la semana? ¿Pasaremos el invierno? Pasamos, pasemos, los únicos que han pasado es porque pasaron a mejor vida. El hambre acosaba a millones de seres, les disputaba los garbanzos, el aceite rancio, la leche condensada enviada por los cuáqueros, el chocolate de soja enviado por los

sindicatos del Donets, modelando en los niños conmovedoras caras de pequeños poetas agonizantes y de querubines masacrados que los Amigos de la España Nueva exponían en París en los escaparates del bulevar Haussmann. Los refugiados de las dos Castillas, de Extremadura, de Asturias, de Galicia, de Euskadi, de Málaga, de Aragón, y hasta de las familias de enanos de Las Hurdes, sobrevivían tercamente día tras día, contrariamente a toda expectativa, a pesar de todas las desgracias de España, a pesar de todos los infortunios imaginables. Solo creían aún en el milagro de la victoria revolucionaria algunos centenares de hombres divididos en varias familias ideológicas, de marxistas, de libertarios, de sindicalistas, de marxistas-libertarizantes, de libertarios-marxizantes, de socialistas de izquierda, evolucionando hacia la extrema izquierda, la mayor parte de ellos encerrados en la Prisión Modelo, comiendo con avidez las mismas judías, levantando furiosamente el puño para el saludo ritual, viviendo de una espera devastadora entre el asesinato, la ejecución al alba, la disentería, la evasión, el amotinamiento, la exaltación total, la labor de una razón única, científica y proletaria, iluminada por la historia...

—Pronto los veremos cruzar los Pirineos a toda prisa: todos esos guapos militares, esos ministros, esos políticos, esos diplomados listos para la huida y la traición, falsos socialistas estalinizados, falsos socialistas disfrazados de socialistas, falsos anarquistas gubernamentales, falsos hermanos y totalitarios puros, falsos republicanos vendidos por adelantado a los dictadores, se les verá largarse ante las banderas rojas, y será una hermosa revancha, camaradas. ¡Paciencia!

Un sol de fiesta iluminaba este universo naciente y terminal al mismo tiempo, un mar idealmente purificado los bañaba, y los bombarderos Saboya, semejantes a gaviotas con las alas inmóviles, llegaban de Mallorca para sembrar la muerte en los barrios bajos del puerto, volando entre el cielo y el mar, a pleno sol. No había municiones en el frente norte; en Teruel, en batallas inútiles, las divisiones confederadas se fundían como sebo en el fuego, pero eran hombres, y hombres reclutados por la CNT en nombre del sindicalismo y de la anarquía, en quienes el sufrimiento y la muerte en verdad se estrellaban; eran miles de hombres que, partidos hacia los altos hornos con un adiós crispado de mujeres en el alma, no regresarían

ya nunca más, o regresarían en camillas, en trenes sucios y ruidosos, rematados por cruces rojas y difundiendo por las vías un espantoso olor de curaciones, de pus, de cloroformo, de desinfectantes, de fiebres malignas. ¿Quién quería Teruel? ¿Por qué Teruel? ¿Para destruir las últimas divisiones obreras? Stefan Stern planteaba la pregunta en sus cartas a los camaradas del extranjero; los largos dedos de Annie copiaban estas cartas en la máquina de escribir, y ya Teruel no significaba nada sino el pasado, las batallas se desplazaban hacia el Ebro, rebasaban el Ebro, ¿qué podían significar las matanzas ordenadas, bajo oscuros designios, por Líster o El Campesino? ¿Por qué la retirada premeditada de la división Karl Marx, si no para reservarla para un último ataque fraticida en la retaguardia, presta a fusilar a los últimos combatientes de la división Lenin? Stefan Stern, de pie detrás de Annie, de la nuca delgada de Annie, vigorosa como un tallo, seguía mejor el hilo de su pensamiento a través de ese cerebro obediente, los dedos de Annie, las teclas de la máquina.

Conversaban a veces con los camaradas del Comité clandestino hasta tarde en la noche, a la luz de una vela, bebiendo un grueso vino negro... El presidente Negrín entregaba a los rusos la reserva de oro, enviada a Odesa; los comunistas tenían Madrid con Miaja en el comando supremo («i ya verás cómo ceden en el último momento!»). Orlov y Gorev eran quienes mandaban en realidad, Cazorla en la Seguridad, y los equipos de inquisidores, las prisiones secretas, y todo lo ceñían con las ligas estrechas de la intriga, del miedo, del chantaje, del favoritismo, de la disciplina, de la devoción, de la fe. El gobierno refugiado en el monasterio de Montserrat, en un lugar erizado de rocas, no podía hacer nada. Los comunistas sostenían apenas la ciudad, en la que comenzaba a extenderse un odio mortal por sus organizadores.

—No está lejos el día, les digo, en que la población los va a despedazar en las calles. Quemarán sus nidos de delatores igual que quemaron los conventos. Pero mucho me temo que sea demasiado tarde, luego de la última derrota, en la desbandada final.

Stefan respondía:

—Viven de la mentira más vasta y más detestable que la historia conoce desde el escamoteo del cristianismo: una mentira que contiene mucho de

verdad... Ponen por testigo a la revolución cumplida —cumplida, en verdad —; enarbolan las banderas rojas, apelan así al más poderoso, al más justo instinto de las masas; atrapan a los hombres por la fe y luego roban esa fe y la convierten en un instrumento de poder. Su fuerza más temible les viene de esto: de que la mayor parte de ellos creen continuar la revolución sirviendo a la nueva contrarrevolución, una contrarrevolución como no ha habido jamás, instalada en las mismas habitaciones donde trabajaba Lenin... Imagínense: un tipo de ojos amarillos ha robado las llaves del Comité Central; ha llegado, se ha instalado en la oficina del viejo Ilich, ha cogido el teléfono y ha dicho: «Proletarios, soy Yo». Y la misma emisora que la víspera repetía: «Proletarios del mundo, uníos», se ha puesto a clamar: «Escúchennos, obedézcannos, todo nos está permitido, la revolución somos nosotros...». Quizá lo crea, pero entonces está medio loco, más probablemente no lo cree más que a medias, porque los mediocres acomodan sus convicciones a las situaciones por las que pasan. Detrás de él ascienden, como un enjambre de ratas, los aprovechados, los cobardes bien pensantes, los timoratos, los recién llegados, los arribistas, los aspirantes a arribistas, los mercaderes, los aduladores de los fuertes, los vendidos por adelantado a todos los poderes: esa vieja turba que busca el poder porque es el medio tradicional de quitarle lo suyo al prójimo, su mujer si es bella, su casa si es confortable. Y esta multitud se pone a aullar, se vuelve en verdad el coro más unánime del mundo: «Viva nuestro bistec, viva nuestro jefe, nosotros somos la revolución, fue por nosotros que los ejércitos en harapos han vencido, admírennos, ríndannos honores, dennos trabajos, dinero, gloria a Nosotros, ¡maldición a quienes se opongan a Nosotros!». ¿Qué quieres que haga la pobre gente? ¿Qué quieres que nosotros, nosotros mismos, hagamos? Todas las salidas están cerradas, todas las rotativas bien protegidas, los funcionarios y los idealistas llenan las gacetas para demostrar la nueva verdad oficial, los altavoces la proclaman, se demuestra con desfiles de escolares en la Plaza Roja, con el descenso de los paracaidistas desde lo alto del cielo, con las manifestaciones obreras movilizadas como antaño los desfiles del ejército... Se demuestra por medio de la construcción de fábricas, la inauguración de estadios, el vuelo sobre el Polo, los congresos de los sabios. El arte del dictador consiste en atribuirse utilitariamente la

gloria de los nuevos métodos de tratamiento del cáncer, o de las nuevas investigaciones emprendidas en la estratosfera sobre los rayos cósmicos; en confiscar en su provecho político toda la obra llevada a cabo, a pesar de él, por los individuos. A partir del momento en que esta formidable estafa queda consumada, todo comienza a estabilizarse internacionalmente. Los amos del viejo mundo se reconocen en aquel que, a sus ojos, restablece el orden puesto que posee un poder de la misma esencia que el suyo, en el fondo...

»En otro tiempo, una frontera visible dividía la sociedad; sobre esta frontera, se peleaba, se podía ir viviendo apaciblemente, sin demasiadas ilusiones ni desesperación, según las épocas. Los regímenes establecidos tenían sus enfermedades bien conocidas, sus taras originales, sus crímenes naturales fáciles de denunciar. La clase obrera reclamaba pan, distracciones, libertades, esperanza... Los mejores hombres de las clases poseedoras se volvían contra esta sociedad. Reacción contra revolución: ¡qué bello esquematismo! ¡Qué nitidez! No era posible ningún error, cuando uno se ponía de un lado de la barricada. Aquí los camaradas, allí el enemigo. Más allá, delante de nosotros, nada más que el porvenir que ciertamente se nos reserva. En segundo plano, la cantidad de fosas comunes que hay que franquear para llegar allí, la cantidad de generaciones que habrá que enterrar, la suma de sufrimientos que habrá que aceptar. Mitos luminosos, bienhechores, irrefutables, pesadamente cargados de verdad deslumbrante... Hoy, todo está confuso. Otra reacción, más peligrosa que la antigua porque ha nacido entre nosotros mismos, habla nuestro lenguaje, asimila nuestras inteligencias y nuestras voluntades, ha surgido en la revolución victoriosa, con la cual trata de identificarse... Marx y Bakunin vivieron en una época de problemas simples, no tenían enemigos detrás de ellos.

Jaime dijo:

—En el siglo xvi, España fue el país más rico de Europa... Como siempre, la civilización formaba islotes en medio de una sana barbarie que corrompía, más bien que domesticarla. España se había enriquecido no por el trabajo y el comercio, sino por el pillaje de las Américas, la más maravillosa aventura de bandidaje que se conoce, la más desmoralizadora, también, por sus

repercusiones. Con todo el oro reunido en medio de la sangre de los indios, los conquistadores no hicieron nada... Los verdaderos colonizadores, más tarde, han sido los burgueses, no los buscadores de oro: el oro fácilmente robado mataba la producción. La decadencia de un imperio cebado de riquezas por sus aventureros le permitió a un pueblo, que ni las conquistas ni los enriquecimientos, ni la ruina tocaron profundamente, regenerarse en medio de la mugre, a pleno sol. Porque es lo que tenemos, esencialmente: el sol y los hombres acostumbrados a vivir con él. Las decadencias arrastraron sobre todo a los amos, las coronas, las aristocracias, el clero, los artistas que se ocupaban de divertir a los amos; el pueblo seguía viviendo más o menos como hacía mil años... Hasta que tuvimos finalmente, bajo una monarquía sin monárquicos, con el caciquismo en los campos, con una buena industria moderna en Cataluña, el proletariado más joven del mundo, por la frescura de sus instintos, la ingenuidad de su espíritu, su visión directa de las cosas; teníamos a los campesinos más despojados; teníamos, por millares, intelectuales para quienes las viejas ideas, devaluadas en otros lugares, de la revolución cristiana, de la revolución jacobina, de los Iguales, del Bakunin de 1860, de los abogados liberales de 1880, eran una verdad carnal. Asistieron a la primera guerra de repartición del mundo. Fuimos entonces, para los Aliados, una especie de fábrica auxiliar: nuestros centros industriales conocieron un rápido avance, los grandes negocios de los patrones tenían como contrapartida un crecimiento del poder y de la conciencia del proletariado; un verdadero proletariado al cual las máquinas, las revistas, el cine, el alcohol no le habían acabado los nervios, agotado el cerebro; que no tenía, en verdad, nada en el mundo más que su fuerza de trabajo, sus pasiones, sus chiquillerías, su espera. Fueron tiempos magníficos; nos sentíamos los justos conquistadores de todo; podíamos serlo, verdaderamente. La Revolución Rusa imprimía en los corazones su estrella roja de cinco puntas, sus deslumbrantes fórmulas marxistas simplificadas por el terror, a golpe de victorias enteramente nuevas: ¡Que el que no trabaje no coma, hombre! (Ya estaba escrito en el Evangelio, pero se había olvidado...). ¡Todo el poder a los trabajadores, hombre! ¡La tierra a los campesinos, la fábrica a los obreros, hombre! ¡Masacraron a la familia imperial entera, amigo mío! Yo tenía diecisiete años en ese tiempo, era

anarco, ganaba dos pesetas y media diarias cepillando tablas, pero vivía encantado. La ejecución del zar, con sus hermosas hijas y el chiquillo pálido, me emborrachó como un gran vaso de whisky en ayunas... Aquello era innoble; éramos unos carníceros, unos destripadores, me decía; y sin embargo otra voz, dentro de mí, cantaba a voz en cuello que, ¡vaya!, bien que se lo merecían los verdugos coronados, aquello estaba condenadamente bien hecho. Entendí más tarde que todos tenemos un complejo de inferioridad de perpetuos vencidos que nos resulta difícil superar. Las clases obreras están enfermas de eso. Nos hacen falta muchas victorias y algunas sucias pero fuertes venganzas para curarnos y encontrar en esa cura los elementos de un nuevo complejo de superioridad que nos hace una gran falta para cambiar... ¿Cuánto de *entente*, de organización, de inteligencia condenada hacía falta —me decía yo— para conseguir lo que han conseguido allá? Eso es lo que me llevó a la idea del partido. Luego comencé a sufrir, sin comprender bien por qué, al enterarme de las noticias de Rusia. Si los rusos hubieran permanecido fieles a ellos mismos, tan grandes, con ese sentimiento de superioridad que nos daban, esa luz dura que nos entregaban, yo no sé qué hubiéramos hecho aquí y, por otro lado, sé que hubiera sido formidable. Pero ellos proscribían al anarquismo mientras que nosotros vivíamos de un anarquismo primitivo; ponían el marxismo en fórmulas abreviadas, el huracán en pequeños comprimidos portátiles para la exportación; hablaban un lenguaje teórico que no podíamos penetrar a causa de nuestra vieja teoría humanitaria y de esos galimatías que seguramente hubieran hecho vomitar a Marx. He aquí por qué ahora reventamos, mi amigo, una veintena de años después; he aquí por qué tantos muchachos valientes se han hecho enterrar en cal viva en todas nuestras sierras... Cuando el rey se puso a salvo, el poder quedó vacante en Madrid, no hubo nadie para recoger el bastón de mando, las carteras ministeriales, los sellos del Estado, los tanques para poner en ellos los decretos que caían en el bote de la basura o al lado. Éramos unos revolucionarios sin cerebro, no estábamos preparados. Cuando nos rebelamos, debimos improvisarnos unos cuantos trapaceros, unos cuantos arribistas, unos cuantos aprovechados, unos cuantos impostores. Entonces, naturalmente, los burgueses tomaron el poder. Ellos tienen esa experiencia;

te fabrican un magnífico ministerio en un café con el señor Alcalá Zamora, el señor Maura y otros enterradores de la misma calaña, y al día siguiente los oyes hablar de orden y de autoridad, ahí está, los periódicos publican los retratos de los nuevos señores, una constitución es votada, la guardia civil, ya tranquilizada, desaloja a tiros de fusil, de una alcaldía de pueblo, en Casas Viejas o en otra parte, a los compañeros ingenuos que acaban de proclamar la república libertaria universal. El castigo de ese crimen espantoso deja regados sus sesos por el suelo.

—¡Qué victoria se hubiera conseguido aquí! Nadie la ha concebido, nadie supo discernir sus caminos, ha sido casi un baile de ciegos... Buenos militantes, militantes capaces de improvisarlo todo, de transformarse en héroes en cada esquina: de esos hemos tenido decenas de miles; pero ni una sola cabeza que pudiera abarcar la situación, ver lejos, pensar con audacia, expresar en un lenguaje decisivo lo que todo un pueblo esperaba sin discernirlo bien él mismo, lo que a tientas querían millones de hombres; no hubo un equipo coherente de hombres de buena voluntad lo bastante lúcidos, lo bastante valientes... Perdimos porque nos faltaron hombres en medio de millones de hombres...

Juzgaban a su propio partido con distanciamiento y severidad: demasiado débil, sin figuras de primera línea, aplastado bajo el peso de fallas anteriores a su nacimiento, diezmado por la persecución. Tan pronto como se levantaba una cabeza, era fácil abatirla, sobre todo si era por detrás...

—Los banqueros de Londres no quieren una España socialista; antes que vernos vencer, prefieren comprometer la seguridad de las rutas del Imperio... Por otra parte, es el parecer de todos los financieros del mundo. ¡Antes la guerra universal, mañana! La tendrán. Pagarán caro su egoísmo sagrado... Menguado consuelo para nosotros. La URSS del jefe genial no teme a nada tanto como a una revolución joven y viva. Nos priva de armas y nos acuchilla lentamente. Quizá no somos para su jefe más que una pieza en el tablero... Estamos solos, absolutamente solos en el mundo, con nuestras últimas metralletas, nuestras últimas máquinas de escribir, nuestras tres docenas de últimos camaradas, sin recursos y divididos entre ellos, dispersados en los dos hemisferios...

—Lo peor es que la gente está fastidiada de todo. «Traguémonos la derrota, traguémonos no importa qué», piensan, «con tal de que esto termine». Ya no saben por qué combate la República. Y no se equivocan. ¿Cuál República? ¿Para quién? No saben que la historia no ha agotado sus invenciones, que lo peor todavía no llega... Se imaginan no tener ya nada que perder... Y hay relaciones directas entre el hambre a esos extremos y el ofuscamiento de los espíritus; cuando los estómagos están vacíos, las pequeñas llamas espirituales parpadean y se apagan... A propósito, viniendo para aquí me encontré a un horrible alemán que no consigo identificar. ¿No han observado ustedes nada? ¿El lugar es seguro?

Annie y Stefan se miraron con mucho cuidado. «No, nada...». «¿Tomas todas las precauciones? ¿No sales?». Hicieron la cuenta de los camaradas que conocían ese refugio: siete.

—Siete —dijo Annie pensativamente— son muchos.

Habían omitido a dos: eran nueve en realidad. De toda confianza, ¡pero nueve! «Hay que pensar», concluyó Jaime, «en enviarte a París. Ahí necesitaremos un buen secretario internacional...». Jaime se ajustó el cinturón y la pistola que de este colgaba, se puso su gorra de miliciano, atravesó entre los dos el jardín, se detuvo cerca de la puerta de salida: «Redacta para los ingleses un proyecto de respuesta moderada: ellos tienen su propia manera de comprender el marxismo a través del positivismo, el puritanismo, el liberalismo, el juego limpio, el whisky con soda... Y además, te aconsejo igualmente que vayas a dormir esta noche a la colina, mientras que yo recabo ciertas informaciones en la Generalitat». Jaime dejó detrás de sí, en el jardín silvestre donde las cigarras hacían sonar su ligero rechinido metálico, una sorda inquietud. A los treinta y cinco años de edad, Stefan Stern había sobrevivido a varios fines de mundo: bancarrota de un proletariado reducido a la impotencia en Alemania, Termidor en Rusia, hundimiento de la Viena socialista bajo los cañones católicos, dislocación de las internacionales, emigraciones, desmoralizaciones, asesinatos, procesos de Moscú... Después de nosotros, si desaparecemos sin haber tenido el tiempo de cumplir nuestra tarea o simplemente de rendir testimonio, la conciencia obrera se oscurecerá completamente por un tiempo que nadie podrá medir... Un hombre termina por concentrar en él mismo una cierta

claridad única, una cierta experiencia irreemplazable. Han hecho falta generaciones, sacrificios y fracasos sin cuenta, movimientos de masas, vastos acontecimientos, accidentes infinitamente delicados de un destino personal para formarlo en veinte años, y helo aquí a merced de la bala disparada por un bruto. Stefan Stern se sentía este hombre y tenía miedo por él mismo, sobre todo después de que muchos otros habían muerto. Con dos Comités Ejecutivos del partido arrojados sucesivamente en prisión, los hombres del tercero, los mejores que se pudo encontrar entre siete u ocho mil militantes, treinta mil inscritos, sesenta mil simpatizantes, eran mediocres llenos de buena voluntad, de fe no inteligente, de ideas confusas que se reducían a menudo a los símbolos elementales... «Annie, escúchame. Temo volverme un cobarde cuando pienso en todo lo que sé, en todo lo que comprendo y que ellos no saben, que ellos no comprenden...». A falta de tiempo para pensar, no planteaba nada claro... «Escucha, Annie. No hay más de cincuenta hombres sobre la Tierra que comprenden a Einstein: si se les fusilara a todos la misma noche, todo se acabaría por uno o dos siglos, o tres, ¿cómo podemos saberlo? Toda una visión del universo se desvanecería en la nada... Imagínate: el bolchevismo ha elevado a millones de hombres por encima de ellos mismos, en Europa, en Asia, a lo largo de diez años. Ahora que están fusilando rusos, nadie puede ya ver desde el interior lo que había, aquello por lo cual esos hombres han vivido, lo que han hecho su fuerza y su grandeza; se volverán indescifrables y cuando desaparezcan el mundo habrá caído por debajo de ellos...». Annie no sabía si lo amaba; hubiese aceptado saber que no lo amaba, entreviendo apenas el amor, sin tener el tiempo de detenerlo; a él, ella le resultaba indispensable en el trabajo, ponía a su lado una presencia, en sus brazos un cuerpo ofrecido y tranquilizador. Él tenía menos necesidad de tantear su revólver bajo la almohada, para dormir, cuando estaba con ella.

La noche que siguió a la advertencia de Jaime, la pasaron, por precaución, envueltos en sus mantas en la colina, en medio de matorrales espinosos. Velaron hasta tarde, al claro de luna, en una extraña intimidad, felices de verse de pronto, prodigiosamente, cerca uno del otro en la transparencia del cielo. La mañana disipó sus temores, pues se levantó simple y nítida, devolviendo a las cosas sus perfiles acostumbrados; y a las

plantas, a las piedras, a los insectos, a los contornos lejanos de la ciudad, sus aspectos familiares. Como si el peligro ciego, habiéndolos rozado, se hubiera alejado de ellos. «Este Jaime ve visiones», se burló Stefan. «¿Cómo hubieran podido seguirnos hasta aquí? En verdad no se puede seguir a nadie por este camino sin ser descubierto... Regresemos». La casa los esperaba, sin cambios. Se lavaron en el pozo de agua helada. Luego Annie tomó el jarrón de la leche y, como una cabra, trepó corriendo el sendero que conducía a la granja. Ahí, Battista, un simpatizante, le vendía por amistad el pan, la leche, un poco de queso. Esta caminata que ella hacía alegremente le llevaba unos veinte minutos. ¿Por qué la vieja puerta de madera estaba entreabierta, en el muro del jardín, cuando Annie regresó? Desde que Annie la percibió, a cuatro pasos, esta puerta entreabierta le produjo un estremecimiento en el corazón. Stefan no estaba en el jardín. A esa hora, él se rasuraba habitualmente ante un espejo colgado del picaporte de la ventana; y mientras lo hacía se asomaba sobre alguna publicación abierta encima de la mesa de trabajo. El espejo estaba colgado del picaporte de la ventana; la brocha cubierta de espuma blanca estaba en el reborde interior, la navaja al lado; había un libro abierto sobre la mesa, la toalla de baño descansaba sobre el respaldo de la silla... «¡Stefan!...», llamó Annie espantada, «Stefan...». Nada en la casa le respondía, pero todo su ser percibía irremisiblemente que la casa estaba vacía. Corrió a la habitación vecina, donde la cama no estaba deshecha; al pozo, por los senderos del jardín; hacia la puerta escondida que daba a la colina —esta puerta estaba bien cerrada—... Annie dio vueltas sobre sí misma, presa de un sentimiento de desgracia, con los ojos entrecerrados, con una mirada enloquecida, tratando de escrutarlo todo rápido, rápido, implacablemente rápido... «No es posible, no es posible...». De nuevo llamó. Se le hizo un nudo de angustia en la garganta; escuchaba los latidos violentos de su corazón, semejantes a los pasos de una tropa en marcha, pesada, titubeante. «Por favor, regresa, Stefan. No juegues así conmigo, Stefan, tengo miedo, voy a llorar...». Era absurdo suplicar así, había que actuar de inmediato, telefonear... El teléfono, cortado, no daba tono. El silencio caía sobre la casa vacía, como bloques parecidos a inconcebibles paletadas de tierra en una fosa gigantesca. Annie contempló estúpidamente la brocha enjabonada, la navaja Gillette bordeada

de jabón y de minúsculos pelitos. Stefan iba a surgir detrás de ella, a abrazarla y decirle: «Perdóname si te hice llorar...». Era absurdo pensarlo. El sol se derramaba sobre el jardín. Annie recorrió los senderos buscando, entre la grava llena de hierba y de tierra, imposibles huellas de pasos. A dos metros de la entrada, un objeto revelador le hizo abrir los ojos: una colilla de cigarrillo a medio consumir, con su corona de cenizas. Las hormigas activas que atravesaban ese sendero rodeaban ese obstáculo de naturaleza desconocida. Desde hacía meses, en la ciudad no había cigarros; ni Jaime ni Stefan fumaban, nadie había fumado aquí en mucho tiempo, ese cigarrillo revelaba la presencia de extranjeros ricos, poderosos, ¡los rusos, Dios mío! Annie bajó hacia la ciudad corriendo sobre los guijarros ardientes. El camino quemaba, el aire caliente vibraba sobre la roca. Varias veces, Annie se detuvo en seco para apretarse con las dos manos las sienes: las venas latían demasiado fuerte. Reiniciaba en seguida su carrera hacia la ciudad, sobre lavas súbitamente petrificadas.

Stefan comenzó a recuperar la conciencia un largo momento antes de abrir los ojos de nuevo. La sensación oscura de pesadilla se atenuaba, iba a despertarse, era el fin; la sensación de pesadilla regresó, más precisa y más agobiante, no, eso no era quizás el fin, sino otro comienzo de la negrura, la entrada en un túnel acaso interminable. Su espalda reposaba sobre algo duro, el bienestar un poco extraño del despertar se difundía en sus miembros, sobreponiéndose a un calambre, a la ansiedad. ¿Qué había ocurrido? ¿Estoy enfermo? ¿Annie? Oye, Annie. Entreabrió pesadamente los párpados, tuvo miedo de abrir los ojos, no comprendió todo al principio, pues todo su ser retrocedía ante la espantosa necesidad de comprender, pero vio, por lo menos, el espacio de una fracción de segundo y cerró, esta vez voluntariamente, los ojos.

Un personaje de tez olivácea, de cráneo rasurado, pómulos huesudos, sienes hundidas, se inclinaba sobre él. En el cuello, insignias de oficial. Una habitación desconocida, exigua, blanca, donde flotaban otras caras esparcidas en la luz dura. El espanto se apoderó de la garganta de Stefan, el espanto descendió como un agua helada, lentamente, hasta las

extremidades de sus miembros. Pero percibió bajo ese estremecimiento que un calor bienhechor bañaba todo su ser. «Deben de haberme inyectado morfina». Sus párpados se cerraban solos. Volver a dormirse, huir de la vigilia, volver a dormirse.

—Se terminó el desmayo —dijo el personaje de las sienes hundidas. Y luego dijo, o lo pensó muy distintamente—: Ahora está fingiendo.

Stefan percibió que una mano muscosa le asía la muñeca y le tomaba el pulso. Hizo un esfuerzo para reponerse: debía dominar esa oleada glacial que devastaba todo su ser. Lo consiguió sin que cesara el espasmo. El recuerdo de lo que acababa de pasar apareció, con una nitidez irremediable. Hacia las nueve de la mañana, cuando se preparaba para rasurarse, Annie dijo: «Voy a por las provisiones, no le abras a nadie». La puerta del jardín se cerró detrás de Annie, él vagó un momento por los senderos llenos de maleza, singularmente oprimido, sin encontrar consuelo ni en las flores ni en el aire matinal. La colina vecina comenzaba a llamear bajo el sol ya tórrido. Las habitaciones blancas le parecían hostiles; Stefan verificó su Browning, revisó el cargador; intentó sacudirse el malestar, se acercó a la máquina de escribir, tomó por fin la decisión de rasurarse como de costumbre. «Los nervios, Dios santo...». Se enjuagó la cara esforzándose por leer, de pie, ante una revista abierta sobre la mesa, cuando la arena del sendero crujío bajo un paso desconocido; escuchó también el silbido convenido, pero ¿cómo habían abierto la puerta? ¿Annie estaba tan pronto de vuelta? Ella no silbaría. Stefan, con la pistola empuñada, se precipitó al jardín silvestre. Alguien venía hacia él sonriendo, alguien que no reconoció al principio: un camarada que venía a veces, raras veces, en lugar de Jaime. A Stefan no le simpatizaba su gruesa cara de simio fuerte. «¡Salud! ¿Qué, te asusté? Traigo cartas urgentes para ti...». Stefan tendió la mano, tranquilizado. «Buenos días...». El desmayo comenzó en ese momento, la pesadilla, el sueño, debió de ser golpeado en la cabeza (el recuerdo indistinto de un golpe subía desde el olvido; un dolor sordo le nacía en mitad de la frente). Golpeado por ese hombre, ese camarada, ese miserable; arrastrado, secuestrado, sí, por los rusos, eso era evidente. El agua helada en las entrañas. Náusea. Annie. ¡Annie, Annie! La debacle de Stefan fue total durante ese segundo.

—Se acabó el desmayo —dijo una voz dueña de sí, muy próxima.

Stefan percibió que lo miraban desde muy cerca, con una atención casi violenta. Pensó que debía abrir los ojos. «Me pusieron una inyección en el muslo... Noventa sobre cien, estoy perdido... Noventa y cinco sobre cien... Razonable, en todo caso, admitirlo...». Abrió resueltamente los ojos.

Se vio tendido sobre el diván de una cómoda cabina de barco. Maderas claras. Tres rostros atentos inclinados hacia él.

—¿Se siente mejor?

—Estoy bien —dijo Stefan claramente—. ¿Quiénes son ustedes?

—Está usted detenido por el Servicio de Inteligencia Militar. ¿Se siente usted en disposición de sufrir un interrogatorio?

He aquí cómo se hacían esas cosas, entonces. Stefan lo veía todo con una especie de desapego lejano... No respondió nada pero consideró los tres rostros: todo su ser se puso en tensión para descifrarlos. Uno se descartó de inmediato por falta de interés, vaguedad: era sin duda el médico de a bordo, el personaje de las sienes hundidas... Por lo demás, ese rostro se irguió, retrocedió hacia la pared, y desapareció. Un soplo de aire salino refrescó la cabina. Las otras dos cabezas tenían una consistencia material en medio de esa semirrealidad. La más joven: fuerte, cuadrada, con los cabellos engominados, el bigotillo cuidado, los rasgos acentuados, la mirada aterciopelada odiosamente insistente. Domador de fieras, presumido, valiente, vuelto cobarde a fuerza de fustigar tigres, con el miedo en el vientre, o traficante de blancas... Animalmente enemiga, esta cabeza posada sobre una corbata rayada de colores. El otro intrigó a Stefan; luego encendió en él un insensato brillo de esperanza. Cincuenta y cinco años, mechones grises sobre una frente equilibrada, la boca encuadrada por pliegues amargos, párpados arrugados, una mirada negra, triste, casi dolorosa... «Completamente perdido, completamente perdido», a través de todo lo que podía entender y pensar, Stefan escuchaba romper en él ese clamor ensordecido, «completamente perdido». Movió sus miembros, contento de no estar atado, se levantó lentamente, se pegó a la pared, cruzó las piernas; se esforzó en sonreír; creyó conseguirlo, no fue más que una extraña expresión crispada; tendió los dedos hacia el presumido peligroso: «¿Un cigarrillo?». «Sí», dijo el otro, sorprendido, y se puso a buscar en los bolsillos... A continuación, Stefan se hizo dar fuego. Había que estar muy

muy calmado, mortalmente calmado. Mortalmente: ninguna otra palabra hubiera sido más justa.

—¿Responder a un interrogatorio? ¿Después de este secuestro ilegal? ¿Sin saber quiénes son ustedes —o sabiéndolo demasiado bien—, sin garantías de ninguna clase?

La cabeza enorme del presumido osciló ligeramente sobre la corbata; los dientes, largos y amarillos, se dejaron ver... Este bruto también trataba de sonreír. Lo que murmuró debió de querer decir: «Sabemos muy bien cómo obligarte...». Por supuesto. Con una corriente eléctrica de baja tensión, se puede retorcer a una criatura humana en todos los sentidos, hundirla en las peores convulsiones de la epilepsia, de la demencia, por supuesto, y lo sé. Stefan percibió sin embargo una oportunidad desesperada de salvación.

—... Pero yo tengo mucho qué decirles. Yo los tengo en mi poder, también.

La cabeza de mirada triste dijo en francés:

—Hable. ¿Quiere antes un vaso de vino? ¿No tiene hambre?

Stefan se jugaba la vida. Cargar contra estos dos hombres, con la verdad en el puño. Contra ellos: la mitad de los implacables canallas, buenos para cualquier cosa; la mitad de los revolucionarios auténticos pervertidos por una fe ciega en un poder sin fe. Estos dos parecían representativos. Confundir al menos a uno, eso sería acaso la salvación. Hubiera querido, al ir hablando, observar sus reacciones, escrutar sus rostros, pero la debilidad lo volvía singularmente inconsistente, le nublaba la vista, lo hacía hablar apresurada y torpemente. «Los tengo... ¿Crean ustedes de veras en los complotos que inventan? ¿Crean ustedes conseguir victorias o salvar algo para su amo en medio de la derrota? ¿Saben ustedes lo que han hecho hasta ahora?». Perdió el control, con el pecho echado hacia delante, las dos manos agarradas al borde de la litera sobre la cual se había sentado y a la cual debió asirse con todas sus fuerzas por unos instantes para no caer hacia atrás, contra la pared, ni hacia delante, sobre la alfombra azul que se movía como el mar, la alfombra cuya sola vista le daba un comienzo de vértigo. «¡Si tuvieran ustedes solamente la sombra de un alma, llegaría yo hasta ella, la empuñaría, la haría sangrar, su maldita y pequeña alma, y ella gritaría, a pesar de ustedes, que yo tengo razón!». Hablaba ásperamente,

violentamente, y era persuasivo, hábil, obstinado, sin poder seguir él mismo sus palabras; escapaban de él como la sangre, en olas hirvientes, desde una herida profunda (esta imagen atravesó su espíritu). ¿Qué han hecho, miserables, con la impostura de sus procesos? Han emponzoñado ustedes lo que el proletariado tenía de más sagrado: la fuente de su confianza en sí mismo, que ninguna derrota podía arrebatar. Antes se pudo ametrallar a los comuneros, ellos se sentían limpios, caían con orgullo; ahora ustedes han ensuciado a unos con otros, y con una suciedad que resulta incomprensible para los mejores... En este mismo país, ustedes lo han viciado todo, lo han podrido, perdido. «Miren, miren...». Stefan despegó sus manos del reborde de la litera para mejor mostrarles la derrota que tenía entre sus palmas descoloridas, y estuvo a punto de caer.

Mientras hablaba, observaba a los dos hombres. El más joven ni chistaba. El rostro del que podía tener cincuenta y cinco años se cubría de una bruma gris, se borraba, reaparecía, surcado de arrugas. Sus manos asumían expresiones opuestas. La derecha del más joven, posada sobre la caoba de una mesa de noche, descansaba como un animal quieto. Las manos del más viejo, anudadas con fuerza, expresaban quizás una expectación crispada.

—Todo lo que nos acaba de decir —le respondió con calma la cabeza enorme de cabellos aplastados sobre la frente— no tiene para nosotros el menor interés.

La puerta se abrió, se cerró; alguien ayudaba a Stefan, desfalleciente, a acostarse de nuevo. Estoy perdido, perdido. Sobre el puente del barco, en una noche clara en la que se veía muy bien, en la que se sentía la presencia de las estrellas, del verano, de las tierras próximas, ricas de seres, de frondas, de flores, los dos personajes que acababan de escuchar a Stefan caminaban lado a lado, sin hablar, antes de detenerse y mirarse cara a cara. El más joven, que era el más compacto, tenía detrás de sí todos los aparejos del barco; el otro, el que podía tener cincuenta y cinco años, se apoyó en la barandilla; detrás de él se abrían el mar, la noche, las aguas, el cielo.

—Camarada Yuvanov —dijo.

—¿Camarada Rudin?

—No comprendo por qué ha hecho usted secuestrar a ese muchacho...

Otro maldito asunto que hará un ruido del diablo hasta en las Américas. Me da la impresión de un romántico de la peor especie, enredado, trotskista, anarquista, etcétera. Aquí nos encontramos ya sin saber qué decir... Le aconsejo hacerlo volver a tierra y soltarlo de inmediato, quizá con una pequeña puesta en escena apropiada, antes de que su desaparición sea divulgada...

—Imposible —dijo secamente Yuvanov.

—¿Imposible por qué?

Kondratiev, irritado, bajó la voz. Sus palabras se volvieron casi silbidos.

—¿Cree usted que le voy a dejar cometer impunemente crímenes delante de mis narices? No olvide que tengo el encargo del Comité Central.

—La víbora trotskista en favor de la cual usted intercede, camarada Rudin, está implicada en el complot que le ha costado la vida a nuestro gran camarada Tuláyev.

Diez años antes, al escuchar esta frase de periódico soltada con tal aplomo, Kondratiev hubiera estallado en una risa vehemente: sorpresa, desprecio, cólera, irrisión, y aun temor, se hubieran mezclado en esa risa, y él se hubiese golpeado el muslo, jah, no, son ustedes increíbles, verdaderamente, no, los admiro, alcanzan ustedes en la imbecilidad maligna una especie de genio! Y dentro de él sonó una risilla casi jubilosa, pero ahogada por una triste cobardía.

—Yo no intercedo en nada —dijo—, yo me limito a dirigirle a usted una recomendación política...

«Soy un cobarde». El barco cabeceaba suavemente en la noche clara. «Me hundo en su maldita mier...». El mar abierto estaba detrás de él, se sentía pegado a esa nada, a esa frescura inmensa.

—Y además, camarada Yuvanov, está usted chiflado... Yo conozco a fondo el caso Tuláyev. No hay una sola pista seria, ni una, ¿me entiende?, en ese expediente de seis mil páginas, que justifique la acusación de nadie...

—Permítame usted, camarada Rudin, el ser de otra opinión.

Yuvanov se despidió con una inclinación de cabeza. Kondratiev descubrió el horizonte nocturno que confundía cielo y mar. El vacío. De ese vacío emanaba un desorden no del todo opresivo, sino más bien atrayente. Las nubes desgarraban las constelaciones. Descendió por la escalera de cuerdas

hacia la lancha pegada, en la oscuridad, contra el combado casco del *Kubán*... Durante un instante, suspendido por encima del agua que chapoteaba, estuvo completamente solo entre la enorme forma negra del buque, las olas, la lancha casi invisible a sus pies descendía en las tinieblas movedizas, completamente solo, el alma reposada, amo absoluto de sí mismo.

En la lancha, el marinero, un ucraniano de veinte años, le hizo el saludo militar. Kondratiev, obediente a una alegría que sentía en los músculos, lo apartó de los mandos y él mismo echó a andar el motor. «Sabes, hermano, todavía conozco estas máquinas perfectamente. Soy veterano de la marina».

—Sí, camarada jefe.

La barca saltó al ras de las olas como una criatura alada: de hecho, dos grandes alas de espuma blanca surgían de sus flancos. Hay, a la entrada de un puente, sobre un canal de Leningrado, grandes leones rojos con alas de oro, hay... ¿Qué más hay? ¡El mar abierto!, como para lanzarse a él, sin regreso, el mar abierto, ¡el mar abierto! El motor rugía, la noche, el mar, el vacío embriagaban, era bueno lanzarse en línea recta, sin saber adonde, alegremente, sin fin, bueno como una buena galopada en la estepa... Noches parecidas, las mejores eran más negras —mejores a causa del menor peligro —, en otra época, delante de Sebastopol cuando montábamos la guardia, a bordo de nuestros botes del tamaño de una nuez, contra las escuadras de la Entente. Y como canturreábamos por lo bajo los himnos de la revolución mundial, los almirantes de las poderosas escuadras nos tenían miedo. Pasado, pasado, es el pasado, este instante, maravilloso, será pronto parte del pasado.

Kondratiev imprimió velocidad, rumbo al horizonte. ¡Qué prodigo vivir! Respiraba profundamente, hubiera querido gritar de alegría. Con pocos movimientos alcanzaría la borda, un esfuerzo para saltar, caería a través del ala de espuma batiente, y luego, luego todo terminaría en unos minutos, pero muy probablemente fusilarían a este pequeño ucraniano.

—¿De dónde eres, muchacho?

—De Mariupol, camarada jefe... De un *koljoz* de pescadores...

—¿Casado?

—Todavía no, camarada jefe. A mi regreso.

Kondratiev hizo virar la lancha y puso proa a la ciudad. La roca del Montjuich emergió de la nada: negro espeso sobre negro de cielo transparente. Kondratiev imaginó que a la ciudad extendida debajo de esa roca, desgarrada por los bombardeos, dormida en medio del hambre, el peligro, las traiciones, el abandono, en sus tres cuartas partes ya perdida, muerta que se creía todavía prometida a la vida, no la había visto, no la vería, no la conocería jamás. *Ciudad ganada*, ciudad perdida, capital de revueltas vencidas, capital de un mundo naciente, perdido, que habíamos conquistado, que se escapa de nuestras manos, se nos escapa, cae, rueda hacia la tumba... Porque nosotros, nosotros, que habíamos comenzado la conquista, estamos sin aliento, vacíos, nos hemos vuelto maníáticos de la sospecha, maníáticos del poder, enloquecidos capaces de fusilarnos a nosotros mismos, para acabar, y es lo que hacemos. Muy pocos cerebros capaces de un pensamiento claro en esas masas de Europa y de Asia que un glorioso infortunio llevó a hacer la primera revolución socialista. Lenin lo vio desde la primera hora, Lenin resistió con todas sus fuerzas un destino tan alto y tan negro. En términos escolares, habría que decir que las clases obreras del viejo mundo no han llegado todavía a la madurez, mientras que la crisis del régimen es abierta; ha ocurrido que las clases que se esfuerzan por remontar la corriente de la historia son las más inteligentes —bajamente inteligentes—, las más instruidas, las que ponen la conciencia práctica más desarrollada al servicio de la más profunda inconsciencia y del más grande egoísmo... En este punto de su meditación, mientras que débiles luces nacían sobre la ciudad en tinieblas, Kondratiev volvió a ver con la mente el rostro convulso de Stefan Stern llevado por las grandes alas de espuma... «Perdóname», le dijo fraternalmente Kondratiev, «no puedo hacer nada por ti, camarada. Te comprendo bien, he sido como tú, todos hemos sido como tú... Y yo soy todavía como tú, puesto que estoy sin duda tan perdido como tú...». Él mismo no se esperaba concluir de esta manera, y se sorprendió. El fantasma de Stefan, con la frente sudorosa, los mechones despeinados de sus cabellos rojizos, la mueca de su boca, la flama tenaz de su mirada, se confundió como en el sueño con otro fantasma: el de Bujarin, su gran frente prominente, su espiritual mirada azul, su rostro estragado,

todavía capaz de sonreír, interrogándose ante el micrófono del Tribunal Supremo, unos días antes de morir. Y la Muerte ya estaba ahí, casi visible, muy cerca de él, con una mano sobre la espalda, la otra con la pistola: la muerte no era aquella que vio y grabó Alberto Durero, esqueleto de cráneo sonriente, envuelta en un sayal, armada con la hoz de la Edad Media, no: era la muerte moderna, vestida con uniforme de oficial del servicio especial de operaciones secretas, la Orden de Lenin sobre el pecho, las mejillas llenas y bien rasuradas... «¿Por qué causa voy a morir?», se preguntaba Bujarin en voz alta; luego hablaba de la degeneración del partido proletarios... Kondratiev quiso sacudirse esa pesadilla.

—Toma el timón —le ordenó al marinero.

Sentado en la popa, de pronto fatigado, con las manos sobre las rodillas, liberado de los fantasmas, pensaba. Evidentemente perdido. La lancha se precipitaba a través de esta negra certidumbre, hacia las rocas. Perdido como esta ciudad, esta revolución, esta república, perdido como tantos camaradas... Por otra parte, ¿no era lo más natural? A cada quien su turno, a cada uno a su manera... ¿Cómo había podido no darse cuenta hasta ahora, vivir enfrentado a esta revelación escondida, sin adivinarla, sin entenderla, imaginarse hacer cosas importantes, o banales, cuando en realidad no había nada qué hacer? La lancha costeaba el puerto negro en medio de un caos de piedras dispersas. Una linterna oscilante precedió a Kondratiev en las ruinas de una construcción baja de techos hundidos, donde los milicianos jugaban a los dados a la luz de una vela... Un pedazo de cartel, encima de ellos, mostraba a mujeres demacradas al fin victoriosas sobre la miseria, en el umbral del porvenir prometido por la CNT... Kondratiev se hizo conducir a las once de la noche a un edificio del gobierno, para una entrevista inútil con los directores del servicio de municiones. Demasiadas municiones para sucumbir, no demasiadas para vencer. Hacia la medianoche, un miembro del gobierno lo invitó a un refrigerio. Kondratiev bebió dos grandes copas de champaña; un ministro de la Generalitat de Cataluña brindaba con él. El vino de las tierras francesas impregnadas del sol más dulcemente alegre hizo correr por sus venas lentejuelas de oro. Kondratiev, de buen humor, tocó con el dedo índice una de las botellas, sin pensar para nada en lo que iba a decir: —¿Por qué, señor, no reserva usted este vino para los heridos?

El otro lo miró con una media sonrisa rígida. El estadista catalán era alto, delgado, encorvado; de sesenta años, vestido con elegancia; un rostro severo, iluminado por una mirada fina, universitario. Se encogió de hombros: —Tiene usted razón... Es una de esas pequeñas cosas por las cuales nos estamos muriendo... Insuficiencia de municiones, exceso de injusticia...

Kondratiev destapó la segunda botella. Cazadores y cazadoras, con grandes sombreros emplumados de fieltro, que perseguían al ciervo acosado en los bosques de otro siglo, lo miraban hacer desde lo alto de la tapicería. El viejo universitario catalán brindó de nuevo con él. La intimidad los acercó, desarmado el uno delante del otro, como si hubieran dejado la hipocresía en el guardarropa...

—Estamos vencidos —dijo el ministro amablemente—. Mis libros serán quemados, se dispersarán mis colecciones, se cerrará mi escuela. Si escapo, no seré, en Chile o en Panamá, más que un emigrado del que nadie comprende el lenguaje... Con una esposa loca, señor. Así es.

Sin que supiera cómo, la pregunta más incongruente, la más desmesurada, se le escapó: —Mi querido señor, ¿tiene usted noticias del señor Antonov-Ovseyenko, a quien yo estimo infinitamente?

—No he tenido ninguna —respondió Kondratiev, con una voz indiferente.

—¿Es verdad que... que ha sido... que se le ha... que...?

Kondratiev vio de muy cerca, en las pupilas del viejo simpático, estrías verdes mezcladas con la sombra.

—¿... que ha sido fusilado? —completó tranquilamente Kondratiev—. Usted sabe, esa palabra es de uso corriente entre nosotros. Bueno, es probablemente verdad, pero no sé nada con certeza.

Un embarazoso silencio de apagamiento o desánimo se formó entre ellos.

—Alguna vez él bebió este champaña aquí mismo, conmigo —dijo, con voz confidencial, el ministro catalán.

—Yo terminaré probablemente como él —respondió de igual modo, casi con alegría, Kondratiev.

En el umbral, ante la puerta blanca y dorada entreabierta, se

estrecharon las manos con efusión, retomando sus personajes convencionales pero más vivaces que de costumbre. Uno decía: «Buen viaje, querido señor»; el otro repetía, cambiando de pie de apoyo sobre el mismo lugar, su agradecimiento caluroso por la recepción. Sentían que esos adioses se alargaban más de la cuenta; pero en el instante en que sus manos se separaron, un vínculo invisible y frágil, semejante a un hilo de oro, se rompió entre ellos —también lo sintieron— para jamás reanudarse.

... Kondratiev, decidido a hacer frente al peligro, tomó a la mañana siguiente el avión de Toulouse. Llegar a Moscú antes que los informes secretos que, al desfigurar sus menores gestos, lo mostrarían como intercesor de un trotskista-terrorista: ¡qué delirante era todo eso! Llegar a tiempo de proponer las medidas supremas para cambiar el rumbo: un envío masivo de armas, una depuración de los servicios, la suspensión inmediata de los crímenes en la retaguardia... Hacerse recibir por el jefe antes de que el enorme mecanismo triturador de las trampas gubernamentales fuera puesto en marcha; en el careo con él, jugarse calmadamente la vida, sobre los triunfos precarios de una camaradería fundada en 1906 en las planicies frías de Siberia, de una lealtad absoluta, de una franqueza hábil pero acerada, de la verdad; pues, a fin de cuentas, la verdad sí existe.

A mil quinientos metros de altitud, en un cielo que era todo luz, la catástrofe más iluminada de sol en la historia no se distinguía en tierra. La guerra civil se desvanecía precisamente a la altura a la cual los bombarderos se alistan para el combate. La tierra ofrecía el aspecto de un mapa tan rico en colores, tan hinchido de vida geológica, vegetal, marina, humana, que Kondratiev, contemplándola, fue arrebatado por una especie de embriaguez. No hizo más que pasar de avión en avión. Cuando al fin, sobrevolando los bosques lituanos, esas ondulaciones musgosas ensombrecidas, que le daban a esos campos una fisonomía anterior a la humanidad, descubrió las tierras soviéticas, tan diferentes de todas las otras por la tonalidad uniforme de los vastos cultivos koljorianos, una ansiedad precisa lo penetró hasta la médula. Tuvo lástima de los techos de paja, humildes como pobres ancianas, esparcidos aquí y allá en las hondonadas de las labores, casi negras, a las

orillas de tristes ríos. (Sin duda, en el fondo, tenía lástima de sí mismo).

El jefe lo recibió el día mismo de su llegada: la situación en España debía parecer así de grave. Kondratiev no esperó más que algunos instantes en una antesala espaciosa, inundada de luz blanca por las enormes vidrieras desde las cuales se veía un bulevar de Moscú, los tranvías, una doble hilera de árboles, la gente, ventanas, techos, un edificio en demolición, los bulbos verdes de una iglesia perdonada... «Pase usted, se lo ruego...». Una sala blanca, desnuda como un cielo frío, techos altos, sin otro adorno que el retrato, más grande que el natural, de Vladimir Ilich, con gorra, las manos en los bolsillos, de pie en el patio del Kremlin. La sala era tan amplia que al principio Kondratiev la creyó vacía; pero detrás de la mesa del fondo, en el ángulo más blanco, el más desierto, el más solitario de esta soledad encerrada y desnuda, alguien se levantó, dejó sobre la mesa una pluma, surgió del vacío; alguien cruzó la alfombra que era de un gris claro de nieve sombría, alguien llegó a abrazar a Kondratiev, con una brusquedad afectuosa, alguien, Él, el jefe, el compañero de antes: ¿era real?

—Buen día, Iván, ¿cómo te va?

Lo real triunfó sobre el estupor de lo real. Kondratiev estrechó las dos manos tendidas, por un largo momento, y lágrimas verdaderas se agolparon, cálidas, se secaron instantáneamente, bajo sus párpados, y su garganta se contrajo. El resplandor de una gran alegría lo electrizaba: —¿Y tú, Josef?... Tú... Qué feliz de verte... Qué joven estás...

El cabello corto y ceniciente parecía firme; la frente era ancha pero estaba surcada, llena de arrugas; los pequeños ojos enrojecidos, el bigote tupido, todo ello transmitía una carga de vida tan compacta, que el hombre de carne y hueso desplazaba la imagen de sus innumerables retratos. Sonreía: tenía arrugas de tanto sonreír, alrededor de la nariz, bajo los párpados; un calor calmante emanaba de él. ¿Sería en verdad bondadoso? Pero ¿cómo era posible que todos esos dramas tenebrosos, esos procesos, esas sentencias espantosas decididas en el Buró-Político no lo hubieran desgastado?

—Tú también, Vania —decía (sí, la voz no había cambiado)—, resistes bien, no has envejecido mucho.

Se miraron, relajados. ¡Cuántos años, viejo! Praga, Londres, Cracovia,

hace años, el cuartito en Cracovia donde discutieron tan ásperamente toda una noche a propósito de las expropiaciones del Cáucaso; luego fueron a beber una buena cerveza en una *Keller* de bóvedas romanas, bajo los muros de un convento... Las marchas del 17, los congresos, la campaña de Polonia, los hoteles de las pequeñas ciudades tomadas donde las chinches devoraban a nuestros exhaustos Consejos revolucionarios. Tal avalancha de recuerdos se echó sobre ellos, que ninguno prevaleció: todos estaban presentes pero mudos, borrados para rehacer, más acá de toda expresión, una amistad ajena a las palabras. El jefe buscaba su pipa en el bolsillo de la blusa. Juntos, caminaron sobre la alfombra hacia los altos ventanales del fondo, a través de la blancura...

—Bueno, Vania, ¿cómo están las cosas allí? Habla sin rodeos, tú me conoces.

—Las cosas... —comenzó Kondratiev con una mueca desanimada y ese gesto de la mano que parece dejar caer lo que tiene—, las cosas...

El jefe pareció no haber escuchado esas primeras palabras. Seguía, con la frente baja, afanándose con los dedos en el tabaco de la cazoleta de la pipa.

—Tú sabes, hermano, los viejos como tú, del viejo partido, deben decirme toda la verdad... toda la verdad... Si no, ¿a quién se la voy a pedir? La necesito, a veces siento que me ahogo. ¡Todo el mundo miente, miente, miente! De arriba abajo, mienten todos que es un infierno... Descorazonador... Vivo en la punta de un edificio de mentiras, ¿entiendes? Las estadísticas mienten, naturalmente: ellas suman las tonterías de los pequeños funcionarios de la base, las intrigas de los administradores medios, las maquinaciones, el servilismo, el sabotaje, la estupidez enorme de nuestros cuadros dirigentes... Cuando me muestran todas esas cifras destiladas, me retengo a veces para no decirles: ¡cólera! Los planes mienten porque se basan nueve veces sobre diez en datos falsos; los ejecutantes del plan mienten porque no tienen el valor de decir lo que pueden hacer, lo que no pueden hacer; los economistas más calificados mienten porque son ciudadanos de la Luna, lunáticos, ¡te digo! Y entonces me dan ganas de preguntar a la gente: ¿por qué, si se callan, sus ojos mienten? ¿Te das cuenta?

¿Se estaba excusando? Prendió con rabia su pipa, metió las manos en los

bolsillos: la cabeza cuadrada, los hombros pesados, bien plantado sobre la alfombra en la nítida claridad. Kondratiev lo consideraba con amistad, desconfiando, sin embargo, en el fondo, y reflexionando. ¿Atreverse? Se aventuró suavemente: —Todo eso, ¿no es un poco tu culpa?

El jefe sacudió la cabeza; las minúsculas arrugas del constante sonreír temblaban alrededor de su nariz, bajo sus ojos...

—Me gustaría mucho verte en este lugar, viejo, no creas. La vieja Rusia es un pantano: más avanza uno, más se mueve el suelo; te hundes en el momento en que menos lo esperas... Y luego, la escoria humana... Rehacer a la mala bestia humana, eso llevará siglos. Yo no tengo siglos a mi disposición... Bueno, ¿y las últimas noticias?

—Detestables. Tres frentes apenas se sostienen; una ofensiva, y se hunden... Ni siquiera se han cavado trincheras ante las principales posiciones...

—¿Por qué?

—Falta de palas, de pan, de planes, de oficiales, de disciplina, de municiones, de...

—Entiendo... Como el principio del año 18 para nosotros, ¿no?

—Sí, aparentemente... Sin el partido, no obstante; sin Lenin... —Kondratiev dudó durante una ínfima fracción de segundo, cosa que debió de notarse—, sin ti... Y aquello no es un comienzo, es un fin: *el fin*.

—Los expertos lo anuncian: ¿no dicen tres o cinco semanas?

—Eso puede durar mucho tiempo más, como una agonía que se alarga. O puede hundirse mañana.

—Necesito —dijo el jefe— prolongar la resistencia algunas semanas.

Kondratiev no respondió. Pensaba: «Eso es cruel. ¿Para qué?». El jefe pareció adivinar: —Nosotros bien lo valemos —agregó—. Bueno. ¿Nuestros tanques de Sormovo?

—Nada de qué presumir. Los blindajes, pasables... —Kondratiev recordó que se había fusilado, por sabotaje, a los constructores: sintió una sombra de incomodidad—. Los motores, insuficientes. Hasta un 35 por ciento de averías en combate...

«¿Eso está en tu informe escrito?». «Sí». Incomodidad. Kondratiev pensó que él mismo abría, así, otro proceso, que ese 35 por ciento brillaría con

caracteres fosforescentes en los cerebros agotados por los interrogatorios nocturnos. Resumió: —Sobre todo, defectuoso el material humano...

—Ya me lo han dicho. ¿Tu explicación?

—Simple. Nosotros hicimos la guerra, tú y yo, en otras condiciones. La máquina tritura al hombre. Tú sabes que yo no soy cobarde. Bueno, quise darme cuenta yo mismo. Me metí en una de esas máquinas, una número 4, con tres tipos formidables, un anarco barcelonés...

—... un trotskista, naturalmente...

(El jefe lo dijo sonriendo, en medio de una humareda, sus ojos enrojecidos reían a través de la hendidura de sus párpados).

—Es muy posible, no tuve tiempo de investigarlo... Tú tampoco lo habrías tenido... Dos campesinos de piel aceitunada, andaluces, admirables tiradores como nuestros siberianos o nuestros letones de antaño... Bueno, ahí estábamos, rodando sobre un camino excelente, no puedo imaginarme siquiera lo que sería con baches... Éramos cuatro allí dentro, empapados de sudor de la cabeza a los pies, ahogándonos, en medio de la oscuridad, el ruido, la peste a gasolina; nos daban ganas de vomitar, separados del mundo, ¡que terminara de una vez! Traíamos el pánico en las tripas: ya no éramos combatientes, sino unos pobres tipos medio locos, pegados unos contra otros, en una caja negra, asfixiante... En lugar de sentirnos protegidos y poderosos, nos sentíamos reducidos a nada...

—¿El remedio?

—Máquinas mejor concebidas, unidades especiales y entrenadas. Precisamente lo que no hemos tenido en España.

—¿Nuestros aviones?

—Buenos, con excepción de los viejos modelos... Ha sido un error mandarles tantos viejos modelos... —el jefe aprobó con un gesto decidido de la cabeza—. Nuestro B 104, inferior a los Messerschmidt: superado en velocidad.

—El constructor saboteaba.

Kondratiev dudó antes de replicar, porque había pensado mucho en ello, convencido de que la desaparición de los mejores ingenieros del Centro de Experimentación de la Aviación había significado una baja segura en la calidad de la producción.

—Quizá no... Quizás es solamente que la tecnología alemana sigue siendo superior...

El jefe dijo:

—Saboteaba. Se ha probado. Lo confesó.

La palabra *confesó* hizo nacer entre ellos una clara incomodidad. El jefe lo sintió tan bien, que se dio la vuelta, fue a coger de la mesa un mapa de los frentes de España, planteó preguntas de detalle que no podían tener el menor interés para él, en verdad: que la Ciudad Universitaria de Madrid estuviese más o menos provista de artillería, ¿qué podía importarle? Por el contrario, no habló del embarque de los cargamentos de oro, probablemente informado ya por un mensajero especial. Kondratiev omitió ese tema. El jefe no hizo alusión a los cambios de personal propuestos por Kondratiev en su memorándum... Kondratiev leyó en un reloj lejano, sobre el ventanal, que la audiencia ya duraba más de una hora. El jefe iba y venía; hizo traer té, respondió a su secretario: «No antes de que te llame...». ¿Qué esperaba? Kondratiev, tenso, esperaba también. El jefe, las manos en los bolsillos, lo llevó cerca del ventanal, desde donde podían verse los techos de Moscú. No había más que un vidrio entre ellos y la ciudad, el cielo pálido.

—Y aquí en casa, en este Moscú magnífico y desolado, ¿qué es lo que no funciona, en tu opinión? ¿Qué es lo que no cuaja, eh?

—Pero si acabas de decirlo, hermano. Todo mundo miente, miente y miente. El servilismo, en pocas palabras. De ahí la falta de oxígeno. ¿Cómo construir el socialismo sin oxígeno?

—Hum... ¿Es todo, en tu opinión?

Contra el paredón: Kondratiev se vio a sí mismo contra el paredón. ¿Hablar? ¿Arriesgarse? ¿Hacerse a un lado cobardemente? La tensión interior le impedía observar, a cuarenta centímetros, el rostro del jefe. A pesar de él mismo, fue muy directo, y por lo tanto muy torpe. Con una voz pesada, falsamente desapegada, dijo: —Los viejos se van haciendo menos...

El jefe no hizo caso de la atroz alusión, fingiendo no percibirla: —Pero por otro lado, suben los jóvenes. Enérgicos, prácticos, a la americana... Es tiempo de que los viejos descansen...

«Que descansen con los santos»: como en el canto litúrgico para los muertos... Kondratiev, crispado, dio un rodeo: —Sí, los jóvenes, es verdad...

Son nuestro orgullo: nuestra juventud... —mi voz suena falsa: yo también miento...

El jefe sonrió extrañamente como si se burlara de alguien ausente. Y dijo con un tono de lo más natural: —¿Crees tú que he cometido muchos errores, Iván?

Estaban solos en medio de una intensa blancura: frente a ellos, toda la ciudad, de la que no llegaba ningún ruido. En una especie de patio espacioso, abajo, muy lejos, entre una iglesia rechoncha con unas torrecillas en ruinas y un pequeño muro de ladrillos rojos, jinetes georgianos se ejercitaban en el sable: galopaban de una punta a otra del patio; se les veía, hacia la mitad del camino, inclinarse hasta el suelo para alcanzar al vuelo, con la punta del sable, un trapo blanco...

—No te juzgo —dijo Kondratiev, turbado—. Tú eres el Partido —advirtió que esta fórmula lo complacía—, yo no soy más que un viejo militante... —y agregó, con una tristeza matizada por la ironía—: Uno de los que tienen necesidad de descanso...

El jefe esperaba como un juez imparcial o como un culpable indiferente. Impersonal: tan real como las cosas.

—Yo creo —dijo Kondratiev— que te has equivocado al «liquidar» a Nicolás Ivánovich.

Liquidar: la vieja palabra que se empleaba bajo el terror rojo, por pudor y cinismo, a la vez, en lugar de *ejecutar*. El jefe la escuchó en su cara sin inmutarse, con cara de piedra.

—Era un traidor. Lo reconoció. ¿Acaso no lo crees?

Silencio. Blancura.

—Es difícil creerlo.

El jefe hizo una mueca que quiso ser una sonrisa burlona. Se encogió de hombros pesadamente, el ceño se le ensombreció, su voz se hizo pastosa.

—Evidentemente... Hemos tenido demasiados traidores... conscientes o inconscientes... no es tiempo de hacer psicología... Yo no soy novelista... —una pausa—. Los aniquilaré a todos, sin descanso... sin piedad... hasta el último de los últimos... Es duro, pero es necesario... Todos... Está el país, está el porvenir. Hago lo que hay que hacer. Como una máquina.

¿Nada que responder, o que gritar? Kondratiev estuvo a punto de gritar.

El jefe no le dio tiempo. Volvió al tono conversacional: —Y allí, ¿los trotskistas siguen con sus intrigas?

—No tanto como lo afirman algunos imbéciles. Por otra parte, quería hablarte de un asunto de poca importancia, pero que puede tener repercusiones... Nuestra gente hace estupideces peligrosas...

Kondratiev expuso en cuatro frases el caso de Stefan Stern. Trató de adivinar si el jefe estaba al tanto. El otro, impenetrable y natural, escuchaba con atención, tomaba nota del nombre: Stefan Stern, como si lo ignorase. ¿Verdaderamente lo ignoraba? «Bueno, ya veré... Pero sobre el caso Tuláyev, te engañas: hay un complot».

—¡Ah!

«Quizás, en efecto, hay un complot...». En el cerebro de Kondratiev hubo una reticente aceptación... «Me estoy poniendo complaciente, ¡que el diablo me lleve!».

—¿Me permites una pregunta, Josef?

—Claro.

Los ojos rojos del jefe mantenían una expresión afable.

—¿El Buró-Político está descontento conmigo?

Eso significaba en verdad: «¿Estás tú descontento, ahora que te he hablado con toda franqueza?».

—¿Cómo responderte? —dijo el jefe con lentitud—. Yo no lo sé. El curso de los acontecimientos no es satisfactorio, eso es cierto, pero tú no podías hacer gran cosa. No pasaste en Barcelona más que unos cuantos días; tu responsabilidad no está muy comprometida... No tenemos a nadie a quien felicitar cuando todo se va al diablo, ¿eh? ¡Ja, ja!

Reía con una risita gutural, que cesaba de pronto.

—Ahora, ¿qué hacer contigo? ¿Qué trabajo quieres? ¿Quieres ir a China? Tenemos ahí pequeños y admirables ejércitos, un poco afectados por ciertas enfermedades... —se dio tiempo de reflexionar—. Pero sin duda ya has tenido demasiadas guerras.

—He tenido demasiadas, hermano. No, gracias; en cuanto a lo de China: evítamelo, por favor. Siempre la sangre, la sangre, estoy harto...

Justamente las palabras que no había que decir, que estaban en su garganta desde el primer minuto de este encuentro, las palabras más graves

de su diálogo secreto.

—Te comprendo —dijo el jefe, y hubo algo siniestro en pleno día—. ¿Entonces, qué? ¿Un puesto en la producción, en la diplomacia? Déjame pensar.

Cruzaron sobre la alfombra, en diagonal. Como sonámbulos. El jefe retuvo la mano de Iván Kondratiev en la suya.

—Me ha hecho muy feliz volverte a ver, Iván.

Sincero. Esa chispa al fondo de las pupilas, ese rostro reconcentrado, el envejecimiento del hombre fuerte sin confianza, sin felicidad, sin contactos humanos, en una soledad de laboratorio... Continuó: —Descansa, viejo. Hazte cuidar. A nuestra edad, con la vida que hemos llevado, eso se impone. Tienes razón, los viejos se van haciendo menos.

—¿Te acuerdas de nuestras cacerías de pato silvestre en la tundra?...

—Todo, todo, viejo, me acuerdo de todo. Vete a descansar al Cáucaso. Solamente que, allí, te doy un consejo: deja en paz los sanatorios, anda lo más posible por los senderos de la montaña. Eso es lo que me gustaría hacer.

Aquí se inició entre ellos, *en* ellos, un diálogo secreto que siguieron ambos por medio de adivinaciones, claramente: «¿Por qué no vas tú?», sugería Kondratiev, «te haría mucho bien, hermano». «Es tentador, los senderos perdidos», reía el jefe. «¿Para que me encuentren un día con la cabeza rajada? No estoy tan loco, todavía hago falta». «Te compadezco, Josef, tú eres el más amenazado, el más cautivo de entre nosotros...». «No quiero ser compadecido. Tú no eres nada, yo soy el jefe». No dijeron estas palabras: las escucharon, las profirieron solamente en un doble enfrentamiento, el uno con el otro corporalmente y, también, el uno con el otro *dentro* de cada uno, incorpóreamente.

—Nos vemos.

—Nos vemos.

En medio de la vasta antesala, Kondratiev se cruzó con un pequeño personaje de gafas redondas con montura de carey, nariz curva y gruesa, pesado portafolios casi al ras del suelo: era el nuevo procurador del Tribunal Supremo, Rachevsky. Intercambiaron un saludo reticente.

06

Cada quien se ahoga

a su manera

Una docena de funcionarios manejaban desde hacía seis meses los ciento cincuenta expedientes seleccionados del caso Tuláyev. Fleischman y Zvéryeva, nombrados «investigadores encargados de seguir los asuntos de la más alta gravedad», seguían este de hora en hora, bajo el control directo del alto comisario adjunto, Gordéyev. Fleischman y Zvéryeva, los dos chequistas en otra época, es decir, en los tiempos heroicos, debían de estar bajo sospecha: ellos lo sabían y eso contribuía a que se contara con su celo más extremado. El caso se ramificaba en todas direcciones, relacionándose con muchas otras investigaciones, disolviéndose, perdiéndose, resurgiendo como una peligrosa llamita azul bajo los escombros calcinados. Los investigadores juntaron ante ellos a una disparatada multitud de prisioneros: todos extenuados, desesperados, desesperantes; todos inocentes en el viejo sentido jurídico de la palabra, todos sospechosos y culpables de diversas maneras; pero era inútil presionarlos, con ellos solo se llegaba a extravagantes callejones sin salida. El sentido común sugería descartar las confesiones de una media docena de locos que relataban cómo habían asesinado al gran camarada Tuláyev. Una turista norteamericana, casi bella, completamente loca, aunque armada de una dura sangre fría, declaraba: «No entiendo nada de política, odio a Trotsky, soy terrorista. Desde la infancia soñaba con ser terrorista. Vine a Moscú para hacerme amante del camarada Tuláyev y matarlo. Era *tan* celoso: me adoraba. Quisiera morir por la URSS. Creo que hacen falta emociones fuertes para aguijonear el amor del pueblo. Maté al camarada Tuláyev, al que amaba más que a mi vida, para desviar el peligro que amenazaba al jefe... El remordimiento no me deja dormir, míreme a los ojos. Lo hice por amor... Estoy feliz de haber cumplido mi misión en la Tierra... Si estuviera libre podría escribir mis memorias para la prensa... ¡Fusílenme, fusílenme!». En sus momentos de depresión, le enviaba al cónsul largos mensajes (que se cuidaban muy bien de transmitirle) y le escribía al juez de la instrucción: «¡No me pueden ustedes fusilar porque soy norteamericana!». «¡Puta

borracha!», vociferaba Gordéyev, después de pasarse tres horas estudiando ese caso. ¿No se hacía la loca? ¿No había *pensado* antes, en realidad, en cometer un atentado? ¿No había en sus declaraciones el eco de unos designios tramados por otros? ¿Qué hacer con esta enferma? Una embajada se interesaba por ella, las agencias de prensa del otro lado del mundo publicaban su foto, describían los supuestos tormentos que la inquisición le infligía... Psiquiatras en uniforme, observadores aún del rito de los interrogatorios, se esforzaban uno tras otro, por medio de la sugestión, de la hipnosis, del psicoanálisis, en persuadirla de su inocencia. Les agotaba la paciencia. «Bueno», proponía Fleischman, «convénzanla por lo menos de que ha matado a alguien, a quien sea... ¿No tienen ustedes imaginación? Muéstrenle fotos de asesinados, cuéntenle crímenes sádicos, iy que se vaya al diablo! ¡Bruja!». Pero ella no aceptaba, en su sueño despierto, más que el asesinato de grandes personajes. Fleischman la odiaba, odiaba su voz, su acento, el rosado amarillento de sus mejillas... Un joven médico investigador se pasaba horas haciendo repetir a esta loca, mientras le acariciaba las manos y las rodillas: «Soy inocente, soy inocente...». Ella lo repetía quizá doscientas veces; al final, sonreía con beatitud al decirle dulcemente: «Qué amable es usted... Desde hace tiempo sé que usted me ama... pero fui yo, yo, yo, quien mató al camarada Tuláyev... Él me amaba como usted». Esa misma noche el joven médico le escribió su informe a Fleischman. Una especie de extravío le nublaba la mirada y el habla. «¿Está usted bien seguro», preguntó para terminar, con una extraña gravedad, «de que ella no tiene nada que ver con este caso?». Fleischman aplastó furiosamente su cigarrillo en el cenicero. «Vaya a ducharse, joven amigo, ¡en seguida!». Se envió al muchacho a reponerse de los nervios en los bosques del norte de Pechora. Cinco series de confesiones detalladas quedaron así clasificadas bajo el signo de la demencia: sin embargo, hacía falta valor para descartarlas. Gordéyev enviaba a los inculpados con los médicos. Estos enloquecían a su vez... ¡Tanto peor para ellos! Fleischman opinaba con una blanda sonrisa: «Al manicomio, con una buena escolta...». Zvéryeva, alisándose con sus dedos afilados los largos cabellos teñidos, respondía: «Yo los considero muy peligrosos... Locura antisocial...». Los masajes faciales, las cremas y el maquillaje le conservaban una máscara sin edad, de rasgos

suaves, de arrugas indistintas, crispante. La mirada áspera y agitada de sus pequeños ojos negros suscitaba inquietud. Fue ella quien informó a Fleischman de que el alto comisario adjunto, Gordéyev, los esperaba a la una y media en su casa, para una conferencia importante. Añadió con un tono significativo: «Irá el procurador Rachevsky. Tuvo audiencia con el patrón...».

«Estamos cerca del desenlace», pensó Fleischman.

Conferenciaron en el gabinete de trabajo de Gordéyev, en el duodécimo piso de una torre que domina las arterias centrales de la ciudad. Fleischman había tomado un poco de coñac y se sentía bien. A medias acodado en la ventana, miraba abajo el hormigüeo humano de la calle, los coches en fila delante del Comisariado del Pueblo para Asuntos Extranjeros, los escaparates de las librerías y las cooperativas. Vagabundear un poco por ahí, entrar en una librería, distraerse con los escaparates, seguir acaso a una bonita veinteañera: eso sería magnífico. ¡Vida de perros! Hasta cuando se consigue no pensar en el peligro. Gordo, condecorado, las mejillas colgantes, los párpados marchitos, con manchas amarillas debajo de los ojos, las sienes ralas, comenzaba claramente a envejecer desde hacía poco. Pensó: «Voy a volverme completamente impotente en un año o dos...», sin duda porque sus ojos se interesaban por los muchachos de gorras que, libros bajo el brazo, atravesaban la calle empujándose alegremente, entre un furgón negro de la prisión interior, un reluciente Fiat diplomático, un autobús verde.

El procurador Rachevsky se interesaba en un pequeño paisaje de Levitán colgado en la pared. Noche blanca de Ucrania, techo de palma, curva cenicienta de un camino, encanto de las llanuras bajo las estrellas indistintas. Sin que su mirada se despegara de ese camino hacia lo irreal, dijo: —Camaradas, pienso que es hora de llegar a algo.

«Evidentemente», pensó Gordéyev, desconfiado, «es la hora. Pero ¿llegar a qué, si se puede saber?». Gordéyev creía saberlo muy bien, pero se guardaba de concluir nada. El menor error en semejante caso es como el paso en falso del constructor de rascacielos que pone remaches de maderaje a cien metros del suelo. La caída no perdona. Imposible obtener una directiva precisa. Lo dejaban hacer, lo animaban, lo acechaban, se

reservaban el derecho de recompensarlo o de reprobarlo. La palabra del procurador Rachevsky hacía presentir una revelación, pues acababa de estar con el jefe. Se escucharon algunas escalas al fondo del apartamento: Ninelle comenzaba su lección de piano.

—Soy de la misma opinión, Ignati Ignatiévich —dijo Gordéyev con una gran sonrisa dulzona.

Fleischman se encogió de hombros.

—Por supuesto, terminemos. Esta investigación no puede durar eternamente. Solo que hay que saber cómo cerrarla —miró a Rachevsky directamente a la cara—. El caso es completamente político...

Pérfida o despreocupadamente, hizo una pequeña pausa antes de continuar: —... si bien el crimen, a decir verdad...

A decir verdad, ¿qué? Fleischman se volvió hacia la calle, sin acabar su frase; insoportablemente gordo, de hombros redondos, el mentón desbordante sobre el cuello de la túnica. Zvéryeva, que nunca se atrevía a ser la primera, intervino con un tono reservado: —No ha terminado usted su frase, creo.

—Así es.

Entre los estudiantes agrupados allá abajo, al borde de la acera, una hermosa muchacha, asombrosamente rubia, explicaba algo a sus amigos con gestos vivaces de ambas manos; a esta distancia, sus dedos parecían captar la luz; y echaba la cabeza hacia atrás para reír con más soltura. Esta cabeza, lejana como una estrella, inaccesible y real como una estrella, no sentía el peso de la mirada opaca de Fleischman. El Alto Comisario adjunto de la Seguridad, el procurador del Tribunal Supremo, la investigadora encargada de los asuntos de la más alta gravedad esperaban que Fleischman diera su opinión. Al ver la espera, este volvió a hablar firmemente: —Cerrar la investigación.

Y, volviéndose de tres cuartos, enfrentó a sus tres interlocutores con una amable inclinación de cabeza, como si acabara de decir algo muy importante; tres cabezas repugnantes, corrompidas, moldeadas en una sustancia horriblemente gelatinosa... Yo también, yo soy feo, tengo la piel verdosa, el mentón bestial, los párpados hinchados... Deberíamos ser destruidos... Y helos aquí tan incómodos, queridos camaradas, porque ya no

diré más. Les toca a ustedes motivar la decisión o diferirla, ya me he responsabilizado demasiado... Los estudiantes ya no estaban en la calle, ni el autobús, ni el coche celular... Otros pasaban, un carrito de niño rodaba sobre el asfalto, bajo el morro pesado de los grandes camiones... En esa multitud de la calle, ni una cabeza que supiera el nombre de Tuláyev... En esta ciudad, en este país de ciento setenta millones de seres, nadie se acordaba verdaderamente de Tuláyev. De ese hombre gordo, bonachón, bigotudo, molesto, confianzudo, banalmente elocuente, borracho a sus horas, servilmente fiel al partido, envejecido y feo como todos nosotros, no quedaba más que una pizca de cenizas en una urna y un recuerdo sin calor ni valor en las memorias desbordantes de algunos inquisidores medio locos. Las únicas criaturas gracias a las cuales fue verdaderamente un hombre, las mujeres que desvestía luego de beber, con risas ruidosas, balbuceos de ternura, bromas cochinas, violencias de toro, guardaban de él, quizás, así fuere por poco tiempo, imágenes secretas completamente diferentes de sus retratos aún colgados, por descuido, en algunas oficinas. Pero ¿sabían ellas su nombre? Recuerdos y retratos desaparecían pronto... Nada en el expediente, ni siquiera una pista seria contra quien fuera. Tuláyev se desvanecía llevado por el viento, la nieve, las tinieblas, el frío saludable de una noche de helada.

—¿Cerrar la investigación? —dijo Zvéryeva, con un tono inquisitivo.

Tenía la sensibilidad siempre despierta de una criatura oficial. Intuiciones casi infalibles le hacían presentir los designios que se maduraban allá arriba en medio del silencio y el equívoco. Ella era, toda entera, una interrogación, con la barbilla en la mano, los hombros encogidos, los cabellos ondulados, la mirada puntiaguda, torcida y puntiaguda. Fleischman se cubrió un bostezo con la mano. Gordéyev, para disimular su incomodidad, sacó una botella de coñac de una alacena y se puso a colocar unos vasitos. «¿Martel o Armenio?». El procurador Rachevsky, comprendiendo que nadie diría nada más antes de que él hubiera hablado, comenzó: —Este caso, estrictamente político, en efecto, no comporta más que una solución política... Los resultados de la investigación preliminar no nos interesan por ellos mismos más que de manera secundaria... Según los criminalistas de la vieja escuela, con quienes estamos de acuerdo en la presente circunstancia, el *cui*

prodest...

—Muy bien —dijo Zvéryeva.

El rostro del procurador Rachevsky parecía esculpido en dos curvas contrarias, una más larga que la otra, en una carne dura y enfermiza. Cóncavo, en su conjunto, de la frente abombada a la bola gris del mentón; una nariz curva, hinchada en la base, de fosas negras y peludas, le daba una apariencia poderosa. La tez era sanguínea, tirando a violáceo en algunas partes. Grandes ojos marrones, como bolas opacas, lo ensombrecían. Emergía desde hace pocos años, en una época terrible, del fondo de un triste destino, lleno de necesidades oscuras, penosas y arriesgadas, cumplidas sin provecho alguno, con un encarnizamiento de bestia de carga. Llegado súbitamente a la grandeza, ya no se emborrachaba, por miedo de hablar demasiado. Pues ya le había sucedido decir de sí mismo, en la buena ebriedad cálida que tanto alivia: «Soy un caballo de tiro... Arrastro el viejo arado de la justicia. No conozco más que mi surco, ija, ja! Me gritan: "Arre", y yo tiro. Un chasquido con la lengua, y me detengo. Soy el bruto del deber revolucionario; "camina, vieja bestia, ija, ja!". Más tarde, habría de guardarles un resentimiento profundo a los amigos íntimos que le habían escuchado hablar así. Su ascensión databa de un proceso de sabotaje — terrorismo, traición — montado en Tashkent contra los hombres del gobierno local, sus amos de la víspera. Construyó ahí, sobre una orden ni siquiera explícita, un edificio complicado de hipótesis falsas y de trizas de hechos, recubrió con las mallas de una dialéctica tortuosa las declaraciones laboriosamente elaboradas por una veintena de acusados, tomó sobre sí mismo la carga de dictar la implacable sentencia que se dudaba en comunicarle, retardó el envío de los recursos de gracia... Luego fue a hablar al Gran Teatro de la ciudad, ante tres mil obreros y obreras. Este episodio decidió su ascenso. Envolvía en frases atropelladas, que se agolpaban unas sobre otras, un pensamiento muy nítido. Solo las incidentales estaban más o menos bien construidas. Su voz difundía, así, sobre la razón de los escuchas, una especie de bruma en medio de la cual, sin embargo, se le veía precisar finalmente contornos amenazadores, siempre los mismos. «Usted argumenta», le dijo un día un acusado, «como un bandido hipócrita que le habla a uno suavemente mientras deja ver la punta del cuchillo en la

manga...». «Desprecio sus insinuaciones», replicó el procurador, calmadamente, «y además toda la sala puede ver que tengo mangas estrechas...». En el careo, le faltaba seguridad. El estímulo de Zvéryeva le fue tan oportuno que lo reconoció con una media sonrisa: se entrevieron sus dientes, amarillos y disparejos. Peroró: —No les voy a explicar, camaradas, la teoría del complot. Esa palabra es, en derecho, susceptible de revestir una significación restringida o extensiva y, diría yo, otra además que corresponde mucho mejor al espíritu de nuestro derecho revolucionario que hemos restituido a sus fuentes desde que lo hemos sustraído a la perniciosa influencia de los enemigos del pueblo que habían conseguido desnaturalizarle su sentido hasta el punto de avasallarlo con fórmulas caducas del derecho burgués que reposa sobre la constatación estática del hecho para proceder de ahí a la búsqueda de una culpabilidad formal considerada como efectiva en virtud de definiciones preestablecidas...

Esta oleada de palabras se extendió durante casi una hora. Fleischman miraba hacia la calle y sentía cómo el disgusto crecía en él. ¡Qué canallas desprovistos del menor talento hacen carrera en la actualidad! Zvéryeva cerraba los ojos, contenta como un gato al sol. Gordéyev traducía mentalmente, en lenguaje claro, ese discurso de agitador en el que yacía ciertamente, como una comadreja agazapada en la espesura, la directiva del jefe. «En sustancia: hemos vivido en el seno de un inmenso complot, infinitamente ramificado, que acabamos de liquidar. Las tres cuartas partes de los dirigentes de los períodos anteriores habían acabado por corromperse, se habían vendido al enemigo, y si no lo habían hecho, es como si lo hubieran hecho, en el sentido objetivo de la palabra. Causas: las contradicciones interiores del régimen, el deseo de poder, la presión del entorno capitalista, las intrigas de los agentes del extranjero, la actividad demoniaca del Judas-Trotsky. La alta clarividencia, la “clarividencia verdaderamente genial” del jefe nos permite desmontar las maquinaciones de innumerables enemigos del pueblo que a menudo tenían las palancas del mando del Estado. De ahora en adelante nadie debe estar a salvo de toda sospecha, fuera de los hombres enteramente nuevos que la historia y el genio del jefe hacen surgir para la salvación del país... En tres años, la batalla de la salvación pública ha sido ganada, la conjura reducida a la impotencia,

pero en las prisiones, en los campos de concentración, en la calle, hay sobrevivientes que son nuestros últimos enemigos en el interior y los más peligrosos porque son los últimos, aun si no han hecho nada, incluso si son inocentes según el derecho formal. La derrota les ha inculcado un odio y una capacidad de simulación muy profundos; son tan temibles que son capaces de refugiarse en una inactividad temporal. Jurídicamente inocentes, pueden tener un sentimiento de impunidad, creerse al abrigo de la espada. Rondan en torno a nosotros, “como chacales hambrientos en el crepúsculo, se encuentran a veces entre nosotros, apenas se traicionan por una mirada. Por ellos, gracias a ellos, la conjura de las mil cabezas podría renacer un día. Ustedes conocen las noticias que llegan del campo, en qué términos se plantean los problemas de la cosecha, ha habido complicaciones en el medio Volga, un recrudescimiento del bandidaje en Tayikistán, varios crímenes políticos en Azerbaiyán y en Georgia. Incidentes extraños se han producido en Mongolia, en el dominio religioso: el presidente de la república judía era un traidor, ustedes conocen el papel que el trotskismo ha jugado en España: se ha conspirado contra la vida del jefe en los suburbios de Barcelona, ¡hemos recibido sobre este asunto un expediente asombroso! Nuestras fronteras están amenazadas, estamos perfectamente al corriente de las transacciones entre Berlín y Varsovia; los japoneses concentran tropas en el Jehol, construyen fortificaciones en Corea, sus agentes acaban de provocar una avería de las turbinas en Krasnoyarsk”.

El procurador tomó otro trago de coñac. Zvéryeva, entusiasmada, dijo:
—Ignati Ignatiévich, ¡tiene usted el material para un caso prodigioso!

El procurador le dio las gracias con una caída de los párpados. «No nos escondamos, por lo demás, que los grandes procesos anteriores, insuficientemente preparados con ciertos informes, han dejado a los cuadros del partido relativamente desorientados. La conciencia del partido se vuelve hacia nosotros y solicita explicaciones que solo podemos proporcionarle en las audiencias de un proceso en cierta manera complementario...».

—Complementario —repitió Zvéryeva—, eso es exactamente lo que yo pensaba.

Ella brillaba discretamente. El peso de la incertidumbre cayó de las

espaldas de Gordéyev. ¡Uf! «Soy completamente de la misma opinión, Ignati Ignatiévich», dijo en voz muy alta. «Permítame que me ausente un momento; mi hija...». Se evadió por el corredor blanco, porque el piano de Ninelle se había callado y porque necesitaba, como precaución, un minuto de soledad. Iría a tomar entre sus manos planas y tibias las caderas huesudas de Ninelle. «Y bien, querida, ¿te fue bien en tu lección?». Miraba a veces a la niña morena de pupilas estriadas de verde vegetal como no era capaz de ver a nadie en el mundo. La maestra de música arreglaba las partituras en su portafolios, que cerró con un chasquido. «Ahora», pensaba Gordéyev, «las trampas están en la lista de los acusados... Habrá al menos que desenterrar a un verdadero trotskista, a un verdadero espía... Asunto peligroso...».

—Papá —dijo Ninelle, preocupada—, estabas tan amable y ahora parece que estás enfadado...

—Son los negocios, querida.

La besó en las dos mejillas, rápido, sin experimentar la alegría de esa caricia pura; demasiadas sombras de hombres torturados se removían en él sin que él lo supiera. Regresó a la reunión. Fleischman suspiraba extrañamente: «Ah, la música..., qué música...».

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Zvéryeva.

Fleischman inclinó un poco su frente pálida, lo que desparramaba un poco más su doble papada sobre el cuello de la túnica, y dijo untuosamente: «Nostalgia de la música... ¿No le pasa a usted nunca?». Zvéryeva murmuró algo con un aire suave.

—La lista de los acusados —dijo Gordéyev...

Nadie respondió.

—La lista de los acusados —repitió el procurador Rachevsky, bien resuelto a no decir nada más.

Imagínese al hipopótamo del zoológico dejándose caer de pronto en su pequeño asiento de cemento... Fleischman produjo agradablemente este efecto al opinar: «Les toca a ustedes dos, estimados camaradas, proponerla...». A cada quien sus responsabilidades: asuman las suyas.

Erchov se dio cuenta amargamente de que su preparación para esta conmoción era completa. Nada le asombró, salvo no conocer en absoluto los locales a los que fue conducido. «¡Tenía tantas prisiones que administrar, todas más o menos secretas!». El ex Alto Comisario se daba esta excusa para apaciguar su conciencia. Nueva, moderna, situada en los subsuelos, hecha de cemento, esta prisión, empero, no hubiera podido escapar a su atención. El esfuerzo de memoria que hizo para evocar alguna mención de ella en los informes del jefe de servicios de detención o del director de construcciones fue infructuoso. «¿Acaso pertenecía solo al Buró-Político?». Se olvidó del problema con un encogimiento de hombros. La temperatura era buena, la iluminación suave. Catre, mantas, almohadas, una mecedora. Nada más. La suerte misma de su mujer atormenta menos a Erchov de lo que había previsto. «Somos soldados...». Eso quería decir: «Nuestras mujeres deben esperar convertirse en viudas...». En el fondo, era la transposición de otro pensamiento, menos confesable: «Un soldado al que revientan no se apiada de una mujer...». Pequeñas fórmulas elementales como esta satisfacían su espíritu, eran irremediables, como consignas. Todas las mañanas esperaba, haciendo gimnasia. Exigió una ducha diaria y la obtuvo. Caminaba interminablemente de la puerta a la ventana, con la cabeza gacha y el ceño fruncido. Se escuchaba repetir malignamente, al final de sus reflexiones, una sola palabra que se le imponía desde el exterior, a despecho de los razonamientos mejor hechos: «Fusilado». Se tuvo lástima de pronto; sintió que desfallecía. «Fusilado». Se repuso sin un gran esfuerzo, palideciendo (pero no se vio palidecer): «Bueno, somos soldados...». Su carne masculina, reposada, exigía una mujer y recordó a Valia con angustia. Pero ¿era de Valia de quien se acordaba o de su propia vida carnal, ya concluida? Si la colilla del cigarrillo incandescente que aplastamos con el pie pudiera sentir y pensar, experimentaría esta angustia. ¿Qué hacer para que terminara más pronto?

Pasaron semanas sin que le permitieran ver un trozo de cielo. Luego los interrogatorios siguieron en una celda vecina, de manera que treinta pasos a lo largo de un corredor subterráneo no le dieron ninguna idea precisa sobre la prisión. Altos oficiales lo interrogaban con una deferencia mezclada con

una dura insolencia. «¿Verificó usted el empleo de los 344 000 rublos asignados a la reparación de los locales de la administración penitenciaria de Rybinsk?». Erchov, estupefacto, respondía: «No». Una sonrisa quizá sarcástica, quizá compadecida, se dibujaba en las mejillas hundidas del alto oficial cuyas gafas le daban un cierto parecido a un pez de mar... Eso fue todo esa vez... La vez siguiente: «Cuando firmó usted el nombramiento del jefe de campo Ilenkov, ¿conocía usted el pasado de este enemigo del pueblo?». «¿Cuál Ilenkov?». Este nombre debía de haberle sido presentado en una larga lista... «¡Pero es absurdo! Camarada, yo...». «¿Absurdo?», dijo el otro con un tono amenazante, «no, es muy grave, se trata de un crimen contra la Seguridad del Estado, cometido por un alto funcionario en el ejercicio de sus funciones, punible, según el artículo... del Código Penal, con pena capital...». Este buen hombre era un viejo con la cara cubierta de granos; escondía la mirada detrás de unas gafas grises. «Entonces, ¿pretende usted que no sabía nada, acusado Erchov?». «No». «Como usted quiera... Pero usted sabe muy bien que entre nosotros la confesión de los errores y de los crímenes vale siempre más que la resistencia... No le enseño nada con esto...». Otro interrogatorio versó sobre el envío a China de un agente secreto que había traicionado. Erchov respondió vivamente que el Buró de Organización del Comité Central había dictado este nombramiento. El inquisidor flaco, con la cabeza hendida, como por una cruz, por la larga nariz y la negra boca, replicó: «Usted trata torpemente de eludir sus responsabilidades...». Fue entonces cuestión del precio de las pieles de Valia, de los perfumes que él había cogido de las existencias del contrabando, de la ejecución de un contrarrevolucionario confeso, antiguo oficial en el ejército del barón Wrangel: «¿Va usted sin duda a pretender que ignoraba que era uno de sus agentes más devotos?». «Lo ignoraba», dijo Erchov, que, en verdad, no se acordaba de nada. La investigación, desprovista de todo sentido, le daba una sombra de confianza: verdaderamente no podían acusarlo más que de pecadillos; al mismo tiempo, le daba la sensación de un peligro creciente. «En todo caso, probablemente seré fusilado...». Una frase escuchada en otra época en un curso superior de la Academia de Guerra obsesionaba su memoria: «En el resplandor de la explosión, la destrucción del hombre es instantánea y

total...». Uno es soldado. Adelgazaba; las manos le empezaban a temblar. ¿Escribirle al jefe? No, no...

Los prisioneros confinados se van hundiendo suavemente en una duración pura. Si los despierta de pronto, un acontecimiento tiene la intensidad del sueño. Erchov se veía entrar en las vastas oficinas del Comité Central. Avanzaba, con un paso flotante, hacia una media docena de personas sentadas en torno a una mesa cubierta con una tela roja. Los ruidos de la calle llegaban hasta aquí, extrañamente amortiguados. Erchov no reconoció un solo rostro. El personaje de la derecha, con un perfil de roedor gordo, mal rasurado, podía ser el nuevo procurador Rachevsky... Seis rostros oficiales, abstractos, impersonales, dos uniformes... «Qué debilitado estoy: tengo miedo, un miedo terrible... ¿Qué decirles? ¿Qué intentar? Voy a saberlo todo: será abrumador... Imposible que no me fusilen...». Una cabeza enorme pareció acercársele: ligeramente lunar, ligeramente brillante, completamente desprovista de pelo, de minúsculas pupilas negras, una pequeña nariz redonda, una pequeña boca ridícula. De ahí salió una voz de castrado, que dijo casi amablemente: —Erchov, siéntese.

Erchov obedeció. Una silla estaba vacía detrás de la mesa. ¿Un tribunal? Seis pares de ojos lo examinaron con una severidad extrema. Cansado, pálido, vestido con la túnica de la que se habían descosido las insignias, se sentía sucio. «Erchov, usted pertenece al partido... Aquí, entiéndalo bien, las resistencias son inútiles. Hable... Confiese... Confiésenos todo, ya lo sabemos todo... Arrodíllese delante del partido... Ahí está la salvación, Erchov, la salvación posible no está más que ahí... Lo escuchamos...». El hombre con la cara de luna, con la voz de castrado, subrayó la invitación con un movimiento de la mano. Erchov lo consideró durante algunos segundos confusamente, luego se levantó y dijo: —Camaradas...

Debía gritar su inocencia, se dio cuenta de que no podría hacerlo, de que se sentía oscuramente culpable, justamente condenado por adelantado pero sin poder decir por qué; y también le era imposible confesar cualquier cosa para defenderse. No pudo más que soltar ante estos seis jueces desconocidos una ola de palabras que le parecieron lamentablemente desordenadas. He servido lealmente al partido y al jefe... listo a morir... he cometido errores, lo confieso... los 344 000 rublos de la central de Rybinsk,

el nombramiento de Ilenkov, sí, estoy de acuerdo... Créanme, camaradas... No vivo más que para el partido...

Los seis, sin escuchar, se levantaron con un solo movimiento instantáneo. Erchov se puso firme. El jefe apareció, sin mirarlo, silencioso, todo gris, el rostro duro y triste. El jefe se sentó, con la cabeza inclinada sobre una hoja de papel que leía atentamente. Los seis se sentaron de nuevo con un solo movimiento. Hubo un instante de silencio total, aun sobre la ciudad. «Continúe», retomó el hilo la voz de castrado, «háblenos de su papel en el complot que le costó la vida al camarada Tuláyev...».

—... Pero eso es absolutamente insensato —gritó Erchov—... Es la locura misma, no, no, quiero decir que soy yo quien se ha vuelto loco... Denme un vaso de agua, me ahogo...

Entonces el jefe levantó su vieja cabeza admirable y monstruosa de los retratos innumerables y dijo precisamente lo que hubiera dicho Erchov en su lugar, lo que Erchov, desesperado, debía pensar de sí mismo: —Erchov, usted es un soldado... No una mujer histérica. Le pedimos la verdad... La verdad objetiva... No haga escenas aquí...

La voz del jefe se asemejaba de tal modo a su propia voz interior que le dio a Erchov una lucidez completa e incluso una especie de seguridad. Más tarde, recordaba haber argumentado con sangre fría, haber retomado todos los elementos esenciales del caso Tuláyev y citado de memoria los documentos... Y sin embargo sentía claramente que nada de eso le serviría para nada. Los acusados hace ya mucho tiempo desaparecidos argumentaban así delante de él en otra época; y él sabía todo lo que ocultaban esos miserables. O mejor dicho, él sabía por qué las palabras eran superfluas. El jefe lo interrumpió a la mitad de una frase.

—Es suficiente. Perdemos nuestro tiempo con este traidor cínico... ¿Así que es a nosotros a quienes acusas, canalla? ¡Fuera de aquí!

Se lo llevaron. Solo había entrevisto el brillo colérico de los ojos enrojecidos y el movimiento de cuchilla de una plegadera sobre la mesa. Erchov pasó esta noche caminando en su celda, con la boca amarga, el aliento oprimido. Imposible colgarse, imposible abrirse las venas, ridículo lanzarse de cabeza contra el muro, imposible dejarse morir de hambre, lo alimentarían por la fuerza, con sonda (él mismo había firmado instrucciones

para casos de este tipo). Los orientales dicen que se puede morir si se quiere morir, pues no es la pistola lo que mata sino la voluntad... Mística. Literatura. Los materialistas saben muy bien matar, no saben morir a voluntad. ¡Pobres diablos que somos! Erchov comprendía todo ahora.

... ¿Pasaron cuatro, cinco o seis semanas? Estas medidas de la rotación del globo a través del espacio, ¿qué relación tienen con la fermentación de un cerebro entre los muros de cemento de una prisión secreta, en la época de la reconstrucción del mundo? Erchov sufría sin desfallecer interrogatorios de veinte horas. En medio de una multitud de preguntas, en apariencia sin relación unas con otras, estas volvían sin cesar: «¿Qué hizo usted para impedir el arresto de su cómplice Kiril Rublev? ¿Qué hizo usted para encubrir el pasado criminal del trotskista Kondratiev, en vísperas de su misión en España? ¿Qué mensajes mandó con él a los trotskistas de España?». Erchov explicaba que el expediente personal de Kondratiev le había sido comunicado por el Buró-Político en el último momento; que ese expediente no contenía nada en particular; que las informaciones proporcionadas por sus servicios eran buenas; que él no había visto a Kondratiev más que durante diez minutos con el único fin de recomendarle agentes seguros... «¿Qué agentes seguros, precisamente?». De regreso de estos interrogatorios, dormía como una bestia embrutecida, pero hablaba en sueños, pues los interrogatorios continuaban en los sueños...

En la hora decimosexta (pero para él podía ser lo mismo la centésima; su inteligencia se arrastraba en la fatiga como una bestia exhausta en el lodo) del séptimo o del décimo interrogatorio, sucedió una cosa fantástica. La puerta se abrió. Ricciotti entró, sencillamente, con la mano tendida: «Buen día, Maximka».

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? Estoy tan cansado, maldita sea, que ya no sé si sueño o estoy despierto. ¿De dónde sales, hermano?

—Veinte horas de buen sueño, Maximka, y todo se aclarará, te lo garantizo. Yo lo arreglo.

Ricciotti se volvió hacia los dos investigadores sentados detrás del gran escritorio, como si fuera su jefe: «Ahora, camaradas, déjennos... Té, cigarrillos, un poco de vodka, se lo ruego...».

Erchov vio el rostro descolorido de los viejos prisioneros, muchos

cabellos blancos entre los rizos descuidados, labios violetas desagradablemente fruncidos, ropas arrugadas. La chispa espiritual en la mirada de Ricciotti alumbraba aún, pero a través de una bruma. Ricciotti se esforzaba en sonreír. «Siéntate, tenemos tiempo... Estás reventado, ¿verdad?».

Explicó:

—Ocupo una celda probablemente no lejos de la tuya. Solo que conmigo se acabaron las pequeñas formalidades... Duermo, me paseo por el corredor..., recibo un vaso de compota en cada comida, hasta leo periódicos... —sus ojos parpadearon, hizo un amago de chasquear los dedos —. Los periódicos son asquerosos... Es curioso cómo los panegíricos cambian de aspecto cuando los lees en una prisión subterránea... Nos hundimos como un barco que... —se acomodó en su asiento—. Ahora descanso, ¿ves?... Arrestado unos diez días después que tú...

Trajeron el té, los cigarrillos, el vodka. Ricciotti abrió a todo lo ancho las cortinas de la ventana, hacia la luz diurna de un vasto patio cuadrado. En las oficinas de enfrente, las mecanógrafas pasaban ante los cristales. Varias muchachas que debían de estar de pie sobre un podio hablaban animadamente; se distinguía hasta sus uñas pintadas, hasta las trenzas moldeadas sobre las orejas de una de ellas.

—Es extraño —dijo Erchov a media voz.

Tragó uno tras otro un vaso de té hirviendo, luego una gran porción de aguardiente. Era como un hombre que comenzara a salir de la niebla.

—Estaba todo frío por dentro... ¿Tú entiendes lo que pasa, Ricciotti?

—Todo, amigo. Te lo voy a explicar todo. Es claro como un juego de ajedrez para principiantes. Jaque y mate.

Sus dedos dieron sobre el reborde de la mesa un golpe breve y definitivo.

—Me he suicidado dos veces, Maximka. En el momento de tu arresto, tenía un excelente pasaporte canadiense, con el cual podía haberme ido... Yo sabía lo que te sucedía, esperé, me decía que vendrían a buscarme en diez días, me engañaba... Comencé a hacer las maletas. Pero ¿qué hacer en Europa, en América, en Estambul? ¿Escribir artículos para su prensa hedionda? ¿Darles la mano a un montón de burgueses idiotas, esconderme

en hotelitos no muy limpios o en palacios y recibir finalmente una bala a la salida del excusado? Mira, detesto Occidente; detesto este nuestro mundo, pero lo amo más que lo detesto, creo en él, traigo todos sus venenos en la sangre... Y estoy cansado, ya tuve demasiado... Le entregué mi pasaporte canadiense al Servicio de enlace. Me asombraba de ir, libre, como un verdadero viviente, por las calles de Moscú. Lo miraba todo diciéndome que era la última vez. Les decía adiós a mujeres desconocidas, me entraban de repente deseos de besar a los niños, encontraba un encanto extraordinario en las baldosas de la acera, pintadas con tiza para los juegos de las niñas, me detenía delante de las ventanas que me intrigaban, no podía dormir, me acostaba con putas, me emborrachaba. Si por azar no vienen a buscarme, me decía, ¿en qué me voy a convertir? No soy bueno para nada. Me despertaba sobresaltado, del sueño o de la borrachera, para trazar planes completamente absurdos con los que me embriagaba durante media hora. Partir hacia Viatka, hacerme contratar como capataz, con un nombre falso, en las canteras de los bosques... Volverme Kuzma, leñador, analfabeto, sin partido, sin sindicato, ¿por qué no? Y no era absolutamente imposible, pero en el fondo yo no lo creía, yo mismo no lo deseaba... Mi segundo suicidio fue en la reunión de la célula del partido: el orador enviado por el Comité Central debía evidentemente hablar de ti... Sala llena, todos de uniforme, los rostros verdes, amigo mío, verdes de miedo, todos mudos; pero surcaban la sala olas de toses y de carraspeos... Yo mismo tenía miedo y sin embargo deseos de gritar: «Cobardes, son ustedes unos cobardes, ¿no les da vergüenza temblar así por sus sucios pellejos?». El orador fue prudente, todo lleno de circunloquios pegajosos; no dejó caer tu nombre hasta el final, hablando de «faltas profesionales extremadamente serias... que podrían justificar las sospechas más graves...». No nos atrevíamos a mirarnos, yo sentía las frentes húmedas, las espaldas heladas. Porque, en fin, no era de ti de quien se trataba, al hablar de ti. Ya tu mujer... Los arrestos no se habían acabado. Después de todo, veinticinco hombres de tu personal de confianza estaban ahí, todos con sus revólveres y todos sabiendo muy bien de qué se trataba... Cuando el orador se calló, caímos en un pozo de silencio. El mismo enviado del Comité Central se calló con nosotros. Los que estaban sentados en la primera fila, bajo los ojos del Buró, fueron los primeros en recobrarse,

naturalmente: estallaron los aplausos, un frenesí de aplausos. «¿Cuántos muertos aplauden su propio suplicio?», me preguntaba yo, pero hice lo mismo que los demás, para no singularizarme, aplaudíamos todos, así, bajo los ojos unos de otros... ¿Te dormiste?...

—Sí... No, no es nada, ya me desperté... Continúa.

—Los que te debían más, los más amenazados en consecuencia, hablaban de ti con más perfidia... Se preguntaban si el orador reticente del PC no les tendía una trampa: era lastimoso. Yo subí a la tribuna, como los otros, sin saber bien qué iba a decir; comencé como todo el mundo por las frases vacías sobre la vigilancia del partido. Un centenar de cabezas de asfixiados me miraban desde allá abajo, con la boca abierta; me parecían viscosas y resecas, dormidas y amenazantes, deformadas por el cólico. El Buró dormitaba, lo que podía yo decir para denunciarte no le interesaba a nadie: era una canción que se sabían de antemano y que no me salvaría; y cada uno pensaba nada más que en sí mismo... Y de pronto me sentí absolutamente calmado, mi amigo, me entraron unas ganas enormes de bromear, sentí que mi voz sonaba con aplomo, vi los rostros gelatinosos removese débilmente, comencé a inquietarlos. Estaba diciendo tranquilamente cosas inauditas, que helaron a la sala, al Buró, al tipo del Comité Central (tomaba notas a toda prisa, hubiera querido desaparecer bajo tierra). Yo decía que los errores, en nuestro agobiante trabajo, eran inevitables, que yo te conocía desde hacía doce años, que tú eras leal, que no vivías más que para el partido, que todo el mundo, por otra parte, lo sabía, que teníamos pocos hombres como tú y en cambio muchos cerdos... Un frío de témpano polar me envolvió. Del fondo de la sala, una voz estrangulada exclamó: «¡Vergüenza!». Eso despertó las larvas enfermizas del miedo: «¡Vergüenza!». «¡Vergüenza para ustedes!», dije yo bajando de la tribuna, y agregué: «¡Son ustedes muy estúpidos si se creen mejores que yo!». Atravesé la sala a todo lo largo. Todos tenían miedo de que me fuera a sentar cerca de ellos, se encogían en sus asientos cuando yo me acercaba, todos esos colegas. Me fui a fumar al comedor y me puse a coquetear con la camarera. Estaba contento, temblaba todo... Fui arrestado a la mañana siguiente.

—Sí, sí —dijo Erchov distraídamente—. ¿Qué ibas a decir de mi mujer?

—¿Valia? Acaba de escribirle al Buró de la célula que se divorciaba... Que pedía lavar el deshonor involuntario de haber sido, por inconsciencia, la esposa de un enemigo del pueblo... Etcétera... Tú conoces esas fórmulas. Ella no tiene la culpa, Valia solo quiere vivir.

—No importa —Erchov agregó, en voz baja—: Quizás hizo bien... ¿Qué pasó con ella?

Ricciotti hizo un gesto vago: «No sé nada... En Kamchatka, supongo... O en el Altai...».

—¿Y ahora?

Se veían a la luz incolora, a través de la fatiga, un asombro triste, una calma devastada, simplificada.

—Ahora —respondió Ricciotti— hay que ceder, Maximka. Ninguna resistencia sirve de nada, tú lo sabes mejor que nadie. Te limitarás a sufrir como un condenado, el fin será el mismo; inútil, por añadidura. Hay que ceder, te digo.

—¿Ceder qué? ¿Confesar que soy un enemigo del pueblo, el asesino de Tuláyev, un traidor? ¿Qué más? ¿Repetir ese galimatías de epilépticos ebrios?

—Confiesa, hermano. Eso u otra cosa, lo que sea. Para empezar, podrás dormir; luego, tendrás una débil oportunidad... Una muy débil oportunidad, casi nula según yo, pero nadie consigue más... Maximka, tú eres más fuerte que yo, pero yo tengo mejor juicio político y tú estás de acuerdo en eso... Así es, te lo aseguro. Hay necesidad de hacerlo; está uno condenado igual que se condena una turbina a la destrucción... Ni los ingenieros ni los obreros discuten las órdenes y nadie se inquieta por las vidas que costará... Yo mismo jamás lo había pensado... Los últimos procesos no han tenido el rendimiento político que se esperaba; se estima que hace falta una nueva demostración y una nueva limpieza... Tú comprendes muy bien que no se puede dejar por ahí a los viejos... No podemos decidir si el Politburó se equivoca o no...

—Se equivocan espantosamente —dijo Erchov.

—Cállate. Ningún miembro del partido tiene derecho a hablar así. Si se te enviara a la cabeza de una división contra los tanques japoneses, no discutirías: marcharías sabiendo que nadie regresará. Tuláyev no es más que

un accidente o un pretexto. Yo mismo estoy convencido de que no hay nada detrás de ese asunto, que fue muerto por azar, ¡imagínate! Admite, sin embargo, que el partido no puede reconocerse impotente ante un disparo de revólver venido de quién sabe dónde, quizá del fondo del alma popular... El jefe está desde hace tiempo en un callejón sin salida. Quizá perdió la razón. Quizá ve lejos y mejor que todos nosotros. No creo que sea genial; lo creo más bien limitado, pero no tenemos a otro y él no se tiene más que a sí mismo. Todos los demás hemos masacrado, hemos permitido que se masacre; él es el único que queda, el único real. Sabe que cuando disparan a Tuláyev, es necesariamente a él a quien apuntan; no puede ser de otra manera, no hay otro más que él que se pueda y deba odiar...

—¿Tú crees?

Ricciotti bromeó:

—Solo lo racional es real, según Hegel.

—Ya no puedo más —dijo penosamente Erchov—, es superior a mis fuerzas...

—Palabras huecas. Ni tú ni yo tenemos ya fuerzas. ¿Y luego?

La mitad de las oficinas del edificio que veían desde la ventana estaban vacías y cerradas. A la derecha, algunos pisos tenían luz; ahí se trabajaba por la noche... El reflejo verde de la pantalla de la lámpara alegraba el crepúsculo. Erchov y Ricciotti gozaban de una libertad singular: iban a refrescarse la cara al baño, se les daba una merienda bastante buena, una gran cantidad de cigarrillos. Entreveían caras casi amistosas... Erchov se tumbó en el diván; Ricciotti daba vueltas por el cuarto, luego se puso a horcajadas sobre una silla.

—Todo eso que piensas yo lo sé, lo he pensado yo mismo, lo pienso todavía. Primero: No hay otra solución, viejo. Segundo: Así nos concedemos una débil oportunidad, digamos un 0,5 por ciento. Tercero: Me gustaría más morir por el país que contra el país... Te confesaré que, en el fondo, ya no creo en el partido pero sí creo en el país... Este mundo nos pertenece, le pertenecemos, hasta en lo absurdo y lo abominable... Pero todo eso no es ni tan absurdo ni tan abominable como parece a primera vista. Es más bien bárbaro y torpe. Hacemos cirugía con hachas. Nuestro gobierno para el golpe en situaciones catastróficas y una y otra vez sacrifica sus mejores

divisiones porque no sabe hacer otra cosa. Nos llegará el turno.

Erchov se tapó la cara con las dos manos.

—Cállate, que me vuelvo loco.

Levantó la cabeza: el aire desengañado, la sonrisa huraña.

—¿Crees siquiera la quinta parte de lo que me estás diciendo? ¿Cuánto te pagan para convencerme?

La misma desolación furiosa los enfrentó y se miraron fijamente, ambos con una barba de ocho días, la piel descolorida, los párpados arrugados, los rasgos alterados por una fatiga sin límites. Ricciotti respondió sin vehemencia: —No se me paga nada, imbécil. Pero no quiero morir en vano, ¿entiendes? Esta oportunidad: 0,5 por ciento o por mil, ¡sí, por mil! Quiero intentarlo, ¿entiendes? Quiero tratar de vivir, cueste lo que cueste, ¡maldición! Soy una bestia humana que cuando menos quiere vivir, besar mujeres, trabajar, batirse en China... ¡A ver si tú eres tan diferente! Quiero tratar de salvarte, ¿entiendes? Soy lógico. Les hemos dado este golpe a otros, ahora nos ha tocado: así es. Las cosas nos rebasan y debemos ir hasta el final, ¿entiendes? Estamos hechos para servir a este régimen, no tenemos más que eso, somos sus hijos, sus hijos innobles, todo eso no es un efecto del azar, ¿entiendes por fin? Yo soy fiel, ¿entiendes? Y tú también eres fiel, Maximka.

La voz se le quebró, cambió de entonación, se matizó con una especie de ternura.

—Eso es todo, Maximka. Te equivocas al injuriarme. Reflexiona. Siéntate.

Lo tomó por los hombros, lo empujó hacia el diván y el otro se dejó caer blandamente.

Era de noche, los pasos resonaban en un lejano corredor, mezclados con un bordoneo de máquinas de escribir. Esos ruidos dispersos que se insinuaban en el silencio eran punzantes.

Erchov todavía se revolvió:

—Confesar que he traicionado todo, que he participado en un crimen contra el cual he luchado con todas mis fuerzas... ¡Déjame en paz! ¡Tú deliras!

La voz del camarada le llegó de muy lejos. Había entre ellos espacios

helados en los que lentamente giraban negros planetas... No había entre ellos más que una mesa de caoba, vasos de té vacíos, una botella de vodka vacía, un metro y medio de alfombra polvorienta.

—Otros que valían más que tú y yo lo han hecho antes que nosotros. Otros lo harán después que nosotros. Nadie resiste esta maquinaria. Nadie debe ni puede resistirse al partido sin pasarse al enemigo. Ni tú ni yo nos pasaremos jamás al enemigo... Y si tú te crees inocente, te engañas por completo. ¿Inocentes nosotros? ¿De quién te burlas? ¿Te olvidas de nuestro oficio? ¿El camarada Alto Comisario de la Seguridad, inocente? ¿El gran inquisidor, puro como un cordero? Sería el único en el mundo que no hubiera merecido la bala en la nuca que él mismo distribuía como sellos a razón de setecientos por mes, en promedio, cifras oficiales ¿radicalmente falsas? Nadie conocerá jamás las cifras auténticas.

—¡Cállate ya! —gritó Erchov, agobiado—. Haz que me lleven a mi celda. ¡Yo era un soldado, ejecutaba órdenes! Me infinges una tortura horrible...

—No. La tortura apenas ha comenzado. Ya vendrá. Trato de ahorrártela. Trato de salvarte... De salvarte, ¿entiendes?

—¿Qué es lo que te han prometido?

—Nos tienen de tal manera en sus manos que no hay necesidad de prometernos nada... Nosotros sabemos lo que valen las promesas... Popov vino a verme; ya sabes, ese viejo intrigante y tartamudo... Cuando le llegue su turno me dará mucho gusto, aunque sea en el otro mundo... Me dijo: «El partido te pide mucho, el partido no le promete nada a nadie. El Politburó discernirá según las necesidades políticas. El partido puede asimismo fusilaros sin juicio...». Decide, Maximka, yo estoy tan fatigado como tú.

—Imposible —dijo Erchov.

Con la cabeza en las manos y las manos apoyadas en las rodillas, lloraba acaso. Respiraba como un asmático. Pasó un tiempo críspante, devastador.

—Lo mejor sería descerrajarse un balazo en la cabeza —murmuró Erchov.

—¡Ya lo creo!

La duración incolora, mortal, y al final, nada. Dormir.

—Una oportunidad entre mil —murmuró Erchov desde el fondo de una calma desamparada— está bien. Tienes razón, hermano. Hay que jugar el

juego.

Ricciotti apoyó un dedo tembloroso en un timbre. El autoritario timbrazo resonó en alguna parte... Un joven soldado del batallón especial entreabrió la puerta. «Té, sándwiches, coñac. ¡Pronto!». El alba azulosa tapaba la luz de las lámparas en los ventanales del Servicio Secreto, desierto a aquella hora... Antes de separarse, Erchov y Ricciotti se abrazaron. Rostros sonrientes los rodeaban. Alguien le dijo a Erchov: «Su mujer está bien. Está en Viatka; tiene un empleo en la administración comunal...». En su celda, Erchov se maravilló de encontrar los periódicos sobre la mesa. No leía nada desde hacía meses; su cerebro trabajaba en el vacío; en ocasiones era muy duro. Quebrantado, se dejó caer sobre el lecho, desplegó el número de *Pravda* con el retrato benévolo del jefe, lo ponderó por un largo instante, con esfuerzo, como si tratara de comprender alguna cosa, y se durmió así, con la cara cubierta por esa imagen impresa.

Los teléfonos transmitían la importante noticia. A las 6.27 de la mañana, Zvéryeva, despertada ella misma por su secretaria, informó por línea directa al camarada Popov: «Erchov confiesa...». Zvéryeva, acostada en su gran lecho de madera dorada de Carelia, dejó el auricular sobre la mesa de noche. Oblicuamente inclinado hacia ella, un espejo límpido le devolvía una imagen de ella misma de la que nunca se cansaba. Los cabellos teñidos, lisos y largos, le rodeaban el rostro hasta el mentón, en un óvalo negro casi perfecto. «Tengo la boca trágica», pensaba, al ver el pliegue amarillento de sus labios que declaraba vergüenza y rencor. No había nada de verdaderamente humano en ese rostro color de cera vieja, con las arrugas cuidadosamente masajeadas, salvo los ojos —sin cejas ni pestañas—, que eran de un negro sedoso. Su opacidad no expresaba en la vida cotidiana más que un gran disimulo. En la confrontación con el espejo, expresaban un extravío devorador. Zvéryeva hizo a un lado, bruscamente, las sábanas. A causa de sus senos envejecidos, dormía con un sostén de encaje negro. Su cuerpo se le apareció en el espejo, todavía de líneas puras, largo, suave, mate, como el de una muchacha china, «de una esclava china como las que hay en las casas prohibidas de Harbin». Las palmas de las manos secas

dibujaron la curva de las caderas. Se admiró: «Tengo un vientre estrecho y cruel...». Sobre el monte de Venus, no tenía más que una mata árida; debajo, los pliegues secretos eran tristes y estaban cerrados como una boca desolada... Hacia esos pelos deslizó la mano, mientras su cuerpo se arqueaba, la mirada se le oscurecía y el espejo la amplificaba y se llenaba de vagas presencias. Se acarició suavemente. Por debajo de ella flotaban en un vacío execrable formas confusas de hombres y de muchachitas brutalmente poseídas. Su propio rostro en trance, los ojos semicerrados, la boca entreabierta se exaltaron un momento ante su imagen. «Ah, soy hermosa, ah, soy...». Sonó el teléfono. Era la voz desabrida del viejo Popov: —Mis fe-fe-fe-felicitaciones... La instrucción ha dado un gran paso... Ahora, camarada Zvéryeva, pre-prepáreme el expediente Rublev...

—Lo haré esta misma mañana, camarada Popov.

Desde hacía diez años, Makeyev vivía en la humillación infligida o devorada a solas. No conocía otra manera de gobernar que la de reducir toda objeción por medio de la represión o la humillación. Al principio, cuando un camarada se debatía tristemente en la tribuna para reconocer, bajo las miradas irónicas, sus errores de la víspera, abjurar de sus compañeros, sus amistades y sus propios pensamientos, Makeyev se sentía incómodo. «Hijo de perra», pensaba, «¿no sería mejor que te dejaras romper las costillas?». Un desprecio cargado de irrisión lo abrumó después de las discusiones de 1927-1928, cuando los grandes veteranos renegaban de sí mismos para no ser expulsados del partido. Makeyev se veía confusamente llamado a compartir su sucesión. Sus toscas bromas lanzaban a los reunidos en la asamblea contra el militante de 1918, a quien se veía de pronto despojado de su aureola, despojado de su poder, humillándose ante el partido. Efectivamente, ante todos esos mediocres reunidos solamente por consideración a la disciplina, Makeyev tronaba, con la cara congestionada: «¡No, no es suficiente! ¡Menos frases! ¡Háblanos de la agitación criminal en la que participaste en las fábricas!». Sus interrupciones, semejantes a latigazos asestados en plena cara, contribuían bastante a abrirle los caminos del poder. Por ahí iba, ascendiendo, persiguiendo a los camaradas vencidos,

exigiendo que se repitieran sin cesar, en los términos más burdos e indignantes, las mismas abjuraciones, pues era la única manera que le quedaba de renunciar al poder, siempre listo, parecía, a caer fatalmente en sus manos, pues en verdad estaba a salvo de los errores del presente; exigiendo de sus subordinados que tomaran en sus manos las responsabilidades de sus propias fallas, pues él, Makeyev, valía más que ellos, para el partido; humillándose diligentemente cuando alguien más grande que él lo exigía. La prisión lo hundió en una desesperanza bestial. Era, en su celda siempre oscura y de techo bajo, semejante a un buey aporreado por el martillo del matarife. Su fuerte musculatura se ablandó, su pecho velludo se hundió, una barba de paja desteñida le llegaba hasta los ojos, se volvió un gran mujik de espalda abatida, hombros caídos, de mirada triste y temerosa... El tiempo pasaba, Makeyev era olvidado, nada se respondía a sus declaraciones de abnegación. La realidad del mundo exterior estaba abolida, ya no lograba representarse visualmente a su mujer, ni en los momentos en que el frenesí sexual se apoderaba de él para postrarlo en su camastro, con la carne congestionada y un poco de baba en la comisura de los labios... El comienzo de los interrogatorios le hizo un bien inmenso. Por lo pronto, todo se aclaró: no era más que una carrera rota, no podía valer ya más que algunos años en los campos de concentración del Ártico y ahí puede uno desplegar celo, espíritu de organización, obtener recompensas... Encuentra uno mujeres. Se le pedía aceptar que había llevado demasiado lejos la aplicación de las directivas de mayo y haber descuidado, a sabiendas, aplicar las de septiembre; reconocerse responsable de la disminución de las cosechas en la región; reconocer que había nombrado en la dirección de la agricultura a funcionarios condenados más tarde como contrarrevolucionarios (él mismo los había denunciado); reconocer que había desviado, para su uso personal, a fin de agenciarse un mobiliario, fondos afectados para la instalación de una Casa de Descanso para los Trabajadores de la Tierra... Era un punto discutible, pero él no discutía, asentía, todo era verdad, podía serlo, debía serlo, vean ustedes, camaradas, si el partido lo exige, yo no pido más que responsabilizarme de todo... Buen signo; ninguna de las acusaciones implicaba la pena capital. Se le permitió leer algunas revistas ilustradas.

Despertado una noche en lo más profundo de su sueño, conducido al interrogatorio por caminos desacostumbrados, ascensores, corredores, subterráneos muy iluminados, Makeyev se enfrentó de repente a otros peligros. Una terrible severidad disipaba todos los enigmas.

—Makeyev, usted reconoce haber sido, en la región de la cual el Comité Central le había confiado la administración, el organizador de la hambruna...

Makeyev hizo un gesto de asentimiento. La fórmula, empero, era sumamente inquietante; recordaba procesos recientes... ¿Pero qué otra cosa podían preguntarle? ¿De qué podían acusarlo razonablemente si no de eso? Nadie, en Kurgansk, dudaría de su culpabilidad. Y el Politburó quedaría libre de esa responsabilidad.

—Ha llegado la hora de que nos haga una confesión más completa. Lo que usted nos oculta muestra qué clase de enemigo irreductible se ha vuelto para el partido. Lo sabemos todo. Todo está probado, Makeyev, irrefutablemente. Sus cómplices han confesado. Háblenos sobre la parte que le correspondía en el complot que le ha costado la vida al camarada Tuláyev...

Makeyev bajó la cabeza; o más exactamente, su cabeza, casi sin fuerza, cayó sobre su pecho. Sus hombros se doblaron como si su cuerpo se hubiera vaciado de toda consistencia mientras hablaba. Un hoyo negro, un hoyo negro ante él, una cueva, una fosa y nada que responder. Perdió la palabra, el gesto. Miraba estúpidamente el suelo.

—¡Acusado Makeyev, responda!... ¿Se siente mal?

Lo hubieran golpeado sin sacarle nada: su gran cuerpo no tenía más consistencia que una bolsa llena de trapos. Se lo llevaron, lo cuidaron, se le devolvió un poco de su apariencia normal haciéndole rasurarse. No paraba de hablarse a sí mismo. Su cabeza semejaba un cráneo: alto, cónico, de maxilar prominente, de dientes carnívoros. Repuesto del primer *shock* nervioso, una noche volvió a tomar el camino del interrogatorio. Caminaba con paso débil, perdiendo las últimas fuerzas a medida que se acercaba a la oficina.

—Makeyev, tenemos contra usted, en el caso Tuláyev, una declaración aplastante: la de su mujer...

—Imposible.

La imagen, extrañamente irreal, de la mujer que había sido real para él en otra vida, en vidas anteriores que se habían vuelto irreales, les dio a sus rasgos un resplandor de firmeza. Sus dientes brillaron con malignidad.

—Imposible. O bien, miente porque ustedes la han torturado.

—No le toca a usted acusarnos, criminal Makeyev. ¿Todavía lo niega todo?

—Lo niego.

—Escuche entonces y entérese. Al saber del asesinato del camarada Tuláyev, usted exclamó que había estado esperando esa noticia, que había recibido su merecido, que era él, y no usted, el organizador de la hambruna en la región... Tengo sus palabras textuales, ¿hace falta que se las lea? ¿Es cierto?

—Es falso —repuso Makeyev a media voz—, todo es falso.

Y el recuerdo surgió misteriosamente de la oscuridad interior. Alia, su rostro lamentablemente hinchado y lloroso... Tenía entre sus dedos trémulos la dama de corazones, gritaba, pero su voz, silbante y desfallecida, apenas se escuchaba: «Y tú, traidor y mentiroso, ¿cuándo te van a matar a ti?». ¿Qué podía ella pensar, qué le habían sugerido a la pobre tonta? ¿Lo denunciaba para salvarlo o para perderlo? Inconsciente...

—Es verdad —dijo—. Debo explicarles que es más falso que cierto, falso, falso...

—Sería completamente inútil, Makeyev. Si tiene usted la menor oportunidad de salvarse, la tiene en una confesión completa y sincera...

El recuerdo reciente de su mujer lo había reanimado. Se repuso y dijo, sarcástico: —Como los otros, ¿no es así?

—¿A qué se refiere, Makeyev? ¿Qué se atreve a sugerir, contrarrevolucionario Makeyev, traidor al partido, asesino del partido?

—Nada.

Se hundió de nuevo.

—En todo caso, es quizá su último interrogatorio. Quizá su último día. La decisión puede tomarse desde esta misma noche, Makeyev, ¿entiende? Llévense al acusado.

... En Kurgansk, una camioneta venía a buscar al hombre a la prisión. A veces le comunicaban la sentencia; otras, lo dejaban en la duda; más valía

eso, pues ocurre que hay que sostener, amarrar, llevar y amordazar a los que no tienen dudas. Los otros van como autómatas descompuestos, pero van. A algunos kilómetros de la estación, en el sitio en que los rieles describen una curva que brillaba bajo las estrellas, la camioneta se detenía. Conducían al hombre, a pie, hacia el límite del bosque. Makeyev había asistido a la ejecución de cuatro ferroviarios que habían robado unas sacas postales. Los robos desorganizaban el tráfico. Makeyev, en el Comité Regional, había exigido la pena capital para esos proletarios convertidos en pillos. ¡Cerdos! Los quería castigar con un rigor ejemplar. Aquellos cuatro esperaban todavía un traslado. «No se atreverán a fusilar a unos obreros por tan poquita cosa...»: siete mil rublos de mercancía... Su última esperanza se desvaneció en el límite del bosque, bajo una fea luna amarilla cuyo resplandor enfermizo atravesaba los escasos follajes. Makeyev, a un lado del sendero, observaba la marcha: el primero andaba erguido, con la cabeza en alto, con paso resuelto, iba hacia delante, hacia la fosa dispuesta («madera de revolucionario...»). El segundo se agarraba de las raíces, saltaba, hundía la cabeza entre los hombros (parecía sumido en profundas reflexiones) y, al verlo más de cerca, Makeyev advirtió que este hombre de cincuenta años lloraba silenciosamente. El tercero tenía la apariencia de un ebrio con algunos sobresaltos de lucidez. Se detenía y luego corría un poco (iban en fila india, seguidos de varios fusileros). Iban sosteniendo al último, un muchacho de veinte años, que reconoció a Makeyev y cayó de rodillas, gritando: «Camarada Makeyev, padre bienamado, perdónanos, haznos esa gracia, somos obreros...». Makeyev dio un salto hacia atrás, rompió una rama con el pie y se hizo daño; los soldados silenciosos se llevaron al muchacho. El primero de los cuatro volvió la cabeza en ese momento para decir con una voz calmada, del todo distinta en el silencio lunar: «Cállate, Sacha, no son hombres, son hienas... Habría que escupirles en el hocico...». Cuatro detonaciones débilmente esparcidas alcanzaron a Makeyev en su automóvil. La luna estaba oculta, el chófer estuvo a punto de meterse con el vehículo en una zanja. Makeyev se fue a la cama en seguida, estrechó entre sus brazos a su mujer dormida y permaneció largo rato así, con los ojos abiertos en medio de las tinieblas. El calor de Alia y su respiración acompasada lo calmaron. Como le era muy fácil no pensar, también le

resultaba fácil evadirse. Al día siguiente, al ver en los periódicos la breve mención de la ejecución, se sintió casi contento de sentirse «un bolchevique de hierro»...

Makeyev apenas tenía recuerdos; los recuerdos, más bien, lo habitaban, con una vida insidiosa y molesta. Aquel recuerdo surgía ahora sobre la pantalla luminosa de su conciencia mientras lo llevaban, sentenciado, hacia su celda, hacia... Y este recuerdo se encadenó abominablemente con otro. En esa época, Makeyev se sentía de una raza diferente a la de los hombres que siguen esos caminos nocturnos, bajo la luna amarillenta, hacia las fosas excavadas por los soldados castigados del batallón especial. No había ningún acontecimiento concebible que pudiera alejarlo de las cumbres del poder entre esos desheredados. Las desgracias, incluso, lo dejarían apenas en el fichero del Comité Central. Hubiera hecho falta la exclusión del partido, algo imposible. ¡Fiel con toda el alma!, adaptable, y bien sabía que el Comité Central tiene siempre razón, que el Politburó tiene siempre razón, que el jefe tiene siempre razón, pues la razón es la fuerza; el error del poder se impone, se convierte en verdad; era nada más cosa de pagar los gastos generales para que una solución falsa se convirtiera en buena... En la estrecha cabina del ascensor, hecha con un cajón y rejas, Makeyev fue aplastado contra la pared por el torso enorme de un suboficial de unos cuarenta años de edad que se le parecía, es decir, que se parecía al Makeyev anterior por la forma del cráneo y del mentón, por las fosas nasales dilatadas, por la mirada testaruda, por las anchas espaldas (pero de este parecido ni el uno ni el otro se podían ahora dar cuenta). El guardia fijó sobre su prisionero una mirada anónima. Hombre tenaza, hombre revólver, hombre consigna, hombre poder, y Makeyev estaba en poder de estos hombres, ya pertenecía desde ahora a la otra raza... Se vislumbró caminando bajo el bosque, en el claro de luna amarillenta desgarrado por los ramajes; los fusiles, ya preparados, lo seguían... Este hombre esperaba a Makeyev a la vuelta del sendero, vestido de cuero, con las manos en los bolsillos; y cuando Makeyev ya no existiera, este hombre volvería a su casa, con calma, para acostarse en una gran cama caliente, junto a una mujer adormecida de senos ardientes... Este hombre u otro, pero con esta misma mirada anónima, vendría a buscar a Makeyev, quizás esta misma noche...

Una sombría imagen subió todavía del olvido. Se proyectaba en el club del partido una nueva película sobre la gloria de la aviación soviética: *Aerograd*. En las forestas siberianas, en el Extremo Oriente, campesinos barbudos, que habían sido antiguamente guerrilleros rojos, se enfrentaban a los agentes japoneses... Había dos viejos tramperos que eran como hermanos; uno de ellos se enteraba de que el otro los traicionaba. Cara a cara bajo los grandes árboles severos, en la taiga murmurante, el patriota desarmaba al traidor: «¡Anda, camina!». El otro caminaba, inclinado hacia la tierra, sintiéndose condenado. De vez en cuando aparecían sobre la pantalla las dos cabezas casi idénticas: la de un viejo barbudo, presa del espanto, y la del camarada parecido a él, que lo había juzgado y le gritaba: «¡Prepárate! En nombre del pueblo soviético...» y luego levantaba la carabina... En torno de ellos, el bosque maternal, sin salidas. Primer plano: la cara enorme del condenado que aullaba largamente ante la muerte... Luego se ensombrecía con el estruendo bienvenido de una detonación. Makeyev daba la señal de los aplausos... El ascensor se detuvo: Makeyev hubiera querido aullar ante la muerte. Sin embargo, caminaba muy derecho. En su celda se hizo traer una hoja de papel. Escribió: Depongo toda mi resistencia ante el partido. Estoy dispuesto a firmar una confesión completa y sincera...

Firmó: *Makeyev*. La mayúscula era aún fuerte; las otras letras parecían trituradas.

Kiril Rublev rehusó responder a los interrogatorios. («Si tienen necesidad de mí, cederán. Si solamente se quieren desembarazar de mí, les abrevio las formalidades...»). Un alto funcionario vino a inquirir sobre sus exigencias. «No quiero ser tratado peor en una prisión socialista que en una mazmorra del antiguo régimen... Después de todo, ciudadano, soy uno de los fundadores del Estado soviético». (Al decir esto, pensaba: «Hago ironía a mi pesar... El humor integral...»). «Quiero, libros y papel...». Obtuvo obras de la biblioteca de la prisión y cuadernos con las hojas numeradas... «Ahora, déjenme tranquilo durante tres semanas...». Ese tiempo le era necesario para poner sus pensamientos en claro. Uno se siente singularmente libre cuando todo está perdido, por fin se puede pensar de una manera

rigurosamente objetiva, en la medida en que se supera el miedo, que tiene en el ser humano un poder primordial comparable al instinto sexual... Este instinto y este poder son casi insuperables; es cuestión de disciplina interior. No hay nada que perder. Algunos ejercicios gimnásticos en la mañana: desnudo, relajado, con la cara aguzada, se divertía repitiendo el movimiento suave del segador en medio del trigo: el torso y los dos brazos lanzados hacia delante con un vigor oblicuo. En seguida, caminaba un poco, reflexionando; se ponía a escribir. Se interrumpía para meditar sobre otro tema: el de la muerte, desde el único punto de vista racional, el de las ciencias naturales: un campo de amapolas. El pensamiento de Dora lo atormentaba a menudo, más de lo que debía. «Estábamos listos desde hacía tanto tiempo, Dora...». Toda su vida, la de ella y la de ellos dos, diecisiete años, desde los duros entusiasmos de la revolución, Dora había sido fuerte, bajo una dulzura inerme, escrupulosa y llena de dudas. A la manera de ciertas plantas muy frágiles que bajo el dibujo delicado de las hojas contienen una vitalidad tan resistente que sobreviven a las tormentas y que al verlas permiten adivinar la existencia de una verdadera fuerza admirable, del todo diferente de esa mezcla de ardor inmediato y de brutalidad que por costumbre llamamos fuerza. Kiril le hablaba a Dora como si ella estuviera presente. Se conocían tan bien, estaban ligados por tantos pensamientos comunes, que cuando él escribía ella anticipaba a veces la frase o la página siguiente. «Pensé que así seguirías, Kiril», decía Dora entonces, pálida y alegre, con la frente limpia y los cabellos peinados a ambos lados de la cabeza, hacia las sienes. «¡Pero si así es!», se maravillaba Kiril. «¡Cómo lo adivinaste, pequeña Dora!». La alegría de este entendimiento les hacía besarse sobre los manuscritos. Era el tiempo del Frío, del Tifus, del Hambre, del Terror, de los Frentes de Guerra, siempre superados, nunca superados del todo, los tiempos de Lenin y de Trotsky, los buenos tiempos. «¿No es cierto, Dora, que tendremos la suerte de morir juntos?». Esas conversaciones habían tenido quince años más tarde, cuando se debatían en la pesadilla como los asfixiados en la mina. «No nos ha faltado la ocasión, si lo recuerdas: tuviste tifoidea y un día las balas dibujaron en el muro un auténtico semicírculo alrededor de mí...». «Yo deliraba», dijo Dora, «deliraba y lo veía todo, lo comprendía todo, tenía la clave de todas las cosas, era yo

quién, con un movimiento de la mano, desviaba las balas alrededor de tu cabeza y con la punta de los dedos te acariciaba los cabellos... Era tan real esta visión que casi la creí, Kiril. De inmediato tuve una crisis de dudas: para qué servía yo si no podía desviar las balas de ti, si tenía yo derecho de amarte más que a la revolución, pues sentía claramente que te quería más que a nada en el mundo y que si tú desaparecías yo no podría vivir, ni siquiera por la revolución... Y tú me gruñías cuando te lo decía, me hablabas tan bien en mi delirio que entonces te conocí por primera vez...». Kiril ponía las dos manos en las caderas de Dora y la miraba a los ojos; se sonreían con algo más que los ojos, y estaban muy pálidos, envejecidos, angustiados: «¿He cambiado mucho desde entonces?», preguntaba él con una voz extrañamente joven. «¡Increíblemente eres el mismo!», respondía Dora acariciándole los cabellos. «Increíblemente... Pero yo, que siempre me dije que tú debías vivir porque el mundo se empequeñecería si tú no estabas, y que yo debía vivir contigo, comienzo a creer que nos ha faltado quizás esta ocasión de morir juntos, en verdad... Hay quizás épocas enteras en que, para los hombres de una determinada naturaleza, no vale la pena vivir...». Kiril respondía lentamente: «Épocas enteras, dices. Tienes razón, pero como no se puede prever, en el estado actual de nuestros conocimientos, la duración y la sucesión de las épocas, hay que tratar de estar presentes en el momento en que la historia tiene necesidad de nosotros...». Así hablaba en su curso sobre el «Cartismo y el desarrollo del capitalismo en Inglaterra»... Ahora, él se ponía en el ángulo derecho de la celda, contra la muralla, de tres cuartos, elevando hacia la ventana su perfil de Iván el Terrible, para ver un losange de cielo de diez centímetros cuadrados, y murmuraba: «Bueno, Dora, bueno: por fin ha ocurrido...».

Su manuscrito progresaba. Con una escritura rápida, un poco temblorosa al comienzo de los primeros renglones de cada día, firme desde la vigésima línea, sin palabras superfluas, con una concisión de economista, él revisaba la historia de los últimos quince años, citaba las cifras de las estadísticas secretas (las verdaderas), analizaba los actos del poder. Era de una objetividad aterradora que no se ahorraba nada. Las confusas batallas por la democratización del partido, los primeros debates de la Academia comunista sobre la industrialización, las cifras verdaderas del déficit de

mercancías, del valor del rublo, de los salarios, la tensión creciente en las relaciones entre las masas rurales, la industria débil y el Estado, la crisis de la NEP, los efectos de la crisis mundial sobre la economía soviética encerrada en sus fronteras, la crisis del oro, las soluciones impuestas por un poder a la vez previsor (para todos aquellos peligros que lo amenazaban directamente) y ciego por su instinto de conservación, la degeneración del partido, el fin de su vida intelectual, el nacimiento del sistema autoritario, los comienzos de la colectivización, concebida como un expediente para evitar la quiebra del grupo dirigente, la hambruna progresiva sobre el país como una lepra... Rublev conocía los procesos verbales del Politburó, citaba los pasajes más prohibidos, probablemente destruidos ahora, mostraba al Secretario General pisoteando días tras día todos los poderes, seguía las intrigas en los pasillos del Comité Central, la silueta del jefe se desprendía de todo ello apenas dibujada, entre la renuncia, la detención, la escena violenta al final de la cual dos miembros del Politburó igualmente pálidos se enfrentaban en medio de las sillas vueltas del revés y uno decía: «¡Me mataré para que mi cadáver te denuncie! Pero a ti, los mujiks te destriparán un día y eso no me importa nada, pero el país, pero la revolución...». Y el otro, con el rostro hermético como una tumba, murmuraba: «Cálmate, Nicolás Ivánovich, si aceptas mi dimisión, te la doy...». No se le aceptaba pues no había sucesores...

¡Largas páginas escritas, libremente, libremente, como no había escrito hacía diez años! Kiril Rublev se ponía a caminar en la celda fumando: «Bueno, Dora, ¿qué dices?». Dora, en lo invisible, daba vuelta a las hojas escritas. «Bien», decía ella. «Firme y claro. Ahí tienes. Continúa, Kiril». Retomaba entonces la otra necesaria meditación, la del campo de amapolas.

Un campo de flores rojas, en la mañana, sobre una ladera suave, ondulante, como la carne. La flor es ardiente y tan frágil que un ligero contacto hace caer sus pétalos. ¿Cuántas flores? Imposible contarlas. A cada instante alguna se deshoja, otra se acaba de abrir. Si se cortaran las más altas, las que han crecido mejor, debido a una semilla más vigorosa o porque han encontrado en el suelo algunas sales desigualmente repartidas, ni el aspecto ni la naturaleza, ni el porvenir del campo cambiarían. ¿Le daré un nombre, le confesaré mi amor a una flor entre todas? Parece real que cada

una exista en sí misma, única y sola de una cierta manera, diferente de todas las otras, y que, destruida, esta flor nunca jamás renacerá... Parece, ¿pero es cierto? De segundo en segundo la flor cambia, deja de parecerse a sí misma, algo en ella muere y renace. La flor de este instante no es aquella del instante pasado. ¿La diferencia es menos grande, en verdad, entre ella misma en la duración que en el instante presente, entre ella y muchas otras que se le parecen estrechamente, que acaso son ellas mismas la que era ella en la hora pasada, la que ella será en la próxima hora?

Una investigación rigurosa abolía así, en el ensueño, los límites de los momentos y de la duración, del individuo y de la especie, de lo concreto y de lo pensado, de la vida y de la muerte. La muerte se reabsorbía completamente en el maravilloso campo de amapolas, empujada acaso hacia una fosa común, nutrida acaso de carne humana descompuesta... Otro problema, más vasto. Al considerarlo, ¿no vería uno abolirse también los límites entre las especies? «Pero eso ya no sería científico», se respondía Rublev, que estimaba que fuera de las síntesis puramente experimentales, la filosofía no existe o no es más que «la máscara teórica de un idealismo de origen teológico».

Como era valiente, lírico y estaba un poco fatigado de vivir, las amapolas le ayudaban a familiarizarse con una muerte próxima: la de tantos camaradas que ya no era extraña ni demasiado aterradora. Sabía, por lo demás, que muy rara vez se fusilaba en el curso de una instrucción, de suerte que la amenaza, o la espera, no era inmediata. Cuando había que dormirse con la idea de no despertarse más que para ser fusilado, los nervios sufrían otra clase de prueba... (Pero ¿no fusilaban también de día?). Zvéryeva lo hizo venir. Quería darle al interrogatorio el tono de una conversación familiar.

—¿Escribe usted, camarada Rublev?

—Escribo.

—Un mensaje al Comité Central, ¿no es así?

—No precisamente. No sé bien si todavía tenemos un Comité Central en el sentido en que lo entendíamos en el viejo partido.

Zvéryeva se sorprendió. Todo lo que se sabía de Kiril Rublev hacía creer que estaba «en la línea», sometido, aunque no sin reservas interiores,

disciplinado; y las reservas interiores fortalecían las aceptaciones prácticas. La investigación corría el riesgo de fracasar.

—No lo entiendo bien, camarada Rublev. Creo que usted sabe lo que el partido espera de usted.

La prisión lo marcaba menos que a otros, porque él ya llevaba antes barba. No parecía deprimido, aunque sí fatigado: de ahí las ojeras. Una cabeza de santo, vigorosa, de gran nariz huesuda, como las que se ven en ciertos iconos de la escuela de Novgorod. Zvéryeva buscaba descifrarlo. Él hablaba calmadamente: —El partido... Yo sé más o menos lo que se espera de mí... ¿Pero qué partido? Lo que se llama el partido ha cambiado tanto... Usted no puede verdaderamente entenderme...

—¿Por qué, camarada Rublev, cree usted que no puedo comprenderlo? Por el contrario, yo...

—No diga usted más —cortó Rublev—, tiene usted en la punta de la lengua una frase oficial que no significa nada... Lo que quiero decir es que pertenecemos, probablemente, usted y yo, a especies humanas diferentes. Lo digo sin la menor animosidad, se lo aseguro.

Lo que podía haber de ofensivo en lo que decía se atenuaba por el tono objetivo y la mirada limpida de él.

—¿Puedo preguntarle, camarada Rublev, lo que escribe usted, para quién y con qué fin?

Rublev movió la cabeza sonriendo, como si una estudiante le hubiera planteado una pregunta intencionalmente incómoda.

—Camarada juez de instrucción, estoy pensando en escribir un estudio sobre el movimiento de los obreros que rompían las máquinas en Inglaterra a principios del siglo xix... No proteste usted, pienso seriamente hacerlo.

Él esperaba el efecto de su broma. Zvéryeva lo observaba también, amable. Pequeños ojos sagaces.

—Escribo sobre el porvenir. Un día los archivos se abrirán. Quizá se encuentre ahí mi memoria. El trabajo de los historiadores que estudiarán nuestro tiempo se facilitará de esa manera. Yo estimo que eso es mucho más importante que lo que usted está probablemente encargada de preguntarme... Ahora, ciudadana, permítame a mí una pregunta: ¿De qué, exactamente, estoy inculpado?

—Pronto lo sabrá usted. ¿Está usted satisfecho del régimen? ¿De la comida?

—Es pasable. A veces no hay mucha azúcar en la compota. Pero muchos proletarios soviéticos, que no han sido acusados de nada, están peor alimentados que usted y yo, ciudadana.

Zvéryeva dijo secamente:

—El interrogatorio ha terminado.

Rublev regresó a su celda de un humor excelente. «Espanté a esa gata malvada, Dora. Si uno tuviera que explicarse con estas criaturas... Que me envíen a alguien mejor o que me fusilen sin explicaciones...». El campo de amapolas se dejó entrever sobre las laderas lejanas, a través de un velo de lluvia. «Mi pobre Dora... ¿No estoy a punto de echarles abajo todo su tinglado?». Dora estaría contenta. Diría: «Yo estoy segura de que no te sobreviviré por mucho tiempo, Kiril. Muéstrame el camino».

Rublev no siempre se daba la vuelta cuando la puerta se abría. Esta vez, luego de que claramente cerraron la puerta, tuvo la sensación de una presencia detrás de él. Siguió escribiendo para no ponerse nervioso.

—Buenos días, Rublev —dijo una voz arrastrada.

Era Popov. Gorro gris, vieja gabardina, un portafolios abultado bajo el brazo, como siempre (no se habían visto en varios años).

—Buenos días, Popov, siéntese.

Rublev le cedió la silla, cerró el cuaderno que estaba sobre la mesa y se tumbó sobre el camastro. Popov examinaba la celda, desnuda, amarilla, asfixiante, rodeada de silencio. Le resultaba verdaderamente desgradable.

—Vaya, bueno —dijo Rublev—, ¡tú también encerrado! Seas bienvenido, viejo hermano, bien merecido te lo tienes.

Se reía por lo bajo, de buen humor. Popov tiró la gorra sobre la mesa, dejó caer su gabardina, escupió en un pañuelo gris. «Dolor de muelas. Me lleva el diablo... Pero usted se equivoca, Rublev, todavía no he sido arrestado».

Rublev levantó sus largas piernas en el aire, en una cabriola jubilosa. Y hablándose a sí mismo, en medio de una risa loca, dijo: —¡Ha dicho *todavía*

no, este viejo Popov! ¡Todavía no! Freud daría tres rublos sin discusión por ese *lapsus linguae*... En serio, Popov, ¿de veras dijiste *no todavía*? ¿No todavía?

—¿Dije *no todavía*? —tartamudeó Popov—, ¿no todavía qué? ¿Y eso qué? ¿Qué le pasa a usted..., molestándome con esas palabras? ¿Qué es lo que todavía no me ha pasado?

—... ¡Arrestado, arrestado, arrestado, todavía no has sido arrestado! — gritaba Rublev con una burla desenfrenada en los ojos, en el tinte rosado de los párpados, en el erizamiento de la barba.

Popov miraba estúpidamente al frente: el muro, la ventana con los cuadrados mates detrás de los cuales se perfilaban los barrotes. Dejó que el silencio creciera entre ellos hasta casi la incomodidad. Rublev cruzó los brazos bajo la nuca.

—Rublev, he venido a decidir con usted su suerte. Esperamos mucho de usted... Sabemos cuánto está usted penetrado de espíritu crítico pero... fiel al partido... Los viejos como yo lo conocemos... Le traigo documentos... Lea... Tenemos confianza en usted... Solamente que, si usted quiere, cambiemos de lugar; yo preferiría estar acostado... Mi salud, usted sabe, reumatismo, miocarditis, polineuritis, etcétera... Tiene usted la suerte de estar saludable, Rublev...

Un agua derramada se esparce, pero los obstáculos mismos que encuentra le dan un contorno definido. Popov tomaba así la ventaja. Cambiaron de lugar; Popov se acostó en el lecho: en verdad tenía la cara de un viejo enfermo, los dientes grises, la piel manchada, los escasos mechones de cabello de un blanco miserable, ridículamente erizados. «¿Quiere usted pasarme mi portafolios, Rublev?... ¿Me permite que fume?». Sus breves frases terminaban en toses. Rublev se puso a leer: Resumen de los informes de los agregados militares en... Informe sobre la construcción de las rutas estratégicas en Polonia... Reservas de combustibles... Las conversaciones de Londres...

Pasaron largos momentos.

—¿La guerra? —dijo al fin Rublev, con un tono grave.

—Muy probablemente la guerra, el año próximo... mmm... ¿Tiene usted las cifras de control de los transportes?

—Sí.

—Tenemos todavía una débil posibilidad de desviar la guerra hacia Occidente...

—No por mucho tiempo.

—No por mucho tiempo...

Hablaban del peligro como si estuvieran en casa de uno de ellos, de visita. ¿Los retrasos en la movilización? ¿Las tropas de cobertura? Hacía falta una segunda refinería de petróleo en el Extremo Oriente; y desarrollar con urgencia la red de caminos de Komsomolsk. ¿La nueva vía férrea de Yakutia ya había sido concluida de verdad? ¿Cómo soportaba la prueba del invierno? «Contamos con una probabilidad de muy fuertes pérdidas de efectivos...», dijo Popov con una voz clara. «Todos esos jóvenes», pensó Rublev, que asistía voluntariamente a los desfiles de atletas y que, por las calles, seguía con la mirada a los jóvenes robustos de las tierras rusas, a los siberianos de largas narices, de ojos horizontales hundidos bajo las duras frentes, los asiáticos de caras largas y planas y ciertos mongoles de rasgos admirablemente finos, productos de bellas razas civilizadas muy anteriores a la civilización blanca. Las muchachas los acompañaban en la vida, hombro con hombro (estas imágenes se visualizaban quizás en él por medio de las reminiscencias de las películas) y todos iban a través de ciudades derruidas, bajo los aviones, y nuestros nuevos edificios cuadrados de hormigón armado, obra de tantos proletarios hambrientos, se volvían esqueletos incendiados, y todos esos jóvenes, todas esas muchachas, por millones, manchados de sangre, llenaban horribles fosas, trenes lazaretos, pequeñas ambulancias que apestaban a gangrena y a cloroformo, ciertamente nos hacían falta anestésicos... Seguían lentamente, en los hospitales, transformándose en cadáveres...

—No hay que pensar en imágenes —decía él—, eso sería insopportable...

—Insopportable, verdaderamente —respondió Popov.

Rublev estuvo a punto de exclamar: «Ah, ¿todavía está ahí? ¿Qué hace ahí?». Pero Popov atacó primero.

—Contamos con una pérdida de efectivos que puede alcanzar varios millones de hombres en el primer año... Es por lo que mmm... el Politburó ha adoptado esta medida... hm... mmm... impopular... la prohibición del

aborto... Millones de mujeres padecen por eso... No contamos ya más que por millones... Nos hacen falta millones de niños, desde ahora, no importa la miseria, para reemplazar a los millones de jóvenes que van a morir... Mmm... y usted, mientras tanto, escribe aquí... que el diablo se lo lleve... que se lleve lo que escribe, Rublev... Mmm... y toda esta mezquindad de su lucha contra el partido... La rodilla y la mandíbula a la vez...

—¿Qué mandíbula?

—La superior... Dolor aquí, dolor allá... Rublev, el partido le exige... el partido le ordena... yo no soy el partido.

—¿Qué me exige? ¿Qué me ordena?

—Usted lo sabe tan bien como yo... No me toca entrar en detalles... Usted se entenderá con los jueces de instrucción... ellos conocen el escenario... les pagan para eso... Mmm... y hay algunos que creen en eso, los jóvenes, los imbéciles... mmm... los jóvenes imbéciles, los más útiles... Compadezco a los acusados que caen en sus garras... Mmm... ¿Se resiste todavía?... Se le llevará a una sala atestada de gente, con todos los diplomáticos, los espías oficiales, los corresponsales extranjeros, a los que les pagamos, los que cobran en dos o tres lados, pura escoria, todos ávidos de eso, se le pondrá delante de un micrófono, y usted dirá, por ejemplo, que es usted el responsable moral del asesinato del camarada Tuláyev... Eso u otra cosa, mmm... yo no sé. Usted lo dirá porque el procurador Rachevsky se lo hará decir palabra por palabra y no una sola vez, diez veces... Mmm... Es paciente ese Rachevsky, como una mula... una maldita mula... Usted dirá lo que quieren que diga porque usted conoce la situación... mmm... porque no tiene usted alternativa: obedecer o traicionar... O nos encargaremos de ponerlo ahí, delante del micrófono, para deshonrar al Tribunal Supremo, al partido, al jefe, a la URSS, todo al mismo tiempo, para proclamar... me lleva el diablo... la rodilla... para proclamar lo que usted llama su inocencia... y entonces estará muy contenta su inocencia, en ese momento...

Rublev iba y venía en silencio en la celda que se había oscurecido. Esta voz que, por instantes, se desprendía de aquel farfullar y por momentos se apagaba, hacía llover sobre él palabritas lodosas; no entendía todas, pero tenía la sensación de caminar sobre escupitajos, y seguían lloviendo pequeños escupitajos grises, y él no tenía nada que responder o lo que

podía responder no serviría de nada... «Y es en vísperas de la guerra, en medio de este peligro, que ustedes han destruido los cuadros del país, decapitado el ejército, el partido, la industria, ustedes, mil veces imbéciles y criminales...». Si le hubiera gritado eso, Popov hubiera respondido: «Mi rodilla... mmm... Quizá tiene usted razón, ¿pero de qué sirve tener razón? Nosotros tenemos el poder y no podemos hacer nada. Se le exige su propia cabeza ahora y eso es lo que usted me dice, pero no lo va a decir delante de la burguesía internacional, ¿verdad? Ni siquiera para vengar su cabecita querida que pronto quedará cascada como una nuez... Mmm...». Odioso personaje, pero ¿cómo salir de este círculo infernal, cómo?

Popov, con las manos juntas sobre el pecho, vestido con una vieja blusa y un pantalón informe, monologaba con cortas pausas. Rublev se detuvo delante de él como si lo viera por vez primera. Y lo tuteó, tristemente, al principio.

—Popov, viejo, te pareces a Lenin... Es conmovedor... No te muevas, deja las manos como están... No a Ilich vivo, para nada... Te pareces a su momia... como un muñeco de trapo se parece a una persona viva... —lo consideraba con una atención soñadora pero intensa—. Te le pareces como en piedra gris, enmohecida, como una cochinilla... los chichones de la frente, tu miserable barbita, pobre, pobre viejo...

Había una piedad sincera en su voz. Popov lo miraba de reojo, con una atención aguda. Rublev vio esa mirada velada pero precisa: peligrosa.

—... pobre, pobre imbécil que eres, viejo desperdicio... Cínico y maloliente... ¡Ah!

Rublev, con una expresión de disgusto desesperado, le dio la espalda y caminó hacia la puerta. La celda parecía demasiado pequeña para él. Pensó en voz alta: «Y este gusano de cementerio es quien me trae noticia de la guerra...».

El tartamudeo y el farfullar de Popov empezaron una vez más detrás de él. ¿Sonaban ahora malignos?

—Ilich decía que un trapo puede utilizarse siempre para limpiar la casa... Mmm... un trapo un poco sucio, naturalmente, puesto que está en la naturaleza de los trapos estar un poco sucios... Yo estoy dispuesto... No soy individualista... Mmm... Está escrito en la Biblia que un perro vivo vale más

que un león muerto...

Puesto de pie, Popov arregló los papeles en su portafolios y se puso trabajosamente su gabardina. Con las manos en los bolsillos, Rublev se abstuvo de ayudarlo. Murmuraba para sí mismo: «¿Perro vivo o rata infecta y medio muerta?».

Popov debió pasar delante de él para hacerse abrir la puerta. No se despidieron. Antes de franquear el umbral, Popov, con un gesto rápido, se ajustó la gorra sobre el cráneo, con la visera salida y un poco ladeada. A los diecisiete años, en el umbral de las primeras prisiones, en la época de los primeros entusiasmos revolucionarios, se daba así, gustosamente, un cierto aire patibulario. Enmarcado por la puerta metálica, rozando con el pecho la doble dentadura del cerrojo, se volvió, con la mirada franca: una mirada luciente, todavía vigorosa: —Nos vemos, Rublev. No necesito su respuesta... Ya sé lo que necesitaba saber... Mmm... En el fondo, nos entendemos perfectamente —bajó la voz a causa de los uniformes que estaban detrás de la puerta—. Es duro, claro que sí... Mmm... Para mí también... Pero... mmm... el partido tiene confianza en usted...

—¡Vete al diablo!

Popov dio dos pasos dentro de la celda y sin farfullar, como si la horrenda bruma de su vida se apartara de él, preguntó: —¿Qué debo responder de tu parte al Comité Central?

Y Rublev, erguido también, dijo con firmeza:

—Que he vivido toda mi vida hasta hoy solo para el partido. Por enfermo y degradado que esté, es nuestro partido. Que no tengo ni pensamiento ni conciencia fuera del partido. Que le soy fiel al partido sea lo que sea, haga lo que haga. Que si debo morir, aplastado por mi partido, lo acepto... Pero que les advierto a los cretinos que nos matan que ellos matan al partido...

—Adiós, camarada Rublev.

La puerta se cerró, el cerrojo bien engrasado se deslizó suavemente en el pestillo. La oscuridad fue casi completa. Rublev asestó fuertes puñetazos en esa puerta sepulcral. Pasos apagados se precipitaron en el corredor, el postigo se abrió. «¿Qué pasa, ciudadano?». Rublev creyó que rugía, pero en realidad su voz no era más que un jadeo irritado: —¡Enciéndanme la luz!

«Sh... Sh... Ahí tiene, ciudadano...». La bombilla eléctrica se encendió.

Rublev sacudió el cojín en el cual la cabeza del visitante había dejado un hueco. «Es infame, Dora, es inmundo. Lo empujaría uno con gusto a un precipicio, a un pozo, a una negra fosa, con tal de que se hundiera para siempre, de que ni su gorra ni su portafolios lleno de papeles secretos sobrenaden las aguas... Luego se iría uno con el alma aliviada, el aire de la noche parecería más puro... Dora, Dora...». Pero, Rublev lo sentía claramente, eran las manos fofas de Popov las que lo empujaban *a él*, insidiosamente, hacia la negra fosa... «Dialéctica de la relación de las fuerzas sociales en épocas de reacción...».

07

La orilla de la nada

El deportado Rishik les planteaba a varias oficinas problemas insolubles. ¿Qué pensar de un mecánico que había salido indemne de treinta choques de trenes? De sus compañeros de lucha ninguno sobrevivía. La prisión lo protegía providencialmente desde hacía más de diez años: desde 1928. Azares semejantes a esos que hacen sobrevivir a un soldado de un batallón aniquilado lo apartaban de los grandes procesos, de las instrucciones secretas e incluso de la «conspiración de las prisiones». En el momento en que sucedía esta, Rishik vivía absolutamente solo, bajo estricta vigilancia, en un *koljoz* del Yenisei medio; en el momento en que se llevaba a cabo la investigación que debía revelarlo como un testigo político de los más peligrosos, de esos que se inculpa al momento en razón de su solidaridad moral con los culpables, una consigna de secreto absoluto lo cubría en un confinamiento solitario del Mar Blanco. Su expediente sin embargo no les dejaba ninguna excusa a los dirigentes de las depuraciones, pero la enormidad misma de su situación lo preservaba a partir del momento en

que la prudencia aconsejaba no hacerle mucho caso, por miedo de asumir demasiadas responsabilidades. Terminaron por acostumbrarse a ese caso extraño; en algunos jefes de servicio de la represión, nació la oscura convicción de que ese viejo trotskista estaba bajo una alta protección. Vagamente se sabía de precedentes de ese tipo.

El procurador Rachevsky, el alto comisario interino de la Seguridad, Gordéyev, el delegado del Comité Central para el control de la investigación de los casos más graves, Popov, les comunicaron a las oficinas la orden de adjuntar al expediente del caso Erchov-Makeyev-Rublev (asesinato del camarada Tuláyev) el de algún trotskista influyente, lo que quería decir auténtico, sea cual fuere su actitud. Rachevsky estimaba, en contra de Fleischman, que para hacer el proceso más convincente a los ojos del extranjero, se podía admitir por esta vez que un acusado negara toda culpabilidad. El procurador insistía en confundirlo por medio de testimonios fáciles de elaborar. Popov agregaba de pasada que el veredicto popular podía tomar en cuenta la duda suscitada por las denegaciones del acusado y que eso produciría un buen efecto, si el Politburó lo estimaba útil. Zvéryeva se ofreció a reunir los testimonios secundarios que anularían las denegaciones del acusado, todavía desconocido. «Disponemos de un material de tal modo abundante», decía ella, «y esta conspiración ha estado tan ramificada que no es posible ninguna resistencia. No hay inocencias individuales. La culpabilidad de esta alimaña contrarrevolucionaria es colectiva...». Las investigaciones efectuadas en los archivos hicieron surgir varias fichas de las cuales solo una convenía a la perfección a los fines que se perseguían: la de Rishik. Popov estudió este expediente con la prudencia de un experto en presencia de un invento explosivo de fabricación desconocida. Los accidentes sucesivos que explicaban la sobrevivencia de este viejo opositor se le aparecían en su encadenamiento riguroso. Rishik: antiguo obrero de la tubería Hendrikson en Vassili-Ostrov, San Petersburgo, miembro del partido desde 1906, deportado al Lena en 1914, vuelto de Siberia en abril de 1917, tuvo varias entrevistas con Lenin luego de la conferencia del 17 de abril; miembro del Comité de Petrogrado durante la guerra civil; ahí tomó, en el 20, la defensa de la oposición obrera pero no llegó a votar por ella. Comisario de una división durante la marcha sobre

Varsovia, trabajaba entonces con Smilga, del CC, Racovski, jefe del gobierno de Ucrania, Tujachevski, comandante del ejército, tres enemigos del pueblo demasiado tardíamente castigados en 1937... Excluido del partido en el 27, arrestado en el 28, deportado a Minusinsk, Siberia, en julio del 29, condenado por el Colegio Secreto de la Seguridad a tres años de reclusión, enviado al confinamiento solitario de Tobolsk, donde se volvió líder de la tendencia llamada de los «intransigentes» que publicaba una revista manuscrita llamada *El Leninista* (se adjuntaban cuatro números). En 1932, el Colegio Secreto le infligía una pena adicional de dos años (a partir de una decisión del Politburó), ante la cual respondió: «Diez años si eso los divierte, porque dudo mucho de que ustedes conserven el poder más de seis meses, estúpidos hambreadores». Autor, en esta época, de una «Carta abierta sobre la hambruna y el terror», dirigida al CC. Refutaba la teoría del capitalismo de Estado y sostenía la del bonapartismo soviético. Liberado en el 34 después de una huelga de hambre de dieciocho días. Deportado a Chernoé, arrestado en Chernoé con Elkin, Kostrov y otros (casos del «centro trotskista de deportados»). Transferido a Moscú, prisión de Butirky, rehusó responder a los interrogatorios, hizo dos huelgas de hambre; transportado a la enfermería especial (insuficiencia cardiaca)... «Por deportar a las regiones más lejanas... Cortarle la correspondencia...». Un centenar de nombres aparecían en las doscientas cuarenta y cuatro páginas del expediente y eran los nombres aterradores de los hombres segados por la espada del partido. Sesenta y seis años, mala edad de las últimas rigideces o de las repentinamente caídas de la voluntad. Popov decidió: «Háganlo transferir a Moscú... Que viaje en buenas condiciones...». Rachevsky y Gordéyev respondieron: —Por supuesto.

Días incomparables se alzaban para Rishik desde el fondo de una desértica indiferencia. Habitaba la última de las cinco casas de madera ligera y bruta que formaban la aldea de Dyra, el Hoyo Sucio, en la confluencia de dos ríos helados perdidos en la soledad. El paisaje no tenía límites ni señalamientos. Al principio, cuando todavía escribía cartas, Rishik había llamado a este lugar la Orilla de la Nada... Se sentía en el límite extremo del mundo humano, completamente al borde de una inmensa tumba. La mayor parte de sus cartas no llegaban a ninguna parte, por supuesto, y ninguna le

llegaba a él. Escribir desde aquí era gritar en el vacío, lo que a veces hacía para escuchar su propia voz: se embriagaba entonces de una tristeza tan violenta que se ponía a gritar injurias a la contrarrevolución triunfante: «¡Cretinos! ¡Bebedores de sangre proletaria! ¡Termidorianos!». La planicie rocallosa le devolvía en eco un ligero murmullo indistinto, pero los pájaros asustados que él no había percibido hasta entonces volaban de pronto y su pánico se propagaba de uno en otro de modo tan perfecto que el cielo se animaba por completo, y la absurda cólera de Rishik se disolvía, él se ponía a hacer girar los brazos, trotaba un rato hasta que perdía el aliento, con el corazón palpitante y los ojos húmedos.

Cinco familias de pescadores, viejos creyentes de origen gran ruso, pero más o menos adaptados al modo de vida de los ostiakos, vivían ahí un destino sin salida. Los hombres, rechonchos y barbudos, las mujeres retaconas y con caras aplanadas, las dentaduras cariadas, los ojillos vivos bajo los párpados espesos. Apenas hablaban, no se reían, olían a grasa de pescado, trabajaban sin prisa en la limpieza de las redes heredadas por los abuelos del tiempo del emperador Alejandro, en la puesta a secar de los peces, en la preparación de comidas desabridas para el invierno, en el trenzado del mimbre, en la reparación de vestidos viejos de tela desteñida del siglo pasado. Desde fines de septiembre, una blancura sombría cubría los horizontes monótonos.

Rishik compartía la habitación con una pareja sin hijos que no lo quería porque nunca se persignaba, fingiendo no ver el icono. Eran tan taciturnos estos dos seres de mirada apagada, que un silencio de tierra infecunda parecía emanar de ellos. Vivían en medio del humo de una estufa arruinada, a la que alimentaban con ramas escuálidas. Rishik ocupaba un reducto provisto de una buhardilla exigua, atestada en sus tres cuartas partes con tablas y trapos porque no había ya más que un pedazo de ventana. La riqueza principal de Rishik era una estufilla de hierro dejada ahí, antaño, por otro deportado; su chimenea se ajustaba a uno de los ángulos superiores de la buhardilla. Rishik podía, así, hacer un poco de fuego a condición de ir a buscar la leña él mismo en los cerros bajos, del otro lado de la Bezdolnya, la Abandonada, a cinco kilómetros corriente arriba... Otra riqueza atesorada era su reloj, que a veces venían a ver de las casas vecinas. Cuando un

cazador de los niénetz atravesaba las planicies, la gente le explicaba que un hombre vivía allí, y que sobre él pesaba un castigo, y que poseía una máquina de hacer tiempo, una máquina que cantaba sola, sin jamás detenerse, por el tiempo invisible. El tictac obstinado del reloj devoraba, en efecto, un silencio de eternidad. Rishik lo amaba, pues había vivido cerca de un año sin él, en el tiempo puro, pura locura inmóvil, anterior a toda creación. Rishik, para huir de la casa muda, se iba por ahí a través de la landa. Rocas blancuzcas se hundían en el suelo, el ojo se prendía ávidamente de los pocos matorrales enclenques y duros, del color de la herrumbre y de un verde ácido. Rishik les gritaba: «¡El tiempo no existe! ¡Nada existe!». Su voz, pequeño ruido insólito, era absorbido por la extensión, fuera del tiempo humano, sin que siquiera espantara a los pájaros. ¿Acaso no había pájaros fuera del tiempo? La colonia de deportados de Yeniseisk consiguió enviarle, en ocasión de un aniversario de la gran victoria socialista, unos regalos entre los cuales descubrió un mensaje escondido: «A ti que eres ejemplarmente fiel, a ti, uno de los últimos sobrevivientes de la Vieja Guardia, a ti que no has vivido más que para la causa del proletariado internacional...». La caja de cartón contenía además riquezas inverosímiles: cien gramos de té y este pequeño reloj de diez rublos, comprado en una cooperativa de las ciudades. Que se adelantara casi una hora cada veinticuatro, cuando se olvidaba uno de ponerle el cortaplumas que le servía de pesa para que funcionara, no tenía en verdad ninguna importancia. Rishik y Pajomov, empero, no se cansaban de hacer la broma que consistía en preguntarse: «¿Qué hora es?». «Las cuatro...». «¿Con o sin cortaplumas?». «Con la obstrucción», contestó un día Rishik muy serio porque estaba leyendo el *Pravda* del mes anterior. El anfitrión y su mujer, con su medio siglo de dura servidumbre sin amo a cuestas —él, acariciando con la mano su tosca barba; ella con las manos juntas metidas en las mangas de lana—, habían venido a contemplar la maravilla y habían hablado delante de ella; no dijeron más que una sola palabra, pero una palabra profunda, que subía desde el fondo de su alma (¿y cómo es que conocían esa palabra?): —Bello —dijo él moviendo la cabeza.

—Bello —repitió su mujer.

—Cuando las dos manecillas están aquí —les explicó Rishik—, durante el día, es que es mediodía y en la noche, es que es media noche.

—Gracias a Dios —dijo el hombre.

—Gracias a Dios —dijo la mujer.

Y se retiraron haciendo la señal de la cruz. Tenían el andar pesado de los pingüinos.

Pajomov, que pertenecía a la Seguridad, ocupaba la habitación más cómoda (requisada) de la mejor de las cinco casas, a un kilómetro de allí, frente a los tres abetos de la aldea. Único personaje del gobierno en una región casi tan vasta como un país de la vieja Europa, poseía riquezas considerables: un sofá, un samovar, un tablero de ajedrez, un acordeón, los tomos incompletos de Lenin, los periódicos del mes pasado, tabaco y vodka. ¿Qué más necesita un hombre? León Nicolaiévich Tolstoi, a pesar de ser un noble y un místico, es decir, un atrasado, calculó con justeza lo que realmente le hace falta en la tierra a un hombre ávido: un metro ochenta centímetros de largo por cuarenta centímetros de ancho y un metro, aproximadamente, de profundidad, para una fosa honradamente excavada... «¿No es así?», preguntaba Pajomov, seguro de que uno asentiría. Tenía un humor amargo, sin malicia. Si se encontraba, al final de la pista de nieve, ante la casa sobre la cual colgaba el letrero de correo-cooperativa, ladeado, algunas bestias de tiro exhaustas por la fatiga, unos renos o unos caballos de largas crines, les hacía bromas con tono zalamero: «¡Disfruten de la vida, bestias útiles!». Encargado de vigilar a Rishik, había tomado por su deportado un afecto reservado pero cálido que le alumbraba los ojillos inquisitivos con una luz tímida. Le decía: «Las órdenes, hermano, son las órdenes. Somos hombres del servicio y nada más. No se nos pide comprender, no tenemos más que obedecer. Yo soy un hombre pequeño. El partido es el partido, no me toca a mí juzgarlos a ustedes, a los otros. Tengo una conciencia, también pequeña, porque el hombre es un animal que tiene conciencia. Veo que eres puro. Veo que te mueres por la revolución mundial y si te equivocas, si no llega, si hace falta construir el socialismo en un solo país con nuestros huesitos, entonces, naturalmente, eres peligroso, hay que aislarte, no hay nada que hacer, y henos aquí, cada uno con su deber en este despoblado que lo mismo podría ser el Polo Norte, y bueno, como sea, estoy contento de estar contigo». Nunca se emborrachaba demasiado, quizá para permanecer vigilante, quizá por respeto a Rishik que bebía poco, lo justo

para calentarse el alma, por temor a la arterioesclerosis. Rishik se lo había explicado a Pajomov: «Quiero ser capaz de pensar todavía por algún tiempo». «Muy justo», dijo Pajomov. Rishik, fatigado de su reducto de paredes desnudas, se refugiaba a menudo en casa de su guardián. Pajomov tenía siempre sobre el rostro una expresión de humildad desconfiada, como si sus rasgos y sus arrugas hubieran sido fijados en el momento en que estaba a punto de llorar. La piel rosada y arrugada, los ojos rojos, la nariz chata, sonreía apenas, con la boca entreabierta sobre las raíces enrojecidas de los dientes. «¿Quieres oír música?», le preguntaba a Rishik, que se había tendido sobre el sofá de la habitación bien abrigada. «Un vasito, mejor...». Rishik mordisqueaba, antes de beber, un pepino salado. «Toca». Pajomov sacaba del acordeón lamentos desgarradores y también notas alegres que daban ganas de bailar. «Escucha esto, ¡es para las muchachas de mi país!». Les dedicaba a las muchachas de su lejana región su música apasionada. «Bailen, chiquillas, más. Vamos, Mafa, Nadia, Tania, Varia, Tanka, Vassilissa, bailen, ojitos de oro. ¡Hip-hop, hip-hop!». La habitación se llenaba de movimientos, de fantasmas felices, de nostalgia. Al lado, curvadas en su perpetua penumbra, una anciana desanudaba con sus dedos anquilosados las redes de pesca; una joven con el redondo rostro amarillo de los ostiakos, lleno de una suavidad animal, se atareaba cerca del fuego; las niñas dejaban sus labores para ponerse a dar vueltas, torpemente abrazadas, entre la mesa y la estufa, la negra cara barbuda de san Basilio, iluminada desde arriba por una lamparilla, juzgaba con severidad esta extraña alegría, que sin embargo se desplegaba ahí sin pecado... Las manos de la anciana, las manos de la joven estaban recorridas por una sangre revigorizada, pero ni la una ni la otra decían una palabra, pues ello las incomodaría. En el corral, los renos levantaban la cabeza y una inquietud les nacía en los ojos vidriosos. Y se ponían a correr de repente de un abeto a otro, de la casa a los abetos. El espacio blanco absorbía esos sonidos mágicos. Rishik escuchaba con una sonrisa descolorida. Pajomov sacaba de su instrumento las notas más plenas, como si hubiera querido desencadenar en el vacío un último grito de lo más potente, y otro y otro más, y una vez que las había sacado echaba el instrumento sobre la cama. El silencio caía implacablemente, como un gran peso, sobre el espacio, los renos, la casa, las mujeres y los niños. (La anciana,

arreglando los hilos rotos sobre las rodillas, se preguntaba si esa música no venía del Maligno. Por largo rato sus labios seguían moviéndose porque farfullaba un conjuro: pero ya había olvidado el porqué).

—Se vivirá bien en la tierra dentro de unos cien años —dijo una vez Pajomov en una de esas ocasiones.

—¿Cien años? —calculó Rishik—, no estoy seguro de que eso sea suficiente.

De vez en cuando cogían los fusiles y se iban a cazar más allá de la Bezdolnya. El paisaje era ahí extrañamente simple. Rocas redondeadas, casi blancas, surgían del suelo en bloques, hasta perderse de vista. Se sentía vagamente que eran un pueblo de gigantes sorprendidos por un diluvio, helados y petrificados. Los arbustos tendían sus delgadas redes de ramajes. Perderse a la vuelta de una hora de camino y de ascensión hubiera sido fácil. Maniobrar con los esquíes era laborioso y había algunos animales, desafiantes, difíciles de sorprender, a los que había que despistar, seguirles las huellas, emboscarlos durante horas echados sobre la nieve. Los dos hombres se pasaban de mano en mano una cantimplora de vodka. Rishik admiraba el azul ligero del cielo. Un día se le ocurrió decir inexplicablemente a su compañero: —Mira este cielo, hermano. Pronto va a cubrirse de estrellas negras.

Esas palabras los acercaron después de un silencio muy largo; Pajomov no se sintió sorprendido y dijo: —Sí, hermano. La Gran Osa y la Estrella Polar serán negras. Sí, lo he visto en sueños.

Nada más que decirse, ni siquiera con los ojos. Transidos, al final de una jornada extenuante, abatieron un reno del color del fuego, de morro aguzado. El rictus femenino de la bestia muerta y tendida sobre la nieve les produjo malestar. No se dijeron nada. Tomaron sin alegría el camino de regreso. Dos horas más tarde, mientras se deslizaban sobre una ladera blanca, de través de la lividez del crepúsculo, rumbo a la bola enrojecida del sol, Pajomov dejó que Rishik lo alcanzara. Su mirada le dejó entender que tenía algo que decirle. Murmuró: —El hombre es una mala bestia, hermano.

Rishik, sin responder, tomó la delantera. Los esquíes lo llevaban como a través de la irrealidad. Pasaron más horas. Su fatiga se hizo terrible, Rishik estaba a punto de desfallecer, con las espaldas heladas. A su vez, él se dejó

alcanzar y dijo: —Pero aun así, hermano... —debió reponer sus fuerzas para acabar su frase, pues casi no tenía aliento—: transformaremos al hombre.

En ese mismo momento pensó que aquella había sido su última cacería. «Demasiado viejo. ¡Adiós, animales que ya no mataré! Son ustedes una de las caras fascinantes y crueles de la vida que se va. Lo que debe hacerse, ha de ser hecho por otros, adiós». Rishik pasó varios días tendido sobre su manta de piel, en el calor de la estufa, bajo el bordoneo del reloj. Pajomov venía a hacerle compañía. Jugaban a las cartas, un juego elemental que consistía en hacer trampa. Pajomov ganaba casi siempre. «Pues claro», declaraba, «yo soy medio canalla». Así pasaba la vida en el largo invierno nocturno. La bola enrojecida del sol se arrastraba sin cesar sobre el horizonte. El correo llegaba en trineo una vez al mes. Con un cierto adelanto, Pajomov redactaba para sus superiores informes sobre el deportado sometido a su vigilancia. «¿Qué debo escribir sobre ti, viejo?». «Escríbeles», decía Rishik, «que me cago en la contrarrevolución burocrática».

—Ya lo saben —respondía Pajomov—, pero te equivocas al decírmelo. Yo soy un hombre del servicio. No tienes necesidad de hacerme enfadar.

Llega un día en que las cosas terminan. Nadie lo puede prever aunque todos sepan que no ha de dejar de venir. El silencio, la blancura, el norte eterno seguirán sin fin, es decir, hasta el fin del mundo, y acaso seguirán después, ¿quién lo sabe? Pajomov entró en el reducto donde Rishik releía los viejos periódicos como en medio de una pesadilla difusa, semejante a una niebla. Más rojo que de costumbre, el hombre de la Seguridad, con la barba torcida y los ojos chispeantes: —Nos vamos, viejo. Se acabó este sucio agujero. Junta tus cosas. Tengo orden de llevarte a la ciudad. Tenemos una oportunidad.

Rishik volvió hacia él una mirada petrificada de ojos terriblemente fríos.

—¿Qué pasa? —interrogó Pajomov con amabilidad—. ¿No te da gusto?

Rishik se alzó de hombros. ¿Gusto? ¿Gusto de morir? ¿Aquí o en otra parte? Sentía que no le quedaban casi fuerzas para cambiar, para la lucha, para la idea incluso de la lucha; que ya no tenía ni miedo de verdad ni esperanza ni espíritu de desafío; que su coraje se había vuelto una especie de inercia...

La gente de las cinco casas los vio partir un día de cielo bajo atravesado por débiles resplandores argentados. El universo parecía olvidado. Los niños pequeños, forrados de pieles, salieron en brazos de sus madres. Había treinta formas menudas sobre la blancura mate en torno del trineo. Los hombres daban consejos y verificaban que los renos estuvieran enjaezados. En el momento de desaparecer, Pajomov y Rishik se volvieron más reales que la víspera, se emocionaron un poco al descubrirlo. Era como si fueran a morir. Partían hacia lo desconocido, uno guardando al otro para la libertad o para la prisión, solo Dios sabía. Eyno, el samoyedo, el niénetz, que había venido por pieles y pescados, los llevó en su trineo. Vestido de pieles de lobo, con su cabeza huesuda y morena, los ojos rasgados, la barba rala, parecía un Cristo mongol. Moños verdes y rojos adornaban sus botas, sus guantes, su gorra. Se metía cuidadosamente los últimos pelos amarillos en el cuello, recorría la extensión del cielo y de la tierra con una mirada atenta, alertaba a los renos con un chasquido de la lengua. Rishik y Pajomov se tumbaron el uno contra el otro, envueltos en sus pieles de abrigo. Llevaban pan seco, pescado seco, vodka, cerillas, alcohol comprimido para hacer fuego. Los renos dieron un pequeño salto hacia delante y se detuvieron. «¡Vayan con Dios!», dijo alguien. Pajomov dijo riendo: —Nosotros estamos mejor sin él.

Rishik estrechó las manos que se le tendían. Había manos de todas las edades; había manos viejas, arrugadas y encallecidas, manos fuertes, diminutas, manos delicadas. «¡Adiós, adiós, camaradas!». Hombres y mujeres que no lo querían le decían: «Adiós, camarada Rishik, buen viaje» y lo miraban con afecto. Nuevas miradas siguieron el trineo hasta el horizonte. Los renos tomaban impulso hacia el espacio; un bosque dormido apareció a lo lejos, reconocible por sus cumbres violáceas. El cielo, arriba, se aclaraba en encajes de plata. Eyno se inclinaba hacia delante; observaba a los animales. Una bruma de nieve rodeaba el trineo; en ella flotaban pequeños arcoíris.

—Está bien partir —repetía alegremente Pajomov—, estaba ya harto de ese agujero, ¡quiero las ciudades!

Rishik pensaba que indudablemente la gente de Dyra nunca se iría de ahí. Que él mismo no regresaría jamás ni aquí ni a Chernoé, ni a las ciudades

conocidas, ni, sobre todo, al tiempo de la fuerza y de la victoria. Hay momentos de la vida en que se puede esperar todo, incluso en el fondo de la derrota. Vive uno detrás de las rejas de una cárcel y sabe que la revolución llegará, que tiene uno, más allá de las horcas, un mundo delante. El porvenir es inagotable. El porvenir de un solo hombre, agotado, se vuelve el último con cada partida. Casi al final de su viaje, sus apuestas se lo hacían ver bastante claro. Había tomado sus determinaciones hacía mucho tiempo: se sentía disponible. El frío en la espalda lo incomodó. Bebió un trago de vodka, se cubrió la cara con las pieles y se abandonó al letargo y luego al sueño.

Se despertó bien entrada la noche. El trineo se deslizaba a gran velocidad a través de la nada terrestre. Noche de una transparencia verde. Las estrellas pálidas reinaban, su cintilar pasaba de un azul de relámpago a un dulce verde glacial. Llenaban la bóveda; se las sentía convulsas en su inmovilidad aparente, listas a caer, listas a estallar sobre la tierra con sus fuegos enormes. Encantaban el silencio, el menor cristal de nieve reflejaba su luz ínfima y soberana. La única verdad absoluta estaba en ellas. La planicie ondulaba, el horizonte apenas visible oscilaba como un mar y las estrellas se acariciaban. Eyno velaba, acurrucado delante; su espalda oscilaba al ritmo de la carrera, al ritmo del giro del mundo; escondía y luego dejaba ver constelaciones enteras. Rishik vio que su compañero tampoco dormía. Con los ojos abiertos como nunca antes, y las pupilas doradas, respiraba la fosforescencia mágica de esta noche.

—¿Todo bien, Pajomov?

—Todo bien. Estoy bien. No me arrepiento de nada. Es maravilloso.

—Maravilloso.

El deslizamiento del trineo los mecía en un calor común. Un frío ligero les picaba los labios y las narices. Liberados de la pesantez, del aburrimiento, de la fatiga, de la pesadilla; liberados de ellos mismos, flotaban en la noche luminosa. Las menores estrellas, las que uno creería casi indiscernibles, se veían perfectamente; y cada una era inefablemente única, aun cuando no tuviera nombre ni forma en el vasto resplandor.

—Estoy como borracho —murmuró Pajomov.

—Yo estoy lúcido —respondió Rishik—, y es exactamente lo mismo.

Pensó: «Es el universo el que está lúcido». Eso duró algunos minutos o algunas horas. En torno a las estrellas más cintilantes nacían, cuando las contemplaban, vastos círculos radiantes, visiblemente inmateriales. «Estamos más allá de la sustancia», murmuró uno. «Más allá de la alegría», murmuró el otro. Los renos trotaban alegremente sobre la nieve, se precipitaban al encuentro de las estrellas del horizonte. El trineo descendía vertiginosamente las pendientes que de inmediato subían con un impulso parecido a un canto. Pajomov y Rishik se adormilaron así y la maravilla siguió en sus sueños, la maravilla siguió cuando se despertaron con el día naciente. Columnas de luz nacarada subían hasta el cenit. Rishik recordó que en el sueño se sintió morir. No era ni aterrador ni amargo, era simplemente como el fin de la noche y de todas las claridades, las de las estrellas, las de los soles, las de las auroras boreales; las más lejanas del amor seguían derramándose sin fin sobre el mundo, nada se había perdido realmente. Pajomov se volvió hacia él para decirle extrañamente: —Rishik, hermano, hay ciudades... Es incomprensible.

Y Rishik respondió: «Están los verdugos», precisamente en el momento en que unos colores desconocidos invadieron el cielo.

—¿Por qué me ofendes? —preguntó Pajomov, con un tono de reproche, después de un largo silencio durante el cual se hizo en torno de ellos una blancura total.

—Yo no pienso en ti, hermano, no pienso más que en la verdad —dijo Rishik.

Le pareció que Pajomov lloraba sin lágrimas, con el rostro casi negro, si bien iban viajando a través de una increíble blancura. Si es tu alma negra, pobre Pajomov, lo que te sube a la cara, déjala sufrir a la luz plena del día, y si se hunde, hundete con ella, ¿qué tienes que perder?

Se detuvieron bajo el alto sol rojo para beber té, desentumecerse las piernas, dejar a los renos buscar bajo la nieve su pasto de musgo. Pajomov, luego de prender la estufilla y poner a hervir la cacerola, se levantó de golpe, como listo para el combate. Rishik estaba delante de él, derecho, con las piernas separadas, las manos en los bolsillos, sólido, silenciosamente feliz.

—¿Cómo sabes, camarada Rishik, que traigo este sobre amarillo?

—¿Cuál sobre amarillo?

Mirándose fijamente a los ojos, solos en medio del desierto espléndido, en el frío, en la claridad, con el buen té hirviente que iban a compartir, ninguna mentira era posible... A treinta pasos, escucharon a Eyno hablarles amigablemente a sus animales. Acaso canturreaba.

—Entonces, ¿no lo sabes? —volvió a preguntar Pajomov, confundido.

—¿No deliras un poco, hermano?

Bebieron el té a pequeños sorbos. El sol líquido invadió su ser. Pajomov habló pesadamente.

—El sobre amarillo del servicio secreto. Lo traigo cosido en mi blusa. Puse la blusa debajo de mí para dormir. No me he separado de ella jamás. El sobre amarillo está sobre mi pecho... No se me ha dicho qué contiene, no tengo derecho a abrirlo sin una orden escrita o cifrada... Pero yo sé que contiene la orden de fusilarte... Tú lo entiendes: en caso de movilización, en caso de contrarrevolución, si el poder decide que ya no debes vivir... A menudo este sobre me ha impedido dormir. Pensaba en él cuando bebíamos juntos... Cuando te veía ir hacia la Bezdolnya en busca de tu leña... Cuando te cantaba canciones gitanas... Cuando un punto negro se apareció en el horizonte, ese maldito correo, yo me preguntaba qué me podía traer a mí, que soy tan pequeño. Tú entiendes, yo soy hombre de deberes. Eso es.

—Mira —dijo Rishik—, no había pensado nunca en eso. Debía haberlo hecho, sin embargo.

Jugaron una curiosa partida de ajedrez. El tablero se cubría con un polvo de cristales blancos admirablemente tallados. Rishik y Pajomov caminaban con grandes zancadas sobre la roca, cubierta en ese sitio por una nieve poco profunda en la cual sus botas dejaban huellas redondas como de animales gigantescos. Movían una pieza y se iban, reflexionando o soñando, como atraídos por los horizontes a los cuales renunciarían en unos cuantos minutos. Eyno vino a acuclillarse cerca de donde jugaban, jugando en su espíritu los dos lados a la vez. Su cara tenía una expresión concentrada; movía los labios. Los renos llegaron lentamente, desde lo lejos, hasta el trineo, a contemplar también con sus grandes ojos opacos el juego misterioso que ínfimas ráfagas cristalinas que soplaban a ras del suelo terminaron de recubrir con su blancura. Los casilleros blancos y negros ya no existían más que en lo abstracto, pero a través de lo abstracto pequeñas

fuerzas rigurosas del espíritu seguían su combate. Pajomov perdió, como de costumbre, admirando la ingeniosa estrategia de Rishik.

—No es mi culpa si gané —le dijo Rishik—. Tienes que perder muchas veces antes de comprenderlo.

Pajomov no contestó.

El viaje deslumbrante llevaba a paisajes cubiertos con matorrales escuálidos. Manojos de hierba amarilla asomaban de la nieve. La misma emoción se apoderó de los tres hombres al descubrir en la hierba las huellas de un camino dejado por unas ruedas. Eyno murmuró una fórmula mágica para conjurar la mala suerte. El trote de los renos se llenó de sacudidas. El cielo estaba opaco: cielo de abatimiento.

Rishik sintió que regresaba a él la tristeza que había sido la trama de su vida y que él despreciaba. Eyno los dejó en un *koljoz*, donde tomaron unos caballos. La vida ahí debía de ser de tonalidades terrosas, pero lavadas por las albas que dejaban caer su azul sobre la tierra. Los caminos se perdían en los bosques poblados de pájaros. Varios arroyuelos corrían a través de las malezas cantantes; sus reflejos sembraban de lentejuelas la tierra, la roca y las raíces. Vadearon ríos en los que flotaban las nubes. Los campesinos de esos lugares conducían la carreta en silencio. Desconfiados, no salían de su letargo más que después de beber un poco de aguardiente. Canturreaban entonces sin parar.

La separación se produjo para Rishik y Pajomov en la única calle de un rico poblado, entre grandes casas negras espaciadas, sobre el umbral de la Casa del Soviet, que era también la de la Seguridad, edificio de ladrillos y madera con grandes persianas. «Bueno», dijo Pajomov, «nuestro viaje juntos termina aquí. Tengo la orden de entregarte al puesto de Seguridad. La vía del tren está a unos cien kilómetros. Te deseo buena suerte, hermano. No me guardes rencor». Rishik fingió interesarse en la calle para no escuchar esas últimas palabras. Se estrecharon largamente las manos. «Adiós, camarada Pajomov, deseo que comprendas, aunque sea peligroso...». En la oficina de la Seguridad, dos muchachos de uniforme jugaban al dominó sobre una mesa sucia. Un frío miserable emanaba de la estufa apagada. Uno de los dos examinó los papeles entregados por Pajomov. «Criminal de Estado», le dijo a su camarada, y los dos miraron a Rishik con dureza. Rishik

sintió las mechas blancas de sus sienes erizarse un poco, una sonrisa agresiva le descubrió las encías violáceas y dijo: —Usted sabe leer, supongo. Eso quiere decir: viejo bolchevique, fiel a la obra de Lenin.

—Ya lo hemos oído. Un montón de enemigos del pueblo se han camuflado así. Venga, ciudadano.

Sin una palabra de más, lo hicieron entrar en un cuarto oscuro, al fondo del corredor, cerraron la puerta y corrieron el cerrojo. Ese desván olía a orina de gato, el aire estaba cargado de humedad. Pero desde detrás de la pared de madera llegaban claramente voces de niños. Rishik las percibió con delicia. Se instaló lo mejor que pudo sobre el catre, con la espalda apoyada en el muro de madera, con las piernas cómodamente extendidas. La vieja carne fatigada gemía a pesar de sí misma y deseaba a toda costa tumbarse sobre un montón de paja limpia... Una voz de niña, refrescante como un hilillo de agua sobre las rocas de la taiga, leía gravemente, del otro lado del mundo, a otros niños sin duda, *El tío Vlass* de Nekrásov.

Con su dolor sin fondo,
alto, erguido, con la cara curtida,
el viejo Vlass camina sin prisa
por ciudades y pueblos.
La lejanía lo llama y ahí va,
ha visto Moscú, nuestra madre,
las extensiones del Caspio
y el Neva imperial.
Ahí va, llevando el Santo Libro,
ahí va, hablándose a sí mismo,
ahí va, y su bastón de hierro
hace un dulce ruido sobre la tierra.

—Yo he visto todo eso —pensó Rishik—. Camina, camina, viejo Vlass, no hemos terminado de caminar... Solo que nuestros santos libros no son los mismos...

Y se acordó, antes de adormilarse bajo el efecto de la fatiga y el desaliento, de otro verso del poeta: Oh musa mía, azotada hasta sangrar...

¡Faenas agobiantes de los trasladados! No hay cárceles bajo el círculo ártico; las celdas aparecen con la civilización. Los soviets del distrito

disponían a veces de una casa abandonada que nadie había querido porque le daba mala suerte a la gente o porque le harían falta demasiadas reparaciones para vivir en ella. Las ventanas están tapiadas con viejos tablones en los cuales todavía puede leerse *tahak-trust*, que dejan pasar el viento, el frío, la humedad, los abominables moscardones chupadores de sangre. Hay casi siempre una o dos faltas de ortografía en la inscripción hecha con tiza blanca que hay sobre la puerta: prisión rural. A veces, esa choza se eriza con alambres de púas y, cuando alberga a un asesino, un evadido de gafas aprehendido en el bosque, un ladrón de caballos, un administrador de *koljoz* reclamado por las autoridades superiores, se pone de guardia a la puerta a un joven comunista de diecisiete años, que no tiene nada que hacer de preferencia, con un viejo fusil inútil —ni que decir tiene— al hombro... Había, en cambio, vagones de carga blindados y remachados con grandes clavos; los excrementos se habían colado bajo las puertas de un modo siniestro: se diría que eran viejos ataúdes desenterrados... Lo extraordinario es que de ahí surgían siempre gruñidos de seres enfermos, vagos gemidos y hasta canciones. ¿Nunca los vaciaban? No acababan de llegar al término de su viaje. Harían falta incendios de bosques, caídas de meteoros, destrucciones de ciudades, para destruir su especie... Dos soldados desnudos condujeron a Rishik a uno de esos vagones entre los abetos, por un sendero verde que la corteza de los abedules alegraba como una risa ligera. Rishik subió penosamente hasta la entrada y la puerta vacilante se cerró detrás de él. El corazón le latía por el esfuerzo que acababa de hacer; la penumbra y el hedor de madriguera lo ahogaron. Trastabilló sobre cuerpos, buscó con las dos manos la pared opuesta y percibió allí, por una hendidura, el tranquilo paisaje azuloso de los abetos, dejó caer su chaqueta y se puso en cuclillas sobre la paja húmeda. Una veintena de cabezas huesudas de jóvenes se movían ahí, llevadas por cuerpos esqueléticos semidesnudos. «Ah», dijo Rishik conteniendo el aliento, «os saludo, *chpana*. Salud, camaradas pillos». Y comenzó a hacerles a estos niños de los caminos, de los cuales el de mayor edad podía tener dieciséis años, una razonable declaración de principios: «Si alguna cosa desapareciera de mi chaqueta, les rompo el hocico a los dos primeros que se me pongan enfrente. Así soy; no es que sea malo. Así será, o de otra

manera: traigo tres kilos de pan seco, tres latas de conserva, dos arenques y azúcar, ración gubernamental que compartiremos fraternalmente, pero con disciplina. ¡Seamos conscientes!. Los veinte chicos desharrapados chasquearon alegremente la lengua antes de lanzar un débil *hurra*. «Mi última ovación», pensó Rishik, «al menos es sincera...». Los cráneos rapados de los muchachitos parecían cabezas de pájaros desplumados. Algunos llevaban cicatrices que les llegaban hasta los huesos. Se sentaron en círculo, con cuidado, para pasarlo bien con ese viejo enigmático. Varios comenzaron a despiojarse. Cascaban los piojos con los dientes a la manera de los kirguizes, murmurando: «Me comes y te como», lo que les hacía mucho bien, según decían. Iban enviados al Tribunal regional por haber saqueado la tienda de víveres de una colonia penal de Rehabilitación por el Trabajo. Viajaban desde hacía doce días en ese vagón, los seis primeros días sin salir, y les habían dado de comer nueve veces. «Nos cagábamos debajo de la puerta, tío, pero en Slavianka pasó un inspector y nuestros delegados le hicieron reclamaciones en nombre de la higiene y de la vida nueva, y desde entonces, ahora nos dejan salir dos veces al día... No hay peligro de que nos escapemos en medio de esta selva, ¿la has visto?». El mismo inspector, un as, los hizo alimentar de inmediato. «Sin él, unos cuantos hubieran reventado, seguro. Él ha de haber pasado por lo mismo, tenía traza de veterano, de otro modo no lo hubiera hecho...». Esperaban su próxima prisión como una salvación, pero no llegarían hasta dentro de una semana, porque había que dejar pasar primero los trenes con municiones: era una prisión modelo, con calefacción, ropas, radio, cine, baño dos veces por mes, según la leyenda. Valía el viaje y los de más edad, una vez condenados, tendrían quizá la oportunidad de quedarse.

Un rayo de luna entró por la hendidura del techo. La luz se posó en los hombros huesudos, se reflejó en las miradas humanas semejantes a miradas de gatos monteses. Rishik distribuyó el pan seco y partió los arenques en diecisiete pedazos. Escuchaba cómo se les hacía la boca agua. El buen humor del festín avivó el hermoso rayo de luna. «¡Qué bien!», exclamó el que llamaban el Evangelista porque unos campesinos bautistas o menonitas lo habían adoptado por un tiempo (más tarde se les deportó también a ellos). Ronroneaba de satisfacción, tumbado a todo lo largo sobre el piso de

metal. La luz cenicienta se posaba sobre su frente; debajo, Rishik veía brillar sus pequeñas pupilas sombrías. El Evangelista contó una buena historia de traslados: Gricha el Picado, chiquillo de Tiumén, murió así, sin decir nada, hecho una bola en su rincón. Los otros no se dieron cuenta hasta que comenzó a oler mal y decidieron no decir nada el mayor tiempo posible para repartirse su ración de víveres. El cuarto día, ya aquello no se podía aguantar, ipero qué banquetazo, había que ver, caray!

Kot el Gato, el Chulo, con la nariz respingada, la boca abierta sobre los dientes de pequeño carníero, estudiaba a Rishik con benevolencia y trató de adivinar: «Tío, ¿eres ingeniero o enemigo del pueblo?».

—¿Y a qué le llamas tú enemigo del pueblo, a ver?

Las respuestas salieron de un silencio incómodo. «Los que descarrilan trenes... Los agentes del Mikado... Los que empiezan incendios subterráneos en los Doniets... Los asesinos de Kirov... Ellos envenenaron a Máximo Gorki...». «Yo conocí a uno, el presidente de un *koljoz*: hacía morir a los caballos echándoles un sortilegio... Conocía trucos para traer la sequía...». «Yo también, yo conocí uno, un crápula, dirigía la colonia penitenciaria y revendía raciones en el mercado...». «Yo también, yo también...». Todos conocían a esos miserables que eran responsables, enemigos del pueblo, ladrones, torturadores, promotores de la hambruna, expoliadores de condenados, es justo que los fusilen, no es suficiente que los fusilen, habría que sacarles antes los ojos, arrancarles los testículos con una cuerda como hacen los coreanos, «yo les haría el telégrafo, un ojal aquí, ¿ves, Murlyka?, en medio del vientre y les agarras los intestinos, se desenrollan así como una bobina, los cuelgas del techo, hay metros y metros, hay demasiado, el tipo patalea y tú le dices que telegrafíe a su padre y a su madre, que el diablo se los achicharre...». Se animaban con la idea estimulante de los suplicios y se olvidaban de Rishik, ese viejo pálido de mandíbula cuadrada que los escuchaba con el gesto endurecido.

—Hermanitos —dijo al fin Rishik—, yo soy un viejo combatiente de la guerra civil y les digo que se ha hecho correr mucha sangre inocente...

Un coro discordante le respondió en la oscuridad apuñalada por el claro de luna: «En cuanto a la sangre inocente, es verdad, es cierto...». Más que cerdos, habían conocido víctimas. Y algunas veces los cerdos eran, ellos

mismos, víctimas, ¿cómo entenderlo? Discutieron hasta muy tarde en la noche, cuando el rayo de luna desapareció dentro del cielo inocente; discutieron sobre todo entre ellos, porque Rishik se acostó, con la cabeza sobre su chaqueta, y se durmió. Los cuerpos huesudos se le acercaron. «Eres grande, estás vestido, tienes calor...». El sueño del bosque lunar terminó por penetrar en ese viejo hombre y en esos niños grandes con una calma de tal manera vasta que parecía curar todos los males.

Rishik rodaba de prisión en prisión, tan fatigado que no conseguía ya reflexionar. «Soy una piedra arrastrada por un torrente sucio...». ¿Dónde terminaba en él la voluntad; dónde comenzaba la indiferencia? Débil, a punto de llorar en algunos negros momentos: eso es ser viejo, las fuerzas se escapan, la inteligencia parpadea como esas lámparas amarillas que los ferroviarios pasean a lo largo de las vías en estaciones desconocidas... Las encías dolientes denunciaban un comienzo de escorbuto, las articulaciones lo hacían sufrir, estaba penosamente entumecido luego del reposo, su gran cuerpo estaba tieso por el anquilosamiento. Diez minutos de caminata lo extenuaban. Encerrado en un barracón, en medio de cincuenta larvas humanas que eran unos campesinos llamados «colonos especiales» y algunos reincidentes, se puso casi contento cuando le robaron su gorra de piel y su chaqueta. La chaqueta traía el reloj de los bordes del silencio. Rishik salió de ahí con las manos en los bolsillos y la cabeza desnuda, amargamente erguido. ¿No era acaso que no esperaba ya nada más que el momento de escupirles su desprecio en la cara, por última vez, a algunos anónimos subtorturadores que ni siquiera valían el esfuerzo? ¿Acaso iba perdiendo incluso ese encarnizamiento inútil? Policías, carceleros, investigadores, altos funcionarios, todos arribistas llegados a última hora, ignaros con el cerebro atestado de fórmulas hechas, ¿qué sabían ellos ya de la revolución? Ningún lenguaje común le quedaba con esta escoria; y los escritos desaparecían en los archivos secretos, que no se abrirían hasta que la tierra, sacudida en lo hondo de sus entrañas, se hundiera bajo los palacios gubernamentales. ¿Qué falta haría el último grito del último opositor aplastado bajo esta maquinaria como un conejo debajo de un tanque? Soñaba estúpidamente

con una cama, con mantas, un edredón, un cojín para la nuca, esas cosas que existen. ¿Qué cosa mejor ha inventado nuestra civilización? El socialismo, incluso, no aportará nada al perfeccionamiento de la cama. Tumbarse, dormir, no soñar más... Todos los otros han muerto, ¡todos! ¿Cuánto tiempo le hará falta a este país para que nuestro nuevo proletariado comience a tomar conciencia de sí mismo? Imposible forzar su maduración. No se apresura la germinación de los granos en la tierra. Por el contrario, puede uno matarlos, pero no se puede (es una certeza confortante) ni matarlos en todas partes ni matarlos para siempre, ni matarlos por completo...

Las pulgas lo atormentaban. Se miraba a sí mismo en las puertas de cristal de los vagones, semejante a un viejo vagabundo aún bastante sólido... Un suboficial y varios soldados de pesadas botas lo vigilaban en un compartimento de tercera clase. Estaba feliz de ver gente. La gente no lo notaba: ¡se ven tantos prisioneros! Ese podía ser un gran criminal, puesto que lo escoltaban de esa manera; sin embargo no tenía el aire de tal: ¿sería un creyente, un sacerdote, un perseguido? Una campesina que llevaba un niño le pidió al suboficial permiso para ofrecerle al prisionero leche y huevos, porque se le veía enfermo: —Lo haré de modo cristiano, ciudadano.

—Está estrictamente prohibido, ciudadana —dijo el militar—, hágase a un lado, ciudadana, o la haré bajar del tren...

—Se lo agradezco infinitamente, camarada —dijo Rishik a la campesina, con una voz grave y fuerte que hizo voltear la cabeza a todos en el pasillo.

El suboficial, completamente ruborizado, intervino: —Ciudadano, está rigurosamente prohibido dirigirle la palabra a quien sea...

—Me importa un comino —dijo apaciblemente Rishik.

De la litera superior, uno de los soldados acostados le echó a Rishik una manta. Se armó una gran confusión y cuando Rishik se deshizo de la manta pudo ver que habían hecho evacuar el pasillo. Tres soldados obstruían la entrada del compartimento. Lo miraban con furor y con terror. Muy cerca, el suboficial, atento, escrutaba sus menores movimientos, listo para saltar sobre él para amordazarlo, para esposarlo, ¿para matarlo, acaso?, a fin de que no pronunciara ni una sola palabra.

—Imbécil —le dijo Rishik a la cara, sin cólera, con un deseo de reírse que

la náusea apagó.

Tranquilamente acodado en la ventana, contempló la huida de las tierras. Grises y estériles al principio, no lo eran en realidad porque aquí y allá se notaban los primeros retoños verdes del trigo. Más allá de los horizontes, las planicies estaban sembradas con granos de oro vegetal, débiles pero invencibles. Hacia la noche, aparecieron chimeneas a lo lejos, bajo negras humaredas. Una gran fábrica aparecía iluminada como por brasas enrojecidas; estaban en la región industrial de los Urales. Rishik reconoció los perfiles de las montañas. «Pasé por aquí a caballo en 1921 y estaba desierto... Qué gusto, qué gusto...». La pequeña prisión del lugar era limpia, estaba bien iluminada, pintada en el interior de color verde agua, como un lazareto. Rishik se dio un baño y recibió ropas limpias, cigarrillos, una comida caliente, pasable... Su cuerpo experimentaba las menudas alegrías independientemente de su espíritu: el gusto de tomar la sopa caliente y de hallar en ella un sabor de cebolla, el gusto de limpiarse, el de tumbarse cómodamente en un jergón nuevo... «Bueno», murmuraba la inteligencia, «henos aquí, última etapa...». Le esperaba una gran sorpresa. La celda débilmente iluminada en la que se le instaló contenía dos camas y en una de ellas alguien dormía. Con el ruido de los cerrojos, el durmiente se despertó. «Seas bienvenido», dijo amablemente.

Rishik se sentó sobre la otra cama. Los dos presos se miraron en la penumbra con una inmediata simpatía. «¿Político?», preguntó Rishik. «Como usted, querido camarada», respondió el durmiente despertado. «Lo adivino, he adquirido un olfato infalible en esta materia... ¿Confinamiento solitario de Verjne-Uralsk, de Tobolsk, quizá de Suzdal o de Yaroslavl? Uno de los cuatro, estoy seguro; después de eso, el Extremo Norte, ¿no es cierto?». Era un hombre pequeño, de barbita, cuya cara arrugada parecía una manzana cocida, pero iluminada por unos ojos inteligentes de lechuza. Sus largos dedos de hechicero jugaban con la manta... Rishik movió la cabeza en señal de asentimiento, dudando un poco en entrar en confianza. «¡Me lleva el diablo! ¿Cómo le ha hecho usted para seguir con vida?».

—No sé nada en realidad —dijo Rishik—, pero no creo que dure mucho tiempo.

El hombre de la barbita tarareó:

Breve es la vida como la ola...
Dame ese vino que me consuela...

»En realidad, toda esta desagradable historia no es tan breve como se dice... Permítame presentarme: Makarenko, Boguslav Petróvich, profesor de química agrícola en la Universidad de Jarov, miembro del partido desde 1922, expulsado en el 34 (desviación ucraniana), suicidio de Skrypnik, etcétera.

Rishik se presentó a su vez:... «Antiguo miembro del Comité de Petrogrado, antiguo miembro suplente del CC... oposición de izquierda...». Las mantas del de la barbita hicieron un movimiento como de alas, saltó fuera de la cama en camisola, su cuerpo era del color de la cera, tenía las piernas peludas. Risas y lágrimas estremecían su carita ridícula. Gesticuló, estrechó a Rishik, se separó, volvió a él, terminó por detenerse en medio de la estrecha celda, agitado como un títere.

—¡Usted! ¡Fenomenal! Se comentaba su muerte el año pasado en todas las prisiones... Una huelga de hambre... Yo lo leí: no estuvo nada mal, no... ¡Usted! ¡Ah, caray! Bueno, ¡lo felicito! Es formidable.

—Hice una huelga de hambre, en efecto —dijo Rishik—, y he cambiado de idea en la penúltima hora porque creí que la crisis del régimen iba a llegar... No quería desertar.

—Naturalmente... ¡Magnífico! ¡Fenomenal!

Makarenko, con los ojos empañados, encendió un cigarrillo, tragó el humo, tosió, caminó con los pies desnudos sobre el cemento.

—No he tenido más que un encuentro tan extraordinario como este, en la prisión de Kansk. Un viejo trotskista, figúrese, que llegaba de un confinamiento solitario y que no sabía nada de los procesos ni de las ejecuciones, que ni siquiera se lo imaginaba, ¿se lo figura usted? Me pidió noticias de Zinoviev, de Kamenev, de Bujarin, de Stetski... «¿Escriben? ¿Se les permite colaborar en la prensa?». Al principio le dije: «Sí, sí»; no quería fastidiarlo. «¿Qué escriben?». Me hice el idiota, usted sabe: le dije que teoría, qué sé yo... Al final le dije: «Domine sus nervios, estimado camarada, y no me crea loco: Todos están muertos, todos fusilados, del primero al último, y han confesado». «¿Qué es lo que han podido confesar?...».

Empezó a acusarme de mentiroso y de provocador, incluso me saltó al cuello. ¡Ah, Dios mío, qué día! Unos días más tarde, lo fusilaron a él mismo, felizmente, por una orden telegráfica del Centro. Todavía siento alivio por él, pensándolo bien... Pero usted, ¡es fenomenal!

—Fenomenal —repitió Rishik, pegado al muro, sintiendo de repente que la cabeza le pesaba.

Sintió estremecimientos. Makarenko se envolvió en su manta. Sus largos dedos jugueteaban con el aire.

—Nuestro encuentro es inaudito... Un descuido inconcebible de los servicios, un logro fantástico mandado por los astros... los astros desequilibrados. Vivimos un Apocalipsis del socialismo, camarada Rishik... ¿Dígame por qué está usted vivo, por qué lo estoy yo? ¿Por qué? ¡Magnífico, maravilloso! Uno quisiera vivir un siglo para comprender por fin...

—Yo comprendo —dijo Rishik.

—Las tesis de la izquierda, claro... Marxista; yo también. Pero cierre un momento los ojos: escuche la tierra, escuche sus nervios... ¿Cree usted que digo tonterías?

Rishik descifró en el fondo (era quizás el único en el mundo que podía hacerlo y eso le daba una angustiosa sensación de vértigo) los jeroglíficos impresos a hierro en la carne misma de este país. Sabía casi de memoria los informes falsificados de los tres grandes procesos; conocía todos los detalles conocibles de los procesos menores de Jarkov, de Sverdlovsk, de Novosibirsk, de Tashkent, de Krasnoyarsk, desconocidos para el resto del mundo. Entre los cientos de miles de líneas de los textos publicados, recargados de mentiras innumerables, discernía otros jeroglíficos también sangrantes pero implacablemente claros. Y cada jeroglífico era humano: un nombre, una cara humana de expresiones cambiantes, una voz, una historia vivida a lo largo de un cuarto de siglo y más todavía. Tal réplica de Zinoviev en el proceso de agosto del 36 se relacionaba con una frase pronunciada en el 32 en el patio de un confinamiento solitario, con un discurso lleno de sobreentendidos, cobarde en apariencia, tenaz y con una tortuosa y calculadora devoción, pronunciado en el Comité Central en el 26; y estas ideas se relacionaban con tal declaración del Presidente de la Internacional hecha en el 25, con tal moción de mesa del año 23 sostenida durante la

primera discusión acerca de la democratización de la dictadura... Más allá, el hilo de la idea se remontaba al XII Congreso, a la discusión sobre el papel de los sindicatos en el año 20, a las teorías sobre el comunismo de guerra, debatidas por el Comité Central durante la primera hambruna, a las divergencias de la víspera y del día siguiente de la insurrección, a pequeños artículos que comentaban las tesis de Rosa Luxemburgo, las objeciones de Yuri Martov, la herejía de Bogdanov... Si hubiera reconocido en sí mismo el menor sentido poético, Rishik se hubiera embriagado con el espectáculo de ese poderoso cerebro colectivo, semejante a millares de cerebros listos para cumplir su labor durante un cuarto de siglo, destruido ahora en unos cuantos años por el contragolpe de su victoria misma y no reflejado acaso más que en su espíritu solitario, como en un espejo de miles de facetas... Todos esos cerebros extinguidos, con los rostros desfigurados y embadurnados de sangre. Las ideas mismas se convulsionaban en una danza macabra, los textos significaban de pronto lo contrario de lo que decían, una demencia se llevaba a los hombres, a los libros, a la historia que se creía hacer y no era más que aberración y bufonería. Este se golpeaba en el pecho gritando: He sido pagado por el Japón. Este otro se lamentaba: Quise asesinar al jefe que adoro. Y este otro los acompañaba diciendo: ¡Vamos!, con un despectivo alzar de hombros, y abría cien ventanas de un solo golpe sobre el mundo asfixiado... Rishik hubiera podido hacer un repertorio detallado, anecdotico, biográfico, bibliográfico, ideológico, con documentos anexos y fotografías de apoyo, para quinientos fusilados, trescientos desaparecidos. ¿Qué podía agregar un Makarenko a esa visión perfecta? Mientras guardó la menor esperanza de sobrevivir y ser útil, Rishik había continuado su investigación. Por costumbre preguntó: «¿Qué ha pasado en las prisiones? ¿A quiénes ha encontrado usted? Cuénteme, camarada Makarenko...».

—... Las fiestas del 7 de noviembre y del Primero de Mayo se acabaron poco a poco en el curso de esos años negros. Una evidencia mortal iluminaba las prisiones como un reflejo de salvas en la aurora. Sabes de los suicidios, las huelgas de hambre, las cobardías finales (inútiles) que eran también suicidios. Uno se abría las venas con clavos, otro tragaba el vidrio de las botellas rotas, otro más se lanzaba al cuello de los guardias para ser

abatido, tú sabes, tú sabes. La costumbre de nombrar a los muertos en los patios de los confinamientos solitarios. En vísperas de los grandes aniversarios, el círculo de los camaradas se formaba durante el desfile; una voz ronca por la tensión y el desafío decía los nombres, los más grandes al principio, los otros por orden alfabético, y había para todas las letras del alfabeto, y cada uno de los presentes respondía a cada nombre: «¡Muerto por la revolución!», luego se comenzaba a cantar el himno a los muertos «gloriosamente caídos en la lucha sagrada»; rara vez se podía cantar completo, porque los vigilantes, alertados, acudían como perros furiosos, todos hacían una cadena tomándose de los brazos para recibirlos, y en la refriega, fundidos los unos con los otros bajo los golpes y las injurias; a veces bajo el agua congelada de las bombas de incendio, los camaradas seguían cantando: «¡Gloria a ellos, gloria a ellos!».

—Basta —dijo Rishik—, ya me imagino lo que sigue.

—Estas manifestaciones se acabaron en dieciocho meses, aunque las prisiones estaban más atestadas que antes. Los que mantenían la tradición de las viejas luchas iban a parar bajo tierra o a Kamchatka, nunca se sabía con precisión; algunos sobrevivientes se perdían en las nuevas multitudes. Había incluso manifestaciones contrarias, los presos gritaban: «¡Viva el partido, viva nuestro jefe, viva el Padre de la Patria!». Los bañaban también con agua helada: nada ganaban.

—Y ahora, ¿las prisiones se callan?

—Meditan, camarada Rishik.

Rishik formuló «conclusiones teóricas», la principal de las cuales era «no perder la cabeza, no dejar falsear nuestra objetividad marxista por esta pesadilla».

—Evidentemente —dijo Makarenko, con un tono que quería decir, acaso, lo contrario.

—Primero: A pesar de su regresión interna, nuestro Estado sigue siendo en el mundo un factor de progreso, porque constituye un organismo económico superior a los viejos Estados capitalistas. Segundo: Sostengo que, a pesar de las peores apariencias, ninguna asimilación entre nuestro Estado y los regímenes fascistas está permitida. El terror no basta para determinar la naturaleza de un régimen: son las relaciones de propiedad lo que

esencialmente importa. La burocracia, dominada por su propia policía política, está obligada a mantener el régimen económico establecido por la Revolución de Octubre de 1917; no puede menos que acrecentar una desigualdad que se convierta, en contra de ella, en un factor de la educación de las masas... Tercero: El viejo proletariado revolucionario concluye con nosotros. Un nuevo proletariado de tronco campesino se forma en las nuevas fábricas. Le hace falta tiempo para llegar a un cierto grado de conciencia y sobreponerse por propia experiencia a la educación totalitaria. Hay que temer que la guerra interrumpa su desarrollo y libere las confusas tendencias contrarrevolucionarias del campesinado... ¿Estás de acuerdo, Makarenko?

Makarenko, acostado, se alisaba nerviosamente la barbita. Sus ojos de pájaro nocturno dejaban traslucir una oscuridad fosforescente.

—Naturalmente —dijo—, en conjunto... Rishik, te doy mi palabra de honor de que nunca te olvidaré... Oye, hace falta que trates de dormir algunas horas...

Sacado del sueño al despuntar el día, Rishik tuvo algunos instantes para decirle adiós a su compañero de una noche; se besaron en la boca. Un destacamento de tropas especiales rodeó a Rishik en la plataforma del camión, para que nadie pudiera verlo, pero nadie pasaba por la avenida. En la estación, un vagón excelente de los servicios penitenciarios lo esperaba. Comprendió que probablemente estaba en la gran línea que iba a Moscú. La canasta de víveres que le habían puesto en el asiento contenía alimentos de lujo, olvidados hacía mucho: salchichón y queso blanco. Estos víveres absorbieron completamente a Rishik, porque tenía mucha hambre, sus fuerzas se iban. Decidió nutrirse lo menos posible, nada más lo suficiente para sostenerse; y por gula, no comer más que los alimentos más apreciables. Acostado sobre la madera, en medio del traqueteo rítmico del tren, los saboreó pensando sin temor alguno, más bien con alivio, en morir muy pronto. Fue un viaje reposado. De Moscú, Rishik no entrevió más que una estación de carga en la noche. Lámparas de arco iluminaban a lo lejos la madeja de las vías del tren; un vago halo rojo cubría la ciudad. El vehículo

celular siguió por las calles dormidas; Rishik no escuchaba más que el ruido del motor, la pelea tristona de dos borrachos, el carrillón fantástico de un reloj que dejó caer en el silencio algunas notas musicales conmovedoras. Las tres de la mañana. Reconoció, en su atmósfera indefinible, uno de los corredores de la prisión de Butirky. Se le hizo entrar en un pequeño edificio remozado, luego en una celda pintada de gris hasta la altura de un hombre, igual que en el antiguo régimen. ¿Por qué? La litera tenía sábanas, la bombilla eléctrica del techo proyectaba una luz sin fuerza. No es nada: no es más que la verdadera Orilla de la Nada...

Llamado desde por la mañana al interrogatorio, no tuvo más que dar algunos pasos en el corredor. Las puertas de las celdas vecinas estaban abiertas: edificio desocupado. En una de las celdas, amueblada con una mesa y tres sillas, Rishik reconoció de inmediato a Zvéryeva, a quien conocía desde hacía más de veinte años, desde la Cheka de Petrogrado, el complot Kaas, el caso Arkadi, las batallas de Pulkovo, los asuntos comerciales del principio de la NEP. ¿Esta histérica llena de astucia y de apetitos insatisfechos sobrevivía, entonces, solitaria, a tantos hombres valientes? «Debí suponerlo», pensó Rishik. «¡Lo que faltaba!». Esto lo hizo sonreír torcidamente, sin saludar. Al lado de ella, había una cabeza redonda de cabellos grasos cuidadosamente partidos. «¿La joven canalla administrativa que te controla, vieja puta de los verdugos?». Rishik no dijo nada, se sentó, los miró a la cara con calma.

—Me ha reconocido usted, creo —dijo Zvéryeva con una voz dulce, con una especie de tristeza.

Encogimiento de hombros.

—Espero que su traslado no se haya hecho en muy malas condiciones... He dado órdenes. El Politburó no olvida su hoja de servicios...

Nuevo encogimiento de hombros, menos acentuado.

—Consideramos que su tiempo de deportación ha concluido...

Él no se movió. Tenía una expresión irónica.

—El partido espera de usted una actitud valiente, que lo salvará...

—¿Cómo no le da vergüenza? —dijo Rishik con asco—. Mírese en un espejo esta noche, estoy seguro de que va a vomitar. Si pudiera uno morirse de vomitar, usted se moriría...

Había hablado en voz baja: una voz que salía de la tumba. Blanco, pálido, débil como un gran enfermo y duro como un árbol viejo herido por el rayo. Para el alto funcionario aniñado de la cabeza grasosa, no tuvo más que una mirada de través, un fruncimiento despectivo de la nariz.

—Me equivoco al enfadarme, ustedes no valen la pena de eso. Ustedes están por debajo de la vergüenza. Ustedes valen apenas la bala del proletariado que los ha de fusilar un día si sus amos no los liquidan antes, mañana, por ejemplo...

—En su interés, ciudadano, le ruego moderarse. Aquí, la vehemencia y el insulto no le servirán de nada. Yo cumple con mi deber. Una acusación capital pesa sobre usted, le ofrezco los medios para disculparse...

—Basta. Tome bien nota de esto. Estoy irrevocablemente decidido a no embarcarme con usted en ninguna conversación, a no responder a ningún interrogatorio. Es mi última palabra.

Miró hacia otra parte: el techo, la nada. Zvéryeva se aseguró de la corrección de su peinado. Gordéyev sacó un elegante estuche de cigarrillos laqueado en el que se veía una troika corriendo sobre la nieve y se lo tendió a Rishik.

—Ha sufrido usted mucho, camarada Rishik, nosotros lo comprendemos...

Una mirada tal de desprecio le respondió, que perdió la compostura, guardó su estuche, consultó con los ojos a Zvéryeva, que se veía desamparada. Rishik le sonrió a medias, tranquilamente insultante.

—Tenemos los medios para hacer hablar a los criminales más endurecidos...

Rishik dejó caer sobre el suelo un pesado escupitajo, se levantó murmurando para sí mismo con voz lo bastante alta: «¡Qué asquerosa canalla!», les dio la espalda, abrió la puerta, les dijo a los tres hombres del servicio especial que ahí estaban: «¡A la celda!», y volvió a su celda.

Una vez que salió, Gordéyev inició la ofensiva de inmediato. «Debió usted preparar el interrogatorio, camarada Zvéryeva...». Declinaba así toda responsabilidad por ese fracaso. Zvéryeva examinaba estúpidamente el borde de sus uñas pintadas. ¿La mitad del proceso se iba por tierra? «Con la autorización de ustedes», dijo ella, «yo lo quebraré. No tengo ninguna duda

sobre su culpabilidad. Su actitud misma...». Estas palabras pusieron a Gordéyev de nuevo ante su responsabilidad. «Si no me dan carta blanca para reducir a ese acusado que nos es tan necesario, serán ustedes los que entorpezcan el proceso...». «Veremos», murmuró Gordéyev, evasivamente.

Rishik se echó sobre la cama. Temblaba todo. Sentía su corazón oscilar pesadamente en el pecho. Ideas deshilvanadas, semejantes a jirones desgarrados por un gran incendio, y pedazos de razonamientos rotos cuyas orillas brillaban por instantes y le hacían daño rodaban bajo su cráneo sin que sintiera la necesidad de poner todo en orden. Todo había sido sondeado, sopesado, concluido, terminado. Esta tempestad interior se alzaba a pesar de él. Comenzó a apaciguararse cuando descubrió, sobre la mesa, la pitanza del día, el pan negro, la escudilla de sopa, dos pedazos de azúcar... Tenía hambre. Tentado de levantarse para oler la sopa, coles agrias y pescado, sin duda, se contuvo. Le entró el deseo de comer por última vez, ¡por última vez! Estaría bien... No. Controlarse. Fue gracias a este movimiento que halló de nuevo el completo dominio de sí mismo y que la decisión se aclaró en él, definitivamente. La piedra se desliza sobre un declive del suelo, llega al borde del precipicio y ahí cae: no existe ninguna proporción entre el ligero golpe que le da el impulso y la profundidad de su caída. Calmado, Rishik cerró los ojos para reflexionar. Varios días pasarían probablemente antes de que esos cerdos pusieran sus intenciones en claro. ¿Cuánto tiempo tendría él? A los treinta y cinco años, se puede aún desplegar una cierta actividad entre los días quince y dieciocho de una huelga de hambre, a condición de beber varios vasos de agua diarios. A los sesenta y seis años, en mi estado actual —subalimentación crónica, desgaste, voluntad de no resistencia— en una semana entrará en la última fase... Sin bebidas, la huelga de hambre es mortal en seis o diez días, pero extremadamente difícil de sostener desde el decimotercero, a causa de las alucinaciones. Rishik decidió beber para sufrir menos y conservar su lucidez; pero beber lo menos posible, para abreviar. Lo difícil sería burlar la vigilancia de los guardias para hacer desaparecer los alimentos. Evitar a toda costa los procedimientos repugnantes de la alimentación por sonda... La caja de agua

del escusado funcionaba bien; Rishik no experimentó ninguna dificultad más que para destruir el pan, que había que desmigajar, y se tardaba un poco; el aroma del centeno fermentado le subía a la nariz, la sensación de esa pasta que era la vida misma le entraba por los dedos, hasta los nervios. En unos pocos días, sería una debacle difícil de sobrellevar para los dedos debilitados y para los nervios, una prueba cada vez más penosa. Pensar que la inmunda Zvéryeva y el otro canalla de los cabellos grasos no habían previsto esto: Rishik se carcajeó de gusto. Y el guardia de servicio, que tenía orden de observarlo cada diez minutos por el ojo de buey de la puerta, vio su cara blanquecina toda iluminada por una gran carcajada y le transmitió al instante su informe al subjefe del pasillo II: «El prisionero de la Celda 4, acostado de espaldas, se ríe y habla solo...». Por costumbre, uno se queda acostado durante las huelgas de hambre: cada movimiento exige un gasto de fuerzas... Rishik resolvió caminar lo más que pudiera.

No había una sola inscripción en las paredes recién pintadas. Rishik hizo venir al subjefe del corredor para pedirle libros. «En seguida, ciudadano». Luego, ese mismo subjefe regresó a decirle: «Va a hacer falta que le haga una petición al juez de instrucción en su próximo interrogatorio...». «No voy a leer ya nada», pensó Rishik, asombrado de que su adiós a los libros fuera algo tan indiferente. Lo que haría falta hoy serían libros fulgurantes, llenos de un álgebra histórica irrefutable, plenos de acusaciones sin piedad, libros que juzgaran este tiempo: cada libro debería ser de una implacable inteligencia, impreso con fuego puro. Esos libros nacerán más tarde. Rishik quiso rememorar los libros ligados para él a la sensación de la vida. El papel grisáceo de los periódicos, con su sosa machaconería, no le dejaba más que un recuerdo de insipidez. Desde un pasado muy lejano le llegó con intensidad la imagen de un joven ahogándose en su celda: se alzaba cogido de los barrotes de la ventana y veía entonces tres filas de ventanas enrejadas sobre una fachada amarilla, un patio en el que otros prisioneros cortaban leña, un cielo precioso que se hubiera querido beber... Ese lejano prisionero —yo, un yo del que no sé de cierto si está vivo o muerto, un yo más extraño a mí que muchos fusilados del año pasado— recibió un día libros que lo hicieron renunciar con alegría al llamado de los cielos: la *Historia de la civilización* de Buckle y los *Cuentos populares bienpensantes*

que hojeaba con irritación. Hacia la mitad del libro el tipo de imprenta cambiaba y el libro se volvía el *Materialismo histórico* de George Valentinovich Plejánov. Hasta entonces, así le parecía, ese muchacho no había sido más que vigor elemental, músculos listos tensados por el esfuerzo, instintos; se sentía semejante a un potro en los campos; y la calle sórdida, el taller, las multas, la falta de dinero, los zapatos agujereados, la prisión, lo habían tenido como un animal atado a un poste. Súbitamente se descubría una nueva capacidad de vivir que rebasaba inexpresablemente lo que se llama comúnmente la vida. Releía las mismas páginas midiendo la celda con sus pasos, tan feliz de comprender que hubiera querido correr y gritar; le escribió a Tania: «Perdóname si me quiero quedar aquí para poder terminar estos libros. Ya sé al fin por qué te amo...». ¿Qué es pues la conciencia? ¿Aparece ella en nosotros como una estrella en el cielo blanco del crepúsculo, invisiblemente, innegablemente? Él, que la víspera vivía en medio de la niebla, veía ahora la verdad. «Eso es, es el contacto con la verdad». La verdad era simple, estaba cerca como una muchacha que se toma en los brazos diciéndole: «Querida» y de quien se descubre los ojos límpidos en los que se mezclan la luz y la sombra. Tenía la verdad para siempre. En noviembre del 17, otro Rishik —¿y sin embargo el mismo?— fue a requisar, a nombre del partido, con la guardia roja, una gran imprenta de Vassili-Ostrov. Ante las poderosas máquinas que hacen los libros y los periódicos, exclamó: «¡Bueno, camaradas, el tiempo de la mentira ha terminado! ¡Los hombres no imprimirán más que la verdad!». El propietario de la imprenta, un gran señor pálido de labios amarillos, dijo maliciosamente: «Los desafío a hacerlo, señores», y Rishik tuvo ganas de matarlo ahí mismo, pero nosotros no traímos la barbarie, nosotros terminaríamos con la guerra y los asesinatos, nosotros traímos la justicia proletaria. «Lo veremos, ciudadano; sépase, en todo caso, que los señores se acabaron para siempre...». El hombre que era en esa época rebasaba los cuarenta años, edad pesada para la gente de trabajo, pero se sentía de nuevo un adolescente: «La toma del poder», decía, «nos rejuvenece veinte años».

Los tres primeros días que pasó sin alimento no le hicieron casi sufrir. ¿No bebía demasiado? El hambre no era más que un tormento visceral que

él medía con desapego. Las migrañas lo obligaban a permanecer acostado, luego pasaban; pero los vértigos lo pegaban bruscamente al muro cuando caminaba. Sus orejas se llenaron con un rumor de mar en una caracola. Soñaba más que pensaba; no soñaba ni pensaba en la muerte, a no ser de una manera irrisoriamente superficial. «Concepto puramente negativo, el signo menos; la vida sola existe...». Era evidente, era vertiginosamente falso. Estúpidos la evidencia y el vértigo... Tenía frío, acostado debajo de las mantas y el grueso manto de invierno: «Es el calor de la vida que se va...». Se estremeció largo rato, presa de un temblor de hoja en la tormenta; no, era más bien un temblor electrizado, ding-ding-ding-ding... Grandes brillos de colores, como auroras boreales, le llenaban los ojos; veía también luces oscuras, con franjas de fuego: resplandores, discos, planetas extinguidos... ¿Acaso el hombre puede entrever muchas cosas misteriosas cuando la materia de su cerebro comienza a descomponerse? ¿No está hecha de la misma sustancia que los mundos? Un suntuoso calor penetraba sus miembros, se levantaba, economizando sus movimientos, para triturar entre los dedos, cuyas articulaciones le dolían, el centeno negro que había que destruir, destruir a toda costa, camarada, a pesar de su olor enloquecedor.

Llegó el día en que ya no tuvo fuerzas para levantarse. Las mandíbulas se le desencajaban, a punto de reventarse como un absceso; eso sería un alivio: reventar como una gran burbuja de carne, una gran burbuja de jabón transparente en la cual reconocería su cara, un ridículo sol sonriente. Las glándulas debajo de las orejas se le hincharon dolorosamente, como una caries... Llegaba una enfermera; lo llamaba afectuosamente por su nombre de antaño y él se incorporaba para ahuyentarl; entonces la reconocía: «Tú, tú, pero si estás muerta desde hace mucho y hete aquí, yo soy quien se muere ahora, así ha de ser, querida. Caminemos un poco, ¿quieres?». Paseaban por los muelles del Neva hasta el Jardín de Verano, en medio de la noche blanca. «Tengo sed, querida, una sed increíble... Deliro, pero está bien, con tal de que no se den cuenta muy pronto. Un gran vaso de cerveza, amigo, ¡pronto!». Su mano tendida hacia el vaso tembló de tal manera que el vaso rodó hasta el suelo con un dulce tintineo de campanillas; hermosas vacas con manchas azul y oro, de cuernos transparentes muy abiertos, pastaban en una pradera de Karelia; los abedules crecían de segundo en

segundo, agitando sus follajes que saludaban mejor aún que las manos. ¡He aquí la ribera, he aquí la fuente pura, beban, hermosas bestias! Rishik se acostó sobre la hierba para beber, beber, beber, beber...

—¿Está usted enfermo, ciudadano? ¿Qué tiene?

El vigilante en jefe le ponía la mano sobre la frente; una mano fresca, bienhechora, una inmensa mano de nubes y de nieve... La pitanza del día intacta sobre el suelo, un resto de pan en la taza del escusado, esos enormes ojos brillantes en el fondo de las oscuras ojeras, ese temblor del cuerpo que se comunicaba a la cama, el aliento fétido del prisionero... El vigilante en jefe comprendió instantáneamente (y se vio perdido: ¡qué criminal negligencia en el servicio!): —¡Arjipov!

Arjipov, soldado del batallón especial, entró con paso pesado que resonó en el cerebro de Rishik como paletadas de tierra sobre su tumba. Es curioso, es muy simple estar muerto, ¿pero dónde están los cometas?

—Arjipov, viértale poco a poco agua en la boca...

El vigilante en jefe anunció por teléfono: «Camarada jefe, le tengo un informe: el prisionero 4 se está muriendo...». De teléfono en teléfono, la muerte del prisionero 4, todavía vivo, recorrió Moscú sembrando el pánico por el camino; zumbó en las bocinas telefónicas del Kremlin, se insinuó con una vocecita aguda en los aparatos de la Casa del Gobierno, del Comité Central, del Comisariado del Interior; se anunció con una voz de hombre falsamente segura en una villa rodeada de un silencio idílico en medio de bosques junto al río Moscova; ahí, su murmullo agresivo sobresalió por encima de otros murmullos que informaban de una escaramuza en la frontera chino-mongola y de una avería grave en la fábrica de Cheliabinsk. «¿Se muere Rishik?», dijo el jefe con la voz baja de sus cóleras reprimidas. «¡Ordeno que se le salve!».

Rishik se refrescaba con el agua deliciosa. Era hielo y era sol. Caminaba con un paso aéreo sobre la nieve. «Juntos, juntos», decía alegremente porque los camaradas, todos juntos, se tomaban por los brazos como en los viejos funerales revolucionarios de antaño; los Viejos, los enérgicos, los voluntariosos lo llevaban sobre los témpanos... A sus pies se abría de pronto un barranco geométricamente cortado, como por un relámpago; un agua negra, lisa, estrellada, chapoteaba en el fondo. Rishik gritó: «Camaradas, jen

guardia!». Un dolor desgarrador, también relampagueante, le rodaba por el pecho. Escuchaba cortas explosiones bajo el hielo... Arjipov, soldado del batallón especial, vio la sonrisa del prisionero convulsionarse sobre sus dientes; el castañeteo se detuvo al borde del vaso. La mirada de los ojos delirantes se apagó.

—¡Ciudadano, ciudadano!

Ya nada se movía en el enorme rostro erizado de pelos blancos. Arjipov volvió a poner lentamente el vaso sobre la mesa, dio un paso atrás, presentó armas y se quedó inmóvil de espanto y de piedad.

Nadie le prestó atención cuando acudieron presurosos los grandes personajes: el médico de blusa blanca, un guardia muy muy alto con los cabellos perfumados, una mujercilla en uniforme completamente pálida, sin labios, un viejecillo de gabardina raída al cual el militar mismo, con sus insignias de general, hablaba con la cabeza baja... El médico hizo un gesto amable con el estetoscopio: «Excúsenme, camaradas, la ciencia ya no puede hacer nada...», y tomó un aire ostensiblemente pesaroso pues ya se sentía a salvo: ¿por qué me llamaron tan tarde? Nadie lo supo decir. El soldado Arjipov recordó que, en las iglesias, se canta para los muertos en un tono de súplica: «¡Perdónalo, Señor!». Ateo, como hay que serlo en nuestra época, se reprochó a sí mismo esta reminiscencia, pero el canto litúrgico continuó, a pesar de él, en su memoria. ¿Era aquello tan malo? Nadie lo sabe. «Perdónalo, Señor. Perdónanos». El silencio de la prisión cayó por un momento sobre todo el grupo. Los grandes personajes midieron las consecuencias: las responsabilidades por establecer, la investigación que debía retomarse por otro lado, lo que había que informar al jefe. ¿A quién vincular el proceso Tuláyev?

—¿A cargo de quién estaba el acusado? —preguntó Popov sin mirar a nadie, puesto que lo sabía perfectamente.

—De la camarada Zvéryeva —respondió al alto comisario interino de la Seguridad, Gordéyev.

—¿Lo sometió usted a una visita médica a su llegada, camarada Zvéryeva? ¿Recibía usted informes diarios sobre su estado y su actitud?

—Yo creía... No...

La reprobación de Popov estalló:

—¿Oye usted, Gordéyev, oye usted?

Llevado por su cólera, fue el primero en salir a toda prisa de la celda. Casi corría, débilmente; parecía un gran muñeco, pero era él quien arrastraba al imponente Gordéyev por medio de un hilo invisible. Zvéryeva fue la última en salir. Al pasar delante del soldado Arjipov, sintió que este la miraba con odio.

08

El camino del oro

Desde su regreso de España, Kondratiev vivía en una especie de vacío. La realidad le huía. Su habitación, en el piso catorce de la Casa del Gobierno, estaba abandonada. Los libros se apilaban en un pequeño buró, abiertos, unos sobre otros. Los periódicos desplegados agobiaban el diván sobre el cual se echaba de pronto, con los ojos puestos en el techo, el cerebro vacío y una ligera sensación de pánico en el pecho. La cama parecía siempre deshecha, pero ya no parecía, extrañamente, la cama de un vivo, y a Kondratiev no le gustaba verla, no le gustaba desvestirse para acostarse en ella, no le gustaba dormir, pensar que hay que levantarse mañana, volver a ver el techo blanco, esas cortinas de hotel rico, ese cenicero lleno de cigarrillos a medio fumar, olvidados apenas comenzados, esas fotos en otro tiempo queridas que ya no significaban nada, en pocas palabras... Es asombroso cómo las imágenes se apagan. No soportaba ahí más que la ventana desde donde veía los trabajos de construcción del gran Palacio de los Soviets, la curva del río Moscova, las torres y los edificios superpuestos del Kremlin, los cuarteles cuadrados de las últimas tiranías (antes de la nuestra), los bulbos de las viejas iglesias, la torre blanca de Iván el Terrible... La gente caminaba siempre junto al río, un coche de funcionario rebasaba un viejo carromato de ladrilleros del siglo pasado; estos movimientos de hormigas ocupadas, con los animales y los motores, le intrigaban. Estas hormigas, ¿se imaginan entonces que tienen algo que hacer, que sus pequeñas existencias tienen un sentido? ¿Otro sentido aparte de la estadística? ¿Pero qué me sucede para tener estas ideas enfermizas? ¿No he vivido conscientemente, con firmeza? ¿Me estoy volviendo un neurótico? Sabía muy bien que no se estaba volviendo neurótico; pero no podía escapar del malestar de esta habitación más que mirando por esa ventana. Las torres puntiagudas conservaban su severidad de viejas piedras, el cielo era vasto, la sensación de una ciudad inmensa se imponía como un consuelo. Nada terminaría: ¿qué era un hombre que terminaba? Kondratiev salía, tomaba un tranvía hasta la terminal de un suburbio donde nunca iban los

personajes de su rango, erraba por las pobres calles bordeadas de terrenos vagos y de casas de madera con persianas azules y verdes. Había bombas de agua en las encrucijadas. Sus pasos se demoraban delante de las ventanas, detrás de las cuales parecía reinar una cálida intimidad, porque tenían cortinas limpiecitas, flores sobre el repecho interior, pequeñas cacerolas puestas entre las macetas para que estuvieran al fresco. Si se hubiera atrevido, se habría quedado ahí para ver a la gente; la gente vivía, era curioso, vivía simplemente, ese vacío no existe para ellos, no podían concebir que haya hombres que caminan a través del vacío, tan cerca de ellos, en un mundo del todo diferente, y que no conocerán jamás otros caminos. ¡Pero espabílate, te estás enfermando! Se imponía la faena de aparecerse en el Trust de los Combustibles, puesto que estaba encargado de controlar allí la ejecución de los planes especiales de la Dirección Central de Provisiones del Ejército. Otros hacían ese trabajo y esos otros lo miraban extrañamente, con el respeto acostumbrado, ¿pero por qué había en ellos esta actitud distante y como atemorizada? La secretaria, Tamara Leontievna, entraba muy silenciosamente en la oficina con paredes de vidrio; tenía los labios mudos pintados de un rojo demasiado fuerte, una mirada temerosa: ¿por qué bajaba así la voz al responderle, sin jamás sonreír? Lo atravesó la idea de que quizás él mismo era así, y que su expresión, su frialdad, su angustia (sí, era angustia) se percibían antes que nada en él mismo. ¿Sería contagioso? Fue a mirarse en el espejo del lavabo y se puso frente a sí mismo, sin pensar casi, un largo rato, en una inmovilidad desértica. ¡Es absurdo, en el fondo, cómo nos interesamos por nosotros mismos! Soy este hombre fatigado, esta cara amarillenta, esta boca fea de labios de un rojo oxidado teñido de gris, yo, yo, yo, yo esta apariencia humana, este fantasma carnal... Los ojos recordaban a otros Kondratiev desaparecidos que no le daban remordimientos al de ahora. Era absurdo haber vivido tanto para llegar a esto. ¿Cambiaré mucho cuando esté muerto? Probablemente nadie se toma la molestia de cerrarles los ojos a los fusilados: tendré esta mirada fija para siempre, es decir, por poco tiempo, hasta la descomposición de los tejidos o hasta la cremación. Se encogió de hombros, se lavó las manos enjabonándolas automáticamente, un largo rato, se peinó, encendió un cigarrillo, se olvidó. ¿Qué hago aquí? Fumó delante del espejo, con la mirada

ausente, sin pensar en nada. Regresó a su oficina. Tamara Leontievna lo esperaba ahí, fingiendo leer la correspondencia del día. «Firme, por favor...». ¿Por qué no lo llamaba ni «camarada» ni más amigablemente Iván Nicolaiévich? Ella evitaba su mirada: debía de sentirse incómoda de que él viera sus manos, la desnudez de sus manos finas y simples. No traía las uñas pintadas y las disimulaba detrás de los papeles. ¿No se temía de esa manera la mirada de un muerto? «Pero no esconda usted sus manos, Tamara Leontievna», dijo Kondratiev con humor y se excusó de inmediato, con el ceño fruncido, con un tono brusco: «Quiero decir que me da igual, escóndalas si quiere, perdóneme; no se le puede enviar esta carta a los Hulleros de Malachovo, ¡no es en absoluto lo que le dije a usted que escribiera!». No escuchó las explicaciones de la secretaria, pero respondió con alivio: «Eso es, exactamente, vuelva a escribir las cartas de esa manera...». El asombro de los ojos café que tenía tan cerca, malignamente cerca, interrogadores o espantados, le dio un ligero sobresalto y firmó la carta con un aire de displicencia. «Después de todo, es verdad, está bien... No vendré mañana...». «Entendido, Iván Nicolaiévich», respondió la secretaria con una voz gentil, natural. «Muy bien, Tamara Leontievna», repitió él alegremente y la despidió con un gesto amigable de la cabeza, o por lo menos él tuvo ese sentimiento, pues en verdad su rostro parecía terriblemente triste. Ya solo, encendió un cigarrillo que miró muy atentamente consumirse entre sus dedos, apoyados en la orilla de la mesa.

Los grandes directores lo evitaban, él mismo evitaba a los jefes de servicios siempre preocupados por cosas insignificantes. El presidente del Trust salía de su oficina en el momento en que Kondratiev llamaba al ascensor. Tuvieron que bajar juntos en esa caja forrada de caoba oscura, cuyos espejos multiplicaban sus dos pesadas imágenes. Se hablaron casi como de costumbre, pero el director no le ofreció a Kondratiev un lugar en su coche, se subió en él muy rápido, luego de darle un rápido apretón de manos, tan desagradable que Kondratiev, un instante después, se frotaba las manos para borrar esa sensación. ¿Cómo era posible que ese gordo de cuello porcino lo adivinara? ¿Cómo es que el mismo Kondratiev lo adivinaba? Esta pregunta no suscitó ninguna respuesta razonable, pero él *sabía* y los otros, todos los otros con los que se cruzaba, *sabían* también. En

la conferencia del Instituto de Agronomía, el conferenciente, un joven técnico muy arribista y muy dotado a quien se mencionaba para ocupar la subdirección del Trust de los Bosques del Transbaikal, se evadió discretamente por la puerta del fondo, con toda claridad para no tener que conversar un momento con Kondratiev, de quien había sido protegido. Kondratiev se había sentado solo en un ángulo de la sala y nadie había venido a sentarse junto a él; para evitar los pequeños saludos incómodos de los camaradas, se había retrasado a la salida con los estudiantes: únicamente esas grandes muchachas *no sabían*, evidentemente, le echaban miradas normales, afables, e incluso veían todavía en él a un personaje importante, un viejo del partido; hasta lo admiraban un poco porque, según el rumor, él había estado cerca del jefe, había cumplido una Misión en España, era un hombre de una raza especial, un prisionero del antiguo régimen, un héroe de la guerra civil, con su traje descuidado, una corbata mal anudada, unos ojos fatigados y hermosos (era en verdad un hombre muy apuesto), ¿pero por qué esa chiquilla del Politécnico con quien lo vimos la otra noche en el Gran Teatro lo ha abandonado? Las dos muchachas se lo preguntaban mientras él se alejaba lentamente, con su espalda cuadrada y el paso pesado. «Debe de tener mal carácter», dijo una. «¿Te diste cuenta de las arrugas que tiene en la frente y de su ceño fruncido? Solo Dios sabe lo que trae en la cabeza...». Él no traía en la cabeza más que esa pregunta: «¿Cómo lo saben todos, cómo es que yo soy yo mismo?, pero ¿lo sé verdaderamente, no es que se me lee en el rostro una angustia nerviosa?».

Un autobús lleno de gente que ni siquiera vio lo llevó hacia el parque de Sokolniki. Caminó en medio de la soledad y la noche bajo los grandes árboles fríos, entró en un *cabaret* donde los obreros que parecían maleantes y los pillos que parecían obreros bebían cerveza y fumaban, en medio de las voces de una ruidosa discusión. «Eres un cochino, mi hermano, y me extraña que no estés de acuerdo. Te enojas, de acuerdo, pero yo también soy un cochino...». Del otro lado de la sala, una voz joven gritó: «¡Es cierto, ciudadano!», y el borracho respondió: «Claro que es cierto, todos somos unos cochinos...». El hombre se levantó: era tosco, iba en burdas vestimentas de *coolie* fuera de estación, de pelo rojo, con la frente brillante; tomó del brazo, para irse, a su compañero tambaleante: «Vámonos, viejo,

también es uno cristiano, ahora ya no le rompo el hocico a nadie... Y si ellos no saben quiénes son los cochinos no hay que decírselo para no molestarlos...». Vio a Kondratiev, un extranjero triste y fuerte, vestido a la europea, acodado sobre una mesa húmeda y con la mirada puesta vagamente al frente. El borracho se detuvo, perplejo, y dijo hablándose a sí mismo: «Y este de aquí, ¿también es un cochino? Difícil decirlo... Perdóneme, ciudadano, yo no busco más que la verdad». Kondratiev le mostró los dientes en una media sonrisa divertida: «Yo soy casi igual a ti, ciudadano, pero no es fácil juzgar...». Lo dijo con un tono grave que impresionó a todos. Se sintió demasiado observado, se levantó y se fue. En la noche negra, un tipo sospechoso, de gorra, lo iluminó con una linterna de mano y de pronto le pidió sus papeles; y, ante el salvoconducto del Comité Central, reculó, como para desvanecerse en las tinieblas: «Perdón, camarada, es que el servicio...». «Lárgate», gruñó Kondratiev, «¡y rápido!». El tipo sospechoso, a la orilla del negro absoluto, le hizo el saludo militar llevándose la mano a la altura de su gorra informe. Y Kondratiev, retomando con un paso ligero su caminata por la negra callejuela, entendió dos hechos indiscutibles: que no era posible la duda, no valía la pena revisar las huellas; y que lucharía.

Él sabía, y todos los que se le acercaban debían de saberlo, pues esta sutil revelación emanaba de él; él sabía que un expediente KONDRATIEV, I. N. iba de oficina en oficina, en el dominio ilimitado del secreto más secreto, dejando detrás de sí una inquietud sin nombre. Mensajeros confidenciales dejaban ese sobre sellado en las mesas del Servicio Secreto del Secretario General; manos atentas lo llevaban, lo abrían, anotaban el nuevo documento adjunto para el Alto Comisariado de la Seguridad; el sobre abierto franqueaba las puertas, semejantes a todas las puertas del mundo, en la estrecha región en que todos los secretos se muestran desnudos, silenciosos, a menudo mortales, mortalmente simples. El jefe recorría un momento esos papeles; debía de tener ese rostro viejo de carne gris, la frente estrecha, con profundas arrugas, esos pequeños ojos rojos de mirada angulosa, mirada dura de hombre abandonado. «Estás solo, hermano, absolutamente solo con todos esos papeles emponzoñados que has dado a luz. ¿Adonde te llevan? Tú sabes adonde nos llevan, pero no puedes saber

adonde te llevan a ti. Te ahogarás al final del camino, hermano, me das lástima. Vienen días terribles y estarás solo con millones de rostros mentirosos, solo con tus enormes retratos colgados en las fachadas de los edificios, solo con los espectros de los cráneos perforados a balazos, solo en la punta de esta pirámide de osamentas, solo con este país que ha desertado de sí mismo, traicionado por ti que eres fiel, como nosotros, loco de fidelidad, loco de sospechas, loco de los celos que has reprimido toda tu vida... Tu vida ha sido negra, solo tú te ves casi tal cual eres, débil, débil, débil, enloquecido por los problemas, débil y fiel, y maligno porque eres, debajo de la coraza que jamás abandonarás, con la cual te morirás, tieso a fuerza de voluntad, débil, una nulidad. Este es tu drama. Querrías destruir todos los espejos del mundo para no reconocerte en ellos, nuestros ojos son los espejos y tú los destruyes, has hecho saltar los cráneos para destruir los ojos en los cuales te veías, te juzgabas, tal como eres, irremediablemente... ¿Te molestan mis ojos, hermano? Mírame bien a la cara, deja ahí todos esos papeles fabricados por nuestra maquinaria para destruir hombres. No te reprocho nada, sopeso todas mis faltas, pero veo toda tu soledad y pienso en el mañana. Nadie puede resucitar a los muertos ni salvar lo que se ha perdido, lo que ahora mismo se muere, no podemos detener el deslizamiento hacia el abismo, trabar la máquina. No tengo odio, hermano, no tengo miedo, soy como tú, no tengo miedo más que por ti, a causa del país. No eres ni grande ni inteligente, pero eres fuerte y eres atento como todos los que valen más que tú y que tú has hecho desaparecer. La historia nos juega esta mala pasada: no te tenemos más que a ti. Esto es lo que mis ojos te dicen; puedes matarme y no quedarás sino más desarmado, más solo, más hecho una nulidad, y quizás no me olvidarás, como no has olvidado a los otros... Cuando nos hayas matado a todos, tú serás el último, hermano, el último entre nosotros, el último para ti mismo, y la mentira, el peligro, el peso de la maquinaria que has montado te reventarán...».

El jefe levantó lentamente la cabeza porque todo en él era pesado; no era terrible: estaba viejo, los cabellos se le emblanquecían, tenía los párpados hinchados y preguntaba simplemente, con tono pesado como la armazón de sus hombros: «¿Qué hacer?».

«¿Qué hacer?», repitió Kondratiev, en voz alta, en la noche fresca. Iba a

grandes zancadas hacia un punto rojo suavemente oscilante en medio de la calzada. Las estrellas se asomaban por encima de los edificios de ladrillos de la Plaza Espartaco; a la derecha, la plaza negra con sus árboles enfermos.

«¿Qué hacer, viejo? No te pido confesar... Si tú te pusieras a confesar, todo se vendría abajo. Tal es la manera de sostener un mundo en tus manos: callarte...».

A unos cuantos pasos de la pequeña linterna roja, en una tinaja de alquitrán todavía caliente, sin duda, cabezas desgreñadas se apretaban unas contra otras, cada una con los puntos dorados de los cigarrillos; de ahí llegaba un murmullo de voces agitadas. Kondratiev, con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, se detuvo ante su problema a causa de un cable que impedía el paso y de la linterna que señalizaba las obras callejeras. Veía muy bien, pero no miraba más que dentro de él mismo y mucho más allá de él mismo. En la tinaja caliente, las cabezas se levantaron, vueltas hacia ese paseante que no tenía el aire de un tipo de la milicia, y aparte es bien sabido que esos holgazanes no andan ya fuera a las tres de la mañana. Un borracho entonces, como para vaciarle los bolsillos, así que, Yeromka-el-Malo, es tu turno, tú eres el especialista con estos ciudadanos, tiene facha robusta, así que ten cuidado... Yeromka se irguió completamente, delgado como una chiquilla, pero hecho de acero, con el cuchillo a la cintura listo entre sus harapos, y miró a través de la oscuridad a este hombre de cincuenta y cinco años, de espaldas y mentón cuadrados, bien vestido, que seguía hablándose en voz baja a sí mismo. «¡Hey, tío!», dijo Yeromka con una voz silbante que se escuchaba bien donde tenía que ser escuchada, pero que de inmediato se perdía en la noche. «¿Qué pasa, tío? ¿Andas borracho?». Kondratiev percibió el grupo de niños y dijo alegremente: —¡Hola! ¿No tienen frío?

No está borracho, es extrañamente cordial, tiene un tono seguro: alarmante. Yeromka se separó lentamente de la tinaja y se acercó, cojeando un poco (truco que él inventó para parecer más débil de lo que era; alambre de hierro, deshuesado, títere roto de articulaciones metálicas: hacía pensar en todo eso a la vez). Separados solamente por el cable y la linterna roja, Yeromka y Kondratiev se interrogaron de más cerca en medio de un silencio opaco. «He aquí a nuestros niños, he aquí a nuestros niños abandonados, Iosif, te presento a nuestros niños», pensaba Kondratiev, y eso ponía sobre

sus labios negros una sonrisa negra. «Traen cuchillos entre sus harapos pulgosos, no hemos sabido darles nada más. Yo sé que no es nuestra culpa. Y tú, tú tienes todos los revólveres de tus tropas especiales, tú no has sabido darte nada más tampoco, tú que tenías todas nuestras riquezas entre las manos...». Yeromka lo estudiaba de arriba abajo, con sus ojos de niña peligrosa. Dijo: «Tío, vete, aquí no se te ha perdido nada... Aquí, tenemos la conferencia de los muchachos del barrio, ¿entiendes? Estamos ocupados; vete». «Está bien», respondió Kondratiev, «me voy. Saludos a la conferencia». «Un chiflado», informó Yeromka a los compañeros reunidos en círculo en la tinaja, «no hay nada que temer; sigue, Timocha...». Kondratiev se dirigió hacia las torres de las tres estaciones, la de Octubre, la de Yaroslavl, la de Kazan: la de la Revolución, la de la ciudad donde tuvimos dieciocho fusilados, trescientos cincuenta vencidos de un solo golpe, la de Kazan, donde a bordo de un vapor, con Trotsky y Raskolnikov, incendiamos la flota blanca... Es asombroso cómo hemos sido los victoriosos, cómo es que somos los victoriosos, cómo estamos abandonados y vencidos (Yaroslavl no hacía pensar en nada más que en una prisión secreta), semejantes a esos ladronzuelos que conferencian quizá sobre un crimen o sobre la buena organización de la mendicidad y sobre robos alrededor de las tres estaciones. Pero ellos viven, ellos luchan, ellos tienen razón de mendigar, de matar, de robar, de conferenciar, ellos luchan... Kondratiev se hablaba con calor, gesticulando con la mano abierta: la misma de la tribuna.

Cuando regresó a su casa, los gallos cantaban en los patios lejanos; eso debía de ocurrir en calles de aspecto provinciano, con pequeñas casas de madera y ladrillos, superpobladas y amontonadas, árboles de otra época en medio de miserables jardincillos, montones de basura en las esquinas, y en cada habitación, dormida cálidamente, una familia, los niños al pie de la cama de sus padres, debajo de colchas hechas con retazos de colores cosidos en pequeños rectángulos. Había iconos en los ángulos del techo y dibujos de escolares puestos con chinches sobre el papel amarillento de los muros, y alimentos escasos al borde de la ventana. Kondratiev envidió a esas gentes que dormían el sueño de sus vidas, el hombre y la mujer, el uno contra la otra, en el olor animal que emanaba de sus cuerpos confundidos. Su habitación era fresca, estaba limpia y vacía, el cenicero, el papel de

cartas, el calendario, el teléfono, los libros del Instituto de Economía Planificada: todo parecía inútil, allí nada estaba vivo. Miró su cama con un espanto triste. Acostarse en esas sábanas (sábanas como una mortaja) una vez más, debatir con un pensamiento inútil e impotente, saber que llegará la hora absolutamente negra de la lucidez en pleno vacío, cuando la vida ya no tiene el menor sentido; y si la vida no es más que esta angustia vana, esta conciencia vacilante de no importar nada, ¿cómo huir? La mirada descansó un momento sobre la Browning colocada sobre la mesa de noche... Kondratiev se separó de la ventana y entró en la alcoba, cogió la Browning, la sopesó con gusto. ¿Qué pasa dentro de nosotros para sentirnos de pronto absurdamente seguros? Se escuchó murmurar: «Ciertamente».

El alba crecía en la ventana, el muelle del río Moscova estaba todavía desierto, la bayoneta de un centinela se movía entre las almenas sobre el muro de ronda del Kremlin, un toque de oro pálido se posaba sobre el bulbo desdorado de la torre de Iván el Terrible: era una luz apenas discernible, pero ya victoriosa, casi rosa, y el cielo se iba poniendo color de rosa, no había límite entre el rosa matinal y el azul de la noche que concluía, en la que las últimas estrellas iban a extinguirse. «Son las más fuertes y van a extinguirse porque han quedado deslumbradas...». Una frescura extraordinaria irradiaba de este paisaje de cielo y ciudad y el sentimiento de un poder ilimitado como ese cielo le llegaba desde las piedras, las aceras, las murallas, las canteras, las carretas que aparecían y avanzaban sobre el muelle, lentamente, a lo largo del agua rosa y azul. Millones de seres indestructibles, pacientes, infatigables iban a desprenderse del sueño y de las piedras porque el cielo brillaba; volverían a seguir sus millones de caminos, todos conducentes al porvenir. «Bueno, bueno, camaradas», les decía Kondratiev, «mi decisión está tomada. Yo lUCHO. La Revolución necesita una conciencia limpia...». Estas palabras solo consiguieron hundirlo en la desesperación. La conciencia de un hombre, la suya, desgastada y paralizada: ¿pero para qué podría servir todavía, limpia o no? De la luz plena del día nacen las ideas claras. «Yo seré el único, yo seré el último, no tengo que dar más que mi vida, la DOY y digo NO. Hay demasiados muertos en la mentira y la demencia, no consiento en desmoralizar de antemano a lo que nos queda del partido... No. En alguna parte de la tierra hay jóvenes

desconocidos a los cuales hay que tratar de salvarles la conciencia naciente. NO.». Cuando se piensa nítidamente, las cosas se vuelven de una limpidez de cielo matinal; no hace falta pensar a la manera de los intelectuales, hace falta que el cerebro tenga el sentimiento de actuar... Se desvistió ante la ventana abierta, a pesar de que hacía mucho frío, para ver mejor cómo amanecía. «No voy a poder dormir...». Fue su última chispa de pensamiento; ya se adormecía. Enormes estrellas hechas de fuego puro, unas cobrizas, otras de un azul transparente, otras todavía enrojecidas, poblaban la noche de su sueño. Se movían misteriosamente, se balanceaban más bien, la espiral diamantina de una nebulosa se desprendió de las tinieblas sobrecargadas con una luz inexplicable, crecía, mira, mira los mundos eternos: ¿a quién se lo decía? Había asimismo una presencia: ¿pero quién era, quién? La nebulosa llenó el cielo, se desbordó sobre la tierra, no era más que una flor de girasol, enorme y resplandeciente, en un patiecillo, debajo de una ventana cerrada, las manos de Tamara Leontievna hicieron una seña, había escaleras de losa, muy anchas, que ellos subían corriendo, y un torrente ambarino corría en la dirección opuesta, y en las olas del torrente grandes peces saltaban como los salmones cuando remontan los ríos...

Al rasurarse, hacia mediodía, Kondratiev volvió a encontrar en su espíritu los jirones de esas imágenes; le hacían bien. Las viejas dirían... ¿Pero qué diría un psicoanalista? ¡Me importan un comino los psicoanalistas! La convocatoria del Comité del Partido no le produjo ninguna emoción. No era nada, en efecto: se trataba de una misión de poca importancia, presidir una fiesta en Serpujovo, con ocasión de la entrega de una bandera por los obreros de la fábrica Ilich a un batallón de carros de asalto. «Los muchachos de los carros de asalto son increíbles, Iván Nicolaiévich», decía el secretario del Comité, «pero ha habido historias en ese batallón, un suicidio o dos, un instructor político incapaz, haz un buen discurso... Habla del jefe, di que lo has visto...». Se le remitía, para evitar cualquier malentendido, las tesis resumidas. «Cuente conmigo», dijo Kondratiev, «para un buen discurso. Y al suicida que falló, ¡ya le diré yo cuatro palabritas!». Pensaba en ese muchacho desconocido con amor y con cólera. A los veinticinco años, cuando tienes que servir a tu país, ¿no estás loco, mi amigo? Fue al bufé a

comprar los cigarros más caros, lujo que se permitía rara vez. Una delegación de obreras del Zamoskvorechi tomaban el té con las organizadoras de la Sección Femenina y el Director de Cuadros de la Producción. Habían juntado varias mesas. Los geranios ponían hermosas manchas rojas sobre los manteles; otras manchas rojas, más hermosas, eran los pañuelos sobre las jóvenes frentes. Varias caras se volvieron hacia el hombre envejecido que abría un paquete de cigarrillos, porque la Organizadora acababa de murmurar: «Es Kondratiev, miembro suplente del CC...». Las palabras «Comité Central» le dieron la vuelta a la mesa. Ese hombre envejecido pertenecía al poder, al pasado, a la devoción, al secreto. Bajó el rumor de las voces, luego el Director de Cuadros de la Producción gritó con una gruesa voz cordial: «¡Eh, Kondratiev, venga a tomar el té con la generación pujante del Zamoskvorechi!». En ese momento entró Popov y se acercó con su paso cansino, el gorro sobre sus mechones grises, puso las dos manos sobre los hombros de Kondratiev. «¡Mi viejo hermano, hace tanto tiempo que no nos vemos! ¿Cómo te va?».

—Bien. ¿Y tú? ¿La salud?

—Nada de que presumir. Trabajo demasiado. ¡Y que el diablo se lleve al Instituto del Hombre, que no ha inventado todavía un buen chisme para el rejuvenecimiento!

Se miraron a los ojos y sonrieron amigablemente. Juntos, tomaron su lugar a la gran mesa de las obreras textiles. El movimiento de sillas fue animado. Algunas llevaban insignias; había entre ellas muchas caras encantadoras de grandes pómulos, ojos grandes y expresiones de bienvenida. Una muchacha invocó de inmediato su testimonio: «Decidan ustedes, camaradas, estamos discutiendo sobre el índice de producción. Yo digo que la nueva racionalización no ha sido llevada hasta el fondo...». Estaba tan arrebatada por lo que decía que alzaba las manos, se ruborizaba, y como tenía la tez muy clara, la boca grande, los ojos de un gris verde de follaje en medio del frío, el pañuelo rojo sobre su frente abombada, se volvía casi bella, aunque no era más que común y corriente, una hija de la tierra convertida en hija de la fábrica con pasión por las máquinas y las cifras. «La escucho, camarada», dijo Kondratiev un poco divertido, pero contento de cualquier modo. «No la escuche», interrumpió otra que tenía una cara

delgada y severa, enmarcada con trenzas castañas, bien peinadas. «Efremovna, siempre exageras, la tarea ha sido alcanzada en un 104 por ciento, pero hemos tenido veintisiete averías en las máquinas de tejido, esa es la verdadera causa del fracaso...». Los rostros de las viejas obreras condecoradas se animaron: no, no, eso no era tampoco. Las manos de Popov, terrosas como las de un viejo campesino, pidieron silencio y él explicó que los viejos del partido, mmm..., no eran competentes en materia de industria textil, hum, mmm, los directivos del plan exigen buena voluntad, mmm, yo diría que resolución, hmmm, debemos ser un país de hierro, con una voluntad de hierro... mmm «Eso es, eso es», dijeron voces jóvenes y viejas y hubo un coro de murmullos, «voluntad de hierro, voluntad de hierro...». Kondratiev miraba atentamente las caras, una después de otra, sopesando dentro de sí mismo lo que en ellas había de oficial y de sincero en esas frases, mucho más de sinceridad, ciertamente, y la frase convencional y sincera también, en el fondo. La voluntad de hierro, sí. Posó en el perfil gris del viejo Popov una mirada endurecida. ¡Ya veremos!

Al momento siguiente, Popov y Kondratiev se encontraban solos en los grandes sillones de cuero de una oficina. «Hablemos un poco, Kondratiev, ¿quieres?». «Claro...». La charla iba a la deriva. Kondratiev empezó a sospechar. ¿Qué se traía en las tripas ese viejo? ¿Adonde quería llegar con esas puerilidades? Tiene la confianza del Politburó, hace ciertos trabajitos... ¿De verdad nos hemos encontrado por casualidad? Al final, Popov preguntó, luego de haber hablado de París, del PC francés y del agente que dirigía ese partido, no está a la altura, mmm, yo creo que lo van a reemplazar: —... Y de la impresión que causan los procesos en el extranjero, ¿qué me dices? Mmm...

«Ah», pensó Kondratiev, «¿ahí quería llegar?». Se sentía tan bien, tan calmado como la noche anterior en su habitación bañada por el alba y la frescura, con la Browning en la mano a treinta centímetros de una cabeza disponible, vigoroso y valiente, mientras la luz rosada deslumbraba las últimas estrellas, las más ardientes, reducidas a puntos blancos casi absorbidos por las nubes. Extraña pregunta que él nunca se planteaba, pregunta peligrosa. ¿Me la planteas, viejo? ¿Acaso me esperabas aquí para planteármela? Y luego vas a hacer tu informe, ¿eh, viejo cerdo? ¿Y yo me

juego la cabeza contestándote? Bueno: está bien.

—¿La impresión? Deplorable, de lo más desmoralizadora. Nadie entiende nada. Nadie cree nada... Incluso los mejor pagados de nuestros agentes no lo han creído...

Los ojillos de Popov se espantaron. «Sshh, habla más bajo... No, eso no es posible...».

—Así es, hermano. Los informes que te digan otra cosa mienten abominablemente, estúpidamente... Tengo ganas de mandar un memorándum al Secretariado General... para completar el que redacté sobre algunos crímenes insensatos cometidos en España...

¿Estás servido, viejo Popov? Ahora ya sabes lo que pienso. Conmigo no hay nada que hacer; es decir, que siempre podrán volverme un cadáver, pero eso es todo. Yo no me alineo, el expediente puede ir de un lado a otro, yo no me alineo, es la regla. Lo que solo pensaban era algo que Popov entendía perfectamente, gracias al tono, a la mandíbula firme y la mirada directa de Kondratiev. Popov se frotaba suavemente las manos considerando el suelo: —Entonces... entonces... mmm... es muy importante eso que me dices... No escribas ese memorándum, no vale la pena... Yo... mmm... yo hablaré de eso... mmm —pausa—. ¿Te envían a Serpujovo para una fiesta?

—Para una fiesta, sí.

La respuesta fue de tal dureza sarcástica que Popov reprimió una mueca. «Yo hubiera querido ir, yo... mmm. Maldito reumatismo...». Huyó.

Popov conocía, mejor que nadie de entre los iniciados, los caminos secretos del expediente Kondratiev, aumentado desde hace algunos días con varios documentos inquietantes: Informes del médico agregado al servicio secreto de Odesa sobre la muerte del detenido N (foto adjunta) a bordo del *Kubán*, la antevíspera de la llegada de ese barco carguero: hemorragia cerebral, debida según las apariencias a una debilidad constitucional, a la tensión nerviosa y quizás acelerada por las emociones. Otros documentos revelaban la identidad del prisionero N, dos veces disimulada de manera que uno terminaba por dudar que de verdad fuera el trotskista Stefan Stern, lo que sin embargo certificaban dos agentes llegados de Barcelona, pero se podía dudar de su testimonio, porque evidentemente

tenían miedo y se denunciaban uno a otro. Stefan Stern desaparecía en esos papeles dudosos tan completamente como en la morgue del Servicio Secreto de Odesa, cuando un funcionario del hospital militar entregaba para su preparación con fines de exportación «un esqueleto masculino en perfecto estado, transmitido por el servicio de autopsias con el número A4-27». ¿Qué imbécil había metido incluso ese documento en el expediente K.? El informe de un agente de origen húngaro, sospechoso por haber conocido a Bela Kun, contradecía los datos del informe Yuvanov sobre la conspiración trotskista en Barcelona, el papel de Stefan Stern, la traición posible de K., puesto que proporcionaba la identidad de un capitán de aviación con el cual Stefan Stern habría tenido dos encuentros secretos y al que los documentos Yuvanov confundían con «Rudin». (K.). Un documento anexo, introducido por error, pero muy útil, revelaba que el agente Yuvanov, que había caído enfermo a bordo, se había hecho desembarcar en Marsella abusando de sus poderes y hacía tiempo en una clínica de Aix-en-Provence... El memorándum Kondratiev, dirigido contra él, adquiría con este hecho un valor acusador, y era esto quizás lo que subrayaba el trazo de lápiz azul al margen con una prudente nota de Gordéyev que abría a la vez la puerta a dos condenas excluyentes... Surgía, en fin, indiscutiblemente, de los procesos verbales originales que era falso que Kondratiev hubiera votado, en 1927, en la célula del partido del Comercio Exterior, por la oposición; sobre este punto el servicio secreto de los archivos se había equivocado groseramente confundiendo a Kondratenko Appolón Nicolaiévich, enemigo del pueblo fusilado en 1936, con Kondratiev, Iván Nicolaiévich. (Documento anexo: nota dictada por el jefe exigiendo una investigación severa sobre esta «criminal confusión de nombres»...). ¿Entonces podía inferirse que el jefe...? El jefe no le dijo ni una palabra a Popov al entregarle el expediente; no se comprometía; tenía el ceño sombrío y surcado de arrugas horizontales, la mirada firme; parecía no haber tomado ninguna decisión pero esperaba probablemente que hubiera un buen proceso para demostrar la vinculación de los asesinos de Tuláyev con los trotskistas de España, un proceso del cual pudieran traducirse los informes a varias lenguas con bellos prefacios escritos por esos juristas extranjeros que demuestran lo que sea sin que ni siquiera haga falta retribuirlos por ello. A través de esos documentos,

parecidos a redes, pasaba la línea de vida de Iván Kondratiev, una fuerte línea que no rompían el baño de Orel, el exilio en Yakutia, un confinamiento en Berlín por posesión de explosivos, una línea que parecía perderse en la víspera de la revolución en el pantano de la vida privada, con una parte de ella en la Siberia central, donde, casado ya, el agrónomo Kondratiev se hacía olvidar, pero no sin sostener correspondencia de vez en cuando con el Comité Regional. «Que no haya revolucionarios sin revolución», decía entonces alzándose de hombros alegremente. «No seremos quizá nada y terminaré mi vida seleccionando semillas de trigos veraniegos y publicando pequeñas monografías sobre los parásitos del forraje. Si la revolución viene sin embargo, ¡ya se verá si me he asentado o no!». Se le vio en efecto cuando se improvisó de jinete, a la cabeza de los partisanos del medio Yenisei; bajó con viejos fusiles de caza y caballos de labor hasta el Turkestán, en persecución de las bandas nacionales e imperiales, remontó hasta el Baikal, asaltó un tren que llevaba los pabellones de tres potencias, capturó a oficiales japoneses, británicos y checos, les ganó varias partidas de ajedrez, casi consiguió cortarle la retirada al almirante Kolchak...

Popov dijo:

—Un viejo número de revista me cayó hace poco en las manos y releí tus recuerdos...

—¿Cuáles? Yo no he escrito nada.

—Pero sí, el asunto del archidiácono en el 19 o el 20...

—Ah... es cierto. Esos números de la *Revista de Historia del Partido* han sido evidentemente retirados de la circulación.

—Evidentemente.

¡Cómo devolvía golpe por golpe! Eso dejaba traslucir una cólera interior o una decisión desconcertante... El caso del archidiácono Arkangelski, en el 19 o el 20: hecho prisionero en la derrota de los Blancos que él bendecía antes de los combates. Un viejo barbudo, de largos cabellos, de tez saludable, místico y charlatán, que llevaba en su chaqueta de soldado un paquete de postales obscenas, los Evangelios con las páginas amarillentas por sus dedos manchados de tabaco, el Apocalipsis anotado en el margen con signos de exclamación: *¡Dios nos perdone! ¡Que el huracán lave a fondo esta tierra infame! ¡He pecado, he pecado, esclavo mísero, criminal, mil*

veces maldito! ¡Señor, sálvame! Kondratiev se opuso ante un soviet de aquel pueblo a que se le fusilase: «Todos son iguales... Estamos en un país creyente... No exasperemos a los creyentes... Tenemos necesidad de rehenes para los intercambios...». Se lo llevó en una barcaza con setenta partisanos, de los cuales una decena eran mujeres, para bajar por un río entre altos bosques desde donde los fusiles tiraban, en el amanecer azuloso o hacia el crepúsculo, sobre los hombres encargados de las maniobras, con balas terriblemente precisas. Había que viajar de noche y embozarse en el día junto a los islotes o situarse en las aguas bajas. Los heridos se alineaban en la cala: no dejaban de desangrarse y de gemir, ni de jurar ni de rezar, tenían hambre; los hombres masticaban el cuero de los cinturones cortados en pedazos y hervidos; cada noche apenas si pescaban algunos peces que había que dar a los más débiles y estos los devoraban crudos, con vísceras y todo, bajo las miradas ardientes de los otros... Se acercaban a los rápidos; había que batirse, pero no podían batirse; se sentían, durante las largas jornadas, en un gran ataúd maloliente; ni una cabeza se atrevía a asomarse por la cubierta, Kondratiev observaba las riberas a través de los agujeros, el bosque implacable se erguía sobre rocas violetas o cobrizas, o doradas, el cielo era blanco, el agua fría y blanca, era un universo mortalmente hostil. La noche traía el descanso del aire fresco y de las estrellas, pero se había vuelto fatigoso subir por la escalera a cubierta. Entonces tuvieron conciliábulos y Kondratiev sabía lo que se decía en ellos; que había que rendirse, librarse del bolchevique, sí, él, que lo fusilen, no es más que un hombre, uno de más o de menos, ¿qué cambia eso? Rendirse o terminaremos todos como esos tres que ya ni siquiera gimen, debajo de los toneles de popa... Hacia la noche de la penúltima etapa, antes de los rápidos, se escuchó sobre el puente el disparo latigueante de un revólver, luego la caída en el agua, baja en ese lugar, de un cuerpo pesado. Nadie se movió. Kondratiev descendió por la escalera, encendió una antorcha y dijo: «Camaradas, vengan todos aquí... Declaro abierta la sesión...». Sombras titubeantes se reunieron en torno a él; tenían cabezas de muertos, largos cabellos erizados y despeinados, las órbitas negras de los ojos con un poco de triste fuego dentro; se dejaban caer lentamente sobre la cubierta al lado de la cual se escuchaba el chapoteo del agua negra y helada. «Camaradas, mañana al alba libraremos

la última batalla... Innokentievka está a cuatro verstas, en Innokentievka hay pan y ganado...». «Cuál batalla», gruñó alguno. «¡Imbécil! ¿Qué no ves que estamos hechos unos cadáveres?». Kondratiev no era más que un vértigo nauseabundo, dientes que castañeteaban, resolución. Fingió no escuchar y dejó escapar el peor juramento que sabía, largamente, con espuma en los labios y dijo: «En el nombre del pueblo insurgente, he fusilado a ese cretino ensotanado, ese depravado, ese satán barbudo, y que su alma negra vaya derecho hasta donde está su amo...». Los moribundos comprendieron, instantáneamente, que no habría para ellos ningún perdón posible. Un silencio de tumba los abrumó durante algunos segundos; luego los gemidos ahogaron un murmullo de juramentos, y Kondratiev vio avanzar hacia él las sombras dementes, pensó que lo iban a triturar, pero un gran cuerpo vacilante cayó blandamente encima de él, las pupilas afiebradas brillaron muy cerca de las suyas, los brazos esqueléticos, extrañamente fuertes, lo abrazaron fraternalmente y un cálido aliento cadavérico le sopló en la cara: «¡Bien hecho, hermano, bien hecho! ¡Esos perros inmundos, digo, todos esos perros, todos, todos!». Kondratiev convocó a los jefes de los destacamentos en «consejo de estado mayor» para preparar la operación del día siguiente. Sacó de debajo de su catre el último saco de pan negro seco y él mismo hizo la distribución de las raciones sorpresa, pues había escondido esta reserva suprema para el momento del esfuerzo supremo: a cada uno dos pedazos que tenía en la mano abierta. Los moribundos anhelaban esas raciones perdidas. Mientras que los jefes deliberaban bajo la antorcha, no se escuchaba más que la trituración de los pedazos de pan atacados por las dentaduras dolientes... De este episodio de otro tiempo, en ese instante los dos hombres no tenían más que un recuerdo documental. Siguieron midiéndose, tanteándose. Kondratiev dijo: —Casi he olvidado todo eso... Yo no me imaginaba en ese tiempo que el precio de la vida humana cayera tan bajo, entre nosotros, una veintena de años después de la victoria.

Esta reflexión no era agresiva; era la más directa, sin embargo. Popov lo vio bien. Kondratiev sonrió.

—Sí... Al alba, caminamos largo tiempo por la arena mojada... Era un alba silenciosa y verde... Nos sentíamos monstruosamente fuertes, fuertes como los muertos, pensaba yo, y no tuvimos que batirnos, el día se levantó sobre

los follajes amargos que nos pusimos a masticar, avanzando en medio de una locura alegre... Sí, viejo.

«Ahora que has rebasado los cincuenta años», pensaba Popov, «¿qué es lo que te queda de aquella fuerza?».

... Kondratiev administró luego los transportes fluviales, cuando las barcazas abandonadas se pudrían a lo largo de las riberas; arengaba a pescadores, taimados y desolados, en rincones perdidos; formaba equipos de jóvenes, nombraba capitanes de diecisiete años a los que encargaba de comandar las balsas; creaba una Escuela de Navegación Fluvial donde se enseñaba sobre todo economía política; se convirtió en el gran organizador de la región; se malquistaba con la Comisión del Plan; exigía dirigir las Peleterías del Extremo Norte; cumplió una misión en China con los Dragones Rojos de Sechuán... No era un hombre que vacilara; tenía más bien la psicología del soldado que la del ideólogo; y los ideólogos, sensibles a la dialéctica blanda y compleja de nuestra época, capitulan más fácilmente, mientras que con los militares, siete veces sobre diez, una vez que se les ha reducido, todo el asunto consiste en fusilarlos sin más historias. Incluso si terminan por prometer portarse bien ante los jueces y el público, no está uno seguro, ¿y qué hacer entonces? Experiencias, investigaciones secretas, procesos acabados, procesos probables, recuerdos, expedientes, estas cosas y muchas otras, informes y descabaladas, precisas por chispazos, cuando eran útiles, se animaron un momento en el cerebro de Popov mientras sopesaba los imponderables... Kondratiev no recordaba su propia vida en ese momento, pero todo el resto lo adivinaba casi y dibujaba una semisonrisa dura, insultante, y se arrellanaba en el sofá. Popov lo sentía muy agresivo. No se le sacaría nada así, todo esto era estúpido. La muerte de Rishik echaba por tierra el 50 por ciento del proceso; Kondratiev, el acusado ideal, echaba por tierra el otro 50 por ciento. ¿Qué decir al jefe? No había manera de no decir nada... ¿Zafarse, dejarle el trabajito al procurador Rachevsky? Esa mula de tiro de las carretas de los condenados acumularía error tras error. Que se le suprimiera luego a él mismo, como la estúpida bestia de tiro que era, eso no arreglaría nada tampoco... Popov, sintiendo que su silencio se había prolongado unos segundos de más, levantó la cabeza, justo a tiempo para recibir un golpe directo.

—¿Me has entendido bien? —preguntó Kondratiev sin elevar la voz—. Te he dicho muchas cosas con pocas palabras, según me parece... Y, ¿sabes?, yo nunca me desdigo...

¿Por qué insistía así? ¿Podía saber? ¿Cómo? Imposible que supiera. «Pues claro», farfulló Popov. «Yo... nosotros te conocemos, Iván Nicolaiévich... Nosotros te apreciamos...».

—Encantado —dijo Kondratiev, ya completamente insoportable. Y lo que no dijo, pero pensó, lo escuchó Popov: «Yo también os conozco».

—Entonces, ¿te vas a Serpujovo?

—Mañana, por carretera.

Popov no encontró nada más que decir. Tenía su más falsa sonrisa cordial, su cara más gris, su alma más arrugada. Una llamada telefónica lo liberó. «Nos vemos, Kondratiev... Estoy con prisa... Lástima... Deberíamos vernos más seguido... Qué vida, mmm... Está bien hablar un poco a corazón abierto...».

—Es excelente.

Kondratiev lo siguió hasta la puerta con una mirada ausente. «Diles que me voy a desgañitar, que voy a desgañitarme por todos los que no se han atrevido a hacerlo, que voy a gritar solo, que gritaré bajo tierra, que me importa un comino el balazo en la cabeza, que me importas un comino tú y yo también porque hay que gritar hasta el final o todo está jodido... ¿Pero qué es lo que me pasa, de dónde me viene esta energía? ¿De mi juventud, del alba de Innokentievka o de España? ¿Qué importa? Yo voy a gritar».

La jornada de Serpujovo transcurrió en una región de una lucidez que bordeaba el sueño. ¿Cómo podía Kondratiev sentir la certeza de que no sería arrestado esta noche en la carretera, en el automóvil del Comité Central conducido por un chófer de la Seguridad? Él sabía y fumaba tranquilamente, admiraba los abedules, el color rosado y gris de los campos bajo las nubes blancas, que se enfilaban muy rápido en el viento de las alturas. No iría al Comité local antes de la ceremonia, como debería hacerlo: veamos lo menos posible esas caras administrativas (aunque debe de haber todavía buenos tipos entre los burócratas de provincia). Despidió al chófer asombrado en

mitad de una calle, se detuvo ante los escaparates de las tiendas y de las papelerías cooperativas, encontró ahí, muy pronto, pequeños carteles que decían: *Muestras, Cajas vacías* (este en cajas de bizcochos...), *No hay cuadernos*, siguió caminando, a la deriva, leyó el periódico mural en la entrada de la Comisión de Revisión de los Trabajadores Industriales, un periódico exactamente igual a todos los de las ciudades de provincia de esta importancia, sin ninguna duda alimentado por las circulares cotidianas de la Dirección de la Prensa Regional del CC. No recorrió con la vista más que la crónica local, conociendo de antemano todo el contenido de las dos primeras páginas, y en seguida encontró las curiosidades esperadas. El redactor de la columna local escribía que «el camarada presidente del *koljoz* El Triunfo del Socialismo, a pesar de las advertencias reiteradas del Comité del partido, persevera en su perniciosa desviación ideológica antivacas, en contra de las instrucciones del Comisariado de los *koljozes...*». ¡Antivacas! Bello neologismo. Santo Dios. Esta prosa de iletrados suscitaba una cólera triste... «El camarada Andriuchenko no ha permitido enganchar las vacas a las carretas para las labores. ¿Habrá que recordar la decisión de la reciente conferencia, tomada por unanimidad después del informe tan convincente del veterinario Trochkin?». Kondratiev se acordó de haber visto, en alguna parte, bajo un inmenso cielo de estepa, a una vaca arrastrando una carreta sobre la cual no había más que un ataúd blanco y unas flores de papel; una campesina y dos chiquillos la seguían. ¿Por qué, en efecto, si puede llevar hasta el cementerio que está allá en el horizonte el ataúd de un pobre diablo, la vaca no puede hacer las labores del campo? Habría, en consecuencia, que enviar a los tribunales al director de la lechería si la producción de leche cae por debajo de las exigencias del plan... Hemos perdido de dieciséis a diecisiete millones de caballos durante la colectivización, del 50 al 52 por ciento; tanto peor para la vaca de las tierras rusas, porque no se puede poner a tirar de las carretas a los miembros del Comité Central. El resto del periódico estaba vacío. Nicolás I hizo que sus arquitectos oficiales diseñaran modelos de iglesias y de escuelas obligatorias para los constructores en todo el Imperio... Nosotros tenemos esta prensa de uniforme, redactada por estos pobres diablos inventores de las «desviaciones ideológicas antivaca». El ascenso de un pueblo es lento, sobre

todo cuando se le pone sobre las espaldas fardos tan pesados y tantas ataduras en el cuerpo... Kondratiev pensó en las relaciones complejas de la tradición y de los errores de los que nosotros mismos somos responsables. Un muchacho alto vestido con el uniforme de cuero negro de la escuela de los carros de asalto salió animadamente de una tienda, se dio la vuelta, se encontró de repente cara a cara con Kondratiev y una sorpresa hostil se manifestó en esa cara imberbe y clara, de ojos fríos. «Ojos que están decididos a callárselo todo...».

—¡Eh, tú, Sacha! —exclamó suavemente Kondratiev, y sintió que él también, de ese segundo en adelante, se esforzaría por callarlo todo. De verdad, todo.

—Sí, Iván Nicolaiévich, sí, soy yo —dijo el muchacho, tan confuso que se ruborizó un poco.

Kondratiev estuvo a punto de decir tontamente; «Hace buen tiempo, ¿no es cierto?», pero esta evasión no le estaba permitida... Una cabeza bien formada, viril, la frente despejada, de gran ruso de nariz larga, hermosa bajo el casco de cuero...

—Tienes aspecto de un buen guerrero, Sacha. ¿Va bien la cosa?

Sacha rompió duramente el hielo, con una calma inimaginable, como si estuviera hablando de cosas absolutamente banales: —Creía que me iban a expulsar de la escuela cuando arrestaron a mi padre... Pero no. ¿Es porque yo era uno de los primeros alumnos o porque había una directiva que prohibía expulsar de las unidades especiales a los hijos de fusilados? ¿Qué piensa usted, Iván Nicolaiévich?

—No lo sé —dijo Kondratiev bajando los ojos.

Las puntas de sus botas estaban sucias. Un gusano sanguinolento, a medias aplastado, se movía en el intersticio lodoso de dos baldosas. Había también un alfiler sobre la piedra y a algunos centímetros de esta, un escupitajo. Kondratiev levantó los ojos y miró a Sacha directamente a la cara: —Y tú, ¿qué piensas tú?

—Me dije por un tiempo que todo el mundo conocía la inocencia de mi padre, pero evidentemente eso no contaba. Y por otra parte, el comisario político me aconsejó cambiar de nombre. Me negué.

—Te equivocaste, Sacha. Esto te creará muchos problemas.

No tenían ya nada que decirse, nada.

—¿Tendremos guerra? —preguntó Sacha con el mismo tono indiferente.

—Probablemente.

El rostro de Sacha se aclaró apenas con una sonrisa interior. Kondratiev sonrió abiertamente. Pensó: No digas nada, muchacho, lo he comprendido. Antes que nada, el enemigo.

—¿Te hacen falta libros?

—Sí, Iván Nicolaiévich. Querría unos libros alemanes sobre la táctica de combate con tanques... Nos enfrentaremos a una táctica superior...

—Pero tendremos una moral superior...

—Exacto —dijo secamente Sacha.

—Trataré de procurarte esos libros... Buena suerte, Sacha.

—Buena suerte también a usted —dijo el muchacho.

¿Había de verdad, en los ojos, ese extraño brillo; en las entonaciones ese sobreentendido; en el apretón de manos ese impulso retenido? «Tendría todo el derecho de detestarme», pensaba Kondratiev, «el derecho de despreciarme, y sin embargo debe de comprenderme, saber que yo también...». Una muchacha esperaba a Sacha delante de las figuras de cera de la cooperativa de peinadores sindicados Scherezada, «permanentes a treinta rublos»: un tercio del salario mensual de una obrera. Kondratiev hizo cálculos más serios. Hemos eliminado hasta ahora, según las estadísticas viejas de los Boletines del CC, entre el 62 y el 70 por ciento de los funcionarios, administradores y oficiales comunistas; esto en menos de tres años, es decir, que de alrededor de doscientos mil hombres, representantes de los cuadros del partido, entre ciento veinticuatro mil y ciento cuarenta mil bolcheviques. Los datos disponibles no permiten precisar la proporción de fusilados en relación con los internados en campos de concentración, pero a juzgar por la experiencia personal... Es verdad que la proporción de los fusilados es particularmente elevada en los círculos dirigentes, lo que falsea sin duda mi perspectiva...

Se encontró, algunos minutos antes de la hora fijada para su discurso, bajo la columnata blanca del peristilo de la Casa del Ejército Rojo. Secretarios inquietos acudieron a su encuentro: el secretario del Comité Ejecutivo, el secretario del Estado Mayor, el Comandante de la plaza, otros

más, casi todos vestidos de uniformes tan nuevos que parecían pulidos, con sus cueros amarillos, los estuches de sus revólveres relucientes, caras relucientes también, obsequiosos apretones de manos; le formaron un impresionante cortejo al subir la gran escalera de mármol. Los oficiales jóvenes sacaban pecho para saludarlo, magníficamente inmóviles. «¿Dentro de cuántos minutos debo tomar la palabra?», preguntó solamente. Dos secretarios respondieron a la vez, los dos rostros bien rasurados, inclinados con diligencia: «En siete minutos, camarada Kondratiev...». Una voz que el respeto ponía ronca se aventuró: «¿Quiere tomar un vaso de vino?», y agregó con un tono humilde e informal: «Tenemos un Tsinandali no-table...». Kondratiev hizo un signo de asentimiento, esforzándose por sonreír. Era como si caminara rodeado de maniquíes perfectamente construidos. El grupo penetró en un salón bufé en el que dos telas sólidamente enmarcadas se enfrentaban en los muros color crema, a los dos lados de la comida: una representaba al mariscal Klimenti Efremovich Voroshilov en un caballo de batalla a medio relincho, con el sable desnudo señalando un punto lóbrego en el horizonte; banderas rojas rodeadas de una ola de bayonetas corrían a su encuentro bajo nubes sombrías. El caballo estaba pintado con un cuidado prodigioso, la nariz y el ojo negro avivado por una punta de luz estaban logrados incluso mejor que los detalles de la silla; el caballero tenía una cabeza redonda, un poco corta, de imaginería popular, pero las estrellas de oro de su cuello refulgían. El otro gran retrato mostraba al jefe, en túnica blanca, hablando en la tribuna; estaba pintado sobre madera; su sonrisa era una mueca; la tribuna parecía un bufé vacío; el jefe parecía un mozo de restaurante caucásiano en el momento de decir, con acento picante: «Ya no queda nada, ciudadano...». Por otro lado, el verdadero bufé brillaba de blancura y de opulencia, sobrecargado de caviar, de esturiones del Volga, de salmones ahumados, de anguilas doradas, de aves, de frutas de Crimea y del Turkestán. «Bondades de la tierra natal», bromeó jovialmente Kondratiev acercándose a las vituallas para recibir, de las manos rollizas de una rubia deslumbrada, el vaso de Tsinandali. Su broma, cuya amargura no adivinaba nadie, desencadenó risitas complacientes, no muy ruidosas, pues nadie sabía si la risa estaba verdaderamente permitida en presencia de un personaje de semejante importancia. Kondratiev percibió detrás de la

camarera elegida para servirlo y sonreírle (fotogénica, permanente de cincuenta rublos, condecorada por lo demás con la Insignia de Honor del Trabajo) un largo moño rojo pegado al muro a la manera de una guirnalda alrededor de una pequeña foto: la suya. Las letras de oro decían:

BIENVENIDA AL CAMARADA KONDRATIEV, MIEMBRO SUPLENTE DEL COMITÉ CENTRAL...

¿De dónde diablos han exhumado ese jodido retrato viejo, montón de lameculos? Kondratiev bebió lentamente el vino del Cáucaso, hizo a un lado con una mano severa las sonrisas y los sándwiches, se acordó de que no había mirado más que por encima las tesis impresas para su discurso, proporcionadas por la Sección de Propaganda del Ejército. «Permítanme, camaradas...». El cortejo hizo instantáneamente alrededor de él un vacío de tres pasos mientras sacaba del bolsillo de su pantalón unos papelitos arrugados. Un enorme esturión de ojos blancos apuntaba hacia él sus minúsculos dientes carnívoros. Las luces de las arañas se reflejaban en la gelatina ambarina. La conferencia impresa trataba de la situación internacional, de la lucha contra los enemigos del pueblo, de la enseñanza técnica, de la invencibilidad del ejército, del sentimiento patriótico, de la fidelidad al jefe genial, guía de los pueblos, estratega único. ¡Imbéciles! Me han dado la conferencia convencional de los jefes del servicio de la moral que tienen rango de generales... «El jefe de nuestro gran partido y de nuestro invencible ejército, animado por una voluntad de hierro contra los enemigos de la patria, está al mismo tiempo rebosante de amor inigualable por los trabajadores y todos los honrados ciudadanos. “¡Pensad en el hombre!». Esta frase inolvidable la pronunció en la XIX Conferencia y debe de estar grabada con letras de fuego en la conciencia de cada comandante de unidad, de cada comisario político, de cada...». Kondratiev metió de nuevo esos clichés muertos en el bolsillo de su pantalón. Ceñudo, buscó con los ojos a alguien. Una decena de caras se le ofrecieron, esbozando sonrisas forzadas, estamos aquí, a su entera disposición, camarada miembro suplente del CC. Preguntó: —¿Han tenido suicidios?

Un oficial con el cráneo rasurado respondió de prisa: —Uno solo: razones personales. Dos tentativas: los dos hombres han reconocido su falta

y se han portado bien.

Eso ocurría totalmente a un lado de la realidad, en un mundo inconsistente y superficial, como una imagen aérea. Luego la realidad se impuso repentinamente: era un pupitre de madera pintada sobre el cual Kondratiev posó su mano gruesa, de venas azules y pelos cortos, una mano que tenía su propia vida. La descubrió, la miró durante una larga fracción de segundo, observó también los detalles ínfimos de la madera y de esta madera real, de esta mano, le llegó la decisión de afrontar simplemente toda la realidad de ese instante, trescientas caras desconocidas, diferentes, semejantes sin embargo, de las cuales cada una triunfaba silenciosamente sobre la uniformidad. Atentos, anónimos, modelados en una carne que hacía pensar en el metal, ¿qué esperaban de él? ¿Qué les dijera qué, de esencialmente verdadero? Ahora, ya, escuchaba su propia voz, con un disgusto tenso, porque decía palabras inútiles, entrevistas en el resumen de la Propaganda, conocidas de memoria de antemano, mil veces leídas en los editoriales de la prensa, esas palabras de las cuales dijo Trotsky un día que al pronunciarlas creía uno estar masticando algodón... ¿Para qué vine? ¿Para qué vinieron? Porque estamos consagrados a la obediencia. No queda nada de nosotros más que la obediencia. Ellos todavía no lo saben. Ellos no se imaginan que mi obediencia es mortal. Todo lo que les digo, aun cuando sea verdadero como la blancura de la nieve, deviene espectralmente falso a causa de la obediencia. Les hablo, ellos me escuchan, algunos se esfuerzan quizá por comprenderme y no existimos: obedecemos. Una voz interior respondió: Obedecer es existir todavía, y siguió el debate: Es existir como los números y las máquinas... Siguió soltando las tesis. Veía a los rusos de cráneos rasurados, la fuerte raza que hemos formado liberando a los siervos, luego rompiendo su voluntad, luego enseñándoles a resistir interminablemente para volver a forjarles, a pesar nuestro, contra nosotros, otra voluntad. En las primeras filas, un mongol, con los brazos cruzados, la cabeza pequeña y erguida, miraba duramente a Kondratiev a los ojos. Una mirada sedienta hasta la残酷. Juzgaba cada palabra. Era como si el mongol hubiera murmurado claramente: «No es así, camarada, todo eso que usted dice no sirve para nada, se lo aseguro... Cállese o encuentre palabras vivas... Al menos nosotros somos seres vivos...». Kondratiev le

respondió con tal seguridad que la voz le cambió. Detrás de él, hubo un movimiento entre los secretarios que formaban, con el comandante de la guarnición, el presidium. Ya no reconocían las frases para este tipo de ceremonias, experimentaban la inquietud física de un error de mando en la maniobra sobre el terreno... La línea de tanques se quiebra de pronto, se rompe, es el desorden en medio del cual nace la ira humillante de los jefes. El comisario político de la escuela de tanques se irguió para contener su zozobra, sacó su lápiz y se puso a tomar notas, tan rápido que los signos se encimaban sobre el papel... No llegaba a aprehender las frases del orador del Comité Central, del Comité Central, del Comité Central, ¿era posible? El orador decía: —... Estamos cubiertos de crímenes y de errores, sí, hemos olvidado lo esencial para vivir de hora en hora, y sin embargo tenemos razón ante el universo, ante el porvenir, ante esta magnífica y miserable patria que no es la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ni Rusia, que es la revolución... ¿Me escuchan?, la revolución sin territorio preciso... mutilada... universal... humana... Sabed que en la batalla de mañana, casi todos los activos perecerán en tres meses... Ustedes son esos activos... Tienen ustedes que saber por qué... El mundo va a partirse en dos...

¿Había que interrumpirlo? ¿No era un crimen dejarlo hablar así? El comisario político es responsable de todo lo que se dice en la tribuna de la escuela, ¿pero tiene derecho de interrumpir a un orador del Comité Central? El jefe de la guarnición, ese idiota, no entendía ciertamente ni gota, no escuchaba probablemente más que un murmullo de frases; el jefe de la escuela, ruborizado, concentraba toda su atención en el cenicero... El orador decía (el comisario no atrapaba más que migajas de ese discurso ardiente, sin llegar a juntarlas de ninguna manera): —... Todos los Viejos de mi generación han perecido... la mayor parte en el error, la confusión, la desesperación... servilmente... Habían sublevado al mundo... todos al servicio de la verdad... No lo olviden jamás... el socialismo... la revolución... mañana, la batalla por Europa en medio de la crisis mundial... Ayer, Barcelona, el comienzo... Llegamos demasiado tarde, demasiado disminuidos por nuestros errores... este olvido del proletariado internacional y del hombre... demasiado tarde, miserables de nosotros...

El orador hablaba del frente de Aragón, de las armas que no llegaron:

¿por qué? Gritaba ese porqué con un tono de desafío, sin responder. ¿Era una alusión a qué? Proclamaba «el heroísmo de los anarquistas»... Decía (y el comisario, conturbado, no podía ya despegar los ojos de él), decía: —... Quizá ya no volveré a hablar jamás, jóvenes... No he venido para hablarles en nombre del Comité Central de nuestro gran partido, esa cohorte de hierro...

¿Cohorte de hierro? ¿No era la frase del traidor Bujarin, enemigo del pueblo, agente del Intelligence Service?

—... las frases aprendidas que Lenin llamaba nuestra mentira comunista, ¡la com-mentira! Les pido ver la realidad, aun cuando sea desconcertante o infame, con el coraje de su juventud, les digo que piensen libremente, para condenarnos en su fuero interior, a nosotros los Viejos que no hemos sabido hacerlo mejor, les aconsejo que nos rebasen al juzgarnos... Los invito a sentirse hombres libres bajo la coraza de la disciplina... a juzgarlo todo, a pensarlo todo ustedes mismos. El socialismo no es la organización de las máquinas... la mecanización de los hombres... es la organización de hombres lúcidos y voluntarios... que saben esperar, replegarse y recobrarse... Verán ustedes entonces cómo somos grandes, nosotros los últimos, ustedes los primeros del mañana... Vivan hacia delante... Hay entre ustedes algunos que han pensado en desertar... Yo los comprendo muy bien, yo lo he pensado también, o no tendría el derecho de hablarles... Les aconsejo ver este vasto país que tienen delante, ese vasto porvenir, se lo aconsejo... Pobre de aquel que no piensa más que en su propia vida, en su propia muerte; ese no ha comprendido nada... y que se vaya entonces, es lo mejor que puede hacer, que se vaya con nuestra lástima...

El orador seguía en la incoherencia, con tal fuerza persuasiva que el comisario político perdió un momento el control de sí mismo y no lo recuperó más que oyendo a Kondratiev hablar del jefe en términos extraños: «El hombre más solitario de entre todos nosotros, el que no puede recurrir a nadie, abrumado por su tarea sobrehumana, por el peso de nuestras faltas comunes en este país atrasado donde la conciencia nueva está débil y enferma... pervertido por la sospecha...». Pero terminó con fórmulas confortantes sobre el «guía genial», la «mano incommovible del piloto», el «continuador de Lenin»... Cuando se calló, la sala flotaba entera

en medio de una penosa indecisión. El presidium no dio la señal de los aplausos, las trescientas cabezas del auditorio esperaban la continuación. El joven mongol se levantó a medias para batir palmas con pasión y eso desató un tumulto de aplausos desiguales, electrizados, en el cual había islotes de silencio. En el fondo de la sala, Kondratiev vio a Sacha, que no aplaudía, de pie, con los cabellos despeinados... El comisario político, entre bastidores, hacía señales, una orquesta inició *Si mañana la guerra*, la sala empezó a cantar a coro la letra varonil, tres obreras condecoradas, bajo el uniforme de la Aviación Química, aparecieron en el primer plano de la tribuna, una de ellas llevando la nueva bandera de la escuela hecha en seda rojo fuego ricamente bordada de oro...

Sonrisas forzadas sobre uniformes nuevos rodearon a Kondratiev durante el baile. El comandante de la guarnición, que no había comprendido nada del discurso, pero fortificado en su buen humor por una ligera ebriedad, desplegaba gracias de oso atiborrado de dulces. Para los sándwiches que ofrecía, que iba a buscar al bufé, a tres salas de ahí, encontraba expresiones zalameras que decía con gestos coquetos... «Pruébeme este caviarcito rico, mi querido camarada... ¡Ah, la vida, la vida!». Cuando atravesaba el círculo de los danzantes, con una bandeja en la mano, la cara brillante, las botas tan relucientes que reflejaban la seda moviente de las faldas, parecía a punto de deslizarse grotescamente e irse de espaldas, pero avanzaba, no obstante, a pesar de su gordura, con una ligereza extraordinaria de caballero de las praderas. El jefe de la escuela, un *bulldog* colorado cuyas minúsculas pupilas azules mantenían una expresión fríamente acerada, no se movía, no decía nada, con una mueca fija, una sonrisa amplia, las piernas cruzadas, al lado del delegado del Comité Central; rumiaba jirones de frases incomprensibles, que podían ser terribles: eso, lo percibía claramente, suspendía sobre él, fuera cual fuese su lealtad, una oscura amenaza. «Estamos cubiertos de crímenes y sin embargo tenemos razón ante el universo... Vuestros ancestros han muerto casi todos servilmente, servilmente...». Era tan increíble que se detuvo en su rumia para mirar de reojo a Kondratiev; de hecho, ¿era, sí, el auténtico Kondratiev, miembro suplente del CC, o algún enemigo del pueblo que abusaba de la confianza de las organizaciones falsificando documentos oficiales con el

concurso de agentes del extranjero, para transmitir en el corazón del Ejército Rojo un mensaje de traición? La sospecha lo atenazaba tan fuerte que se levantó, se dirigió con pasitos inquietos hacia el bufé, a ver de cerca la foto del camarada encuadrada por moños rojos. No había ninguna duda, pero los artificios del enemigo son inagotables, los complots, los procesos, las traiciones de los mariscales mismos lo han probado hasta el cansancio. Este impostor podía estar maquillado; los servicios de espionaje utilizan parecidos fortuitos con un arte consumado, la foto podía ser falsa. El camarada Bulkín, recientemente promovido a teniente coronel, que había visto desaparecer, probablemente fusilados, a tres de sus superiores en tres años, estaba totalmente alterado. Su primer pensamiento fue hacer vigilar las salidas y alertar al Servicio Secreto. ¡Qué responsabilidad! El sudor le bañaba la frente. En medio de parejas arrastradas por el movimiento del tango, vio al jefe de Seguridad de la ciudad, conversando muy seriamente con Kondratiev. ¿Quizá, de hecho lo había descubierto y lo interrogaba sin aparentar hacerlo? El teniente coronel Bulkín, con la corpulencia de un *bulldog*, la frente cónica surcada de pliegues horizontales que expresaban la tensión de su espíritu, erraba por los salones, en busca del comisario político, al que terminó por encontrar, preocupado él también, a la puerta de la cabina telefónica: hilo directo a la capital. «Saveliev, mi amigo», le dijo Bulkín tomándolo del brazo, «no sé lo que pasa... Apenas me atrevo a pensar... Yo... ¿Estás seguro de que ese es el verdadero orador del Comité Central?».

—¿Qué dices, Filón Platonovich?

No era una respuesta. Cuchichearon con miedo, le dieron una vuelta a la gran sala para observar más a Kondratiev, quien, con las piernas cruzadas, fumaba y se sentía muy bien, divertido por los danzantes entre los cuales había bellas muchachas y muchachos de buena sustancia humana... Al verlo, el respeto los clavó a los dos en su sitio. Bulkín, el menos inteligente de los dos, lanzó un largo suspiro y murmuró con un tono confidencial: —¿No piensa usted, camarada Saveliev, que esto podría ser el anuncio de un gran cambio del CC? ¿La indicación de una nueva línea para la educación política de los cuadros subalternos?

El comisario Saveliev se preguntó si no había cometido una locura

transmitiendo por teléfono, si bien lo había hecho en términos extremadamente circunspectos, al Comisariado Central, un resumen del discurso de Kondratiev. En todo caso, habría que ir a decírselo al camarada delegado del CC; al despedirse de él, decirle que «las preciosas directivas contenidas en su informe, tan interesante», servirían «desde mañana para orientar todo nuestro trabajo de educación»... En voz alta, concluyó: «Es posible, Filón Platonovich, pero antes de haber recibido instrucciones complementarias, yo creo que debemos abstenernos de toda iniciativa...».

Kondratiev se quería ir y trataba de evadirse del círculo de los oficiales obsequiosos. No lo consiguió más que por un breve instante, al encontrarse de pronto solo, por un azar inconcebible, junto a la salida de la gran sala llena de música y de movimiento. Dos caras de una pareja de danzantes emergían ante él: una encantadora, con una risa en los ojos completamente primaveral; la otra dibujada con firmeza, se hubiera dicho que iluminada por un resplandor mate: Sacha. Sacha condujo a su pareja de baile y dieron vueltas lentamente en el mismo sitio, para que el joven pudiera inclinarse hacia Kondratiev: —Gracias, Iván Nicolaiévich, por lo que nos ha dicho...

El movimiento rítmico lanzó hacia Kondratiev la otra cara, rodeada de trenzas castañas anudadas sobre la nuca: tenía, sobre la frente sin arrugas, unas cejas doradas; el movimiento la apartó y fue Sacha, con su boca descolorida, su mirada intensa y velada, quien se acercó. Sacha dijo suavemente, entre el ruido de la música, sin emoción aparente: —Iván Nicolaiévich, yo creo que pronto lo van a arrestar.

—Yo también lo creo —dijo simplemente Kondratiev, haciéndole con la mano un pequeño saludo afectuoso.

Tenía prisa por huir de ese mundo irritante, de esas grandes cabezas de inteligencia rudimentaria, demasiado bien alimentadas; esas insignias de mando; esas muchachas demasiado bien peinadas que no eran más que jóvenes sexos bajo sedas vistosas; esos muchachos inquietos a pesar de ellos mismos, incapaces de pensar verdaderamente porque muchas disciplinas se lo prohibían y que llevaban, casi alegremente, sus vidas hacia los sacrificios inminentes que no comprendían... Quizás es una cosa admirable que no podamos dominar enteramente nuestro cerebro y que nos imponga imágenes e ideas que preferiríamos cobardemente expulsar: así la verdad

traza su camino a pesar del egoísmo y la inconsciencia. En el gran salón iluminado, durante un vals, Kondratiev recordó de repente una mañana de inspección en el frente del Ebro. Inspección inútil, como tantas otras. Los Estados Mayores no podían ya remediar nada. Consideraban un momento, con un aire competente, las posiciones del enemigo sobre las colinas rosadas tachonadas de matorrales, como la piel de un leopardo. La mañana era de una frescura de principio de mundo, brumas azules se disolvían sobre las laderas de la sierra, la pureza del cielo crecía a cada instante, los rayos del sol ascendían prodigiosamente rectos, prodigiosamente visibles, desplegados en abanico por encima de la brillante curva del río que dividía a los ejércitos... Kondratiev sabía que las órdenes no serían ni ejecutadas y que no eran ejecutables; que quienes las impartirían, esos coroneles, semejantes, unos, a mecánicos fatigados por demasiadas noches sin dormir, los otros a señores elegantes (cosa que acaso eran) salidos del ministerio para un fin de semana en el frente, todos listos para irse de nuevo a París en misión secreta, avión y autobús, todos esos jefes de la derrota, heroicos y despreciables, no se hacían ya ninguna ilusión sobre sí mismos... Kondratiev les volvió la espalda y subió solo, por un sendero de cabras sembrado de guijarros blancos, hacia el refugio del jefe de batallón. En una vuelta del camino, un ligero ruido, sordo y rítmico, lo atrajo hacia una cresta cercana; los cardos crecían en la cima, erizados, solitarios, sobre una tierra áspera y sus duros matorrales, perdonados por el bombardeo de la víspera, subían hacia el cielo. Justo debajo de este minúsculo paisaje de desolación, un equipo de milicianos trabajaba en silencio en llenar una larga fosa donde se alineaban los cadáveres de otros milicianos. Los vivos y los muertos llevaban las mismas ropas, tenían casi las mismas caras; las de los muertos iban tomando el color de la tierra; eran más tristes que terribles, con las bocas entreabiertas, los labios hinchados y sobre ellos el misterio de la ausencia de la sangre; los rostros de los vivos, delgados y concentrados, inclinados hacia la tierra, aceitosos de sudor, sin mirada, como ignorados por la luz matinal. Aquellos hombres trabajaban rápido, al unísono; sus paletadas formaban un solo chorro de tierra desde donde subía un pequeño ruido apagado. Nadie los mandaba. Ninguno se volvió hacia Kondratiev, ninguno percibió probablemente su presencia. Incómodo de estar ahí, detrás de ellos,

completamente inútil, Kondratiev volvió a bajar esforzándose por no hacer rodar los guijarros bajo sus pasos... Ahora, esquivaba de igual manera el baile y nadie se volvía hacia él; era tan lejano para esos jóvenes soldados bailarines como para los milicianos enterradores de allá. Y lo mismo que allá, el Estado Mayor se reunía con él, se estrechaba en torno de él, solicitaba su consejo; aquí, en la gran escalera de mármol. Debió bajar rodeado por los comisarios, los secretarios, los comandantes, declinando sus invitaciones. Los oficiales más altos le ofrecían pasar la noche en sus casas, asistir al día siguiente a la maniobra, visitar los talleres, la escuela, las barracas, la biblioteca, la piscina, la sección disciplinaria, la caballería motorizada, el hospital modelo, la imprenta ambulante... Sonrió, agradeció, tuteó a desconocidos, bromeando incluso, a pesar de su violento deseo de gritarles: «¡Basta! ¡Cállense ya! No soy de la raza de los Estados Mayores, ¿no se dan cuenta por mi cara?». Todos esos fantoches no sospechaban que sería arrestado uno de esos días: él, que se les aparecía a través de la sombra gigantesca del sello del Comité Central...

Durmió en el Lincoln del CC. En alguna parte, sobre la carretera, un poco antes del alba, un bache lo sacó del sueño. El paisaje comenzaba a desprenderse de las tinieblas; había campos negros bajo las pálidas estrellas. Kondratiev encontró esta misma desolación nocturna horas más tarde en una cara de mujer: en el fondo de los ojos de Tamara Leontievna, que llegó a darle su informe en la oficina del Trust de los Combustibles. Se sentía de buen humor, tenía un gesto familiar de hombre sano, sonriendo la tomó del brazo y un miedo confuso se insinuó de inmediato en él. «Veamos, ya está bien arreglado este asunto con el Sindicato del Donets; estará concluido en veinticuatro horas, ¿pero qué le pasa a usted, Tamara Leontievna, está enferma? No tenía por qué venir esta mañana si se siente mal...». «Hubiera venido a cualquier precio», murmuró la joven mujer, con los labios descoloridos, «perdóneme, era preciso, tenía que advertirle...». Estaba desesperada, no sabía cómo decirle. «¡Váyase, Iván Nicolaiévich, váyase cuanto antes y no vuelva! Sin quererlo escuché una conversación entre el Director y... yo no sé quién... no quiero saber, no tengo derecho a saber, no tengo siquiera el derecho a decírselo, qué es lo que he hecho, ¡Dios mío!». Kondratiev le tomó afectuosamente las dos manos: las tenía heladas.

«Vamos, vamos, ya lo sé, Tamara Leontievna, cálmese... ¿Cree usted que voy a ser arrestado?». Ella asintió apenas. «Váyase, pronto, pronto...».

—No —dijo él—, no lo haré.

Se separó de ella, convirtiéndose de nuevo en el distante subdirector encargado del control de los planes especiales.

—Se lo agradezco, Tamara Leontievna; termine usted dentro de dos horas el expediente de los Hulleros de Yuzovka. Mientras tanto, localice por teléfono al Secretario General del partido... Cuanto antes, se lo ruego.

¿Esta claridad sería la del último día? ¿Una oportunidad entre mil de obtener una audiencia...? ¿Y una vez ahí? El hermoso pez del mar, acorazado con sus escamas que reflejan, cada una, la luz entera de un universo asfixiante, se debate en la red, cuando ya todo es imposible; pero estoy listo. Fumaba furiosamente, a dobles bocanadas, su cigarrillo; luego lo aplastó sobre el borde de la mesa y lo lanzó violentamente al suelo. De inmediato encendió otro y sus mandíbulas se apretaron, se olvidó de sí mismo en su sillón de director, en este absurdo gabinete de trabajo, antecámara de un lugar de suplicios imprevisibles. Tamara Leontievna entró sin llamar a la puerta. «No la he llamado», dijo él, hurao, «déjeme solo... Ah, sí, usted me pasará la comunicación por el aparato...». Huir, en efecto; existía una mínima posibilidad, acaso. «¿Qué más? ¿Los Hulleros de Gorlovka?». «No, no», dijo Tamara Leontievna, «pedí la audiencia para usted, él lo espera a las tres en punto en el Comité Central...».

¿Qué, qué? ¿Hizo usted eso? ¿Pero quién le dio permiso? Está usted loca, no es verdad. Le digo que está loca. «Escuché su voz», siguió Tamara, «Él vino, en persona, al teléfono, se lo aseguro...». Hablaba de él con una veneración aterrorizada. Kondratiev se petrificó: el gran pez marino que comienza a morir.

—Está bien —dijo él secamente—. Ocúpese del informe del Donietz... Gorlovka, etcétera... Y si le duele la cabeza, tome aspirina.

... Las tres menos diez, la gran sala del Secretariado General. Dos presidentes de Repúblicas federadas conversaban ahí en voz baja. Otros presidentes de Repúblicas habían desaparecido, se decía, saliendo de aquí... Las tres. El vacío. Pasos en el vacío.

—Haga el favor de entrar...

Entrar en el vacío.

El jefe se encontraba de pie en la blancura atenuada de su vasta oficina. Recogido en sí mismo. Recibió a Kondratiev sin un gesto de bienvenida. Sus ojos enrojecidos tenían una mirada opaca. Murmuró: «Hola» con un tono indiferente. Kondratiev no experimentó ningún temor: más bien la sorpresa de estar casi impasible. Bueno, henos aquí, tú, el jefe, y yo, que no sé en verdad si estoy vivo o muerto, abstracción hecha de un cierto tiempo de importancia secundaria. ¿Y ahora?

El jefe dio tres o cuatro pasos hacia él sin tenderle la mano. El jefe lo miraba de pies a cabeza, duramente. Kondratiev escuchaba la pregunta, demasiado grave para ser proferida: ¿Enemigo?, y se la respondió de igual manera sin despegar los labios: ¿Yo enemigo? ¿Estás loco?

El jefe preguntó tranquilamente:

—Entonces, ¿tú también has traicionado?

Tranquilamente, desde el fondo de una calma segura, Kondratiev respondió: —No he traicionado; yo tampoco.

Cada sílaba de esta terrible frase se destacó como un bloque de hielo en una blancura polar. No era posible regresar ya sobre esas palabras. Algunos segundos más y todo estaría concluido. Decir esas palabras aquí significaba ser aniquilado al instante, en el mismo sitio. Kondratiev las remató con firmeza: —Y tú debes saberlo.

¿No iba a llamar a nadie, dar las órdenes con una voz tan furiosa que parecería sofocada? Las manos colgantes del jefe esbozaron algunos pequeños movimientos incoherentes. ¿Buscaban el timbre? ¡Hagan salir a este miserable, arréstelo, suprímanlo! ¡Lo que dice es mil veces peor que la traición! Una resolución tranquila, completamente inerme, hizo hablar a Kondratiev: —No te encolerices. Eso no serviría de nada. Todo esto me resulta penoso... Escucha... Tú puedes creerme, puedes no creerme, eso me da casi igual, la verdad seguirá siendo la verdad. Y es que, a pesar de todo...

¿A pesar de todo?

—... yo te soy fiel... Hay muchas cosas que se me escapan. Hay demasiadas cosas que entiendo. Estoy angustiado. Pienso en el país, en la

revolución, en ti, sí, en ti, pienso en ellos... En ellos sobre todo, te lo digo francamente. Su fin me produce un arrepentimiento espantoso: ¡qué hombres eran! ¡Qué hombres! La historia tarda milenios en producir hombres tan grandes. Incorruptibles, inteligentes, formados durante treinta, cuarenta años, decididos, y puros, puros. Déjame decirlo: sabes que tengo razón. Tú eres como ellos, es tu mérito esencial...

(Así Caín y Abel salidos de las mismas entrañas bajo las mismas estrellas...).

El jefe apartó con las dos manos unos obstáculos invisibles. Sin emoción aparente, mirando hacia otro lado e incluso con una expresión distante, dijo: —Ni una palabra más sobre ese tema, Kondratiev. Lo que es preciso es preciso. El partido y el país me han seguido... No te toca juzgarlo... Tú eres un intelectual... —una sonrisa malévolas se esbozó en su cara apagada—. Yo, tú lo sabes, nunca he sido como ellos...

Kondratiev se encogió de hombros.

—¿Qué tienen ellos que ver?... No es el momento de discutir los defectos de la *intelligentsia*... Ha servido mucho, con todo, ¿no es cierto?... Pronto habrá guerra... Arreglaremos cuentas, todas las viejas y sucias cuentas, tú lo sabes mejor que yo... Moriremos quizás hasta el último, arrastrándote con nosotros. Pongamos las cosas lo mejor posible: tú serás el último entre los últimos. Tendrás una hora más que nosotros, gracias a nosotros, sobre nuestros huesos. A Rusia le hacen falta hombres, hombres que tengan en la cabeza lo que nosotros tenemos, nosotros, lo que ellos tenían, ellos... ¡Los que han estudiado a Marx, conocido a Lenin, hecho la Revolución de Octubre, conseguido todo el resto, lo mejor y lo peor! ¿Cuántos quedamos? Tú conoces la cifra, en ella figuras tú también... Y la tierra se va a poner a temblar como cuando los volcanes se despiertan, todos a la vez, de un continente a otro. Estaremos bajo tierra en esa hora negra y tú te quedarás solo.

—Así es —Kondratiev continuó en ese tono tristemente persuasivo—: Te quedarás solo debajo de la avalancha, con el país muriéndose de sufrimiento detrás de ti, con una multitud de enemigos alrededor... Nadie nos perdonará haber iniciado el socialismo con tanta barbarie estúpida... No dudo que tus hombros sean fuertes... Sólidos como los nuestros: nuestros hombros te han

llevado... Solo que tenemos el lugar del individuo en la historia: no es un lugar muy grande, sobre todo cuando el hombre se queda aislado en la cima del poder... Espero que tus retratos, del tamaño de los edificios, no te hayan hecho ilusiones al respecto.

La simplicidad de esta tirada logró un milagro. Caminaban juntos sobre la alfombra blanca. ¿Quién llevaba a quién? Se detuvieron delante del mapamundi: océanos, continentes, fronteras, industrias, extensiones verdes, nuestra sexta parte del mundo, primitiva, poderosa y amenazada... Una intensa raya roja indicaba, en la región de los témpanos, la gran ruta del Ártico... El jefe se interesó en el relieve de los Montes Urales: Magnitogorsk, nuestro nuevo orgullo, altos hornos tan bien equipados como los de Pittsburgh. ¡Eso es lo que cuenta! El jefe se volvió a medias hacia Kondratiev, con un gesto más claro y la voz más calmada. La opacidad de su mirada se disipó: —¡Literato! ¡Bah! Deberías dedicarte a la psicología...

Un movimiento divertido del dedo completó la frase: enredar y desenredar una madeja imaginaria... El jefe sonrió: —En nuestros días, viejo, Chéjov y Tolstoi serían auténticos contrarrevolucionarios... Sin embargo los escritores me gustan, aunque no tengo tiempo de leer... Hay algunos que son útiles... Me encargo de que les paguen bien... Una novela les da más ingresos, a veces, que varias vidas de proletarios. ¿Es justo o no es justo? Tenemos necesidad de eso... Pero no necesito tu psicología, Kondratiev.

Siguió una pausa un poco extraña. El jefe llenaba su pipa. Kondratiev contemplaba el mapamundi. Los muertos no pueden llenar sus pipas ni enorgullecerse de Magnitogorsk, que ellos han construido. No había nada que agregar, todo estaba en su sitio bajo una claridad impersonal que no permitía ni las maniobras ni el temor. Las consecuencias de todo eso serían las que deberían ser: irrevocables.

El jefe dijo:

—¿Sabes que te han denunciado? ¿Que se te acusa de traición?

—¡Por supuesto! ¿Cómo esos cerdos no habrían de denunciarme? Viven para eso. Se atragantan de denuncias de la mañana a la noche...

—Lo que afirman no parece inverosímil...

—¡Pero claro! Lo saben cocinar. En nuestra época, ¿no es de lo más fácil? Pero sea cual fuere el asqueroso galimatías que te enviaron...

—Lo sé. He estudiado el caso. Una historia española de lo más idiota... Te equivocaste en mezclarle en aquello, eso es seguro... Lo que allí se hizo, cochinadas y estupideces, yo lo sé mejor que cualquiera... Ese estúpido procurador quería hacerte arrestar... Una vez encaminados, arrestarían a todo Moscú. Es un bruto del que será preciso deshacernos un día. Una especie de maníaco. Pero basta. Mi decisión está tomada. Partes para Siberia Oriental; mañana temprano te darán tu nombramiento. No pierdas ni un día... Zolotaya Dolina, el Valle del Oro, ¿sabes qué es eso? Nuestro Klondike, una producción en aumento cada año del 40 al 50 por ciento... Técnicos admirables, varios casos de sabotaje, como sería de esperar...

Contento de sí mismo, el jefe se puso a reír. Las bromas no le salían y eso lo ponía a veces agresivo. Quería ser jovial. Su risa era siempre un poco forzada.

—Nos hace falta ahí un hombre con carácter; con buenos nervios, con entusiasmo, con el instinto marxista del oro...

—Detesto el oro —dijo Kondratiev en una especie de arrebato.

¿La vida? ¿El exilio en las montañas de Yakutia, en la desolación blanca, en medio de las minas secretas y desconocidas del universo? Su ser entero se había preparado para una catástrofe, se había endurecido en la espera, acostumbrado a desearla amargamente, como el hombre presa de vértigo, junto a un precipicio, sabe que un doble dentro de él aspira al alivio de la caída. ¿Y ahora qué? ¿Me haces la gracia después de lo que vine a decirte? ¿Juegas conmigo? ¿No voy a desaparecer, saliendo de aquí, en la esquina de alguna calle? Es demasiado tarde para tenernos confianza, demasiado nos has masacrado, ya no creo en ti, no quiero tus misiones que son trampas. No olvidarás nunca lo que te he dicho y si hoy me has perdonado, es para ordenar mi arresto dentro de seis meses, cuando el remordimiento y las sospechas se te suban a la cabeza... «No, Iosif, te agradezco que me perdes la vida, creo en ti, venía aquí en busca de mi salvación, tú eres grande de cualquier modo, te ciegas a veces cuando golpeas, eres pérvido, estás devorado por celos sangrientos, pero eres todavía el jefe de la Revolución, no te tenemos más que a ti, te lo agradezco». Kondratiev contuvo a la vez esa efusión y esa protesta. No hubo pausa. El jefe reía de nuevo: —Literato, te digo. En cuanto al oro, no me importa... Excúsame, hoy

es día de audiencias. Recogerás el expediente del Oro en el secretariado; estúdialo. Me enviarás directamente los informes. Cuento contigo. ¡Buen viaje, hermano!

—Entendido. Cuídate. Nos vemos.

La audiencia había durado catorce minutos... Kondratiev recibió de manos de un secretario un portafolios de cuero sobre el cual se destacaban en letras doradas estas palabras mágicas: *Trust del Oro de la Siberia Oriental*. Pasó, sin verlos, delante de los uniformes azules. La claridad del día le pareció transparente. Caminó un momento entre los peatones sin pensar en nada. Una alegría física crecía en él; pero su espíritu era ajeno a ella. Experimentaba también una tristeza semejante a un sentimiento de inutilidad. Fue a sentarse en el banco de una plaza ante unos árboles miserables y un césped de un verde insignificante. Unos niños vigilados por su abuela hacían bolas de lodo con la tierra fangosa. Los largos tranvías amarillos rodaban un poco más lejos; los ruidos de sus hierros viejos repercutían contra la fachada de un edificio de reciente construcción: vidrio, hierro y hormigón armado. Ocho pisos de oficinas; ciento cuarenta compartimientos que contenían los mismos retratos del jefe, las mismas calculadoras, los mismos vasos de té sobre las mesas de los directores y los contadores, las mismas existencias preocupadas... Pasó una mendiga, arrastrando a tres chiquillos detrás de ella. «Por el amor de Cristo...», dijo, tendiendo una bonita mano morena, de líneas puras. Kondratiev le puso en la palma un puñado de monedas. En cada una de esas monedas, se acordó, podía leerse: ¡Proletarios del mundo, uníos! Se pasó la mano por la frente. ¿Habría terminado esa pesadilla? Sí, estaba terminada, por un tiempo, al menos: mi pequeña pesadilla personal. Pero todo el resto sigue, nada se ha aclarado, ningún alba despunta sobre las tumbas, ninguna esperanza verdadera está permitida para el mañana, todavía es preciso que caminemos a través de las tinieblas, el hielo, el fuego... Stefan Stern está muerto sin duda, hay que desecharlo por él mismo. Kiril Rublev ha desaparecido; con él se extinguió la línea de nuestros teóricos de la gran época... No queda ya en las escuelas superiores más que una canalla de tontos armados con una dialéctica inquisitorial que está muerta en sus tres cuartas partes. Los nombres y las caras se apilan en su memoria como de

costumbre. ¡Qué apacible movimiento el de los milicianos del Ebro que cubrían con tierra, a grandes paletadas, a sus camaradas tendidos en la fosa común! Los mismos hombres en la fosa, al borde de la fosa, enterrados, enterradores: los mismos. Se cubrían de tierra ellos mismos sin desalentarse para vivir y para combatir. Hay que continuar, camaradas, evidentemente. Lavar las arenas auríferas. Kondratiev abrió el portafolios del Trust del Oro. Solo los mapas le interesaron, debido a su magia propia, ese reflejo algebraico de la tierra. Con el mapa de la región de Vitim desplegado sobre las rodillas, Kondratiev contempló los trazos apretados que significaban las elevaciones, las tintas verdes que indicaban los bosques, el azul de las corrientes de agua... No había pueblos: soledades severas, maleza sobre la roca, aguas frías matizadas por el cielo y las piedras, musgos luminosos extendidos sobre las rocas, la vegetación baja y tenaz de la taiga, cielos indiferentes. El hombre, entre esos esplendores descarnados de la tierra, se siente abandonado a una glacial libertad desprovista de sentido humano. Las noches centellean, tienen un sentido inhumano; llega a ocurrir que su centelleo adormezca para siempre al durmiente fatigado. Bodaibo no es sin duda más que un enclave administrativo rodeado de yermos, en pleno desierto boscoso, en una claridad metálica de fijos resplandores. «Me llevaré a Tamara Leontievna», pensó Kondratiev, «ella estará de acuerdo. Le diré: Tú eres recta como los jóvenes abedules de estas montañas, eres joven, tengo necesidad de ti, iremos a luchar por el oro, ¿comprendes?». La mirada de Kondratiev se apartó del mapa para perseguir una alegría que estaba más allá de las cosas visibles. Y descubrió unos zapatos sucios, atados con cuerda, el borde de un pantalón polvoriento. El hombre no llevaba más que un calcetín, caído como un viejo trapo. ¿Expresaban sus pies la violencia y la resignación, un encarnizamiento de qué? De recorrer la ciudad como si fuera una selva para buscar en ella el alimento, el saber, las ideas con las cuales se vivirá mañana, sin ver las estrellas arrinconadas en su inmensidad por la luz de las farolas. Kondratiev volvió lentamente la cabeza para examinar a su vecino: un joven cuyas manos se cerraban sobre un cuaderno abierto lleno de ecuaciones. Había dejado de leer: sus ojos grises exploraban la plaza con una atención aguda y ociosa. ¿A la caza, siempre en busca de la misma aspereza desolada? «En esta tensión y este aburrimiento, nadie a

quien darle la mano», dijo el poeta, pero el vagabundo Máximo el Amargo, Gorki, transcribía: «Nadie a quien romperle la boca...». Una frente obstinada debajo de la visera de la gorra levantada a la manera de los pilastres. Rasgos regulares, trabajados en el interior por una violencia anémica, el tinte de la piel un poco blanquecino. Los ojos limpios: no era un alcohólico. El movimiento del cuerpo del muchacho sobre el banco tenía una energía flexible. A ese durmiente, acostado sobre la tierra desnuda de las Siberias, ningún centelleo de estrellas lo mataría, pues su encarnizamiento nunca dormía. Kondratiev lo olvidó por un momento.

... Así debían de ser los vagabundos de la taiga del Alto Angara, de Vitim, de la Chara, de la Zolotaya Dolina, Valle del Oro. Siguen las huellas invisibles de las bestias en los bosques; adivinan la tormenta; temen al oso; lo tutean como a un hermano más viejo que es sabio y hay que respetar. Ellos son los que llevan a los puestos de la soledad las pieles argentadas y las bolsas de cuero repletas, llenas de granos de oro, para el tesoro de guerra de la República socialista. Un pequeño funcionario silencioso porque ha perdido la costumbre de hablar, que vive solo con su mujer, su perro, su metralleta y los pájaros del cielo, en una isba hecha con gruesos troncos ennegrecidos, cuenta los rublos, vende el vodka, las cerillas, la pólvora, el tabaco, la preciosa botella vacía, hace anotaciones en la libreta de trabajo del Equipo Cooperativo de Buscadores de Oro. Sonriendo, se toma un trago de aguardiente, hace los cálculos, le dice al hombre de la taiga: «Camarada, no es suficiente. No has cumplido con la tarea prevista por el plan de producción más que en un 92 por ciento... No está bien. Arréglalo o ya no te voy a poder vender alcohol...». Lo dice con una voz apagada y añade; «Palmira, danos té...», pues su mujer se llama Palmira, pero él ignora que es un nombre maravilloso de ciudad desaparecida en otro mundo, bajo las arenas, las palmeras, el sol... Estos cazadores, estos planificadores, esos buscadores de oro, esos jóvenes geólogos, esos ingenieros yakutos, buratos, mongoles, tunguses, oirades, gran rusos de las capitales, jóvenes comunistas, miembros del partido, iniciados en la hechicería de los chamanes, esos empleados medio locos de soledad, sus mujeres, sus pequeñas niñas yakutas de los villorrios perdidos, que se venden en el ángulo oscuro de las habitaciones por una brizna de granos rubios o por un

paquete de cigarrillos, los controladores del Trust, acechados en los caminos por fusiles recortados, los ingenieros que conocían las últimas estadísticas del Transvaal y los métodos nuevos de horadamiento hidráulico para la explotación de las capas auríferas profundas, todos, todos, viven una vida magnífica bajo el doble signo del Plan y de las noches centelleantes, en la vanguardia de los hombres en marcha, en estrecho contacto con la Vía Láctea. El preámbulo del *Informe sobre la emulación socialista y el sabotaje en las minas de oro de la Zolotaya Dolina* contenía estas líneas: «... Como dijo hace poco nuestro gran camarada Tuláyev, asesinado a traición por los terroristas trotskistas-fascistas al servicio del imperialismo mundial, los trabajadores del oro forman un contingente de élite en la punta del ejército socialista. Ellos combaten a Wall Street y a la City con las propias armas del capitalismo...». Ah, Tuláyev, pobre imbécil, y esta machaconería de fiscales ebrios de vileza... Dicho desabridamente, en cuanto al oro, pero verdadero después de todo... Los vientos helados del norte ruedan hacia esa región con nubes violáceas cargadas de nieve. Detrás de ellos, la blancura recubre el universo, que se ha entregado a una especie de vacío. Ante ellos huyen tales multitudes de pájaros que llenan el cielo. En el crepúsculo, algunas bandadas lejanas de pájaros blancos despliegan con lentitud, en la inmensidad, leves serpientes doradas. El plan debe ser cumplido antes del invierno.

Kondratiev volvió a ver los zapatos atados con cuerda del pobre caminante.

—¿Estudiante?

—Tecnología, tercer año.

Kondratiev pensó en demasiadas cosas a la vez. En el invierno, en Tamara Leontievna, que se iría con él, en la vida recomenzada, en los encerrados en la prisión interior donde él había creído que terminaría este día, en los muertos, en Moscú, en el Valle del Oro. Sin mirar al muchacho —¿pero qué le importaba, después de todo, esa amarga cara flaca?—, dijo: —¿Quieres combatir con el invierno, con el desierto, con la soledad, con la tierra, con las noches? Combatir, ¿entiendes? Soy el jefe de una empresa. Te ofrezco trabajo en el desierto siberiano.

El estudiante respondió sin tomarse el tiempo de reflexionar: —Si es en

serio, acepto. No tengo nada que perder.

—Yo tampoco —murmuró alegremente Kondratiev.

09

Que la pureza sea traición

El fiscal Rachevsky encontró sobre su escritorio un periódico extranjero que anunciaba (el recorte estaba debidamente encuadrado con rojo) el proceso inminente de los asesinos del camarada Tuláyev. «De nuestro corresponsal especial: Se discute en los medios informados... los principales acusados: el antiguo alto comisario de la Seguridad, Erchov, el historiador Kiril Rublev, exmiembro del Comité Central, el secretario regional de Kurgansk, Artemio Makeyev, un agente directo de Trotsky cuyo nombre se mantiene todavía en secreto... han hecho confesiones completas... se espera que este proceso echará luz sobre algunos puntos que dejaron oscuros los procesos anteriores...». El servicio de prensa del Comisariado de Asuntos Extranjeros adjuntaba una solicitud de informaciones sobre los orígenes de esta noticia. Salida de la Corte Suprema, había sido comunicada, sin embargo, en forma oficiosa, por ese mismo servicio... Calamidad. Hacia el mediodía, el fiscal se enteró de que la audiencia que él había solicitado hacía varios días le era concedida.

El jefe lo recibió en una estrecha antecámara, entre dos puertas, ante una mesa desnuda cubierta de cristal. La audiencia duró tres minutos y cuarenta y cinco segundos. El jefe parecía distraído. «Buenos días. Siéntese. ¿Bueno?». Rachevsky lo veía mal, debido a sus gruesos lentes. El cristal descomponía la imagen del jefe en detalles absorbentes: arrugas en las comisuras de los ojos, cejas negras y espesas mezcladas con pelos blancos...

El fiscal, un poco inclinado hacia adelante, con las dos manos apoyadas en el reborde de la mesa (pues no se atrevía a hacer un solo gesto) le dio su informe. No sabía muy bien lo que decía, pero el automatismo profesional le permitió ser breve y preciso: primero, las confesiones completas de los principales acusados; segundo, el deceso inesperado de quien parecía ser el alma de la conspiración, el trotskista Rishik, deceso debido a la imperdonable negligencia de la camarada Zvéryeva, a cargo de la investigación; tercero, las fuertes presunciones reunidas contra Kondratiev, cuya culpabilidad —si podía probarse— demostraría la vinculación de los conspiradores con el extranjero... En principio, debía admitirse una duda en tanto que Kondratiev no fuera sometido a un interrogatorio... Empero...

El jefe lo interrumpió:

—Yo me he encargado de ese asunto. No debe interesarle más.

El fiscal se inclinó, medio ahogado. «Ah, tanto mejor. Se lo agradezco...». ¿Por qué lo agradecía? Experimentó una sensación de caída vertical. Así caería uno desde lo alto de los rascacielos de una ciudad inimaginable, pasando frente a las ventanas cuadradas, cuadradas, cuadradas: quinientos pisos...

—¿Lo que sigue?

¿Qué era lo que seguía? El fiscal volvió, como tanteando, a las confesiones completas de los principales acusados...

—¿Han confesado? ¿Y no tiene usted ninguna duda?

Mil pisos, y abajo el asfalto. El cráneo dando contra el asfalto con una velocidad de bólido.

—... No —dijo Rachevsky.

—Aplique entonces la ley soviética. Usted es el fiscal.

El jefe se levantó con las manos en los bolsillos. «Nos vemos, camarada fiscal». Rachevsky se fue como un autómata. No se planteó ninguna pregunta. Se abandonó, en el coche, a un estupor de hombre aturdido. «No recibo a nadie», le dijo a su secretario, «déjeme solo...». Se sentó ante su mesa. La vasta oficina no ofrecía nada atractivo a la mirada (el retrato del jefe, en tamaño natural, estaba detrás del sillón del fiscal). «Qué cansado estoy», se dijo, y apoyó la frente sobre sus palmas. «En pocas palabras, no tengo más que una salida: volarme la tapa de los sesos...». La idea se

formuló por sí misma, en su cerebro, directa y simplemente. El teléfono sonó, línea directa del Comisariado del Interior. Al descolgar el auricular, Rachevsky percibió cierta lasitud en sus miembros. No había en él más que esa idea, reducida a una potencia impersonal, sin emoción, sin imágenes, sin discusión, evidente. «Hola...». Gordéyev le preguntó sobre esta «deplorable indiscreción de la que informaban ciertos periódicos europeos, concerniente a un supuesto rumor... ¿Sabe usted algo, Ignati Ignatiévich?». Excesivamente cuidadoso, Gordéyev usaba circunloquios para no decir: «Estoy haciendo una pesquisa». Rachevsky comenzó por tartamudear. «¿Cuál indiscreción dice usted? ¿Un periódico inglés? Pero todas las comunicaciones de este género pasan por la oficina de prensa de Asuntos Extranjeros...». Gordéyev insistió: «Yo creo que usted no entiende bien, mi querido Ignati Ignatiévich... Permítame que le lea estas palabras: *De nuestro corresponsal especial...*». Rachevsky lo interrumpió de inmediato: «Ah, sí, ya sé... Mi secretariado había transmitido una comunicación verbal... a indicación del camarada Popov...». Gordéyev pareció incómodo por la limpieza inesperada de esta respuesta. «Bueno, bueno», dijo bajando la voz, «es que...» (la voz subió una octava: ¿había quizás alguien cerca de Gordéyev?, ¿quizás esta conversación telefónica estaba siendo grabada?). «¿Tiene usted una nota escrita por el camarada Popov?». «No, pero estoy seguro de que él se acuerda muy bien...». «Se lo agradezco. Excúseme, Ignati Ignatiévich...».

En sus momentos de gran trabajo, Rachevsky dormía a menudo en la Casa de Gobierno. Disponía ahí de un pequeño apartamento sin adornos, invadido por los expedientes. Trabajaba mucho él mismo, no sabiendo utilizar a los secretarios y no fiándose de nadie. Sesenta casos de sabotaje, traición, espionaje, por estudiar antes de dormirse, estaban regados por los muebles. Los más secretos estaban en una pequeña caja fuerte, en la cabecera de la cama. Rachevsky se detuvo delante de esta caja fuerte y, para sobreponerse a su estupor, limpió sus lentes por un largo rato. «Evidentemente, evidentemente». Se le llevó la merienda acostumbrada, que él devoró de pie, frente a la ventana, sin ver el paisaje del barrio donde se encendían innumerables puntos de oro. «Es la única cosa que hay que hacer, la única...». Sobre esta cosa en sí misma, apenas pensaba. Presente en él, no ofrecía una dificultad real. Volarse la tapa de los sesos: ¿qué hay de

más simple? No se puede imaginar qué tan simple. Era un hombre elemental que no temía ni al dolor ni a la muerte; había asistido a algunas ejecuciones. Probablemente no hay un dolor verdadero, nada más que un golpe de una duración infinitesimal. Y materialistas como somos, no hemos de temerle a la nada. Aspiraba al sueño y a la noche, la cual da mejor que nada la imagen de la nada, de lo que no existe. ¡Déjenme tranquilo, déjenme tranquilo! No escribiría nada. Eso les convendría más a sus hijos. Cuando estaba pensando en sus hijos, Senia le habló por teléfono. «¿No vienes esta noche, papá?». «No». «Papá, me fue *muy bien* hoy en historia y en economía política... Tiopka se lastimó la punta de un dedo desprendiendo unas calcomanías; Niura lo vendó como dice el artículo “auxilio a los heridos” del Manual. A mamá ya no le duele la cabeza. ¡Todo va bien en el frente del interior! ¡Duerme bien, papá-fiscal!». «Duerman bien, queridos», respondió Rachevsky.

¡Ah, por Dios! Abrió un armario de la pequeña oficina, sacó de ahí una botella de coñac y bebió a morro. Sus ojos se dilataron, un calor violento lo invadió; aquello estaba bien. La botella, que plantó brutalmente ante él, osciló por un largo rato. ¿Caerá o no caerá? No cayó. Golpeó la mesa, a los dos lados de la botella, con vigorosos puñetazos, pero con una mano abierta y lista para atraparla al vuelo si empezaba a caer. «¡No te caes, canalla, je, je, je, je!». Reía con grandes hipos. «¡Una bala en la cabeza, pum, pum, pum, pum! ¡Una bala en la botella, pum, pum, pum, pum!». Inclinado con todo su peso sobre un lado de la mesa, trató de alcanzar con la punta de los dedos un expediente azul que estaba sobre la mesita vecina. El esfuerzo lo hizo gemir. «Te atrapo, mierda, mierda...». Tomó el borde del expediente, lo atrajo hacia él con una destreza taimada y lo atrapó en el aire, al tiempo que sobre la alfombra se desparramaban otras hojas; lo puso sobre la mesa, mandó al diablo sus lentes por encima del hombro y se puso a deletrear, subrayándolas con un grueso dedo ensalivado, las palabras escritas sobre la cubierta; *Sa-bo-ta-je en la industria química, caso de Akmolinsk*. Las sílabas se encimaban, corriendo una detrás de otra y cada letra, escrita con trazos redondos de tinta negra, estaba bordeada por un fuego verde. Sus dedos capturaban las sílabas, pero se le escapaban como ratones, como ratas, como esos pequeños lagartos del Turkestán que él cazaba a los doce años

con un nudo corredizo hecho con una brizna de hierba: ja, ja, ja. «Siempre me especialicé en los nudos corredizos». Rompió el expediente en cuatro pedazos. Aquí, botella, aquí, canalla, ¡hurra! Bebió hasta perder el aliento, la risa, la conciencia...

Cuando llegó, en la tarde del día siguiente, a su oficina de fiscal, Popov lo esperaba ahí rodeado de los jefes del servicio, a los que despidió con un gesto de la mano. Aburrido, Popov: estaba amarillento y tenía la tez de un enfermo. El fiscal se sentó bajo el gran retrato del jefe, abrió su portafolios, adoptó un aire amable, pero la migraña le pesaba sobre los párpados, tenía la boca pastosa y la respiración dificultosa. «Pasé una noche de perros, camarada Popov, crisis de asma, el corazón, no sé qué, no he tenido tiempo de consultar a un médico... ¡A sus órdenes!». Popov preguntó suavemente: —¿Leyó los periódicos, Ignati Ignatiévich?

—No he tenido tiempo.

No había leído tampoco el correo, pues los sobres no abiertos aún estaban ahí, sobre su escritorio. Popov se frotó las manos. «Bueno, bueno... Veamos, camarada Rachevsky, más... más que sea yo quien le comunique las noticias...». No debía de ser fácil, porque buscó en sus bolsillos un periódico, lo desplegó, encontró en él un cierto texto hacia la mitad de la tercera página. «Tenga, lea, Ignati Ignatiévich... Por otra parte, todo está arreglado, de eso me he ocupado esta mañana...».

Por decisión del... etcétera... el camarada Rachevsky, I. I., fiscal del Tribunal Supremo, es relevado de sus funciones... en vista de su nombramiento en otro puesto...

—Evidentemente —dijo Rachevsky sin emoción, porque percibía una evidencia del todo diferente.

Con las dos manos, blandamente, empujó su pesado portafolios hacia Popov. «Aquí tiene».

Popov decía, con frotamiento de manos, tosecillas, vagas y plácidas sonrisas (y nada de eso significaba nada): «Usted comprende, no es eso, Ignati Ignatiévich... Usted ha cumplido una tarea... sobrehumana... Errores inevitables... Hemos pensado en un puesto que le permita a usted tener algún reposo... Ha sido usted nombrado...» (desde el fondo de su estupor, Rachevsky puso atención), «nombrado director de los Servicios del

Turismo... con un permiso previo de dos meses... que yo le aconsejo amistosamente pasar en Sochi... o en Suk-Su, que son nuestras dos mejores casas de descanso... ¡El mar azul, las flores, Alupka, Alushta, los paisajes, Ignati Ignatiévich! Usted habrá de regresar con nuevas fuerzas... diez años de menos... y el turismo, usted sabe, no hay que descuidarlo...».

El exfiscal Rachevsky pareció despertar. Gesticuló. Los gruesos vidrios de sus lentes lanzaban reflejos. Una sonrisa hendió horizontalmente su cara cóncava.

—¡Encantado! ¡El turismo, el sueño de mi vida! ¡Los pajaritos en los bosques! ¡Los cerezos en flor! ¡La gran ruta de Svanetia! ¡Yalta! ¡Nuestra Riviera! ¡Gracias, gracias!

Sus dos manos nudosas y velludas empuñaron las manos blandas de Popov, que retrocedió un poco, la mirada agitada, la sonrisa amarillenta.

Los funcionarios subalternos los vieron salir cogidos del brazo como unos buenos amigos. Rachevsky sonreía con todos sus dientes amarillos y Popov tenía el aire de irle contando una historia divertida. Subieron juntos al vehículo del Comité Central. Rachevsky le hizo detenerse por un momento en la calle Máximo Gorki, ante una gran tienda de ultramarinos. Regresó, con su porte serio de nuevo, con un paquete que puso delicadamente sobre las rodillas de Popov. «Mire, viejo». El gollete de una botella destapada se asomaba de la bolsa de papel. «Beba, amigo mío, beba usted primero...», decía amigablemente Rachevsky y su brazo rodeaba los débiles hombros de Popov. «Se lo agradezco», dijo fríamente Popov, «y por lo demás yo le aconsejo que...». Rachevsky estalló: —¡Usted me aconseja, querido amigo! ¡Vaya gentileza!

Y bebió ávidamente, con la cabeza echada para atrás, la botella en alto en su puño firme, luego se relamió: «¡Viva el turismo, camarada Popov! ¿Sabe de lo que me arrepiento? De haber comenzado mi vida colgando lagartos». Luego ya no dijo nada, pero desenvolvió la botella para ver si le quedaba algo más. Popov lo llevó hasta su casa, en las afueras de la ciudad. «¿Cómo está la familia, Ignati Ignatiévich?». «Todos bien, muy bien. Están todos prodigiosamente felices. ¿Y la suya?». (¿Se reía?). «Mi hija está en París», dijo Popov con una punta de inquietud. Miró al exfiscal ante la Corte Suprema descender del coche delante de una mansión rodeada de arbustos

descoloridos. Rachevsky metió torpemente los pies en un charco lodoso, lo que lo hizo reír y maldecir. La botella le salía del bolsillo de la gabardina; la tentó con una mano parecida a un gran cangrejo. «¡Nos vemos, viejo!», dijo alegre o malévolamente, y corrió hacia la reja del jardincillo.

«Un hombre acabado», pensó Popov. ¿Y qué con eso? Ese nunca había valido gran cosa.

París no se parecía a ninguna de las imágenes confusas que Xenia se había hecho de la ciudad. No encontraba ahí, más que fortuitamente, semejanzas momentáneas con la doble ciudad que ella esperaba: capital de un mundo en estado de descomposición, capital de las insurrecciones obreras... Todo estaba edificado desde hacía siglos; tanta lluvia, tanto sol, tanta noche, tanta vida impregnaban las viejas piedras, que la noción de un logro único se imponía. Turbio pero azul, el Sena corría bajo viejos árboles dispersos, entre sus muelles de piedra de un color indeciso. Esas piedras parecían no tener ya dureza; las aguas de la vasta ciudad no podían ser amargas ni peligrosas, y en ninguna otra parte los ahogados debían suscitar lágrimas más simples. Lo trágico de París se vestía con una gloria usada, casi ligera. Era una delicia detenerse delante de un puesto de *bouquiniste*, bajo el esqueleto de un árbol, para abrazar con una sola mirada los libros apenas vivos, todavía no muertos del todo, cuyas manchas guardaban la huella de manos desconocidas, las piedras del Louvre, del otro lado del río la bandera de *La Belle Jardinière*; más lejos, en un crucero ruidoso y hormigueante, los arcos y la estatua ecuestre del Pont-Neuf y, debajo, su singular placita triangular casi al ras del agua, entre los techos lejanos, la sombría flecha labrada de la Sainte Chapelle. Los viejos barrios sórdidos, marcados en la cara por la lepra de una civilización, atraían y horrorizaban a Xenia: llamaban a la dinamita para que, después de las demoliciones, pudieran construirse grandes manzanas de casas donde corrieran el aire y la luz del día. Sería un gusto, sin embargo, vivir ahí, aun la vida indigente de los hotelitos, de los cuartos compartimentados en las casas muy viejas, a los que se llega por una escalera oscura, donde las flores, colocadas en el reborde de la ventana, sorprendían como la sonrisa de un niño enfermo. Xenia se iba a explorar al

final de la tarde los barrios de la miseria antigua y la humillación; era presa de una singular ternura por esas ciudades abandonadas en la ciudad gigante, al margen de las largas avenidas, de los muelles reales, de los lugares de nobles arquitecturas, de los arcos de triunfo, de los bulevares opulentos... Al fondo de una calle de suave pendiente, las cúpulas color crema del Sacré-Coeur captaban en la altura toda la claridad de la noche. Se doraba su fealdad desprovista de alma. En esta calle, a infinita distancia de toda misericordia cristiana o atea, las mujeres acechaban desde las puertas o detrás de vidrios manchados, en la penumbra envenenada de los interiores. Vistas desde el otro lado de la calle, envueltas en sus mantones o cruzadas de brazos sobre sus batas, parecían bonitas; de cerca, todas tenían los mismos rostros ajados, recargados de maquillaje, de un dibujo violento. «Son mujeres y yo soy mujer...». Xenia apenas entendía esta verdad. «¿Qué hay de común entre nosotras, qué hay de diferente?». Le era tan fácil responder: Yo soy la hija de un pueblo que ha hecho la revolución socialista y estas son las víctimas de la vieja explotación capitalista, que la frase se volvía una fórmula casi hueca. ¿No había muchachas parecidas en ciertas calles de Moscú? ¿Qué pensar? Miradas de curiosidad seguían a la extranjera de chaqueta blanca y boina blanca que ascendía la cuesta de la calle: ¿qué podía ella venir a buscar en ese barrio? No su felicidad, eso es seguro, ni *bizness* ni un hombre; ¿entonces qué, sería una especie de vicio? No está nada mal, en todo caso, mira qué tobillos, ¡pensar que yo los tenía iguales a los diecisiete! Xenia se cruzó con un sombrío oriental, parecido a un tártaro de Crimea, que echaba ojeadas oblicuas a los escaparates y a los corredores; lo vio acosado por una especie de hambre más lamentable y más áspera que el hambre misma. Las tiendas más pobres, vecinas de los burdeles, ofrecían en sus escaparates dulces de chocolate, arroz marca La Croix en paquetes azules, quesos, frutas de ultramar. Xenia se acordaba de la indigencia de nuestras cooperativas en los barrios de Moscú. ¿Cómo era posible? ¿Son tan ricos que su miseria puede incluso mezclarse con toda esa abundancia? El horror pantanoso de esos bajos fondos reinaba sobre una comodidad grasa y baja llena de comida, de licores, de lindos vestidos, de amores sentimentales y de estímulos sexuales.

Xenia regresaba por la orilla izquierda. En Chatelet, terminaba una

ciudad comercial cuya agitación era únicamente elemental: vientre y bajo vientre que alimentar. La animalidad de las multitudes se atareaba en ese sitio. La Tour Saint-Jacques, rodeada de un pobre oasis de follajes y de sillas a dos centavos, no era más que un inútil poema de piedra. «Vestigio de la época teocrática», pensaba Xenia; «esta ciudad en cambio está en la época mercantil...». No quedaba más que un puente por atravesar para llegar, entre la Prefectura, la Conserjería, el Palacio de Justicia, a la época administrativa. Las prisiones databan de hacía setecientos años; sus torres redondas, que miraban al Sena, permitían olvidar —tanta era la nobleza de sus líneas— las cámaras de tortura de antaño. Los tribunales alimentaban a un pueblo de escribanos pero había también un mercado de flores.

Otro puente sobre las mismas aguas, y los libros vivían en los escaparates, los muchachos con la cabeza descubierta llevaban cuadernos bajo el brazo, se entreveían en los cafés caras inclinadas sobre textos que eran, todo a la vez, las *Pandectas* de Justiniano, los *Comentarios* de Julio César, *La interpretación de los sueños* de Sigmund Freud y poemas surrealistas. La vida subía a lo largo de las terrazas de los cafés hacia un jardín trazado con líneas tranquilas; este jardín terminaba, entre los edificios burgueses, en un globo de bronce aéreo sostenido por formas humanas, como un pensamiento atado al suelo, metálico pero transparente, terrestre pero fieramente resistente. Xenia prefería volver a su casa por este crucero, donde el cielo era más vasto que en otros lados. Las telas estampadas que el Trust del Textil de Ivanovo-Voznessensk exigía no le quitaban más que una consulta por semana, sobre selecciones propuestas. Ella se dejaba vivir, cosa inconcebible pero fácil.

Detenerse ante un portal del siglo xvi, en la calle Saint Honoré, diciéndose que la carreta de Robespierre y de Saint-Just pasó por aquí, descubrir al lado un escaparate que contiene telas del Oriente, interrogarse sobre el precio de un frasco de perfume, vagabundear por los jardines de la torre Eiffel... ¿Era bella o fea esta armazón metálica que subía tan alto en el cielo de París? Lírica en todo caso, emocionante, única en el mundo. ¿A qué emoción estética es comparable la emoción que Xenia sentía al verla desde lo alto de Ménilmontant, en el horizonte de la ciudad? Sujov explicaba que nuestro Palacio de los Soviets elevará más alto en el cielo de Moscú una

estatua en acero del jefe: ¡aquello será diferente, más grande y simbólico! Su pequeña torre Eiffel, monumento rebasado de la técnica industrial de fines del siglo XIX, lo hacía reír. «¿Cómo pueden encontrar eso interesante?». (La palabra *emocionante* le era desconocida). «Quizá sea usted poeta», respondía Xenia, «pero tiene menos intuición de algunas cosas que las mismas plantas»; como no comprendía nada, él se reía, seguro de su superioridad... Por eso Xenia prefería salir sola.

Se levantaba tarde, a las nueve de la mañana. Una vez que terminaba su arreglo personal, Xenia abría la ventana sobre un cruce de bulevares: Raspail, Montparnasse, y contemplaba, contenta de vivir, ese paisaje de casas, de cafés con las sillas todavía volteadas sobre las mesas, de asfalto. La estación Vavin del Metro. La persiana cerrada del vendedor de ostras y mariscos; el vendedor de periódicos desplegando su puesto... Nada cambiaba de un día a otro. Xenia tomaba su desayuno en el café del hotel y era un momento agradable. Los ritos matinales del establecimiento le procuraban un sentimiento de apacible seguridad. ¿Cómo esta gente podía vivir sin complicaciones, sin un impulso hacia el porvenir, sin pensar en los demás y en ellos mismos con angustia, piedad, dureza? ¿De dónde les venía esta plenitud en una especie de vacío? Apenas Xenia se había sentado en su mesa acostumbrada (ya cautiva, también, de un principio de costumbre), cerca de las cortinas detrás de las cuales el bulevar podía verse con sus tonos pétreos, recomendando despreocupadamente su vida cotidiana, cuando *Madame* Delaporte entraba sin ruido, como una gran gata muy digna. Cajera del café-restaurante desde hacía veintitrés años, *Madame* Delaporte se sentía ahí, sencillamente, soberana de un reino donde la inquietud estaba desterrada, como una reina Guillermina de Holanda reinaba sobre los campos de tulipanes. Las cuentas atrasadas de algunos viejos clientes inspiraban también confianza. La casa daba crédito, señor, ¿por qué no? Que el doctor Poivrier, propietario en la calle de Assas, y por otro lado accionista del Bon Marché, debiera quinientos francos, ¡eso significaba dinero en el banco! *Madame* Delaporte consideraba a la clientela respetable y regular como su propia obra. Y si Leonardo da Vinci pintó la Gioconda, *Madame* Delaporte había hecho esa clientela. Otras mujeres, menos privilegiadas, tenían hijos mayores ya casados, que se divorcian y

cuyos hijos se enferman, y entonces todos los negocios se acaban, y todo ese desorden, ¡vaya! «Yo tengo esta casa, señor, es mi hogar, y mientras yo esté aquí va a ir bien la cosa!». Lo de *va a ir bien la cosa*, *Madame Delaporte* lo pronunciaba con una modesta seguridad que no dejaba ninguna duda. Comenzaba por abrir la caja; ponía a un lado, al alcance de sus manos, su tejido, sus gafas, un libro sacado de la biblioteca, una revista ilustrada en la que leería, en las horas muertas, con una media sonrisa enterneceda y escéptica, los consejos de la Tía Solange a Miosotis de dieciocho años, a la Rubiecilla de Lyon, a Rosa la Inquieta: «¿Usted cree que él me ama de verdad?». *Madame Delaporte* se arreglaba el peinado con la punta de los dedos, para que cada mechón gris, graciosamente ondulado, no se moviera de su lugar. Después le echaba la primera ojeada al café. Un orden duradero reinaba ahí. El señor Martin, camarero, terminaba de distribuir los ceniceros sobre las mesas, por puro escrupulo, frotaba el vago contorno de una mancha de humedad hasta hacer relucir la madera irreprochablemente. Le sonreía a Xenia y *Madame Delaporte* le sonreía también. Juntas, las dos voces amigables le daban los buenos días. «¿Todo a su gusto, señorita?». Estas frases parecían dichas por las cosas mismas, satisfechas de existir y de naturaleza sociable. Entre diez y diez y cuarto, entraba el primer cliente regular, el señor Taillandier, que se acodaba en el mostrador, cerca de la caja, para tomar un café *kirsch*. La cajera y el cliente intercambiaban comentarios tan poco variados que Xenia creía conocerlos ya de memoria... *Madame Delaporte* se cuidaba desde hacía doce años de problemas del estómago: flatulencias, acidez... El señor Taillandier se preocupaba por su régimen de artrítico. «Mire nada más, *Madame*, el café y el *kirsch* los tengo contraindicados y sin embargo, ¡mire! No me los niego, *Madame*. Hay que tomar la medicina y luego dejarla, yo no me fío más que de mi instinto. Así, cuando yo estaba en mi regimiento, en el 24...». «Y yo, señor —aquí las largas agujas de tejer de *Madame Delaporte* comenzaban su *ballet*—, yo he visto a los especialistas más caros, he consultado a los facultativos sin cuidarme el bolsillo, le ruego que me crea, sí, señor, y bueno, volví a los remedios caseros, lo único que me hace bien es una tisana que me prepara un herbolario del Marais, y ya ve usted que no tengo tan mala cara, después de todo...». Algunas veces llegaba, en ese momento, el elegante señor

Gimbre, muy informado sobre las carreras de caballos: «Apuesten duro a *Nautilus II* y, en la siguiente, a *Cleopatra*». Perentorio sobre ese tema, el señor Gimbre abordaba a veces la política, si alguien quería darle la réplica; hablaba entonces mal de los checoslovacos, que fingía incluso confundir con los kurdosirios, y revelaba el precio exacto de los castillos comprados por Léon Blum. Xenia lo miraba por encima de su periódico, irritada por la suficiencia y la vulgaridad de sus comentarios; se preguntaba: ¿Qué sentido tiene la vida de semejante ser? *Madame Delaporte*, llena de tacto, le daba pronto otro giro a la conversación. «¿Va todavía de negocios a Normandía, señor Taillandier?», y de inmediato se hablaba de la cocina normanda. «Ajá», suspiraba inexplicablemente la cajera. El señor Taillandier se iba, el señor Gimbre se encerraba en la cabina del teléfono, el señor Martin, camarero, se plantaba ante la puerta abierta, junto a los manchones de césped, para observar con aire despreocupado lo que hacían las modistas de enfrente, en *Chez Monique*. Un viejo gato gris, terriblemente egoísta, se colaba debajo de las mesas sin dignarse a ver a nadie. *Madame Delaporte* lo llamaba discretamente: «Psst, psst, *Mitrón*». *Mitrón* seguía su propio camino, probablemente halagado por esa atención. «Malagradecido», murmuraba *Madame Delaporte* y, si Xenia levantaba los ojos, continuaba: «Los animales, señorita, son tan ingratos como la gente. No se fíe de unos ni de otros, hágame caso». Era un universo minúsculo, tranquilo, donde se vivía sin comentar las cifras de control del plan, sin temer las purgas, sin consagrarse al porvenir, sin plantearse los problemas del socialismo. Esa mañana, *Madame Delaporte*, a punto de proferir uno de sus aforismos acostumbrados, dejó su tejido, bajó de su alto taburete, le hizo una señal con un gesto al camarero Martin, y se acercó a Xenia, que estaba acodada en la mesa, ante su café con crema, los *croissants* y el periódico.

Lo que había de extraño en Xenia era su inmovilidad: El mentón en la mano, «blanca como un sudario» (observaba *Madame Delaporte*), las cejas arqueadas, los ojos fijos, debió de ver venir a la cajera, pero no la vio, tampoco la vio volver sobre sus pasos a saltitos, no la escuchó ordenarle al camarero: «¡Pronto, pronto, Martin, un Marie Brizard! No, espere, mejor un anís, pero dese prisa, caray, que ha perdido el sentido, Dios mío...». *Madame Delaporte* llevó ella misma el anís y lo puso sobre la mesa delante

de Xenia, que no se movía... «Señorita, mi niña, ¿qué pasa?». Una mano puesta con suavidad sobre su boina blanca y sus cabellos trajo a Xenia de nuevo a la realidad. Miró a *Madame Delaporte* pestañeando, a través de las lágrimas; se mordió los labios, dijo algo en ruso («¿pero qué hacemos, qué hacemos?»). *Madame Delaporte* tenía sobre los labios una pregunta afectuosa: «¿Penas de amor, chiquilla; él es malo, te es infiel?», pero esa cara de cera dura, con su extravío concentrado, no parecía la de alguien con penas de amor; debía ser algo peor, alguna cosa desconocida e incomprensible... nunca se sabe con estos rusos.

—Gracias —dijo Xenia.

Una sonrisa de locura le desfiguraba la cara infantil. Bebió el anís, se levantó con los ojos secos, sin cuidarse de ponerse un poco de maquillaje, y salió, corriendo casi, atravesó el bulevar entre los autobuses, desapareció en la escalera del Metro... El periódico abierto, el café y los *croissants* intactos sobre la mesa testimoniaban una desolación insólita. El señor Martin y *Madame Delaporte* se inclinaron sobre el periódico. «Sin mis gafas, no veo ni gota, señor Martin, léamelo: ¿un accidente, un drama?». El señor Martin respondió después de una pausa: «No veo más que la noticia de un proceso en Moscú. Usted sabe, *Madame Delaporte*, allí se fusila a la gente en un parpadeo, por cualquier cosita...».

—¿Un proceso? —dijo *Madame Delaporte*, incrédula—. ¿Usted cree? Es igual: pobre señorita. Me siento rara. Señor Martin, déme usted un anís; no, espérese, mejor un *Marie Brizard*. Es como si hubiera visto ocurrir una desgracia...

Xenia no veía en el campo iluminado de su conciencia más que dos ideas claras: «No podemos dejar que fusilen a Kiril Rublev... No queda para salvarlo más que una semana, una semana...». Se dejó llevar por el tren, arrastrar por las multitudes a través de los corredores subterráneos de Saint-Lazare; leyó los nombres de estaciones desconocidas. Su pensamiento no iba más allá de una idea obsesiva. De repente, se le apareció sobre la pared de una estación un cartel monstruoso que representaba una cabeza de buey, negra, con grandes cuernos separados, un ojo vivo y el otro perforado por una enorme herida rectangular donde la sangre tenía el color del fuego. Bestia fusilada: una visión atroz. Xenia, huyendo de esa imagen

que se reproducía de una estación a otra, se encontró sobre la acera de los Trois Quartiers, frente a la iglesia de la Madeleine, indecisa, hablándose a sí misma.

¿Qué hacer? Un hombre viejo se descubría delante de ella, tenía dientes de oro y le decía algo con una voz melosa, incómodo. Decía «graciosa» y Xenia escuchó «gracia». Escribir cuanto antes, telegrafiar: igracia para Kiril Rublev, perdón! El señor vio aclararse ese rostro agudo de mujer-niña e iba a poner un aire de beato, pero Xenia dio una patada en el suelo y lo miró: los cabellos escasos partidos por una raya, los ojos porcinos, e hizo lo que hacía de niña, en sus peores berrinches: escupió... El señor se alejó y Xenia entró en un ruidoso bar-tabaquería. «Papel de cartas, se lo ruego... Sí, café, y pronto». Se le trajo un sobre amarillo y una hoja de papel cuadriculado. Escribir al jefe, era el único que salvaría a Kiril Rublev. «Querido y grande, y justo, nuestro jefe bienamado... ¡Camarada!». El impulso de Xenia se detuvo. «Querido», ¿pero no comenzaba ella, al escribirlo, a sobreponerse a una especie de odio? Era espantoso pensarlo. «Grande», ¿pero qué es lo que no dejaba hacer? «Justo», y se iba a juzgar a Rublev, a matar a Rublev, que era como un santo, y esos procesos eran ciertamente decididos por el Politburó. Reflexionó. Para salvar a Rublev, ¿por qué no mentir, envilecerse? Solo que la carta no llegaría a tiempo; e incluso si la carta llegaba, ¿la leería él, Él, que recibía miles de cartas todos los días, abiertas por un secretario? ¿A quién hacer intervenir? ¿Al cónsul general, Nikifor Antonich, gordo miedoso, impasible, desalmado? ¿Al primer secretario de la legación, Willi, que le enseñaba a jugar al *bridge*, la llevaba a Tabarin, sin ver en ella más que a la hija de Popov? Willi espiaba al embajador y era el perfecto arribista, un desalmado también. Otras caras se le presentaron; todas se le hicieron súbitamente odiosas. Desde esa noche, desde que se recibiera confirmación del despacho de los periódicos, la célula del partido se reuniría, el secretario propondría telegrafiar una resolución de unanimidad exigiendo el supremo castigo para Kiril Rublev, Erchov, Makeyev, traidores, asesinos, enemigos del pueblo, desechos de la humanidad. Willi votaría a favor, Nikifor Antonich votaría a favor, los otros votarían a favor... «¡Que se me seque la mano, miserables, si se levanta con las de ustedes!». Nadie a quien suplicar, nadie a quien hablar, nadie. Los Rublev mueren solos, solos. ¿Qué hacer?

Xenia lo vio: su padre. Padre, ayúdame, tú puedes salvarlo. Irás a ver al jefe, se lo dirás... Encendió un cigarrillo: la llama de la cerilla le pareció una estrella de buen augurio en la punta de los dedos. Casi radiante, Xenia comenzó a escribir su despacho en una oficina de correos. La primera palabra trazada sobre el papel apagó su confianza. Rasgó el primer formulario; sintió que el rostro se le crispaba. Encima del pupitre, un cartel explicaba: «*Con un desembolso anual de 50 francos durante veinticinco años, usted se asegurará una vejez apacible...*». Xenia se echó a reír. Su pluma ya no tenía tinta; buscó alrededor. Una mano mágica le tendió una pluma amarilla rodeada por un anillo de oro. Xenia escribió con decisión: Padre hay que salvar a Kiril Stop Tú conoces a Kiril desde hace veinte años Stop Es un santo Stop Inocente Stop Inocente Stop Si tú no lo salvas un crimen pesará sobre nosotros Stop Padre tú lo salvarás...

¿De dónde había salido esa ridícula pluma, amarillo yema? Xenia no sabía qué hacer, pero una mano se la quitó: la mano de un señor con un bigote a lo Charlie Chaplin, que le decía algo amablemente que ella no escuchaba. ¡Váyase al diablo! En el mostrador, la dependienta, una muchacha de gruesos labios demasiado pintados, contó las palabras del telegrama. Miró a Xenia directamente a los ojos y dijo: —Espero que lo consiga, señorita.

Xenia, con un nudo en la garganta, respondió:

—Es casi imposible.

Los ojos café, estriados de oro, del otro lado del mostrador, la miraron con espanto, pero su expresión iluminó a Xenia, que se repuso: «No, todo es posible, gracias, gracias». El bulevar Haussmann vibró bajo un sol ligero. En una esquina de la calle, los paseantes se apiñaban para ver, en un escaparate del entresuelo, pasar a las modelos que presentaban, esbeltas, balanceando un poco los hombros y las caderas, las ropas de la estación... Xenia sabía cómo encontrar a Sujov en el Marbeuf. Le tenía, sin pensarlo, la confianza física de la joven mujer deseada por el hombre joven. Poeta, secretario de una sección del Sindicato de Poetas, escribía para los periódicos versos insultos, impersonales como los editoriales de los diarios, que la Librería del Estado reunía luego en cuadernillos: *Tambores, Paso a paso, Vigilemos la frontera...* Él repetía las palabras de Mayakovski: «¿Nôtre-

Dame? Sería un magnífico cine». Colaborador de la Seguridad, vigilaba a las células de los jóvenes funcionarios en misión en el extranjero, para recitarles versos con una voz cálida y viril de gritón de pueblo y redactar informes confidenciales sobre el comportamiento de sus auditórios en el ámbito capitalista. Cuando estuvieron solos en un jardín, Sujov besó a Xenia. La hierba, el olor de la tierra lo ponían amoroso y le daban ganas de correr, de galopar, decía Xenia. Ella lo dejaba hacer, contenta, repitiéndole siempre que no lo amaba más que como camarada, «y si me quieres escribir, que sea en prosa, ¿de acuerdo?». Él no le escribía. Ella le rehusó los labios y rehusó acompañarlo a un hotel de la Porte Dorée para comenzar ahí «una aventura *a la française*». «Eso, Xeniushka, me pondrá a lo mejor lírico como el viejo Pushkin. Tú deberías amarme por amor a la poesía». Sujov le besó las manos. «Cada día estás más bonita, estás tomando un aire a lo Champs-Élysées que me fascina, Xeniushka. Pero no te ves bien. Acércate más». La arrinconó en un extremo del banco, rodilla contra rodilla, le rodeó el talle y la miró de pies a cabeza con sus ojos de garañón. Lo que Xenia dijo lo heló. Se echó para atrás y dijo severamente: «Xeniushka, sobre todo no hagas tonterías. No te mezcles en esa historia. Si Rublev es arrestado, es que es culpable. Si él confiesa, tú no puedes negar nada por él. Si es culpable, ya no existe para nadie. Es mi punto de vista y no hay otro». Xenia buscaba ya otro recurso. Sujov la cogió de la mano. De ese contacto surgió en ella un asco tan fuerte que tuvo que dominarlo y permanecer inerte. ¿Estoy tan loca como para pensar que este cabeza dura salve a un Rublev? «¿Ya te vas, Xeniushka? ¿Estás enfadada?».

—¿Qué crees? Estoy ocupada. No, no me acompañes.

No eres más que un bruto, Sujov, bueno nada más que para fabricar versos para las rotativas. Tu chaleco de lana al estilo piel roja es grotesco, tus suelas dobles de goma me dan horror. La irritación refrescó a Xenia. «Taxi... No importa adonde... Bois de Boulogne... No, Buttes-Chaumont...». Los jardines de Buttes-Chaumont flotaban en una bruma verde. En las bellas mañanas de verano, los follajes del Parque Petrovsky eran parecidos a estos. Xenia miró las hojas de cerca. Hojas, cálmenme. Levemente inclinada al borde del estanque, se vio con la apariencia de haber llorado mucho. Unos curiosos patos vinieron hacia ella... Pesadilla insensata: no había nada en ese

maldito periódico, no era posible. Se echó polvos en la cara, se pintó los labios, respiró profundamente. ¡Qué sueño tan espantoso! Al instante siguiente, la angustia la asaltó de nuevo, pero encontró un nombre: Passereau, ¡cómo no haberlo pensado antes! Passereau es grande. Passereau ha sido recibido por el jefe. Juntos, Passereau y mi padre salvarán a Rublev.

Hacia las tres, Xenia se hacía anunciar en casa del profesor Passereau, ilustre en los dos hemisferios, presidente del Congreso para la Defensa de la Cultura, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de Moscú, a cuya casa Popov no podía dejar de asistir cuando llegaba a París en viaje de inspección. La puerta del salón provincial, adornado con acuarelas, se abrió de pronto y el profesor Passereau vino a tomar a Xenia por los hombros, muy afectuosamente. «¡Señorita! Qué gusto recibirla. ¿En París por algún tiempo? ¿Sabe, señorita, que es usted adorable? La hija de mi viejo amigo me perdonará este requiebro... Venga, pase». La tomó del brazo, la instaló sobre el diván de su gabinete, le sonrió con su rostro franco de viejo oficial encanecido. Nada de los ruidos de la ciudad entraba aquí. Unos aparatos de precisión, bajo campanas de cristal, ocupaban los ángulos de la habitación. Un ramo de hojas llenaba la puerta que daba al jardín. Un gran retrato enmarcado en oro pareció retener la atención de Xenia. El profesor explicó: «El conde Montessus de Ballore, señorita, el hombre de genio que ha descifrado el enigma de los sismos...».

—Pero usted también —dijo Xenia, con entusiasmo—, usted ha...

—Bueno, yo... eso fue más fácil. Cuando la vía está marcada, en materia de ciencia, no hay más que seguirla...

Xenia se dejó distraer, porque retrocedía ante su problema. «Es magnífica y misteriosa vuestra ciencia, ¿no es así?». El profesor se rio: «Magnífica, en rigor, eso lo veo muy bien, como toda ciencia. Misteriosa, en absoluto. Perseguimos el misterio, señorita, y él se defiende mal». El profesor abrió un fichero. «Mire usted, son las coordenadas del temblor de tierra de Messina en 1908: ¡aquí ya no hay misterio! Cuando hice la demostración en el Congreso de Tokio...». Pero vio temblar los labios de Xenia. «Señorita... ¿Qué pasa? ¿Malas noticias de su padre?... ¿Algún dolor?... Cuéntemelo todo...».

—Kiril Rublev —balbuceó Xenia.

—¿Rublev, el historiador?... El Rublev de la Academia Comunista, ¿no es así? He oído hablar de él, creo incluso haberlo conocido... en un banquete... Es amigo de vuestro padre, ¿no es cierto?

Xenia tenía vergüenza de las lágrimas que tenía que ahogar, de un absurdo sentimiento de humillación, quizá de lo que iba a pasar. Se le secó la garganta, se sintió aquí como una enemiga.

—Kiril Rublev será fusilado antes de ocho días si no intervenimos de inmediato.

El profesor Passereau pareció encogerse en su sillón. Ella vio que tenía el vientre prominente, dijes pasados de moda colgados de la cadena de su reloj, un chaleco de corte anticuado. «Ah», empezó él, «ah, es terrible lo que me dice usted...». Xenia explicó el despacho de Moscú, publicado esta mañana, la frase abominable sobre las «confesiones completas», el asesinato de Tuláyev hace un año... El profesor insistió sobre este punto: «¿Ha habido un asesinato?». «Sí, pero hacer a Rublev responsable por ello es tan descabellado como...». «Entiendo, entiendo...». Ella no pudo decir más. Las máquinas lucientes y absurdas de los sismógrafos ocuparon, en el silencio, un lugar desmesurado. La tierra no temblaba en ningún lado.

—Bueno, señorita, crea usted en toda mi simpatía... yo le aseguro... Es terrible... Las revoluciones devoran a sus hijos, lo sabemos bien, nosotros, después de los girondinos, Danton, Hébert, Robespierre, Babeuf... Es la marcha implacable de la historia...

Xenia no escuchaba más que fragmentos de estas frases. Su espíritu desprendía lo esencial y esos fragmentos componían para ella otro discurso. «Una especie de fatalidad, señorita... Yo soy un viejo materialista y pienso sin embargo, ante estos procesos, en la fatalidad del drama antiguo...». («Abrevie, abrevie», pensó duramente Xenia)... «Ante ella somos impotentes...».

—Por lo demás, ¿está usted completamente segura de que la pasión partidista, el espíritu de conspiración, no llevó acaso demasiado lejos a este viejo revolucionario que... yo admiro como usted, en quien pienso con angustia, yo también...?

El profesor hizo una alusión a *Los Demonios* de Dostoievsky.

(«Si habla del alma eslava», se decía Xenia, «yo monto un escándalo... ¿Y tu alma, eh, mandarín?». Su desesperación mutaba en una suerte de odio. Lanzar un adoquín sobre esos sismógrafos idiotas, darles con un martillo de herrero o simplemente con la vieja hacha de los campesinos rusos...).

—En fin, señorita, no toda esperanza me parece perdida. Si Rublev es inocente, el Tribunal Supremo deberá hacerle justicia...

—¿Usted cree eso?

El profesor Passereau arrancó del calendario la hoja de la víspera. Esta joven vestida de blanco, con su boina ladeada, su boca hostil, su mirada aguda, sus manos atormentadas, era un ser extraño, vagamente peligroso, traído a la calma de su gabinete de trabajo como por una especie de huracán. Si hubiera tenido imaginación literaria, Passereau la hubiera comparado a un pájaro de la tempestad; y además, lo ponía incómodo.

—Es preciso —dijo Xenia resueltamente— que usted telegrafíe en seguida a Moscú. Que vuestra Liga telegrafíe esta noche. Que ustedes responden de Rublev, que ustedes proclaman su inocencia: ¡Rublev pertenece a la ciencia!

El profesor Passereau suspiró profundamente. La puerta se entreabrió y una tarjeta de visita le fue pasada en una bandeja. Miró la hora en su reloj y dijo: «Ruéguele a ese señor que me espere un momento...». Sean cuales fueren los dramas que convuelven a lejanas revoluciones, tenemos nuestras obligaciones cotidianas. La intervención de la tarjeta de visita le devolvió la elocuencia.

—Señorita, no crea usted que yo... Me ha emocionado usted más de lo que podría decírselo... Tenga en cuenta, empero, que yo no he visto a Rublev, a quien respeto, más que una sola vez en mi vida, en una recepción... ¿Cómo podría yo responder por él en circunstancias tan complejas? Que sea un hombre de ciencia de alto valor, yo no lo dudo y espero con usted, con toda mi alma, que será conservado para la ciencia... Yo tengo por la justicia de su país un respeto absoluto... Creo en la buena voluntad de los hombres, aun en nuestra época... Si Rublev era (lo digo como una pura hipótesis) culpable en alguna medida, la magnanimidad del jefe de vuestro partido le dejará todavía grandes oportunidades de salvación, estoy convencido... Personalmente, mis deseos más fervientes

están con usted, con ustedes, señorita, con quienes comparto la emoción, pero no veo verdaderamente lo que yo podría hacer... Tengo la regla de nunca intervenir en los asuntos internos de vuestro país, eso es para mí una cuestión de conciencia... El Comité de la Liga no se reúne más que una vez por mes y su próxima reunión está fijada para el día 27, dentro de tres semanas, y yo no tengo poder para convocarla antes, pues nada más soy el vicepresidente... La Liga, por lo demás, tiene estrictamente por objeto combatir el fascismo; la proposición de una iniciativa contraria a nuestros estatutos, aun viniendo de usted, correría el riesgo de provocar las más vivas objeciones... Si insistimos, nos arriesgamos a abrir una crisis en el seno de esta organización que tiene no obstante una noble misión que cumplir. Las campañas que hemos emprendido por Carlos Prestes, por Thaelmann, por los judíos perseguidos, podrían verse afectadas. ¿Me entiende usted, señorita?

—Me temo que sí —dijo brutalmente Xenia—. ¿No hará usted nada, entonces?

—Lo siento mucho, señorita, pero usted exagera mucho mi influencia... Créame... Mire usted, considere mi situación. ¿Qué puedo hacer?

Los ojos de Xenia, grandes y claros, lo miraron con frialdad.

—Y que se fusile a un Rublev no le quitará a usted el sueño, ¿verdad?

El profesor Passereau respondió tristemente:

—Es usted muy injusta, señorita, pero el viejo que soy la comprende...

Ya no lo miró más, no le tendió la mano, se marchó. Iba con una expresión endurecida por la acera de la calle burguesa por la que nadie pasaba. «Su ciencia es infame, sus instrumentos son infames, el color pardo de su gabinete es infame. Y Kiril Rublev está perdido, los nuestros están perdidos, no hay salida, ninguna salida».

En la redacción de un semanario de casi extrema izquierda, otro profesor, de treinta y cinco años, la escuchó como si fuera para él la noticia de una gran tragedia. ¿No iba a arrancarse los cabellos, a retorcerse los brazos? No hizo nada. Jamás había oído hablar de Rublev, pero estos dramas rusos lo obsesionaban día y noche. «Son tragedias shakespearianas... Señorita, yo he lanzado un grito de indignación en este periódico. He gritado: “¡Clemencia!”, en nombre de nuestro amor y nuestra devoción por

la Revolución Rusa. No he sido escuchado y he suscitado reacciones que también hay que comprender con toda buena fe, le he ofrecido mi renuncia a nuestro comité directivo... Hoy, en razón de la situación política, artículos semejantes ya no podrían pasar. Nosotros representamos la opinión media de un público de varios partidos; la crisis ministerial, de la cual los periódicos hablan todavía, pone en cuestión la obra entera de los últimos años... Un conflicto con los comunistas en este momento podría tener las más funestas consecuencias... ¿Y salvaríamos a Dublev?»

—Rublev —rectificó Xenia.

—Sí, Rublev: ¿lo salvaríamos? Mi triste experiencia no me permite creerlo... Verdaderamente no veo qué se puede intentar... Todo lo más que podría intentar sería ir a ver cuanto antes a vuestro embajador para expresarle mi inquietud...

«Haga al menos eso», murmuró Xenia, por completo descorazonada, pues pensaba: «No harán nada, nadie hará nada, no pueden siquiera comprender...». Tenía deseos de golpearse la cabeza contra los muros... Todavía visitó varias redacciones más, muy rápido, llevada por tal sufrimiento exasperado y desesperado que de ello no conservó, después, más que un recuerdo confuso. Un viejo intelectual de corbata sucia fue casi grosero ante su insistencia. «Bueno, pues vaya a buscar a los trotskistas. Tenemos nuestras informaciones, nuestras convicciones son firmes. Todas las revoluciones han producido traidores, que pueden parecer, que pueden ser personalmente admirables, ya lo creo. Todas han cometido grandes injusticias en casos particulares. Hay que tomarlas en su conjunto». Recortó furiosamente un periódico de la mañana. «Nuestra tarea, aquí, es combatir a la reacción». En otro lado, una vieja mal maquillada se enterñeció al punto de llamar a Xenia «mi querida niña». «Si yo fuera verdaderamente alguien en la redacción, mi querida niña, ah, créame, yo... Trataría como fuera de hacer pasar una nota subrayando la importancia de la obra de vuestro amigo, ¿cómo dice usted: Uplev o Ruplef? Tenga, escríbame bien su nombre aquí... ¿Músico, dice usted? Ah, eso, historiador, bueno, bueno: historiador...». La vieja dama se rodeó el cuello con un pañuelo de seda desteñido. «¡En qué época vivimos, mi querida niña! Da miedo pensarla». Se inclinó, sinceramente emocionada: «Dígame, perdóneme si soy indiscreta,

es algo tan femenino: ¿está usted enamorada de Kiril Rublev? Qué bello nombre: Kiril...».

—No, no, no lo amo —dijo Xenia, desolada, reprimiendo tanto sus lágrimas como su cólera.

Se detuvo sin razón ante el escaparate de una librería-papelería norteamericana en la Avenida de la Ópera. Pequeñas bellezas desnudas, en fotos recortadas, asumían sus poses sobre los ceniceros, no lejos de los mapas de Checoslovaquia despedazada. Los libros tenían un aspecto lujoso. Planteaban los grandes problemas, eran idiotas: *El misterio de la noche sin luna*, *El desconocido enmascarado*, *¡Piedad para las mujeres!* Todo eso emanaba una futilidad lujosa de gentes cebadas, lavadas, perfumadas, que querían darse un pequeño estremecimiento de miedo o de piedad antes de dormirse entre sábanas de seda. ¿Es posible que estos tiempos continúen sin que ellos aprendan verdaderamente, en carne propia, en sus propios nervios, el miedo y la piedad? En otro escaparate, blanco y dorado, los caballitos de mar en un acuario paseaban su felicidad ante los compradores de chucherías. ¡La suerte en el amor, la suerte en los negocios, con nuestros broches, sortijas, collares, y el último grito: el caballito de campo astral! Huir. Xenia descansó en el otro extremo de París, sobre un banco, en un paisaje gris de ventanas de hospital y de muros pintarrajeados. De minuto en minuto, el estrépito monstruoso de los hierros del metropolitano corriendo sobre el puente la penetraba hasta el fondo de los nervios. ¿De dónde llegaba, cuando cayó la noche, deshecha de fatiga? ¿Cómo podía dormir? A la mañana siguiente, se vistió sobreponiéndose a la náusea, se puso un poco de colorete con los dedos temblorosos, bajó tarde con *Madame Delaporte*, se sentó en el café sin advertir las miradas curiosas y apiadadas que le lanzaban, se puso el mentón en la mano, miró el bulevar Raspail... *Madame Delaporte* misma vino a tocarle un hombro: «Teléfono, señorita... ¿Va todo mejor?». «Sí, sí», dijo Xenia, «no es nada...». En la cabina telefónica, una voz de hombre, firme y aterciopelada, voz de juicio final, le habló en ruso: —Aquí, Krantz... Estoy al corriente de todas sus actividades... imprudentes y criminales... La exhorto a interrumpirlas inmediatamente... ¿Me ha entendido? Las consecuencias pueden ser graves y no solamente para usted...».

Xenia colgó sin responder. Willi, primer secretario de la embajada, entraba en el café: abrigo gris, sombrero perfecto de fieltro, guapo chico estilo inglés: podía uno ofrecerle los ceniceros con las pequeñas mujeres desnudas, la revista *Esquire*, guantes amarillos de piel de cerdo, ¡decirle todo a la cara, arribista! ¡Falso *gentleman*, falso comunista, falso diplomático, falso, falso! Se descubrió, se inclinó: «Xenia Vassílievna, tengo un telegrama para usted...», dijo, al tiempo que abría un sobre azul; ella lo observaba con extrema atención. Fatigada, nerviosa, decidida. Mostrarse prudente.

Popov teleografiaba:

Madre enferma te rogamos regresar con urgencia.

—Le he reservado un lugar en el vuelo del próximo miércoles...

—No me voy —dijo Xenia.

Sin ser invitado, él se sentó frente a ella. Inclinados uno frente al otro, tenían el aspecto de dos novios enfadados en plan de reconciliarse; hablaban en voz baja. *Madame Delaporte* lo comprendía todo ahora.

—Krantz me encarga decirle, Xenia Vassílievna, que debe usted regresar... Ha sido usted muy imprudente, Xenia Vassílievna, permítame decírselo... con amistad... Pertenecemos todos al mismo partido...

No era eso lo que había que decir. Willi continuó: —Krantz es un buen viejo... Está inquieto por usted. Inquieto por su padre... Usted compromete gravemente a su padre... Su padre está viejo... Y usted no puede hacer nada aquí; no conseguirá nada, absolutamente nada... Es el vacío.

Eso estaba mejor. La cara blanca de Xenia perdió algo de su dureza.

—Aquí entre nosotros, yo creo que al regresar será usted arrestada... Pero eso no será grave, Krantz intervendrá, me lo ha prometido... El padre de usted podrá responder de usted... No hay por qué tener miedo.

Sumamente hábil esa alusión al miedo... Xenia dijo: —¿Cree usted que tengo miedo?

—Claro que no. Le hablo como camarada, amistosamente, yo...

—Volveré cuando termine lo que tengo que hacer. Dígaselo a Krantz. Dígale que si Rublev es fusilado, gritaré en las calles... Que escribiré en todos los periódicos...

—No habrá proceso, Xenia Vassílievna, hemos sido informados. No enviaremos una rectificación para mejor dejar que esta información desafortunada caiga en el olvido. Krantz no sabe ni siquiera si Rublev verdaderamente está arrestado. Si lo está, en todo caso, el ruido que usted trataría de hacer alrededor de su nombre solo le haría daño... Y me asusta escucharla hablar así. Ya no la reconozco. Usted es incapaz de traicionar. Usted no le gritará nada a nadie, pase lo que pase. ¿A quién se dirigiría? ¿A este mundo enemigo que tenemos alrededor? ¿A este París burgués, a esos periódicos fascistas que nos calumnian? ¿A los trotskistas, agentes de los fascistas? ¿Qué más puede hacer que montar un pequeño escándalo contrarrevolucionario para gran placer de algunos periódicos antisoviéticos? Xenia Vassílievna, le prometo olvidar lo que acaba usted de decir. Aquí está su billete para el avión del miércoles, en Bourget, a las nueve y cuarenta y cinco; yo estaré ahí. ¿Tiene usted dinero?

—Tengo.

No era verdad, y a Xenia le preocupaba. Al pagar la cuenta del hotel, no le quedaría casi nada. Rechazó el pasaje. «Llévese eso, si no quiere que lo rompa delante de usted». Willi lo guardó en su portafolios, tranquilamente. «Reflexione, Xenia Vassílievna, la vendré a ver mañana temprano». *Madame Delaporte* se decepcionó de que se despidieran sin ternura. «Ella debe de estar muy celosa, la pequeña rusa; son tigresas cuando se lo proponen... O tigresas o desvergonzadas, esos pueblos no tienen decencia...». A través de las cortinas, Xenia se dio cuenta de que Willi, antes de entrar en su Chrysler, volvió la cabeza hacia lo alto del bulevar, donde se agitó una gabardina *beige*. Ya estaba vigilada. Me forzarán a partir. Son capaces de todo. No me importa. Pero...

Contó lo que le quedaba de dinero. Trescientos francos. ¿Pasar por a la oficina de Comercio Exterior? Le negarían un adelanto. ¿Le dejarían, incluso, salir? ¿Vender el reloj brazalete, la Leica? Hizo su maleta; acomodó en su portafolios un pijama, cosas menudas, salió sin mirar atrás, segura de ser seguida, a la calle Vavin. En el Luxemburgo entrevió, en efecto, a una cincuentena de metros, la gabardina *beige*. «Traidora yo también, ahora, como Rublev... Y mi padre es un traidor puesto que yo soy su hija...». ¿Cómo dominar esta oleada de pensamientos, esta vergüenza, esta indignación,

este furor? Se parecía al descenso de los hielos por el Neva: es preciso que los enormes témpanos, semejantes a estrellas en pedazos, choquen y combatan, se destruyan entre sí hasta el momento en que desaparezcan bajo la calma arremolinada del mar. Es preciso sufrir estas ideas, agotarlas en sus saltos desordenados, hasta el momento desconocido pero inevitable en que todo habrá terminado, así o de otra manera. ¿Llegará ese momento, es posible que llegue?, ¿o no llegará? A Xenia le parecía que su tormento ya no cesaría. ¿Qué es lo que cesaría, entonces? ¿La vida? ¿Me fusilarían? ¿Por qué? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué ha hecho Rublev? Lo entrevisto era horrible. ¿Quedarse aquí? ¿Sin dinero? ¿Buscar trabajo? ¿Y qué trabajo? ¿Con qué vivir? ¿Por qué vivir? Los niños soltaban sus pequeños veleros en el gran estanque circular. En este mundo la vida es tranquila y apagada como estos juegos de niños, no vive uno más que para sí mismo. Vivir para mí misma, iqué absurdo! Expulsada del partido, ya no podría mirar nunca a un obrero a la cara; no podría explicarle nada a nadie; nadie lo entendería. Willi, este canalla, acababa también de decir: «Bueno, sí, son crímenes quizá, no sabemos nada de eso. Nuestro deber es dar confianza a ojos cerrados, porque no hay otra cosa que podamos hacer, ni usted ni yo. Acusar, protestar, eso no es más que servir al enemigo. Yo mismo preferiría ser fusilado por error. Ni los crímenes ni los errores modifican nuestro deber...». Es verdad. Son frases aprendidas en los labios de este arribista, que siempre se las arreglará para no arriesgar nada, pero es verdad. ¿Qué haría Rublev mismo, qué diría? La sombra de una traición no rozaría su pensamiento...

En la estación del Metro Saint-Michel, Xenia se deshizo de la gabardina del soplón. Continuó vagando por París, mirándose a veces en los espejos de las tiendas: su silueta de naufraga, su chaqueta arrugada, su cara de ojos hundidos; no era por darse lástima de sí misma, sino para encontrarse fea, iquiero ser fea, debo ser fea! Las mujeres que pasaban, ocupadas en ellas mismas, cuidadas, ocupadas en escoger horribles chucherías para ponerse en la solapa de un vestido o sobre un corpiño, no eran más que animales humanos contentos de respirar, pero cuya vista daba deseos de ya no existir... Al llegar la noche, Xenia, cansada de caminar, se encontró al borde de una plaza radiante de luces. Cascadas de electricidad se derramaban

sobre la cúpula monumental de un cine y olas de luces bárbaras rodeaban dos enormes cabezas unidas en el más estúpido de los besos, desagradables por igual debido a su beatitud y a su anonimato. En el otro ángulo de la plaza, abrasada de rojo y oro, proyectada hacia la noche en la voz frenética de los altavoces, se oía una canción de amor acompañada de grititos estridentes y ruido de tacones en las tarimas. El conjunto se volvía para el oído de Xenia un largo maullido tenaz que le daba vergüenza por su acento humano. Mujeres y hombres bebían en el mostrador y hacían pensar en extraños insectos, crueles con sus semejantes, amontonados en un terrario sobre calentado. Entre esos dos escándalos, el cine y el café, una larga calle subía en la noche, constelada de carteles: hotel, hotel, hotel. Xenia se dirigió hacia allí, entró en la primera puerta que vio, pidió un cuarto para la noche. El viejecillo de gafas al que sacó de su siesta parecía inseparable del tablero de llaves y del mostrador entre los cuales anidaba su persona apesada a tabaco. «Van a ser quince francos», dijo poniendo sus gafas brumosas sobre el periódico que estaba leyendo. Sus ojos de conejo muerto parpadearon. «Es gracioso, no te reconozco, niña. ¿No serás Paula del pasaje Clichy? ¿No vas de costumbre al hotel del Morbihan? ¿No eres extranjera? Un minutito...». Se agachó, desapareció, resurgió del otro lado del mostrador, delante de Xenia, volvió a desaparecer al fondo del pasillo, y el dueño en persona se apareció, en mangas de camisa enrolladas sobre sus gruesos brazos de carníero. Este hombre parecía caminar rodeado de una bruma grasosa. Consideró a Xenia como si fuera a venderla, buscó algo debajo del mostrador y terminó por decir: «Bueno, rellena la ficha. ¿Tienes papeles?». Xenia le tendió su pasaporte diplomático. «¿Sola? Bueno... Te voy a dar la número II, serán treinta francos, el baño está justo al lado...». Enorme, con su cuello de toro, precedió a Xenia en la escalera, columpiando entre sus dedos gordos el manojo de llaves. Fría, pobemente iluminada por dos lámparas de pantalla puestas en sendas mesillas de noche, la habitación número II despertó en el espíritu de Xenia un recuerdo de novela policiaca. En aquel rincón estaba el baúl, reforzado con hierro, donde se ha de encontrar el cuerpo de la muchacha asesinada y cortada en pedazos. El rincón olía a fenol. Con las lámparas apagadas, la habitación se llenó, debido al espejo del techo, de arabescos luminosos del azul de neón proyectados

desde la calle a través de las cortinas. Xenia descubrió de inmediato las visiones familiares de su infancia: el lobo, los peces, la rueca de la bruja, el perfil de Iván el Terrible, el árbol encantado. Estaba tan fatigada de pensar y de vagabundear que se durmió en seguida. La muchacha asesinada levantó tímidamente la tapa del baúl, se incorporó, estiró sus miembros heridos. «No tengas miedo», le dijo a Xenia, «yo sé que somos inocentes». La muchacha asesinada tenía cabellera de náyade y ojos apacibles, como las margaritas de los campos. «Leeremos juntas el cuento del Pez de Oro, escucha esa música...». Xenia la llevó a su cama para calentarla... Abajo, detrás del escritorio del portero, el patrón del Hotel de las Dos Lunas conversaba por teléfono con *Monsieur Lambert*, comisario adjunto del barrio.

La vida recomienza a cada despertar. Demasiado joven para desesperarse, Xenia se sentía liberada de la pesadilla. Si no había proceso, Rublev viviría. Era imposible que se le matara: él, tan grande, tan sencillo, tan seguro; y Popov lo sabía, el jefe no podía ignorarlo. Xenia se sentía ligera; se vistió, se encontró bonita ante el espejo. ¿Pero dónde creí ayer que estaba el baúl de la asesinada? Estaba contenta de no haber tenido miedo. Llamaron suavemente a la puerta y abrió. Un hombre de anchas espaldas, con una cara larga y triste, se le apareció en la penumbra del corredor. Ni conocido ni desconocido; una cara carnosa y vaga. Con una voz gruesa y aterciopelada, el visitante se presentó: —Krantz.

Entró, inspeccionó la habitación, lo sopesó todo. Xenia cubría la cama deshecha.

—Xenia Vassílievna, la vengo a buscar de parte de su padre. El coche nos espera a la puerta. Venga.

—¿Y si no quiero?

—Le doy mi palabra de que usted hará lo que quiera. Usted no ha traicionado, usted no traicionará, yo no he venido a ejercer violencia contra usted. El partido ha puesto su confianza en usted y en mí. Venga.

En el coche, Xenia se rebeló. Krantz, vuelto de tres cuartos hacia ella, fingía ocuparse de su pipa y sintió venir la tormenta. El coche seguía la calle de Rivoli. Juana de Arco, desdorada, pero todavía muy bella, sobre su pequeño pedestal rodeado de una reja, blandía una espada infantil. «Quiero

bajarme», dijo Xenia con firmeza, y se incorporó a medias. Krantz, tomándola del brazo, la obligó a sentarse de nuevo.

—Usted se bajará si así lo quiere, Xenia Vassílievna, se lo prometo, pero no será tan sencillo.

Bajó el cristal del lado de Xenia. La columna Vendóme desapareció al fondo de una perspectiva de arcadas, en la pálida claridad.

—No sea impulsiva, se lo ruego. Haga con deliberación lo que vaya a hacer. Hay muchos agentes de policía en el camino. Iremos lentamente. Es libre de llamarlos, yo no me opondré. Usted se pondrá, como ciudadana soviética, bajo la protección de la policía francesa... Se me pedirán mis papeles. Usted se irá. Las ediciones extra de los periódicos de la tarde anunciarán su evasión, es decir, su traición. Echará usted su montón de lodo sobre la embajada, sobre su padre, sobre nuestro partido, sobre nuestro país. Yo tomaré solo el avión del miércoles y pagaré por usted, con Popov. Usted conoce la ley: los parientes cercanos de los traidores deben ser, por lo menos, deportados a las regiones más alejadas de la Unión.

Se separó un poco, admiró la náyade de espuma blanca que formaba el cuerpo de su bonita pipa, abrió su bolsita de tabaco y le dijo al chófer: —Fedia, tenga la bondad de conducir despacio cuando pasemos a la altura de los agentes de la policía.

—A la orden, camarada jefe.

Las manos de Xenia se hacían nudos dolorosamente. Miró con odio las cortas capas de los sargentos de la ciudad. Dijo: —¡Cómo es usted fuerte, camarada Krantz, y cómo es usted despreciable!

—Ni tan fuerte ni tan despreciable como le parece. Soy fiel. Y usted también lo es, Xenia Vassílievna, usted debe ser fiel, pase lo que pase.

Tomaron juntos, en Bourget, el avión del miércoles. La torre Eiffel se empequeñeció, pegada a la tierra; el sobrio diseño de los jardines se destacaba alrededor de ella; el Arco del Triunfo no fue, durante un instante, más que una piedra rectangular en el centro de una estrella de calzadas. El maravilloso París desapareció bajo las nubes, dejando a Xenia con el remordimiento de un mundo apenas rozado que no había comprendido, que quizás no comprendería nunca. «No pude hacer nada para salvar a Rublev, pero pelearé por él en Moscú, si llegamos a tiempo. Obligaré a mi padre a

actuar, exigiré una audiencia con el jefe. Él nos conoce desde hace tantos años que no se negará a escucharme, y si me escucha, Rublev se salvará». Xenia imaginó en su ensoñación la entrevista con el jefe. Sin miedo, con confianza, sin humildad, sabiendo bien que ella no era nada y que él era la encarnación del partido por el cual todos nosotros debemos vivir y morir, sería breve y directa, pues sus minutos son preciosos. Él tiene que resolver todos los problemas de la sexta parte del mundo cada día; era preciso hablarle con toda el alma para convencerlo en unos instantes... Krantz, atento, la dejó con sus pensamientos. Él mismo leía, ora revistas estúpidas, ora revistas militares en varias lenguas. El poema de las nubes se desplegó por encima de las tierras movedizas. Los ríos descendían desde las lejanías y encantaban la vista. Cenaron casi alegremente en Varsovia. Más que París, esta ciudad parecía hecha de elegancia y de lujo, pero desde el cielo se la veía rodeada de espacios pobres y como amenazantes. Ahora se mostraban, a través de los desgarrones de las nubes, vastos bosques sombríos... «Nos acercamos», murmuró Xenia, presa de una alegría tan punzante que tuvo el impulso de acercarse a su compañero de viaje. Krantz se inclinó hacia la ventanilla, pareció cansado y dijo con un contento triste: «Ya son las tierras de los *koljoses*, mire, las pequeñas parcelas han desaparecido...». Eran campos infinitos de un color indeciso, entre el ocre y el pardo grisáceo. «Estaremos en Minsk en veinte minutos...». De abajo de la *Revue de l'Infanterie Française*, sacó *Vogue* y hojeó las páginas de papel satinado.

—Xenia Vassílievna, le pido que me excuse. Tengo instrucciones precisas. Le ruego que se considere en estado de arresto. A partir de Minsk, la Seguridad se ocupará de su viaje... No se inquiete demasiado, espero que todo se arreglará bien.

Sobre la portada de la revista, elegantes rostros rematados con sombreros, sin ojos, mostraban labios pintados con varios matices de rojo, según el color de la tez. Abajo, a quinientos metros, entre las tierras recién trabajadas, los campesinos vestidos con sus harapos del color de la tierra seguían una carreta cargada pesadamente. Se les veía animar al caballito derrengado y trabajar para destrarbar las ruedas que se hundían en la senda lodosa.

—No puedo hacer nada por Rublev —pensó Xenia, devastada—. Esos

campesinos no pueden hacer nada por nadie en el mundo, con su carreta enlodada, y nadie en el mundo puede hacer nada por ellos.

Los campesinos desaparecieron. La tierra desnuda se acercó suavemente.

Desde el telegrama criminalmente insensato de su hija, el camarada Popov flotaba entre la inquietud y el abatimiento; realmente atormentado, además, por su reumatismo. Un frío evidente se hacía en torno de él. El nuevo fiscal del Tribunal Supremo, Atkin, que investigaba la actividad de su predecesor, llevaba la insolencia velada al extremo de excusarse dos veces cuando Popov lo invitó o se anunció en su casa. Cuando iba a husmear el ambiente del Secretariado General, Popov no encontraba ahí más que caras distraídas que le parecían hipócritas. Nadie se acercaba a su encuentro. Gordéyev, acostumbrado a consultarlos sobre los asuntos en curso, no se dejó ver durante varios días. Pero llegó el cuarto día, hacia las seis de la tarde, al saber que Popov, indisposto, se quedaría en su casa. Los Popov ocupaban una mansión del CC en el bosque de Bykovo. Gordéyev llegó de uniforme. Popov lo recibió en bata; caminaba sobre la alfombra ayudado por un bastón. Gordéyev comenzó por preguntarle por su reumatismo, propuso enviarle un médico que le habían recomendado mucho, no insistió, aceptó un vaso de coñac. El mobiliario, la alfombra, todo, en ese interior tranquilo y polvoriento en apariencia, aunque no estuviera polvoriento, era anticuado. Gordéyev tosió para aclararse la voz.

—Le traigo noticias de su hija. Está muy bien... Ella... Está arrestada. Ha cometido algunas imprudencias en París, ¿está usted al tanto?

—Sí, sí —dijo Popov, aterrado—, me imagino, es posible... Recibí un telegrama, pero ¿es grave? ¿Cree usted?

Cobardemente, se preguntaba sobre todo si era grave para él.

Gordéyev miró, perplejo, las uñas de sus dos manos abiertas, luego la habitación pintada con tonos apagados, los abetos negros en la ventana.

—¿Qué decir? No sé todavía. Todo dependerá de la investigación. Formalmente, puede ser muy grave: tentativa de deserción en el extranjero, en el curso de una misión, actividades contrarias a los intereses de la

Unión... Esos son los términos del código, pero yo espero que se trate, en la práctica, de algunas imprudencias o, digamos, de acciones irreflexivas, más reprobables que culpables...

Popov, aterido y encogido, se volvió tan viejo que perdió consistencia.

—Lo fastidioso, vea usted, camarada Popov, es que... Me siento muy incómodo al explicárselo... Ayúdeme usted...

(¡Este animal quiere que lo ayuden!).

—Todo esto le crea a usted, camarada Popov, una situación delicada. Además de esos artículos del código (que no aplicaremos, entiéndame bien, en todo su rigor, sin haber recibido órdenes superiores), otros prevén... medidas... relativas a los parientes de los culpables; usted sabe ciertamente que el camarada Atkin ha abierto una investigación, todavía secreta, contra Rachevsky. Hemos comprobado la destrucción (es increíble pero es un hecho) por parte de Rachevsky del expediente del caso de sabotaje de Aktiubinsk... Hemos investigado de dónde venía la indiscreción, extremadamente impertinente, que hizo a la prensa extranjera anunciar un nuevo proceso... Hemos pensado incluso en una maniobra de agentes del extranjero. Rachevsky, con quien es muy difícil hablar, porque parece estar siempre borracho, reconoce haber hecho redactar un comunicado sobre ese asunto, pero pretende haber actuado bajo las instrucciones verbales de usted... Desde el momento en que lo arresten, lo interrogaré yo mismo, no lo dude, y no le permitiré eludir sus responsabilidades... La coincidencia de este incidente con la inculpación que pesa sobre la hija de usted resulta, sin embargo, ¿cómo decirlo?, verdaderamente deplorable...

Popov no respondía nada. Punzadas dolorosas le atravesaban los miembros. Gordéyev trató de juzgarlo: ¿un hombre acabado o un viejo zorro taimado capaz de zafarse aún? Difícil de decir, pero la primera hipótesis tenía más posibilidades. El silencio de Popov lo invitaba a concluir. Popov lo miraba con los ojos aguzados de un animal perseguido hasta su madriguera.

—No dude usted, camarada Popov, de mis sentimientos...

El otro no se movió. Dudaba de esos sentimientos o se burlaba de ellos, o se sentía demasiado mal para darles la menor importancia. De cuáles sentimientos se trataba, Gordéyev no creyó que debía decirlo.

—Se ha decidido, provisionalmente, pedirle que no salga de su casa y se

abstenga de toda comunicación telefónica...

—¿Excepto con el jefe del partido?

—Me resulta penoso insistir: con quien sea. No es imposible, por lo demás, que la comunicación sea cortada.

Gordéyev se fue, Popov no se movió. La habitación se llenaba de sombras. Comenzó a llover sobre los abetos. Las sombras de la noche se insinuaron en los senderos del bosque. Popov, en su sillón, se confundía con las cosas oscuras. Su mujer entró, encorvada, de cabellos grises, caminando sin ruido; también una sombra. «¿Enciendo la luz, Vassili? ¿Cómo te sientes?». El viejo Popov respondió en voz muy baja: —Bien. Xenia ha sido arrestada. Tú y yo estamos arrestados. Estoy infinitamente fatigado. No enciendas la luz.

10

El deslizamiento de los témpanos continuaba...

La vida en el *koljoz* Camino al Futuro se parecía en verdad a una carrera de obstáculos. Definitivamente constituido en 1931 después de dos purgas en la ciudad, marcadas por la deportación —¡Dios sabía adonde!— de las familias acomodadas y de algunas familias pobres que demostraron mala disposición, el *koljoz* carecía de ganado de caballos al año siguiente, pues los granjeros se las habían ingeniado para acabar con los animales en vez de ponerlos al servicio de la empresa colectiva. La escasez de forrajes, las negligencias y las epizootias acabaron con los últimos caballos en el momento en que por fin fue establecida seriamente en Molchansk la Estación de Máquinas y Tractores (EMT). El arresto del veterinario del poblado, probablemente culpable pues pertenecía a la secta de los Bautistas, no trajo ninguna mejoría. La dificultad de las comunicaciones por tierra con la región central hizo que la EMT sufriera muy pronto la falta de repuestos para la reparación de las máquinas y la falta de combustible. Situado sobre el Syeroglazaya, el Río de los Ojos Grises, el viejo pueblo de Pogoryeloye, llamado así para perpetuar el recuerdo de los incendios de antaño, uno de los más alejados de la EMT, fue de los últimos en ser servidos. La fuerza motriz le hacía falta y los mujiks pusieron muy poca voluntad en sembrar tierras que consideraban suyas, bajo el control de un presidente de *koljoz* comunista, un obrero de la fábrica de bicicletas de

Pensa, movilizado por el partido y enviado por el centro regional. Imaginaban que el Estado les quitaría toda la cosecha. Tres cosechas fueron deficitarias. La hambruna se fue acercando y todo un grupo de hombres se refugió en el bosque, donde fueron alimentados por sus familias, que, en esa ocasión, las autoridades no se atrevieron a deportar. El hambre se llevó a los niños pequeños, a la mitad de los viejos e incluso a algunos adultos. Un presidente de *koljoz* fue ahogado en el Syeroglazaya, con una piedra al cuello. El nuevo estatuto, varias veces revisado por el CC, logró una paz precaria restableciendo, en la explotación colectiva, las propiedades familiares; el *koljoz*, visitado por un buen agrónomo, recibió semillas seleccionadas y abonos químicos; hubo un verano excepcionalmente cálido y húmedo; crecieron trigos magníficos a pesar de la cólera y la división de los hombres; hacía falta mano de obra para hacer la recolecta y una parte de la cosecha se pudrió en el lugar. El obrero de la fábrica de bicicletas, juzgado por incapacidad, incuria y abuso de poder, fue sentenciado a tres años de trabajos forzados. «Le deseo a mi sucesor que lo pase bien», dijo simplemente. La dirección del *koljoz* pasó al presidente Vaniuchkin, que era de la ciudad, comunista recientemente desmovilizado del servicio militar. En 1934-1935, desde el fondo de la hambruna, el *koljoz* entró en convalecencia gracias a las nuevas directivas del CC, al ritmo bienhechor de la lluvias y las nevadas, a las estaciones clementes, a la energía de los jóvenes comunistas y, según las ancianas y dos o tres barbudos muy creyentes, al regreso del hombre de Dios, el padre Gerásimo, amnistiado al final de sus tres años de deportación. Las crisis estacionales continuaron, sin embargo, si bien no podía negarse que el plan de los cultivos, la selección de las semillas y el empleo de las máquinas acrecentaron sensiblemente el rendimiento de las tierras. Se vio llegar, para restablecer «definitivamente» la situación, al agrónomo Kostiukin, curioso personaje; luego a un militante de las Juventudes Comunistas, enviado por el Comité Regional, a quien todo el mundo llamaba familiarmente Kostia. Poco antes de las siembras de otoño, el agrónomo Kostiukin descubrió que un parásito había atacado las semillas (parte de las cuales habían sido robadas antes). La Estación de M. y T. no entregó más que un tractor en lugar de los dos prometidos y de los tres que parecían indispensables; a ese tractor único le hacía falta gasolina. Cuando

llegó la gasolina, el tractor tuvo una avería. Las labores se cumplieron penosamente, con retraso, con los caballos; pero como los caballos no podían, desde ese momento, asegurar el aprovisionamiento regular del *koljoz* con las cooperativas del ayuntamiento, al *koljoz* le faltaron artículos manufacturados. La mitad de los camiones del ayuntamiento estaban inmovilizados por falta de gasolina. Las mujeres comenzaron a murmurar que se iba en camino de una nueva hambruna y que eso sería el justo castigo por nuestros pecados.

Es un país llano, ligeramente ondulado, de líneas severas bajo las nubes en las que se ven claramente montones de arcángeles blancos perseguirse de un lado a otro del horizonte. Por los caminos empapados, lodosos o polvorrientos según la temporada, el lugar, Molchansk, está a unos sesenta kilómetros; la estación del ferrocarril está a unos quince kilómetros; la ciudad grande más cercana, a ciento setenta kilómetros por tren. En suma, una situación apenas privilegiada desde el punto de vista de las comunicaciones. Las sesenta y cinco casas (muchas deshabitadas) son de troncos o de tablones, cubiertas de paja gris, construidas en semicírculo en un montículo, en un recodo del río; se distribuyen ahí, rodeadas por pequeños patios, como un cortejo de ancianas vacilantes. Sus ventanas miran las nubes, las dulces aguas grises, los campos de la otra orilla, la sombría línea malva de los bosques en el horizonte. Siempre se ve, en los senderos que bajan hacia la orilla, a los niños o a las muchachas llevando agua en viejos toneletes suspendidos en los dos extremos de un palo que cargan a las espaldas. Para que el agua no se derrame demasiado debido al movimiento, se tapa los toneletes con unos discos de madera flotante.

Mediodía. Los campos color de óxido se calientan al sol. Tienen hambre de granos. No se les puede ver sin pensar en ello. ¡Dennos granos o pasarán hambre! Dense prisa, los días buenos se van, dense prisa, la tierra espera... El silencio de los campos es una lamentación continua... Jirones de nubes blancas pasan perezosamente a través del cielo indiferente. Se escucha a dos mecánicos intercambiar consejos y juramentos desolados alrededor del tractor fuera de combate, detrás de una casa. El presidente Vaniuchkin bosteza furiosamente. Padece con la espera de los campos, la idea del plan lo hostiga, no duerme, no tiene ya nada que beber, la reserva de vodka se ha

acabado. Los correos que envía a Molchansk regresan cubiertos de polvo, derrengados y abatidos, con papelitos escritos a lápiz: «Mantente firme, camarada Variuchkin. El primer camión disponible será para ti. Saludos comunistas. Petrikov». Eso no quiere decir absolutamente nada. ¡A ver qué hace ese idiota con el primer camión disponible, cuando todos los *koljoses* del ayuntamiento lo acosan con las mismas exigencias! Y además: ¿llegará a tener un camión disponible? La oficina de la administración estaba amueblada con un mesa desnuda repleta de papeles en desorden, amarillentos como hojas muertas. Por la ventana abierta se veía la masa compacta de las tierras. Al fondo de la sala, el retrato del jefe en colores débiles observaba un samovar tiznado puesto sobre la estufilla. Debajo del retrato había unos sacos desfondados, apilados y semejantes a animales exhaustos: ninguno contenía la cantidad de granos prescrita. Eso era contrario a las instrucciones de la Dirección Regional de los *Koljoses* y Kostia, al verificar el peso de las semillas, lo subrayaba entre risas: «No vale la pena deslomarse para descubrir una estafa con las semillas, Yefim Bogdánovich. Si tú crees que los mujiks no se dan cuenta solo porque no tienen básculas... No conoces a estos bribones: te pesan un saco a golpe de ojo, viejo, y aúllan, ya vas a ver...».

Vaniuchkin masticaba un cigarrillo apagado: —¿Y qué te propones hacer, sabelotodo? Haremos un viajecito al tribunal del ayuntamiento, ¿y luego qué, me quieres decir?

Vieron venir, a través de los campos, con su paso animado y sus largos brazos columpiándose como si flotaran en la brisa, al agrónomo Kostiukin. «¡Ahí viene ese!».

—¿Quieres que te diga por adelantado todo lo que este te va a contar, Yefim Bogdánovich? —propuso sarcásticamente Kostia.

—¡Cierra el hocico!

Kostiukin entró. Su gorra color amarillo paja le caía sobre los ojos. Gotas de sudor le perlaban la nariz roja y puntiaguda; tenía briznas de hierba en la barba. De inmediato empezó con sus historias. Cinco días de retraso respecto al plan. No hay camiones para transportar las semillas sanas prometidas por Molchansk. La Estación de M. y T. prometía pero no cumpliría. «Ya han visto cómo esos muchachos cumplen sus promesas,

¿no?». Los repuestos para las reparaciones urgentes no serían recibidos en la estación antes de diez días en vista del embotellamiento en los ferrocarriles; ya lo sé... Ahí está. El plan de siembra está jodido, bien se lo había dicho. Tendremos un déficit del 40 por ciento si todo va bien. Un 50 o 60 por ciento si las heladas...

La carita rosada de Vaniuchkin, semejante a un puño cerrado y aplastado por un golpe, se llenó de arrugas circulares. Miró al agrónomo con odio, como si le quisiera gritar: «¿Estás contento?». El agrónomo Kostiukin gesticulaba demasiado: tenía el aspecto, al hablar, de estar cazando moscas. Sus ojos húmedos se ponían muy brillantes. Su voz agria bajaba, bajaba, pero en el momento en que se esperaba que se extinguiera, renacía con tonos roncos. La administración del *koljoz* le temía un poco porque no dejaba de montar escándalos, profetizando la desgracia, y veía tan claro el futuro que parecía, por ello, incluso, suscitar las calamidades. ¿Qué pensar de él? Venía de un campo de concentración, era un saboteador arrepentido, culpable de haber dejado pudrir una cosecha completa en las Tierras Negras, a falta de mano de obra, de creer su historia, para levantarla. Había sido liberado antes de tiempo por su trabajo ejemplar en las granjas de la Administración penitenciaria, citado en los periódicos por un ensayo sobre los nuevos métodos de roturación en los países fríos, condecorado, al fin, con la Insignia del Honor al Trabajo por haber establecido, durante una estación seca, en un *koljoz* del país votiako, un ingenioso sistema de irrigación... En pocas palabras: técnico muy fuerte, contrarrevolucionario muy hábil quizá, sinceramente arrepentido quizás, o admirablemente camuflado; había que desconfiar de él, pero tenía derecho a ser respetado, era preciso escucharlo, y desconfiar doblemente en consecuencia. Entrenado en los Cursos Breves en la utilización de los dirigentes de las explotaciones colectivas, el presidente Vaniuchkin, exmasón, exsoldado de infantería de élite, no sabía, a decir verdad, qué pensar. Kostiukin proseguía. Los campesinos lo ven todo. «Se trabaja de nuevo para morirse este invierno. ¿Quién sabotea? Quieren escribir al centro regional, denunciar al ayuntamiento. Hay que hacer una asamblea». Kostia se mordió las uñas y preguntó: —¿Qué distancia hay de aquí al ayuntamiento?

—Cincuenta y cinco kilómetros, por el llano.

El agrónomo y Kostia se entendieron, alcanzados por la misma idea. Semillas, provisiones, cerillas, los percales prometidos a las mujeres: ¿por qué no transportarlo todo a lomo de hombre? Se podría hacer en tres o cuatro días, movilizando a todo el mundo, las mujeres capaces y los chicos de dieciséis años, para ir alternando a los cargadores. Jornadas y noches de trabajo contarían doble, prometemos una distribución extraordinaria de jabón, cigarrillos, hilos de coser de la cooperativa. Si ellos no quieren aceptar, Vaniuchkin, yo iría al Comité del partido y les diría: «¡Eso o el plan fracasa!». No pueden negarse; se conocen las existencias. Preferirían reservarlas para los cuadros del partido, los técnicos y otros, eso es previsible; pero es preciso que cedan, los iremos a ver todos juntos. Podrían incluso darnos agujas, se sabe que las han recibido, pero lo negarán. El agrónomo y Kostia intercambiaban frases duras como si se estuvieran lanzando piedras. Kostiukin se removía en su blusa gris con los bolsillos llenos de papeles. Kostia lo tomó por los codos, lo miró cara a cara, el joven perfil enérgico, el viejo rostro de nariz puntiaguda, con los labios partidos, entreabiertos, y los dientes separados. «Se convoca a asamblea. ¡Se puede movilizar hasta a ciento cincuenta cargadores si la gente de Iziumka viene!».

—¿Y si hacemos hablar al pope? —propuso el presidente Vaniuchkin.

—Si el mismísimo diablo pudiera hacernos un buen discurso de agitación, iyo lo llamaría! —exclamó Kostia—. Le veríamos las pezuñas asomándose por las botas, olería a azufre, agitaría su lengua de fuego con cada palabra. ¡Todo para el cumplimiento del plan de siembra, ciudadanos! ¡Me encantaría que el diablo nos vendiera su alma!

La risa distendió a los tres. La tierra rosada reía también a su manera, perceptible solo para esos hombres; el horizonte oscilaba ligeramente, una nube cómica vagaba en mitad del cielo.

La asamblea del *koljoz* se reunió en el patio de la granja de la Administración, a la hora del crepúsculo, esa hora en que los moscardones se vuelven una tortura. Vino mucha gente, pues el *koljoz* se sentía en peligro: las mujeres estaban contentas de que el padre Gerásimo hablara. Se pusieron bancos para ellas, los hombres escucharon de pie. El presidente Vaniuchkin fue el primero en tomar la palabra, intimidado en el fondo de su alma por doscientas caras indistintas y murmurantes. Alguno gritó desde las

primeras filas: «¿Por qué hiciste arrestar a los Kibiotkin? ¡Anatema!». Él hizo como que no escuchaba. Lanzó grandes palabras espesas (deber, plan, el honor del *koljoz*, el poder exige, los niños, el hambre en el invierno) hacia la bola roja del sol que descendía sobre el sombrío horizonte, entre las brumas amenazantes. «Le cedo la palabra al ciudadano Gerásimo». La multitud, compacta como un solo ser oscuro, se removió. El padre Gerásimo se puso de pie sobre la mesa.

Desde que la Gran Constitución Democrática fue concedida por el jefe a los pueblos federados, el sacerdote, sin necesidad de esconderse, se había dejado crecer la barba y los cabellos a la antigua usanza, aun cuando pertenecía a la Iglesia nueva. Oficiaba en una isba abandonada, reconstruida con sus propias manos, sobre la cual había levantado una cruz claveteada, cepillada y pintada de amarillo oro también con sus propias manos... Buen carpintero, jardinero pasable, entrenado en esas faenas en el Campo Especial de Rehabilitación por el Trabajo de las islas del Mar Blanco, conocía a fondo el Evangelio y también las leyes, los reglamentos, las circulares del Comisariado de Agricultura y de la Dirección Central de los *koljoses*. Odiaba con un odio negro a los enemigos del pueblo, a los conjurados, a los saboteadores, a los traidores, a los agentes del extranjero, a los fascistas-trotskistas en una palabra, sobre cuyo exterminio había predicado desde el púlpito, es decir, desde lo alto de una escalera recargada contra la estufa de la isba. Las autoridades del distrito lo apreciaban. No era más que un mujik peludo un poco más grande que los otros, casado con una plácida lechera. Lleno de un sentido común malicioso, de habla suave y profunda, le ocurría, en las grandes ocasiones, dejar al Espíritu Santo soplar a través de su palabra vehemente: Todas las caras se volvieron hacia él, conmovidas, incluso las de los jóvenes comunistas que volvían del servicio militar. «¡Hermanos cristianos! ¡Honrados ciudadanos! ¡Gente de la tierra rusa!». Mezclaba en parrafadas confusas, pero a menudo brillantes, a la gran patria, la vieja Rusia, nuestra madre, el jefe amado que piensa en los humildes, nuestro piloto infalible, ¡que la bendición del Señor sea con él! Dios que nos ve, Nuestro Señor Jesucristo que maldice a los holgazanes y los parásitos, expulsó a los mercaderes del templo, prometió el cielo a los buenos obreros, san Pablo gritaba al mundo: «¡Que quien no trabaje no coma!». Blandió una

arrugada hoja de papel: «Gente de la tierra, es nuestro asunto, la batalla del trigo... Las alimañas del infierno bullen todavía bajo nuestros pies. ¡Nuestro glorioso poder del pueblo acaba apenas de golpear con su espada de fuego a tres asesinos, tres almas vendidas a Satanás, que apuñalaban cobardemente al partido!».

Kostia y María aplaudieron juntos. Se habían encontrado en las primeras filas, desde donde solo se veía la cabeza hirsuta del pope contra el fondo del cielo tristemente azuloso. La gente se persignaba aquí y allá. Kostia rodeó con su mano suave el cuello y las trenzas de María. Esta muchacha de pómulos firmes, de nariz un poco respingona, le daba calor. Le parecía que cuando se acercaba a ella la sangre le corría más rápido por las venas. Ella tenía la boca y los ojos grandes: una mezcla de animalidad vigorosa y de alegre luminosidad. «María, es un hombre de la Edad Media, pero habla bien, ¡viejo diablo! Ahí está, con eso empezamos...». El seno duro y puntiagudo de María rozó el brazo de Kostia, él sintió el fuerte olor de las axilas de la muchacha, la vio con ojos vertiginosos. «Kostia, hay que tomar las decisiones, sin eso nuestra gente es todavía capaz de no hacer nada...». El padre Gerásimo decía: —¡Camaradas! ¡Cristianos! Iremos a buscar nosotros mismos las semillas, los aperos, los productos. ¡Los cargaremos sobre nuestras espaldas, con el sudor de nuestra frente, esclavos de Dios que somos, ciudadanos libres! Y al Maligno, que quiere que el plan fracase, que el poder nos trate como saboteadores, que pasemos hambre, ¡lo haremos tragarse su vileza con su hocico asqueroso!

Una voz de mujer, muy aguda, le respondió: «¡En marcha, padre!». Se constituyeron de inmediato los equipos para juntar los sacos. Partirían esa misma noche, bajo la luna, con Dios, por el plan, por la tierra.

Ciento sesenta y cinco cargadores, capaces de llevar, alternándose, unos sesenta bultos, partieron en la noche. La fila de los caminantes se hundió en los negros campos. Kostia conducía hacia la luna creciente, enorme y brillante a lo lejos, a la primera tropa, la de los jóvenes que cantaban en coro hasta quedar exhaustos:

Si hay guerra,
si hay guerra,
patria poderosa,

¡seremos fuertes!
Muchachita, muchachita,
¡cómo me gustan tus ojillos!

El padre Gerásimo y el agrónomo Kostiukin cerraban la marcha para animar a los rezagados contándoles historias. Vivaquearon en las orillas del Syeroglazaya, el Río de los Ojos Grises, más lechoso que gris; un dulce silbido continuo subía de los arroyuelos. El rocío frío del alba los dejó transidos. Kostia y María durmieron muchas horas uno contra el otro, arropados bajo la misma manta para tener menos frío, demasiado tensos para hablar, si bien la luna era encantadora, rodeada por un círculo de palidez vasto como el mundo. Partieron de nuevo al amanecer, durmieron una vez más en el bosque, bajo el calor del mediodía, alcanzaron la carretera grande, caminaron por ella levantando una nube de polvo, para llegar al ayuntamiento antes de que cerraran las oficinas. El Comité del partido les ofreció una buena comida: sopa de pescado y pasta de sémola; la orquesta de los camioneros los acompañó cuando partieron, unos curvados bajo sus sacos y sus bultos, los otros cantando, precedidos hasta la primera vuelta del camino por la bandera roja de las Juventudes Comunistas. Kostiukin, Kostia y el padre Gerásimo habían tenido, sin embargo, conversaciones amargas con el Comité. «Los transportes nos han fastidiado: ni camiones, ni tractores, ni carretas, ¡que el diablo se los lleve! —la cara de Kostiukin se congestionaba con la furia, como la cabeza rojiza y arrugada de algunas viejas aves de presa—. ¡La gente no está hecha para este oficio de bestias de carga! Lo paso con nosotros, pero los *koljoses* que están a cien kilómetros y más, ¿qué van a hacer con ellos?». «Es verdad, camaradas», respondió el secretario del ayuntamiento con un gesto que apuntaba hacia uno de los suyos: eso va para usted. El padre Gerásimo no intervino hasta el final, con un tono velado, lleno de sobreentendidos: «¿Está usted bien seguro, ciudadano secretario, de que no hay sabotaje en todo esto?». El secretario, picado, dijo: —Respondo de eso, ciudadano encargado del culto. Es la gasolina lo que se ha retrasado.

—En su lugar, yo no respondería, ciudadano secretario, porque solo Dios sondea las conciencias y los corazones.

El comentario hizo reír mucho. «¿No se está volviendo un poco

demasiado influyente?», preguntó a media voz el representante de la Seguridad, arrinconado entre dos directivos, uno de los cuales había ordenado no tolerar que el clero adquiriera influencia política y el otro que cesaran las persecuciones antirreligiosas. «Júzguenlo ustedes mismos», respondió el secretario del partido, igualmente entre dientes. Kostia hizo crecer su incomodidad subrayando que «el camarada encargado del culto es hoy nuestro verdadero organizador»...

Cada hora contaba puesto que se perdían al menos ocho días respecto del plan de trabajo, luego de haber perdido muchos otros en la espera de los medios de transporte, y había que temer asimismo las lluvias. Los ciento sesenta y cinco caminaron hasta el agotamiento, curvados bajo sus bultos, sudando, gimiendo, jurando, rezando. Los caminos estaban abominables: los pies resbalaban sobre terrones mojados que se hundían, o tropezaban en la oscuridad con las piedras surgidas de quién sabe dónde; seguían un camino encajonado, pedregoso y enlodado. La luna, enorme y rosada y burlona, ascendía. Kostia y María se pasaban el mismo saco de setenta libras: Kostia lo llevaba el mayor tiempo posible, ahorrando frugalmente sus fuerzas para tenerlo más tiempo que María. La muchacha, empapada de sudor, avanzaba en medio de un vapor de olor carnal. Los cargadores entraron en una llanura argentada. Tenían la luna, ya blanca, sobre sus cabezas, en el cenit; sus sombras se movían debajo de ellos, en la fosforescencia terrestre. Los grupos se espaciaban. María caminaba, con las axilas desnudas, sosteniendo a dos manos el fardo que llevaba sobre la cabeza y los hombros, en absoluto agachada, los senos erguidos; la línea tensa de su pecho, resistente a la atracción de la tierra, captaba la luz. Con la boca entreabierta, le mostraba los dientes a la noche. Kostia había dejado de bromear hacía horas; casi había dejado de hablar. «No somos más que músculos en marcha... Músculos y voluntad... Eso son los hombres... Eso, las masas...». De pronto, fue como si la tierra, el cielo malva y lechoso, la noche lunar hubiesen cantado dentro de él: «Te amo, te amo, te amo, te amo...», sin lasitud, sin fin, definitivamente, con un entusiasmo porfiado. «¿Me pasas el saco, María?». «Todavía no, a la altura de esos árboles, allí... No me hables, Kostia». Ella jadeaba suavemente. Él siguió en silencio: «Te amo, te amo...» y su fatiga se disipó, el brillo de la luna lo aligeró maravillosamente.

En el vivac junto al Río de los Ojos Grises, el Syeroglazaya, donde los ciento sesenta y cinco iban a pasar varias horas de sueño antes del alba, Kostia y María se acostaron apoyados contra su saco, de cara al cielo. La hierba estaba suave, fría y húmeda. «¿Estás bien, Marussia...?», preguntó Kostia, con un tono indiferente al comienzo de la corta frase, súbitamente acariciando el diminutivo al final. «¿Duermes?». «Todavía no», dijo ella. «Estoy bien. Todo es tan simple: el cielo, la tierra y nosotros...».

Uno al lado del otro, pegados, tocándose con los hombros, infinitamente cercanos y separados el uno del otro, miraban delante de sí: el espacio.

Kostia dijo sin moverse, sonriendo al cielo débilmente centelleante: —María, escúchame bien, María, es la verdad. María, yo te amo.

Ella no se movió, con las manos juntas bajo la nuca. Él percibía su respiración regular. Tardó en responder calmadamente: —Está bien, Kostia. Podemos hacer una pareja sólida.

Una especie de angustia lo asaltó, a la que se sobrepuso tragando saliva. No sabía qué decir ni qué hacer. Pasó un momento. La noche estaba espléndidamente luminosa. Kostia dijo: —Conocí a una María en las canteras subterráneas del metro, en Moscú. Tuvo un triste fin que no se merecía. Le faltaron nervios. La llamo en mis recuerdos María la Infortunada. Pero tú: yo quiero que tú seas María la Afortunada. Así será.

—Yo no creo en la felicidad en las épocas de transición —dijo María—. Trabajaremos juntos. Veremos la vida. Lucharemos. Está bien.

Él pensaba: «Es raro, henos aquí, marido y mujer, y hablamos como compañeros; yo tenía deseos de tomarla en mis brazos y no quiero ahora más que prolongar este instante...». María dijo después de un corto silencio: —Yo conocí otro Kostia. Era de las Juventudes Comunistas como tú, casi tan guapo como tú, pero un imbécil y un grosero...

—¿Qué fue lo que te hizo?

—Me embarazó y luego me dejó porque soy creyente.

—¿Eres creyente, María?

Kostia le pasó los brazos por los hombros, buscó la mirada de María, encontró esa mirada sombría y clara como esa noche.

—Yo no creo en beaterías, Kostia, trata de comprenderme. Yo creo en todo lo que existe, mira alrededor de nosotros, ¡mira!

Su cara de labios firmemente dibujados tuvo un impulso hacia él, para mostrarle el universo: este simple cielo, las llanuras, el río invisible bajo las cañas, las inmensidades.

—No puedo decir en qué creo, Kostia, pero yo creo. Quizá no es más que en la realidad. Tienes que comprenderme.

Una oleada de ideas atravesó a Kostia: las percibió en su pecho y sus entrañas así como en su espíritu. La realidad abrazada por un solo movimiento del ser. Somos inseparables de las estrellas, de la magia auténtica de esta noche sin milagro, de la espera de las tierras, de toda esta fuerza confusa que está en nosotros... La alegría estalló en él.

—Tienes razón, María, yo creo como tú, veo...

La tierra, el cielo y la noche misma, donde no existían las tinieblas, los unieron inexpresablemente, frente con frente, mezclando sus cabellos, con los ojos juntos, boca contra boca y entrechocando suavemente los dientes.

—María, te amo...

Estas palabras eran pequeños cristales dorados que él lanzaba en las aguas profundas, sombrías, pesadas, turbulentas, exaltantes... María respondió con una sorda violencia: —Pero ya te he dicho que te amo, Kostia.

María dijo:

—Me parece que lanzo pequeños guijarros blancos hacia el cielo y que se convierten en meteoros, los veo desaparecer, pero yo sé que no regresarán, así es como te amo...

—¿Qué nos arrulla? —murmuró ella todavía—. Siento que me duermo...

Se dormía con la mejilla sobre el saco, en medio del olor del trigo. Kostia veló un instante sobre ella. Su alegría era tan grande que se empezó a parecer a la tristeza. El mismo arrullo lo hizo dormir a su vez.

La última etapa, que hubo que cumplir a través de la niebla matinal, luego bajo el sol, fue la más penosa. La fila de cargadores titubeantes se extendía de un horizonte al otro. El presidente del *koljoz*, Vaniuchkin, vino a su encuentro con carretas. Kostia le echó rudamente su saco sobre la cabeza y los hombros. «¡Es tu turno, presidente!». Una alegría inmensa reinaba sobre el paisaje.

—Las siembras están salvadas, hermano. Cuanto antes, me vas a autorizar dos permisos de quince días para María y para mí. Nos casamos.

—Felicidades —dijo el presidente.

Chasqueó la lengua para acelerar el paso de los caballos.

Romáshkin vivía más decorosamente que antes. Sin cambiar de oficina, en el quinto piso del Trust de Ropa de Moscú, y aun cuando no pertenecía todavía al partido, sentía que había crecido. Una nota de servicio pegada en el corredor había anunciado una tarde: «El subjefe de la sección de salarios, Romáshkin, colaborador puntual y celoso, ha sido ascendido a primer subjefe con un aumento de salario de cincuenta rublos al mes y mención en la Tabla de Honor». De su mesa insignificante, llena de manchas de tinta y de marcas de goma de pegar, entre la puerta y el archivero, pasó al escritorio barnizado que estaba exactamente frente a otra oficina similar, pero más grande: la del Director de Tarifas y Salarios del Trust. Romáshkin disponía de un teléfono interior, más bien incómodo en realidad, pues las llamadas lo interrumpían en sus cálculos, pero que era también un símbolo inesperado de autoridad. El presidente del Trust mismo, por medio del aparato, pedía a veces una información. Eran momentos graves. Romáshkin sentía alguna pena de responder sentado, sin inclinarse, sin sonreír amablemente. Si hubiera estado solo, ciertamente se habría levantado para asumir mejor un aire deferente y prometer: «Cuanto antes, camarada Nikolkín; tendrá usted los datos exactos en 15 minutos...». Prometido esto, Romáshkin se erguía hasta tocar el respaldo de su sillón giratorio, echaba una ojeada llena de importancia a las cinco mesas de la oficina y le hacía un signo al melancólico Antochkin, seguramente enfermo del hígado, su sustituto en la mesa insignificante. «Camarada Antochkin, necesito para el presidente del Trust el expediente de la penúltima conferencia sobre precios y salarios, más el mensaje del Sindicato de los Textiles sobre la aplicación de las directivas del CC. Tiene usted siete minutos». Dicho con simple firmeza, sin apelación... El subjefe Antochkin miraba el reloj como el asno mira el látigo; sus dedos pasaban rápidamente las fichas, parecía masticar alguna cosa... Antes de que acabara de dar el séptimo minuto, Romáshkin recibía de

sus manos los papeles, y se lo agradecía con benevolencia. Desde el fondo de la habitación, la vieja secretaria y el ayudante de la oficina miraban a Romáshkin con un respeto evidente. (Ambos pensaban: «Caray, esa vieja rata reventada, ¿quién se cree? ¡Te puede dar un cólico, ciudadano lamesuelas!». Romáshkin, siempre bien dispuesto hacia los demás, no podía ni imaginárselo). Mientras firmaba documentos, el jefe de la oficina le hacía gestos de aprobación. Romáshkin descubría la autoridad que engrandece al hombre, cimenta la organización, fecunda el trabajo, economiza el tiempo, disminuye los gastos generales... «Yo me creía una nulidad: solo sabía obedecer en el trabajo; ahora heme aquí, capaz de mandar. ¿Cuál es ese principio que confiere un valor al hombre que antes no lo tenía? El principio de jerarquía». Pero la jerarquía, ¿es justa? Romáshkin pensó en eso varios días antes de responder afirmativamente. ¿Qué mejor gobierno que una jerarquía de hombres justos?

El ascenso le concedió otra recompensa: una ventana estaba a su derecha y él no tenía más que volver la cabeza para ver los árboles en los patios, las ropas secándose en los tendederos, los techos de las viejas casas, los campanarios de iglesia pintados en rosa y amarillo viejo, sobreviviendo humildemente a la sombra de un edificio: casi demasiado espacio, cosas asombrosas bajo el cielo, para trabajar bien. ¿Por qué el hombre siente tal necesidad de soñar? El sueño justificaba la disciplina. Romáshkin pensaba que sería razonable poner cristales opacos en las ventanas de las oficinas para que la visión del mundo exterior no fuera una distracción susceptible de disminuir el rendimiento en el trabajo. Cinco pequeños campanarios casi redondos, rematados por cruces vacilantes, sobrevivían en medio de un jardín olvidado y un conjunto disparejo de casas de hace quinientos años. Invitaban a la meditación como los senderos del bosque que llevan a claros desconocidos que acaso ya no existen... Romáshkin los temía un poco, al tiempo que los amaba. Quizá se rezaba todavía debajo de esos bulbos carentes de sentido y descoloridos, en el centro de la nueva ciudad de líneas rectas trazadas por el acero, el cemento, el vidrio, la piedra, matemáticamente.

—Es extraño, —se decía Romáshkin—, ¿cómo se puede rezar?

Para cuidar su capacidad de trabajo, se daba, entre una tarea y otra, una

pausa de algunos minutos concedidos al ensueño, sin que se notara, pues conservaba el ceño fruncido y el lápiz en la mano... ¿Al fondo de qué callejuela por la que nunca he pasado está esa iglesia extrañamente sobreviviente?

Romáshkin la fue a ver y de ello resultó en su vida un nuevo logro: el de la amistad. Había que entrar en un callejón, pasar bajo una puerta cochera, atravesar un patio bordeado de talleres y se llegaba a una placita antigua, de las épocas oscuras, cerrada al resto del mundo, donde los niños jugaban a las canicas: la iglesia estaba ahí con sus tres mendigos en el umbral y sus tres suplicantes arrodilladas en la soledad del interior. Agradables de leer, los letreros cercanos formaban un poema enriquecido con palabras y nombres armoniosos, desprovistos de significación: *Filatov, cardador-colchonero, Oleandra, cooperativa artesanal de zapateros, Tijónova, comadrona, Jardín de Niños Número 4 La Primera Alegría*. Romáshkin conoció a Filatov, cardador-colchonero, viudo sin hijos, hombre sabio que ya no bebía ni fumaba, no creía, seguía por la noche, a sus cincuenta y cinco años, los cursos libres de la Escuela de Técnica Superior, para comprender la mecánica de la astrofísica. «¿Qué más me queda si no la ciencia? He vivido medio siglo, ciudadano Romáshkin, sin imaginarme su existencia, como un ciego». Filatov llevaba puesto un viejo delantal de cuero y un gorro de proletario, el mismo desde hacía quince años. Tenía una habitación de tres metros por un metro con setenta y cinco centímetros, arreglada en un exvestíbulo deshabilitado; pero al fondo de ese nicho, se había recortado una ventana que daba al jardín de la iglesia; en el reborde de la ventana, había instalado en cajas un verdadero jardín colgante. Un pupitre colocado delante de las flores le permitía copiar, anotando sus reflexiones, *Los astros y los átomos* de Eddington... Esta amistad inesperada ocupó en la vida de Romáshkin un lugar destacado. Al principio, los dos hombres no se habían entendido bien. Filatov decía: —La mecánica domina a la técnica, la técnica es la base de la producción, es decir, de la sociedad. La mecánica celeste es la ley del universo. Todo es físico. Si yo pudiera recomenzar mi vida, me gustaría ser ingeniero o astrónomo; pienso que el verdadero ingeniero, para comprender el mundo, debe ser astrónomo. Pero nací, pequeño hijo de un siervo, bajo la opresión zarista. Fui analfabeto hasta los treinta años, un

borrachín hasta los cuarenta, he vivido sin comprender el universo hasta la muerte de mi pobre Nastassia. Cuando la enterramos en Vagankovskoye, hice poner una pequeña cruz roja sobre su tumba, porque ella había sido creyente, por inconsciencia; y como estamos en la época del socialismo, yo dije: ¡Que la cruz de los proletarios sea roja! Y me quedé solo en el cementerio, camarada Romáshkin; le pagué cincuenta kopeks al guardia para poder quedarme ahí después de que cerraran, hasta que salieron las estrellas. Pensaba yo: ¿Qué es el hombre en la tierra? Un pobre grano de polvo que piensa, trabaja y sufre. ¿Qué es lo que queda de él? El trabajo, la mecánica del trabajo. ¿Qué es la tierra? Un grano de polvo que gira en el cielo con el sufrimiento y el trabajo de los hombres y el silencio de las plantas y todo, pero ¿qué la hace girar? La ley de hierro de la mecánica de los astros. Y dije junto a su tumba: «Nastassia, ya no me puedes escuchar porque ya no existes, porque ya no tenemos alma, pero siempre estarás en la tierra, las plantas, el aire, la energía de la naturaleza, y te pido que me perdes por haberte hecho sufrir con mis borracheras, y te prometo no beber ya, y te prometo estudiar para comprender la gran mecánica de la creación». Cumplí mi palabra porque soy fuerte, de fuerza proletaria y quizás algún día me vuelva a casar, cuando termine el segundo año de estudios, porque no tendría dinero para comprarme libros si lo hiciera ahora. Así es mi vida, camarada. Estoy tranquilo, sé que el hombre debe comprender y yo creo que comienzo a comprender.

Hablaban sentados uno al lado del otro en un pequeño banco, a la puerta del taller del cardador-colchonero, a la caída de la tarde. Romáshkin, pálido y arrugado, todavía no viejo, pero perdidos todo vigor y juventud —si alguna vez los tuvo— y Filatov, con su cráneo y su cara rasurados, llenos de arrugas simétricas, consistente como un viejo árbol. Los martillos de los zapateros de la cooperativa Oleandra golpeaban suavemente el cuero, los castaños comenzaban a agrandarse en la sombra. Si no fuera por el rumor sordo del centro, se habría podido creer que era una plaza de un pueblo, en otra época, no lejos de un río bordeado al otro lado por bosques... Romáshkin respondía: —Yo no he tenido tiempo de pensar en el universo, camarada Filatov, porque he estado atormentado por la injusticia.

—Sus causas —dijo Filatov— están en la mecánica social.

Romáshkin se retorcía débilmente las manos, luego se las ponía sobre las rodillas: manos lisas, sin fuerza.

—Escúchame, Filatov, y dime si he hecho mal. Yo soy casi del partido, asisto a las reuniones, tienen confianza en mí. En la reunión de ayer, se habló de la racionalización del trabajo. Y el secretario nos leyó una nota del periódico sobre la ejecución de tres enemigos del pueblo que han asesinado al camarada Tuláyev, del CC y del Comité de Moscú. Todo se ha probado, esos criminales han confesado, no recuerdo los nombres, ¿pero qué nos importan sus nombres? Ya están muertos, eran unos asesinos, eran unas criaturas miserables, murieron como criminales. El secretario nos lo ha explicado todo: que el partido defiende a la patria, que la guerra se acerca, que nuestro jefe está amenazado, que hay que abatir a los perros rabiosos por amor a los hombres... Todo eso es verdad, por supuesto. Luego dijo: «¡Quienes estén a favor, levanten la mano!». Yo entendí que debíamos agradecer al CC y a la Seguridad esa ejecución; y sufrí, pues pensaba: ¿y la piedad, nadie se ocupa entonces de la piedad? Pero no me atreví a abstenerme. ¿Sería yo el único en acordarme de la piedad, yo, que no soy nada? ¿Pretenderé ser mejor que los otros? Y levanté la mano yo también. ¿He traicionado a la piedad? ¿Hubiera yo traicionado al partido con el pensamiento si no hubiese levantado la mano? ¿Qué me dices tú, Filatov, tú que eres recto, tú que eres un verdadero proletario?

Filatov reflexionó. La oscuridad descendía sobre ellos. Romáshkin, vuelto hacia su compañero, tenía una cara suplicante.

—La máquina —dijo Filatov— debe funcionar irreprochablemente. Que aplaste a los que se atraviesan en el camino es inhumano, pero esa es la ley universal. El obrero debe conocer las entrañas de la máquina. En el futuro habrá máquinas luminosas y transparentes que la mirada del hombre atravesará de un lado a otro. Eso será la inocencia de las máquinas, semejante a la inocencia del cielo. La ley humana será pura como la ley de la astrofísica. Nadie será entonces aplastado. Nadie tendrá ya necesidad de piedad. Pero ahora, camarada Romáshkin, hace falta la piedad todavía. Las máquinas están llenas de tinieblas; nosotros no sabemos nunca qué pasa. No me gustan las sentencias secretas, las ejecuciones en los sótanos, la mecánica de los complots. Tú entiendes: siempre hay dos complots, el

positivo y el negativo. ¿Cómo saber cuál es el de los justos, cuál es el de los culpables? ¿Cómo saber si hay que tener piedad, si hay que ser despiadado? ¿Cómo lo sabremos nosotros, entonces, cuando los hombres del poder pierden ellos mismos la cabeza, como es evidente? Tú debías votar a favor, Romáshkin; de otra manera tu voto se hubiera vuelto en tu contra, y tú no podías hacer nada, ¿verdad? Votaste con piedad y está bien. Yo hice como tú el año pasado. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Le pareció a Romáshkin que sus manos se volvían más ligeras. Filatov lo hizo entrar en su casa, bebieron un vaso de té y comieron pepinos salados con pan negro. La habitación era tan pequeña que se tocaban. De esta proximidad nacía una intimidad muy grande. Filatov puso bajo la lámpara el libro abierto de Eddington: —¿Sabes lo que es un electrón?

—No.

Romáshkin discernía en la mirada del cardador-colchonero más compasión que reproche. ¡Toda una vida detrás de él y no saber eso!

—Permíteme explicártelo. Cada átomo de materia es un sistema solar...

El universo y el hombre están hechos de estrellas, unos infinitamente pequeños, otros infinitamente grandes, la figura 17 de la página 45 lo muestra claramente. Romáshkin seguía con dificultades la admirable demostración, pues seguía pensando en los tres fusilados, en su mano levantada para aprobar su muerte, tan pesada en ese momento, ahora más ligera (era tan extraño) por haber confrontado la piedad con las máquinas y los astros.

Un niño lloraba en el patio vecino, el taller de los zapateros ya estaba apagado, una pareja se abrazaba, en los límites de lo invisible, contra la reja de la iglesia. Filatov encaminó a su amigo al otro extremo de la plaza. Romáshkin se dirigió hacia la reja. Filatov, antes de entrar en su casa, se detuvo sin razón y miró el sol negro. ¿Qué hemos hecho de la piedad en esta mecánica humana? Otros tres fusilados... Son más numerosos que las estrellas, pues no hay más de tres mil estrellas visibles en el hemisferio norte. Si esos tres hombres han matado, ¿no tendrían profundas razones para matar, razones ligadas a las leyes eternas del movimiento? ¿Quién ha sopesado esas razones? ¿Quién las ha sopesado sin odio? Filatov tuvo piedad de los jueces: los jueces deben sufrir más que todos... La vista de la

pareja abrazada en las tinieblas, formando un solo ser en virtud de la atracción eterna, lo consoló. Está bien ver vivir a los jóvenes cuando uno mismo está en la decadencia de su vida. Tienen medio siglo ante ellos, por lo menos: verán acaso la verdadera justicia, en los tiempos de las máquinas transparentes. Hace falta mucho abono para fecundar las tierras fatigadas. ¿Quién sabe cuántos fusilados son necesarios todavía para alimentar la tierra rusa? Hemos creído ver claro ante nosotros en los tiempos de la Revolución, y nos hemos hundido en las tinieblas, quizás es el castigo por nuestro orgullo. Filatov entró, atravesó la barra de hierro en su puerta, se desvistió tristemente. Dormía a la luz de una lamparilla, en un estrecho colchón extendido sobre unas cajas. Las arañas comenzaron en el techo sus periplos nocturnos: esas negras bestezuelas de largas patas radiadas se movían lentamente y era completamente imposible comprender el sentido de sus movimientos. Filatov pensaba en los jueces y en los fusilados. ¿Quién juzgará a los jueces? ¿Quién los perdonará? ¿Hay que perdonarlos? ¿Quién los fusilará si no han sido justos? Cada cosa ocurrirá a su tiempo, necesariamente. Debajo de la tierra, por todos lados, debajo de la ciudad, debajo de los campos, debajo de la placita negra donde los enamorados seguían sin duda con su encuentro de caricias, una multitud de ojos brillaron para Filatov, en los confines de lo visible, como estrellas de séptima magnitud. «Esperan, esperan», murmuró Filatov. «Ojos innumerables, perdonadnos».

Romáshkin, en la pobre blancura de su habitación, se sintió asaltado de nuevo por la ansiedad. Los ruidos del apartamento colectivo golpeaban sin cesar su reducto de silencio: teléfonos, música de radio, voces de niños, escusados que se desaguan, silbidos de las estufas de petróleo... El matrimonio vecino, del que estaba separado solo por una pared de tablones, discutía febrilmente un asunto de reventa de telas. Romáshkin se puso su camisón de noche: desvestido, se sentía todavía más débil que vestido; sus pies desnudos tenían unos miserables dedos ridículamente separados. El cuerpo del hombre es feo, y si el hombre no tiene más que su cuerpo, si el pensamiento no es más que una obra corporal, ¿cómo no

habría de ser el pensamiento incierto y débil? Se acostó entre sus sábanas frías, tiritó un momento, tendió la mano hacia el estante de los libros, tomó de ahí un libro de un poeta desconocido, porque le faltaban las primeras páginas, pero las otras guardaban su mágico encanto. Romáshkin leyó al azar:

Divino planeta girante
tus Eurasias tus mares cantantes
el desprecio simple de los verdugos y henos aquí pensamiento clemente
casi semejantes a los héroes

¿Por qué no tenían puntuación estos versos? ¿Acaso porque el pensamiento que abarca y relaciona por medio de sus hilos inmateriales — pero ¿existen? — los planetas, los mares, los continentes, a los verdugos, a las víctimas, a nosotros mismos, es fluido, no descansa nunca, no se detiene más que en apariencia? ¿Por qué precisamente esta noche la alusión a los verdugos, la alusión a los héroes? ¿De dónde me viene este reproche, a mí, que me desprecio a mí mismo? ¿Y por qué, si hay hombres que tienen este ardor de vivir y este desprecio de los verdugos, yo soy tan diferente de ellos? ¿No sienten vergüenza los poetas cuando se ven en su soledad y en su desnudez? Romáshkin volvió a colocar el libro y tomó de nuevo los periódicos de los últimos días. En la parte de abajo de la tercera página, bajo el encabezado de Informaciones Diversas, el diario gubernamental hablaba de la preparación de una fiesta de atletismo en la cual participarían trescientos paracaidistas pertenecientes a los círculos deportivos de las escuelas... «Grandes flores brillantes descienden del cielo y cada una lleva una valiente cabeza humana cuyos ojos vigilan intensamente cómo la tierra, atrayente y amenazadora, se acerca...». El texto siguiente, sin título, en caracteres minúsculos, decía:

El caso de los asesinos del camarada Tuláyev, miembro del Comité Central. Habiéndose reconocido culpables de traición, de complot y de asesinato, M. A. Erchov, A. A. Makeyev y K. K. Rublev, condenados a la pena capital en la sesión especial del Tribunal Supremo, que deliberó a puerta cerrada, han sido ejecutados.

La Asociación General de Ajedrecistas, afiliada a la Federación Deportiva de la Unión, planea la organización, en las repúblicas federadas, de una serie

de pruebas eliminatorias, con vistas al próximo torneo de las nacionalidades.

Las piezas del tablero tenían caras humanas, desconocidas, pero cargadas de miradas graves. Se movían solas. Alguien las miraba de lejos, con atención: de pronto las piezas saltan, estallan sus cabezas y se desvanecen inexplicablemente. Tres golpes precisos las hicieron saltar una tras otra, instantáneamente: tres cabezas sobre el tablero. Romáshkin, aturdido en su semisueño, tuvo miedo: es que alguien llamaba a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, yo —respondió una voz radiante.

Romáshkin fue a abrir. El piso estaba rugoso y frío bajo sus pies desnudos. Antes de descorrer el cerrojo, hizo una pausa de un segundo para dominar su pánico. Kostia entró violentamente y levantó a Romáshkin en brazos como si fuera un niño.

—¡Mi viejo vecino! ¡Romáshkin! ¡Semipensador, semihéroe del trabajo encerrado en tu semihabitación y tu semicuarto de destino! ¿Estás bien? ¿Dime, pues, algo? Ultimátum: ¿estás bien, sí o no?

—Estoy bien, Kostia. Qué bien que viniste. Yo te quiero, lo sabes.

—Entonces, te prohíbo ponerme esa cara de ciudadano que acaban de sacar atropellado de debajo de un autobús... La tierra gira espléndidamente, ¡que el diablo nos lleve! ¿La ves girar, di, a nuestra bola verde poblada de simios afanosos?

De regreso en el calor de su cama, Romáshkin vio la habitación alargarse y la luz hacerse diez veces más intensa.

—Me estaba durmiendo, Kostia, sobre este galimatías de los periódicos: paracaidistas, fusilados, torneos de ajedrez, planetas... Es algo loco. La vida, ¿no? Estás guapo, Kostia, pareces saludable. Es increíble verte... Yo estoy de lo más bien. He tenido un ascenso en el Trust, frequento las asambleas del partido, tengo un amigo: un proletario notable que tiene el cerebro de un físico... Hablamos de la estructura del universo.

«La estructura del universo...», repitió Kostia con un tono cantarín. Demasiado grande para ese refugio exiguo, daba vueltas sobre sí mismo.

—No has cambiado nada, Romáshkin. Apuesto a que las mismas chinches anémicas te siguen chupando en la noche.

—Es cierto —dijo Romáshkin con una risilla feliz.

Kostia lo empujó contra el muro para sentarse en la cama. Inclinó sobre Romáshkin su cabello despeinado, cuyos reflejos castaños parecían rojos, sus ojos agresivos llenos de rocío, su gran boca ligeramente asimétrica.

—No sé para dónde voy, pero estoy en camino. Si la próxima guerra no nos vuelve carroña a todos, viejo, no sé qué haremos, pero será fabuloso. Si reventamos haremos surgir sobre la tierra una vegetación inaudita. No tengo un centavo, por supuesto, las suelas se me han gastado, por supuesto, etcétera, pero estoy contento.

—¿El amor?

—Por supuesto.

La risa de Kostia sacudió la cama, sacudió a Romáshkin desde los dedos de los pies hasta las cejas, hizo estremecerse el muro, repercutió en la habitacioncita en ondas doradas.

—No te asustes, Romáshkin, viejo hermano, si te parezco borracho. Estoy más borracho cuando no he comido nada, pero entonces me pongo furioso...

»Te acuerdas que dejé el Metro, ese trabajo de topos industriales bajo el asfalto de Moscú, entre la Morgue y la Oficina de las Juventudes Comunistas. Quería aire. Estaba harto de su disciplina. Yo tenía disciplina para vender y regalar: mi propia disciplina. Me fui. En Gorki trabajé en la fábrica de coches: siete horas ante las máquinas. Acepté volverme un bruto, a la larga, para darle camiones al país. Veía salir los coches terminados, todos brillantes, nuevos, es de lo más bello, más limpio que el nacimiento de un hombre, te lo aseguro. Al decirme que los habíamos hecho con nuestras manos y que rodarían quizá por Mongolia para llevarles cigarrillos y fusiles a los pueblos oprimidos, me sentía orgulloso, estaba feliz de vivir. Bueno. Peleé con un técnico que me quería hacer lavar mis herramientas a deshoras. ¿Qué crees, le dije, que el asalariado ya no existe? Hay que mantener los nervios y los músculos del obrero tan bien como las máquinas. Buenas noches: tomé el tren; esos imbéciles me iban a acusar de trotskismo. Y tú ya sabes lo que eso significa: tres años en las minas de Karaganda; no, gracias. ¿Conoces el Volga, viejo? Trabajé a bordo de un remolcador, de carbonero y luego de mecánico. Remolcábamos chalanas hasta el río Kama. Ahí los ríos son caudalosos, uno se olvida de las ciudades, la luna sube por

encima de los bosques abruptos, un inmenso ejército vegetal vela día y noche y escuchas que te llama insidiosamente: La vida verdadera es la nuestra, si no bebes una copa de este silencio, con los animales de los bosques, nunca conocerás todo lo que el hombre debe conocer. Encontré un sustituto en un pueblo komi y me enganché con el Trust Regional de los Bosques. “¡A hacer lo que sea, lo más lejos posible, en los bosques más perdidos!”, les dije a esos burócratas provincianos. Eso les gustó. Me nombraron para la inspección de los puestos de guardabosques y la milicia me inscribió en la lucha contra el bandolerismo. Descubrí en un bosque del otro lado del mundo, entre el Kama y el Vychedga, un pueblo de Viejos Creyentes y de brujos que habían huido de las estadísticas. Habían tomado el gran censo como una maniobra diabólica; se habían convencido de que les iban a quitar las tierras una vez más; de que les iban a quitar a los hombres para la guerra; de que iban a enseñar a la fuerza a leer a las ancianas para instruirlas en la ciencia del Maligno. Por las noches recitaban el Apocalipsis. Cantaban también que todo está corrompido en la tierra y que a los hombres de corazón puro no les queda más que la paciencia, iy que la paciencia va a quebrarse! ¿Y qué sucederá?, les preguntaba yo. “Vendrá el regreso del Año Mil”.

Me ofrecieron quedarme con ellos; estuve tentado a hacerlo a causa de una bella muchacha; era vigorosa como un árbol, emocionante y pura como el aire de los bosques, pero me decía que sobre todo quería un hijo y que yo había conocido demasiadas máquinas como para vivir largo tiempo con ella, que no me tenía confianza... Volví a irme, Romáshkin, para no quedarme ahí hasta su juicio final o hasta la idiotez completa... Los Viejos me pidieron enviarles, por medio de los hermanos que tenían en la ciudad, periódicos recientes, un tratado de agronomía y escribirles «si el censo había pasado», sin guerras ni expoliaciones ni inundaciones... ¿Quieres que vayamos a vivir con ellos, Romáshkin? Soy el único que conoce los caminos de los bosques de la Sysolda. Los animales del bosque no me hacen daño, he aprendido a coger nidos de abejas silvestres para robarles la miel, sé tender trampas para liebres, sé poner trampas en el agua de los ríos... Ven, Romáshkin, ya no volverás a pensar en tus libros y cuando te pregunten qué es un tranvía, les explicarás a los chiquillos y a los grandes viejos de cabello blanco que es

una caja larga y amarilla que va por las calles, que transporta hombres, movida por una fuerza misteriosa que sube de las entrañas de la tierra a través de hilos metálicos. Y si te preguntan por qué, te sentirás incómodo...

—Me gustaría —dijo débilmente Romáshkin, a quien ese relato encantaba como un cuento de hadas.

Kostia lo sacó del sueño:

—Demasiado tarde, mi viejo. Para ti y para mí ya no hay Sagradas Escrituras ni Apocalipsis. Si el Año Mil nos espera, no podemos saberlo. Estamos en la época del hormigón armado.

—¿Y tu amor? —preguntó Romáshkin, que se sentía extrañamente bien.

—Me casé en el *koljoz* —respondió Kostia—. Ella es...

Sus manos esbozaron un gesto que debía ser de entusiasmo, pero se quedaron en suspenso durante una fracción de segundo antes de bajar, inertes. La mirada de Kostia se había posado, mientras hablaba, sobre la larga mano débil de Romáshkin, extendida sobre una hoja del periódico. El dedo medio parecía señalar un texto inverosímil: El caso de los asesinos del camarada Tuláyev, miembro del CC. Se han reconocido culpables... Erchov, Makeyev, Rublev... han sido ejecutados...

—¿Cómo es ella, Kostia?

Los ojos de Kostia se entrecerraron.

—¿Te acuerdas del revólver, Romáshkin?

—Me acuerdo.

—¿Te acuerdas de que buscabas la justicia?

—Me acuerdo. Pero he reflexionado mucho desde entonces, Kostia. No me había dado cuenta de mi debilidad. He comprendido que es demasiado pronto para la justicia. Lo que hace falta es trabajar, creer en el partido, tener piedad. Como no podemos ser justos, debemos tener piedad de los hombres...

Un miedo en el que no se atrevía a pensar detuvo en la punta de su lengua la pregunta: «¿Qué hiciste con el revólver?». Kostia habló con insidia: —La piedad me exaspera. Mira, ten piedad de esos tres fusilados, Romáshkin, si eso te consuela: ya nada les falta a ellos —Kostia le señaló la nota del periódico—. Yo no tengo nada que ver con tu piedad y no tengo ganas de apiadarme de ti: no lo mereces. Tú eres quizá culpable de su

crimen. Quizá yo soy el autor de tu crimen, pero jamás entenderías nada. Tú eres inocente, ellos son inocentes...

Con un esfuerzo, acabó por encogerse de hombros: «Yo soy inocente... ¿Pero quién es culpable?».

—Yo creo que eran culpables —murmuró Romáshkin—, pues los han condenado.

Kostia dio tal salto en la habitación que el suelo y las paredes temblaron. Su risa dura golpeaba las cosas.

—Romáshkin, ¡eres un as! Déjame explicarte lo que adivino. Seguramente eran culpables, han confesado, porque comprenden algo que ni tú ni yo comprendemos. ¿Lo ves?

—Eso debe de ser grave —dijo gravemente Romáshkin.

Kostia caminaba nerviosamente de la puerta a la ventana. «Me ahogo», dijo. «¡Aire! ¿Qué hace falta aquí? Todo».

—Bueno, mi querido Romáshkin, adiós. Se vive en una especie de delirio, ¿no es así?

—Sí, sí...

Romáshkin iba a quedarse solo, tenía una cara lamentable y maltrecha, párpados arrugados, pelos descoloridos alrededor de la boca, y tan poca fuerza en los ojos! Kostia pensó en voz alta: «Los culpables son los millones de Romáshkin que hay en la tierra...».

—¿Qué dijiste?

—Nada, viejo: divago.

Se abrió un vacío entre ellos.

—Romáshkin, tu casa es demasiado sombría. ¡Eso es!

Kostia sacó del bolsillo interior de su blusa un objeto rectangular envuelto en tela de la India. «Toma. Es lo que yo más amaba en el mundo cuando estaba solo». Romáshkin tenía en la mano una miniatura enmarcada en ébano. En el círculo negro aparecía una cara de mujer mágicamente real que era toda equilibrio, inteligencia, brillo, silencio. Romáshkin dijo con una especie de espanto deslumbrado: —¿Será posible? ¿Tú crees de verdad, Kostia, que haya caras como esta?

Kostia se encendió:

—Las caras vivas son más bellas... Nos vemos, viejo.

Kostia sintió, al bajar la escalera, la sensación bienhechora de una caída. El mundo material se deshacía ante él; las cosas se volvían aéreas. Caminaba por las calles con el paso ligero de un corredor. Pero en su cabeza, la inquietud desencadenaba una especie de trueno.

—Pero es que fui yo... yo...

Corrió al acercarse a la casa donde dormía María, como había corrido aquella noche de hace tiempo, aquella noche boreal, después de la explosión repentina, al extremo de su puño, de una flor negra bordeada de llamas, mientras sonaban los silbatazos de los milicianos... La escalera negra de la casa era también aérea. El departamento comunal número 12 albergaba a tres familias y tres matrimonios en siete habitaciones. Una bombilla con la potencia de veinticinco velas alumbraba en el corredor, pegada muy cerca del techo para que no resultara fácil desatornillarla. Los muros estaban tiznados. Una máquina de coser, unida por una cadena y un cerrojo a un gran baúl, se reflejaba en el espejo agrietado de una percha. Ronquidos desiguales llenaban la penumbra con una vibración animal. La puerta del escusado se entreabrió y una delgada silueta de hombre en pijama flotó en el fondo del corredor; de pronto, se tropezó ruidosamente con algo metálico. El borracho rebotó hacia la pared opuesta, golpeándose con una puerta. Dos voces coléricas hirieron la oscuridad; una profunda que hacía «sshhh» a través del sueño, la otra vehemente, lanzando injurias: «¡... pedazo de imbécil!». Kostia alcanzó al borracho y lo cogió por el cuello de su flotante pijama.

—Tranquilo, ciudadano, mi mujer duerme aquí al lado. ¿Dónde está su cuarto?

—Es el número 4 —dijo el borracho—. ¿Quién es usted?

—Nadie. ¡No se caiga! No haga ruido o muy amistosamente le rompo el hocico.

—Muy amable... ¿No se toma un trago?

Kostia abrió con el codo la puerta del número 4 y empujó hacia dentro al borracho, que fue a caer blandamente entre unas sillas patas arriba. Un objeto de vidrio rodó sobre el suelo antes de romperse con un alegre tintineo cristalino. Kostia encontró a tientas la puerta del número 7, una bodega triangular, de techo oblicuo y bajo en el que se abría una buhardilla.

La bombilla eléctrica colgaba sobre el piso, al extremo de un largo hilo, entre una pila de libros y una palangana de peltre en la cual se remojaba una camisa color rosa. No había ahí más que una silla desfondada y una cama estrecha de hierro sobre la cual dormía María, acostada de espaldas, muy derecha, con la frente levantada, vagamente sonriente. Kostia la contempló. Tenía las mejillas rosadas y ardientes, la nariz larga, las cejas tensas como un doble dibujo de alas esbeltas, pestañas adorables. Un hombro y un seno desnudo surgían de entre las mantas; sobre la carne ambarina del seno, se posaba una trenza negra con matices cobrizos. Kostia besó el seno desnudo. María abrió los ojos.

—¡Tú!

Él se arrodilló junto a la cama y le tomó las dos manos.

—María, despiértate. María, mírame. María, piensa en mí...

Ella no sonrió, pero sonreía toda entera.

—Pienso en ti, Kostia.

—María, respóndeme. Si yo hubiera matado a un hombre hace siglos, hace unos días o hace unos meses, una noche de nieve absolutamente prodigiosa, sin conocerlo, sin pensar en matarlo, sin haberlo querido yo mismo, voluntariamente, sin embargo, con los ojos bien abiertos, con la mano firme, porque él hacía mal en nombre de ideas justas, porque estaba yo harto del sufrimiento de otros, porque lo había juzgado sin saberlo en unos cuantos segundos, yo en nombre de muchos otros, yo un desconocido para desconocidos sin nombre, para todos los que no tienen ni nombre ni voluntad, ni suerte, ni esta conciencia en jirones que yo tengo, ¿qué dirías tú, María?

—Yo te diría, Kostia, que tienes que dominar mejor tus nervios, saber exactamente lo que haces y no despertarme para contarme malos sueños... Bésame.

Él volvió a hablar con un tono suplicante: —¿Pero si es verdad, María?

Ella lo miró muy atentamente. El carrillón del Kremlin dio la hora. Las primeras notas de la Internacional, ligeras y graves, flotaron un momento sobre la ciudad dormida.

—Kostia, he visto suficientes campesinos morir en los caminos... Yo sé lo dura que es la lucha. Yo sé cuánto mal se hace sin quererlo... Pero de todas

maneras vamos hacia adelante, ¿no es cierto? Hay en ti una gran fuerza pura. No te atormentes.

Con las dos manos hundidas en la cabellera de Kostia, atrajo violentamente hacia ella esa cabeza vigorosa, presa de la inquietud.

El camarada Fleischman empleó la jornada en la clasificación definitiva de los expedientes del caso Tuláyev. Eran millares de páginas reunidas en varios volúmenes. La vida humana se reflejaba ahí igual que la fauna y la flora terrestres se encuentran, bajo formas tenues y monstruosas, en una gota de agua estancada que se estudia al microscopio. Ciertos documentos debían ir a los archivos del partido; otros, completar los expedientes de la Seguridad, del CC, del Secretariado General, del Servicio Secreto en el extranjero. Algunos debían ser quemados en presencia de un representante del CC y del camarada Gordéyev, alto comisario adjunto de la Seguridad. Fleischman se encerró solo con esos papeles numerados que exhalaban un olor de muerte. La nota del servicio de las operaciones especiales sobre la ejecución de los tres condenados por hombres de confianza del destacamento de élite no mencionaban más que un solo dato preciso, las horas: 0.00, 0.15, 0.18. El gran caso culminaba en el momento cero de la noche.

Entre los documentos insignificantes adjuntos al expediente Tuláyev desde el fin de la investigación (informes sobre conversaciones mantenidas en lugares públicos, en el curso de las cuales el nombre de Tuláyev había sido mencionado, denuncias concernientes al asesinato de un ingeniero Butáyev, del servicio de aguas de Krasnoyarsk, comunicaciones de la milicia criminal sobre el asesinato de un cierto Mutáyev en Leninakán, y otros documentos que se hubiera pensado llevados al azar por una crecida de las aguas, por el viento, por la tontería y la locura mediocre de la ley de los grandes números), Fleischman encontró un sobre gris, con sellos postales de la estación de Moscú-Yaroslavl, rotulado sencillamente «*Al ciudadano juez de instrucción encargado de investigar el caso Tuláyev*». Un papel adjunto indicaba: «*Transmitido a la camarada Zvéryeva*». Otro papel agregaba: «*Zvéryeva: bajo riguroso arresto hasta nueva orden. Transmitir al camarada Popov*». La perfección administrativa hubiera exigido en este punto una

tercera nota sobre el destino en suspenso del camarada Popov. Alguien prudente se había contentado con escribir sobre el sobre, con tinta roja: *Clasificación general*.

—Ese soy yo: clasificación general, —pensó Fleischman con un matiz de desprecio por sí mismo.

Cortó con indiferencia la orilla del sobre. Este contenía una carta manuscrita, sin firma, escrita sobre la hoja doble de un cuaderno escolar.

—¡Ciudadano! Le escribo por obligación de conciencia y consideración a la verdad...

Bien: uno más que denuncia a su prójimo o se abandona con deleite a su pequeño delirio estúpido... Fleischman saltó la mitad de la epístola para llegar a la conclusión, no sin observar que la escritura era firme y joven, como la de un campesino instruido, desprovista de estilo y casi de puntuación. El tono era directo... y el alto funcionario se sintió agarrado por la garganta.

—No firmaré. Inocentes han pagado inexplicablemente por mí, ya no puedo reparar nada. Créame que si yo hubiera estado informado a tiempo sobre este error judicial, le hubiera entregado mi cabeza inocente y culpable. Pertenezco en cuerpo y alma a nuestro gran país, a nuestro magnífico porvenir socialista. Si he cometido un crimen casi sin pensarlo lo cual no puedo darme cuenta claramente porque vivimos en una época en la que el asesinato del hombre por el hombre es cosa de costumbre y sin duda el poder de los trabajadores que derrama tanta sangre, la derrama por el bien de los hombres y yo mismo no he sido más que el instrumento menos que semiconsciente de esta necesidad histórica, si yo he inducido a error a los jueces más instruidos y más conscientes que yo que han cometido un crimen más grande creyendo ellos también servir a la justicia, yo no puedo ahora más que vivir y trabajar libremente con todas mis fuerzas por la grandeza de nuestra patria soviética...

Fleischman empezó a leer la carta hacia la mitad: «Solo, ignorado del mundo, ignorante yo mismo el instante anterior de lo que iba a ser disparé sobre el camarada Tuláyev al que yo detestaba sin conocerlo desde la purga

de las escuelas superiores. Yo le aseguro que él le había hecho a nuestra sincera juventud un mal incommensurable, que nos había mentido sin cesar, que vilmente había ultrajado lo que tenemos de mejor nuestra fe en el partido, que nos había llevado al borde de la desesperación...».

Fleischman se acodó sobre esta carta desplegada y el sudor le mojó la frente, la vista se le nubló, su doble papada se aflojó, una mueca de debacle devastó su grueso rostro: las hojas innumerables del expediente flotaron ante él en medio de una bruma asfixiante. Murmuró: «Yo lo sabía», contrariado por tener que contener un deseo idiota de llorar o de huir no importa adonde, de inmediato, irrevocablemente; pero nada de eso era posible. Se hundió en la carta cuyas palabras gritaban la verdad. Se escuchó un rasguño ratonil en la puerta y, desde fuera, la sirvienta preguntó: —¿Quiere té, camarada jefe?

—Sí, sí, Lisa, té cargado...

Dio algunos pasos por la oficina, releyó otra vez la carta sin firma, de pie esta vez, para mejor hacerle frente. Imposible mostrársela a nadie. Entreabrió la puerta para coger la bandeja sobre la cual había dos vasos de té. Y le habló en silencio al hombre desconocido que entreveía detrás de esa doble hoja de papel escolar.

—Bueno, muchacho, bueno, tu carta no está nada mal... No seré yo quien te haga perseguir ahora. Nosotros los viejos, mira, nosotros no tenemos necesidad de tu fuerza errante, ebria de sí misma, para ser condenados... Está más allá de nosotros, nos arrastra a todos...

Encendió la vela que le servía para ablandar la cera de los sellos. Rebabas rojas, como de sangre coagulada, se incrustaron en la estearina. En la llama de la vela manchada de sangre, Fleischman quemó la carta, juntó la ceniza en el ceníceros y con el pulgar aplastó la ceniza. Bebió sus dos vasos de té y se sintió mejor. Dijo a media voz, con tanto alivio como triste sarcasmo: «El caso Tuláyev está cerrado».

Fleischman decidió pasar a toda prisa por el resto de la clasificación con el fin de evadirse lo más pronto posible. Los cuadernos escritos por Kiril Rublev en la celda se desprendieron de un legajo de cartas «retenidas para la investigación»: eran las cartas de Dora Rublev, fechadas en una aldea de Kazajistán. Estas cartas, llegadas desde el fondo de la soledad y de la

angustia para ser leídas solo por la camarada Zvéryeva, lo encolerizaron.

—¡Esa perra! Si le puedo poner las manos encima a esa, ya le haré ver yo las estepas, la nieve y las arenas...

Fleischman hojeó los cuadernos. La escritura se mantenía regular, el modo de trazar ciertos signos denotaba preocupaciones de artista —lejanas, hace tiempo rebasadas—, la rectitud de las líneas recordaba al hombre, su torso erguido en la conversación, su largo rostro huesudo, la frente de pensador, la manera peculiar que tenía de mirarlo a uno con una sonrisa en los ojos, apenas perceptible, cuando su discurso trazaba un razonamiento riguroso pero flexible cual un arabesco metálico...

—Morimos sin saber por qué hemos asesinado a tantos hombres en quienes residía nuestra más alta fuerza...

Fleischman se dio cuenta de que él pensaba igual que Kiril Rublev escribía algunos días o algunas horas antes de desaparecer.

Los cuadernos le interesaron... Recorrió las deducciones económicas fundadas en la baja de las tasas de ganancia por el crecimiento continuo del capital constante (¿de dónde entonces el marasmo del capitalismo?); en el crecimiento de la producción de energía eléctrica en el mundo, en la evolución de la siderurgia, en la crisis del oro, en las modificaciones de carácter, de funciones, de intereses, de estructura de las clases sociales y más particularmente de la clase obrera... Muchas veces, Fleischman murmuró: «Justo, muy justo, discutible, pero... habría que revisar... cierto en su conjunto o en la tendencia...». Tomó nota de algunos datos para verificarlos en las obras especializadas. Seguían páginas de juicios entusiastas y severos sobre Trotsky, de quien Rublev elogiaba la intuición revolucionaria, el sentido de la realidad rusa, el «sentido de la victoria»; de quien deploraba «el orgullo de gran personaje histórico», «la superioridad demasiado consciente de ella misma», «la incapacidad de hacerse seguir por mediocres», «la táctica ofensiva en los peores momentos de la derrota», «la alta álgebra revolucionaria sin cesar ofrecida a los cerdos, cuando los cerdos eran los únicos ocupantes del proscenio»...

—Evidentemente, evidentemente —murmuraba Fleischman sin tratar de sobreponerse a su malestar.

¿Rublev estaba entonces bien seguro de ser fusilado para permitirse

escribir así?

El tono de lo escrito cambiaba, pero la misma certidumbre interior le confería todavía más distanciamiento.

«Hemos sido un logro humano excepcional y por ello sucumbimos. Fue preciso, para formar a nuestra generación, un medio siglo único en la historia. Al igual que un gran cerebro creador es un logro biológico y social único, debido a innumerables interferencias, la formación de unos cuantos millares de nuestros cerebros se explica gracias a interferencias únicas. El capitalismo en su apogeo, rico con todas las potencias de la civilización industrial, se implantaba en un gran país campesino, de antigua cultura, mientras que un despotismo senil se encaminaba año tras año hacia su final. Ni las antiguas castas ni las nuevas clases podían ser fuertes; ni las unas ni las otras se sentían seguras del porvenir. Hemos podido crecer en las luchas, escapando a dos cautiverios profundos: el de la vieja “Santa Rusia” y el del Occidente burgués, al mismo tiempo que tomábamos de esos dos mundos lo que tenían de más vivo: el espíritu de investigación, la audacia transformadora, la fe en el progreso del siglo xix occidental; el sentimiento directo de la verdad y de la acción de un pueblo campesino y su espíritu de rebeldía formado por siglos de despotismo. Nunca hemos tenido el sentimiento de la estabilidad del mundo social; nunca hemos creído en la riqueza; no hemos sido los maniquíes del individualismo burgués, consagrados al combate por el dinero; nos hemos interrogado sin cesar sobre el sentido de la vida y hemos trabajado para transformar el mundo...

»Adquirimos un grado de lucidez y de desinterés inquietante para los intereses antiguos y nuevos. Nos fue imposible adaptarnos a una fase de la reacción; y como estábamos en el poder, rodeados de una leyenda verídica, nacida de una hazaña, éramos tan peligrosos que ha sido preciso destruirnos más allá de lo físico rodeando nuestros cadáveres con una leyenda de traición...

»El peso del mundo está sobre nosotros: estamos aplastados por él. Todos los que no quieren ya el impulso ni la inquietud en la revolución triunfante nos agobian; y tienen detrás de sí, por lo demás, a todos los que el miedo a la revolución ciega y disminuye...».

Rublev estimaba que la implacable crueldad de nuestra época se explica

por su sentimiento de inseguridad: miedo del porvenir...

«Lo que ha de pasar mañana en la historia será comparable a las grandes catástrofes geológicas que cambian el aspecto del planeta...

»Nosotros solos teníamos, en este universo en curso de transformación violenta, el coraje de ver claro en todo ello. Es una cuestión más de coraje que de inteligencia. Veíamos que era precisa, para la salvación del hombre, una actitud de cirujanos. Para el mundo exterior, sediento de estabilidad hasta el punto de cerrar obstinadamente los ojos ante el horizonte cada vez más sombrío, éramos los intolerables profetas malditos de los cataclismos sociales; para los bien acomodados de nuestra propia revolución, representábamos la aventura y el riesgo. Nadie ha adivinado, ni aquí ni allá, que la peor aventura, la aventura sin esperanza, está en la búsqueda de la inmovilidad, en una época en que los continentes se separan y van a la deriva. Sería tan bueno decirse que la creación está concluida: ¡Descansemos! ¡Los mañanas están asegurados!

»Una inmensa cólera de reprobación y de incomprendición se ha levantado contra nosotros. ¿Qué clase de terribles conspiradores éramos? Exigimos el coraje de continuar la hazaña y la gente no quería sino más seguridad, descanso, olvido del esfuerzo y de la sangre, jen vísperas de las lluvias de sangre!

»Sobre un punto nos ha faltado clarividencia y audacia: no hemos sabido discernir qué mal, por un tiempo que ya no tiene remedio, erosionaba a nuestro propio país. Nosotros mismos hemos calumniado como traidores y gente de poca fe a aquellos de entre nosotros que nos lo revelaban... Puesto que nosotros amábamos nuestra obra ciegamente, nosotros también...».

Rublev refutaba al fusilado Nicolás Ivánovich Bujarin, que, en el proceso de marzo del 38, exclamaba: —Estamos ante un abismo negro...

(Eso ya no era más que un diálogo de muertos). Rublev escribía: «Al desaparecer, no sacamos el balance de un desastre; testimoniamos la amplitud de una victoria que se ha anticipado en demasiado al futuro y ha exigido demasiado de los hombres. No hemos vivido a la orilla de una fosa negra, como decía Nicolás Ivánovich, porque estaba sujeto a accesos de depresión nerviosa: estamos en vísperas de un nuevo ciclo de huracanes y eso es lo que oscurece las conciencias...

»Estamos terriblemente inquietos porque podemos volvemos terriblemente poderosos de nuevo...».

—Pensabas bien, Rublev —dijo Fleischman, y en ello experimentó una especie de orgullo.

Cerró suavemente el cuaderno. Así le cerraba los ojos al muerto. Hizo calentar la cera para lacrar y la dejó caer con lentitud en largas gotas, parecidas a sangre ardiente, en el sobre que guardaba esas páginas. Sobre la cera colocó el gran sello de los Archivos del Comisariado del Interior: el blasón proletario se imprimió profundamente.

Hacia las cinco de la tarde, el camarada Fleischman se hizo conducir al Estadio donde se desarrollaba la fiesta del atletismo. Tomó su lugar en la tribuna oficial, entre los uniformes llenos de condecoraciones de la jerarquía. A la derecha, sobre el pecho, él llevaba las dos medallas luminosas de la Orden de Lenin y de la Orden de la Bandera Roja. El alto gorro militar amplificaba su gran cabeza, que con los años se había vuelto muy parecida a la de un sapo enorme. Se sentía vacío, anónimo, importante: un general idéntico a no importa qué general de no importa qué ejército, alcanzado por el comienzo de la vejez, la carne floja, el alma roída por las preocupaciones administrativas. Los batallones de atletas, con las muchachas de senos altivos precediendo a los jóvenes, desfilaban: cuellos erguidos, rostros vueltos hacia las tribunas, donde no reconocían a nadie, pues el jefe, cuya colossal efigie dominaba el estadio entero, no había venido; pero sonreían a los uniformes con una alegre confianza. Su paso hacía en el suelo un ruido ligero y rítmico de granizo. Pasaron los tanques, cubiertos de ramajes y flores. Surgiendo de las torretas, los ametralladores, con sus cascos de cuero negro, agitaban ramos atados con moños rojos. Altas oleadas de nubes, doradas por el sol poniente, se desplegaban poderosamente en el cielo.

*París (Pré-Saint-Gervais), Agen, Marsella, Ciudad Trujillo,
República Dominicana,
México 1940-1942*

Notas

[1] Hay edición española con traducción de Tomás Segovia y edición de Jean Rièvre en la editorial Veintisiete Letras. (*N. del T*). [*<<*](#)

[2] Víctor Serge escribió Cincinnati (Connecticut...) y el traductor al inglés, Willard R. Trask, lo corrigió. Aquí se recoge esa corrección de Trask. (*N. del T*). [<<](#)

[3] El anarquista se refiere a los miembros del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), por un lado, y a los seguidores de Largo Caballero («caballeristas»), el representante de la izquierda obrero-socialista. Los otros líderes socialistas, Besteiro y Prieto, eran considerados menos radicales; Largo Caballero fue llamado «el Lenin español». La edición francesa y la traducción al inglés de la novela muestran, respectivamente, la palabra «canalleristes» y «Canallerists», que no tienen ningún sentido: debe leerse «caballeristas». (*N. del T.*). <<

[4] En español en el original. (*N. del T*). <<

[5] En español en el original. (*N. del T*). [<<](#)